

*José Camilo Perdomo*



Técnico Industrial E.T.I., Caracas. Licenciado en Educación, mención: Tecnología Educativa, de la Universidad de Los Andes (ULA), Venezuela. Magister en Pedagogía, de la Universidad del Zulia. (LUZ), Venezuela. Grado Académico en U.C. Valencia. Doctorado en Ciencias Sociales. Ph.D Universidad de Montreal, Canadá. Libros publicados: Teoría Crítica y Postmodernismo, Consejo de Publicaciones de la ULA (1991); Algunas paradojas de la representación del poder-mal (2014); Disparadores de violencia escolar y ausencia de ciudadanía. Aproximación a un problema de valores (2012); Aforismos de Alegrías y Soledad del corredor de Maratones, ULA – NURR – FEMBI (2023). Autor de otras publicaciones disponibles en <https://www.saber.ula.ve>. Grupos de Investigación: Fundador de Observatorio de la Violencia Escolar, CEFAD ULA – NURR.

#### Reseña de la obra

Es una narrativa que describe las rutas de mi existencia. En ese camino se cruzan historias de vida donde el azar me colocó dilemas que tuve que resolver y en ello conté mi gusto por el estudio. En ese sentido, el libro puede encontrar lectores que a lo mejor tienen un dato de vida parecido y pudieran reflejar dilemas y respuestas parecidas al leerse su propia existencia. En el fondo, toda autobiografía es única en eso de contar lo vivido o lo leído. Disfruté el acto de embotar cuartillas como si fuera un duende ajustando cuentas con quienes compartí y no tuve tiempo de mirarles los ojos porque o dejaron este mundo o diluyeron su existencia en otros fines que no deseaba compartir. No soy un ángel y a lo mejor dejé de ser severo con quienes me echaron tierra en los ojos cuando intenté mirar el mundo de otra manera. Pero sin duda, sin ellos esta historia hubiese sido como una salsa sin ajos en un almuerzo disfrutado en tiempos de carnaval.

De su importancia, que pienso la tiene como cualquier historia humana, no la decido yo. Que sean los lectores quienes se manifiesten, pues es pretender demasiado para mí. Solo lo escribí como un inmenso agradecimiento a la ULA y al NURR que me permitieron transitar por sus aulas y a sus alumnos que me estimularon para mostrar la importancia de haber conocido ese valor humano de la modernidad denominado la autonomía. Sin ese valor, no podría defender el mecanismo de los concursos para optar a ser profesor de alguien que de paso no es mi familia. Lo hice y seguro cometí errores, pero en lo que enseñé estuvieron los ejemplos de quienes amaron la ética. Hoy pienso que con esa palabra no se cura el cáncer, pero se tiene el alma tranquila y cargada de honestidad.



*José Camilo Perdomo*

**LAS PALABRAS ME SALVARON**



Ediciones - Especiales

# LAS PALABRAS ME SALVARON

Historia de mi vida



*José Camilo Perdomo*





LAS PALABRAS ME SALVARON  
*Historia de mi vida*

JOSÉ CAMILO PERDOMO

COLECCIÓN EDICIONES ESPECIALES

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
Autoridades universitarias

- **Rector**  
Mario Bonucci Rossini
- **Vicerrectora Académica**  
Patricia Rosenzweig Levy
- **Vicerrector Administrativo**  
Manuel Aranguren Rincón
- **Secretario (I)**  
Manuel Joaquín Morocoima

SELLO EDITORIAL  
PUBLICACIONES  
DEL VICERRECTORADO  
ACADÉMICO

- **Presidenta**  
Patricia Rosenzweig Levy
- **Coordinadora**  
Marysela Coromoto Morillo  
Moreno
- **Consejo editorial**  
Patricia Rosenzweig Levy  
María Teresa Celis  
Marysela Coromoto Morillo  
Moreno  
Francisco Grisolia  
Jonás Arturo Montilva  
Marlene Bauste de Castillo  
Joan Fernando Chipia L.  
María Luisa Lazzaro  
Alix Madrid de Forero

COLECCIÓN  
EDICIONES ESPECIALES  
Sello Editorial Publicaciones  
del Vicerrectorado Académico

Los trabajos publicados en  
esta colección han  
sido rigurosamente  
seleccionados y arbitrados  
por especialistas en las  
diferentes disciplinas

COLECCIÓN  
EDICIONES ESPECIALES  
Sello Editorial Publicaciones  
del Vicerrectorado Académico

LAS PALABRAS ME  
SALVARON

*Historia de mi vida*

Primera edición digital, 2026

© Universidad de Los Andes  
Sello Editorial Publicaciones  
del Vicerrectorado Académico  
© José Camilo Perdomo

Hecho el depósito de ley  
Depósito Legal: ME2026000078  
ISBN: 978-980-11-2259-3

**Corrección de estilo:**  
Carlos G. Perdomo Ramírez

**Diagramación:**  
Raquel E. Morales Soto

**Ilustraciones de la portada:**  
Generado con IA  
<https://gemini.google.com/>  
Gemini 3 Flash, año 2026

Universidad de Los Andes  
Av. 3 Independencia,  
Edificio Central del Rectorado,  
Mérida, Venezuela.  
[publicacionesva@ula.ve](mailto:publicacionesva@ula.ve)  
[publicacionesva@gmail.com](mailto:publicacionesva@gmail.com)  
[http://www2.ula.ve/  
publicacionesacademico](http://www2.ula.ve/publicacionesacademico)  
<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción  
total o parcial de esta obra  
sin la autorización escrita  
de los autores y editores**

Editado en la República  
Bolivariana de Venezuela

COLECCIÓN  
EDICIONES ESPECIALES

Esta colección es especial en  
un sentido antonomástico.  
Se publican aquí obras cuyo  
contenido, por la especificidad  
que contienen, no están  
sujetas a ser clasificadas en  
ninguna de nuestras otras  
colecciones; ya sea porque el  
tema tratado no es afín a la  
doctrina de éstas, porque su  
presentación exige diseños y  
graficaciones muy particula-  
res, o por ambas razones al  
mismo tiempo.

Entre los objetivos especí-  
ficos de las colecciones del  
Sello Editorial Publicaciones  
del Vicerrectorado Académi-  
co, resaltan:

- Estimular la edición  
de libros al servicio de  
la docencia y la huma-  
nidad.
- Editar la obra científica  
de los profesores de  
nuestra Casa de Estu-  
dios.
- Publicar las investiga-  
ciones generadas en los  
centros e institutos de  
investigación.



LAS PALABRAS ME SALVARON  
*Historia de mi vida*

JOSÉ CAMILO PERDOMO



## DEDICATORIA

**R**educir una vida a capítulos es un contrasentido, lo reconozco pero así la presento al lector con la intención de mostrar mis recuerdos y aprovechando que todavía funciona mi cerebro. Ese precioso dispositivo, como dicen ahora en la era postmoderna, muchas veces descuidado en sus consumos de azúcar y oxígeno.

Por lo dicho antes, deseo mostrar un tipo de optimismo basado en la lucha constante contra las adversidades influenciado por aquel consejo del Papa Juan XXIII, llamado el “Papa bueno” cuando dijo: *<Dios, concédeme la serenidad para aceptar aquello que no puedo cambiar>*

En fin, presento este libro a quien quiera leerlo y le doy las gracias a la ULA donde construí mi segunda profesión, a mi primera lectora Yajaira, compañera de ruta en las malas y en las buenas. A la amiga Victoria del Instituto “José Witremundo Torrealba” por sus aportes en esta memoria y a quien conocí por el fraternal amigo José Vicente Scorza cuando me invitó a formar parte del comité de ética. Algunas reflexiones nacieron de diálogos en ese medio académico.



## ÍNDICE

Dedicatoria .....	5
Prólogo .....	11
Prefacio .....	13
Capítulo I. Avatares de mi infancia .....	15
Capítulo II. Vínculo perdido .....	82
Capítulo III. La Lealtad .....	105
Capítulo IV. Ver o mirar .....	126
Capítulo V. La finca y Zaratustra .....	149
Capítulo VI. Travesuras .....	161
Capítulo VII. Corazón agradecido .....	180
Capítulo VIII. En cuarto grado .....	184
Capítulo IX. Vacaciones estropeadas .....	211
Capítulo X. Culminó la primaria .....	225
Capítulo XI. De Escuela Artesanal .....	234
Capítulo XII. Sospechas .....	240
Capítulo XIII. Delatores .....	249

Capítulo XIV. Detenidos .....	256
Capítulo XV. El comunista .....	264
Capítulo XVI. Desalojado .....	278
Capítulo XVII. La matriarca redentora .....	282
Capítulo XVIII. Un abrazo maternal .....	287
Capítulo XIX. Caracas, nuevo destino .....	292
Capítulo XX. Escuela Técnica Industrial .....	294
Capítulo XXI. De nuevo, mi Amor Fati .....	304
Capítulo XXII. El paño de Songailof .....	310
Capítulo XXIII. Los testigos .....	316
Capítulo XXIV. Abogado del diablo .....	323
Capítulo XXV. Los camaradas .....	337
Capítulo XXVI. El encuentro .....	345
Capítulo XXVII. En su regazo .....	354
Capítulo XXVIII. Buscando trabajo .....	369
Capítulo XXIX. Los resultados .....	373
Capítulo XXX. Fui seleccionado .....	380
Capítulo XXXI. Con trabajo fijo .....	385
Capítulo XXXII. Viveza criolla .....	389
Capítulo XXXIII. Padrino de boda .....	399

Capítulo XXXIV. El cambio .....	404
Capítulo XXXV. Confundido .....	413
Capítulo XXXVI. Improvisación .....	425
Capítulo XXXVII. Decisiones .....	429
Capítulo XXXVIII. La demolición .....	438
Capítulo XXXIX. El primogénito .....	443
Capítulo XL. Despedido .....	451
Capítulo XLI. Nuevos rumbos .....	458
Capítulo XLII. Próximo destino .....	471
Capítulo XLIII. La promesa .....	475
Capítulo XLIV. El Vigía .....	483
Capítulo XLV. El rechazo .....	491
Capítulo XLVI. La indolencia .....	502
Capítulo XLVII. Lava tuercas .....	509
Capítulo XLVIII. Emboscada .....	524
Capítulo XLIX. Esperanza universitaria .....	533
Capítulo L. Atrapado por los dioses .....	549
Capítulo LI. La huelga .....	554
Capítulo LII. Rumbo a Mérida .....	559
Capítulo LIII. El guerrillero .....	566

Capítulo LIV. El divorcio .....	576
Capítulo LV. El concurso .....	592
Capítulo LVI. El eterno retorno .....	595
Capítulo LVII. El contrato .....	604
Capítulo LVIII. Cohecho .....	620
Capítulo LIX. La corruptela .....	626
Capítulo LX. Lobos rapaces .....	633
Capítulo LXI. Camorrones .....	639
Capítulo LXII. Confabulados .....	644
Capítulo LXIII. El complot .....	655
Capítulo LXIV. LUZ, esperanza .....	661
Capítulo LXV. La persecuta .....	683
Capítulo LXVI. Montreal .....	695
Capítulo LXVII. Ph D .....	722
Capítulo LXVIII. Embriagados de poder .....	729
Capítulo LXIX. Amistades .....	733
Capítulo LXX. Revoluciones .....	744
Capítulo LXXI. Conflicto de intereses .....	752
Capítulo LXXII. Diáspora .....	763

## PRÓLOGO

Conocí a Camilo en el ámbito universitario, fue el invitado en una clase de ética. Nos encontramos de nuevo en el Instituto Experimental José Witre-mundo Torrealba de la ULA NURR, allí tuve la oportunidad de trabajar con él y comenzar una amistad genuina que ha perdurado en el tiempo. Su apellido igual que el mío, hizo que sintiera un afecto especial por su persona. Muchos lo reconocen por su trayectoria como docente, investigador, escritor y atleta, sin embargo, pocos conocen la profundidad y las vicisitudes de su vida personal.

En esta obra, *Las palabras me salvaron*, Camilo se desnuda para relatar la historia de un niño frágil, carente de afecto y obligado a enfrentar, desde temprana edad, una ardua batalla para encontrar su propia identidad y un amor filial que lo acogiera. Es el relato de cómo logró sobreponerse a lo que su *amor fati* la aceptación incondicional de su destino, le presentaba en el camino.

Es la historia de su vida plasmada en un libro sencillo y complejo al mismo tiempo. Su prosa tiene el poder de confundir al lector, haciéndole dudar si está leyendo la historia de Camilo o la suya propia, eso ocurrió en mi caso con situaciones similares.

En el quehacer universitario, el autor devela la cruda cotidianidad de estos espacios, desde la rutina académica hasta la discriminación contra quienes osan pensar o actuar de forma diferente a la hegemonía.

Desde la perspectiva del inmigrante, Camilo añora su tierra, sus raíces y costumbres. Pero más allá de la nostalgia personal, emerge una crítica profunda: el deseo de un país donde el discurso sea cónsono con la dura realidad de su gente.

Espero que este texto se convierta en una referencia para saber entender a tantos niños que han sufrido situaciones similares, al universitario que se enfrenta a su realidad y al adulto inmigrante que anhela retornar a su patria.

Lic. Carmen Victoria Linares  
Instituto “José Witremundo Torrealba” ULA-NURR

## PREFACIO

**D**ejo entendido que en este libro de mi vida no le doy lecciones a nadie. No es una verdad infalible, es apenas mi manera de recordar escenas inevitables derivadas de alguna vulnerabilidad y precariedad de todo tipo y el haber aprendido a leer me hizo amigo de llamar la atención creando fábulas o fantasías y a mis amigos les agradaba. En ese sentido me pregunté: ¿Por qué no escribir mi vida y sus circunstancias ahora que la recuerdo? Es un libro para todos y para nadie donde solo muestro algunas enseñanzas de mi propia experiencia mundana.

Si le sirven a alguien me agradaría, no tanto porque se interrogue sobre su vida sino porque al hacerlo vuelve a vivir en sus recuerdos. En mí fue como un exorcismo expulsando demonios para tener una vejez libre de amarguras y rencores donde las palabras nos salvan de morir. Es como un renacer probando lo absurdo de vivir para luego morir. Uno nunca muere en los discursos. Que lo digan los libros con las huellas de sus autores atravesando siglos.

Este libro nace de mi reflexión crítica una vez que asumí los efectos de la sociedad sobre mi comportamiento y la influencia de la educación que me dio mi carácter. Tuve excelentes maestros y profesores en las universidades donde estudié y una piel permeable para sentir en carne propia la discriminación y al mismo tiempo la

sensibilidad para asimilar buenas lecturas donde los aforismos y palabras me permitieron emborronar cuartillas donde dejé mi piel y el alma.

*Camilo Perdomo*

# Capítulo I

## *Avatares de mi infancia*

*Ser o no ser. Esa es la cuestión*  
—W. Shakespeare

**D**esde mi infancia pasé mi vida entre limitaciones económicas y mudanzas obligadas. Supongo que eso alimentó mis descontentos frecuentes y cuando aprendí a leer corrido buscaba en los libros explicarme quién era. En ese gusto por la lectura me topé con un pensamiento de un tal Epicuro y me gustó: «*El que no se contenta con poco, no se contenta con nada*». Esa frase activaría mi intuición de animalito inquieto, curioso y solitario donde mudanzas azarosas marchaban junto a su infancia.

Otras veces, tuve clara conciencia de mi identidad debido a que aprendí a leer o escuchaba de los adultos diversas historias, desde esos momentos las palabras con sus sentidos ya no las percibía con mi intuición, sino con la razón donde el juego del lenguaje me llevó a un sustantivo propio de todos: Humano. Así que pertenecía al reino animal y también a una tierra donde se hablaba de humanidad. Después al asistir a la escuela básica hubo otras influencias con infinidad de palabras y circunstancias indicándome el lugar donde había nacido y a lo que

geográficamente e histórico pertenecía: Un país llamado Venezuela. Internalicé la idea de que era un humano con múltiple identidad conviviendo con las palabras familia, sociedad y nación.

Sobre la base de esas palabras aprendí, y no precisamente sin dolor, a distinguir entre la exclusión social y el deseo de salir de ella queriendo estudiar. Soy el producto de una época, un momento, y sobre todo, de las circunstancias variadas y complejas cargando múltiples adjetivos dentro de la sociedad que me vio nacer, crecer y padecer. Verbos claves del vivir.

Consciente estoy de que mi pasado nunca regresará, pero la manera como lo recuerdo sí me permite identificar una buena parte de mi azarosa vida: Siempre en una lucha por no abandonar el amor a la lectura y al estudio. Sin ese deseo nunca hubiera podido comprenderme y comprender a mis semejantes más cercanos, incluso en instantes donde las lágrimas fueron la única respuesta. Sobre todo cuando hubo quien me dijo: —No lea mucho, porque puede parar en loco.

Para empezar, del recuerdo de esos primeros años hubo asombro y curiosidad. Por lo tanto, fue natural mi desobediencia sin olfatear consecuencias ante los adultos. ¿Un por qué de esa conducta?, no lo sé aún con certeza. En el lugar de mi nacimiento había montañas, riachuelos, aves, vacas y gallinas. Perros de otra gente que llegaban como de visita a saludar a dos que tenía mi familia, luego se marchaban. Con ellos a veces jugué. Después que aprendí a leer me comprendía un poco, pero a medias aceptaba las correcciones de la señora donde vivía, no era mi madre.

Cuando evoco algunos de esos momentos puedo describir mi gusto por salir a correr bajo la lluvia y si algo de eso lo leía en un libro hice mías esas líneas con sus frases, luego me las robaba al hablar con alguien y llamar su atención. Como para decirle: —Ese soy yo. Sin embargo, mi vestimenta y calzado comparados con la de algunos niños vecinos lo vi natural y consecuencia de mi condición social marcada por la vulnerabilidad. Recordar todo eso y convertirlo en frases lo sentí como una manera de seguir viviendo, aunque al hacerlo sentí la perplejidad con desagradables instantes que dejé a un lado de mi propósito. De lo que sí puedo asegurar es del motivo mediante el cual le di un giro a mi vida y pude llegar a ser un hombre con voluntad de vida. Esta que expongo al lector.

He llegado con mis años, inconscientemente, a registrar una suerte de gramática vivencial con una selección de recuerdos con el oscuro criterio de interrogarme: ¿Cómo un hombre producto de la nostalgia generada en su vulnerabilidad social puede llegar a ser una persona del perdón, la esperanza y el amor? Y simultáneamente decirme: ¿Qué importan las razones de fondo de mi temprana infancia? Las reales están aquí, con sus mentiras, sus verdades, sus desafíos y en lo que con palabras expongo.

Por lo tanto, en mis primeros desafíos estuvo la acción de vencer obstáculos a la temprana edad donde otros niños se dedicaban a jugar mientras yo debía “hacer algo en la casa” para ganar sustento y techo: «Haciendo oficio», nombraban al trabajo de ayudar en la casa y no era donde mis padres vivían. Ellos, ni estaban ni vivían juntos. Vulnerables también y no casados como Dios manda en un contexto donde eso contaba, le dio a mi vida un signo complejo: No vine al mundo dentro del

aplauzo de otros niños nacidos en un hospital, sino con el grito del viento al monte que me vio nacer. Quizá esto explique mi gusto por el olor al rocío de la tierra cuando recibe la lluvia.

El año 1946 de mi nacimiento fue en un lugar montañoso llamado “La Mesa Arriba”, del Municipio Carache, una zona rural con una población en ese tiempo de unas doscientas personas cuyo trabajo era la agricultura de hortalizas y ajo. La gente andaba por sus caminos de tierra y el transporte era con animales de carga. Su altura se registra como de unos dos mil metros, clima frío y se podía visualizar, desde donde estaba mi familia, a otras poblaciones situadas a dos horas caminando.

Mantengo vivo el recuerdo de una casa con piso de tierra, un techo de latas y paredes levantadas con una mezcla de barro, paja, caña brava o palos y bosta de vaca. Lo llamaban: Bahareque. Allí vivíamos mi madre Rita, el abuelo Juan y nueve hermanos. Todos éramos hijos de distinto padre. Del que me dijeron fue el mío, se apellidaba Silva pero no vivía con nosotros aunque de él fuimos cuatro nacidos.

La familia Perdomo era conocida por su dedicación al trabajo en tierras ajenas. En lo festivo de toda la ruralidad destacaba mi abuelo. Su apodo era «el Alegre», debido a que cuando estaba borracho así se mostraba, al mismo tiempo junto con sus amigos gustaba del juego de bolas tumbando un palo a cierta distancia y también jugaba a los dados. Eran personas fuertes para el trabajo y estatura no muy alta.

Como ocurría en esos años, por toda Venezuela, había conflictos políticos y se vivía en continuos cambios de gobierno de civiles a militares y viceversa. De la misma

manera había familias ricas y pobres, pero no había escuela ni lugar de atención médica. Cuando una persona necesitaba del servicio de salud en un alumbramiento, como todas las mujeres del lugar, recurría a los servicios de una parturienta. Allí estuve también para ver la luz del mundo. En cuanto a la casa de habitación, propia de mi familia tampoco lo era y la descrita anteriormente pertenecía al dueño de las tierras donde ellos trabajaban. Ciertamente era un “rancho”, aunque mi familia tenía lo necesario para alimentarse y trabajando la agricultura se ayudaban en lo económico, incluso con el trabajo de mis hermanos mayores. Como se ve, nací dentro del privilegio de la naturaleza donde cualquier cosa puede pasar porque la vida, enfermedad y muerte son un asunto del azar y hasta de la suerte de poder vivir para saber quiénes somos.

Dentro de ese ambiente familiar mi madre y abuelo no sabían ni leer ni escribir, pero de memoria repetían los rezos cristianos y gustaban de ir a los velorios cuando algún vecino dejaba este mundo. Se entiende aquí que en ausencia de la escuela formal nunca faltó la iglesia y su idea de educación. Al tiempo supe que algunos de mis hermanos mayores habían llegado hasta el tercer grado de la escuela primaria que lejos del lugar sobrevivía. Tengo viva la memoria de mis cuatro años en ese lugar y los cariños que ese abuelo me daba cuando agarraba su cuatro y se dedicaba a cantar balbuceando estrofas con quejidos melancólicos.

De esa época hay mucho que decir, pero destaca la llamada “recluta” que el poder militar practicaba llevándose para «Servir a la patria» a jóvenes de ese lugar y con eso afectaban la economía familiar porque se perdía el respectivo aporte del trabajador. Generalmente se la aplicaban a los hijos de las familias pobres, pues a los

ricos ese poder militar no les reclutaba a sus hijos. Con esa costumbre se llevaron a uno de mis hermanos mayores de nombre Juan del Cristo, el otro era Cipriano, pero con su astucia logró evitar ser reclutado y mantuvo su trabajo de peón.

En cuanto a mi abuelo, era viudo, conversador y con todos los vecinos se llevaba bien. Cuando nació era un hombre de unos sesenta años. Esa fue mi realidad imaginaria y pasados varios años supe los recuerdos de él mediante otros miembros de mi familia, decían que en cuanto nació afirmó que sería un niño muy alegre. Así que, una pequeña parte de su tiempo lo dedicó a cuidarme y forma parte del guion de mi vida en el recuerdo inolvidable cuando intentó darme mi identidad para nombrarme con ese adjetivo, pero que le rechazaron cuando me presentó ante las autoridades del pueblo de Carache.

Lo digo porque siempre se espera del nacimiento de un niño que sea sin riesgos o anomalías en su cuerpo donde la gente se asombre. Sin embargo, no se escandalizan frente a las diferencias sociales que sí influyen para sentir la vida con agrado o desagrado ante la ausencia de amor, felicidad o alegría. En mi caso hubo limitaciones, pero a su manera la palabra amor encontraba espacio.

Por ejemplo, los padres en esa zona rural escogían el nombre del recién nacido siguiendo las indicaciones coincidentes del día y mes del nacimiento con la fecha, evento histórico o religioso buscando en el «Almanaque de Los Hermanos Rojas» que la gente compraba o pedía prestado a los fines de saber las estaciones de la luna y su influencia en las cosechas y menstruaciones de las mujeres. Era el texto de referencia onomástico, por excelencia. Para el que identificaría mi vida vino con unas instrucciones descritas dentro del discurso cristiano de

un santo llamado San Camilo, identificado con la tarea de ser el “Patrono de los enfermos y desamparados” y al que se invocaba buscando sanaciones en los humanos.

Desde ese hábito de asociar imagen de la luna con tiempo favorable para siembra o cosecha venía la reseña con el nombre de algún santo y los habitantes del lugar respetaban esa narrativa. Debido a eso a los recién nacidos les tocaba, ese de su día, con nombre de santo. Era como nacer con un destino protegido por esa divinidad cristiana. En consecuencia, el mío sería como asistente de gente vulnerable, tener amor por la salud y velar por el desamparado. El asunto era que yo era quien necesitaba de ese santo, pues mi nacimiento no fue en una cuna de oro. La idea de amor que me arropó era un sueño deseado por mi abuelo con el adjetivo alegre, pero mi realidad estaba marcada por el azar.

Digo azarosa, para sentir mi noción de amor donde las circunstancias unas veces jugaron a mi favor y otras veces en contra. Vale decir que hubo eventos de mi vida donde la ruta no fue lineal, tal como narran las leyendas y profecías, sino sinuosa.

Tan pronto había fiestas religiosas se cumplía en la familia con otro hábito. Por nombrar dos bien significativos: Uno, cuando una tarde y luego de esos días en que mi abuelo terminaba su faena le dijo a Rita: Mañana domingo debemos bajar a Carache para la misa de los ramos y agradecer a Dios por lo que hace por nosotros. Mientras estaban acordando ese viaje accidentalmente mi madre pisó el rabo de uno de los perros de la casa, llamado “casca rabia” y la mordió en su pierna derecha. En ese instante la reacción de ella definió su respuesta: —Justamente ahora viene a morderme este condenado perro —se lamentó—. —No creo que pueda ir papá, me-

nos cuando se me dificulta cargar a este niño. —Entonces iré solo —acotó. —Desde ahora te deseo buen retorno y mucha prudencia —expresó mi madre.

En esa advertencia iban todas las señales conocidas a su padre, sabía que era amigo de quedarse festejando con sus amigos y con ellos gastaba el poco dinero que cargaba. Festejar significaba para él pasarse de tragos y a veces gritaba: «Alegre voy y soy alegre», luego se quedaba dormido en cualquier esquina y al otro día era que llegaba a la casa con los respectivos signos de golpes en su cuerpo debido a las continuas caídas. Algo de eso recuerdo con cierta vaguedad porque mi madre lo recibía llorando.

Al poco tiempo de esas fiestas llegaron las lluvias de mayo y fue como si el cielo se cayera. El rancho mostraba su inseguridad en un piso embarrialado y ese almanaque no siempre acertaba sus previsiones con ese fenómeno natural. Entonces, entre las consecuencias estuvo la formación de charcos resbaladizos en la vivienda y de los brazos de mi madre fui a dar contra las tres piedras del fogón de la cocina que afortunadamente tenía tiempo apagado.

Sin embargo, sufrí quemaduras y en mi pecho un golpe fuerte por el cual lloré bastante. —¿Qué te ocurrió? —fue lo que dijo mi abuelo al llegar a la casa ese lunes—. Pues que con la dificultad de mi pierna mordida por el perro y el charco que siempre se hace en la cocina cuando llueve, resbalé y el niño se soltó de mi brazo.

Sufrí quemaduras y un golpe en el lado derecho de ese pecho. Luego mi madre en su solución dijo: —Mañana cuando escampe lo llevo al dispensario para que lo revise el médico. —No, mujer, ni se te ocurra —refunfu-

ño de inmediato mi abuelo— la policía va a creer que lo tiraste a propósito y te arrestan. Mejor lo curamos con cebolla de la que tenemos en el patio para semilla. La vez que aquel gato cayó al fogón y se quemó la cola funcionó —aconsejó él—. Y así, con ese optimismo de mi abuelo, sanaron mis heridas pero el dolor del pecho no me abandonó y con frecuencia lo aliviaban dándome bebedizos de eucaliptus y ramas de sauco, en ese lugar de la montaña muy comunes.

El otro hecho se explica por lo azaroso y se debió a la exigencia del gobierno de llevar a todo niño, de mi edad, al dispensario de salud dentro de la campaña nacional de vacunación y desparasitación. Así que a eso de las seis de una mañana bien fría mi madre bajó a Carache con ese propósito. Cuando llegamos al lugar ya atendían a varios niños pues la jornada había comenzado una hora antes de lo previsto. Mi curiosidad se disparó cuando vi que les daban algo con una cuchara y a continuación un líquido a beber. Los de la cuchara arrugaban su cara y eso duraba hasta probar el líquido que a todos les gustó. Mientras que cuando los vacunaron, todos lloraron. Escuchaba decir a sus padres si el vacunado era niño: —No llore, eso no es de hombres.

Cuando llegó mi turno vi una diferencia por cuanto se inició con la inyectadora y sentí algo conocido como una picada de avispa y en el monte donde vivía me eran frecuentes, quizás por eso no lloré. El enfermero que me inyectó, de nombre Francisco, se asombró como si asumiera que todo niño es llorón frente a la inyectadora. Pasados unos quince minutos tomé el purgante junto al líquido dulce, me gustó tanto y pedí más.

Este rastro de mi infancia lo contaba hace bastante tiempo ese señor a causa de esa sorpresa, y de paso lo

motivó para invitar a mi madre hasta su casa, no muy lejos de ese dispensario, deseaba presentarnos a su señora pues según ella todo niño nace llorón y con miedo.

Mientras llegábamos al lugar yo curioseaba el camino que no era de tierra como el de mi vivienda y escuché a mi madre comentarle a ese enfermero lo de mi caída, golpe en el pecho y tos seguida con flema. Eso es asma —dijo él—, más tarde en el dispensario le doy un jarabe expectorante. Ni mi madre ni yo comprendimos esa palabra, ambos ni sabíamos leer ni escribir.

Llegamos a la vivienda, era una sencilla casa de un corto corredor con jardinería variada y al fondo una amplia jaula con gallinas. Al verlas intenté soltarme de la mano de mi madre e ir hasta allí, era lo único que distinguía del lugar pero en ese instante el señor Francisco llamaba a su señora: —Domitila, era su nombre, ven para que conozcas a este niño —exclamó.

La señora llegó, saludó a mi madre y su mirada para mí la dio con una leve risa: —¡Ah!, es catire el niño —dijo. De inmediato el señor contó la anécdota de mi vacunación y ella se asombró. En ese instante me fui a ver las gallinas y escuché a la señora cuando allí insinuó: —Es curioso su hijo, sí —agregó mi madre—, donde vivimos a él le gusta jugar con los animalitos que tenemos. El señor al oírla se rió de eso y en unos minutos decidió regresar a su trabajo, mi madre preguntó si podía dejarme allí un rato mientras hacía una diligencia. —Sí, no hay problema —respondió la señora.

Tan pronto como observaba y escuchaba hablar a esa señora con quien me dejaban, mi memoria registraba el ambiente donde había baúles, escaparates, espejos y muchas plantas con flores sembradas en materos de

lata. Ese sería el anuncio de mi pasado y del cual nada imaginaba. Ese lugar olía diferente a mis montañas y sentí con nostalgia la ausencia del viento. Aprendería el ruido de una puerta al abrirse o cerrarse, y sobre todo otra voz distinta a la de mi madre. Sea como fuera, es lo que a mis cuatro años recuerdo de ese momento y en su claridad descriptiva a lo mejor exagero u oculto realidades incómodas. Esta es la historia de mi vida y quizás lo ocurrido con mi familia y a la que fui a dar ese día de mi vacunación y purga tenga que ver con la palabra amor predestinada a enfrentarse siempre con el azar donde otras palabras son invitadas a la fiesta existencial amante de la generosidad y nobleza espiritual.

Por todo esto, a lo mejor, mi escrito no es ninguna verdad sino mis recuerdos donde seguramente no faltarán nombres reales o el destino, si se puede decir, quiso que yo conociera, tratara y conviviera. No deseo juzgar a nadie y lo que sucedió no siempre se puede borrar con la muletilla: «Y si por lo menos no hubiera...» Hubo decisiones donde aciertos y torpezas tuvieron sus espacios y allí estuvo mi vida. Al fin y al cabo, como dicen, soy el producto de una época y en ella las palabras tuvieron sus instantes, para bien o para mal y las ideas de amor, esperanza y sueños me tocaron el alma y formaron mi espíritu para maravillarme ante una puesta del Sol, por ejemplo.

En ese tiempo de mi vida, Venezuela estaba gobernada por una junta militar mediante un golpe de Estado al gobierno del partido Acción Democrática. En vista de que los venezolanos con su cultura de llevar todo a una guasa o chercha siempre buscamos ir juntado las palabras rebuscando en ellas salidas a sus problemas. De allí que con la palabra “adecos” simplificaron ese nombre y lo justificaron al decir que era un híbrido o cruce entre

comunistas. Sobre todo porque Rómulo Betancourt, su líder era comunista y un día saltó para ese otro partido abandonando a los camaradas.

Desde entonces y ya con nueve años de edad escucharía siempre a la gente calificando a Betancourt en su vocación democrática, otros lo señalaban de oportunista en el poder y luego terminó siendo perseguidor de líderes de izquierda cuando volvió a ser presidente de Venezuela mediante el voto. Autodidacta aceptado por unos o rechazado por otros, al lado de la política fue periodista en una actividad ejercida en el país sin tener ese título universitario ni estar inscrito en el respectivo colegio profesional. También será reconocido por haber escrito un libro que no pierde vigencia, junto a Juan Pablo Pérez Alfonso: *Venezuela, Política y Petróleo*, líder iniciador del proyecto que concluyó en la constitución de la OPEP., un grupo de naciones productoras de ese recurso energético que funciona como un sindicato en el respectivo mercado mundial de esa materia prima. Betancourt, para su jubilación de la política, no escogió vivir en Guatire, donde nació, se fue a vivir en Berna, Suiza.

Esa Junta también sería derrotada y en el país se instalaría la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, producto de otro golpe de las mismas características militaristas. Duraría ese experimento político hasta 1958 porque una coalición de partidos políticos de principios democráticos, incluido el comunista, lo obligaron a huir a España. Como Betancourt, esa persona moriría en Europa sin nunca poder regresar a Venezuela. Se llegó a decir que aunque económicamente bien instalado, lo invadió la tristeza por el recuerdo de su tierra.

En relación con ese contexto social es obvio que doce años de mi vida los viví, aunque sin consciencia de

mi rol dentro de la sociedad, dentro de gobiernos autoritarios con los respectivos signos culturales del militarismo venezolano: Siempre con el ejercicio educativo de la represión.

Para 1946, el año de mi nacimiento, hubo momentos importantes en Venezuela cuya constante fue la confrontación política de civiles en su lucha a favor de la democracia contra dictaduras dirigidas por gobiernos de militares. Por ejemplo, la instalación de una Asamblea Constituyente presidida por el poeta Andrés Eloy Blanco, del mismo grupo político de Betancourt, junto a los maestros y escritores Prieto Figueroa y Rómulo Gallegos, entre otros intelectuales. Ya entrando a la adolescencia me gustaba escuchar por la radio la voz de poetas, oradores fogosos en sus palabras como Jóvito Villalba y Prieto Figueroa con sus ocurrencias. Ya adulto, seguí oyendo al poeta Blanco en una de esas navidades cuando en la radio siempre ponían su sensible poema: *Píntame Angelitos Negros*.

No obstante que estaba estudiando el quinto grado de primaria, mi consciencia empezaría a sentir esa época mediante distintos aspectos complejos y no lineales pues se diluían en dilemas que algunos maestros nombraban con las palabras libertad o represión, con la dificultad de que por todas partes sentía el autoritarismo militarista. Con algunos maestros me iba bien, con otros no. Y, por lo que digo de esos hechos, suena casi obligado que en esa época me interrogara: ¿Quién pudiera haber sido yo?

Desde entonces mi vida, a primera vista vulnerable, quedaría encerrada en el gusto de leer cualquier papel, revista, fotos. Y de alguna manera el azar puso en mi camino el término <amor fati>, que tomé prestado de un autor que me agradó por lo complicado de pronun-

ciar su nombre: Federico Nietzsche. El tiempo y la ruta de mi vida, de la cual nada sabía, estaría marcada por las palabras de ese autor en el intento de explicarme la conciencia de mi identidad vinculada con aspectos complejos donde viví una infancia con algunas escenas que no escogí, ellas me escogieron y luego mi curiosidad hizo lo demás.

Para darle cuerpo a esa idea en mis recuerdos recorro al verbo cruzar, casi mágico en sus sorpresas, al sentir en mi espíritu ilusiones e instantes que se cruzaban sin darme cuenta aunque por ser curioso me llegaban. En efecto, a mis cinco años no comprendía la ausencia de mi madre y seguía en esa casa luego que “salió a hacer su diligencia”. Así que aprovechaba cualquier ausencia de la señora Domitila y como cualquier animalito encerrado salía a explorar entre los vecinos y ver si la encontraba. Entre distintas visitas vi una casa y motivado por el rumor de que había un “niño fenómeno hijo del diablo”, intrigado y averiguador fui junto con otros niños.

Una vez dentro, vi una sala con gente alrededor de un cajón donde había algo tapado moviéndose, estaba envuelto con una cobija menos su cabeza. No fui el único niño allí y lo visto me sorprendió y a su vez me dio bastante miedo, pues era un recién nacido convertido en un espectáculo monstruoso porque la parte superior de su cabeza no estaba, aunque su pecho se movía como si respirara. Algunos dijeron que su cerebro era un hueco con una baba temblorosa. Y por esa razón, me llené de dudas y seguramente junto con algunos de los presentes. Esa curiosidad mía venía de cruzarse con un ser misterioso y tenebroso, pero su imagen aún no me abandona.

Después mi escalofrío fue mayor cuando llegó un sacerdote regando agua bendita por todas partes y di-

ciendo con un tono de voz alto que el demonio andaba en ese lugar del pecado. De inmediato puso una sábana sobre la cabeza de esa criatura y procedió a sacarnos del lugar. Frente a lo que venía de ver me asombré como todos los mirones y también sentí preocupación al ver abierta esa parte de su cabeza. Se viera como se viera, vi el rostro de la vida cuando ese recién nacido al mover su cerebro y percibí que luchaba para mantenerse cuando apenas respiraba, pero seguro iba a morir.

Me fui espantado de ese lugar y por el camino tocaba mi cabeza curioseando para asegurarme que ese hueco yo no lo tenía.

Al siguiente día, en el pueblo la muerte del “niño fenómeno” fue la gran noticia y tuve mi primera visión imaginando con miedo y asombro si así hubiera nacido yo. Lo digo porque venía de observar un cerebro, no un rostro y sentí que en el cerebro estuvo el combate de ese ser para vivir. A eso me refiero cuando en la frase <amor fati> supe que la claridad no siempre emerge y pienso que quizás nacemos con un gusto para vivir, pero el azar o el destino tienen reservado la ruta real de la existencia y somos actores sin el control de nuestra vida. Ese niño nació para no tener conciencia de quién era aunque lo visto en ese hueco se moviera, pero de eso él careció de poder para salirse. Pienso que todos deseamos que de ese trance se hubiera levantado.

Tampoco nacemos con unas indicaciones precisas y entendibles como para que al nacer con algo raro y diferente la gente no se asombre, se admire o escandalice pero en la vida humana eso no es tan sencillo. Solamente la biología médica podía explicar eso que vieron mis ojos de niño inquieto. En cuanto al cura, su simpleza lo alejó de alguna reflexión cuando simplificó el fenómeno en la

palabra demonio, y escuché también que era el castigo de Dios a los pecadores de esa casa donde curiosamente la palabra pobreza era su símbolo básico.

Si otro niño con el recuerdo de ese caso escribiera algo en mi lugar, posiblemente esta historia sería diferente. Pero fui yo quien vivió ese instante o a quien el azar eligió. Del lugar donde nací apenas recuerdo el olor a humo generado por un fogón a leña, el bramido de animales junto al canto plural de las aves de esa montaña a más de dos horas a pie para llegar a Carache. De mi refugio inicial supe que fue un rancho con paredes de barro, piso de tierra y techo cubierto de hojas de palmas secas sostenidas por largas varas de madera y carruso, en otros lugares lo denominan carrizo, cortado en esos montes. Allí, lo mismo que muchas personas en esa época, sobrevivíamos junto a mi madre y abuelo.

Quizás no sea tan sencillo entender ese mundo de mi pasado en ausencia del dato de quienes traen niños al mundo sin contar con condiciones para ello. Todo apunta a que no fue preocupación ni de mi madre ni de sus transitorios hombres, como tampoco si era obligatorio que sus hijos fueran a la escuela, aprendieran a leer y escribir, hecho verificable en el abuelo Juan, mi madre y vecinos del lugar.

De la hora en que nací no sé nada como sí si se nace en un hospital o dispensario de salud por su respectivo registro. Quien atendió los partos de mi madre fue una parturienta y curandera del lugar muy amiga de ella. En torno a mi nacimiento no se registró un hecho extraordinario ocurrido ese día como fantasiosamente siempre relatan los cronistas al identificar a niños nacidos con poderes especiales cuando dicen: —En el lugar donde nació ese niño el sol era intenso, de repente se ocultó

cuando el cielo se llenó de nubes grises o que en esa casa una cabra nació con cara de perro, una gallina puso un huevo cuadrado o el nombre del santo de ese momento del nacimiento lo soñó su madre en el momento de sus relaciones sexuales. Tampoco mi cuerpo nació con signos para definirme “niño fenómeno” y del espectáculo como lo que venía de ver.

No, solo sé que nació con una nariz chata y apta para ser boxeador, mi tamaño nada grande y seguramente debí llorar como cualquier recién nacido sabiendo que dejaba el vientre materno donde sentía un calor agradable en el cuerpo. Así suena más coherente y real mi <amor fati> en esta historia de mi vida.

Años más tarde y gracias a esas raíces, supe resolver desafíos de mi vida azarosa marcada por distintas dificultades y aprendí que no tenía nada que ver con el santo Camilo, sino con la voluntad de vivir. Sin embargo, durante mucho tiempo tuve dudas para empezar esta historia. Al fin y al cabo, lo que aprendí temprano me define autodidacta y el haber visto ese cerebro del recién nacido moviéndose me diría siempre que de la vida o la muerte, todo estaba allí, en ese lugar a veces cubierto de pelo: En esa suerte de baba que muchos vimos. Debido a eso me acostumbré a escribir textos acordes con mi formación de científico social donde se pretende que domine la verdad objetiva, mientras que ahora se trataba de hablar y escribir recurriendo a mis vísceras, bilis y emociones. Sí, esas que se mueven cuando el amor como un susto nos invade y sentimos lo que a conceptos y razones les está prohibido.

Muchos años después sabría cómo las clases de la vida estaban fuera de un salón y sus programas representados en las palabras tropiezos y errores vivencia-

les. Son signos constantes en los apuntes de mi pasado. Aprendería de los asuntos del amor su imposibilidad con una razón coherente. Pues haber visto el movimiento de la baba en la cabeza hueca de ese niño, al aire libre y su cuerpo despidiéndose de este mundo, también sacaba del juego al verbo amar. Algo del aire le sobraba o le faltaba, como al amor en su abandono lucha para nutrir la vida.

En ese instante de mi mirada, asombrado y cargado de miedo imaginando que así pude haber nacido, lo imaginé como la reacción de los llamados “siete cueros” muriendo cuando se les regaba sal sobre su cuerpo: Esos animales no lo soportaban. Pasaba igual, en cuanto al aire libre para esa baba cerebral y tampoco vino diseñada para moverse y a su vez no morir en el intento. Fue como si un cerebro a la vista de todos quienes allí estuvimos se hubiera espantado ante el amor a la vida y escogió morir.

Después y pasado el tiempo de mi inocencia sabría que el amor y el amar solamente conviven sus instantes en momentos dominados por dilemas entre una razón cargada de verbos: amar, perdonar, juzgar o definitivamente optar por vivir su soledad derrotado y vencido. Pero donde también hay razones que nunca comprenderemos.

Para ser honesto con el lector, no fue la coherencia mi vela de guía inicial. Fueron mis emociones, errores y torpezas donde estuvo la diferencia con muchos niños de mi infancia. Ahora que lo digo al describirme, reivindico el juego de palabras moviéndose entre lo imprevisto y lo posible, pues hubo momentos donde necesariamente me reinventé la felicidad y el amor, en un todo pero a mi manera, sin manuales y ese sigue siendo mi idea de <amor fati>. Los errores son necesarios al humano para

amar y amarse, venimos al mundo con un diseño para explorar y defender la vida. Ese recién nacido se fue de este mundo intoxicado por la realidad del aire libre que lo arropó ese día.

Como lo dicta la subjetividad, en esta nueva escritura se privilegiarán algunas reflexiones que compartí en el curso de la dialéctica de mis vivencias con escenas y escenarios invitando a mis mejores autores, con sus historias, marcando sus frases contagiadas de amor, del perdón ante quienes me ofendieron o de desafíos superando muros que parecían imposibles de trepar.

Reconozco que la memoria no funciona como la tabla de multiplicar aprendida en mi escuela primaria. No siempre cuatro por cuatro son igual a dieciséis. Ella es traicionera, juguetona y esquivada con nuestros secretos como todos sabemos ocultar. Por supuesto que hoy confío en la claridad de algunos pasajes de mi pasado. No obstante, lo confieso, arrastra algo de magia donde aparecen borrones y nubes opacando cualquier idea de verdad. Y termino por admitir que mis recuerdos son de una vida con sus respectivos trazos. En ese sentido, muestro un antes con nombres propios de personajes que el azar eligió para mí, un mientras donde apenas recuerdo apodosos o muestro imágenes de algunos y por respeto a ellos no los nombro con su nombre real y, un ahora donde es mejor identificarlos dentro de sus acciones con las cuales me confronté. A otras personas decidí ignorarlas por estar alejadas de mi propósito que no es otro que mostrar mi lucha contra los avatares de mi infancia. Sin embargo, fueron personas reales con sus ambientes. También recurrí y recurro a frases de libros que contribuyeron y me inspiraron para escoger la ruta de mi existencia principal.

Para empezar, no le resulta fácil sentir la vida tranquila a quien le toca ser como un salmón nadando contra la corriente y la necesidad le sugiere cada día que su infancia debe dejarla y madurar su cuerpo frente a la condición humana rodeada de vicios, dolor, envidia e incomprensión. Muchos años pasarían para tener una respuesta coherente de mi dato de vida y sería del lado de las teorías sociológicas. Pues de las genéticas mi raíz en ese código está perdida.

Después, hubo momentos en que al recordarla me animaba a reescribirla, pero solo emborronaba papeles, algunos los quemé desilusionado ante el impacto desagradable de ciertos recuerdos y de nuevo entraba la molestia sobre mi carácter. Incluso en la época del «casete de grabación» intenté registrar mi experiencia con mi voz, pero tampoco funcionó. Sin saber su utilidad futura mantuve la disciplina de escribir un diario y solamente yo lo entendería. Fue mi protección contra lectores imprudentes, incluyendo a personas de mi estima hurgando en mi vida.

Fue con el correr de los años cuando adquirí más confianza, atrapé agradables frases que aunque irónicas me gustan mucho y pude centrar una parte de mi vida dentro de ciertas palabras: Sorpresa, esperanza, compasión, honestidad y miedo a lo desconocido. Como puede apreciarse, debo hablarle al lector desde mis emociones donde hubo momentos de mucha alegría junto a otros donde me sentí bastante mal y reconozco lo difícil que es volver a los recuerdos de cosas, hechos y malestares del pasado donde a lo mejor, para algunos, es mejor dejarlos tranquilos. Sin embargo, fue con dilemas, conflictos y decisiones a mi favor, otras crueles y en contra de quien por ser un niño se nace vulnerable y donde por azar y necesidad está centrada la ruta de mi historia.

A eso también lo denomino <amor fati>. No toda idea y sensación de amor es como un jugo de rosas azucarado que calma las angustias y nostalgias. Ese amor también se despecha, desaparece por instantes o regresa a los recuerdos donde llanto y risa se confunden.

Desde entonces debí saltarme recuerdos donde hubo la mala y desgraciada hora de sentir dos palabras que a lo mejor no son sentidas por otras personas en el mismo espacio: Olvido y abandono. Ambas se pronuncian de manera simple, pero sin poder evitarlo sacaron varias veces lágrimas a mis ojos y afortunadamente una fuerte voluntad para superarlas. Todo porque a mi lado un padre o una madre no estaban, aunque curiosamente supe que estaban vivas y eran reales.

De modo que esa ausencia la sentí en casos nada triviales y en momentos en que los problemas para orientarme en un mundo que me era extraño aparecieron y estuve solo para defenderme. El más frecuente fue una combinación de abusos y humillaciones por parte de quienes aceptaron cuidar mi niñez, no eran mi familia pero se presentaron como cristianos y piadosos. Sin embargo, estaban alejados de la palabra amor con comprensión y tolerancia. De hecho, me enseñaron la idea de un Dios al que había que temerle y eso me asustaba más que el mismo demonio escuchado de la voz del cura en el caso del nombrado recién nacido sin la tapa de su cerebro.

Desde entonces me parecía ser un intruso con un nacimiento que no escogí para tener virtudes y cualidades que a todos les gustara o para experimentar el agrado del nombre que me asignaron. Tampoco tuve despejados los caminos y rutas de mi inquieta y curiosa existencia marcada por el deseo de saber quién era yo.

Luego sentí mi vida igual al marinero buscando un farol alumbrado para guiarse y alejarlo del peligro en un mar embravecido. Eso que sentía estaba en la palabra ausencia de padres y debía convivir con ella como el único criterio para sobrevivir y en ese caso pensé que solo contaba, para bien o para mal, con esa idea fantasiosa de mi <amor fati>.

Sin duda lo percibí, en tanto amor, muy parecido a la semilla de algunos árboles cuando golpeados por el viento de una brisa fuerte les arranca sus flores maduras para un viaje donde solamente la naturaleza de sus genes sabe del lugar preciso de una germinación exitosa. En ese aspecto, la palabra azar es el corazón de mi <amor fati> y se constituye como la clave de mi sobrevivencia.

Por esta razón, si se me admite la idea, mi infancia quedó definida en su sensibilidad al lado de tres palabras: Olvido, soledad y abandono. No estaban en mi cerebro por mis caprichos, sino porque eran reales y las vivía a diario.

Y pasados los años de mi infancia debí aceptar la magia de la palabra esperanza invocando un Dios que en palabras del catecismo cristiano me enseñaban en esa casa. Aprendería a rezar, pero hubo veces en que a ese ente lo sentí lejano frente a un destino presentándose como si yo fuera una galleta que cualquiera podía morder a su antojo. Tanto que hoy me pregunto si con esa manera de leer mi vida la vejez se siente con mayor alegría por haber logrado soltar en el camino algunas palabras y golpes que es mejor dejar en el pasado porque es desagradable cargar su peso.

Y cuando supe de algún niño o adolescente vulnerable, en un caso parecido al mío, le hablé con propiedad

de cuál fue mi estrategia de sobrevivencia: —No me lo contaron —les alerté—, lo viví en constantes luchas y apoyado en las palabras clave: Coraje, lucha, dignidad, voluntad y esfuerzo. Todas como si fueran rosas que plantamos y se las ofrecemos a alguien a quien amamos y piensan de su vida como algo sin gracia o dones.

Ante todo intenté comprenderme en mis problemas aceptando que la vida alegre fue un desafío a resolver dentro de mis vulnerabilidades heredadas por la ausencia de planificación familiar de mis padres biológicos. Fue un combate constante y el adversario fui yo mismo, no otro. Tuve que vencer culpas ajenas inyectadas en mi educación temprana al lado de la señora donde me dejaron.

¿Me fue fácil?, ¡no! Al contrario de lo que muchos piensan de su nacimiento, hubo consecuencias y el llanto no me ayudó mucho. Nací con la realidad sin gloria, en tanto término reservado para héroes y santos. Sus signos fueron abandono, fragilidad y debilidad corporal.

Por supuesto, en esas vivencias no faltaron desgarraduras y heridas marcando mi alma, pero también el azar me dio la opción de construirme alternativas existenciales desde un mundo fantasioso o si se prefiere dentro del arte de vivir cultivando el orgullo como virtud y no como un complejo restregándoselo en la cara a todo el mundo.

Por todos esos ambientes de mi camino, siempre viví resolviendo problemas, causando otros y manteniendo la obsesión por el estudio. De alguna manera evité no regresar al miedo que sentí cuando me encontraba solo en ese combate, miedo siempre a mi lado no me abandonó y lo sentí aunque nunca le permití el control de mi vida en

los momentos más difíciles de mis luchas. En ello fue de mucha ayuda la literatura de cuentos y novelas junto a la filosofía, una vez que dominé la lectura y escritura de textos. Así mi vida fue otra.

Sin esas enseñanzas a lo mejor el camino hubiera sido más tortuoso del que tuve, dicho de otro modo: —Me propuse elogiar la alegría de vivir aunque a veces sentí el corazón como si estuviera roto, agrietado y desgarrado. Alguien que me lea pudiera preguntar: ¿Y cómo supo usted, siendo apenas un niño, de ese síntoma emotivo dentro de su cuerpo? Le respondería así: —Pues por algo que todo el mundo sabe la víspera del “día de la madre, del padre” o cuando llegaba la navidad construyendo su natural ambiente festivo. De inmediato me atrapaba la palabra indiferencia hasta preguntarme ¿Por qué siento la falta de algo para estar alegre? Fue pura intuición, sencillamente eso. A lo mejor todos en esas circunstancias reaccionamos así.

Pero, sin muchas dudas, por ser como soy viví esos momentos con cierta indiferencia porque me hería el recuerdo de padres ausentes. Sobre todo, al escucharle a alguien hablar de su preocupación sobre qué regalarles a los suyos o si no estaban vivos ir al cementerio con flores para el recuerdo. En cualquier caso, cuando esa fecha coincidía con el día de mi nacimiento recurría a la palabra indiferencia para pasar de largo y evitar el contagio de una alegría que me era extraña y dolorosa. Y en eso me decía: —¡No estés triste!, es un día como cualquiera del mes.

En lo esencial, siempre me bastó con percibir esa eventualidad en un tiempo de olvido, del pasado y para un <amor fati> que afortunadamente puso en mi azaroso

camino una palabra de los filósofos griegos para ayudarme a nutrir mi espíritu: Agón.

El Agón era el dios de los cereales, ayudaba a su crecimiento, era el arado para la tierra junto al buey y la semilla que aún uno ve en los campos de la agricultura tradicional. Simultáneamente, debido al sentido de esa palabra capté la idea de lo agónico en los humanos negándose a morir e invocando la esperanza y un posible renacer. Y sin que me lo propusiera conscientemente, recordaría a ese recién nacido luchando para sobrevivir, pero sin tapa en su cabeza vino marcado para morir. Y fue así como empecé a distinguir vida de muerte, aunque se luchara existía la posibilidad de perder. Solamente quedaba, según imaginé, haber hecho el intento y eso me nutría.

Mientras que mi agonía era sentir y leer el mundo de otra manera al percibirlo en su desigualdad y deshonestidad me preocupaba. Pero junto al verbo luchar me encontré con muros y fantasmas que caben en las palabras deshonor y pobreza espiritual. Y sí, a veces caí enfermo y reconozco la solidaridad de personas que me atendieron con cariño y maestros de escuela preocupados por enseñarme. Por ello vale admitir que la soledad no es absoluta.

Aunque sin ese amor por mí mismo y la virtud del Agón asimilando la soledad reflexiva seguramente hubieran sucumbido frente a la palabra abandono. Luego, pienso hoy, mi vida hubiese sido la de un individuo apto para dar lástima u horror ante la gente. Igual que el ser sin la tapa de su cabeza visto por mis ojos. Sin duda que la soledad y el abandono no eran, en mi caso, términos absolutos y definitivos para guiar mi espíritu. Digo aho-

ra que solamente estuvieron allí como una opción: —Los tomas o los dejas.

Dentro de esa lucha mía, lo más difícil fueron mis días tratando de aceptar el sentido de una palabra que sigue siendo misteriosa para mí: Perdón. Tantas veces la escribí en un cuaderno para memorizarla cuando con su respectiva manera represiva de educarme la señora me enseñaba la alternativa de pedirle a Dios por mis ofensas y a quienes ofendí con mis errores. Era «El padre Nuestro», bello poema que aún no me canso de leer y percibir el misterio de la fe que nos transmite en tanto posibilidad de vivir y dejar vivir.

Ahora bien, fue complicado que en mi infancia yo lo practicara pues me generaba rechazo cuando venía de recibir un castigo corporal por no importa qué desobediencia y entonces me decía: —¿Cómo puedo perdonar a quienes me hieren y a la vez me dicen que Dios me ama? Ese fue mi dilema básico durante cierto tiempo.

Asumí el Agón como mi mejor defensa para sobrevivir en ambientes distintos a mi familia y me daba cuenta que trabajar y estudiar se constituían en gran parte de mi lucha para salir de allí. Por eso al decidir cuáles recuerdos me acompañarían en mi narrativa y cuáles no, adopté el hábito de escribir en un cuaderno o en cualquier hoja suelta mis reacciones frente a escenarios desagradables y los que nutrían mi sed de autonomía con libertad. Pero, lo repito, de todas las palabras escritas, nunca faltó el Agón como nutriente.

De esa manera mi memoria de lucha la usaba para protegerme y tener cautela para pensar con claridad en aquellos instantes donde mi mayor desafío era no dejarme atrapar por la soledad y el pensamiento débil que todo

individuo muestra al aceptar su abandono. Allí pienso que mi pasado fue nítido cuando mantuve esa estrategia.

Ciertamente que también pude sacarles el cuerpo a los monstruos de la tristeza, la melancolía, ira y frustración en tanto sentimientos de pérdida de algo cuyo origen siempre ignoraba. Sobre todo, en los instantes donde siempre me preguntaba: ¿Por qué mis padres se olvidaron de mí?, y la tristeza se me instalaba. No negaba que en tanto humano o Sapiens la vida la atrapamos mediante palabras, pues por comparación con el reino animal el Agón es su vida o perecen.

Llegué a imaginar el absurdo de verme similar a un león, en la selva, mostrándose “triste y débil”, llorando desconsoladamente frente a una hiena dispuesta a comérselo. Y sería en esos momentos donde simplifiqué todo en una frase: Luchar para existir o de lo contrario me convertiría en esa baba que vi en el cerebro del “niño fenómeno” con su cráneo abierto.

Y tal como dije antes, siempre la vida nos lleva por caminos de alegría o tristeza. No obstante tenemos la opción de desobedecer a sus síntomas. Debido a ello, el “día de la madre” referido anteriormente lo atrapaba igual al punto del almanaque con múltiples emociones que el tiempo se encargó de tirar al piso de mis recuerdos como hojas desprendidas de un libro.

Por supuesto, hubo instantes en los que imaginé que debí haber nacido en un lugar con ciertas y mínimas condiciones o las comodidades del calor de una familia donde quienes me concibieron estuvieran unidos, pero, y qué “pero”, conmigo no ocurrió así y desde mi primera infancia percibí mi vulnerabilidad básica en ese contexto

social marcado por el autoritarismo y la exclusión social. Además, mis opciones no fueron muchas.

Desde luego, es difícil que un pensamiento o un deseo nos cambien las cartas asignadas en el azar del juego de la vida. Y sí, viví ese tiempo como un juego con reglas no escritas e igual para todos los niños de mi época. Era una igualdad imaginaria representada en la obligación oficial de llevar un uniforme escolar, lo real era una exclusión social marcada por la precariedad de la vida para niños como yo donde los abusos los enfrenté al no poder llegar al sitio donde vivía y gritar: —Ayúdenme, soy débil.

Por ejemplo, la regla legal de mi identidad venezolana registró una partida de nacimiento con mi nombre y apellido, pero en ese documento hay marcas discriminatorias que pasan desapercibidas en su lectura como algo lógico—: «Hoy, en esta Prefectura del Municipio Carache, del estado Trujillo, me fue presentado un niño, hijo natural que lleva por nombre...», y así para otros casos marcados por esa palabra que en el fondo era deslegitimarnos ciertos derechos. En esa presentación está lo oculto entre dos palabras: Natural o ilegítimo versus el que nace de padres casados y si es por la iglesia, mayor será la aceptación social.

Para distinguir la exclusión social en ese discurso jurídico, es necesario ubicar el sentido de la palabra natural, frente a otros que no lo son y sus consecuencias eran significativas en mi época porque por algo en asuntos de gobierno siempre leía o escuchaba a personas que remarcaban un segundo apellido del que yo carecí. El punto fue que lo de “natural”, acuñado para mi caso, no venía de la palabra matrimonio, sino del pecado diabóli-

co de una madre soltera y sumada a eso no se registraba el nombre del padre, aunque este existiera.

Solamente aparecía nombrada la madre con el apellido Perdomo bajo la presencia de dos testigos ante el funcionario registrador, como si por ser “natural” ese discurso jurídico le precisara a toda mujer, en esas condiciones de madre soltera, un lugar apartado de la sociedad. El nombre escrito de ella era Rita y Sixto, como se nombraba mi padre estaría ausente en ese registro.

Esa es la realidad venezolana brutal donde me dieron mi única identidad social y sería mi primera sensación de consciencia de lo que hasta ahora soy.

Mientras narro esta parte también debo aclararle al lector que soy consciente de mi estilo con un lenguaje del niño jugando con su inocencia y un destino no escogido. En un todo madurando rápidamente para ser un adulto viviendo con sus desgarraduras e intentando abrirse su ruta existencial. En ese plano o contexto justifico la gramática de mi vida con una condición de mi <amor fati> en lo siguiente: No narro mi historia por vanidad, orgullo de acoleccionado, venganza ante quienes abusaron de mi confianza o soberbia por mis logros académicos. No es mi intención.

Bastaría con afirmar sobre esta narrativa que apenas es un intento por explicarme a mí mismo en algunas circunstancias donde mi voluntad de lucha se batió hasta llegar a asombrarme cuando reflexiono mi historia y me pregunto: ¿Cómo logré salirme del camino donde lo esperado para mí era ser un arrojado a la calle con todas las consecuencias que eso trae tanto en lo afectivo como en lo legal? Pude ser un delincuente o un egresado universitario que cuando fue al gobierno robó los dineros públicos.

De eso conocí nombres, están en mis notas y es mejor mantenerlos en el olvido porque a lo mejor sus familiares tienen otra imagen de esos pequeños seres. Y fue también eso lo que marcó mi ruta diferente en el plano ético cuando marco distancias necesarias.

Varias teorías son, en mi opinión, débiles para explicar mi infancia crítica cuando sostienen que un niño desfavorecido socialmente va a reproducir en su vida el ambiente que lo rodea y no siempre ama el estudio y el mérito. El ambiente de esa época en la América Latina tuvo fuertes dictaduras y democracias sin consolidarse, Venezuela no fue un excepción en cuanto a los discursos de exclusión, los viví y me fueron comunes en distintos espacios sociales si intentaba alcanzar algún logro y los recuerdo con sus palabras intolerantes, incluso presentándose como mis amigos—: «Y qué se creé este tierrudo, ¿de dónde viene?, ¿tiene dos apellidos? ¿Quién lo recomienda para el cargo que aspira?». Escuché con frecuencia que “es mejor jalar bolas en la sombra que escardilla en el sol”, también “a mí que me pongan donde haiga”. Todo eso me resbaló y no lo practiqué como si lo hicieron quienes asaltaron la renta pública.

De tal manera que sin el Agón y la manera de comprender mi <amor fati>, la dialéctica de mi vida no es comprensible sin sus conflictos, problemas que causé y la lógica de sus errores o torpezas cometidas. A esa dialéctica no le saqué el cuerpo y a lo largo de esta descripción muestro sus causas y salidas.

Por respeto al lector que llega hasta esta parte, intentaré seguir narrando mi existencia siendo lo más objetivo posible en lo que voy exponiendo. No digo que imparcial, pues no puedo serlo aunque sea mi deseo. Se

trata de mi vida azarosa donde ante todo soy mi propio jefe con los intereses respectivos de mi caso.

De allí que muchas anécdotas quedaron en el camino, secretos muy personales y vidas de otros seres queridos que no constituyen relevancia para ese Agón que me define. Por ello, brevemente, indico señales de mi existencia frente a momentos donde estuve a punto de quitarme la vida. Sobre manera, cuando internalicé el inconveniente de haber nacido desfavorecido, socialmente hablando, y era inexplicable que a veces me acostara sin haber comido. De allí que a mis hijos les enseñé que todo alimento y en la mesa, se debe aceptar sin ninguna protesta, pues es similar a un don divino comer en ese lugar.

A partir del instante en que soy un producto de las vicisitudes familiares debo hablar de dos hechos marcando mi cuerpo y alma: —Uno, cuando con seis meses de nacido mi madre Rita sufrió el accidente al ser mordida su mano derecha por un perro. Dos, cuando mi abuelo Juan bajó a Carache con la intención de presentarme en la Prefectura, se hizo acompañar de tres amigos como testigos y registrar mi nombre Camilo cumpliendo con lo indicado por el Almanaque, seguido de “el Alegre”, que llevaba anotado en un papel escrito por un vecino, pues ninguno de ellos sabía leer y escribir.

La palabra alegre vino de la costumbre de los amigos de parranda de mi abuelo a quien con cariño le decían Juan, “el alegre” y se pasaba de tragos. En la prefectura el funcionario aceptó el de Camilo, pero al escuchar la palabra alegre cambió de carácter pensando que los solicitantes le tomaban el pelo y no lo aceptó. La reacción de mi abuelo fue inmediata y dentro de su ignorancia adujo

que si había un Juan “el Bautista”, debía aceptarse Camilo “el Alegre”.

No hubo acuerdo con ese funcionario y sugirió como primer nombre José, como el del esposo de María santísima en la Biblia. Mi abuelo era cristiano por tradición no por formación, así que en el registro quedé como José Camilo y el apellido Perdomo: El de mi madre.

De ese hecho tuve conocimiento a los seis años de edad porque un señor que conocí en una bodega haciendo un mandado, quien al saber que era hijo de Rita, me lo refirió a plena voz y los allí presentes rieron, y eso me agradó. Desde ese momento valoré ese gesto de mi abuelo, pues qué padres no quisieran que sus hijos fueran educados escuchando siempre la palabra alegre.

Después de ese bello recuerdo con mi abuelo y con cierta edad leía libros de filosofía e imaginé que en sus parrandas, junto con sus amigos, fue un filósofo silvestre de la vida entusiasta cuando se echaba sus tragos. Sin duda que al presentarme en esa Prefectura la borrachera les inyectó algo de alegría a su limitada calidad de vida en el campo y la manifiesta precariedad social. De eso en mi espíritu se sembrarían las palabras alegría y amor.

Mirando de cerca ese recuerdo en mi mente debo confesar mi gusto por mi primer nombre junto a esa bella palabra tan difícil de mantener en el tiempo, pues lo común es nostalgia y tristeza. Fueron circunstancias de una época provocadas por el discurso social, económico, educativo, político, religioso y jurídico con el que se topó mi <amor fati> cuando nací y crecí sobre esas circunstancias.

Característica dominante de ese discurso fue enterrar los derechos de la mujer, caso de Rita, en su vulnerabilidad frente al macho preñador que va por allí soltando espermatozoides como un bombero con su manguera rota intentando apagar fuegos.

Fue un tiempo moral donde las instituciones no le exigieron al hombre el rol de padre responsable. Por supuesto, el déficit educativo también contó para ese entonces y se reproduce en un contexto donde incluso hoy en las escuelas venezolanas no se enseña a la juventud que el problema no es amar, sino el amor que diferencia el placer sexual de aquel donde la reproducción biológica exige, absolutamente, ser responsable.

Aún ignoro por qué tipo de razón siempre intuí que con el gesto de mi abuelo, con quien solamente conviví unos cinco años, me insufló el motivo para siempre recordarlo bellamente. Fue un hombre de humor y gracia que con esa palabra expresaba a la vez su deseo de ser alegre y no pesimista. Admito la dificultad de ser optimista cuando lo fácil es el pesimismo cuando miro de cerca el ambiente social que rodeó mi nacimiento. En efecto, no son los deseos donde debí mirarme sino en la voluntad de fuerza para construirme la esperanza contando con mis manos y un cerebro frío manteniendo caliente mi corazón.

Y una consecuencia constante de esas vicisitudes es que fui forzado a tener una maduración temprana donde a veces jugar solo me era posible viendo a otros niños hacerlo. Por ello nació mi conducta desobediente, confrontadora, terca y porfiada. En esos casos mis emociones se disparaban y solamente la represión de quien me criaba las aplacaba con castigos corporales.

De modo que no fui solamente la pequeña parte de una sociedad o una época, sino que con mi lengua, su cultura y sus costumbres esa sociedad estaba dentro de mí pues en ese tiempo los niños de mi edad sin una familia eran calificados de “criados” y sus derechos aunque existían en decretos de gobierno, en el mundo real eran letra muerta.

Solamente el de la educación me basta como testimonio, se cumplió porque mi Agón estuvo allí. Por mi terquedad de estudiar y a lo mejor la expresé como resistencia ante quienes me la negaban. Pues más allá de aprender a leer y escribir me preguntaba: ¿Cómo iba a saber yo para qué servía?

Aquellos años de mi infancia fueron duros y cargados de arbitrariedades, no obstante que tuve momentos alegres y felices. Sin embargo, no niego ni reniego que allí me hice rebelde y como esos gatos salvajes sacando sus uñas en la defensa, nunca permití que cualquiera sobara mi cabeza. Con el tiempo enriquecí esa actitud con sueños donde confrontaba a quienes se me oponían y mi poco espacio infantil lo defendía como ese gato cuando estaba acorralado.

De tal manera que así decidí hacer realidad mis sueños sin quedar atrapado en mis sufrimientos dando el ejemplo en aquello donde se me permitía el crecimiento emocional: Ser el primero en todo, de esa forma la palabra mérito se me hizo familiar.

Me gustaba sacar buenas notas, no siempre lo lograba aunque hubo veces en las cuales obtuve un diez entre veinte alumnos que aprobaban de treinta y cinco en los exámenes. Como todo el mundo, hubo momentos, pocos por cierto, donde me copié de un compañero de clase y también le permití a otros que lo hicieran.

En la ruta de mi vida, como la venía sintiendo, acepté mi realidad y me propuse superar los temores donde por no concentrarme en cualquier actividad cometía errores. Uno de ellos era la angustia ante la posibilidad de la muerte de mi madre o de algún familiar, aunque no sabía por dónde andaban.

Fue valiéndome de la memoria de niño abandonado como les ocurre a perros callejeros donde aprendí a ser indiferente cuando a otros niños les escuché esas preocupaciones afectivas. Ante ellas mi pensamiento iba en otro sentido, pues igual le ocurre a quien ante algunas palabras incómodas, si lo afectan, debe mirar para otro lado. De esa manera empecé a evitar el dolor de existir con precariedades.

Si eso fue un signo favorable o era una cualidad rara heredada en mis genes aún no logro saberlo. Solo el tiempo indicando su ruta me enseñó a distinguir distintas circunstancias bien marcadas por el azar de la vida y que por comodidad encierro ahora en la idea de mi <amor fati>. Vale decir, como algunos piensan, en la palabra oportunidad o suerte y si bien salí lastimado, también tuve la decisión y voluntad de torcer aquello que daba signos de ser mi fatalidad. Incluso si en la escogencia el dolor me dominó.

Y pensando de esa manera pude internalizar ideas a mi favor al recurrir a mi memoria en aquel momento donde se origina el cambio de mi vida familiar debido a esa jornada de salud cuando mi madre me llevó al pueblo de Carache para vacunarme y desparasitarme. Era obligatoria para los niños de mi edad en ese año de 1950. Y sí, ese hecho inició la ruta de mi <amor fati> porque mi comportamiento de no llorar, ante la vacuna, llamó la atención de uno de los tres enfermeros de nombre Fran-

cisco. De paso con el purgante pedí más como si supiera que lo necesitaba. Ese recuerdo no he querido olvidarlo.

Desde entonces pienso y reconozco que ese día, momento y vacuna me convirtieron junto a las otras dos circunstancias dichas antes, en un espectador de mi propia vida escapando de los sufrimientos del camino con signos o marcas de una existencia inimaginable en el tierno cerebro de mi infancia.

Así mismo, no exagero al afirmar que desde ese momento de la vacunación fue donde se justificó protegerme de virus y enfermedades, pero curiosamente también empezó mi rápido crecimiento en un mundo a veces hostil e injusto ante la realidad de estar abandonado por mi padre y con el tiempo, de paso, olvidado por mi madre que influyó en mis esperanzas de convivir junto al amor y calor de una familia. Ya adulto, querer tener esposa e hijos se convertiría en un desafío para el cual tampoco había sido preparado.

Desde que me dejaron en esa casa tuve deseos de ir de nuevo al lugar donde había nacido, pero al pasar los días e insistir la señora del señor Francisco explicaba las limitaciones de mi familia con su pobreza y su respuesta era no.

De modo que, lo repito, junto con el abandono de mis padres y las dificultades de mi abuelo cuando se alegraba con el licor, fue de gran ayuda que otra familia se encargara de mi cuidado desde el instante en que el señor Francisco me llevó a su casa. Él, con su pareja, tenía una hija ya adolescente estudiando en Trujillo, alojada en casa de su hermano de nombre Félix.

Empiezo esta parte con el deseo de mantener con vida ese recuerdo de mi abandono: Por la tarde de ese día, Rita fue a buscarme y aún estaba medio dormido debido a los efectos del purgante y la vacuna. Sin embargo, cuando escuché su voz salí a su encuentro en el instante en que la señora Domitila le decía: —El niño no nos molesta, cuando usted disponga de tiempo lo viene a buscar. —Mejor para mí —dijo mi madre—, pues no me es fácil bajar a Carache y además tengo más hijos que atender. No aspiro convertir esta página en una larga lista de culpas o reproches. Queda un largo trecho a mis palabras en esta historia y cada quien sacará sus conclusiones. Pero fue de esa manera que la voz de mi madre desaparecería cuando me dejó en casa de la familia Quevedo.

Ahora bien, si así nació un signo favorable para mi <amor fati> el tiempo lo diría desde varios sentidos marcados mediante palabras, pues tampoco decidí el lugar a donde venía de llegar y para bien o para mal allí transcurriría buena parte de mi infancia.

Desde entonces, mis amaneceres me encontraron confundido pues recordaba el ambiente de donde venía y soñaba con regresar a jugar o ver a mi abuelo. Quizás por eso exigía explicaciones que me ayudaran a comprender mi lugar en esa nueva casa. Por lo tanto, así se templaron mis valores y principios donde desobedecer ante los golpes a mi vulnerabilidad los enfrenté con mi lucha o Agón. Pasado el tiempo fui encontrando ciertas rendijas para la esperanza y entendí que tampoco la fatalidad es absoluta.

Y de lo que viví, incluso en mis rupturas, pude aprender que la vida es solo un efímero fenómeno terrestre en el que lo imprevisto, el azar, los errores y sus cir-

cunstances la hacen interesante, bien en su gracia o su desgracia.

Así que puedo asumir en las palabras de mi vida y aunque no se me crea, su recuerdo es como si una fotografía mental y con cierta ansiedad inexplicable a esa temprana edad, donde dudé de si volvería a ver a mi madre o que ella me buscaría. Quizás mi destino fuera ese, pero como repetía el señor Francisco: —Este muchacho ni cuando nos lo dejó su madre lloró, es terco pero sin duda que no es un llorón—. Eso he sido y si el llanto humano es una emoción válida en el amor o la alegría, lo sentí inconveniente para un pensamiento fuerte: Por supuesto que lloraba, pero sin cultivar el pensamiento débil mostrando a todo el mundo mis lágrimas. Lo hacía en mi privacidad y lo acompañaba de mis deseos de tener una vida con orgullo.

Al principio, en casa de la señora Domitila, todo era una aventura invitándome a adaptarme como cualquier animalito que explora su nuevo lugar, no utilizaba mi olfato sino mis ojos cargados de curiosidad y sospecha. De mi madre solo tenía pocos rastros en mi cerebro mientras estuve con ella junto a la voz de su dicho: «Voy a hacer una diligencia y ya vengo». El día de mi vacuna, el mismo en que me dejó en esa casa, solamente tuve mi vestimenta y por ello no nombro aquí una fotografía donde pudiera recordar su imagen y menos unas letras en una carta, recordemos que ella carecía de estudios. No obstante, antes de dormirme hubo muchos sueños con ella y mi abuelo, aunque poco a poco devinieron sombras borrosas y con el tiempo desaparecieron sin yo poder hacer nada.

Mi tiempo pasaba lento en esa casa y con frecuencia me aburría. Mientras sentía tal cosa, como imagino hace

todo niño, me preguntaba: —¿Por qué no volvió a buscarme? Reflexión que seguramente no tiene una respuesta única y no se trata de entrar en dilemas cuando aún no tengo palabras apropiadas para mi espíritu que lo alejen de la alegría de vivir, solo puedo narrar lo que con el tiempo se me permitió saber.

No obstante y ahora que ella no vive, diré que fue tan buena madre como su <amor fati> se lo permitió. Ni la juzgo ni la encierro en una fea palabra que en esa nueva casa me metieron hasta por los poros de mi piel: La culpa, la maldita culpa del pecado que con frecuencia me repitieron inculcándome su propia manera de sentir el cristianismo, una religión donde ella ignoraba que contradictoriamente siempre invita al perdón y no mirar el pecado.

La razón de no buscarme solo ella la conoció, pero perdonarle su acción es lo menos que puedo sentir pues mi vida fue también por ella. Además, haber nacido en esas condiciones, como a cualquier niño seguro le ocurrió, trajo efectos y afectos unas veces favorables a mi vida y otras desagradables. Y al final eso fue lo que ocurrió.

Si bien ese recuerdo mantuvo mi alma herida cuando en cualquier lugar o en la escuela me preguntaron sobre quiénes eran mis padres y no supe qué decir, salvo que mi madre se llamaba Rita, también me invitó a respetarle su decisión. A lo mejor no tuvo otra opción.

De mi padre apenas supe su nombre y un breve recuerdo de su rostro porque cuando lo vi ya estaba quedando calvo. Más nada, incluso si fue amoroso con Rita visto los cuatro hijos que le tuvo o si era violento, pacífico y religioso. Pero lo que sí sé es que no fue un hombre responsable con sus hijos. Ahora yo estaba en otro lugar,

bien diferente al rancho de donde venía y pasado un mes adaptarme no me fue difícil mientras pude jugar inventando cualquier cosa. Así, iba olvidándome de algunas realidades incómodas y empezaba a vivir con mis nuevas fantasías que fueron las grietas de mi libertad jugando con palabras en diálogos imaginarios porque siempre hablaba solo.

Durante las primeras seis semanas de estar en ese nuevo lugar fui atendido en forma cariñosa y agradable por la señora Domitila y el señor Francisco. Era ella quien me indicaba qué iba bien y qué no dentro de su casa. Con frecuencia venían vecinos a visitarla y de inmediato le preguntaban quién era yo, como me llamaba o de dónde venía. Su respuesta constante me fijó una nueva identidad: «Es un criado de la casa».

Su voz y carácter autoritario vendrían acompañados en cada orden para mostrarme pautas y límites de lo que significaba esa nueva identidad para mí. Se destacaban limitaciones para ser un niño con libertad para salir a jugar a la calle, salvo si había hecho ciertos «oficios fundamentales que me fijó». De allí que cuando salí a jugar con niños de la vecindad me adapté al medio porque intuía que yo era diferente a ellos, sobre todo cuando alguno preguntaba sobre de dónde venía y ella respondía: —Es un niño que me dejaron para criarlo y en la casa me ayuda con la limpieza y mandados a la bodega. Esos eran una parte de los oficios con los cuales aprendía a ganarme el sustento y la durmienda.

Después agregaría ciertas normas más estrictas y de inmediato fui conociendo que el carácter de esa señora muchas veces cambiaba y se convertía en continuas llamadas de atención por cualquier motivo. A partir de ese ambiente empecé a sentir que ese prematuro amor

para mí poco a poco se iba yendo como si a esa señora la incomodara mi estadía en su casa. Su voz autoritaria las decía con palabras bien precisas: —Limpie aquí; vaya allá; busque las gallinas, lléguese donde la vecina tal para cargar unas cajas, allá lo necesitan para que les mueva un maíz—. Después me enseñó a barrer y lavar mi ropa, que por cierto no era mucha.

A todas esas actividades, en tanto “criado”, le denominó “hacer los oficios”. Mi vida, en ese ambiente, me provocaba miedo, susto y a veces no me atrevía a pronunciar ninguna palabra. En cualquier caso, mi obligación era solamente obedecer en esos dos primeros meses de mi llegada.

Al principio me incomodó su disciplina, luego me volví a sentir contento cuando empezó su enseñanza del rezo junto a conocer las primeras letras y números del uno al diez. El procedimiento utilizado fue hablarme poco a poco del amor a Dios y me leía palabras que sentí como cuentos sacados de un libro que ya deletreaba con dificultad: Biblia, eso me agradaba mucho hasta cuando se detenía y me indicaba que a ese Dios debía temerle porque ante la mentira y el pecado él lo sabía todo. Aún no comprendía el mensaje, pero ella insistía y si yo miraba para otro lado distraído, ella indicaba su sentencia y su voz era otra: —Él está en todas partes y a todos nos vigila desde las alturas del cielo, lugar donde vive —decía.

De allí en adelante y durante mucho tiempo, según ella, mi conducta debía ser la de un niño obediente, humilde, respetuoso, que rezaba y daba gracias a Dios por permitirme vivir, pues solo así se limpiaba mi pecado cuando nací y para eso llegaría el momento en el que debía hacer mi Primera Comunión: —Allí usted recibirá el cuerpo de Cristo, quien murió crucificado para salvarnos

a todos del pecado —aclaraba ante mí y bien satisfecha de enseñarme su doctrina.

Al lado de toda la estrategia de su disciplinarización diaria hubo instantes de fastidio y entonces bostecé como si tuviera sueño. Fue en uno de esos momentos donde sus palabras no corrigieron mi bostezo y pasó a mostrarme algo para hacerlo, totalmente desconocido para mi infancia: Un rejo tejido de cuero, del largor de su brazo que colgaba de un gancho fijo en una de las paredes de la casa. Mi curiosidad cuando lo señaló no me indicó nada, pero sí entendí cuando con autoridad dijo: —Conozca a su otro maestro si usted sigue desobedeciendo y protestando cuando le enseño a rezar y escribir, se llama “Pedro Moreno”, nunca olvidé su nombre porque de eso se encargaría su conclusión brutal: «quita lo malo y pone lo bueno». Además, su aclaratoria llegó con una risa burlesca cuyo presagio no era bueno para mí.

De lo escuchado sentí pánico, algo malo, pues días antes vi el castigo de un niño vecino cuando su padre le daba con la correa que sujetaba sus pantalones. Lo novedoso de ella es que el rejo tenía nombre de persona y de santo: —Pedro, el mismo del libro de los rezos con el que me instruía en el temor a Dios. Según le escuché decir: —Un Apóstol cristiano predicador del amor a Dios. Mi intuición indicaba al escucharla que las clases me entrarían al lado de las palabras castigo y llanto mediante el uso de ese tal Pedro.

Simultáneamente a esa enseñanza religiosa, la señora me repetía: —Aprenda a tener temor de Dios, él todo lo ve y lo sabe, hay que alejarse de la tentación del diablo. Es el demonio quien tienta a los niños para que sean desobedientes, pierdan la fe en Dios y caigan en el

pecado, se presenta de varias formas aunque siempre es como un perro negro —insistía.

Todo ese repertorio lo indicó en la quinta semana de estar con ella y a su vez agregaba: —La pereza y perder el tiempo son palabras indeseables para un niño en su crianza, siempre hay algo por hacer donde uno vive. Aparte de eso, el tiempo es oro y quien lo pierde “lo lloran los angelitos” —concluía. —No comprendo —me atreví a decirle un día—, pero era ella quien mandaba y agregaba: —Sencillamente que usted no es como los otros niños que viven con sus padres, usted está a mi cargo, al abrigo de Dios y no va a vivir jugando pues tiene que contribuir con lo que come, por eso viene haciendo los oficios junto a los mandados en la bodega de la esquina, va a la iglesia y reza para que Dios le perdone los pecados que trajo al momento de su nacimiento. Con ese rosario de frases y palabras, indudablemente que olvidaría todo lo que traje de mi lugar de nacimiento.

De pronto ese destino que me tocó me adelantaba el tiempo al impedirme jugar y ahora mi vida debía justificarla cada día. Mi infancia quedó anestesiada e inestable, como si hubiera nacido para no sentir la felicidad del juego con otros niños y que debía convertirme en adulto. Al fin y al cabo, no tenía muchas opciones pues allí estaba solo. No obstante, me parecía que todo eso no era normal cuando miraba a la mayoría de los niños del vecindario jugando frente a sus casas o un poco más lejos. Menos yo, solamente podía mirarlos. Y eso, sin darme cuenta, construyó en mi cabeza cierto dolor, envidia y rencor.

A la bodega del lugar empecé a ir, la señora en un papel anotaba al bodeguero la compra y luego él lo copiaba en su cuaderno y a fin de mes la borraba una vez que ella le pagaba lo vendido. Al principio no me gustaba ir

e iba obligado, pero cuando el bodeguero me mostró algo que pocas veces logré ver en otros negocios, me entusiasmé para ir siempre a comprarle. Consistía en comprar algo y luego, según el valor de la compra, introducía uno o varios granos de arroz, arvejas, garbanzos o caraotas dentro de unos frascos colocados sobre el mostrador. De esa manera, con cada compra se iban llenando y al rebozarse uno de ellos, era el momento de contar los tipos de granos contenidos.

Lo que valía cada grano estaba previamente asignado a lo comprado por parte del bodeguero. Observé que no era igual llenar el frasco con arroz que con garbanzos en relación con el valor. Una vez contados los granos, en nuestra presencia, con alegría recibíamos lo que se denominaba: “Una sorpresa” y su cantidad se convertía en una golosina o algunos centavos. Cuando recibí esas sorpresas viví momentos alegres, fueron mis primeros regalos ganados con el trabajo de hacer mandados. Luego me gustaría ir a la bodega.

Hoy sé que fue una estrategia, Marketing le dicen, del bodeguero para atraer clientes que siendo niños gustaban de un caramelo o una moneda y a su vez eso compensaba el lugar de la venta. Fue una tradición de pueblo que desapareció en el Carache de mi infancia. Ignoro si en otros lugares de Venezuela hubo esa actividad.

Al tercer mes de estar en esa casa y temprano de la mañana cumplía con mis obligaciones. Luego tomaba el desayuno para luego sentado frente a la señora Domitila iba enseñándome a leer. Al medio día todos almorzábamos y como la familia tomaba una siesta, también a mí me correspondía. Será en mi vida un hábito que hasta el día de hoy cumplo, incluso si se da cruzando mis brazos para cubrir mi cabeza sobre un escritorio.

Al caer la tarde fui aprendiendo con ella los números. Fueron varias clases diarias, al cuarto mes hice progresos significativos en esas tareas. Luego aprendí a sumar, restar y más adelante a multiplicar o dividir, lográndolo como a los siete meses. Hasta ese tiempo todo iba bien en cuanto a la calma que me dedicaba.

Cada noche, antes de acostarse, ella me sentaba al borde la cama y me enseñaba a darle gracias a Dios por la vida que teníamos mediante un rezo. De esa forma y apartando su autoritarismo le daba a mi sociabilidad algo que siempre denominaba moral. Una vez que le obedecía aceptaba visitas de algunos niños y yo jugaba con ellos.

En esa casa era frecuente la reprimenda con amenazas de no seguir enseñándome frases o con el rezo. Fueron apareciendo en mi mente reacciones de choque con su manera de corregirme porque enseñarme, por momentos, era violento. El costo fue doloroso debido a ese “Pedro Moreno”.

Quizás, pienso hoy, ella había encontrado resistencia para mejorarme mediante su educación moral solo con el castigo, temor a Dios y la vigilancia constante buscando marcas de una culpa de la que nada sabía. Me repetía mucho la palabra consciencia.

Sin embargo, lo reconozco, compartí con ella ese maravilloso mundo de la lectura, vida de santos con palabras misteriosas y los números. Seguro estoy que en esos momentos ella hizo grandes esfuerzos para educarme. Incomprensible sí que cualquier travesura como niño a esa edad de cinco años y medio ameritara un castigo. Yo confiaba en lo que me enseñaba, pero le sentía sus faltas de amor frecuentes al no reconocerme los avances. Al

mismo tiempo me confundía, pues el horario de mis otras tareas lo cumplía y no dejé de atenderle todo lo que me mandaba a hacer. No obstante, los días pasaban y no me sentía alegre como deseaba y hasta el tiempo me parecía demasiado largo para irme a dormir.

Durante aquel tiempo sufría al observar a otros niños que no solo tenían a sus padres, sino libertad para salir a jugar. Esa carencia afectó mi conducta, sentí la ausencia del afecto con amor hasta tal nivel de llegar a preguntarme: ¿Cómo podía Dios negarme la felicidad a mi corta edad?, lo decía por las noches y antes de quedarme dormido.

Los obstáculos de lectura y comprensión, en ese tiempo, los venía superando con una manía de posar mis ojos ante cualquier letra, aviso, periódico o revistas viejas. Pero en los números y sacar cuentas tuve mis mayores dificultades. La de mayor frecuencia cuando intenté contar ayudándome con los dedos. De inmediato golpeaba mis manos con una regla. En ese caso sí lloré, poco a poco dejé de hacerlo en el intento de mostrar mi fuerza ante sus frecuentes castigos. Ya, en trance de dormir, también me preguntaba: ¿Por qué tenía que pasar por castigos sobre mi cuerpo para aprender a leer y escribir? Lo sentí injusto y alejado del cariño que como niño debía tener. Con los años llegué a aprender que la educación de ese tiempo consistía en manipular al niño para sembrarle una obediencia ciega evitando que fuera libre y autónomo en sus opiniones.

Si bien fue cierto que al llegar a esa casa mi lenguaje era pobre, sin hábitos para sentarme en la mesa del comedor o comer con la boca cerrada, pues lo hacía masticando como cualquier perro hambriento, los castigos recibidos no los justificaban. Unido a eso, cuando

mostré cambios en esos hábitos, nunca su boca dejó salir la voz con una palabra de reconocimiento. Tampoco hubo un abrazo o un beso en mi frente, menos que me sentara en sus piernas como tanto deseaba ya sintiéndola mi madre, pues Rita allí no estaba.

Mientras que el señor Francisco, de carácter fuerte, tenía para mí otros ojos para mirarme y a veces me daba palmadas en el hombro animándome a ser mejor persona: —Haga como yo que no vuelvo porque los cables eléctricos me quemarían —decía con su fresco humor.

Todo en esas tareas las sentía extrañas y confundido ante las reacciones de ella si no le entendía sus enseñanzas, las veces que eso ocurrió ya sentía cierto temor a ella y al lugar, luego añoraba a mi madre. En ese orden, mi infancia venía siendo dolorosa y dentro de mi cuerpo, con algunos moretones, se sembraba rabia, desesperanza. Pero el deseo de huir tenía al frente un muro: ¿A dónde irme?

Durante varios años de mi infancia fui incomprendido y hubo momentos donde me sentí tan confundido y casi idiota que me dominó la distracción. En esos instantes confundía los números y al multiplicar olvidaba sus inviolables reglas. Hoy ignoro si eso disparaba mi castigo pues ante cualquier torpeza la consecuencia eran reglazos o el látigo de “Pedro Moreno”.

Incluso recuerdo el momento en el que una de sus vecinas le dijo a ella algo inolvidable para mí: —Deja tranquilo a ese niño, no lo castigues tanto. Ante lo que ella respondió: —La letra con sangre entra —aseveró— y si ese niño no aprende a leer, tampoco podrá aprender el catecismo ni hará la Primera Comunión y eso es fundamental para su educación moral. Además, se alejaría

de Dios. Ese frecuente autoritarismo para reformarme, según me repetía, nunca cambió y con el tiempo pasó a ser un signo de humillación frente a otros niños vecinos, lo que me desagradó bastante y me distanció de ella.

En los momentos en que olvidaba las lecciones de lectura y números esa señora se frustraba, su drástica decisión era enviarme al cuarto donde dormía con la consigna represiva de no salir durante varias horas, de esa manera iba cambiando mi castigo. En esos momentos pensé que si mi nombre venía de un santo pudiera pedirle ayuda para alejar el temor cuando me era difícil leer y contar bien. Aunado a ese detalle estaba el otro miedo, el del demonio en forma de perro negro del que ella me habló y esos pensamientos aumentaban mi inseguridad.

También por esa época donde viví en incertidumbre hice esfuerzos para superar los miedos, y lo logré. Al igual que en algunos aspectos de mi vida fue mediante el azar de una sencilla idea: Descubrí que tapándome la cabeza con un paño, en pocos minutos me quedaba dormido. Al despertarme el siguiente día supe que el tal perro negro era irreal como demonio. Intuí que mientras dormía no estuve solo y San Camilo era mi protector. A partir de esa singularidad ni la palabra miedo fue mi compañera ni nunca más perdería la confianza en las soluciones que tomaba haciendo plegarias a ese santo.

Hacer eso también permitió protegerme de los diminutos cuerpos desprendidos de la vieja madera del techo, bien visibles sobre esa cobija y el piso al despertarme por la mañana. La causa era debida al producto expulsado por unos diminutos insectos denominados “polillas”. Largo tiempo después haría lo mismo con ese método si me encontraba con un problema o conflicto difícil de resolver y al día de hoy suelo quedarme dormido de esa manera.

Si me sigue protegiendo ese santo de mi nombre o la fe de mis plegarias no es problema de preocuparme, funciona y punto.

De otras imágenes en esa atmósfera desagradable recuerdo algunas en que me desperté llorando, en silencio para no despertar a la pareja durmiendo en su cuarto de al lado. Se debía a un sueño con mi madre: Ella se escondía de mí y decía que no me había escrito porque no sabía leer ni escribir. Al día siguiente la rutina en esa casa era la de siempre, pero ya venía evitándome los castigos tanto porque me dolían como por los moretones que dejaban en mi cuerpo y me sentí avergonzado ante algunas miradas de la gente.

Sin duda que esa suerte de domesticación confundida con educación surtía sus efectos en mi natural rebeldía porque supe la ruta para evitarlos por las palabras prudencia, sigilo, estrategia. A lo mejor es la consecuencia obligada donde la gente sostiene el dicho de que «el fin justifica los medios».

Desde esos días de criado sentí la necesidad de crecer rápido, ser más grande e irme de ese sitio donde paralelamente también mi infancia se iba. No niego los momentos afortunados que tuve, pero también escuchaba conversaciones donde mi nombre se asociaba con lo peor: bruto y medio salvaje. Allí desgraciadamente mi cerebro se llenó de malos recuerdos que de alguna manera marcaron mi memoria, algunos fueron bien tristes como cuando amanecí mojado con mis orines, algo nuevo para mí y seguramente lo hice estando dormido. No fue intencional, pero del castigo fuerte siendo de madrugada no me salvé. Esto no volverá a pasar me dije, debía evitarlo como fuera, sentí vergüenza. Me propuse no beber agua antes de acostarme y al medio sentir las ganas de hacer-

lo me levantaba e iba a lo que se denominaba “excusado”. Hubo veces en que dormí poco, pero era preferible a recibir al tal “Pedro Moreno”.

Nunca supe cómo me funcionó, a lo mejor fue pura intuición cuando recurrí a las fulanas planas ordenadas por la señora Domitila aprendiendo a escribir con letra corrida varias palabras en un cuaderno. Generalmente era con una frase casi como una sentencia moral: «Debo temerle a Dios», siempre manteniendo lo escrito sobre la raya y el orden recto sobre la hoja del cuaderno. Salirse de la línea implicaba un palmetazo sobre mis dedos, así se disciplinó mi mano cuando escribía.

De modo que para evitar volver a orinarme mientras dormía hice uso de ese método, pero en vez de la palabra Dios escribí una suerte de juramento: «No volveré a orinar mi cama y así no me castigarán», lo escribía antes de acostarme y de rezar el «Padre Nuestro», después lo leía varias veces y el sueño me dominaba. Y para asegurarme más, evitaba tomar agua tres horas antes de hacer ese procedimiento. Pasaron las semanas y funcionó esa precaución, sin yo saber si fue evitando el castigo o por mi íntima vergüenza.

A veces recuerdo claramente esa época porque estuve allí, las palabras en su sentido no las pude conocer pero en mis acciones fueron las que inventé. Del dolor, lo dejo a un lado para valorar la magia de haber aprendido a leer y escribir y admitir que las palabras son capaces de vencer el castigo cuando debes sobrevivir con resistencia. Sin las palabras, mi vida no hubiera podido captar la importancia de mi inquietud por aprender, relacionarme con los demás, amar, defenderme y reinventar mi ruta existencial.

Es posible que el lector intuya que en mi temprana escolarización el rigor fue útil a partir de dos palabras efectivas de la señora Domitila: —Sembrarme en el cerebro la vigilancia y el castigo, pues para ella en su fanatismo religioso fui un niño propenso al pecado, culpable por venir de padres sin matrimonio civil ni tampoco por la iglesia, además de desfavorecido socialmente.

No obstante la supuesta eficiencia de esas dos palabras, hubo por mi parte la necesidad de evitar al modelo represivo de “Pedro Moreno” y admitir que con ellas no solo se marcó mi cuerpo como se marca el ganado con el nombre de su dueño mediante un hierro al rojo vivo sobre su piel, sino mi alma para la vida pero afortunadamente en otro sentido: —Nunca le haría eso a nadie, menos a un niño.

Así mismo y sin yo buscarlo conscientemente, el castigo fue un duende persiguiéndome casi siendo un fantasma a mi lado, dirigiendo cualquier acto mío y a tal extremo que solamente al salir a la calle me seducía, atrapaba mi curiosidad o el gusto por el conflicto. Muy a pesar de las recomendaciones represivas de la señora que me criaba.

Tal es el caso en que una tarde fui a comprar una garrafa de kerosén con una moneda de 50 céntimos y en el camino encontré a un niño de mi edad llorando porque había perdido una moneda similar y de no encontrarla su padre lo castigaría. Hasta el día de hoy ignoro por qué hice lo que allí hice: Con cierto disimulo tiré mi moneda en un lugar cercano de donde él estaba y como no vio mi acción, la recogí y le dije: —Aquí está, pero no se la entregué diciéndole que era la mía y que la acababa de tirar allí. En el acto soltó su llanto y daba gritos reclamando que esa era su moneda. Frente a esa escena me asusté y

salí corriendo con el niño detrás de mí, incluso olvidé ir a lo del mandado, sin hacer la compra regresé a la casa, entré corriendo y en ese momento en la casa estaba el señor Francisco, quien no entendió mi carrera al entrar.

En un instante tocaron la puerta, él la abrió y llegó el niño junto con su padre reclamando la moneda. Una vez que ellos hablaron, conté cómo había sido ese hecho y agregué mi intento de jugar con ese niño y que dejara de llorar.

Como era de esperar, el señor Francisco me ordenó entregar la moneda al niño y luego que ellos se fueron recibí una de las pocas palizas tuyas con una justificación: —Lo castigo para que no sea un “pendejo” en la vida. Con esos trucos no se juega. Ese momento de mi tontera, torpeza o llamando la atención de la gente, uno de mis hábitos frente a la soledad, nunca lo olvidaría. Y sí, quizás en esos casos lo más duro era no poder llorar, me encontraba confundido y atolondrado.

A partir de esa otra experiencia, pienso, fue de alguna manera gracias a ese contexto de crianza donde ubiqué mi tiempo, identidad social y deseos de reconocermé ante la incertidumbre que sentía. Debo subrayar que la gran lección de mi vida fue sorprender al señor Francisco al momento de él ponerme la inyección de esa vacuna y no haber llorado como la mayoría de otros niños lo hicieron ese día. Simultáneamente, a ese acto del azar, él se motivó para que su compañera de vida supiera de ello y me llevaría a su casa. Esa es mi memoria de los hechos vividos y cómo ocurrieron.

Uniendo ambos hechos no tuve dudas de que mi vida cambió desde esas circunstancias, y el primer efecto fue sacarme del sitio montañoso donde había nacido y

lo imprevisto de mi vulnerabilidad social hizo lo demás cuando mi madre no volvió a buscarme. De esa manera mi nueva identidad social se definió en un ser marcado por la palabra criado, cuya realidad era ser útil para que justificara su refugio y alimentación, por ello debía hacer mandados y oficios sabiendo que otros niños no lo hacían en sus casas o que pasaban su tiempo jugando.

Debido a esa situación me desagradaba y fastidiaba si alguien preguntaba: —¿Dónde había nacido y quiénes eran mis padres? Ese hechos no puedo ignorarlos, salvo si simplifico mi vida y digo que así la ordenó Dios para el destino de mi existencia. Ante esa frase, cerrada por lo demás, no hay debate ni crítica y solamente se vive en la palabra resignación. No reniego de mis creencias en ese ente divino, es una bella y mágica palabra al lado de otra: Esperanza, pero confiar en nuestra fe es el primer paso a dar, como cuando para correr primero hay que levantarse y caminar.

Desde su historial de palabras, hechos, contextos y culturas identifico en la palabra vivir varios sentidos: El primero, vinculado con existir, respirar, comer y así prevenimos el morir. El segundo, cuando sentimos nuestras vivencias con alegrías, tristezas, rencor, sufrimientos, riesgos, desafíos.

Con la primera sobrevivimos, pero la segunda nos permite sentir que la vida nos trasciende en sus propósitos: Amor, solidaridad, perdón, saber, conocer y, sobre todo, el orgullo de existir asombrándonos por lo insignificante que somos ante las maravillas de la naturaleza. De allí que, una persona puede estar respirando y comiendo pero su vida puede ser un simulacro, un miedo, un alido.

Ya con mis siete años y sintiéndome imposibilitado de tener juguetes o libertad para ir a jugar en la calle con otros niños, reaccionaba creando fantasías con cualquier objeto o animalito que me topaba. Hubo un día, de esos frecuentes momentos de mi tiempo haciendo un mandado, cuando un compañero de clase me habló con alegría que su padre había comprado un auto y le había traído varios juguetes, era cercana a la navidad, al escucharlo y como reacción casi natural, le dije que donde la señora Domitila habían sembrado una mata de espaguetis. Se asombró diciéndome que quizás lo soñé porque los fideos siempre me gustaban. Por supuesto que ese niño no me creyó, y de eso se trataba, de jugar con imágenes y sentir por otro que vivía.

Ese fui yo, reaccionando ante la vida que me tocó, inventándome cualquier idea absurda en el nuevo lugar al que me llevaron. Imagino hoy que lo dije sabiendo que todo era mentira, pero así aprendí a estar en los grupos de juego haciéndome sentir y buscando el reconocimiento y amor que muchas veces me eran escasos.

En efecto, la figura de criado tenía muchas limitaciones en una etapa donde todo niño aspira tener cierta libertad, jugar y conocer lugares o divertirse con otros niños. En mí, eso fue complicado porque no había solicitado el permiso si sabía de algo referido al interés de los niños cuando de inmediato la palabra no, con fuerza, brotaba de los labios de la señora Domitila. Hubo múltiples momentos precisos de eso y por sus efectos se fijaron en mi cerebro como algo a no olvidar.

Lo refiero recordando la llegada a Carache de un circo de payasos y animales, estarían una semana, quise ir y allí estaba la respuesta constante en su negatividad: —Aquí si a usted le decimos no es no mientras esté con

nosotros, y no vivirá para el juego o la diversión. Frente a ese frecuente “no” intenté alejar lo que me invadía: Una salvaje rabia hacia esa señora, pero me contenía poniendo rígido mi cuerpo y enfocaba mi mirada para otro lado.

Ese fue otro muro a vencer y lo logré cultivando el arte de jugar con mi imaginación: Recogía animalitos como grillos u hormigas, los encerraba en una pequeña caja y en algo me divertía al verlos inquietos moviéndose de lado a lado, luego intentaba dibujarlos.

Ya sabía leer y buscaba cuentos donde los protagonistas eran animales, ríos y montañas, no me ponía triste ni tampoco buscaba el llanto, no seguía temiendo a perros negros hasta el día en que molestando a uno de ese color mordió una de mis piernas.

De esa mordida aprendí que en forma de perro esa bestia diabólica no existía. Y el resultado de lo que venía haciendo produjo en mí una sensación de algo que se iba de mi cuerpo: Era mi inocencia, incluso supe que la carta al “niño Dios” tenía un remitente definido y fue otra razón para iniciarme en la ruta de los adultos.

Indudablemente que empecé a cambiar, a creer que la vida había que sentirla como un juego donde me tocó ser juguete y jugador, en eso mi <amor fati> empezaba a orientarme, por eso mi curiosidad siempre buscaba pruebas de verdad, como por ejemplo imaginarme: ¿Qué haría si un día ese Dios, de la señora Domitila, me sustraba, tocaba mi cuerpo o me mostraba su rostro?, lo digo porque según ella afirmaba, en sus lecciones del catecismo, ningún mortal podía verlo y si tal cosa se diera quien viviera ese momento no lo contaba porque de inmediato moriría. Comprendería las contradicciones con un ente divino que todo lo veía, pero era ciego ante las

injusticias, su tiempo era un sin tiempo, su espacio infinito e inalcanzable, su amor cercano al castigo, y de paso su enmascaramiento era un reto para quien osara verlo. Nada fácil para pensarlo en un humano, pero lo imaginé y aún lo sigo intentando.

Fueron mis tempranas ensoñaciones buscando la palabra fe, ya rezaba antes de dormirme y hacía plegarias buscando tener mucha confianza en mí y hacer bien las cosas. Me apoyaba en la idea de que a ese ente divino todo el mundo lo nombraba, pero nadie lo había visto y sin embargo, lo adoraban en su esencia misteriosa. ¿Por qué yo, con el mismo nombre de un santo que era patrono de los desamparados, no podía tener ese privilegio de ser el primero en verle su rostro? Fue mi primera aspiración espiritual y bien secreta cuando solamente era un hablar conmigo mismo, individual, casi individualista, egoísta y así lo sigo sintiendo. Pero el azar siempre me acompañaba y a veces me abría los ojos o me los cerraba.

A lo mejor yo pudiera verlo, me decía con ganas de seguir siendo inocente, porque si bien era un niño tan inquieto como travieso, tenía fe en él e iba repitiéndome esa suposición que al hacerla quedaba fatigado de tanto darle vueltas a mi imaginación y finalmente me dormía. Incluso volvía al recuerdo de mi primera carta al niño Jesús en una de esas navidades de esa temprana inocencia de un 24 de diciembre, y aunque lo que pedí: Que volviera a ver el rostro de mi madre y luego le dijera: —¿Por qué se olvidó de mí?, no se me concedió. No obstante, el siguiente día encontré en el pesebre del Niño Jesús una caja de pasas que nunca olvidaría. Hasta el día de hoy, comer pasas es uno de mis placeres favoritos.

Y como sucede con la palabra inocencia cuando averiguamos su efecto sobre nuestras creencias, la fantasía

continuó pero su magia desapareció en mi mente como los pétalos de una bella flor al marchitarse y el sentido de esa carta pasaría a otro lugar, con otro sentido y distintas mudanzas. Sin embargo, a mis hijos en la edad de la inocencia les enseñaría, en navidades y fin de año, a escribir en un papel sus deseos. Que no hubiera funcionado ese hábito en los de mi infancia no lo asumí como una condena, sino en cuanto a la gracia de esa fantasía donde todo niño aspira a ser complacido con fantasías.

Incluso cuando de montar el pesebre se trataba, no perdí la costumbre de participar en la construcción de la figura de la casa pobre y alejada de la ciudad donde los cristianos predicaban con esa imagen de precariedad, el lugar donde nació ese niño convertido por la iglesia en Dios. Recordemos que el Cristianismo privilegia las palabras pobres, pobreza y humildad, con ellas me enseñaron la idea de su Dios, y mi tarea intentando agradar a quien me daba la crianza, en tiempos de navidad, era simple y consistió en buscarle por las orillas del Río Minunboc, cerca de donde vivíamos, un musgo que ella utilizaba en el pesebre para simular montañas recordando tal nacimiento.

Para mi satisfacción, era un gran momento porque intentaba darle mi cariño a esa señora y reconocerle lo que hacía por mi crianza. Y era por esos tiempos navideños que mi <amor fati> recibía la alegría contagiosa de ese ambiente de las madrugadas yendo a misa, ver a niños patinando y a los adultos lanzando fuegos artificiales. Y por supuesto, deseaba ser uno de ellos con esos juguetes, pero desearlo nunca me fue real, salvo que mis ojos allí disfrutaban el instante y eso me bastaba.

Debido a mi gusto por la aventura y aunque no era de esos niños que podía entrar y salir de su casa cuando

quisiera, siempre sentí las ganas de escaparme así fuera por breve tiempo. A riesgo lo hice varias veces por un pueblo no muy extenso y aprovechando cualquier ausencia de la señora Domitila. Cuando lo hice, evité pasar por el dispensario donde estaba el señor Francisco. Así fue como vi y viví el día que llegó a Carache un joven montado en una bicicleta repartiendo entre la gente cartones de leche de una empresa llamada Upaca. Al verlo me le acerqué, le pedí uno, lo abrí y me lo bebí confirmando que su sabor era parecido a la leche de vaca que en la bodega vendían dentro de una botella de vidrio y el sabor no me era desconocido.

Lo sorprendente para mí fue el pequeño cartón donde venía y en ello sentí toda una maravilla porque el recipiente no estaba húmedo y la leche era líquida. Esto porque de la leche en polvo sabía y también me asombraba, tanto que una vez le pregunté al señor Francisco si también existía el agua en polvo, me miró de reojo y no dijo nada, aunque de reojo vi que se sonrió.

Debido a que andaba sin permiso y previendo una reprimenda, se me ocurrió pedirle a ese repartidor otro cartón para la señora de la casa, lo conseguí y continué acompañando a ese joven en su reparto, me dio dos más y me encontré como si también fuera un agente de la publicidad del producto. El resultado de esa aventura que bien pudo haberme costado unos latigazos, felizmente no me los dieron ni tampoco la señora Domitila me cuestionó el haberme escapado, quizás fue porque llegué con tres cartones de esa leche y también quedó sorprendida con el producto.

Tantas veces le había mostrado a ella mi agradecimiento, que por fin ese día agradeció mi gesto. Sería uno de los pocos momentos donde me sentí reconocido e

importante en ese lugar donde mi madre nunca regresó a buscarme.

Como ocurre en la lectura si los lentes no son transparentes, las frases se leen distorsionadas. Viene eso al caso porque debo reconocer con claridad mi agradecimiento a quienes ayudaron en mi crianza, sobre todo a ella en el proceso de mejorar mi vida por medio de letras, números y rezos junto con su querido asistente “Pedro Moreno”.

Dejo a un lado cualquier justificación de su método represivo y valoro su intento como su logro pues a mis seis años y medio, casi pasando a siete me llevó a la Escuela Federal Graduada “Doctor Ernst”, entonces dirigida por el maestro Gonzalo González, solicitándole que me inscribiera en segundo grado porque ya sabía leer y contar. La respuesta de ese directivo fue que antes debía hacerme una prueba de conocimientos y si la aprobaba, no había problema en inscribirme en ese nivel.

Ese examen lo pasé, entré a las clases y mientras me adaptaba a las materias iba conociendo su funcionamiento. Lo que más me gustó del lugar fue encontrar a otros niños, un amplio espacio con pupitres con una pizarra y un patio donde podía jugar al llegar un descanso llamado “recreo”. Frente al maestro de ese día siempre estuve atento escuchando sus palabras. Todo empezó bien en ese ambiente, aunque mi gusto por la curiosidad distraía mi atención hablando con otros niños y de inmediato conocí la sanción del maestro, pero no con latigazos sino con sugerencias de prestarle atención.

De las materias donde los maestros hablaban me gustaban dos, una para dibujar y colorear figuras. Otra, denominada historia que el maestro nos leía de un li-

bro con aventuras y viajes que para mí eran cuentos y fantasías. De ese período de alegría, imagino, las trazas de mi dimensión humanista y si se quiere un gusto por explicarme todo, incluso para soñar mi futuro atrapando ideas. Fue un primer mes en el que la escuela la internalicé similar a un campo de sueños en el que siempre encontraba emociones y sorpresas como también llamadas de atención por mi conducta compleja e inquieta.

En cuanto al dibujo, empecé haciendo figuras de árboles, caminitos del monte con una línea azul que era el recuerdo de un riachuelo de mi montaña, gallinas y vacas e intenté dibujar el rostro de mi madre. Lo miré de distintos lados y me invadió una larga tristeza: Era borrosa y yo también pensé que la había olvidado. Empecé a copiar rostros de los libros de historia y el de Francisco de Miranda me gustaba bastante.

Por supuesto, tuve dificultades que el maestro me corrigió y aunque me esmeraba no siempre lo lograba. A pesar de mi voluntad de asistir a la escuela, varias veces llegué tarde al tener que cumplir con los deberes de la casa, con el respectivo llamado de atención del maestro de turno. Quizás por ese obstáculo, llegó el momento de manifestarle a la señora Domitila esos retardos míos asumiendo que tenía derecho a estudiar y le dije: —Si llego tarde el maestro me castiga teniéndome parado mucho tiempo en una esquina del salón y me da pena con él y mis compañeros.

Nada más escucharme, ella mostró su reacción: —¡No!, no es mi problema —dijo— si usted no puede ir a esa escuela, usted es solo un criado y primero están sus deberes en esta casa. Frente a su opinión guardé silencio, di la vuelta y tomé un trapo para limpiar los vidrios

de su peinadora, fue mi huida evitando que se le disparara su gusto por el castigo y me viera alguna lágrima.

Así pude constatar su razón: —Ciertamente, el problema era mío por querer estudiar y como tal debía asumirlo. Obvio que su justificación se basó en la vulnerabilidad que me acompañaba, pero no hubo otra opción.

Preocupado y sin pensarlo mucho busqué la solución a ese obstáculo levantándome más temprano de cómo lo venía haciendo y así llegaba a tiempo para mis clases sin dejar de hacer el oficio donde vivía. De mis logros, que me gustaban en ese momento escolar, como primera meta me propuse dibujar ese de Miranda y no me quedaba del todo feo, pues seguí las recomendaciones del maestro. Ignoro la causa de esa escogencia, a lo mejor fue por el nombre de quien me puso mi primera vacuna y por el que mi vida cambió cuando mi madre me dejó en su casa. Y sí, en mi intento, emborroneé muchas hojas pero llegó el momento de terminarlo y cuando eso ocurrió me sentí inmensamente feliz. Hasta su pelo rubio le coloqué.

En una de esas filas para entrar a clase saqué la hoja con mi mejor bosquejo de ese rostro, para mostrárselo a mis compañeros más cercanos, en eso estaba, orgulloso con mi retrato cuando sin darme cuenta, pues estaba de espaldas a otro niño mayor que yo, no pude evitar que lo arrancara de mi mano, se lo pedí y su respuesta fue estrujarlo y salió corriendo fuera de esa escuela.

Bien molesto reaccioné, dejé la fila y lo perseguí, solo que no pude alcanzarlo y ante esa imposibilidad agarré del camino una piedra, se la lancé y tuve tanta puntería que le di a su cabeza, se detuvo, soltó el dibujo, sangraba y empezó a llorar. Le llegué, lo miré y le recla-

mé su actitud con ganas de golpearlo con mis manos, no lo hice y tomé mi dibujo que estaba arrugado y destruido.

Con ese malestar regresé a la fila, a nadie le hablé y entré al salón. En pocos instantes el maestro decidió llevarme a la Dirección del plantel, estaba su director y él me entregó un oficio citándome el representante por ese hecho.

Antes de entregarme la referida citación el señor González me preguntó la causa de ese conflicto, le di todos los detalles del motivo con mi dibujo y por el que le lancé la piedra, aclarándole que ese niño lo arrebató de mis manos y se negó a devolvérmelo. Atento esperé algunas palabras de ese señor, no dijo nada y su respuesta fue invitarme a dejar su oficina con el agregado de que estaba expulsado hasta que mi representante acudiera a su despacho.

Ante ese hecho todo el curso hizo comentarios donde unos me apoyaban, otros fueron neutros o se cuadraron con él, destacándose que a ese niño no le citaron su representante ni lo llevaron a la Dirección y el sancionado fui yo. Entendí entonces que en mi caso posiblemente hubo la influencia de mis varias citaciones porque con otros niños frecuentemente tuve la costumbre de poner “tachuelitas” en los asientos de las maestras suplentes o de llevar una lagartija viva, pues sabíamos que ante nuestras travesuras ellas nos registraban y buscaban pruebas cuando metían sus manos en bulto, bolsillos del pantalón u otro lugar donde las ocultaba yo. De ello, todos reíamos mucho debido al susto que esas maestras se llevaban al sacar las lagartijas y sentir en sus manos el cuerpo de ellas y emitir como respuesta un grito de miedo.

De esa manera mi archivo de conducta no era muy bueno, estaba señalado como un niño con problemas y cuando quien me criaba recibía esas citaciones e iba a la escuela para enterarse del hecho, bien contrariada regresaba a su casa, luego ejercía contra mi frágil cuerpo un castigo con toda su frustración valiéndose de “Pedro Moreno”.

Sin embargo, misteriosamente aquella vez de la peдрada al niño fue diferente ante el efecto de la citación, quizás por lo que aduje en mi defensa del por qué se la lancé a ese niño abusador y a quien no habían citado a la dirección de la escuela. Ocurrió que la señora Domitila tomó una decisión drástica y hasta desesperada: —Mire, señor director —dijo con tono de cierta decepción, acabemos este problema de las citaciones, ya estoy cansada de que mi representado quien de paso no es hijo mío, pues es un criado a quien le permito que asista a clase siempre es el único culpable de lo que en esta escuela pasa. Para colmo, sé que él es inquieto, curioso y desobediente. Quizás lo más recomendable, ante tantos inconvenientes con él —aclaró—, es que me entregue la boleta de retiro, a lo mejor el estudio no está hecho para niños como él sentenció.

Esas palabras en su conclusión significaron un fuerte golpe para mi futuro, fue como si hasta allí llegaba mi posibilidad escolar y mi mente fue sacudida, sorprendida, pues la señora se resignaba, tanto a mis torpezas como al poder de esa autoridad escolar. En ese instante estuve a punto de echarme a llorar ante la imposibilidad de no seguir estudiando. No lo hice y en cambio me quedé mirando fijamente un punto imaginario en el techo de esa escuela, busqué distraerme y que mis lágrimas no salieran en ese momento. Nadie, me dije, merece verme llorar aquí.

—No, señora Domitila, no es para tanto —sorpresivamente afirmó el señor González—. Daba una respuesta inesperada para mí y mayor fue mi sobresalto cuando agregó: —Casi está terminando el año escolar y si usted nos ayuda con él, en el control de su indeseable conducta, posiblemente puede terminar su segundo grado. La señora se sorprendió también, aceptó ayudar y así concluyó esa reunión.

La ayuda de la que habló el director me era bien conocida, pues al llegar a la casa me esperaba el respectivo castigo y de nuevo ese día mi frágil cuerpo se llenó de moretones con la ayuda de “Pedro Moreno”.

Desgraciadamente a muy temprana edad conocí los efectos de la violencia sobre mi cuerpo en tanto forma de educarme, a lo mejor por ello le solté la piedra a ese niño al sentir su abuso pues bastante humillación venía recibiendo como para aceptar otra donde se destruía, sin razón alguna, algo valioso para mí como era ese dibujo de Miranda. Alguien seguramente pueda decir ahora que eso es insignificante, pero era lo único que ya tenía construido por mí y tan querido como para no defenderlo.

Mientras asistía a la escuela luego de ese incidente, empecé a sentir cierto respeto por parte de mis demás compañeros y el niño abusador nunca volvió a situarse a mi lado, ni siquiera me miraba. Siempre recordaría esa reunión en la dirección y también que algunos maestros dejaron de ignorarme o acusarme de cualquier cosa.

En esa escuela del fin de mi segundo grado tuve la posibilidad de hablar, leer, tener contacto con libros e historias y fue notorio que no era igual el aprender allí que en la casa con la señora Domitila. No obstante, también comprendí que había diferencias conmigo en cuanto

al trato que recibía con palabras autoritarias, de desesperanza o de indiferencia en lo que hacía. Ante eso, a veces me revelaba y las respuestas de algunos maestros fueron las frecuentes citaciones, incluso por faltas que no había cometido. Pudiera dar varias señales de eso, pero las más importantes se relacionaron con mi presencia dando el ejemplo de que las tareas escolares las hacía con amor por el estudio.

Por ejemplo, cuando alguien se mofaba de mi uniforme, del calzado o útiles y cuadernos que tenía, en comparación con la calidad del que otros niños llevaban, me alejaba del sitio. Aprender a convivir en ese ambiente fue un reto en cuanto a la palabra burla y no se la aceptaba a nadie. Para gracia o desgracia, esa pedrada marcaría el punto de mi expresión defensiva cuando las palabras no bastaban, pues a ese niño le dije varias veces que me devolviera el dibujo, pero él lo entendió como debilidad mía porque era mayor a mi edad. Lo otro, la piedra, vino como una reacción natural de ese animalito que llevamos dentro.

En esos últimos meses asistí a mis clases y con resignación forzada admití que quien me criaba tenía la última palabra en mi futuro de querer estudiar cuando insistentemente me repetía: —Mucho hacemos Francisco y yo con mandarlo a la escuela, usted no es hijo nuestro. De tal manera que como conclusión para adaptarme a ese régimen de reformatorio intenté ser obediente, saludar en el salón de clase, mantenerme en el pupitre y no levantarme sino en el momento que más añoraba: —El recreo donde jugaba con otros niños y hubo veces en que diferencié, por ejemplo, al decir mi nombre y apellido cuando alguien me preguntaba si era el de mi padre o mi madre y solo daba el de Rita.

De esa primera escuela aprendí mucho, fue el primer paso de lo que nunca esperé alcanzar. Allí se inició mi ruta existencial buscando mi destino. Lo sabría con el tiempo, como ocurre en algunos casos con la complejidad de las vivencias. Mi mayor gusto fue por las materias de historia y literatura, sobre todo cuando el maestro o maestra leían un cuento o recitaban un poema y en vista de que me gustaba intervenir en clase hubo quien dijo que a lo mejor al ser adulto sería abogado o locutor de radio.

Ese fue el semblante que me quedó de ese inolvidable espacio escolar que fue intenso para mi temprana entrada al mundo de las palabras y los números, pero también de mi rica inocencia que con el tiempo hubiera deseado mantener.

Paralelamente, también fue el año de la consolidación de mi vida azarosa con bastante gusto para estudiar, leer y por momentos deseaba que ojalá el demonio o los fantasmas no me cambiaran esa ruta con otra mudanza. Terminado ese mes de julio aprobé mi segundo grado, sentí haber logrado mucho y a la vez capté la manera de hacerme respetar cuando dejé en la oreja de ese niño la huella de mi carácter si de defender algo mío se trataba. Quizás él nunca lo olvidaría, yo en cambio reafirmé allí cuál era mi carácter y al mismo no podía renunciar porque estaba en algún lugar de mi cuerpo del cual nada sabía.

Todo eso lo sentí como la gran recompensa al esfuerzo, mi nueva disciplina y un profundo deseo de no abandonar el estudio. Permitted descubrir una fuerza que estaba en mi consciencia para no aceptar ser discriminado y estudiaba para marcar territorio en mis opiniones. Pasados los años confirmaría eso en otras personas que

también le daban importancia a las palabras, eran los llamados poetas cultos. Ese segundo grado, sin saber por qué, me enseñaría el gusto por vivir intensamente, incluso cuando defendía mis espacios y empezaba a sentir que era un lobo entre la gente.

## Capítulo II

### *Vínculo perdido*

*El corazón tiene razones que la razón ignora*  
—**Blas Pascal**  
*Pensamientos. 1656*

**Y**mientras en ese ambiente sentía la vida de otra manera, se apareció el azar con una noticia que cambiaría todo para mí, a mediados del mes de agosto y en plenas vacaciones escolares de ese segundo grado. Lo explicó el señor Francisco un día que llegó muy alegre a su casa informándole a la señora Domitila de su nuevo trabajo. Comentó que su gran amigo, el Dr. Fontana, dueño de la farmacia en Carache, le encargaba un expendio de medicinas en la población de Monay, situado a unas dos horas de viaje, en automóvil, de donde estábamos. Llegaba otro viaje imprevisto, pensé.

—Es una gran oportunidad para todos —dijo bien contento ese día— pues paso de ser enfermero a boticario. Para ese trabajo me mandan durante un mes a cumplir un curso de medicamentos en los Laboratorios Belloso de la ciudad de Maracaibo —concluyó. Yo, en cambio, al escucharlo murmuré: —Ojalá también sea la mía.

Quevedo y Fontana, quien le daba la confianza en ese trabajo, eran viejos amigos y compartían el juego de dominó en la casa donde quedaba esa farmacia. Al se-

ñor Francisco, sus amigos le decían con cariño “el chueco Quevedo”, debido a que desde niño él tuvo una limitación en su caminar a consecuencia de la Poliomielitis. Destacaba en ese señor su humor e ironía, aunque era muy serio.

De esa manera aprendió a convivir su “chuequera” con cierto estilo crítico, sin ningún complejo cuando alguien intentaba sacarlo del juego de la vida alegre con cualquier palabra burlona. Si eso ocurría daba respuestas puntuales y fijaba su vivencia, como el día en que una dama lo vio muy activo bailando y ella, queriendo expresar su asombro, donde a lo mejor no hubo intento de burla, manifestó lo siguiente: —¿Y usted baila señor Quevedo? —le dijo dándole a entender que eso era difícil o imposible para él. —Sí, bailo, y cojo, y cojo, —le insistió— riéndose con una picardía seductora al jugar con esa palabra.

El diálogo se lo escuché a un amigo suyo teniendo yo veinte años. Destaco al respecto de esa palabra lo que significa para el español de un venezolano el verbo coger en su connotación sexual, muy diferente a como lo entienden los españoles significando agarrar. Recordaría asimismo otras escenas con sus respuestas irónicas o con un doble sentido.

En efecto, en otra oportunidad y en una fiesta alguien le preguntó: ¿Qué licor prefiere beber señor Francisco?, de inmediato soltó su estilo irónico: —Whisky o brandy, pues “chueco como estoy” y bebiendo “esa guaruza de los pendejos” no cuadra con mi estilo de vida. Gustaba repetir ese término pendejo como un estigma de la persona abandonada. Vestía con camisas almidonadas, bien planchadas, mancuernas de oro, corbata, paltó y un

sombrero de la marca Borsalino junto a la colonia francesa Jean-Marie, de Roger Gallet, en él era ese su estilo.

Sin duda alguna, me agradaba esa forma de vida en un señor que carecía de riquezas, pero su dificultad en las piernas no le impedía ser educado y tener elegancia frente a los demás. El color de su piel se parecía bastante a la de un hindú con nariz perfilada.

La mudanza al pueblo de Monay se preparó con emergencia. Por una parte, estuve alegre porque por primera vez viajaría en un automóvil. Por la otra, sentí cierto vacío y susto pues antes de viajar a ese pueblo la señora Domitila me sorprendió al llevarme a un lugar donde le dijeron que había un hermano mío, trabajaba descargando bultos de panela en una fábrica de ron muy conocida del señor Candelario Bravo, comerciante exitoso y distinguido en el pueblo. De esa decisión de ella, con mi curiosidad no me enteré.

Fuimos, ella lo encontró y después de saludarlo le expuso mi situación y Cipriano, mi hermano que no recordaba, la escuchó con atención y respeto. Luego se dirigió a mí con su cariño y compartimos nuestras miradas de afecto.

Debido a la mudanza de la señora Domitila surgió la emergencia de localizarlo y averiguar si él podía llevarme a “la Loma de la Mesa”, lugar donde vivía Rita y toda mi familia: —Nos vamos de Carache y lo correcto es que ella se encargue de este niño —dijo al nada más conocerlo.

Y su comentario quedaría suspendido en el aire, pues la respuesta de él fue aún más dura cuando mirándole los ojos a esa señora le dijo: —Arriba, en la montaña

donde vivo con mi familia, la situación no es muy buena, somos muchos para nuestra pobreza. El caso de Camilo lo hemos hablando en la familia e intentando encontrar una solución para tenerlo de nuevo, pero mi madre piensa que mientras ustedes lo puedan tener y dejarlo estudiar ella está de acuerdo.

De lo que acababa de oír en ese escenario sentí sobre mi mundo una inmensa soledad de mi familia y la confirmación de que mi existencia estaba irremediablemente al lado de la señora Domitila. Sin que ninguno de los dos dijera más nada no tenía sentido profundizar mi caso. Opciones diferentes no hubo e ignoré de qué otro asunto hablaron porque me entretuve, tal era mi otra manía, hablando con un antiguo compañero de estudio cuando lo vi en ese lugar y con el asunto del viaje a Moynay no recuerdo más nada.

Como a cualquier niño le ocurre, mi emoción por el nuevo viaje me trajo otros pensamientos pero de cómo vivía mi familia sí llenó de tristeza mi alma y lo sentí cuando en la noche recordaba a ese hermano, ya hombre, cargando bultos y allí comprendí que estudiar era lo mejor para alguien como yo donde la pobreza parecía querer dominar en su <amor fati> mi vida.

También Cipriano en ese encuentro imprevisto me señaló a un señor que estaba parado a unos veinte metros de nosotros conversando junto a otras personas. Es nuestro padre —dijo— se llama Sixto. De inmediato hice el intento de ir donde él y la señora Domitila me sujetó por el brazo diciéndome con firmeza: —Usted es apenas un niño, pero tenga vergüenza, él siempre ha sabido dónde usted ha estado y no se ha dignado de visitarlo, donde vivimos, siendo su padre. Ante lo dicho, Cipriano guardó

silencio, quedé sin palabras y nunca más nuestros caminos se cruzarían.

El viaje a Monay se dio, abordar un vehículo lo sentí como mi nueva aventura y presentí que a mis pocos amigos y mi madre no los volvería a ver, tampoco la montaña donde había nacido. Sin saber qué ocurría dentro de mi cuerpo y con el estómago revuelto durante el viaje dormí bastante.

Será por lo que fue, debido al azar o por lo que sea, sin duda que en ese instante se fijarían nuevas circunstancias de mi vida y una identidad familiar dentro de las palabras ruptura, abandono, pobreza, precariedad. Sus sonidos los oí con otros sentidos y de alguna manera me generaba ambigüedades a resolver, pues donde vivía había ya el logro de mi segundo grado de primaria, leía y sabía algo de los números. Mientras que donde estaba mi madre las cosas no iban bien, según mi hermano. Pero asimismo percibí un cierto rechazo de la señora donde ahora estaba, de lo contrario no hubiese ido con cierta urgencia buscando dejarme con mi familia y en vísperas de su nueva mudanza. Lo digo así pues ese día fue cuando me enteré de todo lo que me rodeaba. Y, pensé, que de la misma manera que me corregía conductas indeseables, debió decirme que en ese viaje me abandonaría. No lo hizo, pero estuvo a punto.

Conociendo cierta distancia de ella en sus muestras de desamor, asumí que en esa casa yo estaba solo por decisión del señor Francisco. Con ese pensamiento llegamos a un pueblo de un ambiente y clima totalmente distinto al que dejaba, pues a pesar de haber llegado por la mañana el calor era pegajoso al hacer sudar nuestro cuerpo. Los pocos árboles cercanos estaban dormidos y el viento era leve, los techos de las casas eran de zinc,

excepto la casa donde viviríamos y lugar del expendio que era de platabanda. Las calles eran en su mayoría de tierra y cemento deteriorado, con huecos y botes de agua.

La familia Quevedo se instaló en el Monay de esa época y a la señora le causó cierta indisposición anímica cercana a la insatisfacción y de inmediato se lo dijo al señor Francisco. Ese día su respuesta fue el silencio cruzando sus brazos y mirando por una ventana donde había un pequeño jardín vecino.

Mientras nos adaptábamos al lugar, el más contento era el señor Francisco y en cambio la señora Domitila frecuentemente manifestaba un malestar estomacal y decía que el calor la sofocaba, ante eso y siendo la primera semana de octubre él le dijo que hablaría con su hermano Félix, quien vivía en Trujillo, para que allá lo ayudara a buscar una vivienda en alquiler. Ese señor era jefe de las rentas del Estado.

Con esa conducta del señor Francisco buscando siempre una salida a los problemas que le llegaban, ya distinguía mi agrado por su compañía. Mientras que su esposa era pesimista, caprichosa, nerviosa y por cualquier dificultad que se le presentaba se desesperaba y solo rezando se calmaba. Su manera de ser era inconstante, pues a veces estaba de buen humor y otras veces no. De ello aprendí a estar alerta todo el tiempo, buscando ocupaciones como respuestas a conflictos.

Todo lo percibido de ella lo asumí como la sola razón por medio de la cual siempre me amenazaba con no inscribirme en el tercer grado, era la imagen del látigo sobre mi espalda y sobre todo ante cualquier error mío. Vale decir que era su manera auto flagelante de leer su vida. La consecuencia obvia es que me llenaba de des-

esperanza, pues a dónde iría mi deseo de estudiar si su capricho se llegaba a imponer debido a una torpeza inesperada donde me involucrase.

De tal manera que mis posibilidades de estudio estaban estrechamente ligadas a las decisiones del señor Francisco, lo venía de conocer mejor que en Carache cuando su tiempo de estar en la casa era menos frecuente. De él destaco su conducta en ese pueblo cuando recuerdo ciertos aspectos interesantes en cuanto a las demás personas: —Nunca anduvo sin camisa, incluso frente al agobiante calor de Monay o desnudo de la cintura para arriba como muchos hombres en ese lugar vi que se mostraban. Jamás le escuché una vulgaridad o renegar de su dificultad para moverse, su pasatiempo favorito era leer los periódicos y sacar los crucigramas que traían. Tenía la costumbre de anotar en un cuaderno de varias páginas el mínimo gasto que hacía y el de personas que le quedaban debiendo algo de los medicamentos. Era generoso con las personas de escasos recursos cuando buscaron una medicina, un purgante, una pomada.

La música de su agrado eran los boleros, recitación de poemas y rancheras del despecho, incluso las cantaba con estrofas fraccionadas que nunca terminaba. Su tono de voz con esas frases añoraban un amor no compartido, era de muy buen carácter y eterno seductor con las féminas y a la señora Domitila, celosa como era, le desagradaba esa frecuente coquetería de él.

Con mis dos meses de vivir cerca de ese señor se hizo evidente nuestra coincidencia en ciertos aspectos sin que conscientemente lo admitiéramos: Ambos deseábamos ser reconocidos en nuestras diferencias, él con su movilidad reducida y apenas un segundo grado de instrucción, yo con la ausencia de mis padres intentando subir en la

pirámide de una escolaridad casi imposible. Tampoco se había casado por la iglesia aunque iba a misa y a veces junto con su señora cumplía con la ritualidad religiosa de confesar pecados y comulgar para salvar su alma.

Gracias a esa costumbre mía de buscar personas mayores para oír de sus experiencias, escuché de sus amigos sacerdotes algunas sugerencias a esa familia. Era cuando visitaban la nueva casa donde estaba el aludido expendio sobre su situación irregular por no estar casados por la iglesia. Allí, la señora, muy de acuerdo con ese consejo religioso, aprovechaba para agregar que junto a esa acción también deseaba cambiar su nombre porque el que le pusieron al nacer no le gustaba, que además al registrarlo había un error en su partida de nacimiento y sumaba el dato de que ya la hija iba por los veinte años.

De esa hija sabía poco y no vivía en el nuevo lugar, pero cuando nos visitaba hubo momentos en que junto con su madre ejercía un control represivo sobre mí, con más fuerza que el del señor Francisco y ambas siempre me acusaban de algo, como si hubiera nacido con “cara de culpable” y buscando que él me castigara. Aunque la causa de la respuesta que él les daba no la supe nunca, aún imagino que influyó su propia vulnerabilidad, era un hombre tolerante y me vio en su lucha por salir del hueco social donde también tuvo su infancia.

Por ello, pienso, un día les dijo: —Un niño como este no puede ser criado por mujeres que todo lo resuelven con llanto y desespero, ustedes no parecen entender que es un niño distinto a muchos de su edad y ya tiene carácter de hombrecito. A ustedes lo que les disgusta es que él no es débil ni llorón —les aclaró—. Cuando ese día escuché esa opinión, con certeza asumí que en algo había

dejado mi niñez, lo que me gustó bastante aun dejando mi infancia y sus fantasías, también de mi gran agrado.

Y después de esa opinión tomaría la decisión de que viviera con él en el expendio y su señora en Trujillo capital. Un día me sorprendió al lograr la inscripción en la única escuela del pueblo, de paso con él conocí a su director de nombre Esteban Rumbos quien luego de saludarnos dijo ser de Boconó, un Municipio del Estado Trujillo.

Aprovechando que ese día otros niños estaban inscribiéndose, hice amistad con algunos pero siempre anduve como un animalito esperando el grito de advertencia del señor Francisco quien no era amigo de dejarme estar lejos y por lo tanto yo miraba siempre al lugar donde él estaba. En unos minutos de ese momento dejé el juego con otros niños y me acerqué, como era mi costumbre, a oír lo que ellos hablaban. Cuando escuché las palabras del director Rumbos cierta decepción me invadió: —Sólo tenemos el nivel del tercer grado y el cuarto él lo haría en otra parte de la región —dijo—, pero si el niño es como usted me lo describió y aunque no sea su hijo, le sugiero que no deje de darle una oportunidad para su estudio, pues pocos niños a esa edad y en este pueblo marcado por la pobreza defienden su ganas de estudiar— concluyó.

La consideración que le oí a ese maestro nunca la olvidé, tanto me impactó que ya pasados varios años y cuando ya había escalado esa pirámide escolar hasta su cúspide, tuve la satisfacción espiritual de conocer con el mismo nombre y apellido de él a un dirigente sindical del magisterio trujillano en un conversatorio sobre la ética de la responsabilidad, el ponente era yo.

En una de sus intervenciones en ese foro, me atreví a preguntarle si su padre se llamaba así y sorpresiva-

mente lo admitió. Ya él no vivía, pero a ese hijo le expresé, en público, mi agradecimiento por esas palabras estimuladoras a un niño con una inmensa voluntad para construir su rumbo con el verbo estudiar en su paso por la modesta escuela que su padre dirigió en Monay.

Y como estaba en los planes de la familia Quevedo, a finales de octubre la señora Domitila se fue a la capital y el acuerdo fue que el señor Francisco iría los jueves para retornar el domingo al negocio del expendio. Hubo varias veces en que lo acompañé, pero cuando yo no iba él me dejaba ciertas responsabilidades ya aprendidas: —Cocinar granos, arroz, plátanos y algunos caldos con alas de gallina que estaban en una nevera que para esos tiempos de la tecnología funcionaba con querosén. Debido a ese detalle me dio la precaución de tener cierto cuidado al manejarla, pues en ella también se conservaban algunos medicamentos y vacunas, por lo tanto había que estar pendiente del depósito del combustible para evitar que faltara y que se dañara lo que estaba adentro.

La cantidad de alimento a preparar era para los dos y en esas actividades me sentía útil y muy maduro. De modo que cuando él regresaba de Trujillo había comida esperándolo y hecha por mí. Tenía él el hábito de nunca llegar a la casa con sus manos vacías y frecuentemente llegaba con frutas o carne, una enseñanza que al día de hoy practico. Otras actividades eran más fáciles: Entregar un paquete a alguien que pasaba buscándolo y acomodar las medicinas que llegaban. En el expendio solo estando él, yo hacía algunos trabajos como lavar frascos vacíos que eran recipientes de ácidos, limpiar el piso y mobiliario, pasaba inventarios, y en la siesta cuando él la tomaba yo podía entregar tal o cual medicina que previamente me indicaba junto al nombre de la persona,

pero lo fijo para mí era lavar frascos y limpiar las vidrieras del mostrador.

En esa actividad siempre encontraba monedas debajo de los estantes de medicinas que se las entregaba a él y justo el día que eso lo vio el comandante de la Policía cuando lo visitó en el expendio y quien al ver mi gesto le dijo: —Tiene usted aquí un niño honesto, otro se lleva esas moneditas y compra cualquier cosa en las bodegas.

El señor Francisco pareció no escuchar ese comentario porque volteó su rostro buscando un medicamento que estaba en otro estante de donde él estaba y yo me fui a mi pequeño cuarto donde tenía mis útiles donde ya hacía mis tareas escolares. Eran amigos en el juego del dominó y ese militar había ido para informarle a él que llegaría tarde a la partida de ese día. Ese recuerdo lo reviví ya graduado de mi primera profesión cuando supe, por otro de sus amigos, que esas monedas él las colocaba probando mi tentación al robo, jamás caí en ella y dentro de mí se fijó la idea útil en la palabra confianza y en que mi vida podía tener de todo, menos ser desleal con quienes me tendían la mano.

En las clases me iba bien y mis amigos mayormente eran hijos de campesinos, por las tardes algunos contribuyendo con la economía de su hogar salían a vender hallacas de caraota por los alrededores del pueblo, era el caso de quien apodaban “platanote”, un niño alto y fuerte de mi salón, éramos amigos y con gusto lo acompañaba en esas ventas.

Y en relación con la imagen que yo venía dándole a la gente destaco que la captaba al escuchar la frase: Ese es el “hijo del boticario” y en cierta forma ya tenía otra identidad con el reconocimiento de la sociedad en ese Monay de mi tercer grado. La idea de niño abandonado

pasaba a la orilla del camino en mi nueva vida cuando la gente me dio ese reconocimiento.

En cuanto a salir a jugar, gran preocupación para mí, el señor Francisco era bastante tolerante conmigo y pocas veces usaba el tipo de negación chocante de su señora, sino que tenía su permiso de hacerlo en calles cercanas al expendio, salvo para ir a una calle cuyo nombre era bien curioso: “La calle Oscura” que con el tiempo supe era el lugar donde estaban las mujeres llamadas de “la mala vida” y que algunos hombres le cambiaban el adjetivo mala por el de “buena”.

Cuando a él le comenté por qué lo de “mala vida” me dijo, con cierta risa pícaro, que el tiempo me lo explicaría pues era un asunto de hombres adultos conviviendo con el placer alegre que algunas mujeres le daban a nuestra vida solitaria. En mis vivencias de ese nuevo lugar fue frecuente el juego de “policías y ladrones” y no faltó el momento donde no me escondiera en el cementerio, algo cerca de donde jugábamos y asimismo podía ser una competencia a ver quién era más rápido corriendo unos ochenta metros planos.

Otro amigo fue Elio y la dialéctica de la vida quiso que coincidiéramos en varios lugares de estudio y trabajo, en cambio con “platanote” fue distinto porque cuando tuvo su mayoría de edad se lo llevó esa nefasta manera de imponer la palabra “patria” con la denominada “recluta”, generalmente construida en Venezuela para jóvenes pobres y cuando terminó el servicio militar me dijeron que encontró trabajo en la Policía de Caracas, lugar donde siempre iban los reclutados al darlos de baja.

Cuando le comenté al señor Francisco ese caso, su respuesta fue una sorpresa que me tenía reservada: —En eso usted es bien afortunado —dijo, porque con esa asma

que a sus seis años adquirió, le mandé a hacer una radiografía y en su pecho vi que tiene una leve fractura que según sé le impide ser reclutado. Con ese dato supe que el lugar reservado para jóvenes venezolanos pobres y de paso con poco nivel de estudios, era ser reclutado y al salir del cuartel trabajar de policías. Mis aspiraciones iban por otra ruta, afortunadamente posibles sin esa recluta debido a ese accidente cuando caí de los brazos de mi madre y en mi pecho quedaría ese detalle.

La imagen que la gente de Monay veía en el señor Francisco era de cierto poder y respeto, pues era frecuente verlo en el juego del dominó con el jefe de la policía, como antes dije, el cura del pueblo, el maestro Rumbos y un comerciante exitoso de apellido Briceño, militante del partido URD, integrante del gobierno en el período de la naciente democracia.

En esa época de mis once años vi en la casa de ese señor a un periodista muy conocido al presidir “La Junta Patriótica” que tumbó al dictador Marcos Pérez Jiménez, era Fabricio Ojeda. Sería recordado, pero con sentido de mártir porque apareció ahorcado en un calabozo de la policía política estando él detenido y supuestamente protegido por el Estado, pues ya era un disidente del tipo de gobierno democrático instalado con el nombre: “Pacto de Punto fijo”. Era un hombre de piel blanca, cara redonda, ojos claros y de conversación agradable, cuando lo vi en una reunión de campesinos en ese tiempo de luchas políticas postdictadura.

Esa fue una parte de mi realidad infantil donde transcurrió aquel tercer grado de imprecisos y vagos presagios como venía siendo mi estabilidad en esa familia donde mi madre me dejó. Fueron momentos difíciles de olvidar junto a las vivencias agradables de Carache y a las que sentí como un regalo para mi <amor fati> porque

me ayudaron a evitar llenarme de odio y rencor ante el abandono y olvido que me tocó vivir.

A lo largo de aquel año y coincidente con ese sentir conocí a la numerosa familia de apellido Téllez dirigida por la señora Josefa, mujer de renovadas energías en su lucha, perseverancia y esperanza ante los problemas que surgían en su casa. La recuerdo como una mujer que vivía el día a día y “mañana veremos o Dios proveerá”. La imagen de matriarca quizás sea para ella la que mejor le cuadra, porque no hubo problema que no resolviera o intentara resolver y nada le era imposible: —A todo el mundo hay que ayudar —era su lema—. En su familia no faltaba la alegría, el juego de cartas, ludo o dominó y todo era optimismo entre sus miembros.

De sus hijos mi amistad cómplice fue con Jorge, dos años menor que yo y amigo de tener en la punta de su lengua la ironía. Gustaba de leer y discutir razones para cualquier cosa, aunque a veces exageraba un tema pero el trato con la gente era tan importante para él que a quienes conocía les solicitaba su tarjeta, la guardaba y si le tocaba llegar a un lugar buscaba en ellas la manera de visitar a las personas que había conocido: —Uno no sabe si de repente ese día cambia nuestra suerte —murmuraba.

Los otros hijos fueron mis amigos, desde un principio me apodaron “el escachalandrado”, debido a mi manera informal de vestir y cargar a mi lado una bolsa que usaba por si alguien me regalaba frutas o cualquier alimento. También me vieron de esa manera porque era amigo de sacar del expendio muestras médicas que dejaban los vendedores y se las daba a cualquier persona que las necesitara, generalmente eran para dolores de cabeza o algún purgante. Ya en ese tiempo nacería mi gusto

por estudiar medicina y la familia que me hubiera gustado tener en esa época era esa: La de la señora Téllez.

Estaba casada con el señor Rafael, un señor serio que poco salía de su habitación, escuché decir que era diabético. Otra característica de sus hijos e hijas que conocí: Carlos, Aura, Soledad, Hilda y Gladys, la menor de ellas, porque también había un niño de nombre Ramón Darío, era que sus cabellos estaban prematuramente encanecidos. Por ejemplo, Jorge con eso se sentía ya hombre maduro y se lo hacía notar a las jovencitas, que de paso lo veían bien atractivo.

Todos bailaban y cerca de ellos reinaba la alegría, pocas veces mostraban sesgos de tristeza o de maldad, aun cuando a veces en su mesa el alimento no alcanzara para todos. Había otros hijos mayores viviendo lejos de Trujillo por su lugar de trabajo y a la señora Josefa no le faltaba la ayuda de ellos. Nunca supe que ella castigara a sus hijos como lo hacía la señora de mi crianza, salvo tal o cual reprimenda por algún tipo de error cometido.

La semana anterior del viaje a Monay pensé en ¿Qué responder si alguien preguntaba si era hijo del señor Quevedo? Me propuse guardar silencio. Por ello cuando escuché el rumor de que era “el hijo del boticario”, al mes de estar en la nueva Escuela durante un acto cultural donde yo era uno de los personajes, no tuve que dar explicaciones de porqué carecía de un segundo apellido cuando solo escuchaban el Perdomo. Aunque quien respondía a esas preguntas, casi comunes en la gente, era el señor Francisco y su frase en cierta forma era distinta de como la decía su señora: —Es un muchacho criado nuestro.

Cuando empecé a oír <criado nuestro> lo asocié con el “Padre nuestro” del catecismo que me enseñaron y la

frase me daba mejores emociones frente a la que tenía en mi cabeza: Un abandonado y olvidado. Quizás fue esa perspectiva social donde simplemente empecé a dejar el viejo camino de una existencia al lado de mi familia biológica.

A la señora Domitila la veía por dos o tres días cada tres semanas cuando visitaba al señor Francisco, ya no me castigaba pero con frecuencia se me acercaba para preguntarme de manera indirecta y buscando la complicidad como si yo fuera cualquier chismoso sobre las rutinas de su esposo: ¿Qué hacía y si yo iba con él en sus salidas a la calle?, entre otros aspectos. Responderle no me fue fácil debido a su competencia para vigilar y bien conocida por mí, aparte de su disposición a los celos.

En esos momentos y de inmediato le daba respuestas con la imagen de su esposo como un hombre del buen ejemplo, amigo del cura y bajo ninguna circunstancia nada de su cercana amistad con la dueña del modesto restaurante al que a veces me llevaba y ella gentilmente le ofrecía el dulce de su preferencia: Higos en miel de panela. También yo era servido y sin duda mi infantil paladar lo disfrutaba. Lo otro no era de mi incumbencia.

No obstante, hubo un día donde ese gusto por ese dulce no debería tenerlo por lo que me ocurrió: El señor Francisco preparó el fulano dulce con esa fruta y me tocaba estar pendiente de que no se quemaran y a tiempo apagara la cocina —sugirió— mientras él se iba a su siesta luego del almuerzo. Estaba en eso, pero el olor invitándome a sacar varios de la olla, enfriarlos y degustarlos me fue irresistible. Envuelto en esa tentadora aroma decidí tomar unos cuatro, los puse en un plato dulcero y estaba empezando a saborearlos cuando detrás de mí apareció el señor Francisco. Silenciosamente me atrapó en esa travesura y yo me quedé paralizado, pues

sabía que eso no debía hacerlo. —¡Siga!, siga, —dijo amenazante y en forma firme como de reto. Luego sacó su correa agregando una condición: —Si se los come todos no lo castigaré, y ya que en mi ausencia desobedece haciendo algo que no está bien, como si aquí se le negara la comida, asuma sus consecuencias de glotón y abusador —sentenció.

Amenazado y aprovechando su promesa me los comí todos, los últimos los pasé ayudándome con varios vasos de agua pero asumí mi torpeza. Cuando terminé y aún asustado sorprendentemente también, él cumplió su palabra de no castigarme. Ser un hombre que respetó su palabra llenó mi ánimo de vergüenza y nunca más hice algo parecido, ni siquiera siendo jefe de mi hogar, en tres que ha vivido <mi amor fati>. Ese sería un remedio para mis tentaciones en cuanto lo de asumir las consecuencias y eso surtiría efectos bien puntuales en mi futura conducta.

Con esa acción aprendería lo que significa empeñar la palabra y lo más cercano a ella es calificarla dentro de la responsabilidad, él porque la cumplió y al contrario de mi acción que la incumplí, pues sin ninguna duda fue un abuso o torpeza de mi parte para con la confianza que ese señor me había dado. Y sería la imagen de esa piedra en el camino que nunca debía de volver a tropezar, me dije, casi como una promesa en la ruta de mi vida.

De la nueva Escuela recuerdo un espacio reducido a una arquitectura distinta a la que dejé en Carache, pues esta tenía forma de barraca, era bien calurosa con tres matas de mango en su patio que a veces funcionaban como surtidoras de aire fresco dentro de un salón con rudimentarios muebles para sentarse a escribir.

Fue la típica escuela otorgada a los pobres como para que nunca olvidaran esa situación de pobreza y en forma de resignación en un país petrolero. Lo que la definía era su ruralidad con sus espacios separados para hembras y varones ubicados en un corredor en paralelo que a pesar de ello permitía mirarnos las caras y en el receso compartíamos juegos y chismes. Ya con veinte años, la escuela de mi tercer grado no estaba y en su lugar había una venta de licores. Esa representación escolar desapareció y para mí fue toda una paradoja porque en mi memoria fue el lugar donde escuchaba que la “educación nos haría libres”, incluso de los vicios pero justamente lo que quedó fue lo que se cuestionó. Sin duda que el azar siempre se impone con contradicciones y complejidades.

A veces cuando no tenía clases y me daban permiso para jugar iba con Jorge y otros amigos a un río nada profundo que estaba a la entrada de Monay viniendo de Trujillo y nos bañábamos en él. El contexto donde la basura y desechos no tuvieron previsiones para el ambiente secaría ese río.

En ese lugar había una estación de servicio de queirosén y gasoil, al frente y como a unos cien metros destacaban unas vivienda entre la de los Téllez, circunstancia que le permitió a un señor llegar un día hasta allí para solicitar ayuda para cambiar un caucho de su camión con el que vendía esos combustibles. “Beto” le decían y terminó como amigo de todos, gustaba jugar al dominó y al tiempo fue el esposo de Aura, una de las hijas mayores de la señora Josefa y a quien le gustaba enseñar.

Venía él de Carora, Estado Lara y el viaje a Monay lo hacía cada quince días, era un hombre ameno y contador de cuentos. También destaco en mis vivencias de ese tercer grado, en sus inicios, a Elio y quien siendo mi cóm-

plice llevaba mis mensajitos a su amiga Hilda, hija del señor aludido comerciante Briceño, a quien lo llamaban “jefe” por su poder económico, parrandero y mujeriego del pueblo.

Poco acostumbrado a tener amigas intuí que ella sería mi novia porque le gustaba correr junto a los varones y en uno de esos mensajes le asomé la idea de ser más que amigos y respondió con un sí rápido, como si le fuera fácil. Ella vivía cerca de la “casa Parroquial” sitio que a la vez era la plaza principal de Monay y con una calle larga en la que varios niños siempre jugábamos. A veces había adolescentes y uno de nombre Arquímedes, como el del filósofo griego, quien siempre nos ganaba corriendo unos ochenta metros y quien también gustaba de esa niña.

Ella, bien avispadita y coqueta, parecía saber lo que era la seducción femenina y sus agradables sonrisas las asumí que eran para mí, pero no tenía ninguna seguridad en asuntos del amor a pesar de que me emocionaba cuando capté instantes en que atentamente me miraba. Vale decir que éramos, en mi ilusión, novios solamente de miradas.

Bueno, fue lo que pensé y buscando cierta seguridad o fijando territorio me propuse ganarle en la carrera al tal Arquímedes y averiguar con cuál ella decidiría comprometerse. No me fue fácil vencerlo en varios intentos y como premio a él le venía tocando el respectivo beso en su mejilla como trofeo sin que ella aún admitiera ser su novia. Esto, según me informaba Elio.

Buscando ese amor y seguridad de ser novios me dispuse a triunfar en la carrera y de tantos intentos un día lo logré. El resultado fue un beso de ella, de piquito

e inocente como eran los besos en esa época y no como se dan hoy abriendo la boca como un caimán cogiendo sol. Fue el momento donde asumimos que seríamos novios, de verdad, aunque mi <amor fati> ese día arrugó su cuerpo sin dar más explicaciones a mi espíritu sobre esa emoción repentina.

Elio, a partir de ese día, correría el rumor donde aparecí siendo el “dueño del patio”, como escuchaba a los adultos decir en esos casos de conquistas amorosas: —El hijo del boticario es el novio de la hija de Briceño. Y cuando al respecto algún niño me preguntaba si eso era cierto, movía mi cuerpo como gallo sacando pecho en su gallinero y sintiéndome todo un hombrecito. En ese noviazgo nuestras citas eran complicadas, sobre todo para mí por la ausencia de permisos que tenía para salir a jugar y muchas veces solo nos veíamos en los recesos de la escuela. Semanas después de ese inicio intentando cumplir el rol de novios finalizó el año escolar.

Con ese fin de mi tercer grado escalaba otro nivel escolar y estaba bien contento aunque no dejaba de pensar sobre el cuarto a seguir porque en Monay no era posible. Vino el mes de agosto con sus respectivas vacaciones bien limitadas para mí en cuanto a salir a jugar, pues los permisos del señor Francisco quedaron encerrados en una larga frase: —No todo en la vida son juegos y perder el tiempo —sentenció. —Fíjese que yo juego al dominó con mis amigos, no apostamos dinero alguno y de esa manera nos relacionamos socialmente, pero usted no me verá solo en ese juego, pues tengo deberes qué cumplir. Así es la vida, salvo para los ricos. Por eso le sugiero con cariño que haga de su vida algo útil que le de comer, lea, escriba, tenga amigos que le enseñen algo útil, no ande con “pendejos”. Mire que usted no tiene a nadie —concluyó ese día.

Desde entonces y sentido por ese consejo, los ojos de mi infancia que de paso habían dejado atrás su inocencia aprenderían a mirar el mundo y las amistades de otra manera con la esperanza de comprenderme en lo que como <amor fati> se me venía presentando. Fue cuando ocurrió un hecho donde la vida sí es un juego y está influenciada por el azar, muy al contrario de lo dicho por el señor Francisco, al saber que en casa de mi prematura novia llegó de Caracas para pasar sus vacaciones escolares un primo suyo de nombre Antonio.

Como era de esperarse, el referido visitante vendría a significar, sin que ambos lo imagináramos, una parte de ese juego junto con su prima en cuanto a aclararme casi como un presagio que el amor no era como yo lo entendía y pensaba, estaba lleno de misterios y sorpresas donde lo agradable y desagradable a veces viene oscuro o nublado. Lo que ocurrió y describo fue posible saberlo porque hubo una de las tantas noches sin luz eléctrica en Monay, el señor Francisco salía y yo aprovechaba sus fugas a no sé dónde, solamente él lo sabía, pero casi siempre de visita a la casa del restaurante antes referido y donde a veces comía. En esos casos, sabía que bastante tarde llegaba a dormir.

Debido a esa circunstancia a veces salía con una linterna a buscar unos pichones de pájaros en un sitio previamente conocido en una vigilia que le tenía al nido y cómo o cuándo tomaría las crías.

Ese placer por la cacería y tener un pichón de cualquier ave en mis manos para darle alimento, sobre todo banano maduro, me agradó mucho y me gustaba criarlos dando el amor que les tenía aunque encerrados en una jaula. Luego cuando ya podían volar los liberaba. Era la imagen de libertad y amor que quería para mí y en el fondo así nutría mi <amor fati>, y sin que yo pudiera

explicármelo me sentía dispuesto a colaborar y repetir lo que con mi vida era ese signo del verbo criar.

Y, con treinta y cinco años, aprendí con mi nivel de estudios que ese verbo se vinculaba con la educación por la fuerza de su accionar, similar a alimentar y enseñar. La cría y a su vez las enseña, era el recuerdo con esas aves. Y, contradictoriamente, también fui un intruso que asaltaba el lecho u hogar de esos animalitos indefensos impidiéndoles tener su familia biológica como de la que yo carecía en esa época.

Mi método de asalto contra ellos no fallaba, pero eso ocurría a escondidas del señor Francisco a quien solo le gustaban las aves más difíciles de atrapar: Turpiales y Arrendajos, aves conocidas como grandes cantoras. Cuando cazaba soñé con complacerlo y ser agradecido con él al llevarle algún día un pichón de alguna de ellas y sobre todo poderlo criar con su permiso. Ese sueño se lo cumplí y se mostró agradecido.

De ese gusto en él supe porque le escuché en una ocasión decir que había conocido en el llano del Apure a un señor con dos turpiales que en su canto daban sonidos parecidos a estrofas del Himno Nacional de Venezuela.

Y fue en una de esas búsquedas de pájaros cuando encaramado en uno de los árboles ya escogido previamente y casualmente cercano de la casa de mi novia, con mi linterna la vi besándose con su primo Antonio, pero ellos en esa amorosa tarea no vieron la luz que los delató.

Mientras vi ese reflejo delator perdí mi concentración en lo que cazaba. Recordar con claridad lo que sentí en ese instante me resulta complicado, solo sé que a mi cuerpo lo invadió una mezcla de rabia y tristeza por el impacto y sorpresa que me causó lo visto, tanto como el

del “niño fenómeno” descrito en los inicios de esta historia de mi vida. Allí tuve la intención de gritarles no sé qué frase, pero afortunadamente solo fue un pensamiento donde sin duda el azar me derrotó. Sin otra opción bajé del árbol y me dirigí al expendio.

Sorprendentemente, ese día se salvaron los pichones porque ante ese hecho de inmediato perdí la emoción de agarrarlos, bajé del árbol y me fui a dormir con cierta emoción donde algunas lágrimas rodaron por mi cara, pues venía de recibir un golpe inesperado de los muchos que en ausencia de amor y solidaridad recibiría mi <amor fati>.

Ante esa sorpresa donde mi <amor fati> no estaba preparado para esa escena, debía pasar de largo pues no era bien recibido. Llegué al expendio, el señor Francisco aún no había llegado y en la mesita de estudio tomé un cuaderno y escribí algo con el sentido de que a veces el amor es ante todo el lugar de las sorpresas donde lo agradable y desagradable no siempre es claro hasta hacerle otra mirada, y yo venía de vivir eso. Fue mi mirada desde el afuera que todo lo aclara.

En ese momento intenté dormir y antes recordé el caso de mi dibujo con el rostro de Miranda, en mi segundo grado, con ese niño abusador que lo arrancó de mis manos y lo desgarró. Ahora sentía que algunas acciones humanas cercanas a la deslealtad en el amor me molestaban. Con ese pensamiento final me dormí y solo esperaba con ansiedad el siguiente día, verla, mirarle sus ojos y conversar sobre lo ocurrido que seguramente sería una sorpresa, pues ella jamás se podía imaginar cómo el azar de esa noche descubrió por medio de una linterna su acto ante mis ojos donde anduve buscando unos pichones de aves, no lo que vieron en ese interminable beso.

## Capítulo III

### *La Lealtad*

*El coraje está en buscar la verdad y en decirla*

— **Jean Jaurés**

*Fundador del periódico  
L'humanité en 1904. París.*

Pasaron cinco días de ese evento sin poder verla en condiciones como para hablarle de ese hecho. Desde lejos nos mirábamos y recibía el saludo con la sonrisa frecuente de ella. Hasta el sexto día cuando fue al expendio buscando una medicina para su abuela y con cierta prudencia la abordé para preguntarle a qué hora y dónde podíamos hablar, me contestó que cerca de la una y media de esa tarde en la esquina de la calle donde hacíamos las competencias de correr ochenta metros. En eso quedamos.

A la hora fijada llegué, mantuve con cierta dificultad mi calma porque sin duda estaba emocionado por conocer su reacción frente a lo que deseaba decirle. Mi confianza estaba en el secreto de lo visto, fui al grano como escuché decir a los maestros cuando ante una temática divagué: —Creí que eras mi novia —le dije, y lo soy —replicó. —Pero sé que te gustan los besos con Anto-

nio —le comenté. Dudó un instante y preparó su defensa. ¿Quién te dijo eso? —preguntó asombrada. Así devolvía la pregunta con cierta astucia femenina, abriendo sus ojos y segura que de ese acto solo ella y Antonio sabían de lo ocurrido. —Mis ojos, solo mis ojos —le respondí—. Y de inmediato le pregunté: —¿Por qué lo hiciste?, y casi dándole mi evidencia le asomé una pista: —A veces hasta los árboles nos previenen de algo, mis ojos vieron lo que tenían que ver, no mienten en mi reclamo pero tu corazón para mí está vacío de la palabra amor.

Desarmada ante mi seguridad, su cuerpo y rostro se transformaron como el de una gallina coja buscando un grano de maíz que su pico no pudo sostener y sin dudar lo admitió en forma de sentencia estética: —Es que vos sois muy feo —aclaró ese día. Pasaba a la defensiva y sin saber que también eso era verdad. Solo que allí no estuvo en juego lo bello o lo feo, sino algo indispensable en la palabra amor: La lealtad.

Muchos años pasaron de ese tierno hecho entre niños emocionados con lo que hacían; En ese tiempo recordaría ese encuentro donde de alguna manera también obtuve otra identidad definitoria de mi vida. Llegaba con la palabra feo como excusa ante mi reclamo. Es posible que tal demanda carezca del derecho de hacérselo saber a ella, ni tampoco estaba escrito en ninguna ley pero sentí a la vez su temprana deslealtad sacándome del juego de un amor con el que me entusiasmé demasiado.

A diferencia de si se recuerda mi edad, miré bien de cerca la palabra feo y asumí lo ocurrido con cierta gracia porque internalicé su contenido sincero. Fue obvio, pues si una niña venía de justificar su manera de amar sacándole el cuerpo a alguien que en su rostro portaba esa palabra, algo de verdad tuvo esa expresión. Además,

hasta ese momento a nadie le escuché decir que cuando nació era un niño bello. Al contrario, solo dijeron que no era llorón.

Nacía de ese hecho, como respuesta de mi <amor fati>, otra identidad que debí aceptar, pues era la mirada de otra persona que por lo visto sabía del amor con una palabra contraria a feo: Ella buscaba lo bello y para ella yo carecía de esa cualidad. Como contrapartida donde nada extraordinario ocurrió con mi reclamo, seguimos siendo medio amigos y por un tiempo nos hablábamos igual a personajes de esas películas de misterio donde el color brillante terminó siendo sepia y la alegría de los encuentros en el pueblo cargados de indiferencia.

Sin embargo, de alguna manera intenté saltarme esa emoción pues sentí que era el más afectado por lo ocurrido y empecé a reflexionar sobre el adjetivo feo. Para ello utilicé lo que siempre me ayudaba cuando algo me confundía llenando de dudas mi cabeza: —Anotar en un cuaderno lo que me afectaba o me proponía superar de mi vida marcada por el azar.

Obvio que cambiar mi rostro y cuerpo dentro de lo que para ella era ser bello resultaba inimaginable, solamente podía comprenderme con mis anotaciones donde había palabras de mi personalidad y con las que aprendí a convivir porque era imposible eliminarlas: Olvidado, abandonado, terco, porfiado, soñador, combativo, honesto, amigo de la verdad, entre otras. Pero la palabra feo no la había registrado porque ignoraba que era su portador y admitiéndole algo de verdad a quien lo dijo a lo mejor no mentía. Por ello la incorporé a mi <amor fati> ubicándola en la fuerza instructiva de mi espíritu. Y lo evidente parecía intentar ser atractivo dentro del juego

misterioso de aquellas palabras cercanas a los valores de cada quien, antes que la boca u ojos que las nombra.

En consecuencia, en lo delante de mis vivencias nada me inhibiría pues mi autenticidad en lo feo era lo mismo que mis dos brazos, piernas, cerebro corazón y ojos. Todas me pertenecían y la voluntad de lucha por aprender y estudiar no tenía nada que ver con ese término, sino con una realidad cultural donde había momentos de alegría o tristeza. Incluso eso fue importante y valió mucho cuando de expresar lo que venía siendo en tanto lector me definía con el apoyo de otras palabras: Pequeño de talla, curioso, hablador, desobediente, inquieto, insatisfecho, serio, sincero, fuerte de carácter, violento, peleador.

En fin, feo solo era otra palabra junto a abandonado y tampoco era el fin del mundo para mí. Y tan seguro estuve de esa estrategia de vida que nunca imaginé construirme un maquillaje buscando que me llamaran “niño bello”, ni siquiera cuando a mi cara llegó el acné dejando sus respectivas cicatrices que el tiempo borraría como a los malos momentos.

Pasados varios años, al recordar ese momento del juego con esas palabras, sobre todo las de abandonado y feo, supe del beneficio de asumirme como tal cuando hubo escenas del aprendizaje de otros idiomas en las que muchos sucumben al temor del “¡Ay!, qué pensarán de mí” y que en nada me afectaba. Ser desinhibido devino una parte de mi carácter y transparencia en resistencias para vencer obstáculos.

Por el contrario, fue de gran ayuda en cada ocasión donde debía pasar de mi lengua natural a una extranjera con instantes donde mi pronunciación no era la

correcta o incluso si me expresaba tartamudeándola o confundiendo fonéticas. Me ayudaría porque actué sin ningún complejo de culpa, me expresaba y punto. Lo mismo cuando bailé en público y algunos movimientos míos eran improvisados o el ritmo no lo atrapaban mis piernas y brazos, ni risas burlonas me afectaban ni del juego de la vida me alejaron. Ser auténtico devino mi clave cuando admití mi fealdad.

Gracias a mis anotaciones en ese cuaderno, a manera de un diario, resumí mis cavilaciones sobre lo feo diciéndome que a veces la belleza que a muchos les seduce responde a un buen maquillaje y yo carecí del mismo, amé la sinceridad y la naturalidad con la cual una rosa puede tener espinas, pero no por ello pierde su belleza. Y sí, siempre he admirado esa sinceridad del amor de mi infancia donde tampoco escuché esa frase tan deseada de algunas familias: —“Qué niño tan bello es este, parece hijo de los dioses”. Era al contrario el asunto: Venía siendo útil a la familia que me daba el existir, no por ser bello sino porque ayudaba en los oficios del hogar y así me ganaba mi sustento.

Saber por otro ser que era feo y luego mirándome en el espejo intentando saber si algo de mi rostro era bello, no me confundió pues el espejo no miente y tampoco tenía referencias desde lo leído que me mostrara un patrón de la belleza universal en un niño. Hasta esa época no lo había leído y apenas lo encontré en libros de aves registrando el dato de bello para las aves macho, su plumaje es variado, colorido como su canto, pero las hembras son diferentes y a veces ni cantan, solo cumplen el rol de servir como reproductoras de su especie, más no por eso las vemos feas. Y eso vale para las mujeres, pues aprendí que ellas no son feas sino astutas e incomprensi-

bles. Y ojalá un feminista radical no se molestó con esta imagen que relato sobre lo feo.

Todas estas ideas las escribí en varios tiempos y momentos resumiéndolas en otras relaciones entre la verdad de lo feo y lo bello, y me pregunté si existe tal cosa entre los humanos, lo aprendería con el tiempo leyendo un libro de Oscar Wilde, *El Retrato de Dorian Grey* donde la posibilidad de envejecer es un problema serio para quien sueña con la eternidad manteniéndose bello.

De tal manera que bello fue una palabra que ubiqué en la relatividad de su sentido y si cada quien la siente en su ser. Por mi parte, feo soy y feo me quedé, en ello no hay debate de alguna verdad, sino de mis genes que por millones de años he heredado.

De todo lo que rescataría mi memoria en cada acontecimiento vivido, nunca hubiera sido posible sin las palabras y es lo que decidí cargar conmigo de esa época. Son mi fortuna y sí se puede ser libre desde las palabras. Sin las palabras no es posible leer la naturaleza nuestra, jurar, luchar, prometer, negar, argumentar. No hay realidad sin una palabra que la explique. Las palabras no son neutras. Y más cuando sabía que el rostro de Dios nadie lo ha visto y a lo mejor —me decía— es como el mío. Lo cual para muchos creyentes no sería un problema existencial si lo cultivaran tal como lo sentían o miraban: Con fe y esperanza, no si es bello o feo.

Coincidente con diferentes etapas de mi vida donde intenté buscar mi destino algunas palabras y sus significados se compaginaron para simplificar el sentido incómodo de sentirme feo y abandonado. Por ello, entre varias bien importantes como compañeras de viaje, hablo de alegría, esperanza, respeto, ética en el trabajo,

solidaridad o perdón. Todas en el espacio de sensaciones y emociones donde mi espíritu sentía la vida y sus vivencias dentro del ánimo de mirar el pasado de otra manera.

No obstante y recordando esos eventos admito hoy lo complicado de tener la certeza de recuerdos de una infancia donde la leyenda urbana dice: —“Todo tiempo pasado siempre fue mejor”. No es cierto, pues no es el mismo para todas las personas. Por el contrario, en cada recuerdo siempre el tiempo fijó sus huellas como hace el dueño del ganado utilizando un hierro al rojo vivo sobre la piel del animal y que nosotros estando cerca de ese hecho solo lo percibimos por el olor a pelos quemados. Asumo desde los rastros de lo vivido, al menos así lo recuerdo, las claves de toda identidad humana que a su vez se refleja en lo social y cultural de cada ser.

Esas marcas del tiempo de una época sobre mi infancia son similares al tatuaje con palabras de un tipo de existencia con recuerdos, rumores y chismes que algunas veces fueron verbos para silenciar o destruir mi esperanza, todo por ser distinto en lo social a muchos niños. No obstante, ni me rendí ni me quebré ni me quebraron, aunque mis rodillas se doblaban por la fuerza de golpes aprovechando mis vulnerabilidades.

Por supuesto, no dudo en admitir la posibilidad de ver mi caso con otros ojos, otra mirada y hasta esperar que alguien me diga: —Solamente son los recuerdos de su pasado y usted ya no vive allí, olvídelos y sea feliz. Y de la misma manera, a secas, le puedo replicar: —Tampoco usted está en el suyo, pero allí está esperando su mirada y a lo mejor fue más dulce que el mío.

Con lo cual intento asomarle la reflexión siguiente: —¿Acaso quien padece la enfermedad del Alzheimer

donde según el discurso médico los recuerdos son débiles, puede haber felicidad en el olvido? Frente a esas opiniones, que he recibido y las respeto, frecuentemente me refugio en una esquina aguantando los golpes como me enseñó mi profesor de boxeo al momento en que la pelea estuvo a punto de terminar en mi contra y recurro a una idea que en alguna parte leí del Dalai-Lama: «Ninguna vida se vive en vano, cada ser tiene una misión, un rol a cumplir, y cada quien encuentra siempre el sentido de la vida y también el suyo».

Y de ese sentido de mi vida al ver la luz del mundo nada podía saber aunque de mí se ocupó un tipo de <amor fati> con una dialéctica del tiempo madurándome demasiado rápido. Fueron mis etapas existenciales por estar cargadas de complejidad o errores y no pude evitarlas. A ese amor le debo esta osadía de escribir mi historia admitiendo lo compleja, paradójica y diversa en mis vivencias. De lo que sí puedo estar seguro es que en mis mudanzas tempranas con sus escuelas y palabras aprendidas la vida anduvo a su antojo junto a verbos que me mostraron su sabiduría. El asunto estuvo en aplicarlos y no refugiarme en un rincón a llorar mi destino.

De allí que mi infancia la viví en mi gran fantasía y como si supiera que nunca la tendría en toda su plenitud, donde no todo en ella fueron razones y verdades lógicas. Algunas imágenes me soñaron, según supe cuando leí algunos libros del maestro Gastón Bachelard: —Somos soñados, no soñamos—, otras las imaginé y con eso me bastó para seguir en el juego de la vida cultivando diferentes miradas a mis complejas circunstancias.

En otras palabras, no traté de buscar una razón explicativa en cada etapa de mi infancia, no siempre la hay en cada evento y tampoco es el fin del mundo por haber

nacido vulnerable, carecer de la presencia de un padre o de una madre que me hiciera sentir la hermosa presencia de ella cuando me sentara en sus piernas para darme ternura, no me alejó del camino del amor.

¡No!, la vida es un algo más que eso o a lo mejor cabe en algo tan sencillo como un grano de maíz que solamente sumergido en una gota de agua muestra su disposición para la vida y germina. Y sí, he vivido en soledad pero no me asusta ni le temo. Solo que siempre le di la vuelta para mirarla de otra manera, lo mismo que al dolor y la tristeza. Y puedo decir que la felicidad y el amor se construyen. Nadie nace para serlo y ella ni viene tatuada en nuestra piel ni puede cubrirse contra “Las moscas del mercado”, como me enseñó Zaratustra llamado “el Persa”.

Los episodios de cada circunstancia con esas dos palabras juntando amor y felicidad ni son absolutos ni difíciles, son complejos y cargados de incertidumbre. Tienen salidas y de allí que cuando mostraron salidas las aproveché sin nunca dejar de lado que mi objetivo era crearme un destino. Quizás por eso no vi en el licor, como algunos de mis amigos pensaron, el espacio de la felicidad. No digo de la droga porque en ese tiempo los jóvenes apenas escuchábamos hablar de la marihuana, pero sí fumamos cigarrillos del tabaco.

Y si esas palabras tienen un solo sentido para captarlas o están llenas de razones no se las conocí a mis vivencias, ni me preocuparon más allá de la natural nostalgia. A lo mejor debido a mi terquedad sobreviví en contextos cargados de crueldad y mi <amor fati> pudiera ser ese Dios que aún no le veo su rostro, pero lo siento en mi agonía, en mi lucha constante por ser mejor persona,

por tener dignidad y, sobre todo, para ser libre, desobediente e incómodo para algunos.

Reconozco, así mismo, el capricho como guía, la desobediencia y el cultivo del ensayo y el error. No siempre acepté ganar todo desafío por esa condición de niño vulnerable, sino que temprano aprendí a perder. Y si caía de allí me levantaba, luego admití eso como propio de quien lucha. Aprendí a ser tolerante si delante de mis dudas estaban otros argumentos distintos a los míos. Aclaro que, cuando digo argumentar intento con esa palabra ubicar al lector en el mundo de la filosofía, sin ella esa palabra es apenas un pensamiento bruto, silvestre. Ojalá en los hogares y la escuela inicial enseñaran a argumentar a los alumnos, muchos inconvenientes de conducta se evitarían, pues así también sería mejor la comunicación y el diálogo entre personas.

Y desde estas ideas presumo estar bien con mis recuerdos narrados y regreso a un tiempo que ya no existe y sin embargo, en mi mente se confirma lo de R. Bacon y las rayas que él imaginó se le hacen a una mente recién nacida con cada experiencia. Pienso desde esos recuerdos como si mi cerebro fuese de madera aunque hoy sé que todo lo hace una neurona y las trazas son rectas, curvas, círculos, cuadrados, palabras, nociones.

Allí están las huellas de mis neuronas con figuras de cada conflicto, momento donde fui feliz o al contrario de tristezas cuando los instantes fijaron mudanzas o divorcios de mis parejas que dejaron de ser reales. En fin, recordar es buscar en ese archivo cerebral lo que sí es mío y solo con esa propiedad mientras escribo me practiqué mi propio exorcismo en el cual purgué idealismos y utopías que solo eran persecuciones a quienes no pensaban como yo. Eso ha sido esta escritura hasta donde me

acompañe el lector en lo que sea su reacción. De mi pasado no me arrepiento, solamente lo leo de otra manera.

De ser cierto que en el recuerdo está nuestro real refugio para atrapar la vida y lo vivido, entonces el lenguaje, las palabras y sus discursos son el motivo para sentir la vida. De allí que buscamos al otro para saber que existimos, y lo hacemos con miradas como también los hacen animales domesticados como gatos y perros.

En cambio, gracias al recuerdo, aprendí a jugar con las palabras y a sentir que sin ellas ni hay dioses ni demonios, solo yo con mis azares y mi <amor fati>. No sucede de la noche a la mañana. Cuando dejé un libro sin terminar su lectura, un poema sin comprender la metáfora o una semana sin soñar, sentí un vacío en mi ser y solamente escribiendo mis días volví a ser yo. Solamente de esa manera he venido intentando terminar esta historia y se lo digo amigo lector: No es fácil. Quizás porque seguir el ritmo de la velocidad de mis neuronas en el espacio de ese kilo y medio de materia cerebral donde hay autopistas con millones de carreteras, solo es posible si tenemos un caos en nuestra existencia, y yo aún lo tengo. Me hubiera gustado mucho bailar sobre la luna.

Sentí el placer de reconocer que bien valió la pena aprender a leer y escribir para con ella sentirme un auténtico Sapiens al que es necesario superar, como lo pensó el Zaratustra. Y al que no le guste, pues que no me lea, algo me invita a defender mis opciones y a respetar las de los demás. Solo a eso aspiro con esta historia.

Así mismo admito la dificultad de la vida que me tocó y el precio fue cierta exclusión y vigilancia constante donde se me construyó una realidad imaginaria cuyo dispositivo de control a mi conducta era mediante la cul-

pa, vale decir que debía resignarme por haber llegado al mundo siendo culpable de algo desconocido para mí: El pecado. Cambiarme por medio del castigo para eliminar la culpa fue el centro de mi educación. A eso se denominaba reformarme o como diría un postmoderno: “Configurar el dispositivo y reiniciarlo”, pero en humanos como yo al darme otra forma sepultando mi libertad se les puso difícil y asumí las consecuencias de reprimendas o castigos. Por donde se le mire, mi infancia crítica solo es explicable socialmente en la Venezuela de mi nacimiento, con casi treinta años de una riqueza petrolera iniciada en 1917, donde fuimos muchos los niños abandonados por el Estado. Por supuesto, hubo otras causas como para que eso arroje una verdad única y la culpa no es la mejor palabra explicativa.

No tuve un solo rostro vulnerable y las palabras que alimentaron mi crecimiento también fueron la ausencia de bondad, del bien y el amor entre los humanos de una patria que terminó siendo muy rica, bien ancha, pero ajena. Fue también una vulnerabilidad desde la carencia de una casa propia y de una escuela con todos los servicios, becas y bibliotecas donde niños como yo vivirían sus fantasías leyendo.

En esos aspectos mi infancia estuvo vaciada de sentido a los fines de sacarle el cuerpo a los vicios, solo esquivé eso con mis deseos de estudiar en condiciones sociales no favorables para todos. De allí que narrar mis vivencias sea uno de los propósitos que animan mi espíritu en esta historia por si se da un caso similar: Que cada niño en su vulnerabilidad social aprenda a vivir del riesgo y asuma sus consecuencias cuando comete errores no es indeseable, porque eso es la infancia donde no siempre el castigo y la represión son la solución.

Solo carecen de errores los dioses, por eso como humanos los creamos y de paso los colocamos bien lejos de nosotros. De allí los pensamos perfectos y sin taras. Entonces, al pasado no es que se le evoca buscando repetirlo, cosa imposible, sencillamente es mirarlo de otra manera. Y eso vengo intentando mediante mis palabras. Doy un dato a no olvidar en el párrafo siguiente.

De todos es conocida la historia de la Escuela Espartana, en la Grecia antigua, donde se educaba a los niños a partir de los siete años de edad y al tener catorce eran sometidos a un examen. Consistía en enviarlo a la ciudad solo acompañado de una navaja afilada, sin alimentos ni agua, no podía pedir ayuda a nadie y por la noche regresaba al Albergue, después sus instructores lo examinaban con una pregunta central: ¿Cómo había logrado sobrevivir en ese viaje?, pues si regresaba significaba que había robado para poder beber y comer. Sin dejar de tener en consideración las diferencias con mi propia vida, cuando en mis manos cayó esa historia me vi en esa escuela de los riesgos para reconducir mi vida.

En esa enseñanza del aspirante la clave era no ser capturado si lo encontraban tomando algo no suyo, y que venía de robar. Suena raro ese relato de la Escuela Espartana si nos situamos en la educación que tuve siendo niño donde el respeto a todo lo que no era mío era el objetivo educativo, pero era una escuela para formar guerreros, mientras que la escuela mía formó incautos y sujetos carentes de valor y sacrificio donde muchos tuvieron el gusto de vivir de limosnas, del robo a dineros públicos, de otras personas o del sacrificio de sus padres. Allí la vida no muestra lucha, esfuerzo, pasión y todo es un regalo o un robo sin riesgo.

Ciertamente que los contextos históricos de esa educación no son asimilables y una cosa es la antigüedad griega y otra la Venezuela de mi infancia, me diría alguien. Pero ¿Por qué los textos de la Biblia sí son reconocidos con todos sus años de antigüedad? A lo mejor la curiosidad de un lector pueda comprender esa comparación en la que para la vida es necesario el orgullo de existir, de amar y luchar, como hacen los depredadores quitando del medio a individuos enfermos y débiles. Es una idea cruel, pero la lucha por aquello que nos gusta sin hacerle daño al otro, como en mi caso era estudiar, la situé en ese relato espartano en el que la soledad sí era un estímulo para la vida, no el entregarse a ser un limosnero con tal de poder vivir.

De tal manera que con esa guía construí mi orgullo al sentarme por vez primera en un pupitre del salón de clases y terminé amando los útiles escolares ante la ausencia de juguetes o de alguien que me hiciera las tareas. Mi infancia la centré en un espacio literario donde hubo imágenes que construí aceptando mis limitaciones de dinero, y parte de ella la sentí en cuentos, novelas o en películas que un señor árabe proyectaba sobre una pared pintada con cal, cuando viví en Monay. Era gratuita y cada quien llevaba su silla para ver el film.

Lo digo con mayor fuerza y hasta asombrado al recordar el día que vi, estando por mis cincuenta y seis años, a un grupo de estudiantes del principal Liceo de Trujillo que lleva por nombre Cristóbal Mendoza, quien fue Presidente de la Primera República de Venezuela, celebrando que venían de finalizar su bachillerato y el acto principal de calle fue rompiendo sus cuadernos y libros, aparte de estar borrachos acompañados de quienes parecían ser sus padres y representantes. De lo visto extraje la conclusión que con ese desagradable hecho

moría mi época del amor al estudio con ética, y de paso iban desgarrando su uniforme escolar y emitiendo gritos cual lo hacen los chimpancés con el raro instante de que esa insólita escena se desarrolló en una plaza representativa del escritor y maestro Don Rómulo Gallegos. Algo inaceptable desde cualquier punto de vista del respeto a los valores ciudadanos. De esa generación vino el viento que destruiría a Venezuela.

Durante varias semanas mi tercer grado tuvo grandes desafíos y hubo dificultades para comprender términos en los apuntes que tomaba del dictado del maestro, sobre todo en Historia Universal donde al pasar las páginas a veces escribí con errores ante la velocidad que el maestro utilizaba en sus dictados. Por eso, cuando tenía revisión de cuadernos y la escritura del dictado presentaba borrones, del maestro recibíamos los respectivos regaños.

De uno de esos desafíos recuerdo el momento en que le pedí al señor Francisco una ayuda para la tarea y con su temperamento siempre cambiante, me respondió así: —Usted cursa tercer grado y me pide consejo, olvida que solo llegué al segundo grado, más bien debería ser usted quien me enseñara algo de lo que viene aprendiendo —dijo— con su respectiva ironía para conmigo. —Pero es que usted sabe leer y escribir y tiene una letra corrida mejor que la mía —le repliqué—. Mire bien —insistió, su problema es de distracción y juego, aquí mismo hay un maestro invisible si usted lo busca —sostuvo con firmeza.

Por suerte para mí ya le conocía sus respuestas y mañas, miré para todos lados buscando si eso que dijo era real o una evasión para no responder a la ayuda que le pedí, pero finalicé por decirle una frase que a él le mo-

lestaba mucho: —¡No puedo verlo, no está! Se quedó mirándome fijamente, luego la soltó: —¡Lo ve! —dijo asombrado, olvídense de ese “no puedo, ayúdeme”. No muestre su debilidad con esa frase. Tampoco se rinda a las primeras de cambio. Acuérdense que si algo me maravilló de usted es que no lloró ante la vacuna que le inyecté. Fíjese en mí, si yo por tener esta dificultad en mis piernas, por las que me dicen <chueco> y careciera de voluntad de lucha, indudablemente ya hubiera muerto o estaría tirado en una calle pidiendo limosnas. Venga —dijo—, tomando una de mis manos con cierta fuerza para ponerme sobre un libro grueso que siempre yo veía sobre su escritorio y no me había ocupado de saber de qué trataba. —Aquí está ese maestro invisible que le dije antes, se llama Diccionario, y lo que usted menos se imagina él se lo dice cada vez que usted manoseé sus hojas, así como pasa el tiempo de nuestras vidas.

En ese tiempo me sentí bien animado por la expresión de su valentía y ayuda que me dio, la cual de inmediato busqué y encontré lo que antes no conocía. Desde entonces me digo: —¿Cómo no recordarlo con cariño y agradecer el valor de autodidacta y en el fondo analfabeta lo que como herencia me entregó ese señor sin ser mi padre?, y así mismo permitir descubrirle una suerte de revelación bíblica o su <amor fati> en tanto el orgullo como virtud por parte de él mostrando fuerza en su vivir teniendo limitaciones de movilidad.

Al mismo tiempo tengo el recuerdo de la vez en que un visitador médico, de los que siempre iban al expendio, le vi su bello reloj y una vez que dejó la visita, al señor Francisco le pregunté: —¿Por qué usted no usa reloj? —Ya lo ve, definitivamente que usted no quiere dejar de ser pendejo —dijo rápido y con sorna. No entiende que hoy cualquiera carga un reloj, si yo necesito saber la hora me

basta con preguntársela a cualquiera en la calle y aquí hay uno pegado en la pared. Además, cada uno tiene su propio reloj en su cuerpo —agregó, como los pajaritos que usted y yo escuchamos al amanecer. Imagínese un pájaro levantando sus patas para ver la hora —acotó—, no se fije en pendejadas. Lo difícil es nacer, lo fácil es ser pendejo y morir.

Sin saberlo, con sus respuestas me invitaba a descubrirme y si bien me noqueó con su ejemplo, animaba los tantos diálogos que aunque cortos él a veces me permitía tenerlos. Sobre manera me impactó el signo de la palabra “pendejo” que él le dio y que nutrió el inquieto espíritu con el que nací, pues lo que atrapé de su idea es que el reloj, por bello y caro que sea, no hace la virtud de la persona, como piensan los “pendejos”.

Son muchos los recuerdos con ese señor, de él conocí la importancia de decir la verdad, costara lo que costara y hasta el día de hoy defendiendo esa idea. Fue el primer filósofo de mi existencia azarosa que si aceptamos el sentido de la palabra filosofía en su signo: —Amor al saber, es opuesta a ignorancia pero con ella se inicia toda búsqueda pues quien no reconoce sus limitaciones en el conocimiento nunca se ocupará de buscarlo. Y él lo buscaba en su guía cercana del diccionario y los crucigramas de palabras que nutrían su memoria para darme consejos oportunos de cierta manera fue su educación académica.

El tercer grado lo aprobé bien y con ese logro me sentí con más confianza en <mi amor fati>, ya me expresaba mejor y hubo momentos en los que me propuse rellenar crucigramas siguiendo los consejos del señor Francisco cuando me decía que esa actividad junto a la consulta en el diccionario era como si mi educación no tuviera límites ni desigualdades, por cuanto solo con la

voluntad de la persona bastaba. Y para confirmar si lo estaba haciendo bien, me dedicaba a releer los que él ya había terminado. De esa revisión aprendí que los suyos eran bastante difíciles para mí que ya tenía tercer grado aprobado, frente al segundo que apenas él terminó.

De todas maneras sentí que estar de vacaciones, ser útil en el expendio y leer teniendo el diccionario al lado mejoraba mis conocimientos, pero el <amor fati> tenía marcado en mi camino un obstáculo importante: —Estudiar el cuarto grado solo era posible fuera de Monay y el único recurso real era en Trujillo, donde vivía la señora Domitila, quien no deseaba llevarme con ella.

El día en que se presentó entre ellos el momento de tratar ese tema, yo estaba terminando de vaciar un litro de ácido clorhídrico en un envase más seguro y escuché cuando ella le dijo al señor Francisco lo siguiente: —A ese muchacho téngalo usted aquí y póngalo a hacer cualquier cosa, usted sabe que ni estamos obligados a darle escuela ni a Trujillo me llevo a un niño que cuando lo regaño no me quita su mirada amenazante y fija. ¿Quién sabe pensando qué?

Frente a tal planteamiento recordé que en una de las clases del maestro Rumbos nos había informado que en Venezuela la educación estaba reconocida con las palabras siguientes: Gratuita y obligatoria, desde el 27 de junio de 1870, en un decreto del gobierno de Guzmán Blanco. Sin embargo, en ese instante guardé silencio porque sabía que hasta allí no llegaba mi rebeldía y el costo de sacarme del juego era alto si protestaba con esa información. Indudablemente que tenía ese derecho, pero defenderlo era el desafío y lo haría de otra manera, en otro tiempo pues no solo carecía de aliados en ese momento sino que una cosa pensaba con mis deseos y otra

las condiciones dentro de esa familia donde mi estabilidad era insegura. Había aprendido a escoger el tiempo de protestar.

Así que ante esa situación mi esperanza de continuar estudiando se derrumbaba, era lejana y un “tal vez pueda seguir”. Consciente estaba de mi situación y al despertar cada mañana añoraba estudiar, ir al recreo y jugar con los amigos. Las rutinas de mis obligaciones en el expendio las cumplía, y quizás para seguir siendo mi protector hubo el momento en que el señor Francisco me llevó a un botadero de basura del pueblo con una condición: —Solo mire bien a su alrededor —dijo—. Después de unos diez minutos regresamos a la casa y él no agregó más nada. El siguiente día me pidió que lo acompañara a su lugar del juego de dominó, a eso de las siete de la noche, advirtiéndome: —Para donde vamos hay mucho que mirar, pero me interesa que observe el interior del sitio y desde cierta distancia, es un negocio de comida y licores.

Llegamos y a tres pasos de la entrada ya estaban sus amigos del juego esperándolo y cada quien sentado al frente con su pareja, solo esperando arrancar la primera mano por parte de quien tiene la pieza llamada “doble seis”. Yo me ubiqué en una esquina y para entretenerme el señor Francisco pidió una gaseosa para mí. A fin de cumplir la tarea desde donde estaba sentado empecé a mirar al interior del local, tenía un largo pasillo e identifiqué un mostrador con dos mujeres sirviendo comida mientras que otras bailaban con la música de una rockola, vi a personas conocidas que salían del lugar y entraban hombres con mujeres vestidas ligeramente.

Mientras ellos jugaban yo seguía observando el lugar y salvo tal cual perro hambriento que entraba o alguien comprando una caja de cerveza, no hubo nada

extraño. Pasadas dos horas y esperando que él terminara su juego me levanté y fui al baño del lugar por lo que debía atravesar ese pasillo. A eso de las nueve y treinta salimos del lugar y regresamos a la vivienda, él se fue a su cuarto, yo a la hamaca que tenía como cama. Allí, en un reducido espacio hubo noches donde tardé en dormirme, como en esa ocasión; entonces me ponía a escuchar la radio a bajo volumen y sintonizaba programas de mi agrado, generalmente deportivos o de novelas por radios de Caracas.

Los locutores de mi gusto los sentí con su voz narrativa como si fuesen quienes jugaban o boxeaban, era su emoción, el grito oportuno y el instante de un silencio o asombro ante un jonrón, un nocaut o desempatar un juego de béisbol imposible casi en el noveno inning. Todo eso por la manera en que esos locutores ponían a jugar sus palabras deportivas, su entonación y frases emocionantes. Cuando eso lo escuché, me fue difícil no levantarme de donde estaba y quedar atrapado por esas voces, pues en el campo de juego o del ring me era imposible. Delio Amado León fue el locutor deportivo que más me atrajo con su voz, tanto en el béisbol como en el boxeo, pero el que sin duda alguna era un maestro fue el inolvidable Alí Kan. Su escenario en los domingos de carreras era el Hipódromo de la Rinconada. Allí, con su inigualable voz iba metiéndose en el cuerpo del jinete y el caballo para con su verbo describir la carrera y los instantes más emotivos que a veces paralizaba el país, sobre todo si ese día se corría un clásico internacional importante, como cuando el caballo “Cañonero” ganó el Kentucky Derby, en el año 1971.

En cuanto a mi otro gusto con las novelas de mis recuerdos, fueron dos: El derecho de nacer y Los tres Villalobos, con varias voces y acentos para transmitirle al

oyente el respectivo drama con el objetivo de atraparlo. Asimismo me gustaba una emisora ocupada de decir la hora, poner música clásica con comentarios de la obra y su autor y momentos de vuelos al extranjero, se excitaba mi imaginación soñando que de repente un día yo visitara otro país. También colocaban música clásica y explicaban algo de la vida del compositor. De esa música me atraparon dos: Capricho italiano y una con el bello nombre de Himno a la Alegría, de Bethoven. La emisora era “Radio Aeropuerto”.

Ya resignado a no seguir estudiando, por las mañanas me levantaba bien temprano para hacer el café, luego el señor Francisco preparaba algo de comida para ambos donde no faltaban sus frecuentes tajadas de plátano con huevos y caraotas fritas. Viví en ese tiempo mis mejores instantes con esa agradable compañía y la comida que él preparaba era gustosa. Sin embargo, de esa experiencia no adquirí el gusto de cocinar. Lo que sí percibí fue mi agrado para que él fuera mi padre real. Pero solamente era un deseo. Había leído a un tal Confucio en su libro *Analectas*, que por lo raro del título me sedujo y encontré un pensamiento muy útil a mi vida: «El hombre que mueve una montaña empieza por llevarse piedras pequeñas». Y me vi reflejado en esa frase como un simple cargador de piedras con mis dificultades a tan temprana edad.

## Capítulo IV

### *Ver o mirar*

*La suerte está echada*

*—Cayo Julio César*

*Siglo I a. C*

A penas pasaron tres días de mi tarea de observación encomendada por el señor Francisco cuando vino el momento de un desayuno y me preguntó sobre lo que había visto. De él siempre esperaba sorpresas cuando me exigía algo: —¿Y usted qué vio en el basurero? —insinuó. Ese día —respondí—, estuvieron varias personas incluso algunos vecinos nuestros hurgando en esos desperdicios sin que pudiera distinguir qué buscaban junto al revoloteo de zamuros, moscas y perros sin amo que llegaban o se iban —precisé. —¡Bueno! —acotó—, todo eso es importante y sus ojos vieron lo que pudieron, aunque siempre hay algo más por ver. Ciertamente que vio a personas pobres y otras que prefieren buscar en la basura antes que esmerarse en buscar un trabajo —agregó—. Luego miró para otro lado y se mantuvo en un silencio similar al que le observaba cuando hacía una jugada en el dominó. Después seguimos comiendo, como solía ser en casos donde intentaba llamar mi atención. Esa vez me destacó lo importante del esfuerzo por traba-

jar. Evidentemente que desde ese día supe qué deseaba él para mí: Que triunfara en la vida.

Por la tarde en la cena y donde no acostumbraba perder mucho tiempo para luego salir a recorrer el pueblo, ese mismo día volvió con sus preguntas: —Y del sitio donde juego dominó con mis amigos, ¿qué vio? Me sorprendió de nuevo. —Vi que allí estaban varias personas, entre mujeres y hombres, algunos estaban bailando. Vi a conocidos como al padre de uno de mis compañeros tirado en el suelo, creo que estaba borracho y eso me preocupó pues sentí mucha tristeza por él —comenté.

—Se fija— recalcó—, hay que saber mirar. Bien por usted en lo que sintió con su mirada, de eso se trata cuando observamos algunas conductas en la gente que amamos. Imagine usted —susurró—, que yo siendo “cojo” y de alguna forma con cierto respeto en Monay, termine borracho y tirado en el suelo como esa persona que usted vio en ese estado. Al ocurrir eso uno se juega la vergüenza y el honor. Hay quienes no toman nunca licor, otros toman demasiado y, hay quienes jamás se controlan en la bebida. Lo que importa es saber decir no cuando sentimos que haremos el ridículo por influencia de esa bebida diabólica. Ese es el mayor problema —puntualizó—, porque todos podemos beber lo que nos gusta, pero a condición de no terminar dando pena ajena y hasta finalizar siendo un alcohólico. Eso —concluyó— es ser un pendejo y no es ni el destino ni el castigo de un Dios, como a veces dice Domitila en esos casos.

Apenas le escuché sus comentarios ese día, sentí que en mi espíritu nacía una fuerte confianza para tener la vergüenza necesaria de nunca dar pena ajena con escenas como las descritas y el juicio de valor que le escuché. Y esa inolvidable historia de observación volvería

a recordarla cuando tuve la oportunidad de estudiar etnografía en un trabajo de investigación sobre la violencia entre familias. Sin saberlo, él fue un etnógrafo silvestre y aunque suene raro, era el padre de familia que quise tener a pesar de que tampoco el azar lo permitió.

En el tiempo iba quedando mi infancia con su inocencia como esas aves que muestran su esqueleto cuando pierden sus plumas. En uno de aquellos días de fin de mes llegó de visita el dueño del expendio, el Dr. Fontana, lo hacía antes de dirigirse a su finca con el mismo nombre de un sitio denominado “el Cacao”, le interesaban los libros de contabilidad y preguntaba cómo marchaba el negocio, surtidos e inventario. Su visita no pasaba de dos horas y a veces hablaba algo conmigo. Era un hombre de pocas palabras, andar erguido y rápido, se distinguía por su aspecto europeo en su estatura, ojos azules y de mirada esquiva para la gente, como fijando distancia y categoría ante los demás. Seguramente sintiendo que él tenía con qué en tanto persona adinerada.

Las veces que lo veía lo miré de cerca por su vestimenta: Pantalones color Caqui y camisas grises. Se desplazaba en un Jeep pequeño con el que se permitía ir a su finca. En una de esas visitas vino al expendio acompañado de tres de sus hijos y la madre de ellos, ella vivía en Cabimas mientras que él en Carache, no estaban casados según escuché decir. Sus hijos eran dos niñas y un niño del mismo nombre, Carlos, de su padre.

En otro momento vino solo y por alguna razón fue categórico conmigo, a tal punto que en mi recuerdo ignoro por qué se refirió a mi situación: —Así que usted quiere seguir estudiando el cuarto grado —dijo casi intentando confirmar algo. ¡Sí! —dije sorprendido. Pues ya usted tiene doce años —agregó él, mientras el señor Francisco

permanecía en silencio, con cierta deferencia ante su jefe y presumí que entre ellos ya habían hablado como si mi presencia en el expendio fuera inconveniente. Entiendo que por su origen —masculló ese señor—, lo mejor es que piense en trabajar, ciertamente que aún es un niño pero ¿Por qué no se va conmigo para la finca y aprende poco a poco algo útil para su vida? Estudiar hoy día no es fácil y menos si usted no tiene quien lo ayude —objetó. Cualquiera que estuviera oyéndolo, seguramente concluiría que en eso no le faltaba razón.

Por mi parte no dije nada, apenas tuve una débil sonrisa e intuí otra mudanza, otro viaje a no sé qué experiencias y peligros. Muchos años pasarían por mi cuerpo y siempre recordaría esa conversación porque al conocer la inmensa finca mi <amor fati> fue feliz en los mejores instantes de mi adolescencia. Fue una felicidad mezclada con unos juguetes que el azar de nuevo puso a mi disposición: El amor por la naturaleza, misteriosa e invitando siempre a la aventura y la soledad enriquecida por lecturas y poemas que mi inocente infancia asimilaba con rapidez.

Era el mes de julio de 1958, la estadía del dueño consistió en revisar el inventario junto con los libros de contabilidad y enterarse de algunas necesidades del expendio. Supe que por la tarde se iría a su finca, ya estaba acordado el viaje conmigo y el señor Francisco me preparó todo. A eso de las cinco de una tarde con un sol abrazante salimos y en cuarenta minutos, dejando al caluroso Monay, ya estábamos en ese bello lugar cuya frescura era contagiosa.

Lo que venían de ver mis ojos fue una abundante vegetación junto a tres riachuelos con cierta cantidad de agua, la carretera era irregular y caía una leve lluvia.

Allí nos recibió la familia encargada del lugar cuyo jefe era un señor de nombre Juan y su apellido bien interesante: Leal, su compañera y dos niñas un poco mayores que yo, una señora en trabajos de la cocina y tres obreros para mantenimiento de la propiedad y del ordeño.

Las herramientas se guardaban en un sitio llamado “el Caney”, estaban las monturas para tres caballos con sus respectivos nombres, una costumbre de los campos para convertir en familia a sus animales de trabajo. El de mi gusto fue uno de color entre marrón y negro que llamaban “Guacharaco”. Ese mismo día como para que empezara a ambientarme, me lo asignaron a los fines de hacer un trabajo que estaba por comenzar y del que ignoraba todo.

La casa era bien confortable, de doble piso con terraza de madera donde estaban las habitaciones del dueño desde donde él podía observar buena parte de su propiedad con amplios potreros y dos vaqueras. Abajo estaban los espacios de la familia encargada y un cuarto donde yo dormiría, según se me dijo al rato de haber llegado. Todo junto con lo que le sugirió el dueño al encargado del lugar llamado “capataz de finca”: —Más tarde dígame lo que debe hacer y que el hijo de Moisés, Ricardo, lo acompañe y de esa manera aprenda su oficio. No viene de vacaciones —aclaró con voz firme esa tarde.

Mientras los adultos conversaban con el dueño y el señor Francisco, acompañado del hijo del señor Moisés me dediqué a dar una vuelta por los alrededores de esa amplia casa con sus dos vaqueras. Bien contento sentí el fresco clima del bello lugar. Estaba como en otro mundo, rodeado de vegetación y visualicé casas vecinas bastante retiradas, había muchas vacas con sus becerros y un inmenso toro de color rojo ladrillo como los de las

fotografías del diccionario, los tres caballos aludidos, un gallinero cercado, varios pavos y patos deambulando en el patio.

Una hilera de matas de coco dominaba ese ambiente de la casa para ir a las vaqueras, luego supe de la advertencia en tener cuidado porque por las noches y a veces en el día, desprendían los ya casi secos y de su fuerte impacto se sabía de su peligro porque a veces se encontraban patos golpeados, había matas de naranjas llamadas califonia, una mata de granada, cuatro de limones y cinco de aguacates que junto a dos de níspero atraían muchos pájaros al lugar. Indudablemente que la naturaleza me recibía con un rostro difícil de no mirar y sentir su brisa. Aparte de que me entusiasmé mucho al ver los deseados arrendajos del señor Francisco y de nuevo pensé en conseguirle un pichón y llevárselo

Desde ese momento en el que hice ese breve recorrido mi cerebro añoraba capturar alguno de ellos, como era mi costumbre de amar los pájaros e ir donde mis amigos y mostrarlo. Contiguo al lugar iba un camino común para alguna gente dueña de otras propiedades. Entre las pocas cosas que llevé conmigo en ese sorpresivo viaje estaban para entretenerme las novelas de vaqueros con las historias del mundo norteamericano de caballos, carretas y asalto a bancos, un cuaderno donde anotaba cualquier cosa que me afectara o emocionara, una cauchera escondida para cazar y un tarrito de mentol porque a veces se me tupía el lado izquierdo de la nariz a consecuencia de mi temprano accidente sufrido al caer de los brazos de mi madre. Oler el mentol y sentir que me permite respirar bien es uno de mis vicios que hoy conservo.

Al día siguiente se fueron el señor Francisco y el dueño del lugar a quien yo le escucharía decirle al se-

ñor Juan las normas fijas para mí: —Él aprende rápido, pónganlo a trabajar, enséñenle a sentir el trabajo que le da alimento a la gente, así será un hombre del mañana —concluyó—. En otras palabras, fue un cambio radical para mi vida, otra mudanza, ese día me iniciaba como trabajador infantil en el campo y así tener techo y comida, pues pago no había porque se sobrentendía que no me tocaba.

Como estaba ordenado, esa misma mañana el señor Juan me señaló mis tareas: —A las cuatro y media de la madrugada nos levantamos, usted ayuda en la cocina a moler café y maíz, luego el joven Ricardo lo acompañará por el potrero unas tres veces mientras aprende a reunir las vacas para traerlas a la vaquera, lo mismo que para los becerros la tarde del día anterior cuando es necesario separarlos de sus madres o de lo contrario el día del ordeño las vacas no dan la leche. Una vez que aprenda esas dos actividades —continuaba su explicación— usted lo hará solo. En cuanto al ordeño, lo iniciamos a eso de las seis y media de la mañana —siguió diciéndome—, usted va mirando cómo se hace, memoriza el nombre de cada vaca y las del becerro de ella. Lo demás poco a poco lo va aprendiendo —concretó él con su amabilidad ese día. De alguna manera comprendí que el diálogo con las vacas era parte de mi trabajo.

Al siguiente día acompañé a Ricardo para aprender lo convenido como trabajo: A la hora de levantarme me lavaba la cara, hacía mis necesidades del cuerpo, pasaba por la cocina y ayudaba a moler el maíz, tomaba café y a las cinco debía tener a “Guacharaco” ensillado. Al llegar Ricardo nos dirigimos a un potrero donde estaban las vacas a recoger y llevarlas al corral contiguo donde estaban los becerros que el día anterior y por la tarde recogimos y encerramos en ese lugar.

De esa semana bastaron tres días para familiarizarme en esa primera parte de mi oficio. Sin duda que estuve bien alegre con mi actividad. Una vez terminado el ordeño iniciado a las seis de la mañana venía el almuerzo y a las dos de la tarde se separaban los becerros de sus madres y se llevaban a un potrero para recogerlos a las seis de la tarde y regresarlos a su corral en la vaquera. Entre dejar esos becerros pastando y su hora de regreso al corral, se deshierbaban unos sembradíos de maíz y caraota. Esa era la segunda tarea aprendida.

Para la cuarta semana conduje yo solo el rebaño a la vaquera. En paralelo ayudaba en lo que podía, me indicaban la manera de tratar vacas y becerros donde la clave estaba en producir leche, queso y cuajadas. La producción de esa finca era modesta, aproximadamente unos cincuenta litros de leche vaciados en dos barriles metálicos. En los dos primeros meses, ya bien ambientado mi mente era un remolino de imágenes y esperanzas. Algunas noches leía cualquier papel o revista de las que en esa finca había referidas a medicina animal, cremas y yodo para los hongos en las patas de los animales. Aún no entendía muchos escritos, salvo si había una frase o dibujo con palabras que me agradaban. Hojeaba una o dos páginas para luego tener un largo sueño y a la mañana siguiente estar de nuevo animado para ir al encuentro del fresco rocío de la madrugada donde la música de las aves mantenía animado mis nuevos amaneceres.

De esa finca con el tiempo supe que tenía una extensión de cinco mil hectáreas con bastante agua, lo que le otorgaba una cualidad económica por los tres pequeños ríos que la atravesaban. Su carretera era solamente para un auto como el Jeep Willys de su dueño, quien al momento en que el señor Francisco le preguntó por qué no la arreglaba, dijo inmediatamente: —¡Mire Francis-

co!, si la arreglo un día viene gente del pueblo y me la invade, usted mejor que nadie sabe que estamos en una época donde hay políticos regalando lo que no es suyo para que voten por ellos —aclaró—. Lo que con el tiempo yo leería y entendería de esas palabras con el signo del populismo politiquero atrapa votos. Un terrible virus para la democracia.

Y esa intuición de ese señor fue como un presagio del destino de ese bello lugar cuando sesenta y dos años después, gobernada Venezuela por un teniente coronel de apellido Chávez y Trujillo por el abogado Vilorio, fue comprada a un señor de apellido Colmenares quien venía de adquirirla de los herederos del señor Fontana. La compra fue con dinero público, para un proyecto ganadero “del pueblo”. Como todo en ese gobierno se calificaba, pero terminó siendo un fracaso y el fin de la misma. En mis recuerdos quedaron los deseos de volver a ese lugar de mi infancia, pero el destino no lo permitió. Siempre quise volver a sentarme a disfrutar una tarde en uno de los pozos de uno de sus ríos donde una lapa siempre se ocultaba las veces que intenté cazarla.

Del lugar donde ahora vivía solamente añoraba mis clases y amigos, de tal suerte que viviendo en aquel nuevo espacio con un trabajo fuerte para ganarme el sustento sabría de otro rostro de la vida: Estaba alejado de mis estudios y simultáneamente un sobrevivir con otro entusiasmo pues aprendía algo nuevo para mi <amor fati>. Sin duda que era un nuevo desafío donde imaginé la felicidad de convivir con animales donde seguramente encontraría riesgos y aventuras alentando mis inquietudes de niño. Desde entonces, cada madrugada y una vez que Ricardo me enseñó lo más elemental de mi trabajo para reunir el rebaño y llevarlo a la vaquera de ordeño, solo me acompañaba “Guacharaco”, un animal que pasó

a ser mi fiel compañero de trabajo aunque por su edad lo atormentaba una artritis, fue lo que escuché, en sus rodillas.

Tal vez por mi gusto del lugar esas tareas no me fueron difíciles, salvo tal o cual animal rebelde que con saltos y carreras se alejaba del grupo intentando sembrar el desorden en el rebaño constituido por unas quince vacas, pero con su memoria salvaje ellas se sabían el camino y en su naturaleza estaba fija la necesidad de ser ordeñadas y darle leche a su cría. En el fondo era su responsabilidad con el grupo y dejaban al animal rebelde solo y éste, al momento, de manera natural terminaba integrándose al rebaño.

A veces y ante esos intentos de fuga de alguna vaca, “Guacharaco” colaboraba conmigo empujando con su cuerpo a las que se mantenían en fila y que jugando intentaban armar una estampida. Por momentos eran retozonas y en esos momentos me reía pensando que en la escuela durante los recesos yo hacía lo mismo que ellas, pero con mis amigos buscando siempre el desorden.

Quien me dio las primeras enseñanzas sobre el trabajo con el rebaño fue el joven Ricardo, un poco mayor que yo y a veces en otros aspectos su padre Moisés, un hombre curtido de experiencias vitales. Ambos me fueron de gran ayuda en momentos en que los necesité. Por ejemplo, el señor Moisés viendo mi tamaño y edad en ese trabajo me previno del riesgo con las culebras al buscar las vacas en esas madrugadas. Según decía: —Todas las culebras no son venenosas, pero incluso cuando no lo son sus mordidas son infecciosas, así como tampoco todas las mujeres son malas compañeras, pero sus besos y caricias envician al hombre —susurró y todos reímos.

De su conclusión, las venenosas —aclaraba—, tienen su cabeza en forma de triángulo y salen mayormente de noche. Sin embargo —me insistió, nunca se baje del caballo cuando busque el rebaño ni lo lleve a sitios boscosos que usted no conoce. —Y, atención, si por casualidad hay una vaca alejada de las demás y usted la ve inmóvil, acérquesele con sigilo porque pudiera estar mordida por uno de esos animales que la santa Biblia asocia con el demonio —afirmaba ante mí, y yo le atendía su consejo con bastante respeto. Ese día supe que uno no solamente aprende en la escuela, sino en lo que encuentra en el camino de la vida. Y sin duda que el señor Moisés sería mi filósofo existencial a muy temprana edad. Luego, con el tiempo, yo leería a Sartre.

Ese inicio de mi trabajo infantil lo intuí dentro del tiempo de mi <amor fati> poniendo en mi camino a esos dos amigos que de la naturaleza animal y del lugar donde estaba su cotidianidad sí sabían. Debo subrayar, al respecto, una de las grandes lecciones de mi vida en esa finca al sentir el agrado con el que ese señor iletrado me prevenía del peligro cual si fuera su hijo y de muchas de sus palabras capté los signos prácticos para comprenderme y comprender a los otros humanos de ese ambiente campesino. Fue, en ese tiempo, mi otra aula donde el mobiliario era la naturaleza con toda su fantasía.

Como niño que había culminado mi tercer grado recordé las clases del maestro que nos enseñaba ciencias de la naturaleza frente a lo que mis ojos venían viendo y mi cerebro se divertía atrapando tantas señales como si fuera una esponja. Y si bien me gustaba el trabajo y el ambiente cargado de sensaciones y aventuras, me dominaba el gusto por la lectura de los libros de mi mudanza y que en ese tiempo fueron novelas de vaqueros del oeste norteamericano. Por supuesto, también en esa finca ve-

nía conociendo otra manera de vivir dominada por los imprevistos y tratar de hacerme entender hablando con animales que curiosamente distinguían su nombre y el oportuno grito mío de que no hicieran algo indebido.

En un auténtico estado emocional que vivía a diario imaginé cuándo llegaba el momento donde podría contar a mis amigos lo que estaba viviendo en este lugar. Por ejemplo, el día en que logré ver un gran “pájaro carpintero” con su cabeza roja picoteando un tronco seco y eso me invitó a dibujarlo en un cuaderno cuando estaba en mi cuarto, detallando que ese tronco estaba seco, sin hojas y la figura de esa ave se destacaba dándole con su plumaje vida al lugar.

Mientras todo eso me abrumaba como instantes de autosatisfacción, intuí que mi necesidad esencial venía siendo la alegría de cada madrugada, ir a la cocina para tomar un fuerte café y a la vez conversar algo con quienes debían estar allí moliendo el maíz o preparando la comida donde mi respectiva arepa no faltaba. Después buscaba a “Guacharaco”, le revisaba su cuerpo por si algún animal como murciélagos y lechuzas lo habían mordido o picado durante la noche, lo que siempre ocurría en caballos con alguna herida previa como las provocadas por las garrapatas.

Y siempre dentro de esa alegría mía, estuvo mi ingenuidad de sentir el rocío mañanero y ver salir el Sol junto al canto de las aves como si me dijeran que un nuevo día llegaba para hacernos sentir felices y contentos. Suena raro, pero esas mañanas las iluminaba también el Dios de mis imágenes. Para mi mejor suerte en ese tiempo, la soledad no dominó mis emociones como para que resintiera la ausencia de mis padres. Allí empezaría a sentir que mi pasado y las mudanzas eran como las

frases de un poema de un español de apellido Machado: «Caminante, no hay camino, se hace camino al andar y al volver la vista atrás...». Sin duda que ya yo era otro.

Lo digo ahora, pero en su momento no pude articular palabras que describieran ese instante pues mi repertorio era bien limitado y si ahora lo recuerdo es debido a que esa sensación se fijó en mi cerebro de tal manera y con tanto placer que es difícil de olvidar. Fue también descubrir un susto raro alejándome del miedo que todo niño de mi edad tiene. Me ocurrió cuando una de esas madrugadas buscaba el rebaño y en el camino se atravesó un zorro o vi una culebra pasar rápido entre ramas persiguiendo una rata de montaña, más grandes que las municipales, como me decía el señor Moisés.

Crecía mi confianza en esa incertitud donde cualquier cosa podía ocurrirme cuando me enseñaron a diferenciar en el monte el movimiento de una hoja o una flor por el viento, en comparación a cuando lo hacía un animal, por pequeño que fuera. Fue de esa manera en que aprendí a cazar y lo primero fue saber cómo mirar alrededor en esos ambientes diversos y complejos.

De hecho, todo eso no solo me animaba a conocer mis reacciones ante el peligro sino que me enseñaba ciertas leyes educativas de la naturaleza marcando la diferencia entre animales fuertes, débiles o enfermos, en estos últimos la muerte es su señal segura. Allí, yo no estaba de vacaciones como acertadamente dijo el dueño del lugar. Por ello cuando los hijos del dueño o invitados venían de visita me tocaba ensillar un caballo y llevarlos de paseo por lugares donde era mi trabajo por el amanecer.

Y como siempre ocurre cuando alguien confunde señales de la ciudad con limitaciones de la naturaleza en

asuntos de accidentes, en uno de esos paseos al niño Carlos, hijo del dueño, sabiendo que los caballos se montan poniendo la pierna izquierda en el estribo, al montarse en uno no tan manso se cayó y se partió la muñeca de su mano y hasta allí fue su paseo. A él nunca más lo volvería a ver porque nuestras vidas tomaron rumbos distintos. Aunque siempre preguntaba por su vida a quienes lo conocían.

De sus dos hermanas, la menor se vincularía con mi tiempo en un espacio de trabajo que mi <amor fati> dispuso para mí como por obra del azar. Sería muchos años después en una institución universitaria donde ambos trabajaríamos, pero ella, de ese tiempo en que nos conocimos no recordaba nada y yo le comprendí. Y no podía, pienso, pues iba a la finca de su padre casi obligada porque viviendo en la ciudad el monte era para campesinos acostumbrados a las picaduras de insectos y a ellos eso les desagradaba. Son algunas de las reminiscencias leves que marcaron huellas de mis encuentros con ellos.

Como entre los obreros sabían que aprendía rápido y recordando lo dicho por el dueño al señor Juan, a las dos semanas me enseñaron cómo tumbar un becerro más pesado que yo, sacar vacas del encierro y amarrarlas para su ordeño. Hubo la ocasión en las que me costaba dominarlos debido a mi dificultad para impedir ser arrastrado por los más fuertes, entonces intentaba escoger los más dóciles. Por fortuna allí siempre estaba el hijo del señor Moisés en mi ayuda.

Quizás fue mi exceso de confianza o mi costumbre de nunca rehuir los deberes asignados y yo los venía haciendo en eso de separar vacas con sus becerros o tumbar uno de ellos y amarrarlo, cuando uno de los obreros me dijo que sacara una vaca renuente en salir de la vaquera.

Pensé me sería fácil hacerlo, al entrar supe el motivo de su rebeldía, en segundos, pero sin comprender por qué pues la oposición no era tanto de ella sino del inmenso toro “padrote” que en mi llegada a la finca me había asombrado por su tamaño y color. El animal se mostró inquieto y su movimiento lo vi distinto a otros que le conocí al verme dentro de su entorno.

Al mismo tiempo esa vaca tenía su cola levantada y parecía enterrada en el lugar, quieta como una tumba porque ese hermoso macho lamía su vulva y a ella no le desagradaba, con mi respectiva inocencia pensé que era para quitarle las garrapatas y no preparándola para un encuentro amoroso.

Así que ante mi insistencia en separar la vaca, ese inmenso animal emitió un rugido que yo hasta entonces nunca había escuchado, movía una de sus patas delanteras contra el piso como cuando una persona tiene una cera de chicle pegada en la suela de sus zapatos y a la vez por su nariz le salió un bufido húmedo y fuerte. Fue en ese instante donde mi cuerpo se llenó de escalofríos y frente a ese animal intuí que estaba en peligro de una embestida y de inmediato empecé a correr dentro de la vaquera para escapar. El toro me perseguía, pero en mi carrera pude ver un grueso árbol y me refugié detrás del mismo. Soporté sus bufidos y nunca dejé ese tronco.

Hasta allí llegó ese animal dando con su cabeza e intentando sacarme de allí. En ese momento la sola idea que tuve fue recordar narraciones del boxeo cuando a un contrincante lo tienen contra las cuerdas, se defiende y bloquea con sus brazos evitando golpes en su mandíbula o el hígado sabiendo que de allí solo sale si logra dominar al adversario o cae fulminado sobre la lona. Y eso era yo en ese instante protegiendo mi vida: Me moví alrede-

dor del tronco de ese árbol. Afortunadamente vinieron dos obreros con una cuerda y con un “naricero para toros y vacas” lograron dominar al animal que estuvo a un punto bien cerca de embestirme. En cuanto a mi nuevo susto, sentí cerca de mi cuerpo el resuello de ese animal anunciando una muerte segura. No obstante, el miedo no me dominó.

Ante lo que ocurrió, algunos de esos obreros rieron bastante viendo mi carrera de huida a ese animal, pero otros como el señor Moisés criticó la orden que me dieron porque todos sabían de ante mano la reacción de esos animales cuando están en celo. Fue el momento en que por él supe mediante esa palabra de la real causa de rebeldía en esa vaca. De ese momento recuerdo que ni lloré ni grité y ese día, aunque suene exagerado, mi <amor fati> recibiría la mejor enseñanza para mi vida: —Conocí bien cerca el miedo sin dejar que me dominara y de igual manera por cualquier cosa no soltaba en público mis lágrimas. Otra capa protectora cayó sobre mi espíritu y a Dios le agradecería por ello.

Tampoco culpé a quien me dijo que sacara esa vaca rebelde para ordeñarla. Al contrario, por la orden de él con apenas doce años supe de la materia prima con la cual estaba hecha mi soledad y abandono si debía enfrentar los desafíos que se me presentara en la vida. Y ese toro lo fue cuando me brindó esa oportunidad. De nuevo para resolver desafíos imprevistos el azar decía: El fin justifica los medios como cuando aprendí a leer.

La rutina del trabajo siguió ese día como me estaba acordado desde las madrugadas, luego a eso de las nueve buscaba una regular arepa con queso hecho allí para mi desayuno, en cambio los otros trabajadores llevaban en su “vianda” lo que de su casa traían. Eso sí, todos jun-

tos como en familia en ese momento consumíamos una taza de leche recién ordeñada y acompañábamos nuestra comida. Después seguíamos con las tareas del ordeño. Aproximadamente entre la una de la tarde y las dos nos dirigíamos a un potrero sembrado de maíz y caraota para el trabajo de deshierbarlo, allí las plantas que más me afectaron fueron las orticariosas o popularmente llamadas “pringamoza” que llenaban mi cuerpo de piquiñas junto a garrapatas bastante pequeñas y a veces gusanos que todavía no distinguía bien.

Recuerdo uno muy atractivo similar a un pollito pequeño, por eso su nombre popular era “gusano de pollo” que por poco me mandaba al dispensario del pueblo por la fiebre que su picada me produjo cuando viví esa dolorosa experiencia. Eran los riesgos que no podía evitar en la situación que me tocó vivir ni yo deseaba saltarme, porque era con ellos que me ganaba el alimento y sitio para dormir. De cualquier forma que lo mire en mis recuerdos, esa fue la atmósfera de mi <amor fati> para esa época donde maduré demasiado rápido mi vida.

Como resultado de mi desenvolvimiento en los trabajos que me asignaron, al mes de mi estadía me dieron las señales principales para ordeñar las vacas y me iban explicando cómo hacerlo: —Comience con el dedo pequeño de cada mano, apriete la punta de la teta, cierre los otros dedos y al mismo tiempo mueva la mano de arriba para abajo, debería salir la leche — aseguraba el señor Juan—, quien al respecto me enseñaba. Se hacía ese trabajo sentado en un “taburete” que era un tipo de asiento pequeño colocado cerca de las tetas del animal y debajo se ponía el balde para recoger la leche. La precaución a tener era evitar que las patas del becerro tumbaran el balde y la leche fuera a dar al piso.

Me inicié con una vaca de tetas parecidas a un cambur pequeño, eran bastante duras y mis manos se resintieron y apenas saqué una taza como la que me tomaba en los desayunos, pero lo importante para mí es que lo intenté y solamente con el manoseo de la ubre disfruté el momento para sentir ese trabajo con amor. En esas prácticas aprendería también que hay tetas duras, blandas, redondas, estiradas y de un pezón pequeño. Lo curioso, decían allí, es que siempre la vaca desconoce si una mano extraña la ordeña, y por ello se resiste a soltar la leche. Según la recomendación más frecuente que recibí ante una vaca que ocultara su leche, es que era necesario cantarles, darle golpecitos suaves a su ubre, pronunciar su nombre. La que me tocó ese día se llamaba “nube gris” por el dibujo que portaba en su frente, y el sonido de mi voz debía ser sutil, casi con voz romántica. Y ciertamente que cuando lo hice, mi situación mejoró pues a la vaca eso le gustó y su ubre aflojó la leche.

Todo eso lo iba aprendiendo del señor Juan y de otros ordeñadores. Me dio tal resultado que logré un mejor rendimiento cuando el ordeñador me dejaba alguna vaca con algo de leche, cómo debía hacerse para dejarle leche al becerro y practicaba obteniendo cierta destreza en el movimiento de mis manos, era el truco de un ritmo que pareciera gustarle a esos animales.

Solo tuve un tipo de vaca a la que no pude ordeñar bien porque solo llegué a pellizcarle con mi mano su pezón, pues lo tenía bastante pequeño aunque su ubre rosada y redonda me decía que estaba bien cargada. En ese aprendizaje cuando no lograba hacerlo bien nunca me desmotivé porque en el fondo le quedaba mucha leche al becerro y pensaba en ese animal que también necesitaba estar bien alimentado. Quizás todo ese ambiente carecía de importancia para muchos, pero desde entonces empe-

cé a trazar la ruta de mi vida, pues había aprendido que los desafíos no me espantaban y al contrario, siempre me animaban.

Simultáneamente con mi trabajo el día pasaba rápido y de mis juegos de niño me fui alejando poco a poco, a veces con las hijas del señor Juan solo escuchaba novelas o canciones por las noches y aunque había un ludo, cartones de lotería, barajas y dominó con los cuales la familia se entretenía jugando, prefería leer y así me dormía para levantarme temprano y bien descansado para mi agradable rutina de trabajo.

De lo que venía siendo mi vida hasta ese momento, era obvio que el azar jugaba a mi favor si tomaba en cuenta que estaba alegre, me gustaba lo que hacía y estar entre animales me permitía hablar conmigo mismo y, sobre todo, a voz alta donde e incluso si alguna lágrima salía de mis ojos solo ellos la verían.

Sin duda que con ese juego del vivir lo imprevisto venía obteniendo el gusto por una palabra: Confianza, la asimilé desde el instante en que me enviaron al pueblo y me fui montado sobre “Guacharaco” para comprar alimentos enlatados, azúcar o panela. Emocionado hice el primer viaje y hubo otras veces en que pasaba a saludar al señor Francisco, conversábamos un poco y le solicitaba muestras médicas de vitaminas, purgantes, alcanfor, mentol y aceite de hígado de bacalao. Los pedía para mí y el señor Moisés quien me sugería esos productos, sobre todo el alcanfor para ahuyentar garrapatas y que junto a un diente de ajo en los bolsillos alejaba las culebras — me decía—. Eso él lo creía y yo le obedecía su consejo de amigo, era un hombre de unos cuarenta años con quien me gustaba conversar hasta fastidiarlo con mis preguntas. —Pregunte, —me decía, que quien no pregunta es

como un ciego sin garrote y anda perdido igual a perro con cataratas —insistía conmigo— y en una de esas ocurrencias ambos soltábamos la risa.

En uno de esos viajes sorprendentemente coincidí en un negocio de víveres con el maestro Rumbos, quien luego de mi saludo me preguntó qué hacía, y al contarle de mis hazañas en la finca se alegró pero bastante preocupado por mí me insistió en que no dejara de estudiar y leer. Después me invitó a su casa donde hablamos unos veinte minutos de varios temas y aproveché para indagar sobre mis compañeros de ese tercer grado. —Pues unos siguieron el cuarto grado fuera de este pueblo, otros están ayudando en la economía de sus hogares —matizó.

Culminado ese encuentro fortuito procedió a obsequiarme tres libros al momento de despedirnos, con el compromiso de leerlos en ese año sin clases. Aquel gesto de él sería, con el tiempo, mi mayor estímulo para continuar estudiando y más allá de lo que se propuso, aún me inquieta saber cómo hizo la selección de esos libros que sin duda marcaron el camino de mi nacionalismo venezolano: *Pobre Negro*, de Rómulo Gallegos, *María*, de Jorge Isaacs y *La muerte de Honorio*, de Miguel Otero Silva. Le di las gracias y regresé entusiasmado a la finca.

Ya había aprendido a no vivir con miedo, lo cual era una fuerza en mí, pero debo aclararle al lector cómo en ese tiempo pensaba que la palabra vida contenía varios sentidos: Uno, en el existir, sentir que se vive y en cuáles condiciones se vive. Eso me venía planteando cuando finalizaba alguna lectura y de vez en cuando intentaba cazar, me iba bien con palomas, perdices e iguanas que luego de despellejarlas en la cocina se convertían en sabrosas empanadas y las compartía con la familia Leal. Otro, somos humanos raros y sin muchas dudas depre-

dadores de la vida de esos animales. Sentía cariño por ellos, pero en ese sentido la vida me mostraba un sentido contradictorio: Matar para poder vivir.

Simultáneamente con esas reflexiones en mi trabajo entraba a la vaquera sin un calzado apropiado y por eso siempre tenía “sabañones” en mis pies que trataba con yodo y limón mezclados con bicarbonato de sodio, todos indicados por el señor Moisés y me funcionó. Sin embargo, lo que no pude evitar fue una picada de mosca de color negro llamada “tábano” que a las vacas las aterra y las pone a correr. De esa mosca y su picada ignoré el riesgo para mi salud y viví el momento cuando trabajaba deshierbando el maíz y por la punzada recuerdo su picada, después a la semana tenía una pequeña hinchazón en forma de grano sobre mi espalda. Nadie, hasta entonces, me advirtió de esa picada dejándole a las vacas unos horribles agujeros en su cuerpo e incluso le taladraban el hueso de sus patas y por eso siempre escapaban como espantadas por ese insecto.

El asunto era grave debido a que junto con la picada esa mosca dejaba huevos sobre el cuerpo del animal y luego se transformaban en gusanos que en vez de salir tenían el hábito vital de internarse en el cuerpo. Como ocurre con toda ignorancia sabía de mi picada, más no de sus consecuencias. Al mes esa picada se convirtió en una pelota roja que alarmó al señor Juan y quien con chimó caliente lo trató con cierta urgencia a tal punto que me sacó un gusano en forma de un tornillo invertido, diciéndome lo siguiente: —Tenga cuidado con esa mosca, en las vacas y los caballos su picada les deja lesiones de por vida. Vamos para mostrarle una de esas vacas ya picada. Lo que venía de ver en una de sus pezuñas fue un hueso perforado, me alarmó bastante pensando, en ese momento, en mi columna vertebral horadada. De hecho vino a

mi recuerdo el caso del niño con ese hueco en su cabeza y que denominaron “fenómeno”.

Aparecía de esa manera otra enseñanza en mi vida y a partir de allí cuando me tocaba el deshierbe en el potrero, antes me untaba alcanfor con aceite en mi cuerpo para repeler la mosca y las garrapatas. También me funcionó.

Al mes y medio de estar en esa finca volvió el dueño trayendo una perra “pastor alemán”, con unos ocho meses de edad, junto a una yegua preñada, de las nombradas “pura sangre” y según dijo, un amigo le había regalado ambos animales. En el mismo momento de su llegada a Ricardo y a mí nos encargaron de amarrar la yegua donde tuviese pasto y agua. En cuanto a la perra sus instrucciones fueron que en su primer celo no se le acercara ningún perro porque tenía dispuesto que sería en el segundo y él mismo le traería uno de la misma raza. —No me gustan los perros mestizos —aclaró al respecto—. La palabra mestizo no me fue extraña, le conocí su sentido en las clases de Historia Universal con sus relatos donde los venezolanos éramos eso: —Unos mestizos de quienes viniendo de Europa nos colonizaron. Fue mi murmullo ante lo dicho por el señor Fontana, pero sabiendo las consecuencias de mi opinión ante su manera de pensar, no dije nada ese día.

Durante los días siguientes mis tareas continuaron y el dueño dejaba su finca prometiendo venir en quince días. Regresó, y en su llegada de inmediato revisó la yegua para ver su estado, a la vez que se refirió a la perra de manera indirecta diciendo que por el camino había observado perros en los potreros cercanos. De inmediato ordenó encerrarla por si los perros llegaban a buscarla. Obedecimos y cumplimos su orden, pero llegada la noche

como es común con los perros sin dueño, ellos al oler el perfume silvestre de una perra en celo se alborotaron y andaban correteándose y pelándose entre ellos casi pensando cómo entrarle a la aludida hembra. Por eso en el patio ocurriría un escándalo con ladridos y aullidos que dificultaron el sueño de todos nosotros y más del dueño.

En la mañana bien temprano y con su voz de propietario nos ordenó sacar los perros del lugar cercano donde estaba la perra, pero con dos de ellos nos fue difícil y fue cuando el señor Fontana buscó el quebrador de testículos usado para los becerros y nos dijo que agarráramos a esos dos y al tenerlos fueron amarrados y él procedió a castrarlos. Ambos animales se fueron aullando con sus huevos quebrados para no regresar nunca más a la finca, habiendo perdido la posibilidad de dejar en la perra alguna descendencia de mestizaje.

En aquel momento, donde ninguno de nosotros pudimos oponernos a tan cruel hecho, también escuchamos el aullido interminable de la perra como si ella supiera lo que le había pasado a sus inoportunos pretendientes buscadores del amor perruno. En cambio, el señor Fontana se mostró tan seguro de su decisión que sentenció el hecho con una frase: —Ustedes no volverán a ver ningún perro callejero para dejar su herencia en “Noche oscura”, era el nombre de esa perra. Lo saben esos perros realengos sin dueño, como animales que son e intuyen el costo de que les “quiebren los huevos” —precisó— y mostraba la primera risa que yo le vería a su adusto rostro.

## Capítulo V

### *La finca y Zaratustra*

*I have a dream*

—*M. L. King,*

*en su lucha contra el racismo en USA*

**E**n efecto, de los otros perros no volvimos a saber nada. En cuanto a la yegua y pasados dos meses de ese “quiebre de huevos” a los perros, parió un potrillo color canela con una marca pequeña de color blanco en su frente, algo parecida a una leve raya como se ve en el cielo cuando hay tormentas con truenos. En la finca, para casos de nacimiento de animales, el dueño prohibía poner nombre a los mismos. Esperar al dueño era lo convenido con el capataz.

Avisado él del día de nacimiento de ese animalito, aunque grande como lo definía su raza, llegó con su pregunta a flor de labios: —¿Dónde está el potro? Fuimos al sitio y emocionado vio un potrillo brioso y de ojos brillantes. Sin duda, un hermoso animal. Bien de cerca y a viva voz dijo: —Se llamará “Fosforito” y en una libreta anotó los datos del potrillo, como pasaba con los humanos en la Prefectura.

En cuanto a “Noche oscura”, ya sin celo siempre la vimos cuidando los alrededores de la finca y a veces mo-

lestaba al ganado, perseguía gallinas y patos. Su modo de andar era sigiloso, sus orejas bien levantadas y lengua sobresalida de su boca, su color amarillo ladrillo y mancha negra cubriendo su cara, en su andar se notaba caído su lomo con su disposición a vigilar el lugar y no siempre ladraba sin motivo. El porte que desarrolló debido a su raza era diferente a las perras del pueblo o “guinas” con su cola entre las piernas, como les decía Ricardo. Esa particularidad que pocos conocíamos, pero el dueño sí, de algo tan común como un perro, le gustó tanto de esa raza y su negativa de que se cruzara con cualquier perro del municipio me pareció razonable. Transcurridos más de tres meses y medio todos seguíamos teniendo la precaución de vigilar ese animal por si se le notaba su celo, del cual yo nada sabía.

Vale decir con respecto a eso, el más ignorante era yo. De allí que buscara al señor Moisés e indicó lo siguiente: Al tener el celo —dijo— a las perras les da por correr, restregar su trasero donde está su “aparatico” sexual contra el piso porque sienten “piquiña”. Una vez “servidas” por el macho el celo termina y al quedar “preñadas” duermen mucho. Además —susurró— ese “aparatico” les crece del tamaño de una fresa grande y emite un perfume que solamente los perros con “huevos” buscan desesperados, no así los castrados que ante una perra en esas condiciones no les prestan atención y solamente le aúllan como si sintieran que quieren, pero no pueden. Sin embargo, como ocurre con las mujeres cuando a veces si el amor no lo tienen cerca salen a buscarlo donde quiera que esté —aseveró—. Ante lo escuchado, unos rieron pero yo sentí tristeza por esos perros sin “huevos”.

En la finca la actividad seguía su rutina de trabajo, vino el tiempo de intercambiar potreros donde el gana-

do tuviera pasto fresco, se revisaron las cercas caídas y como era temporada de lluvias no podía evitar mojarme y atrapar leves gripes. Debido a ese cambio, las vacas estaban ahora en un lugar con más vegetación y la visibilidad para localizarlas se me complicaba. Fue en una de esas madrugadas y la ayuda de “Guacharaco” era invaluable para controlar el rebaño, a veces no había sorpresas, pero vi medio oculto algo que se movió y me asustó. En esos casos dirigí ese noble animal y aclaré de qué se trataba lo visto que en ese momento estaba detrás de un grueso árbol.

Al instante no logré distinguirlo bien porque movía sus orejas tumbando una y dejando levantada la otra. Me acerqué bastante y era un raro perro con varias manchas en su piel. De lo que venía de ver cambió mi susto, era un perro seguramente extraviado. Ese día no le di mucha importancia al animal y sin inconvenientes llegué con el rebaño a la vaquera. De esa sorpresa no comenté nada pensando que si nombraba lo de mi susto se reirían de mí, pues ya tenía tiempo en el monte para estar curado de ese mal y las bromas donde me suponían inmadurez no me agradaban.

Aquellas mañanas lluviosas, en la vaquera el trabajo era problemático y lento debido al “charco” resbaladizo que se formaba con los excrementos y orines de los animales. Hubo frecuentes descansos incluso durante el almuerzo, lo que me permitió ver en uno de esos días a “Noche oscura” restregando su trasero contra el piso como si tuviera parásitos y me pareció una señal del cielo indicada por el señor Moisés, pero en vista de que quienes también vieron eso no dijeron nada, yo tampoco lo hice. Había aprendido, en ese trabajo, a no ser incómodo con mi frecuente curiosidad y preguntas impertinentes.

El tiempo seguía su curso en el trabajo y, de improviso llegaba un día de esos que el azar pone ante uno y la rutina se detuvo cuando uno de los trabajadores dijo algo que me inquietó: —“Noche Oscura” está más gorda que de costumbre, parece preñada—. Para aumentar mi curiosidad, ya no la veía correteando las aves del patio y dormía demasiado. Luego le llegó el rumor al señor Juan quien procedió a observarla bien, le tocó sus pezones que estaban hinchados y alarmado expresó:—¡Qué buena vaina nos llevamos con esta perra!, está preñada—reveló—. ¿Ahora qué carajo le vamos a decir al dueño?

Sin duda que el señor Juan debió sentirse bien preocupado para decir lo que dijo, por lo que a manera de apoyo y justificación agregamos: —Desde el día que el dueño le quebró los “huevos” a los perros del primer celo aquí nunca los volvimos a ver. Quince días pasaron de esa expresión ante la evidencia de la perra, cuando el momento del parto llegó con tres hermosos cachorros de su mismo color. Al mes los cachorritos abrieron sus ojos coincidiendo con la llegada inesperada del dueño a quien no le habían avisado e inoportunamente se enteraba de esa noticia: —¿Qué bichitos son esos? —dijo— y miró los perros como quien viene de oler pimienta con amoníaco. Para colmo de males, uno de ellos levantó una de sus orejitas a la vez que tumbaba la otra y delataba su genética en un ambiente donde se presumía que los denominados perros “pastores alemanes” de raza pura no deben tener sus orejas caídas.

Y sería desde esa escena donde yo recordaría aquella madrugada de mi susto ante aquél animal y descubriría tardíamente al culpable de esa preñez, pues era un perro que por alguna razón tenía la maña de mover sus orejas como una bombilla de navidad levantando una oreja y tumbando la otra de manera intermitente.

Sin ninguna duda ese era el padre clandestino de esos cachorritos.

Sobre ese encuentro casual no dije nada pensando que mi silencio ni convertiría de nuevo a la perra en señorita ni tendría consecuencias para él, pero a lo mejor para mí sí. Me equivoqué de largo a largo, porque ante lo que venía de ver con la decisión del dueño de llevarse a su perra sin los perritos, a los que dejaba al gusto de quien quisiera adoptarlos, manifestaba un capricho cruel y a su vez se iba molesto porque ese embarazo no fue evitado para cumplir la misión de evitar seres mestizos.

De esa escena imaginé un <amor fati> entre animales donde un perro mestizo y una perra con raza presupuesta pura, se las ingeniaron con astucia y dejaron mal parada la estrategia humana de “vigilar y castigar” para sancionar la acción de dos seres cuando enlazan sus cuerpos y cumplen la norma natural de su reproducción biológica. Reproducirse porque del placer animal nada sabemos y si lo hubo en ese encuentro canino, nunca lo supe debido a mi escasa información biológica.

Aquellos fueron meses duros para mí aunque cargados de enseñanzas invalorable. Ya me preocupaban los castigos e incomprendiones del humano en su poco amor por los animales que como los perros nos ayudan a sobrepasar soledades y tristezas, indiferentemente de si son de raza pura o mestizos. Días después de ese evento y quizás por un descuido de quien hacía la limpieza del cuarto en la habitación del dueño, un animal de los llamados “faros o rabí pelados” entró y el señor Juan me pidió que lo sacara, barriera bien y arreglara el desorden causado a los fines de evitar otro inconveniente con el dueño si de repente llegaba.

—Ahora mismo lo hago —le dije—. Cierta excitación me invadió porque si algo aumentaba mi curiosidad era registrar cuartos con objetos viejos. Sobre todo, debido a mis premoniciones esperando algo que trajera suerte a mi vida. Al momento en que entré y empecé a mover muebles y baúles viejos que dominaban el espacio, me bastó saber mirar como cuando cazaba y pude identificar un animalito bien asustado, sin mucho esfuerzo mío decidió irse del cuarto sin ni siquiera mostrar sus dientes en señal de defensa. Eso fue posible porque intencionalmente le había dejado una ventana abierta que alguien cerró y él estaba allí escondido. En cambio yo me quedaba para ordenar y barrer lo poco del desorden que ese “faro” causó.

En un rincón de ese cuarto, junto a otras maletas, estaba un baúl grande que aumentó mi curiosidad y decidí abrirlo: En su interior había papeles, cartas, viejas y borrosas fotografías. En vista de mi gusto por los libros y sus títulos removí hasta el fondo encontrando varios mayoritariamente referidos a la salud y enfermedades humanas. Sin embargo, el título que llamó mi atención fue: Así habló Zaratustra, escrito por un tal Federico Nietzsche, de origen alemán como la perra y estaba fresca en mi memoria lo ocurrido con los perros. Ignorante de lo que trataba ese libro, me atreví a hojearlo en ese instante y encontraría una frase casi colocada ante mis ojos por mi <amor fati>, me impactó mucho: «Lo que con dolor se aprende, nunca se olvida». Haber leído esa máxima me sacudió el alma invitándome a releerla, pero ese libro no era mío.

Aun cuando tenía claro que de ese cuarto no debía sacar nada, tuve el dilema de si me lo robaba para leerlo. Sin ninguna duda fui impactado por sus frases y debía hacerlo, lo decía mi espíritu inquieto y burlón. Terminé

el trabajo de limpieza y me lo llevé oculto para el cuarto donde dormía. Por las noches comencé su lectura donde iniciaba una palabra rara en mis lecturas: Prólogo. Me detuve en sus dos primeros discursos, de los diez que anunciaba.

A medida que iba leyendo y comprendiendo algo de lo que allí estaba escrito, me topé con una frase que de repente nunca había imaginado que alguien lo dijera, pues sin yo imaginarlo, me quitaba mi inocencia y a su vez sentí miedo: «...Es que no te has enterado que Dios ha muerto». Luego de leer esa brutal página, me dediqué a releerlas tantas veces motivado por otra de sus frases donde hablaba de «un Dios moribundo y que todos lo habíamos asesinado». Como era de esperar, esa frase me llenó de ambigüedades pues mi sola formación venía del catecismo y afectó mucho mi fe, pues si eso era cierto el qué todo lo ve conocía a sus asesinos. Además, si algo yo deseaba era encontrarme con un Dios, pero vivo, no muerto. De allí en adelante, no sería el mismo adolescente y mi preocupación ante ese impacto recibido se resumía en querer seguir estudiando con el sueño de aprender a leer en otro idioma ese libro u otros parecidos.

Muchos aprendizajes un poco desagradables adquirí durante esos meses de mi temprana maduración humana en esa finca: Marcar con un hierro, al rojo vivo, donde estaban grabadas las iniciales del dueño la piel de un animal, quebrar los testículos de un indefenso perro vagabundo y mestizo porque intentó aprovecharse del celo de su perra reservada para un macho de raza escogido previamente. En ese aspecto, la posibilidad de un amor solo convocado por el deseo natural en su <amor fati> no fue posible entre animales caninos. Años después, al evocar esas y otras crueldades, admito que los Sapiens somos raros animales humanos que en vez de la

vida buscamos la muerte y a su vez deseamos ser eternos e inmortales. ¿Qué inmensa paradoja?

Pasados seis meses de esos hechos hubo noticias agradables porque varias novillas parieron becerros y no becerros, pues estos no daban leche. Sin embargo, llegaba otra donde seguramente el dueño se molestaría, según escuché: “Fosforito”, el hermoso potrillo al que su dueño ya le tenía un adiestrador de “paso” para domesticar su andar y él poderlo mostrar en las fiestas patronales prontas a venir en Carache, como acostumbraban los ricos de ese tiempo con caballos llamados “de paso fino”, reventó el mecate y se internó en la montaña.

Adiestrar el paso de ese caballo era para enseñarlo a caminar de una manera bella, suave y no trotona o con saltos como hacen los caballos marginales. Desde ese aprendizaje se buscaba que su jinete fuera percibido en el andar del animal como si estuviera sentado en un mueble, sin él moverse mientras el caballo se desplazaba. Si el fin de mi niñez inocente —según pensé—, llegó con la triste experiencia del herraje de becerros y novillas, el caso de los perritos mestizos y la lectura de esa frase anunciando que «Dios ha muerto» en ese libro encontrado en el baúl, ahora se sumaba el escape de ese potro y debíamos buscarlo con urgencia para evitarle más molestias al dueño.

Durante quince días anduvimos buscándolo por los alrededores de potreros ajenos y cuando dimos con el animal fue doloroso encontrarlo en unas condiciones alarmantes para su salud: Lleno de moscas, su pene colgando y cubierto de sangre entre roja y negra, estaba asustado y triste, como si adivinara que toda su gallardía y altivez de potro fino “pura sangre”, se derrumbaba sin él poder evitarlo. Sin embargo, acercársele en esas condiciones no

fue fácil, pues aún se defendía y fue necesario que varios hombres lograran amarrarlo y conducirlo a la finca para curarle sus múltiples heridas. Eso ocurrió a las nueve de una soleada mañana estando a una hora de la finca y en otra propiedad de esas montañas aledañas a Monay.

De lo que a ese animal le ocurrió nada se supo, salvo la intuición sabia del señor Moisés cuando imaginó que seguramente “Fosforito” saltó el alambre de púas y llevaba el pene duro como hacen los machos cerca de una yegua que, o bien pasaba escapada por el lugar o alguien en forma de provocación malsana se la acercó al animal por el lado de afuera de la alambrada y él, desesperado y obedeciendo al llamado de su naturaleza ante el olor de la hembra, reventó la soga. Fue la explicación más convincente de lo que pudo haber ocurrido con esa fuga del potrillo.

Desde ese momento imaginé el terrible dolor de ese animal que había nacido hermoso y sembró en la esperanza de su dueño tantos deseos por mostrarse ante la gente junto a un animal adiestrado para ser admirado, como pasa con la imagen del poder. De nuevo el azar imponiendo su ritmo a la vida mía.

En la finca estaba el dueño esperando nuestra llegada y al ver el animal en ese estado lo revisó en detalle y se notaba alarmado cuando vio el miembro del animal poblado de gusanos, casi para desprenderse de su natural lugar. Decidió inyectarle un antibiótico de amplio espectro, según refunfunó en voz audible. En ese tiempo los veterinarios sugerían para matar los gusanos el tratamiento con antibióticos junto a ungüentos en forma de tópicos. Para ese potro inquieto fue necesario ayudarse con un largo palo con el medicamento en la punta.

En esa actividad estuvimos juntos Ricardo y yo acompañando al dueño, los demás estaban en sus labores de costumbre. Pasados cinco días la mejoría del animal fue lenta y la fiebre bajó, pero lo del pene en su color y gusanos no iba bien, según palabras del Dr. Entre algunos pobladores se corrió el rumor que ese potro estaba embrujado y la medicina común no lo sanaría.

Del dueño ante ese imprevisto evento sabíamos de su preocupación pues dormía poco y su humor que no siempre estaba a flor de piel ahora era de gestos bastante frustrantes. Siendo las ocho de la mañana de esos cuatro días con el potro enfermo, a la finca vino un hombre de hablar pausado y se ofreció para “sanar” el potro. Al verlo llegar, a la vez miramos el rostro del dueño y pensamos que se negaría. Sorpresivamente eso no ocurrió y asombrados vimos que empezó a escuchar atentamente al recién llegado: —Soy curandero —dijo— y a ese caballo lo que le faltaba es “rezarlo en su pene”, lugar donde está el mal que lo aqueja —matizó. Las voces en ese espacio llenaron el ambiente de murmullos, asombros y risas disimuladas, menos la del Dr., que con su silencio mostraba un rostro poco frecuente en él: Estaba resignado a lo que emergiera.

Escuchando eso presté mucha atención con mi curiosidad de niño por el mal en los asuntos sexuales en una familia que solo hablaba de culpa y pecado aparte de que eso excitó mi imaginación en lo que a fe en el rezo significaba. La reacción de aceptar al curandero y con cierta resignación ante la posibilidad de muerte de “fosforito” tumbaba su orgullo, lo derribó la naturaleza: —Bueno, pues si es cierto lo que usted me dice, proceda pero ¿Cuánto me costará su remedio? —confesó con incertidumbre—. El curandero de inmediato sorprendió a todos y a él con su respuesta: —Es un favor para usted,

pero sobre todo para ese animal que sufre y quienes estamos en el camino de la fe no cobramos nada en esos casos de curación mediante la oración y la plegaria a Dios —acotó—. Luego añadió: —Con que me asigne un sitio donde yo esté solo con el animal y si usted lo permite, me gustaría que estos dos jóvenes me acompañen. Es por si necesito alguna ayuda. El dueño, sin más nada qué agregar, aceptó lo exigido y nosotros nos preparamos a seguir a ese extraño visitante que amenazaba con vencer la muerte del sufrido animal en un ambiente donde a veces se destacaba la soberbia.

Tan pronto el extraño visitante dijo eso, llevamos el potro a un rancho con piso de tierra donde siempre guardábamos los sacos para recoger el maíz o las caraotas sembradas. El sitio estaba a unos doscientos metros de donde ahora estábamos. Era una suerte de barraca con piso de tierra y unos bancos ordinarios para sentarnos. El proceso de curación del potro era como un ritual cargado de silencio y solamente el curandero dominaba el escenario junto al animal enfermo. En el inicio él exigió no ser interrumpido Y solamente mirar.

Dicha curación se inició a la una de la tarde y junto con Ricardo vi a un señor agarrando tierra debajo del caballo que luego lanzaba sobre la herida pronunciando frases y sonidos inentendibles para nosotros. Durante unos treinta y cinco minutos, aproximadamente, duró esa suerte de ceremonia. Cuando él finalizó su trabajo, dejamos el lugar junto con el curandero y nos dijo que regresaríamos a las seis de esa tarde para ver el resultado sobre ese potrillo.

Cumplido ese tiempo fuimos al lugar, ambos estábamos emocionados por saber el resultado de lo que ese señor prometió como remedio a los gusanos mediante

ese saber fantástico. Llegamos y allí, debajo de las patas traseras del potro estaba un montón de gusanos, algunos se movían dando la imagen de un orden como si hubiesen sido depositados por algún humano usando un objeto como una taza apropiada para tal finalidad. Se mostraban algunos agonizando dentro del reducido espacio debajo del pene deteriorado del animal. Ante nuestro asombro, solamente quedaba la expresión tranquila y risueña de ese curandero como si fuese un mago “mata gusanos”. No dijimos nada al respecto y sin duda estuvimos maravillados ante ese fenómeno.

Lo que sentí ese día no lo olvido a mis setenta y nueve años, y sí, es bien complicado darle una teoría verídica y segura al hecho. Fue lo que mis tempranos ojos vieron y seguramente hay otras explicaciones que todavía desconozco pero en mí solo basta decirle al lector que no invento nada pues lo viví, estuve allí, y como tal lo recuerdo.

## Capítulo VI

### *Travesuras*

*Cuando inicies tu viaje hacia la venganza,  
cava dos tumbas*

—*Confucio*

**D**esde entonces y con ese recuerdo buscaría información científica que me explique esa muerte de los gusanos y el orden en que quedaron. El potrero “Fosforito” no murió, pero lo brioso que tuvo desde su nacimiento se opacó y terminó siendo un animal de ojos tristes y de un caminar como los humanos cuando arrastramos una gran pena. Al respecto imaginé que a lo mejor el motivo fue la inutilidad de su pene que le quedó casi suelto. En cuanto a su destino o si los cursos de adiestramiento del paso continuaron, nada supimos porque de la finca se lo llevaron a quién sabe cuál lugar.

Durante la semana de esa curación, en la finca fue el tema de conversación de peones y pobladores, sobre todo porque el curandero no cobró nada en una época donde el aire que respiramos no se cobraba porque abundaba en suficiente cantidad. A cuatro días de ese hecho me enviaron a Monay para traer provisiones, pero lo haría a pie pues quien siempre me acompañaba, “Guacha-

raco”, no estaba disponible porque lo ocuparon cargando el maíz cosechado.

El viaje lo hice y decidí pasar primero por el expendio para saludar al señor Francisco, hubo momentos en que le pedía la bendición o lo llamaba papá, pero fueron bien escasos. Impactado por lo del potro “Fosforito”, caso ya conocido por él, le conté mi asombro de lo que vi con la cura del animal frente a los gusanos. Lo hice para conocer su opinión a ver si por su experiencia conocía de otros casos y ahuyentaría mi curiosidad dándome otras razones de lo que vieron mis ojos. Él, sin querer hablar en ese momento, pues andaba muy serio y así solo soltaba frases cortas o palabras irónicas dijo: —No haga mucho caso a curanderos y brujos, son unos charlatanes y gente de trucos —susurró— para luego agregar: —De no haber sido por la penicilina que mi jefe le inyectó, ese animal hubiera muerto. Ese reencuentro, que fue bien breve, le dio a mi curiosidad su dosis de cruel verdad, pues frente a ese discurso quedé desarmado. En el fondo fueron dos convicciones y la del misterioso visitante me convenció, por supuesto que frente a lo escuchado guardé silencio. Al rato me despedí de él y me fui a cumplir con las compras, pues en esas condiciones mis palabras no tenían interlocutor para seguir hablando y era mejor seguir de largo como había leído en una frase del Zaratustra cuando uno no era bien recibido.

Bien cargado con bultos que en su peso excedían mi fuerza física hice la ruta por medio de tramos con descansos de un cuarto de hora hasta llegar a la finca. Mi llegada coincidió con una actividad que en ese instante cumplía el señor Juan y consistía en el manejo de una nueva herramienta llamada Hoz, muy utilizada para cortar un tipo de pasto alto que luego se organizaba en un grueso manojo y tal como vi hacerlo lo memoricé: Él

iba cortando el pasto, lo amontonaba sobre un mecate largo, luego hizo un grueso bulto amarrado fuertemente y lo puso en mi espalda, después colocó mis manos como si me agarrara el cuello, sujetaba esa carga y caminando la llevé al lugar que tocaba. Al principio empecé con poco pasto y poco a poco aumenté el volumen para terminar temprano.

El lugar para darle uso a ese pasto era una canoa de madera situada en otro potrero donde los animales lo comerían una vez que con el machete bien afilado se cortaba en trozos. En su transporte los sitios distaban unos quinientos metros y ese bulto se llevaba arrastrándolo. Destacaba en ello el ruido de la cola de esa hierba cortada como si el enterrado camino se barrierá con una gran escoba, aunque Ricardo, quien a veces me ayudaba decía que yo parecía un espanto haciendo eso.

En efecto, continué cortando pasto y cada vez llevaba más grueso el bulto y al arrastrarlo observaba a quienes me miraban de frente que se asombraban y si eran niños, como mi cara poco se distinguía, de inmediato se asustaban. En esos momentos ese susto me daba risa.

El trayecto entre su corte y luego depositarlo en el comedero de los animales era un proceso rutinario, fastidioso, me aburría y me agotaba. Aparte de esa tarea, a hacer cada quince días, debía poner sal y melaza para que los animales comieran. Con ese trabajo terminaba bien cansado, me iba a una quebrada cercana y me bañaba desnudo. Mejor placer, imposible de olvidar en esa bella época de mis vivencias.

Al lado de esa tarea estaba revisar en los potreros los bebederos de agua y a las vaqueras se les lavaba el piso para su limpieza con un producto llamado creolina,

en ese tiempo muy útil para la salud del animal. El trabajo lo venía haciendo con cierta normalidad y me gustaba la imagen de fantasma que le daba a la gente que encontraba en el camino cargando ese pasto, como me había dicho Ricardo.

Sin darme cuenta llegó el día en el que sin explicármelo mucho me animó a hacerlo provocando un susto e ignorando las consecuencias de ello. Todo eso me lo decía a viva voz donde solo yo me escuchaba y de alguna manera me atrajo ese pensamiento, porque yo ya sabía qué era asustarse frente a lo desconocido.

Mientras cumplía con mi trabajo de cargar pasto observaba a jóvenes un poco mayores que yo bajando por el camino contiguo y pensé que seguramente trabajaban de peones en otros lugares del lugar. A medida que los iba tratando supe que deseaban dejar esos trabajos porque los sentían fuertes y agotadores. De algunos de ellos conocí sus ambiciones cuando se expresaban: Al tener la mayoría de edad a lo mejor me reclutan para el servicio militar y cuando termine me hago policía. Era la frase común que escuchaba a esa juventud. Yo, al oírlos, en esa frase nunca me vi y menos cuando ya había visto la brutalidad de esos funcionarios haciendo alarde de su arma y uniforme.

Mientras pensaba en todo eso y el trabajo que venía haciendo, sentí que mis tareas iban de menos a más al ver al dueño descargar varios rollos de alambre de púas y unos estantillos de cemento que según dijo eran para cambiar los de madera ya vencidos en las cercas de sus potreros. Incluso trajo el molde y los bultos de cemento junto a unas cabillas llamadas “tripa de pollo” por su pequeño grosor.

En consecuencia, para todos aumentaron las órdenes de trabajo y mis momentos de distracción, lecturas o cacerías de pájaros pasaron a otro tiempo. En lo inmediato, luego del trabajo de ordeño había que deshierbar, limpiar las vaqueras y cortar pasto. El descanso que teníamos bajó de tiempo y si antes era de una hora, cambiaba al tener que ir a montar las cercas y templar el alambre. Fue un trabajo bastante rudo donde mis manos y brazos terminaron heridos, pero afortunadamente sin gusanos ni pringamoza o garrapatas que antes me afectaban.

Admito que estaba aprendiendo bien el oficio con el que ganaba mi sustento y lugar para dormir, pues paga no tenía y a veces la deseaba cuando observé que los peones cobraban por su trabajo. Aunque fue solamente un deseo pues mi sueño de seguir estudiando no había cambiado y, sin embargo, seguir mi cuarto grado también lo sentía lejos cuando cansado llegaba al cuarto para dormir y ya ni leer me provocaba. Esa sensación de vacío en mi <amor fati> frecuentemente invadía mi ánimo con cierta preocupación de la que nada comprendía.

Aprovechando que las lluvias eran escasas en el tiempo de esas cercas, pronto las terminamos y a otros obreros los pusieron a construir una nueva vaquera para cinco novillas y un toro joven de la raza “Pardo Suizo” que el dueño compró y ese logro lo mostraba contento y con orgullo al decirnos que ya el toro viejo estaba para el retiro.

El corte de paja era ahora más frecuente para mí y mi inquieto espíritu estaba ya tentado imaginándome el papel de fantasma provocador. Quizás, lo admito, debido a que por las tardes era frecuente ver bajar por el mismo camino donde yo subía bien cargado a un jinete.

Era un hombre con elegante vestimenta sobre un brioso caballo que venía de algún lugar distinto al del trabajo rudo y cierta envidia animó con fuerza lo que me dispuse a hacer.

La vida que me tocó hasta lo que soy hoy día aún no me permite explicarme por qué me propuse salirle a ese señor al final de una curva del camino por donde él bajaba y yo subía. Así fue como ocurrió mi travesura cuando le salí de repente, el caballo se asustó y él rodó por el piso, vi que quedó inmóvil y casi desmayado. Mi carga no la solté y nadie vio lo ocurrido. En consecuencia seguí mi ruta, no dándome por enterado del hecho.

Ciertamente que llegué asustado a la finca y solo a Ricardo le conté de eso y su comentario en el fondo me tranquilizó: —No le pares a eso — dijo para calmarme— el caballo se asustó y el jinete cuando perdió el control se cayó. Dicho por él con la intención de que abandonara mi preocupación.

Dos días después vino ese jinete a informar del hecho ante el señor Juan. De allí no pasó el asunto por ser yo un niño que estaba de paso, pero el señor Francisco fue informado también y puso al tanto al dueño en uno de esos viajes que siempre este hacía. De las consecuencias para mí nada sabía ni tampoco las imaginé.

A la finca venía con más frecuencia su dueño debido a los trabajos de la nueva vaquera y como sospeché, llegó el momento en que me invitó a conversar cuando me dijo: —Pudo haber muerto esa persona a la que usted asustó. Lo hizo mirándome con sus ojos azules fríos y fijos sobre mí. —No pensé que se caería, pero sí, quise asustarlo — le dije con firmeza— y hasta me reí con lo dicho, aunque asumiendo mi responsabilidad. —Usted sabe —agre-

gó—, que al venir para acá siempre paso por el expendio, Francisco también supo de este asunto y me informó que usted quiere seguir su cuarto grado pero como ya está enterado, Domitila no le soporta sus travesuras. Todo lo que escuchaba no me sorprendía de ella. Él continuó: — Entiendo asimismo que su mamá lo abandonó, ¿para qué irse de aquí?, usted trabaja bien y de quedarse le pongo un salario casi igual al de los peones, comprenda que usted no tiene chance en los estudios, está solo en el mundo. A lo mejor con el tiempo llega a ser jefe en esta finca.

Yo quedé confundido con su actitud, pues era bastante rara en él tanta preocupación por mi vida y lo del pago tampoco lo comprendía pues sabía desde que llegué cuál era mi espacio en esa finca.

Indudablemente que con el discurso de ese señor el ambiente lo dominó el verbo aplastar, eso sentí y estuve un buen tiempo invadido por palabras, frases y gestos sin poder replicar, pues había verdades, medias verdades y especulaciones en lo que decía. Él, casi como cualquier testigo de Jehová, siguió hablando mientras yo miraba al nuevo toro amarrado cerca de donde estábamos intentando refugiarme en mi silencio, cuando casi como remate concretó una frase: Es su destino el que ha querido que el estudio no sea para usted y carezca de familia. Y el destino es imposible de cambiar en una persona.

Y en su intento de convencerme con su oferta paralelamente me explicó un detalle importante de su vida al decirme algo de su vida: —Cuando estudié la carrera de Farmacia en la Universidad de Mérida que luego se denominará Universidad de los Andes, viajaba desde Carache en mula y pude graduarme, pero ojo, conté con un padre y dinero para ayudarme, luego trabajé en la industria petrolera y por eso tengo las propiedades donde

ahora estamos. —Desencántese, el estudio no es para usted, quédese aquí —concluyó ese día en su preocupación conmigo.

Mientras escuché esas palabras indudablemente certeras y a la vez con dilemas donde si bien estaba confundido también deseaba recibir pago por mis jornadas, no encontré palabras que precisaran alguna respuesta para él. ¿Qué podía decir?, cuando su discurso lo sentí todo como una lluvia de granizos como esos de las tormentas con lluvia donde uno desea estar guarecido. No niego y así lo recuerdo, que sus palabras las percibí dentro de una buena intención de él valorando mi trabajo siendo todavía menor de edad. No las he olvidado, pero pese a su buena voluntad no las sentí con tanto amor como para dejar mi vida en ese bello lugar. A lo mejor, y mirando de cerca el pasado, me equivoqué al no quedarme allí, pues indudablemente que mi espíritu estaba feliz en esa finca.

Lo había escuchado con respeto, admiración y agradecimiento aunque mi <amor fati> se sacudió con esa lluvia de frases y algo me dijo en ese momento que ya había descubierto de qué tipo de materia prima estaba hecho mi espíritu y ese síntoma era mi guía para construir mi esperanza que pensé allí no estaba, pese a la seducción que sentí ante el ofrecimiento de un pago por mi trabajo. Quizás fue como le ocurre a alguien cuando le dicen sobre el amor: —Llegaste tarde a mi vida.

No me fue fácil responder con mi silencio y sin ser mal educado con él lo comprendió al alejarse y no seguir hablando. No obstante que puse atención a esas palabras de ese educado señor, pero desde ese momento quedé muy confundido y como tal lo describo.

Al llegar la noche de ese día cierta tristeza me invadió pues supe que dejaba los pájaros, cazar, andar a caballo, ordeñar, la aventura de sentir miedo y vencerlo en esas madrugadas donde el peligro siempre estaba cerca de mi cuerpo. Y brevemente ante esa confusión y dilemas aparecían en mi mente frases de las lecturas de las novelas “María”, “Pobre Negro” y de un poeta español que no sé cómo llegó a mis manos: Miguel Hernández: <Tristes armas si no son las palabras. Tristes, tristes>, había nacido en nacido en 1910 y quien de toros y vacas supo de niño.

Ahora bien, mi dilema no terminaba y mi pensamiento fijo era cómo tirar a un lado ese amasijo de palabras escuchadas del dueño y para las que no estaba preparado. De él fueron en cierto modo, bien sinceras, cargadas de realidad y en cuya dureza anidaba una verdad que solo yo con mi <amor fati> sentía en la huella de un dolor que me pegaba bastante fuerte en no sé cuál lugar de mi cuerpo. Sobre manera esas palabras con el sentido de que “el estudio no se hizo para usted”, pues también la vida llevada no debía ser esa, los padres que me engendraron tampoco estaban conmigo y, sin embargo, allí estaba yo poniéndole el pecho a la fría brisa de las mañanas ganándome mi sustento sin nunca haberme quejado ni tampoco llorado.

No me engañaba, pues siempre iba a mí, no a otro y nunca estuve solo porque ahora sabía el significado de la palabra <fe> en un Dios que solo lo aceptaba porque estaba dentro de mí. Muy a pesar de las lecturas del alemán que aspiraba ser un deícida con su Zaratustra, libro que sigue siendo mi compañero de ruta como los evangelios. Yo sabía lo que tenía por dentro y quién era porque había madurado “a coñazos’ y a coñazos contaría con mi <amor fati> para reconstruir mi vida al costo que fuera,

menos negándome a ser libre o terminar siendo un peón de finca. Y no lo digo por menospreciar al trabajador del campo, lo aclaro aquí.

Digo, con el debido respeto por tan inolvidable personaje, que no dudé de la sinceridad de esos consejos y de sus buenas intenciones, pero al nombrarme la palabra abandonado que ya no me hacía daño capté la respuesta de mi espíritu porque mis ojos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo ante él y ese signo me dijo que yo no estaba en el mundo solo para ser un llorón ante los desafíos. Al contrario, estaba para luchar. Yo, sin la lucha soy un muerto en vida.

De cómo me definió ese señor con sus palabras, en mí fue todo un misterio. Quizás fue por ser sincero al identificar el escenario de su nacimiento en un hogar que lo protegió y si bien lo educaron con carácter seguramente nunca se acostó con hambre, ni dejó de jugar para ganarse su sustento. Nada de eso se asimilaba conmigo — me dije ese día—, buscando vencer algunos dilemas que me quedaron con la realidad de las palabras que él dijo y así me propuse construir mi ruta existencial: Leer tanto como para poder escribir en algún momento mi primer libro, saber preguntar con argumentos y no evadir las discusiones, batirme por mi creencias y, ante todo, ser yo mismo al lado del bien. Y frente al abusador marcarle sus límites, incluso con el silencio de mi saludo.

A decir verdad, porque estar solo no lo sentía como un mal, sino que esa soledad era mi fuerza. Incluso si suena extraño, de no haberme convertido en un fantasma asustando al aludido jinete, ese diálogo con el dueño de la finca no se hubiera dado y no hubiera sabido cómo me veía él en mi vulnerabilidad: Sin ninguna posibilidad vital que no fuera sino la de ser un simple peón.

De lo que digo alguien tiene la opción de dudar debido a mi época de niño donde esas palabras no podían ser mías, pero su certeza está en su misma narrativa: Mis juguetes tempranos fueron el ambiente, dificultades, aventuras y azares donde el peligro era mi aliado. No me crie entre matemáticos ni químicos, mucho menos con biólogos. Mi mundo, ese que impidió mi suicidio, fue el de la literatura y la filosofía descubriendo autores que de alguna manera estuvieron sobre ese machete afilado para definir mi ruta existencial, como el pasto que cortaba para convertirlo en alimento de los animales del dueño de la finca.

Con él reconstruí un ego y carácter para la vida, sin hacerle daño a nadie y marcado por la solidaridad y el respeto, aunque la violencia no haya estado ausente en mi conducta y a veces la vea como la sola salida a los conflictos. También de los animales supe aprender de su violencia cuando defendían su territorio y en el caso de los perros, diferencié al que andaba con la cola levantada, era el fuerte, el alfa frente al débil que se metía la cola por su culo o se tiraba al piso llorisqueando. Esos autores iniciales, entre los que estuvo Nietzsche, me dieron palabras con frases donde la voluntad de vida me animó para ni amar la muerte ni tampoco la eternidad como muchos le piden a su Dios. Eso quiere decir que a veces es necesario retirarse a tiempo y así se aceptan las derrotas con dignidad.

Hubo también un evento que terminó de sacarme de dudas acerca de lo que yo sentía como <amor fati>. Ocurrió una noche en que venía cumpliendo rutinas de cacería nocturna con una escopeta que a escondidas el señor Moisés me prestaba, él me había enseñado a disparar y me decía: □Aprenda de las armas, uno no sabe

cuándo las necesita en este mundo de lobos y ovejas y usted de este animal ni siquiera tiene su mirada.

Mi pelo era largo y con la información de que en “luna cuarto menguante”, escuchado a cazadores, los animales salían de sus madrigueras venía intentando dar con una “lapa”, un roedor famoso por el gusto de su carne. Para cazarla, uno se valía de una lámpara portátil de baterías y al alumbrarla ese animal no era como otros que se quedaban fijos ante la luz y era fácil matarlos, era muy esquiva y rápido se iba. Rápido tenía que dispararle. De las tres veces que vi una no tuve suerte. Una noche con esa luna hice la vigilia encaramado en un árbol esperando al nombrado animal, no otro y mire que salieron picures, rabipelados y hasta un osito hormiguero.

Esa noche con esa escasa luna y como a las diez de la noche sentí que mi cabello era suavemente tirado o molestado entre mi cuello y la espalda. Pensé que era una pequeña rama de las llamadas bejuco que se enredaron cuando me subí al árbol o que era una suerte de hormiga de las tantas que siempre encontraba en el monte llamadas “pica húye”. Por eso no me preocupé, pues sabía que hay plantas enredadoras y las hormigas pican y se van. Tarde supe lo que en realidad era cuando sentí una punzada en mi piel, similar a pincharse con una aguja. De cómo procedí fue instantáneo y utilicé mi mano derecha para quitarme lo que yo pensaba era un bejuco enredado en mi cabello, mientras que con la izquierda dejé caer la escopeta. Craso error, había agarrado algo redondo y frío: Venía de ser mordido por una culebra. Con violencia la tiré lejos y me bajé del árbol bien asustado. Solamente pensé en ese momento en el señor Moisés, pues solo él sabía dónde andaba yo esa noche. Más adelante me desmayé.

Cuando desperté estaba en la cama de mi cuarto junto al señor Moisés. Fue quien me encontró tirado en el piso porque antes de dormirse pasaba y se despedía de su hijo y de mí. El cuello lo tuve bien hinchado en la base del cráneo con calambres en manos y pies.

De lo ocurrido dije no saber qué animal me atacó, salvo la posibilidad con cigarrones y abejas en ese árbol. No admití lo de la culebra por lo de la escopeta y en esa finca cazar estaba prohibido. El señor Moisés sí lo supo debido a su experiencia e inmediatamente calentó la punta de un cuchillo y perforó lo hinchado, luego extrajo líquido y untó una mezcla de ajo con chimó e hizo una cataplasma: Fue una culebra —dijo— esperemos que el veneno haya sido poco, si no aumenta el color de rojo a negro en esa herida y la fiebre no baja, iremos al Hospital de Trujillo para que te traten con suero antiofídico.

Afortunadamente eso no ocurrió y a la semana estaba recuperado, solo me quedaría la marca de dos orificios medio cerrados que a veces alguien se da cuenta si tengo la cabeza rapada y le cuento. Y tal como fue la huella que una piedra del camino dejó en la oreja de aquel niño cuando se la lancé, en mí cuello quedaría la de ese animal condenado por la Biblia cuando uno invade su libertad.

De los efectos de esa mordida supo mi cuerpo porque pasé un año con “cadillos”, manchas amarillentas en la espalda y en el blanco de mis ojos a veces muy rojo. Y esa leyenda de que “picado de culebra siempre anda bravo”, de alguna forma se reflejaba en mí cuando hubo veces en las que deseaba no hablar con nadie porque mi cabeza la sentía pesada. Confieso que mi temperamento cambió y paralelamente evité matar culebras que hasta frecuentes eran donde me tocaba vivir.

A tantas vicisitudes de mi vida y a la mordedura de esa culebra le terminaría de agradecer el haber internalizado mi voluntad de lucha para no abandonar mi sueño de estudiar y llegar a la universidad. Lo de salir a cazar sencillamente fue buscar la aventura y sentirme adulto autónomo.

En la finca retomé los trabajos que venía haciendo luego de mi recuperación, en ese tiempo no faltó la ironía del saber del campesino cuando decía a mi lado: —A bicho malo ni las culebras le hacen daño— murmuraban y yo reía. Fueron once meses de mi estadía en la finca, ya meditaba e hice plegarias a no sé cuál santo o a Dios buscando respuesta a una de mis preguntas: —¿Qué me falta para ser como otros jóvenes que en vez de trabajar estudian y juegan? Recuerdo aquellas palabras intentando atrapar otra esperanza para mi vida: «No me abandones nunca, Señor, mi Dios, ayúdame a seguir estudiando».

Y en una de esas plegarias mías generalmente retirado para solo yo escuchar mi voz, vi al señor Moisés que me escuchó y de su opinión aprendí mucho: —¡Mire!, amigo Camilo —dijo— ningún pájaro de los que vemos vuelan porque quieren hacerlo, sino porque tienen alas que le ayudan. Por eso Dios les dio esa herramienta en su destino. Intenté replicarle como siempre lo hice para que me siguiera dando enseñanzas y le dije: —Pero las gallinas tienen alas y solo corren por el corral, apenas vuelan para subirse al palo donde duermen. —¡Ay, amigo Camilo! —exclamó—, es que el destino de esas aves también Dios lo dispuso para servirnos de alimento en un sabroso caldo—. Reímos y cada quien siguió con su trabajo. Pero esa palabra, “destino” asociada a Dios, la percibí igual a la marca del ganado, de esa finca, hecha con un hierro caliente identificando a su dueño. Y si duda, ese signo

era mi rival con el que debía llegar a acuerdos, pues vencerlo no siempre podía.

Días después vi en el ordeño al señor Juan con un rostro bien alegre porque era padre de un niño nacido en Carache cuando su compañera se fue de la finca por su embarazo, estaba él en su edad cercana a lo que llaman “viejo”. Al final de la jornada matutina me preguntó si era cierto que deseaba irme a estudiar, le dije que sí. También informó, ante todos, que se marcharía porque el dueño tenía otros planes con su hijo Carlos, a quien había enviado a USA a estudiar algo relacionado con producción animal y cuando regresara lo encargaría de la finca.

Con atención lo escuché e imaginé la nueva necesidad de ese señor con una boca más que alimentar y tener que quedar sin trabajo. Por la tarde reflexioné y me dije: —Quien paga el trabajo siempre hace lo que quiere con sus trabajadores y poco importa si hay necesidades y derechos que respetar, como el del trabajo.

Mientras todo eso pasaba yo dejaría de ser el mismo, había crecido en aprendizajes de sobrevivencia y mis escasas pertenencias donde no faltaron los libros ahora estaban de regreso, bien manoseados y mojados con mis emociones en esas noches de lecturas intensas. Como todos sabían, me iba de esa finca y a quienes vi les di las gracias. Deambulé por los potreros añorando si algún día volvería a pisar su tierra, toqué a “Guacharaco”, le vi sus ojos caídos, me despedí sintiendo que sin la ayuda de ese animal mis madrugadas de trabajo hubieran sido poco alegres y bien complicadas.

Buena parte de mi inocencia e infancia las había dejado allí con momentos más de agrado que de desagrado.

Como vi varias veces en el camino los cueros de serpientes cuando regeneran su piel, así quedaba en esos montes buena parte de mi vida. Las serpientes mantenían su veneno, yo mientras tanto conservaba mi voluntad de vida para ser otra persona y sobrevivir con dignidad.

Mi regreso fue a pie, lo que me permitió despedirme del camino y tomé un poco de la tierra roja arcillosa, lo metí en un frasco pequeño y durante mucho tiempo fue mi compañero de recuerdos. Era como un renacer las imágenes de las veces en que ayudé a hacer adobes en la vivienda del señor Moisés, de quien no me pude despedir porque ese día él andaba muy lejos.

Aquella era una mañana fría y con esos pensamientos regresé a Monay. Al llegar al expendio saludé y casi sin ningún diálogo el señor Francisco expresó su gran preocupación: —Con usted a cualquiera se le complica la vida —insinuó—. En verdad que no encuentro salidas a su deseo de estudiar. Y yo hice lo de siempre en esos casos de crisis: Miré por la primera ventana de esa casa y guardé silencio, al rato él agregó: —Vamos a ver si Domitila acepta que usted se vaya a Trujillo. Hoy ella está aquí, pero salió a saludar al párroco, que como sabemos lo necesita, pues no puede vivir sin los rezos y oraciones como si arrastrara culpas ajenas —reconoció.

A lo mejor me permite estudiar —acoté— ante la posibilidad del apoyo de él expresado con su preocupación. Al momento ella llegó, le di mi saludo y el de ella fue mirarme en forma de interrogación a todo mi cuerpo con sus miradas de sospecha buscando signos de una culpa perdida y casi como si estuviera viendo a un monstruo: —¡Observe bien! Francisco. —Vea su mirada —sermoneó de inmediato—. Indudablemente que cargaba su disparador de culpas a millón, luego agregó: —Ese

niño no tiene miedo en sus ojos, mira de frente a uno, me asusta y eso es soberbia según la Biblia. Es un desobediente incorregible.

En opinión de ella yo estaba en el ojo de un huracán de emociones nada favorable para mí. En el lugar éramos cuatro junto a su hija venida desde Trujillo y a quien pocas veces había tratado, pero que en un rincón observaba los gestos de sus padres. Y fue el señor Francisco quien a su manera de jugador de dominó destrancó el juego. Era un hombre de retos y, de alguna manera, argumentaba sus opiniones sobre mí en sentido distinto a su señora: —El punto es que lo tenemos aquí o voy a Carache y se lo entrego a su madre Rita —dijo con firmeza. —¡No! —replicó ella—. Usted en estos casos siempre amenaza con eso. Recuerde que acordamos, meses atrás, de mandarle a decir que viniera por él.

Me sorprendí con eso, pero allí yo no hablaba ni tenía el derecho. —¡Sí! —dijo él—, pero no respondió. —¡Bueno! —confesó su señora—. Yo hablé hace rato con el párroco de aquí y al respecto, como buena cristiana, le pedí su consejo. Para él, según me recomendó, con este niño se trata de hacer una obra de caridad en cuanto a la ayuda de criarlo y conducirlo por los caminos de Dios.

Aunque es “culpable de pecado” puede dejar de ser desobediente si logramos que le entren los evangelios. Es tarea suya, en tanto cristiana, que eso se logre —me insistió—, afirmaba ella de ese consejo sacerdotal e insinuó: —Si me lo llevo a Trujillo lo inscribiría en cuarto grado para que asista al “Grupo Escolar Estado Carabobo”. Eso sí —aclaró— a clase asiste después de los “oficios del hogar” y al primer llamado del representante, porque seguro eso va a ocurrir, pido la boleta de retiro y yo misma voy a Carache para dejarlo en esa montaña

de donde nunca ha debido salir. En esa escena desesperadamente solo ella habló y con eso demostró su poder imponiendo sus condiciones.

Una vez que escuché esa posible decisión y la manera como se presentó, imaginé que cierta esperanza alumbraba el retorno a mis estudios. Recuerdo cuando en esa escena quedé dentro de la imagen de un perro apaleado y amenazado: Ni gruñir ni ladrar ni mostrar sus dientes si alguien lo atacaba. Se imponían tres verbos como condición para ir al cuarto grado de primaria. Fue un momento tenso y sentí que mis plegarias ablandaban el piso duro donde estaba mi nueva ruta existencial; Con los años daría gracias infinitas por ese diálogo forzado donde hasta un cura contribuyó. De su nombre nunca supe nada, solo sé que fue el Párroco de ese tiempo.

En otras palabras, debía regular mi conducta, temperamento y cumplir con el trabajo del hogar. Eso significó asumir la consciencia de mi <amor fati> en sus contradicciones, pues era el mismo de mis problemas y errores pero también inyectaba a mi espíritu la voluntad de vida. De tal manera que haría el esfuerzo de equilibrarlo en mi nueva vida escolar. Tenía ya mi primer desafío y sueño en la ruta de su realidad, bien distinta a la del monte.

Sin embargo, lo primordial en mí fue admitir que la decisión tomada no era consecuencia de un amor solidario conmigo, sino porque a la señora Domitila un párroco se lo sugirió, mi madre estaba lejos y ella era una persona atormentada por quien sabe qué culpas en su vida. Y llegando a esta parte de mi historia me detengo para tomar cierto aliento y examinar una palabra, un verbo, muy importante cuando mido mis sentimientos: Agradecer. Ser agradecido era mi práctica y aunque a lo mejor

esa familia no lo percibió en los momentos en que lo manifesté, nunca podría haberles pagado lo que de alguna manera, equivocados o no, hicieron de mí.

Yo hubiera deseado tener otro tipo de refugio, como el lector puede imaginarse, pero mi <amor fati> decidió otros signos para mi existencia. Imposible afirmar que ellos carecían de inteligencia y compasión, eran católicos practicantes con fe en su Dios misericordioso, hacían los “primeros viernes” de comunión y ante un sacerdote se confesaban en un ritual donde se nombra mucho la palabra amor. El asunto es que no basta predicar el amor, sino ejercerlo con conductas coherentes.

Ciertamente que a ese Dios yo le rezaba y sentía necesidad de hacerlo buscando soluciones que en los espacios donde estuvo mi realidad frecuentemente faltaba la palabra amor. Era tanta la sospecha y la culpa por haber nacido de una madre con muchos hijos de diferentes padres que olvidaron el sentido de mover los labios y dejar salir esa bella palabra. Aunque hoy, con todos los años vividos por mi <amor fati>, no los juzgo por eso como tampoco a mi madre Rita, curiosamente un nombre que en su origen religioso lo asociaron como “Patrona de las causas imposibles” en un tiempo de oscuridad espiritual. Cierta contradicción hubo entre esos nombres pues San Camilo es el patrono de los desamparados.

Lo real es que sin lo que ella hizo yo no hubiera sido engendrado, no hubiera nacido y menos sobrevivido cuando de sus brazos caí sobre un fogón recién apagado. Agradecer es ese noble verbo que invita a respetar nuestro <amor fati> y a él siempre le dedico los mejores recuerdos de mi azarosa vida.

## Capítulo VII

### *Corazón agradecido*

*Las libertades no se dan, ellas se toman*  
—*Pierre Kropotkine*

Cuando nombro el verbo agradecer no lo pienso en doblar las rodillas como el amigo “Guacharaco” lo hacía en su trabajo de la finca motivado a su artritis, o igual al camello pidiendo más carga como escribió Nietzsche en su Zarathustra cuando metafóricamente dibujó las imágenes de ello en su discurso “La Metamorfosis del Espíritu”. Es, en mi opinión, saber dónde anida su espacio real y de quién se obtuvo algo de solidaridad sin necesidad de pedirla.

La vida, por ejemplo, no la pedí pero al tenerla como gracia de alguna divinidad o con la copulación de mis padres en su código genético de reproducir la especie, debo defenderla. En ese sentido, existen diferencias difíciles de superar pues hay quien nace agraciado y otros desgraciados, incluso teniendo de todo para ser piadosos. Al respecto siento que nací con gracia cuando recuerdo mis bellas madrugadas peleando con las vacas y hablándoles como si fueran personas para que no dificultaran mi trabajo armando estampidas y desorden.

De tal manera que debo afirmar aquí, con fuerza, que a todos los que me tendieron su mano generosa no los expulso de mi corazón, aunque ya no estén en la tierra. Es el caso de la familia Quevedo, cuando conocí a su hermano Félix, de quien guardo recuerdos por su conducta piadosa cuando viviendo en Caracas lo visitaba en su Residencia de la Avenida Victoria y sin pedirle nada él con su generosidad me ayudaba con el pasaje de autobús o me daba unos zapatos que bien grandes me quedaban y yo, ayudado con papel, los adaptaba a mi pie, pues los necesitaba.

Antes él vivió en Trujillo con su numerosa familia, donde hubo hijos que terminaron siendo exitosos profesionales. Entre ellos, uno presentado con orgullo por haber egresado de la “Academia Militar de Venezuela”, otro era odontólogo, un economista, entre otros. Hubo uno muy cercano al señor Francisco y la señora Domitila, a tal punto que en decisiones importantes su palabra era consultada con infinita confianza. De alguna manera, y por la imagen que tuvo de mí, también le estoy agradecido.

El nuevo ambiente que me recibía en Trujillo era el de una ciudad pequeña con casi todas sus calles de cemento, una modesta Catedral, varias plazas y una nueva escuela grande y distinta a la “barraca” de Monay. Trujillo se distinguía por dos de sus calles: La Bolívar bajando y la Independencia subiendo donde quedaba “el Centro de Historia”. Un día escuché a alguien decir lo siguiente: —Trujillo, la capital del Estado, es tan pequeño que todo se reduce a dos calles: —La del chisme que sube y el otro que baja, ambas se cruzan en la esquina de los Maldonado, nombre de una quincallería en su tiempo bien surtida apodada: El cruce de los chismes.

Desde esa época sabría que en los pueblos chiquitos no hay secretos que duren y la gente vive pendiente de cuál chisme más los entretiene. Incluso había quienes iban a los lugares, lejos de Trujillo, donde algunos trujillanos estudiaban para averiguar cómo iban en sus evaluaciones y luego regaban por el pueblo si iban bien o mal. Era, en ese tiempo, como un derecho el ocuparse de la vida de los otros donde lo íntimo era despreciado. Se hablaba también de que en los andes venezolanos estaban los mayores delatores de las dictaduras y gobiernos. De eso supe por apellidos escritos en libros de historia, donde no es fácil borrar lo indeseable de ser sapo o delator dañando la vida de alguien.

En ese caso en Trujillo se habló de un tal “barretico” para la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Contiguo a la Catedral estaba el Consejo Municipal, al lado la estación de Policía y dejando esas dos calles se bajaba a Santa Rosa, donde estaba el Mercado Municipal. Por consiguiente, todo era subir y bajar esas dos calles, y al tiempo notaría que vías planas tenía muy pocas a diferencia de Monay, único lugar aparte de Carache que yo conocía.

Dentro de ese ambiente iba conociendo a otros jóvenes y personas en el lugar donde estaba ahora mi residencia con el nombre “Los Almendrones”. Allí aprendería a jugar trompo, metras y de paso conocer a mi mejor amigo de nombre Eugenio, apodado “el Catire”. Diagonal a esos tres Almendrones que daban origen al lugar estaba la amplia y vieja casa donde funcionaba una cancha de voleibol, pin pon y las oficinas del Partido Copey, que era el nombre con el que se identificaba la tendencia política demócrata cristiana y que algunos identificaban como el partido de la iglesia frente a los comunistas y los adecos.

En esa casa de partido vi pasar a muchos de sus dirigentes y hasta a un Presidente de Venezuela llamado Rafael Caldera. En paralelo a una de sus paredes había un terreno con unas barracas donde quienes tenían autos los guardaban y también vivía una familia de escasos recursos económicos con un joven que si bien no estudiaba conmigo éramos amigos. Ya adulto, sería conocido porque en la iglesia cantaba, con su bella voz, el “Ave María”.

La hora de entrada al nuevo sitio escolar de ese añorado cuarto grado era a las siete de la mañana, pero debido a trabajos y mandados de la señora Domitila debía evitar retardos haciéndolos temprano, era mi condición para poder ir a clase. Lo digo porque las limitaciones para jugar se mantenían la mayoría de las veces, salvo si había hecho “oficio”.

## Capítulo VIII

### *En cuarto grado*

*Elemental mi querido Watson*  
—*Sir Arthur Conan Doyle*

**E**l día de mi inicio en ese cuarto grado llegué al salón y una maestra dijo su nombre: Soy Ligia y este nuevo estudiante es Camilo, viene de Monay. Fue su manera de presentarme ante unos veinte estudiantes, los miré y de ellos sus miradas fueron como la de los perros de una perrera cuando les llega un perro nuevo: Ansiosos y recorriendo cuerpo y tamaño para después acercársele buscando someterlo a la manada, lugar donde está el poder y la jerarquía del grupo y donde gobierna el perro alfa.

Esa sensación no era desconocida para mí porque había leído un libro con la historia de un animal llamado Colmillo Blanco, escrito por Jack London, un escritor de aventuras donde aprendí a admirar la nobleza del lobo. Por eso de inmediato distinguí que había compañeros de edad mayor a la mía, otros de mi edad o un poco menores y eran, en la forma de agruparse, la manada. Ese día intuí que en ese salón estaba la selva de mi vida y hasta donde me conocía mi defensa era de un lobo hambriento de saber.

En dos días distinguí que los de mayor edad a la mía eran repitientes, aunque yo ya estaba cerca de los catorce años. Fue en el receso donde por no conocer ni tener confianza con nadie e imitando al lobo “alfa” me quedé cerca del salón y así observé los gestos de cada quien. Una tarea que el señor Francisco me había enseñado bien para conocer un ambiente al insistirme en que supiera mirar distinto a como cualquiera mira: Buscando ese detalle oculto a muchos.

Visto de esa forma, distinguí que los de mayor edad y repitientes se sentaban en los últimos puestos y los demás, como yo, en los primeros. De inmediato supe que cada quien tenía su apodo y quienes los colocaban eran creativos, pues si uno miraba de cerca al apodado y lo comparaba con el signo de su cuerpo o vestimenta, descubría al instante que todo le cuadraba: Su mirada, el pelo, pecas en su cara o si había algún defecto en un ojo cuando miraba de lado, su manera de caminar o si una oreja era más grande que la otra, si cojeaba como el señor Francisco. En fin, fue mi primera experiencia vital de observación en ese cuarto grado y durante los tres primeros meses no me apodaron y yo evitaba llamar a alguien por su apodo.

Fue un comienzo agradable para mí y las materias las asimilaba bien, en mi cuaderno copiaba rápido lo que la maestra dictaba, sobre todo sus palabras repetidas porque pensaba que era lo importante para cuando tuviera el examen. El mobiliario y piso de la escuela estaba bien cuidado, el director con su familia vivían dentro de una esquina de esa edificación con una bonita casa de tejas asignada por el gobierno de esa época. Algo que llamó mi atención, pues no conocí de esa suerte de privilegio en las dos escuelas que venía de tener con el director y su familia viviendo en sus instalaciones.

Luego asimilé la conducta de los seis repitientes, me fijé en dos de ellos por el orden de sus apuntes y empecé a solicitarles ayuda cuando a la maestra no le entendía su enseñar. Me gustaba conversar con ellos como era mi costumbre con gente de edad superior a la mía. Entre ellos destacaban dos por tamaño y dominio sobre todos nosotros como jefes de “la manada”, los mejor conocidos como “amigos del machorro”: Especialistas en poner apodos y el estudio no era su interés, les decíamos a uno “la burra” y a otro “cara de perro”.

De los otros apodos que escuché ese día recuerdo a “punto y coma” por su caminar con pausas, “la vaca” por su apellido Becerra. Después supe de él que éramos vecinos y fuimos buenos amigos junto con “el guaco”, apodado así por su larga nariz similar al pico de esa ave. Su padre tenía una venta de helados, bien cerca de esa escuela, eran de mantecado al que le derramaban chocolate caliente y hacían los populares “pingüinos en paleta” de esa época.

El chocolate venía en latas que vaciadas del producto algunas personas convertían en materos para su jardín y a veces le quedaban restos de chocolate. En ese caso el “guaco” gentilmente nos lo guardaba y terminábamos embarrándonos el dedo y con placer dejábamos brillante ese recipiente. En mi caso fueron tantas las veces de esa embarrada que nunca más probaría el chocolate pues terminé intoxicado un día y me quedó cierta alergia a ese dulce que a muchos desespera.

De los menores y no repitientes destacaba un joven “catirito” bien consentido de la maestra Ligia apodado “el Chivo” Zuleta, el apodo le venía de su padre, un fotógrafo amigo de música y parrandas del pueblo que vivía a pocas casas de esa escuela. También estuvo con noso-

tros uno de apodo diferente: “Camburito”, familia de reconocidos músicos, de escuela, con el apellido Aranguren y de quien nunca supe el motivo de ese apodo. Adulto se destacó como famoso músico a nivel internacional: Tocaba la Trompeta.

Como era lo esperado, en la tercera semana ya tenía mi respectivo apodo: “el Borococo”, porque averiguaron el chisme de que en Monay jugando a “policía y ladrones”, fui el ladrón difícil de encontrar pues me escondía en el cementerio y hasta allí por temor a los muertos no se atrevían a entrar para dar conmigo. Además, el miedo los alejaba de lo tenebroso porque creían que era un lugar oscuro y solo los borococos ven de noche.

Con esos apodos convivíamos en nuestra existencia cotidiana y no nos ofendía en nuestro trato escolar, nadie dentro del salón se peleaba por ellos y todos aprendimos a sobrevivir con cierta tolerancia y respeto a esa época. Por supuesto, hubo momentos donde al igual que en cualquier manada nos liamos a golpes ante cualquier hecho que nos provocó molestia.

Ejemplo de lo expuesto anteriormente fue el día en que llegó un estudiante cuando ya teníamos un mes de clases y observamos que su cara estaba llena de pecas. Ese aspecto movió la imaginación de los apodadores poniendo a circular un papelito con palabras y señales para escoger el definitivo que le correspondería. Como si se tratara de una elección democrática. Aunque en los inicios me sentaba en los puestos delanteros, había decidido sentarme en los puestos de atrás y la maestra Ligia aceptó, pues dijo que yo preguntaba mucho y que era una suerte de abogado en gestación.

De esa forma terminé siendo cómplice con los apodadores y esa semana corrimos el rumor de ir pensando en ¿Cuál apodo era el más apropiado para el recién llegado? A la siguiente, tuvimos las respuestas que se balanceaban entre “huevo de pava” y “titiaro”, un tipo de cambur que cuando está maduro es dulce y muy apreciado por el paladar. Su color lo muestra amarillo con puntos negros, pero alguien agregó el de “dálmata”, un perro de raza con muchos puntos similares sobre su cuerpo que había mirado en el diccionario.

No obstante, al empezar a ensayar los tres apodos con el susodicho coincidimos que “huevo de pava” era el que más lo incomodaba al oírlo en el receso y así se quedaría para siempre. Él desconocía que la clave para fijar los apodos era: “Quien se molesta, pierde”.

El curso, sin duda alguna, era diferente al de Monay en cuanto a número de alumnos y tipo de maestros, pero el receso no lo percibí igual a un ambiente de integración. Frente a eso la mejor solidaridad la encontré en los repitientes porque a veces me explicaban asuntos que no entendía, y lo asociaba con mi tendencia o práctica de anotar dudas y comentarios de lecturas. Ellos me venían ayudando en los exámenes y trabajos en el salón. Además, venía escribiendo en un grueso cuaderno, a la manera de un diario, las palabras que deseaba darles realidad: Esperanza, confianza, fe, fuerza, sueños. Después subrayaba lo que debía vencer: Complejos y rabias con el fin de adaptarme y que ese cuarto grado fuera el mejor proyecto de mi vida.

Para motivarme repetía las lecturas a mis primeros libros que el maestro Rumbos me regaló, lo mismo que releía los diez discursos del Zaratustra y siempre repetí la lectura en uno que marcaría mi vida: “La metamorfo-

sis del espíritu”, en esos momentos en que casi sucumbía a la tristeza y, si se quiere, a pensar sobre el inconveniente de haber nacido. Ese libro, reconozco hoy, me fue de gran ayuda.

Voluntad de estudio no me faltaba, pero ni para lograrlo en cuanto a condiciones lo tenía fácil en la casa donde vivía ni tampoco contaba con recursos económicos que por ejemplo me permitieran, como veía a otros de mi curso, ir al cafetín y desayunar. En cuanto a libros, afortunadamente la escuela tenía una modesta biblioteca y estaba también la del Ateneo de Trujillo.

A propósito de otro momento, en el salón de clase, y por motivos que ignoro nos pusieron una suplente de la maestra Ligia y quien al empezar a conocer a los alumnos se sintió aterrada por su dificultad en el control disciplinario. Nosotros, al verla insegura y nerviosa actuábamos como lobos depredadores ante la presa débil o enferma y la acosábamos. De tal manera que en una de sus crisis intentando disciplinarnos, decidió pasar la lista con cierta lentitud e iba anotando en un cuaderno el nombre de cada quién, simultáneamente nombraba y miraba a todos, como si quisiera distinguir quién era el jefe del desorden en clase.

Así que ella duraba cierto tiempo leyendo la lista de nombres, cada quien decía el suyo y los demás debíamos guardar silencio pero el apodo, a voz baja, se escuchaba y la risa irrumpía en el ambiente molestando a la improvisada maestra. Ese dato pareciera ser insignificante, pero en mi caso esa suplente se detuvo a mirarme detenidamente a la vez que pronunció mi apellido Perdomo y luego preguntó con sospecha, algo que me desencajaba: —¿De cuáles Perdomo, es usted, pues aquí aparece un solo apellido? —aclaró—, como si ese detalle en su me-

moria la asombrara. Enseguida reaccioné igual al señor Francisco cuando le tocaban la tecla de su “chuequera” y fue cuando le respondí: —De los que no tienen nada —maestra—, de los que solo tienen ganas de vivir.

Todos en el curso se rieron ante lo dicho por mí y de inmediato ella se molestó reaccionando a tal punto que me llevó a la dirección. Era verdad, no le mentí en eso y así lo dije cuando el subdirector que me recibió preguntó sobre lo ocurrido. Afortunadamente, para mí ese día, ante la sugerencia de pedir disculpas a esa suplente y no repetir mi respuesta, evité que llamaran mi representante y se las pedí.

Cuando regresé al salón algunos compañeros dijeron que había otros en esa misma condición como “la burra” y “cara de perro”, quienes eran hijos de campesinos y apenas los ayudaban con el pago de la residencia donde vivían. Y sobre el repentino inconveniente con la suplente lo explicó alguien, a quien no recuerdo, diciendo que el primer apellido era del padre, el segundo de la madre. —¡Es mi caso! —dijo Jesús, apodado “la burra”. Tengo varios hermanos de distinto padre y con el que vivo ni es el mío ni tampoco me ha reconocido. Lo correcto hubiera sido que esa explicación viniera de esa suplente y no molestarse como lo hizo esa maestra —aclaró.

Luego de esas conversaciones un poco crueles, la duda estaba aclarada y si bien el apellido “Silva” lo recordé del momento en que mi hermano Cipriano lo señaló como nuestro padre, no obstante el Quevedo del señor Francisco me gustaba. Incluso con sus molestias y carácter pues en realidad lo sentía como mi padre, solo que ignoraba por qué él no me había reconocido.

Digo esto porque en paralelo a ese evento, con la maestra suplente, el jueves de la visita a la señora Domitila por parte del señor Francisco, ella le insistió de nuevo que si se iban a casar, como acordaron, deseaba cambiar su nombre de Domitila por el de Rosario.

De eso supe por voz de la muchacha que ayudaba en la cocina. Eran visibles los preparativos de esa boda y en cuanto a mí, agregó, que estaban esperando al sobrino del señor Quevedo que siempre los visitaba, para consultarlo si estaba bien en reconocerme con su apellido. Así que con eso ella me sorprendió y me quedé en la cocina a la expectativa de lo que allí pasara con lo que venía de oírle.

El sobrino llegó ese día y con el saludo de rigor era habitual en sus visitas que siempre lo atendían ofreciéndole el delicioso quesillo, el dulce de su gusto. Conversaron de varios aspectos destacándose lo del matrimonio por realizarse y el cambio de nombre que la señora haría de Domitila a Rosario. De eso él se rió y le pareció bien oportuno hacerlo, pero en cuanto le asomaron la consulta de mi reconocimiento no estuvo de acuerdo: —Ponerle el apellido Quevedo sustituyendo el que ese jovencito tiene, no me parece —objetó—. No sabemos, por ejemplo, ¿Quién es su padre?, madre, si viene de un violador, delincuente o ladrón, —matizó— sus dudas. —Uno, en esos casos es mejor abstenerse —recomendó. Y cual caballo que siempre sale para ganar no hubo sorpresa alguna y sentenciado a no tener ese apellido quedé desde esa época.

Al rato terminó esa visita con su voz de lo que pensaba de mí. Ese día, festivo para esa familia, de alguna manera me afectó en los argumentos esgrimidos y supe cómo murió el intento de reconocimiento de un padre

para mi <amor fati>. Y desde ese instante terminaría fija mi identidad familiar, solamente con el Perdomo, a secas.

Paradójicamente el azar marcaría al apellido Quevedo al lado del Perdomo en el momento en que su hija se casó con un señor con ese apellido, no era familiar mío y pasó a ser la señora Quevedo de Perdomo. Sin duda que era la vida y sus jugarretas.

Y con ese discurso, escuchado desde la cocina, donde suponían quién era yo en la herencia de mis padres al mismo tiempo se me mostró otra realidad distinta a la soñada: —Confirmé quién era y cómo me percibían en esa casa. Y ciertamente que muchas veces me preguntaba algo parecido en el intento de comprenderme y lo sabía: No me definía el miedo porque lo superé cuando viví la imprevista reacción del toro en la vaquera de la finca y que pudo acabar con mi vida, tampoco era lo que sentí al vivir mi primer desengaño amoroso de mi tercer grado escolar. También había sobrevivido a la mordida de una serpiente y en los instantes en que sentí el inconveniente de haber nacido, no me suicidé.

De tal manera que, al contrario de todos los prejuicios que me asignaron ese día, asimilaría desde la palabra distancia la mejor conducta de mi espíritu mientras viviera en casa de la familia Quevedo: Definitivamente era un criado, y eso no lo cambiaba ninguno de mis deseos por nobles que fueran. Cosa rara, pues el verbo criar lo observé transparente cuando decía a mis amigos: —yo tengo en la casa una canaria criando tres pichoncitos. Entonces, el verbo criar sí estaba al lado del amor, no era utilitario donde solamente una persona criada debe ser un objeto de uso y abuso.

Bien lo había aclarado el señor Moisés en aquel momento en que me dijo que las aves no vuelan porque quisieran hacerlo, sino porque tenían alas. La palabra confianza que buscó el consultado sobrino en torno al reconocimiento del apellido Quevedo con el cual me adoptarían no podía encontrarla, no solo por su prejuicio social sino porque la buscó en mis padres, no en mí. En eso desconoció que no siempre los hijos reproducen lo de sus padres. Y, en todo caso, demostró cierta mezquindad. De mi vida él nada sabía y supuso que los errores y conductas indeseables de quienes nos traen al mundo se pasan mecánicamente a sus hijos.

Y al igual que un Caín visible debía arrastrar conmigo la culpa marcada por el apellido Perdomo, en solitario, y a Rita también la marcaba esa culpa de ser madre soltera y cuyo pecado, si se me admite que con él nací, fue no haber diferenciado el placer sexual de la reproducción biológica donde la evidencia que agrandaba nuestra pobreza eran mis numerosos hermanos. Esa era la realidad ignorada por él, no otra.

Esa vivencia, en vez de aplastarme, me mostró cómo se internaliza en las personas una marca social excluyente, un estigma dentro de unas personas autodefinidas piadosas, misericordiosas y amorosas. Las consecuencias de esa marca las presupuso ese sobrino a quien la familia Quevedo le otorgó la confianza en su decisión de no compartir su apellido con el Perdomo, como si él fuera portador de una verdad universal donde todo ser nacido del vientre de una mujer soltera podía ser un violador o delincuente.

Esos argumentos no fueron sino estigmas reproducidos socialmente. Pasado el tiempo, ese Dios de la antigua Grecia, llamado Cronos, que todo lo limpia y lo

cura, pondría en mi camino a esa persona solicitándome un favor. Lo hacía “tragando piña con concha”, obligado porque supo que en mis manos estaba la decisión de si le daban un trabajo o no.

El olvido también hace milagros, él con el pasado de su recomendación y yo ignorando lo sucedido en mi infancia pues nunca he vivido del rencor o del odio. Aunque al mirarlo de frente mi recuerdo debía estar vivo porque fue doloroso, ese instante de su necesidad no afectó a mi <amor fati> y en consecuencia actué mostrándole que el orgullo como virtud engrandece el espíritu cuando se es noble y al rencor nunca le permití que me definiera, menos ante quien en ese momento era un ser vulnerable por sus conductas familiares cargadas de torpezas y que yo conocía bien. El papel que debía firmarle se lo devolví deseándole éxito en sus funciones y él me dio amablemente sus gracias.

Posteriormente, debido a lecturas selectas junto a mis estudios sociales comprendí mejor ese hecho porque por ser madre soltera, Rita arrastraba otra marca: Una vulnerabilidad aumentada por su ignorancia de traer hijos a la tierra sin contar con qué alimentarlos y, sobre todo, para educarlos.

Juntando todas esas señales de mis vicisitudes, pareciera obvio que la primera responsabilidad ante los infantes se localiza en la falta de planificación familiar de los padres y no tanto en el ambiente donde se nace como algunos ligeramente afirman.

Qué mejor verdad cruel de esa comprensión que conmigo mismo, único que pudo estudiar más allá de lo elemental que el Estado exigía llegando a la cúspide de la llamada Pirámide Escolar, y con ello irónicamente era

la oportunidad de distinguir las causas de la simbólica marca de una discriminación escolar solapada dentro de la sociedad con el llamado uniforme escolar, entre otros aspectos.

Súmele usted un hogar sin biblioteca, no tener ayuda a la mano para resolver problemas de comunicación, carecer de ayuda económica y solamente ante esa precariedad social poner al frente una férrea voluntad de querer estudiar, todo similar al máximo capricho de un niño arrojado al mundo como quien pasa sobre un tronco seco en un río crecido esperando llegar a la orilla.

De tal manera, lo sostengo ahora, que no es un asunto de suerte sino de construirse un camino, una ruta, una cartografía existencial envuelta en las palabras orgullo, dignidad ética y, sobre todo, una fuerte voluntad de lucha.

El azar decidió mi ruta ética desde el momento en que me etiquetaron lo de “criado” como una marca indeseable y yo me revelé contra ella, pues mi intuición la sintió desagradable y fea: —Es un muchacho que estoy criando, hace los mandados en la casa y le permito que vaya a la escuela — repetía la señora Domitila, en el instante en que alguien averiguaba quién era yo—. Y su hija agregaba: —Es un criado de mi madre, no mi hermano—. Y por supuesto, esa era la certeza, no la duda donde mi existencia buscaba abrirse una ruta de salida mucho más clara para mí.

Sin embargo, ante esa supuesta sinceridad encerrada en la frase: «le permito estudiar» se sepultó el Decreto de Antonio Guzmán Blanco en cuanto al «Derecho a la Educación» en aquella Venezuela intentando entrar en la modernidad. Allí, para darle concreción a la sin-

ceridad, debió agregarse: «Salvo si es un criado y luego después de trabajar en la casa es que a lo mejor pueda asistir a clase». De tal manera, que allí estaba el punto de control como una alcabala policial manteniendo un orden social visible y que muchos ignoraron o miraron para otro lado. Lo que el mensaje cristiano denomina: “pecar por omisión”.

De esa conversación sobre la posibilidad de mi reconocimiento con otro apellido, pocos supieron. De una parte, porque me daba vergüenza contarlo. De la otra, pues era indudable que ese era el derecho de una familia de si aceptaba o no a un niño que por accidente o azar había llegado a sus vidas. Por lo tanto, hiciera yo lo que hiciera para que me trataran como a un hijo, nunca sería posible. Lo cual terminé por aceptar, aunque con el corazón resquebrajado pues soy humano.

Desde esa perspectiva se destacaba una prueba de que eso era definitivo, lo que me llevaba por las noches o cuando rezaba a visualizar mi partida de esa casa y solamente me preguntaba el ¿Cuándo sería? No lo sabía, pero sí aspiraba tener, por lo menos, aprobado el sexto grado y luego buscaría trabajo en el mercado porque siempre hubo la posibilidad de cargar bultos, pues fuerza en mi cuerpo no me faltaba. Todo lo pensé alrededor de esa duda y la resolvía al recordar que en mi trabajo de tumbar becerros, incluso más pesados que yo, no me fue tan mal.

Las clases se desenvolvían bien, la maestra Ligia se reincorporó a sus labores y regresó el orden escolar entre nosotros. En cuanto a mí rendimiento, no iba mal aunque no era de los mejores del curso si se mide eso por las notas aprobatorias. El dibujo seguía siendo difícil para imaginarme figuras geométricas, a pesar de gus-

tarme colorearlas. En cambio los dictados, sobre todo de la historia universal donde algunos compañeros se dormían, sí que era mi favorita. Me identificaba con héroes y personajes que vencían tormentas y montañas.

Ya no leía muchas novelas de vaqueros porque pasaron a otro lugar frente a los relatos fantasiosos de los viajes de Marco Polo y Alejandro de Macedonia. Allí mis pensamientos me invitaban a soñar y a veces frecuentemente me decía si alguna vez en mi vida viajaría por el mundo o si aprendería otras lenguas. Tanto me gustaban esos pensamientos que al llegar a la casa anotaba algo de eso en mi cuaderno donde ya aparecían garabatos de mi posible huida, como vi que movían sus alas los pichones que criaba: Dando saltos, aleteando cuando aprendieron a bañar sus plumas, corriendo.

En el salón de clase a veces se armaba el relajo si la maestra se ausentaba y como yo estaba vinculado con los alumnos repitientes, el respectivo llamado de atención me tocaba. Con ese tipo de estudiantes me agradaba porque aparte de prestarme sus apuntes y libros, también tenían conversaciones como hombres adultos y los temas mundanos ayudaban a mi entrada en ese mundo porque había perdido la inocencia en muchos sentidos cuando estuve en la finca trabajando.

Al segundo mes de ese cuarto año hubo una visita sacerdotal a la casa de la señora Domitila, de las frecuentes que de ellos siempre tenía. Luego del saludo y conversados varios temas escuché cuando le sugirieron que me inscribieran en la “Juventud Católica”. Nada más escuchar esa sugerencia sacerdotal, no tuvo dudas y bien alegre dio su sí. También me alegré, pues curioso como venía siendo era una oportunidad para ver a otras personas. Empecé por ir en las tardes de cada viernes

y con esa libertad me abrí a otros caminos porque allí había jóvenes que al hablar los percibí cultos e interesantes.

Venían de otros colegios y hablaban bien, notándose que habían tenido buena formación educativa en su familia. En ese nuevo grupo a veces teníamos charlas de Cristianismo y de mensajes bíblicos para educarnos en la fe católica. Eso me agradaba porque fueron mis primeras lecturas con la señora Domitila y algunos mensajes del evangelio no me eran extraños. El de mi agrado era la historia de Job.

De tantos que escuché fijé en el cuaderno uno de guía en los momentos complejos y azarosos de mi vida: «Dios permanece en nuestros corazones y nos ofrece su amor, pero si nosotros lo amamos verdaderamente, nosotros debemos amar también a todos nuestros hermanos y más si son cercanos a nosotros».

Me gustaba esa palabra amor, en un ente invisible, pero en el que mucha gente creía sin nunca haberlo visto. Bastante pronto sabría de la utilidad de esas reuniones cuando a la señora le agradaron mis relatos sobre Dios y los evangelios y lo reconoció con una frase: Se fija, a usted eso le quitará lo “bichito” que trajo al nacer. Y para su satisfacción, empecé a confesarme y comulgar los primeros viernes de cada mes, aún lo hago.

Aunque su práctica de vigilar y castigar no la abandonó, mi relación con ella mejoró en ese tiempo y sus castigos disminuyeron, quizás porque al verme practicando su culto religioso apaciguaba sus propios remordimientos y complejos de culpa. A ella le gustaba buscar el reconocimiento de sus creencias entre los otros y se enorgullecía de su poder sobre mí frente a sus amistades

en esas tardes, casi cayendo la noche en las que frecuentemente se reunían en la sala de su casa y hablaban de todo y de todo el vecindario. En ese ambiente y a manera de chisme siempre les revelaba: —Lo tengo a régimen de confesiones a ver si cura esa desobediencia y enfermedad que trajo naciendo del pecado. Sin duda, en ella esa tarea espiritual de alguna manera le apaciguaba sus remordimientos porque presumía haber visto en mi ser una gran enfermedad y como tal siempre procedió asumiéndose ser curandera experta de la fe.

Fueron tantos los momentos y años escuchándole ese discurso “salvador de almas”, donde supuestamente estaba la mía, que adquirí el hábito de leer con frecuencia la primera parte de la Biblia. En ese maravilloso libro me di cuenta del valor cognoscitivo en muchas de sus historias, personajes, palabras y diferentes estilos de escritura a varias manos y autores. Un fascinante libro donde se intercambiaban relatos fantásticos similares a cuentos y poemas. Pero sin ninguna duda, son las palabras de humanos construyendo una realidad imaginaria para un mundo cargado de perplejidades.

Hasta ahora en que describo una parte de mi vida, no he encontrado otro que lo supere. Incluso he llegado a imaginar que si tuviera la posibilidad de llevarlo conmigo a una isla solitaria, solamente lo acompañaría con el Zaratustra de Nietzsche.

En sus páginas hay narraciones que han permitido a la humanidad crear una imaginaria con la intención de mejorar al humano mediante el acuerdo de esperar “un salvador de nuestros males y conductas” donde sí estaría la verdad: Esa que definen los genes de cada humano cercanos al mal o el bien. Sin embargo, influenciado por sus relatos fantásticos empecé a leer otro libro guiándo-

me por su título, como ya sabía escoger leyendo títulos en revistas de vaqueros, en su posibilidad de sentir si me decían algo fuerte para mis emociones: Hojas de Hierba, escrito por un tal Walt Whitman.

No era el único que en mi salón leía, pues en ese tiempo de mis estudios en Trujillo, leer para nombrar autores en una clase o conversación era frecuente en la juventud. Lo mismo que estudiar música clásica, ver obras de teatro y escuchar a narradores de cuentos. Una clave para nutrir nuestro espíritu inquieto y hasta sentir que uno viajaba a otro lugar.

Cada domingo, en la Plaza de Bolívar, tocaba la Orquesta de Cámara y la gente asistía y autores como sonidos de melodías de la música culta no nos era desconocida. También allí hice, junto a otros, travesuras como situarnos al frente de trompetistas de esa orquesta chupando un limón y alguien nos dijo que así el músico se equivocaba. Ese fue un signo de mi <amor fati> que obtuve cuando fui seducido por tantas imágenes que los escritores volcaban en sus páginas. También me gustó el deporte, obras de arte, música clásica, al ateneo iba porque como antes dije había una buena biblioteca y siempre presentaban obras o comedias para culturizarnos. Fue en una de esas presentaciones cuando asistí a una de renombre europeo: La Casa de Bernarda Alba, del español Federico García Lorca. Muchos años después supe que el fascismo español, en tiempos de Franco, lo había fusilado acusándolo de comunista y homosexual.

A mediados de ese cuarto grado, la maestra Ligia nos informó de la realización de unos juegos deportivos entre alumnos de otras escuelas de la región y preguntó quiénes deseaban participar. No había terminado de decirlo e inmediatamente levanté mi mano. Me seleccio-

naron junto a otros dos, nos llevaron al sitio donde estaba el entrenador deportivo y allí nos indicó las opciones: Lanzamiento de bala y disco, carrera de una vuelta de cuatrocientos metros aproximadamente a un terreno de tierra. Al tiempo, ese lugar de mis carreras sería un modesto estadio para practicar boxeo y jugar al béisbol.

Contentísimo estuve al proponerme y ser aceptado, en ese momento recordaría la imagen del retozo de los becerritos de la finca cuando después del ordeño los llevaba al potrero: Todos salían dando saltos y carreras de lado en lado como si en su inocente alegría de animalitos ignorantes de su destino, nunca hubieran visto un terreno amplio y lleno de pasto.

Así me sentí ese día, con todo mi cuerpo transformado en movimientos alegres durante ese momento deportivo en que participé: El lanzamiento del disco y en la carrera de cuatrocientos metros planos que fue una vuelta al terreno. A la escuela la representé bien pues en el disco quedé segundo de un joven que venía de Boconó, un Municipio de Trujillo que aún no conocía y en la carrera de los 400 metros, donde debía hacer el mejor tiempo frente a otros corredores, también hice segundo de un buen corredor trujillano a quien apodaban “la Tripa” por su cuerpo delgado. El profesor, de nombre Medardo, ese día nos evaluó, venía de Maracaibo y dijo ser atleta representante de Venezuela en los juegos Panamericanos. A todos nos estimuló para seguir entrenando el atletismo.

De esa corta experiencia deportiva me quedó el cariño por ese profesor junto al gusto por las carreras y años más tarde tendría el inmenso placer de terminar mi primer maratón de cuarenta y dos kilómetros con ciento noventa y cinco metros en un tiempo de tres horas con

doce minutos. Fue una competencia organizada por lo que se denominaba: Consejo Municipal de Caracas. Esa experiencia me llevó a otras como cuando corrí mi primer maratón internacional en Canadá y me motivaron para escribir el libro que también la ULA me publicó: Las alegrías y soledades de un corredor de maratón.

El señor Medardo terminó radicándose en Trujillo y por las tardes siempre estaba en ese terreno entrenando a otras personas. Por su gentileza también aprendería los rudimentos elementales de la defensa personal cuando un día en que andaba con unos amigos tratando de cazar pájaros e iguanas lo vi y, luego del saludo mío, me sugirió que me inscribiera en unos cursos de boxeo, los dictaría uno de sus colegas en la cancha deportiva de la plaza “Mendoza”.

Esa sugerencia me condujo a llegar al acuerdo con la señora Domitila para su permiso por las tardes de miércoles y jueves y aceptó con la condición de mantener la casa limpia e hiciera sus respectivos mandados. En ese sentido cumplía con la casa, estudiaba, iba a las charlas religiosas, a misa y con lo del boxeo me sentí de maravilla. Todo indicaba que mi voluntad por ser libre y autónomo seguía su curso y la palabra confianza junto a la de fe me acompañaban.

Empecé los entrenamientos del boxeo durante una hora y al mes sabía desplazarme en el ring, lanzar jabs y el famoso “golpe al hígado”. Aprendí a distinguir las partes vulnerables del cuerpo humano que nos sirven para el ataque y la defensa. Me enseñaron las reglas del combate y dónde no estaba permitido golpear al adversario más abajo de la cintura ni a sus partes íntimas, tampoco a su espalda ni hurgarle un ojo. Era obligatorio respetar el peso de la categoría, mosca en mi caso. En esta

categoría importaba la velocidad de piernas y de manos. Una clave de ese deporte era bien simple, según decía el entrenador: Pegar, mover la cintura, esquivar, salir y no dejarse noquear. Mirar los pies del contrincante en su desplazamiento y mantener la guardia alta antes que lanzar golpes “a lo loco”.

Hice aproximadamente diez combates, en unos gané, otros los empaté y fui noqueado una vez. Con ese nocaut aprendí lo delicado de mi mandíbula, pues con el golpe no sentí las piernas y terminé mareado en la lona. No tengo excusas de esa derrota, pero entre quien me noqueó y yo hubo diferencia de todo: Peso, estatura y tamaño. Las otras peleas sí fueron más equilibradas y me fue mejor. De esos combates me quedó la experiencia de saber defenderme de cualquier abusador, eso me llenaba de confianza como si cargara algo extra en mi espíritu y en vez de una piedra mi arma fueron mis manos.

Desde la experiencia de esas peleas, en el ring, comprendí la importancia de las manos, son un recurso maravilloso de los humanos y a veces no aprendemos a usarlo. No reflexionamos sobre ello. Vino, en esa época de peleas, el recuerdo de mi lectura al libro *La muerte de Honorio*, de Miguel Otero Silva, en esa imagen de una de sus páginas donde comerse un huevo que un carcelero le pone a un preso le es imposible porque sus manos no le permiten alcanzarlo y sin embargo lo puede ver. Allí, ese preso sabe que las manos son más útiles que sus ojos. Esa frase con su imagen me llevaba al recuerdo de mis amigos en la finca que solamente con sus manos se ganaban su vida, al igual que yo.

Y cómo en las clases de la materia castellano muchas veces fijé la idea en una exposición al referirme a los verbos y su acción al lado de las manos: Tocar, acariciar,

sentir, sujetar, palpar, manipular. Aunque quien toca o acaricia con sus ojos también necesita de sus manos.

Hacemos pan con ellas, cortamos el monte, nos tocamos el cuerpo en forma de caricias pero una vez aprendido el arte de la defensa con el boxeo fue cuando supe también que son unas terribles armas por sí mismas y siempre me cuidaba de usarlas en peleas callejeras, pues ante quien no sabía pelear le llevaba ventaja y en esos casos seguía mi camino. Si algo me enseñaron los entrenadores es que “saber pelear” implicaba no demostrarle al adversario nada, solo hacerlo sin ser “un guapetón” pues en la calle las reglas eran otras.

Y por supuesto, en una Venezuela donde los jóvenes excluidos socialmente o desertores de la escuela observaban que boxeando podían ganar su sustento, llegué a pensar en ello si con los estudios no avanzaba. Admiré a boxeadores élite de esa época: Ramón Arias, un excelente peso mosca primer boxeador que disputó un título mundial, lo hizo frente al argentino Pascual Pérez. Otro fue Víctor Adams, conocido como “Sony León”, un buen semipesado, y “el Morocho Hernández”, entre otros de mis recuerdos.

Tanto que cuando anunciaban sus peleas y en la posibilidad de que la radio las transmitiera me llenaba de emoción, incluso si intuía que el venezolano perdería por la calidad del otro. Sobre todo por esa manía del venezolano cuando presume que los extranjeros son mejores que nosotros y yo con terquedad le deseaba el triunfo al nuestro. Para practicar ese deporte existía un parque en “San Jacinto”, nombrado “Román Valecillos” y había la posibilidad de levantar pesas para fortalecer abdominales, brazos y piernas, muy necesario en ese deporte. Sin un cuerpo fuerte ese deporte es difícil.

También aprendí a levantar diferentes pesos en la casa hechos con potes rellenos de cemento, hice gimnasia e influenciado por la historia de un ítalo americano de nombre Ángelo Siciliano, apodado “Charles Atlas”, apliqué su método para mejorar la figura del cuerpo. El nombre que él le dio fue “tensión dinámica”. Curiosamente no aprendí a montar bicicleta, ni otros deportes porque carecía de recursos para comprar los implementos exigidos.

Tal y como se esperaba, una de esas tardes en que la señora de la casa había salido, a la puerta tocó alguien y abrí. Era el sacerdote de charlas y catecismo quien al decirle que solo yo estaba, dijo: —Entréguele este papel a la señora Domitila, luego se fue.

En el mismo momento y por mi curiosidad decidí leer esos papeles que apenas estaban doblados: «...La documentación de su matrimonio está lista con su nuevo nombre: Rosario, viene del latín “rosarium y significa racimo de rosas”. Cuando la señora llegó le di el papel y todo en ella cambió, no solamente le brillaban sus ojos, sino su manera de caminar. Estaba coqueta y alegre, no era para menos pues lograba su sueño.

Desde esa información, en la casa se vivió un cierto ambiente de fiesta familiar y en vista de que mi cabello estaba bastante largo me llevaron a una barbería para el respectivo corte. En ese lugar mi <amor fati> se juntaría con el azar para conocer a una inolvidable persona de apellido Lara. Era el dueño de ese negocio situado en un costado de la calle “Comercio”.

Solo recuerdo que al ver su amable rostro de inmediato me brindó confianza, esa inseparable palabra de mi vida que me permite atrapar el rostro de Dios, unas veces

cerca y otras lejos. De esa persona destacué su amabilidad cuando iniciando su corte me pasó una revista con fotografías de jugadores del béisbol de las grandes ligas, como si hubiera adivinado que me gustaba el deporte. Terminando su trabajo noté su insistencia en que volviera cuando me insinuó: —Si desea leer de deportes o de otra literatura puede venir aquí, siempre hay una silla para quien quiera leer —dijo a manera de afecto— y esa deferencia con un desconocido como lo era yo me atrapó.

Semanas después de ese encuentro y mientras caminaba para ir a entrenar mi boxeo, lo vi saliendo de la iglesia Catedral, al verme nos saludamos y de nuevo volvió a invitarme a su barbería: —He sabido que a usted le agrada leer, vaya para presentarle a otros jóvenes de su edad que van a mi negocio. Con ellos a veces comento algunas lecturas de autores interesantes —recomendó. —¡Ah! —dije—, seguro son los de la “Juventud Católica” y a lo mejor los conozco. —¡No!, son de otro grupo que después le informo —me aclaró—. Nos despedimos, cada quien siguió su camino y le acepté su amable invitación.

Tantas fueron las veces en que en la casa circuló la palabra matrimonio y cambio de nombre de la señora Domitila que finalmente se dio en esa Catedral un día del que solamente recuerdo el ambiente de fiesta y que también me tocó, pues era raro y poco frecuente en esa familia. Los contrayentes estaban felices ese día, hubo ropa nueva, asistieron amigos y la familia junto a algunos vecinos y yo, esperamos con ansias que llegaran a la casa para disfrutar también de esa boda donde había dulces y tortas que siempre me han gustado. De allí en adelante vendrían cambios, supuse, pues el nombre de Domitila pasaba a ser Rosario de Quevedo.

Quince días después de esa boda fui a la barbería y luego del saludo con “Larita”, como me dijo que lo llamara de ahora en adelante, me pasó tres libros con títulos bien llamativos para mi gusto: Así se templó el acero, La madre y, Oficina número uno. De los tres títulos me atrajo el de La madre, porque sin leerlo imaginé que encontraría algo bonito para mí desde esa bonita palabra que curiosamente venía siendo lejana en mi vida.

Le di las gracias a ese señor y a su vez le pregunté sobre los jóvenes con los que comentaba las lecturas, solo dijo de ellos su cualidad: Son un poco esquivos y se cuidan de con quién hablan, seguro lo contactan pues ya saben de usted y esos libros los leyeron —insinuó—. Esa suerte de clandestinidad de esos jóvenes que ese señor me asomó ese día me llenó de una intriga interesante y seguramente, imaginé, eran curiosos como yo. Luego nos despedimos con la seguridad de que a esa barbería podía ir en cualquier momento para leer y conversar con los visitantes frecuentes.

Cada vez en que se daban escenas como la anterior dominadas por el gusto por los libros, más importancia le daba a mis lecturas silvestres, pues también cultivé el hábito de escribir en un cuaderno lo que me causaba agrado o desagrado mediante las palabras del escritor o en párrafos donde las palabras vida y muerte se peleaban sus espacios seductores para el lector. Y yo lo era.

Lo había sentido en las lecturas de novelas cuyos personajes eran vaqueros, pero con estos libros no era lo mismo: En ellos empecé a leer señales de ambientes poéticos, políticos, represión policial, torturas y desventuras amorosas. Aunque no me causaban rechazo inundaban mi mente de ambientes complejos y diversos. De modo que me vi obligado a releerlos, volver sobre sus páginas,

aprender nombres cargados de consonantes agrupadas sin sentido, me decía. Pero las palabras que no comprendía en su significado las buscaba en un diccionario en español, pues ruso no sabía y ni siquiera dónde quedaba ese lugar.

En cambio, por ejemplo, *El derecho de nacer*, que transmitían por la radio nombraba términos comunes, mientras que en estos libros había nombres difíciles de pronunciar: Nicolái Ostrovski, Máximo Gorki, menos en el caso de Otero Silva. Solamente la osadía mía de entrarle a ese tipo de literatura tenía justificación.

Dije lecturas silvestres debido a que así construí mi formación de autodidacta: Pasando una página, regresando a ella, anotando términos y luego buscar su etimología en el diccionario. No me fastidiaba hacerlo y de la misma manera aprendí a emborronar papeles intentando escribir algo parecido a un libro que solo yo leí. Por lo que, equivocado o no, devoré con pasión las páginas de cuanto libro caía en mis manos y busqué palabras seductoras. También gracias a ese hábito y por mi obstinación me aventuré a lenguas como el francés y el inglés, siempre con el diccionario en mano.

Y como ocurre en asuntos de valores, gustos y preferencias en los humanos, unos autores y libros me gustaron más que otros en sus escritos. Hubo los que movieron mis entrañas en lo que me enseñaban y terminaron siendo los de mi mejor gusto. De Pavel, en *La madre*, fijé su fuerza en una palabra que marcaría mi vida: *Revolución*, en ese ambiente de la Rusia feudal. Pero sin ninguna duda fueron los Diez discursos del Zaratustra donde mi <amor fati> se detuvo asombrado cuando estuve en la finca, leído a los doce años de edad y es mi mejor recuer-

do para problematizarme en mis aproximaciones al Dios cristiano.

Devino ese libro mi compañero de ruta y donde aún me detengo en sus páginas. Fue de tal grado su impacto y la reacción sentida que mis tempranas creencias en esa divinidad fuerte y misericordiosa con ese Dios venían a chocar desde una frase brutal y creativa que todavía retumba en mi cabeza: «Es que no te has dado cuenta que Dios ha muerto... Todos nosotros lo hemos matado...». Y eso me preocupó, a mi temprana edad, porque era la culpa inyectada, rechazaba cada vez que la escuchaba en las frases del catecismo o asistía a misa. Y ahora resultaba que también yo, según Nietzsche, era culpable “de la muerte de ese Dios”.

Mientras reflexionaba esas lecturas y en forma paralela a esos síntomas en mi espíritu, a mediados del mes de julio circulaba el rumor, entre algunos alumnos, de quiénes pasarían al quinto grado y los que no ante la dificultad de la llamada “regla de tres”. Una operación matemática que consistía en responder a problemas de cálculo numérico como el siguiente: «Si una hora tiene sesenta minutos y un minuto sesenta segundos, ¿cuántos segundos tiene una hora?», y de igual manera se utilizaba para averiguar los precios de un producto en una bodega cuando hice mandados.

Por esa época, algunos de mis compañeros en la exposición oral del tema razonaban en voz alta, pero hubo veces en las que se ayudaban contando con sus dedos ocultando las manos tras de su cuerpo, porque sabían que eso no estaba permitido. En mi caso, la señora Domitila, ahora nombrada Rosario, creía que persuadirme con castigos era el mejor método porque “la letra con sangre entra”, y en ese sentido admito que a lo mejor de tan-

tas veces ensayando ese represivo método me quitó esa maña, casi natural en un niño. Así aprendería a forzar la mente para contar sin hacer uso de mis dedos. Sabido eso, el rumor posiblemente no me afectaba y tenía confianza en aprobar el año escolar.

Si esa señora hubiera tenido una mínima formación pedagógica, quizás habría podido utilizar otra forma de prepararme para la escuela, pero la opción que tuve fue esa y por lo visto dio sus resultados porque, a diferencia de otros niños, fue debido a esa “forzada bondad” donde no tuve inconveniente para aprobar ese cuarto grado venciendo el obstáculo de esa terrible “regla de tres”.

## Capítulo IX

### *Vacaciones estropeadas*

*Ser libre no es solo quitarse las reglas o romper cadenas,  
sino saber qué hacer con esa libertad*

—*Erich Fromm*

U nas semanas después llegaron las vacaciones y en un pueblo tan pequeño era visible que unos íbamos contentos y otros no por el asunto de repetir el año. En ese aspecto llamó mi atención que entre quienes repetirían vi a compañeros con mejores condiciones sociales para estudiar que algunos de quienes aprobamos. —¡Así es la vida! —me dije—, y bien contento llevé mi boletín escolar a la casa. Acto que pasó sin pena ni gloria por la indiferencia de la señora de mi crianza ante mi logro. Tampoco eso me era extraño y el boletín lo guardé en el cuarto donde dormía. Era mi triunfo, de alguna manera, y punto.

Ese mismo día del boletín escolar fue el jueves de la visita acordada con la señora del señor Francisco desde Monay, y allí mismo, en la entrada y casi sin saludarse de inmediato, ella le habló: — El lunes en su regreso a Monay se lleva a este muchacho y lo pone a hacer algo allá. No tiene clases y aquí no lo necesito. —Tengo una señora que me ayudará en la cocina y los mandados —masculló.

Llegado ese lunes, y como estaba decidido, el viaje se dio en el viejo autobús de ese tiempo. Durante el corto viaje, de no más de una hora, iba pensando que en el fondo me iba de vacaciones. Incluso sin que esa señora se lo imaginara, con ese capricho de mandarme lejos de su presencia me brindaba la oportunidad de reencontrarme con mis amigos del tercer grado y de la familia Téllez. En cuanto a la rutina de ayudar en el expendio, tampoco me desagradaba.

Mi llegada encontró los cuartos arreglados y el ambiente con el señor Francisco era de un trato menos distante, preparamos el almuerzo y fue agradable la conversación iniciada por él en torno a que aprovechara mi tiempo para no perder lo aprendido en ese cuarto grado. Por la tarde le pedí permiso para salir por el pueblo y percibí que en dos años de mi ausencia no mostraba mayores cambios. Salvo tal o cual negocio de licores o locales para venta de verduras y frutas. La escuela estaba en el lugar de siempre, las calles medio arregladas y por supuesto, el inmenso calor que por venir de un lugar con temperaturas de quince grados mi cuerpo resintió y ahora sudaba más de la cuenta.

Estando en ese pueblo, una de las tareas que me impuse fue visitar al maestro Rumbos y al momento en que lo busqué me informaron que estaba con la salud deteriorada, lo medicaban en Boconó y que a lo mejor pedía traslado porque allá el clima lo favorecía. Otra, era de tipo emotivo por si veía a quien descubrió mi fealdad pero tampoco estaba porque se había mudado para Valera y pocas veces venía a visitar su familia. En cuanto a la familia Téllez, el ritmo de vida que observé al visitarlos era casi igual al de sus frecuentes juegos y el “día a día” conocidos desde que cursé mi tercer grado. Sin embargo, estaban convencidos de alejarse de Monay y “probar

suerte, pues Dios proveerá en otras tierras” como siempre decía la señora Josefa, con su optimismo a flor de labios.

De todos modos, entre informarme de todo eso y las obligaciones en el expendio mi cotidianidad marchaba bien y tenía más tiempo para leer y escuchar la radio. A veces jugaba a las carreras con nuevos amigos que llegaron al pueblo. En el expendio el señor Francisco me daba más confianza y hubo momentos en los que me enseñó a preparar cremas mentoladas y a seleccionar polvos como ácido bórico, bicarbonato de sodio y dos con líquidos bien útiles: Yodo salicílico para los hongos en los pies y miel con eucaliptus para la tos dentro de unas gotas de alcohol. Sumado a esos inicios en la medicina aprendí la diferencia entre el ácido clorhídrico y el sulfúrico que a veces experimentaba con metales motivado a que los disolvía, pero cuando él no estaba.

Y ante esa sorpresa iba al diccionario y aprendía que eran sustancias estudiadas por una palabra llamada química. Esas vacaciones mías pasaron rápido y en mi cuaderno anoté que el diálogo con el señor Francisco iba mucho mejor que otras veces y le agradecí lo que me había enseñado.

Faltaban quince días para el inicio de clases y septiembre estaba finalizando, regresé a Trujillo debido a que en el expendio se haría un inventario y venían de Carache, como habitualmente ocurría, a revisarlo algunas personas enviadas por su dueño. Fue lo que se me dijo como motivo del adelanto para mi regreso. Aunque llegué a pensar que al dueño del expendio le incomodaba mi presencia allí, y razón no le faltaba pues su propuesta de peón la había rechazado y a algunas personas eso los incomoda.

Al regresar de Monay, habían pasado veinticinco días, en Trujillo se sentía el bullicio del inicio de las clases, mientras que en la casa el ambiente de sospecha y culpa o las insistentes llamadas de atención continuaban conmigo. La inscripción para iniciar mi quinto grado no tuvo tampoco muchos cambios, y tal como escuchábamos los amantes del béisbol profesional por las emisoras de radio en la voz del “Musiú Lacavelerie” cuando ante un inning complicado expresaba con humor: «No hay quinto malo», de modo idéntico internalicé esa frase para darme confianza y me dije: «Será mi mejor año en esta escuela».

Ante ese dicho me fijé dos expectativas: ¿Quiénes nos darían clase?, y ¿tendremos alumnos venidos de otras escuelas? Sobre todo para observarlos e imaginar su apodo respectivo, una práctica que con el tiempo sabría de su nombre académico como una asignatura que estudiaba lo que muchos de mis compañeros hacían con cierto talento: «La semiótica del cuerpo». Talento expresado en su facilidad para distinguir qué señal destacaba en las personas y si esa señal le agradaba o desagradaba al apodado.

Y si el cuarto grado fue mi mejor experiencia escolar en tanto estudiante, el quinto me permitiría descubrir y sentir que ya era un hombre cuyas señales en el cuerpo eran visibles. Todo debido a las manifestaciones de mi sexualidad a las cuales contribuyeron unos compañeros repitientes que estaban en ese grado. Lo supe porque constituían un grupo de cuatro con prácticas dominantes hacía los menores como yo, pero distintas y menos osadas que los repitientes del cuarto grado cuando llegué a ese grupo escolar. Aunque por saber defenderme y carecer de miedo ante amenazas prefirieron integrarme y tratarme distinto a aquellos compañeros que les demostraban sumisión o adulancia. Lo que yo lo entendía

porque el señor Moisés en la recordada finca siempre decía en esos casos: «El miedo en los hombres es libre, pero no es bueno tenerle miedo al miedo, se puede derrotar». Para bien o para mal, el lugar de mi pupitre lo escogí en la fila donde estaban esos amigos del “chalequeo y los apodos” pues a decir verdad me agradaba de ellos su desobediencia y ojos pendientes de todo.

Eran como esos gatos que no se dejan pasar la mano humana por su cabeza porque eso demuestra sumisión ante el otro. Los “del chalequeo” tenían la costumbre de darle nalgadas a quien se dejara, eso conmigo no lo lograron porque cuando lo intentaron de inmediato les demostré mi disgusto. En esas escenas, generalmente si el maestro no estaba, funcionaba lo de cualquier perro: Mostrar los dientes como primera defensa.

El primer día de ese quinto grado nos atendió el director y sus palabras fueron las siguientes: —Mientras el profesor de la materia se recupera de un quebranto de salud ustedes tendrán una maestra suplente —nos notificó. Al instante de ver quien hablaba y escuchar su dicho mi memoria fue sacudida. ¡Huy! —murmuré en voz baja, era el señor González, el mismo que en mi segundo grado estuvo de director en Carache y no permitió que la señora Rosario me sacara de la escuela. Fue una sorpresa reconocerlo, ahora tenía menos cabello y la delgadez de su cuerpo era excesiva. Por mi voz nadie supo quién era él y las clases comenzaron.

De la suplente, que casi siempre era una mujer, esperábamos que usara la pizarra y así cada quien con sus gestos expresaba lo que su mirada atrapaba del cuerpo seductor y cadencioso de la fémica cuando se movía en ese pequeño espacio. Su asignatura era castellano y ese día dedicó unos minutos para buscar nuestra motivación

para su clase con una expresión emotiva: —Los humanos somos diferentes a los animales por el uso de la palabra y debemos cultivar nuestra lengua materna —dijo—. Fue su primera frase ese día y todas nuestras miradas pícaras y murmullos se mostraron al instante cuando nombró la palabra lengua.

La reacción de los repitientes fue de una risa contagiosa cuando la profesora mencionó esa palabra, al instante ella entendió de manera clara cuál era el terreno donde se movía y su gesto no fue ofenderse, sino de aclaratoria: —Jugar con las palabras —aclaró—, es una manera de comunicarnos y sí, les repito la palabra que tanta risa les causa: “Lengua”, pero con otro sentido: —Lengua como músculo liso del cuerpo que tenemos y lengua como término de un lenguaje —puntualizó—. De ese modo asumimos que sabía de lo que hablaba, al menos yo anoté en mi cuaderno: «Confirmar con el diccionario si la lengua es un músculo liso».

En las clases siguientes, ya casi a fin de mes observaba que la maestra al desplazarse dentro del salón no llegaba a la fila de nosotros, era el espacio de los repitientes y algo le decía a esa maestra que era zona prohibida. Pero yo sí sabía el motivo: —Dos de esos repitientes se sacaban su miembro, lo medían estando erecto y en un papelito anotaban los centímetros para luego ponerlo a circular entre todos los del salón. Después, cuando obligatoriamente la maestra debía ir a la pizarra leíamos el papelito y nos reíamos porque cada medida tenía su dueño en el apodo: “El gato”, “El burro”, “Cara de perro”, “Zanahoria desnutrida”, “Topocho” y “Manguera”.

En fin, con ese grupo supe que “masturbarse” era la mejor emoción que nuestro cuerpo sentía y en algunas ausencias de la maestra todos conocimos la forma

de hacerlo y la medida de esos miembros. El que más nos asombró fue el de “Cara de perro”, por su miembro en forma similar a un cebollín invertido, pero su historia al contarla es lo que me impactó cuando brevemente la expuso: —A muy temprana edad y sin querer me oriné la cama —susurró—, era madrugada y mi padre, que frecuentemente me castigaba por eso, me sacó al patio a ver si dejaba de hacerlo, según él dijo. Allí amanecí picado de hormigas que me dejaron el cuerpo con moretones y llagas, pero la parte que más daño me hicieron esos animalitos fue en este miembro y por eso lo tengo así —aclaró— con tristeza y una medio risa como si ese recuerdo aún lo atormentara. Al oírlo, sentí que yo no era el único que había sufrido castigos por parte de sus padres o representantes, pero lo de él fue terrible.

Los otros apodos no llamaron mi atención, pero en eso de sentir algo por masturbarse sí que me interesé en saber cómo hacerlo. Y sin duda, había descubierto otro uso de las manos al lado de la palabra placer, pues cuando lo hice supe que la soledad tiene sus ventajas y nuestro cuerpo pareciera venir preparado para ello.

Para algunos, el tamaño del pene sí contaba, para otros no. Incluso, hubo quien fue indiferente a esos hechos y conversas disimulando una pena cultivada por la represión ante su orientación sexual, fue “zanahoria desnutrada”. De hecho, en ese tiempo circulaba una revista de orientación sexual nombrada Luz y casi de manera clandestina. En consecuencia, la costumbre dominante era que hablar de sexualidad era considerado un gran pecado moral. Moral o no, nuestros cuerpos en ese salón dejaron su huella maravillosa de la importancia de conocer nuestro cuerpo. De alguna manera fuimos libres en palabra y hecho.

Ya para el tercer mes no tuvimos más a esa maestra y quien vino en su lugar fue el titular de la asignatura, de apellido Núñez. Con él nos llevamos bien porque era un hombre de esos que no se molestan mucho por ver cómo va el mundo. Al mismo tiempo llegó a nuestro curso un nuevo profesor por traslado de una escuela de Santa Ana, un lugar histórico por la firma del Pacto de Paz en la Guerra de Independencia. Su presentación fue similar a la anterior con la maestra suplente por parte del director. Ese día, cuando lo vi, detallé su lenguaje corporal y algo me dijo que con ese maestro debía ser prudente, no tanto yo sino todos. Ya lo había visto en su mudanza, cerca de donde yo vivía y no supe, hasta ese momento en el salón de clase, que sería mi enseñante de Historia.

Era un hombre alto, con un rostro parecido al de las fotografías de un jugador de Póker: Mirada fija y sin expresiones emotivas como a quien es bien difícil adivinarle sus cartas. Ese día entró al salón y dijo: —Me llamo Pedro—. De inmediato su divisa la fijó con cierta prisa: —Tengo experiencia enseñando en grupos de alumnos amigos del desorden y la indisciplina —aclaró con autoridad—. En la parte donde estaba mi pupitre hubo un murmullo audible con la intención de aceptar el reto autoritario solapado de ese dicho y ese profesor de inmediato y con su mirada retadora nos ubicó como su campo minado.

Al mismo tiempo, de esa afirmación, implantó una estrategia efectiva de control disciplinario: —Llegaba bien temprano, pasaba asistencia, pedía un corto resumen de la clase anterior, referencias de consultas a libros y, sobre todo, nos interrogaba en torno a los valores patrios o religiosos. Después se dedicaba a describir el contenido de la clase preparada para ese día. Era un

maestro bien organizado y lo que enseñaba no lo improvisó.

La entrada al curso era a las siete de la mañana, pero con él, llegar tarde no era como con los otros maestros que laxamente a uno lo invitaban a pasar y sentarse. ¡No!, con él había que explicar el porqué de la tardanza. Dije antes que era vecino y a veces con él coincidía en el camino, si bien lo saludaba pero apenas él movía la cabeza como respuesta y sin emitir palabra alguna, solamente me miraba.

En ese caso y de inmediato, mi <amor fati> me dijo del cuidado a tener con esa persona, no me era extraña esa estrategia porque representaba las imágenes que nos muestra un perro cuando tiene ganas de mordernos, porque sí, porque le viene en gana o es su naturaleza hacerlo.

Al poco tiempo y en ese curso, con esa persona, el asunto para mí estaba claro y al contrario de otros maestros a quienes siempre les preguntaba, con este evitaba hacerlo y mis compañeros me incitaban a hacerlo porque sabían que me gustaba animar la clase con mis preguntas rebuscadas desde las lecturas que hacía. De allí que empezaron a señalarme: —¡Tú! —ellos cuchicheaban— como que le temes a ese maestro. Ante ese reto guardaba un prudente silencio dándoles a entender que eso era cierto y así me conducía en el curso.

Mientras ese maestro recorría el salón con sus preguntas siempre insistía en preguntarme y yo lo evadía con cualquier palabra mostrando mi indiferencia por su clase. Todo esa evasión me funcionó hasta un día donde a él le llegó su momento o instante, como a veces ocurre con las cosas, en que dirigiéndose a mí, en el tema de ese

día: —El temor a Dios como valor humano, me preguntó: —Perdomo, ¿siente usted temor por su Dios?

Sorprendido como quedé, solo pensé en una respuesta dirigida a mis compañeros porque sabía que les gustaba mi reacción frente a ese tipo de preguntas. Su gusto lo manifestaban por las referencias de libros y anécdotas de cuentos que les mostraba y yo les indicaba el libro de donde las obtenía. Sin embargo, ese día ese señor me descolocó como el día de la pelea donde me noquearon, al prácticamente retarme nombrando mi apellido. En ese sentido opté por recurrir a la evasión devolviéndole la pregunta: —¡Bueno!, ahora que usted lo pregunta —le dije— ¿De cuál temor usted nos habla cuando un filósofo alemán llamado Federico Nietzsche dijo, mediante su libro Zaratustra, que Dios ha muerto?

Ese maestro, que seguramente conocía al referido autor ripostó con fuerza: —Mire, Perdomo, no blasfeme en mi curso, respete. Usted se refiere al Anticristo con ese autor, lo cual no se lo acepto. No dijo más nada y se dirigió a otros alumnos, pero no dejó de mirarme como gallina mirando sal. En ese instante recordé al señor Moisés cuando me dijo: «Amigo Camilo, cuando usted llegue a tener miedo a algo, no huya y sea usted mismo, como cuando evitó al toro aquél que amenazó su vida». Pasados unos segundos en el salón hubo un largo silencio como si esperaran que ese maestro me citara a la dirección.

En el curso ese comentario al profesor donde se sintió ofendido fue la primera vez que me ocurrió cuando yo daba mi opinión con apoyo de lecturas, pero sí, él buscó un efecto y lo logró porque los compañeros se dividieron entre adulantes y discriminadores al grupo donde estaban los repitientes.

No obstante, ese día obtuve otra identidad, otro signo, otro calificativo: Blasfemo, palabra que no le sabía su historia, más sí su uso por voz de la señora Rosario. Nunca más volví a intervenir y si él me preguntaba algo solamente le decía: —No lo sé, no le comprendo y su clase continuaba.

Previendo algo en la conducta de ese docente, una tarde busqué al amigo “Larita”, le tenía confianza porque yo ya era miembro de “la Juventud Comunista” y era quien me había reforzado el gusto por la lectura. Luego de relatarle lo ocurrido me advirtió: —Cuidese de ese señor —me advirtió—, es un adeco represivo y fanático cristiano, por eso a usted lo calificó de blasfemo. —Sí, —dije—, actuó conmigo como si buscara una confrontación. Le di las gracias por su sugerencia y consulté esa palabra en el diccionario porque ni estando en la Juventud Católica la escuché como término ofensivo. De la consulta aprendí que en sentido estricto solo se refería a una ofensa verbal contra una divinidad, y eso no fue lo que hice con mi respuesta.

En el curso ya sabíamos que el maestro Pedro acostumbraba preguntar buscando el control del grupo, pero no lo utilizaba para aprender sino para hacer sentir su poder de profesor autoritario. Eran sus preguntas capciosas buscando demostrar la ignorancia nuestra, no el esfuerzo de la búsqueda. Su estrategia era de doble filo pues constantemente detrás de ellas estaba el signo represivo y siempre aprovechaba cualquier debilidad nuestra. Y sí, los hechos que le daban la razón no los desaprovechaba en sus fines.

Así que a consecuencia de haber llegado tarde un día, me llegó el turno frente a su estrategia: —A ver, Perdomo —dijo. ¿Cuándo se firmó el acta de nuestra Independencia? Mi respuesta le indicó que iba bien, lue-

go formuló otra: —¿Cómo se llamaba antes Venezuela? —Venecia, le solté, estando seguro de mi respuesta. —¡Noo! —dijo—, subiendo su tono de voz y arrastrando la vocal que acompañó con una risa burlona—. Se llamó “Tierra de Gracia”, por parte de Colón, nuestro descubridor —enfaticó con orgullo de colonizado—. Ah, no lo sabía —le reconocí con el debido respeto.

Y en ese disparate duelo de palabras y medias verdades en que me acorraló su poder y que a mi <amor fati> lo sorprendió, ese maestro inolvidable me remató con la del “Alma llanera”, como se dice entre los venezolanos cuando indudablemente la fiesta debe terminar. —¿Cómo se llama el director de este Grupo Escolar donde ahora estamos? —dijo. —Se llama Gonzalo González — respondí. —Sí —admitió, pero de seguidas agregó: —¿Gonzalo González qué?, yo, acorralado ante su réplica porque desconocía la existencia de ese segundo apellido, marca desagradable que acompañaba en su ausencia mi identidad, solo atiné a responder como quien saca del sombrero un conejo y siempre utilizaba esa magia: —El juego de las palabras—. Por eso le repliqué: —Gonzalo González de la Gonzalera. Y lo dije bien serio con mi rostro de adolescente cercano a la hombría.

Entonces y sin que lo imaginara, todo se complicó más cuando todo el curso estalló en risas ante lo que dije y de repente el maestro Pedro se sintió ofendido de nuevo y se me acercó con una mirada amenazante, me tomó del brazo con fuerza para llevarme a la Dirección buscando sancionarme. Al momento en que me llevaba le dije que me soltara el brazo porque me apretaba y dolía y como no lo hizo le di un puntapié fuerte y al instante me soltó.

Llegamos ante el Director y luego de la exposición de ese maestro me dieron la citación para el representante, mi voz no fue escuchada ese día y por quince días

no iría a clases teniendo que reincorporarme acompañado de quien debía firmar una caución por mala conducta.

En mis condiciones para ir a clase con esa amenaza de llamar al representante me retiraban de la escuela, así me encontré solo y sin respuestas. Solo apelé a no desesperarme y ese maldito sobre que me entregaron nunca lo entregué a la señora Rosario, lo escondí en el agujero de una casa vieja que los camaradas de la Juventud Comunista utilizábamos en nuestras reuniones clandestinas para ocultar papeles. Entregarlo implicaba cumplir la sentencia de sacarme de la escuela y que yo sentía como una daga a punto de atravesar mi cuello cada vez que momentos como ese se me daban. En este caso fue contra mi voluntad pues la respuesta que di era muy propia de nuestra lengua española. Sin embargo, mi culpabilidad de todo lo que me ocurría para la señora Rosario no estaba en duda. A partir de ese hecho de la sanción iba esos días hasta la puerta de la escuela y luego que todos entraban me iba a matar el tiempo hasta la hora de la salida de clase por los alrededores y generalmente me ocupé de ver pájaros en los lugares cercanos a la escuela y la plaza Sucre.

El plazo de reincorporación se acercaba y afortunadamente ese maestro no le confirmó a la señora Rosario lo ocurrido conmigo en su clase. Oportunidades tuvo si recordamos que era nuestro vecino y de paso católico como ella. Aún hoy, de ese hecho, ignoro qué lo detuvo para no hacerlo, pues siempre salíamos a la misma hora para la escuela y él me vio uniformado.

Esos fueron momentos de mucha angustia provocados por esa citación. Y de manera natural evitaba el otro castigo si en la casa se enteraban. Por eso me esmeré en manejar bien la situación teniendo la prudencia de no

comentarle a nadie lo ocurrido. De esa manera el rumor de ese sobre nunca le llegó a la señora Rosario.

Pasados trece días y faltando dos días del plazo del hecho coincidí con el maestro Pedro en el mercado y me preguntó si había entregado el sobre a mi representante. Le dije que no porque mi representante me tenía la amenaza de que ante una citación, por lo que fuera, me retiraría de la escuela. Con lo dicho se sorprendió diciéndome: —Ha debido contarle a sus padres lo ocurrido—, es por su bien que se le sancionó, usted es muy soberbio y desobediente.

Y como para decirle quién era yo y en qué situación me encontraba le agregué: —No son mis padres, casi forzados me permiten ir a la escuela, por eso frecuentemente llego tarde a clase, pues antes debo hacer mandados y oficios en esa casa. Él guardó silencio, yo también y allí terminó nuestro imprevisto diálogo.

Por muchos años he conservado ese caso y no sé qué ocurrió, pero pasó y de alguna manera ese maestro hizo algo en la escuela con la correspondencia de la citación. La misma moriría en el lugar que la escondí. Sin mi representante me presenté al salón como si no hubiera pasado nada, asistí a las clases sin inconvenientes y logré pasar las pruebas y trabajos que en esos quince días se dieron y con ello pasaría al sexto grado.

De lo que hizo ese maestro nunca dejaré de agradecerle su gesto, pues él no volvió a preguntarme y no nos hablamos nunca más. Ya, yo adulto, reencontraría a uno de sus hijos con su mismo nombre y como nos conocíamos le conté ese hecho, aunque pienso que él ya lo sabía por la risa que me mostró. Él exitoso como profesor y a su vez abogado, siempre hemos conservado la amistad.

## Capítulo X

### *Culminó la primaria*

*No pregunte qué puede hacer su País por usted.  
Pregunte qué puede hacer usted por su País*

— *J. F. Kennedy*

**S**in mayores inconvenientes continué en el sexto grado, salvo los vinculados a desórdenes insignificantes y tal o cual conflicto personal que generalmente lo resolvía fuera de la institución y como ya eran conocidas algunas de mis peleas en el boxeo aficionado obtuve el debido respeto para mí, incluso de jóvenes mayores y con cuerpos fuertes.

Así que lo culminé en ese grupo escolar y con ese logro, inmenso para mí, le entregué el boletín final a la señora Rosario con bastante alegría. Ella, como de costumbre, lo recibió con una forzada risa. En cambio yo, desde aquel mes de julio de 1959 en que obtuve ese logro reafirmaría mis deseos de estudiar y comencé a sentir que mi vida estaba en esa ruta del conocimiento. Una vida donde se redefinían gran parte de mis sueños por hacer mi propio camino existencial. En mi espíritu sentí que era un regalo de Dios y que mis plegarias habían sido escuchadas, significaba mucho si recordaba que personas cercanas a mí no habían pasado del segundo gra-

do. En el fondo, mi ateísmo era de corte literario y bien liberal.

Es debido a esa educación primaria y admitiendo lo natural de todos sus avatares donde se sembró esta idea de escribir y describir buena parte de un pasado que excepto los espacios del preescolar transcurrió en el mundo de los otros niveles de la enseñanza. Una vida que de alguna manera se basculó entre revelar a la persona abusada y a la vez poder mostrar su estrategia de sobrevivencia en sus respuestas. Al mismo tiempo, es posible imaginar que en ese tiempo estuvieron las ideas para intentar ser un educador y padre de familia responsable.

En fin, ahora mi vida seguía su curso en su rutina de hacer mandados, iba para el expendio de Monay y ayudaba al señor Francisco, leía distintos libros y a veces me encontraba con antiguos compañeros del curso. La mayoría de ellos seguirían estudios en el Liceo “José Cristóbal Mendoza”, otros irían al Colegio católico y de corte privado “Francisco Victoria”, que con el tiempo el gobierno compró para convertirlo en el Liceo “Ramón Ignacio Méndez”.

De mi lugar para continuar estudiando sabía que a ninguno de esos iría, privaba mi condición de “criado” y además que me habían dicho que al Liceo iban quienes al graduarse continuarían en la universidad. De tal manera que seguía ayudando en la casa y ante mi insistencia en estudiar, un día me respondió la señora Rosario informándome de una opción si encontraba un cupo en la Escuela de Artes y Oficios donde se egresaba con el título de artesano estudiando dos años o perito mecánico con dos años más. Se entendía que en esas escuelas se obtenía un diploma para personas de escasos recursos eco-

nómicos preparadas para ir al mercado de trabajo como obrero de alguna empresa.

En efecto, era en esa época de los años 1956 a 1960, la alternativa con un tipo de escuela diseñada para jóvenes de pocos recursos creada por Decreto en 1884, pero que en Venezuela no estaba en todas las regiones. Su objetivo principal consistió en preparar al estudiante para insertarlo en el mercado del trabajo en oficios de mecánica, electricidad, carpintería, torno, soldadura y otras destrezas manuales.

En el momento en que supe de esa posibilidad sentí que mi insistencia en estudiar debía ganármela si antes tenía un trabajo remunerado, pues en mi memoria había grabado las palabras que frecuentemente me espetaban en esa casa si manifestaba querer estudiar: «Olvídese de ir al Liceo, si es lo que está pensando. He hecho mucho por usted para que estudie, recuerde que no es mi obligación hacerlo, no es fácil mantenerlo todo el tiempo y más con su constante desobediencia y ahora, me dicen los sacerdotes que hasta es ateo, que ofende a Dios. Sin embargo, hablaré con Francisco y si él acepta representarlo estudiará en esa escuela de pobres y al terminar se va a buscar trabajo, ese es su destino» —concluyó, en uno de esos momentos de discusión donde mostré fuerza en mi reclamo y por alguna razón ahora la señora Rosario evitaba castigarme.

Y ese día en mi <amor fati> anoté las palabras pobre, criado y abandonado con las que identificaría mi lugar en la sociedad, ellas me identificaban aunque mi sueño era salir de ese lugar y de allí mi constante lucha por sentir que trabajo y estudio me sacarían de esa desagradable palabra nombrada y repetida como si fuera una virtud: La pobreza.

Que careciera de padres con los cuales compartir mi vida ya ni me entristecía ni era mi preocupación, pero que no siguiera estudiando sí pues algo dentro de mi <amor fati> decía que allí estaba mi salvación a no sé qué monstruo amenazante: —Ser arrojado a la calle, caer en la delincuencia, no tener alimento o un sitio donde dormir. Esos eran los duendes de mis sueños, y no era el perro negro como signo del demonio en las amenazas de la señora Rosario. No, era seguir siendo pobre y miserable. Eso de que «...Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar...», que dicen fueron palabras del poeta cubano José Martí en la canción “Guantanamera”, a mí no me identificaba, pues solamente sintiendo la pobreza se siente que es la mayor de las violencias entre los humanos.

Desde lo dicho por ella vale reconocerle su gesto de ofrecerme cierto chance, como dicen los franceses con la palabra refiriéndose a la suerte, con su refugio y por lo menos no me tiraba a la calle ni me llevaba al lugar donde nací y del cual ni siquiera sabía si mi madre Rita aún vivía allí. Del estudio no me habló más y sería el señor Francisco quien lo decidiría cuando viniera a Trujillo, pues ella era resistente a ser mi representante escolar.

En ese tiempo la imagen de estudiante prestigioso la daban las carreras de medicina e ingeniería, tanto que los padres de mis amigos que contaban con esos estudiantes eran reconocidos en la sociedad trujillana y presuponían que al graduarse sus hijos eran seguros aspirantes a cargos de renombre en la sociedad. Se corrió la leyenda urbana de que un estudiante de ingeniería era un ser muy inteligente: “un taco, pues”, mientras que sociólogos o filósofos eran “simples habladores de paja”. Por supuesto, esas carreras deseaba estudiarlas y en mis sueños no faltaba esa voluntad. No obstante, al pisar tie-

rra el siguiente día lo que quedaba de mi sueño era una inmensa montaña llena de dificultades para subirla.

Ya había dejado mi piel inocente en esa época, sabía de mis límites y dónde se iniciarían mis estudios de la escuela secundaria, ahora sentía eso similar a cualquier culebra cuando muda la suya y su naturaleza le indica que debe dejarla en el camino y continuar con su vida. Solo que ser rastrosos en esos animales es su destino, no el mío definido en una continua lucha donde ser un arrastrado para alcanzar sus fines existenciales no estaba en mis planes. Y, en eso, éramos animales radicalmente diferentes. Mi lucha no solo era con mis brazos y piernas, sino con mis pensamientos y sueños abriendo puertas y ventanas cada vez que podía hacerlo o visualizaba una oportunidad.

De lo que sí no puedo olvidarme es del día del cumpleaños del amigo Lara, o “Larita” como le gustaba a él que lo nombraran. Una tarde lluviosa del mes de septiembre, mientras entraba a su barbería buscando alguna opinión de esas dudas mías en cuanto al sitio de estudios donde iría, lo encontré con su familia y amigos compartiendo una torta. Al instante me sentí incómodo por lo importuno que fui, pero él me invitó cordialmente a compartir ese momento de felicidad. Después le conté el porqué de mi consulta y me dijo que si eso se daba era una buena decisión y no debía dejarla pasar. Ese día me dio el nombre de dos personas de confianza trabajadoras en esa escuela para que los tuviera como apoyo frente a alguna dificultad. Esas amistades tuyas eran luchadores sociales y clandestinamente denunciaban la represión del gobierno de ese 1960. Ese gesto lo sentí tan sincero que me vi en la imagen de Pavel, el del libro *La madre* que ese señor me permitió leer y así saber de la Revolución rusa de 1917.

Eran mis inicios en algo distinto a mi desobediencia salvaje que venía practicando, sin propósitos ni planificación estratégica. Ahora esa confianza aumentó cuando vino acompañada de lo que sus palabras agregaron ese día: «Para la Juventud Comunista usted es el camarada Camilo, pero en la calle con sus compañeros de lucha escoja otra palabra, un seudónimo y, sobre todo, sea bien cuidadoso cuando se exprese políticamente, hay mucho delator con su misma edad trabajando gratis para la policía. Cuídese de sus amigos, familiares y vecinos ya que la represión es lo único que sostiene a las dictaduras y hoy en Venezuela, a pesar del voto popular y secreto, tenemos un sistema autoritario y enemigo de la libertad».

Al final de la fiesta y menos tenso que cuando llegué con mis dudas dejé ese lugar. Llegué a la casa y allí tenía las tareas de costumbre, las cumplí y en el cuarto donde dormía casi a las seis de esa tarde tuve la certeza de que ante las palabras de ese señor tenía ahora otra familia venida del mundo comunista. También había conocido a los jóvenes católicos, pero estos no eran más comprometidos con la idea de cambio y yo lo que deseaba era vivir dentro de otra sociedad más justa que la que tenía ante mis ojos. De modo que contar con un apoyo y valorización de lo que haces o puedes hacer para cambiar la sociedad venezolana me motivaba bastante. Al día siguiente y bien motivado por lo ocurrido la tarde anterior me fui a la biblioteca del ateneo y en el diccionario consulté la palabra “camarada”, con la cual confirmaba mi suposición porque significaba algo similar a familia.

Desde esa nueva palabra supe que mi vida tomaba otro rumbo, otro sentido donde seguramente encontraría riesgos e inolvidables emociones en una época donde los estudiantes eran sospechosos de disentir del gobierno. Y de esa sensación mi <amor fati> siempre se despertaría

con otro ánimo u otro carácter. Desde entonces me volví selectivo con mis amigos y buscaba en ellos compromiso con las tareas de esa organización política hablándoles de lucha social y los libros que me daba “Larita” se los pasaba invitándolos a comentarlos en sitios clandestinos donde nos reuníamos. Me convertí en un organizador dentro del mundo seductor del secreto y la clandestinidad.

Tal vez debido a la necesidad de trascender mi situación social buscaba en esas actividades cierta eficiencia parecida a la del boxeo en eso de golpear y no ser golpeado. Ahora se trataba de hacer acciones subversivas con cierta eficiencia y sin ser visto ni conocido, sobre todo por la policía. Las tareas, aparentemente sencillas, consistían en dejar cerca de las oficinas del gobierno una caja con propaganda denunciando la represión y la existencia de presos políticos. A veces era hacer explotar un fuego artificial de los llamados “tumba rancho” y las hojas de propaganda se regaban con la explosión, otras veces ante la posibilidad de ser vistos aprendimos a utilizar lo que era el aparativo de “plaga tox” que al irse apagando encontraba en su camino la mecha del explosivo y se lograba el objetivo sin ninguno de nosotros estar presentes. Ese fue el inicio de mi lucha social donde la violencia del Estado la confrontamos con otra violencia.

De la Juventud Católica me sacaron cuando asistía a una conferencia sobre el poder del Dios cristiano dictado por un joven sacerdote venido de Caracas expresamente para eso. Quizás porque pensé en la importancia de referir la ausencia de ese poder cuando ni siquiera a su hijo ese ente divino pudo salvarlo de la crucifixión, me animé a citar el texto del Zaratustra con una pregunta incómoda: ¿Usted de cuál poder de Dios nos habla cuando sabemos que ese Dios está muerto y todos lo hemos

asesinado? La respuesta ese día fue similar a la del profesor del cuarto grado y tuve que abandonar el lugar.

Después de ese día, a la casa de la señora Rosario fue el sacerdote del catecismo para enterarla de mi conducta citando pensamientos distintos al cristianismo y de inmediato, cuando ese sacerdote salió, exclamó: A esta casa no traiga libros raros, menos anticristianos porque se los quemo. Oída esa amenaza saqué los que estaban más visibles y se los llevé a “Larita” explicándole el por qué.

Esa amenaza era incomprensible para mi edad cuando fue ella quien me inyectó la creencia en su Dios y yo le había dado testimonios de mi fe, mientras que con sus amenazas negaba sus creencias pues quemar libros lo entendía como un acto salvaje. Además, siendo un autodidacta era obvio que si leía textos religiosos bien me venía leer sus críticos, y en la idea de un Dios moribundo no había amor, sino dolor. Incluso su hijo dudó de su poder según decía el Evangelio de San Juan. Sin duda que mis lecturas la asustaron.

En el tiempo en que eso ocurrió, mi vida era todo un torbellino en esa casa porque la vigilancia y el castigo de la señora venían con cualquier excusa. Aunque el jueves, día de visita del señor Francisco, ella era otra mujer, menos atormentada como si él fuera su medicina. Una imagen que no puedo olvidar se formó en una de esas visitas cuando ese señor al nada más llegar no puso objeciones para inscribirme en la aludida Escuela Artesanal. Quizás nunca imaginó ni tampoco yo que con esa decisión mi vida encontraría su ruta existencial marcada por la búsqueda de las certezas ante la incertidumbre cotidiana.

La inscripción mediante su autorización se dio el viernes. Desde cierta prudencia empecé a mirar el lugar,

colindaba con el río Castán en la parte baja del Mercado Municipal situado en Santa Rosa, aproximadamente a tres kilómetros de donde vivíamos. Eran unos galpones con cubículos en forma de talleres y algunas salas para las clases. El río Castán bordeaba el lugar protegido por un fuerte muro de concreto y era visible la abundante vegetación contigua. De la vegetación sabía de sus caminos y por eso me vi llegando a clase luego de distraerme con pájaros e iguanas bien frecuentes en ese tiempo y llegaba alegre al salón de mis materias.

De las materias a cursar ignoraba todo y con qué tipo de profesores las tendría, porque ya la palabra maestro, según escuchaba, no se utilizaba en esas instituciones. Ser maestro era, en lo que entendí de lo que escuchaba, una persona que no había pasado por una universidad aunque estaba bien preparada en los saberes que enseñaba.

Ante esa idea disentía, pues al señor Moisés y el señor Francisco eran dos personas sin esas características donde apenas uno había terminado el segundo grado y el otro apenas el primero, pero los percibía como grandes maestros de la vida, que a fin de cuentas era lo que me animaba para seguir estudiando. Para esa época no recuerdo que hubiera un transporte público organizado y solamente el Liceo Cristóbal Mendoza contaba con transporte escolar. Quien no contaba con automóvil caminaba las empinadas calles de la ciudad para hacer sus diligencias en ese Trujillo con sus bajadas y subidas donde transcurrió una parte de mi infancia. Sin duda un lugar bello en sus panorámica ambiental, de ese tiempo donde los diciembres fríos y las agradables misas de aguinaldo a mi manera las disfruté bastante. Sobre todo, escuchando los cánticos navideños y viendo a mis amigos patinar.

## Capítulo XI

### *De Escuela Artesanal a Escuela Industrial*

*Todos, sin excepción, pasamos los días  
buscando el secreto de la vida.  
Pues bien, el secreto de la vida está en el arte*

**Oscar Wilde**

**E**se viernes de mi inscripción conocería a algunos de mis futuros compañeros de clase, dos éramos de Trujillo, los otros eran de Pampán, Valera y Carvajal. Al observar sus vestimentas, similares a las mías, confirmaba que estudiar en un Liceo no eran las opciones nuestras. El lunes siguiente nos recibieron varios profesores y después de cantar el Himno Nacional fuimos distribuidos a cada enseñante. Me correspondió uno de apellido Álvarez, un caballero educado y buen instructor, así los denominaban y con ella desaparecía la palabra profesor que según me indicaron era la utilizada para las materias teóricas en otro salón. También utilizaban el nombre de “maestro de taller”. Con el tiempo esa confusión se me aclararía.

En aquel cubículo, el instructor Álvarez” tenía seis alumnos y de manera breve nos dijo: —Todos los anima-

les están dotados por la naturaleza de medios de proyección como carapachos, picadas, piel gruesa, venenos, entre otros. En cambio, el hombre tiene que fabricar algunas herramientas para sobrevivir, buscar su alimento, recoger agua. Vale decir —acotaba—, que ante materiales resistentes solo cuenta con sus manos y el fuego. Lo que les entrego hoy como su principal deber de estudio, es este pedazo de hierro sólido, cuadrado, de unos diez centímetros de largo y dos pulgadas de grueso, junto a las herramientas siguientes: —Una lima para metales, porque la hay para madera, una segueta, un centro punto para marcar el hierro, una braga de mecánico, y un closet con su número y, ustedes traen su candado donde deben guardar lo entregado, y no lo olviden, antes de irse a sus casas deben barrer el taller. La clase principal la crean ustedes mismos con las instrucciones que les enumeraré hoy.

Cada día serán evaluados —continuó—, según se cumplan las particularidades del trabajo, porque aquí es eso: Un trabajo y consiste en hacer lo siguiente: Ustedes deben convertir ese pedazo de hierro en algo con lo que siempre jugamos llamado “el Ludo”, viene del latín “ludos” y significa juego. Recuerden que lo principal en ese juego es el dado y sin ese instrumento no se puede decir quién gana o pierde. Yo les diré cada día cómo van haciéndolo y los corrijo si no lo están haciendo bien para que sea una figura cuadrada con sus respectivas características numéricas.

Todo se reduce —insistió—, en darle forma usando las herramientas entregadas: —Con la segueta se corta ese trozo de metal, mientras que con la lima se hace la figura hasta convertirlo en la figura que la define con el nombre de dado porque al sumar sus caras opuestas siempre el resultado es el número siete.

Oír eso de ese instructor me invitó a buscar mi cuaderno y anotar esa maravilla del saber con los números que escuché. A él no le quité los ojos de encima pues estaba motivadísimo e imaginé que transformar ese pedazo de hierro me convertía en alguien útil. Consistía en darle la forma de un proyecto llamado dado de hierro y los puntos de cada cara los haría con otra herramienta denominada “centro punto” al golpearlo con un martillo. Suena raro, pero en ese tiempo pensé que al querer darme forma desde la moral educativa del cristianismo yo también era como ese dado cuyo trato con esas herramientas de golpear, cortar, limar y hacerle puntos en algo se parecía al criado que le daban forma a punta de coñazos y látigo para cambiar una culpa y un pecado heredados de mis padres. Sobre todo, de una madre soltera y pecadora.

En ese proceso de dar forma era obvia la diferencia ante ese pedazo de hierro carente de sentimientos, hasta donde nos informa la ciencia, no emitía quejidos, no lloraba cuando segueta y lima le cortaban sus partes que estorbaban en esa transformación para ser finalmente un dado de hierro. Lo digo ahora, sin darle muchas vueltas al asunto, era algo que venía de aprender y para eso estaba en ese lugar. Me quedaba pendiente lo del fuego y seguramente más adelante lo explicarían, ya había leído que era el objeto robado por el titán Prometeo para dárselo a los hombres y por eso fue castigado.

El martes, de esa semana inicial, otro era el instructor en la actividad de electricidad. Los materiales y herramientas cambiaban y el objetivo era hacer uniones de cables siguiendo un modelo con varias figuras que estaba en una tabla de madera para guiarse: —Hacer bien el nudo —dijo—, puede ser la diferencia entre vivir o morir porque un cortocircuito eléctrico generalmente ocurre

cuando ese nudo queda flojo y mal hecho, no hermético y si el cable utilizado no es el apropiado más grave es la consecuencia. Allí nos pasó una varita de madera de ébano, la frotamos y luego la pasamos por el cabello de cada quien.

Luego vimos que así se atraían los pelos y ante nuestro asombro aprendimos que eran átomos que generaban algo denominado electricidad. Lo mismo ocurría con los cables y movía motores —aclaró. Las herramientas fueron una navaja, un corta frío, una pinza, un alicate y pedazos de cable de distinto número para indicar qué voltaje aceptaban y las formas de la guía las iba demostrando ese instructor. En mi cuaderno de notas escribí ese día: consultar átomos y electricidad.

Para el miércoles fue conocer y manejar un torno para aprender a hacer tornillos, pero había escasez de ellos y teníamos que esperar el turno que por funcionar mediante una polea y ser usada por muchos era una herramienta que frecuentemente perdía su centralidad en las llamadas “muelas sujetadoras” de la pieza a transformar. En mi turno tuve varios inconvenientes y en la evaluación no me iba bien pues generalmente el torno que me daban era el más descentrado. El jueves era trabajar con madera usando un cepillo con una herramienta cortante que también se graduaba para lograr el objetivo de convertir un trozo rústico en sus caras bien plano según el uso de otra herramienta denominada escuadra a contra luz.

Todo según las instrucciones dadas, aunque yo me daba cuenta que también la calidad y tipo de madera en ese pedazo contaba. Lo sabía porque en la finca pegando el alambre de púas en el estantillo con un martillo, las grapas “rajaban” la madera si no era “pardillo” o “cedro”

no se fijaban. Saber eso me ayudó a escoger el buen trozo para ese cepillado y salí bien en las evaluaciones de ese trabajo.

Viernes era la tarea de fundición y se trabajaba con yeso haciendo figuras de piezas. Jamás imaginé todo lo que me venía ocurriendo con esas tareas y ¡qué suerte me llegaba al encontrar esos saberes a mi edad! Para bien o para mal, las enseñanzas con “sangre” me indicaban que bien valen unas lágrimas cuando el producto estimulaba mi <amor fati>.

Era recordar ese pensamiento de Bolívar a su maestro Simón Rodríguez: «Usted formó mi corazón para la libertad». En ese lugar, con inmenso placer, encontraría mi lugar para darle un sentido a mi vida. Al retornar a la casa me hacía muchas preguntas y debido a las múltiples tareas mi tiempo libre fue escaso, por lo que organizarme devino prioritario en mí. Tan entusiasmado estuve que al encontrarme con los excompañeros del sexto grado cuando venían de su liceo les comentaba lo que venía haciendo, a unos les gustaba y a otros les fue indiferente mi comentario.

Debido a la regularidad de esas clases venía fijando mi experiencia inicial en la disciplina del trabajo que hacía. Con ella empecé a reconstruir mi ruta existencial y me propuse quedar bien conmigo, la familia Quevedo y esos instructores que siempre estaban cerca de nosotros con su oportuna orientación. A todos los percibía maestros, aunque no faltaba el ser intrigante y deseoso que fracasáramos, pero eran personas con limitaciones para educar. Ya para esa época, donde el amor al saber siempre estuvo presente aunque no lo supe expresar, me vi como un maestro de jóvenes descarriados y excluidos socialmente contándoles mi experiencia.

En medio de esas tareas y cumpliendo con los oficios del hogar donde vivía habían cambiado mis estrategias y me prometí salir bien en ese primer año. En dos semanas mi dado iba apareciendo y los otros proyectos iban resolviéndose. Remarco aquí que si las medidas finales del dado no llegaban a cuadrar con lo asignado y debían darme otro trozo de hierro, eso podía tener la consecuencia de tener que repetir el año, algo que a todo costo debía evitar considerando las limitaciones mediante las cuales fui inscrito en esa escuela.

Al respecto y con la palabra previsión siempre me guiaba por mis anotaciones y algunos trucos que aprendí consultando a quienes habían cursado el primer año. Por decir algo: —ignoraba que los noventa grados del dado era básico conservarlos en sus caras opuestas y contiguas. Asimismo, se destacaba para la evaluación limpiar bien el sitio de trabajo al terminar la jornada, seguir las reglas de posición del cuerpo con una pierna adelante manteniendo el equilibrio del cuerpo en el movimiento del limado y seguetear al pedazo de hierro, guardar las herramientas en su lugar, bien limpias y evitar tener accidentes en el trabajo o distraerse mientras se trabaja. Todos esos imperativos a cumplirse según las normas de seguridad. Era una disciplina consensuada y sin amenazas del instructor.

## Capítulo XII

### *Sospechas*

*Yo acuso*  
— *Carta de E. Zola, en 1889,*  
*dirigida al presidente de Francia Félix Faure*  
*sobre el caso Dreyfus, acusado de espía.*

A lo largo de esas primeras semanas, mientras iba asimilando esos saberes artesanales, aprendería a concentrarme para evitar llamadas de atención sobre incumplimiento de las normas en ese tipo de aprendizaje. Fueron varios días pensando en mis posibilidades donde la más complicada era evitar que la señora Rosario tuviera éxito en sus frecuentes hábitos de vigilar y revisar mis cuadernos intentando encontrar algo con sus sospechas. Todo porque algún sacerdote la había insinuado que leía libros de ateos. Con esas representaciones de la represión familiar pude culminar ese primer año y mis notas fueron satisfactorias.

El segundo año vino con la noticia oficial de mudarnos para un sitio con una arquitectura organizada especialmente para esos talleres. Eran otras instalaciones con dotación de equipo y herramientas nombrada la Escuela Industrial “Laudelino Mejías”, en reconocimiento al nombre del autor de la melodía “Conticinio”. Una palabra que significa “el Silencio” invitando a la ensoñación

poética y con la que ese compositor percibió al Trujillo de su tiempo. Como conocía el local anterior, éste estaba situado en la misma línea del río Castán con similar vegetación bordeándolo, solo que un kilómetro y medio más adelante y en toda la avenida principal de dos canales para entrar o salir de Trujillo capital. El trayecto para ir a esa escuela cambió para mí porque ya por el río no podía venirme y en consecuencia debía hacerlo por las calles de la ciudad o cuando alguien con automóvil me daba un aventón.

Destacaban en esa institución unos amplios talleres, cancha deportiva y amplios salones de clase separados del ambiente de las materias prácticas. Al número de profesores y nombres de su plantilla ahora se le sumaban los instructores que teníamos en el viejo local de los talleres artesanales. En la semana inicial de ese segundo año las clases teóricas eran por la mañana y cada profesor sembraba en nosotros la imagen que los distinguía. Recuerdo a uno por su apellido y amor a la enseñanza de la matemática de nombre Medialdea, un español de los tantos inmigrantes valiosos que llegaron a la Venezuela de mi adolescencia con sus conocimientos y disposición para integrarse a la sociedad de ese entonces.

Muy pronto descubriría, para mi gusto por el estudio, que los contenidos de la matemática, física y química del programa de mi Escuela eran diferentes a los del bachillerato del “Cristóbal Mendoza” donde estudiaban algunos de mis antiguos compañeros de la escuela primaria. Lo supe al comparar los ejercicios y apuntes con los que yo estudiaba. Nombro, en ese sentido, el libro «Álgebra», de Baldor que utilizaba ese profesor español y que si nos detenemos en su portada pensamos que lo escribió un pensador árabe. No era así, pues Baldor fue un profesor cubano que se dedicó a organizar un amplio

número de ejercicios y problemas matemáticos con sus respuestas al final del libro. Desde esa metodología, el profesor Medialdea nos enseñaba con tanto esmero y calma que marcó mi gusto por las historias de pensadores del número, el cálculo y la geometría, sobre todo ante la dificultad de diferenciar los teoremas y polinomios.

Tal vez por la consciencia de ese profesor viendo nuestra necesidad de salir bien en tan difícil asignatura, se detenía con frecuencia en explicar el compendio de esos ejercicios del aludido libro y nos convencía para que cada quien hiciera su intento de autoevaluarse. En ese libro se destacan, mucho antes de los adelantos tecnológicos, educar al alumno mediante imágenes atractivas centradas en la curiosidad de saber mediante las reseñas en sus páginas donde la matemática, el cálculo y la geometría nos atraían a pesar de su grueso volumen en su estructura.

La imagen de la portada del libro hacía creer que venía del mundo árabe y no era así. El trabajo del señor Baldor coincidió con la llegada de los hermanos Castro al poder político en la Cuba de 1959, pero a él no le fue bien con ese cambio de gobierno y debió abandonar su país por las expropiaciones instaladas con el vocablo Revolución donde cayeron sus propiedades, incluido un colegio de prestigio por el dirigido en esa época.

Del profesor Medialdea me agradó su método personalizado de ocuparse de alumnos que al igual que yo teníamos dificultades para asimilar las reglas de los polinomios. De allí que siempre le preguntaba en la medida de mis curiosidades. Afortunadamente, nunca me dijo lo de otros enseñantes: Usted pregunta mucho y habla demasiado.

Y fue debido a ese inolvidable personaje que logré simplificar algunas reglas matemáticas donde cuyo truco o característica consistía en distinguir bien las relaciones entre números y alfabeto, lo que hoy pudiera denominarse lo “alfanumérico”. —Fíjense bien en los detalles para cada polinomio, porque en algo se diferencian —decía— y luego verán cómo por arte de magia ciertas relaciones con las diez reglas que finalmente simplifican la solución. Practiquen emborronando un papel y luego revisen al final del libro los resultados y de inmediato se preguntan qué los diferencia. Dicho de otro modo —insistía—, es en la diferencia donde está la verdad.

De lo que hice para salir de esa dificultad escolar se encargaría mi <amor fati> buscando unas extensas hojas de envolver que los comerciantes utilizaban para sus productos. En la bodega de un vecino donde siempre hice las compras de mis mandados logré conseguir unas catorce de esas hojas. Empecé a escribir sobre ellas los diez primeros ejercicios de cada caso del polinomio y empecé a resolverlos, a borrar los errores y a repetir el ejercicio.

Indudablemente que la sugerencia de ese profesor me funcionaba y como ya conocía el caso de Arquímedes de Siracusa y su expresión griega: Eureka, que significa “lo logré”, me entusiasmé con esos ejercicios y nunca más tuve dificultades en esas tareas de números. Desde ese tiempo adquirí el hábito de murmurarlo cuando logro algo. Aquellos fueron momentos inolvidables tan importantes para mí que de allí tomé ese nombre para asignárselo a la primera casa que pude adquirir con mi trabajo.

Todas esas actividades, ejercicios y cometer errores con esos polinomios se compaginaban y me llevaban a los consejos de Moisés, de “Larita, el barbero comunista” y de tantos otros que como Medialdea me estimularon

para darle un cierto orden a mis intentos de estudiar y argumentar en los saberes para opinar con propiedad. —Si usted leyó bien los libros que le presté sabrá que un comunista, ante todo —me insistía—, es amigo de organizar su vida y sus luchas sin rendirse ante las dificultades. Sobre todo, estudiar mucho porque ama la verdad y da el ejemplo con su conducta fundada en la honestidad y solidaridad

Así hablaba ese barbero, un hombre sencillo hasta la contradicción pues siendo ateo asistía a misa los domingos y era amigo de todo el mundo en ese Trujillo de mis vivencias. De tanto haber fijado en mi conducta los consejos de esos amigos frecuentemente mis sueños y fantasías encontraban apoyo en esas referencias. Tampoco faltaron las recomendaciones del señor Francisco quien con su vulnerabilidad física no le imprimió a su vida la famosa palabra “pero”, donde algunos recurren a la excusa para no asumir responsabilidades.

En ese segundo año me iba bien en el taller y con las materias teóricas me defendía. Conocí a tres líderes del centro de estudiantes y a la vez me vinculé con las personas que “Larita” me recomendó cuando lo consulté para estudiar en esa escuela. Una de ellas era profesora de química, la otra un joven del tercer año hijo de un trabajador del central azucarero de “Motatán”, un lugar donde se fabricaba la panela y el famoso “batido”, un dulce bien apreciado de esa caña. Con ello hubo semanas en las que nos reuníamos con la finalidad de hacerle saber a la gente que en Venezuela había presos políticos, que se torturaba al disidente y había estudiantes desaparecidos y una fuerte represión militar.

A mediados de ese segundo año escolar, con mis trece años, mis vínculos con estudiantes del Liceo “Cristóbal

Mendoza” hicieron posible organizar grupos de estudio de textos políticos con “Camaradas” venidos de otros lugares y cuyos seudónimos eran diferentes a los que en el pueblo conocíamos. Eran los tiempos de la lucha armada contra la represión del gobierno llamado «Pacto de Punto Fijo» en el cual se expulsó al Partido Comunista de la gobernanza, sin considerar que su dirigencia también hizo posible la derrota de la dictadura perezjimenista.

Con esa medida sus líderes principales pasaron a la clandestinidad y frecuentemente daban sus opiniones políticas por medio de su periódico “Tribuna Popular”, que debido a la represión le dio un modelo casi del tamaño de una cartera de bolsillo para su distribución. Una de nuestras actividades consistía en hacerle llegar, de manera ingeniosa, esas noticias a la gente con ese modelo de periódico.

Ese fue el contexto político que me encontró en ese segundo año de estudios y aunque no entendía mucho los textos de Marx y Lenin, contábamos con esas personas anónimas y casi todos estudiantes universitarios instruyéndonos en lo básico con énfasis en la importancia de fortalecer la solidaridad con los trabajadores en momentos en que había huelgas y exigencia de salarios. De ellos aprendí a simplificar la lucha como un asunto entre quienes tenían de todo frente a quienes no tenían nada, ese era el conflicto de clases sociales.

En ese sentido, aprendí que la lucha era una confrontación contra un modelo económico donde los dueños de los medios de producción explotaban al trabajador. A eso se le denominó «lucha de clases» y circulaba una noción especial para un tipo de trabajador consciente de su rol en esa lucha y se nombraba “proletario”, del otro lado estaba el “burgués”. Entre las recomendaciones que me

dieron para comunicarme en tiempos de esa clandestinidad estuvo siempre tener cuidado qué se hablaba, con quién y eso incluía a la familia. Toda esa precaución elemental para evitar delaciones que afectaban a otras personas de la organización. El ambiente de confrontación era tal que libros y nombre de autores marxistas eran perseguidos y hasta los curas le indicaban a sus feligreses que los comunistas en Rusia “se comían a los niños y eran el “Anticristo”.

Dentro de las tareas de propaganda aprendí a pronunciar gritos relámpago y a soltar volantes donde había personas agrupadas. Generalmente era en una plaza o mercado, después debía salir rápido del lugar. Quienes estábamos más comprometidos tuvimos la posibilidad de recibir instrucciones sobre cómo comportarse ante una imprevista detención policial, no cargar papелitos con nombres y direcciones comprometedoras o mapas. Aquellos fueron días de aventuras y emociones fuertes donde sentí que era útil para cambiar la sociedad donde nació.

En ese sentido, andar en la calle y saber distinguir a un policía que nos seguía implicó pasar por escenas de teatro con ciertas claves a retener, soportar torturas o estar “enconchado” conservando la calma y soledad porque ser detenido podía implicar ser torturado. Enconcharse fue una palabra utilizada por líderes que pasaban a la clandestinidad, era mantener la información en la cabeza y no en papелitos. Aprendimos a manejar las “bateas”, una herramienta que con tinta imprimía los contenidos políticos para distribuirlos en forma de volantes. Por supuesto, hubo quien nos acompañó de manera preventiva y a cierta distancia con armas de fuego frente a la posibilidad de ser secuestrados u hostigados en nuestra actividad. Un dato a conservar fue que a quienes nos ense-

ñaron cómo sobrevivir, en esa clandestinidad, solamente los vimos no más de dos veces.

De algunos de aquellos camaradas supe que murieron porque las noticias publicaban sus nombres y sabía que eran ellos por su seudónimo. Otros fueron a dar a la cárcel con ese régimen donde el aparato militar no respetaba a civiles. Y sería en ese contexto político donde mis vivencias madurarían mi “conciencia social” y la habitual desobediencia que me definía tomaría otro ritmo con el propósito de comprender y comprenderme en las causas sociales de la vulnerabilidad.

En ese sentido, no solamente deseaba seguir estudiando y luchar sino convertirme en un universitario siguiendo el ejemplo de esos camaradas a quienes nada más les conocí por sus seudónimos. Además, quienes venían dando su vida luchando por una Venezuela sin presos políticos eran estudiantes universitarios. También hubo artistas, obreros, periodistas. Lo decía la prensa y así quedó para la historia donde la verdad de esos tiempos fue marcada por la tortura y la persecución ideológica. Lo que ocurrió quedó escrito, busque usted y saque sus conclusiones. En cambio yo muy temprano lo viví.

Desde ese tiempo, cuando había el grado de bachilleres se acostumbraba hacer un acto en el ateneo a primeras horas de la noche y frecuentemente asistía algún gobernante o funcionario para dar el discurso oficial. En vista de que se corrió el rumor de que alguien importante asistiría se decidió en la organización la tarea de distribuir volantes de denuncia en ese acto.

Con jóvenes de Valera y Trujillo, vinculados con el PCV, se planificó lanzarlos ese día y era obligatorio quitar la corriente eléctrica por unos instantes, así se pro-

teoría a los camaradas y lo haría un conocido dirigente estudiantil del Liceo “Rafael Rangel” quien con el tiempo sería diputado en la llamada Asamblea Legislativa. Después y desde el segundo piso, donde yo estaría junto a otros camaradas, lanzaríamos la propaganda y luego ese dirigente colocaba la corriente de nuevo y el acto de grado continuaría.

Ese era el plan en el instante de volver a colocar la corriente eléctrica, y se daba la sorpresa de los volantes cayendo sobre los invitados para que hiciera el respectivo efecto propagandístico. El momento llegó, pero el asunto se complicó porque quien debió cumplir su tarea se asustó tanto que empezó a temblar y lo sustituimos por el apodado “el torcido”, acompañado de un trabajador del lugar quien nos apoyaba en esa tarea política de solidaridad con los presos políticos. El hecho se realizó, la propaganda fue efectiva pero lamentablemente para esos padres y estudiantes el acto de grado fue pospuesto para otro momento y a lo mejor con otro invitado.

En esos casos de nuestro compromiso político siempre teníamos reuniones de evaluación. Para esa dificultad que tuvimos se acordó preguntarle al citado dirigente estudiantil de nombre Jorge, que era su seudónimo, ¿por qué se asustó e incumplió su compromiso? Amigo de evadir responsabilidades con su astucia a temprana edad logró sortear su irresponsabilidad diciendo que ese día su madre estaba enferma. Pasado el tiempo logré verlo en las mismas prácticas políticas definidas por su doble moral del oportunismo escalando posiciones en el mundo de la politiquería.

## Capítulo XIII

### *Delatores*

*¿Qué sería de nuestras tragedias  
si un insecto nos presentara las suyas?*

— *E. M. Cioran*

A pesar de mi juventud, esa época fue mi inicio en la política donde la emoción privó sobre la razón y si bien devine comunista, al mismo tiempo se despertó mi gusto por la crítica, la disidencia y el debate. No fui cultor del adulo a dirigentes prestigiosos, pues distinguía esa palabra del respeto sin postrarse. De allí que para nada me agradó cuando observaba a alguien actuando ante la dirigencia de manera adulante y rastro. En fin, mi consciencia política era humanista buscando una vía ante la crisis de pobreza que no me era ajena, pero no a cualquier precio.

Y así como me sentí cuando hice mi primer dibujo de un rostro cuando estuve en segundo grado, ya cursando el tercer año y salvo tal cual llamado de atención me estaba yendo bien. Sin embargo, en el contexto donde estudiaba siempre hubo riesgos para mis labores de propaganda. Y un día en que estaba dejando unos volantes en la sala del baño de esa escuela el conductor del transporte escolar me vio hacerlo. Su apodo era Tarzán y, aparte de reclamarme, de inmediato fue a delatarme

ante el director de apellido Chirinos. En esa actividad tomé las provisiones elementales y me faltaba medio año para pasar al cuarto año, pero por la reacción de ese trabajador fue una persecución que no vi venir.

En esa época los delatores, como me advirtió “Larita”, estaban en todos lados y haciendo eso se sentían héroes ante el gobierno. Evitando que me expulsaran unas personas amigas lo visitaron para que retirara la acusación, pero no hubo forma de convencer al tal “tarzán”. No obstante, al ir el caso al consejo de Profesores no hubo acuerdo, como seguramente eran sus deseos. De una parte, porque la acción de ese chofer no era de su competencia. De la otra, porque al profesor que mayor respaldo le dio a la delación, apodado “el verdoso”, estaba muy cuestionado por la mayoría en tanto su origen extranjero. Había venido de Italia. Terminado el debate, entre los profesores se acordó que yo firmara una caución de evitar hacer propaganda política en la escuela. Lo hice y continué mi año.

El tiempo, que todo lo cura, puso en mi camino y sin yo saberlo a una hija del “verdoso” e inscrita para una de mis materias. Jamás, como profesor me fijé o detallé apellidos pues en la universidad no se pasaba lista como en el bachillerato y no entendí por qué repentinamente ella cambió de mi curso a otro del mismo departamento al que yo pertenecía. Solo lo supe porque alguien hizo un comentario donde la historia de mi expulsión, de esa época, circuló junto a los apodos “tarzán y verdoso”, en tanto delatores y pensaron que su hija recibiría de mi parte cierta venganza.

Debido a que en ese tiempo los cupos eran abundantes no era frecuente que los alumnos cambiaran de profesor una vez inscritos, salvo asuntos de fuerza ma-

yor y menos en mis cursos. Una vez conocido eso indagué la razón del motivo y con vergüenza ajena me enteré por un profesor universitario vecino suyo de lo ocurrido. Era obvia la suerte de culpa que debía arrastrar ese profesor amigo de expulsar estudiantes y lo reflejó en su hija pensando que yo vivía con ese rencor. Esa atormentada persona ya era un profesor jubilado de la educación básica.

Con la pluralidad de eventos donde anduvo mi vida y que ahora expongo, admito haber sido solamente una minúscula parte de la sociedad de mi tiempo. Quizás la juventud, como le ocurre a cualquiera, está dominada por la incertidumbre, la aventura, el riesgo y el éxtasis. De allí que cuando cumplí mis treinta años vi la vida de otra manera y siempre admitiendo que es un fenómeno terrestre de los tanto que hay.

Desde ese aspecto imaginaría mi <amor fati> como el centro de mi espíritu cuando recuerdo partes de esos hechos. Con unos estoy de acuerdo, pero con otros soy mi propio crítico. Incluso con mis torpezas y errores pienso que soy el producto de lo imprevisto y de situaciones aleatorias sorprendentes. Tanto que si Dios existe, murmuraba, nunca me mostró signos de previsión ante lo imprevisto, como si solo él tuviera ese privilegio. Lo digo ahora frente a las molestias que causé a personas de mi estima y donde fui torpe e ingenuo. Es, ante todo, mi autocrítica sincera.

Lo de la molestia a la que anteriormente hice referencia se dio de manera aleatoria cuando en el taller de mi escuela venía aprendiendo mecánica y practicaba el manejo en los viejos autos disponibles, y como es común a cualquier amigo le pedía el volante. A veces en la plaza Bolívar varios amigos nos reuníamos, hablábamos de todo, y yo, entusiasmado como estaba refería mis prác-

ticas de manejo. Y los hechos llegaron el día en que a la conversación se sumaron dos estudiantes del liceo “Cristóbal Mendoza” que en privado me comentaron acerca de un Jeep estacionado al lado de la catedral y frente al comando de la policía. Según ellos, a eso de las diez de la noche o más temprano cuando llovía el portón de ese comando lo cerraban y era el momento indicado para llevarse ese auto, dar unas vueltas y luego regresarlo a su lugar. Como era mi manía por la curiosidad, el relato de ellos me atrajo.

Eso se facilitaba debido a que los cables del encendido del Jeep eran visibles y con facilidad ellos los unían. Solamente eso escuché, me pareció fácil lo que hacían y sin tomar en cuenta las elementales normas de seguridad que me enseñaron en la organización donde militaba, les dije: —Cuando de nuevo lo muevan me buscan—, estoy aprendiendo a manejar y así todos practicamos. Según “Villeguitas”, uno de ellos, lo hacían dos veces en la semana y de esa manera acordamos la travesura.

Ese día llegó y me buscaron bajo el pretexto de hacer juntos una tarea escolar, fue a las nueve de la noche, caía una leve llovizna y casi era la hora en la cual la señora Rosario cerraba la puerta. No obstante, para esos casos ella me daba el permiso de salir.

Afuera estaba el Jeep, lo manejaba el otro compañero de Villeguitas e hijo de un hacendado de apellido Romano. Lo abordamos y el plan de ellos era ir a ver unas amigas en Pampán, pueblo ubicado a media hora de Trujillo. —El Jeep —dijeron ambos—, lo tenemos hace media hora. Una vez que me subí observé la luz de la temperatura del aceite que estaba en rojo y alarmado les dije: —Hay un problema con el aceite y es peligroso para el motor—, y Romano, señalando a Villeguitas, agregó:

—Éste hace rato se montó sobre una acera y por debajo sonó muy feo. Les dije que se estacionaran y me coloqué al volante, como si supiera la causa de esa alarma roja lo aceleraba y desaceleraba pero la luz como era intermitente pensé que era leve el daño y por la sensación de estar al mando del volante mi observación pasó a otro lugar.

Seguimos rodando para ir a Pampán en una vía sin alumbrado cuando en una recta y luego de pasar la “peña de Tucutuco”, venía otro auto y me encandiló y perdí el control del Jeep que terminó volteándose y su movimiento era sobre su techo como unos veinte metros hasta que se detuvo. Fue el momento más intenso de ese volcamiento donde decidí tirarme al piso sujetando con fuerza la barra de la dirección que ese volante tenía y me acurruqué donde van los pedales. Han pasado muchos años y aún hoy, cuando describo tal hecho, ignoro cómo no morimos y más si recuerdo que al mirar el asiento de los compañeros vi que ellos no estaban.

En ese volcamiento también recuerdo sonidos de lata junto a golpes y luego yo estaba empapado de aceite y gasolina, imaginé que vendría fuego y ya escuchaba los gritos de la gente en los alrededores: —Son dos jóvenes y están heridos — dijeron varias voces. Previendo que vendrían curiosos a ver el Jeep, bien asustado salí del auto y me escondí en un monte cercano desde donde pude distinguir que Villeguitas y Romano no estaban tan lesionados, pues ellos le explicaban a la gente lo ocurrido en palabras inentendibles por lo alejado que estuve, pero hicieron gestos con sus manos dando la idea de haberse tirado del Jeep.

Alarmado por lo ocurrido me devolví a Trujillo caminando y trotando por la orilla de la carretera y al ver

luces de autos me escondía en el monte con la precaución de evitar el peligro con algún animal, luego regresaba a la carretera y seguía mi ruta. La idea era amanecer en la casa y asumir las consecuencias, pues si bien estaba preocupado no me invadió el miedo. Así que amanecí en la casa y la ropa sucia cubierta de grasa y con olor a gasolina la metí debajo de la cama para quemarla el siguiente día. Aunque a decir verdad, sentía una mezcla de frustración y miedo por lo que vendría para mí.

Esa noche llegué a eso de las diez y media de la noche y todos dormían. Luego de desvestirme registré los bolsillos de mi pantalón y le faltaba la parte de un bolsillo trasero, de inmediato recordé haberme llevado el carnet estudiantil que de alguna manera quedó en el Jeep o en la carretera donde hubo el accidente.

Sueño, en lo inmediato, no tuve y pasé buen tiempo tratando de explicarme ¿qué voy a decir de este acto torpe?, porque sin duda lo era y mi inexperiencia en el manejo junto con el encandilamiento fue la razón de ese accidente. Aunque es válido decir que el azar estuvo de nuestra parte por cuanto el mayor daño fue para la máquina. En cuanto a mí, aprendería que las aventuras tienen sus riesgos y en ese caso toda explicación cae en lo imprevisto.

En vista de que si bien estaba asustado por lo ocurrido, mi <amor fati> recomendaba actuar con naturalidad, me levanté temprano para ir a clase e hice los oficios de rigor, pero la vigilancia de la señora Rosario estaba activada esa mañana: —Anoche usted llegó como a las dos horas de haberse ido —dijo—, y con su mirada auscultadora agregó: —¿Qué le pasó en la cara, tiene moretones por todos lados? —Tuve que pelear y no me fue muy bien esta vez —respondí sin dar muestras de duda. —Eso es

lo que usted siempre hace, un día de estos le va a ir mal con ese comportamiento —aclaró. Ese forzado diálogo no pasó a mayor.

En efecto, si bien esa mañana ella me interrogó averiguando lo que le intrigaba, no intuyó nada distinto en mi respuesta, por lo que me dejó salir. En mi lugar de estudios esperaba que mi nombre no estuviera vinculado con ese hecho, pero mi mundo seguramente cambiaría de sentido y del precipicio, como lo intuía, solamente me salvaría mi coartada de amanecer donde vivía. Fue mi pensamiento fijo pensando que habría consecuencias nada favorables a mi <amor fati>. Esa mañana no supe nada de lo ocurrido con Villeguitas y Romano, más allá de cuando los dejé cuando ellos conversaban con los curiosos del momento en el lugar del accidente.

## Capítulo XIV

### *Detenidos*

*La solución más simple suele ser la correcta*  
— *La navaja de Ockham*

La noticia del día en el Trujillo de ese tiempo donde la gente siempre afirmaba que nunca pasaba nada fue el volcamiento de un Jeep propiedad de un policía y que seguro eran los ladrones de autos que se lo habían llevado. Apenas escuché esa información mi sorpresa fue mayor y no era frecuente que el sueldo de ese tiempo para un policía diera para tener un Jeep. Curiosamente ni hablaban de heridos ni daban nombres, eso por el momento me tranquilizaba. En la escuela me preguntaban algunos de mi curso si sabía algo de ese accidente donde sin precisar nombres, decían que eran tres estudiantes y comunistas, porque en el Jeep encontraron volantes de la “Juventud Comunista”. Ese rumor sí que me preocupó, pues de Villeguitas y Romano nunca escuché hablar de esa militancia y yo era miembro activo de esa organización. El asunto se complicaba y acompañando de ese rumor estaba la información real que circulaba: «Ese auto quedó inservible, solo sirve de chatarra».

Un final sin muchas consecuencias como deseaba ante mi torpeza no se veía en el ambiente, pues la señora Rosario con su vigilancia mostró un testigo sin habla: La

ropa que escondí debajo de mi cama el día del accidente y ella, como una gata curiosa, la tenía en su mano para su interrogatorio: —¿Y esta ropa por qué tiene tanta grasa y olor a gasolina? —dijo bien intrigada. —Es que la pelea fue en un taller mecánico y el otro me revolcó dándome vueltas ante todos —dije con tranquilidad, como me habían instruido los “camaradas” si algún día me interrogaba la policía. Pero esta vez quien lo hacía era casi una entrenada por la Inquisición Cristiana: —No le creo mucho lo que me dice y algo me esconde usted, lo veo en sus ojos. Yo, tranquilo y como jugador de cartas respiraba lentamente sin sentirme acusado. Ese gesto, intentando controlar mis emociones convenció, en ese momento, a la señora Rosario. De ella imaginé que tenía una vida de tormentos y culpas.

Ya para el tercer día de ese hecho y sin tener noticias donde me involucraran en el accidente busqué en la barbería al camarada “Larita” a ver si al contarle me daba alguna orientación. Llegué a su trabajo y al empezar a relatarle me acotó que ya tenía esa información, pero de que yo había participado no se lo imaginaba. Al contarle los detalles reaccionó con cierta seriedad y hasta bien molesto, algo inusual en él: —Cometiste un terrible error tal como me lo cuentas —aclaró. Por eso supe que Villeguitas y Romano habían nombrado a una tercera persona y para mi sorpresa vienes a ser tú —masculló. El problema ahora es que esa propaganda no la autorizó el partido y menos con ellos que son adecos, a lo mejor —insinuó— la misma policía les colocó eso y más adelante te iban a detener.

Ante ese razonamiento —murmuré sin emitir voz alguna, pues era una práctica común del gobierno para justificar detenciones. —Ahora seguramente sí te van a detener por eso —me advirtió—. Si eso ocurre, te vamos a

buscar un abogado que a veces nos ayuda, su apellido es Cooz—. Conversa con él para que te asesore— puntualizó— y luego de darle las gracias me fui bien preocupado.

Y así ocurriría cuando por la tarde de ese día el abogado me buscó, nos presentamos y me monté en su auto Volkswagen para que él me dijera qué hacer. —Vamos primero a hablar con el Comandante de la Policía—dijo—. Sin muchas dudas y presumiendo que yo aceptaba su consejo, es amigo mío y tú le cuentas lo ocurrido, luego hablamos los tres y arreglamos todo esto del volcamiento. Curiosamente de la propaganda no dijo nada y la sospecha me invadió.

Ya la señora Rosario estaba al tanto de que yo estuve en ese accidente porque un policía amigo de la familia le dio la información. Entre lo que le oí al abogado y a la señora Rosario estaban solo dudas que activaron mis defensas intuitivas, pues una regla de oro de quienes me prepararon para la clandestinidad era simple: —Jamás reunirse con un policía o escuchar sus versiones, menos admitir un hecho donde nos involucren. Había aprendido que la estrategia de ellos era presentar a un policía malo que golpeaba o torturaba, y luego mostrar uno bueno que llegaba con su cara angelical y lograba la confesión y aparentando ser un buen hermano. Más de un muerto tenemos por esa ingenuidad, nos decían los del partido.

Ante esa propuesta le dije al abogado que fuéramos por los alrededores del liceo “Cristóbal Mendoza” y yo con calma le contaba todo, después vamos donde su amigo, el comandante —le sugerí. Él aceptó mi propuesta, fuimos al lugar, estacionó el auto y yo con naturalidad abrí la puerta de su auto, y luego corriendo me largué por los lados del río. Así resolví su intento de ayuda y me dirigí a la casa de un camarada donde me enconché. Sería la

primera vez, de tantas, que estuve en una concha. En ese refugio duré quince días y con los mecanismos propios de la solidaridad comunista me informaron que la familia de Villeguitas y Romano, ya detenidos, me acusaban de ser el dueño de la propaganda encontrada y que el caso pasaba a la Policía de Investigaciones de esa época.

Apenas lo supe deduje que yo huía de Trujillo o me entregaba. Si huía seguramente allanarían la casa de los Quevedo y mis estudios quedaban abandonados. Eran mis dos preocupaciones y opté por lo último. Sobre todo, evitaba el allanamiento. Dejé el sitio y me dirigí a la casa a los fines de buscar algunas pertenencias y entregarme. En verdad que ese día al ver llorar a la señora Rosario confirmaba mi decisión, estaba asustada y en ese sentimiento no era esa mujer fuerte con el castigo para mí. Posiblemente estaba avergonzada o molesta por lo que hice. En cuanto al señor Francisco, quien ese día estaba allí, de frente me dijo que no me apoyaba y que a la cárcel no iría a verme pues yo había actuado como todo un pendejo. Constatava, de nuevo, que estaba solo y como tal me defendería. Ya había dejado lejos mi infancia y sabía bloquear los golpes de la vida.

Unos minutos después de entregarme los policías me llevaron a una oficina donde sobre una amplia mesa colocaron un paquete de fotografías del Jeep siniestrado. Fue la primera vez en que ellos auscultaron mis ojos mirándome fijamente para ver cómo reaccionaba ante esas fotografías. Era un amasijo de hierros retorcidos como si con una sierra lo hubiesen picado.

Simultáneamente me interrogaban sobre el hecho y la propaganda, un abogado presente, leguleyo no tuve, y con el sentido de las preguntas me fue fácil deducir que Cooz, al invitarme a conversar con el jefe policial, sola-

mente buscó un arreglo con el dueño del auto. Por eso se centraban en cómo había quedado el Jeep. Al pasar una media hora de ese interrogatorio y yo sin admitir nada, la pregunta constante y a manera de presión fue que confesara ser el autor del robo del auto y de la propaganda comunista encontrada, en ambas me negué.

Ante mi constante negativa ellos agregaron en forma casi conciliadora algo que también me sorprendió: «Mire, jovencito, ya la familia de los otros vienen conversando con el dueño del Jeep para pagar el Jeep y solamente quedaría usted detenido». Esto lo dijo uno de los policías y ante mi silencio dejó entrar a otro interrogador, Al mirarlo intuí que era el “policía bueno” y efectivamente, empezó a comportarse como si fuera familiar mío, con otra voz y casi con complicidad: — Acepta lo que hiciste, al fin y al cabo se divirtieron dando ese paseo—, fue su primer disparo de palabras, hay el compromiso con la familia de los otros dos en pagarle el auto a su dueño y él retira la denuncia, pero ese acuerdo no se puede escribir en el expediente, luego lo tres se van y aquí no pasó nada —concluyó.

Fue como si quien hablara fuese el abogado Cooz, era obvio que conmigo solo tenían una delación incriminándome. Al no aceptar mi entera responsabilidad, ese policía “bueno” pasó a la etapa del terror con la amenaza de que si no aceptaba la propuesta iría a la cárcel y de paso debía explicar lo de la propaganda: —Estabas en el sitio —afirmó, para luego mostrarme mi carnet estudiantil. Únicamente eso tenía como evidencia contra mí y encontrado en el lugar del accidente. Sin mostrar asombro le dije que hacía una semana lo había perdido y no supe cómo llegó a ese lugar y a sus manos.

Al no lograr ninguno de los dos policías nada concreto con su estrategia del bueno y el malo, de nuevo me llevaron para mostrarme otro paquete de fotografías del interior del Jeep. En esa ocasión me las mostró una mujer, agente, que de entrada me dijo: —Tienen bastante suerte ustedes que no dejaron su vida en ese accidente. Y sí, al verlas de nuevo sentí escalofríos pero sabía que lo que ella buscaba era que confesara, solo que con la estrategia de transfigurarse en una madre sensible. Tampoco logró nada y así concluyó mi interrogatorio. Me llevaron a otra oficina y al quedar solo me pregunté: —¿Qué nos salvó de la muerte?, asombrado y asustado al ver esas fotografías.

De lo que pasaría conmigo dependía mucho que no admitiera ser el responsable, en eso no tuve dudas y como siempre hacía en momentos de desafíos, y ese lo era, recordé mi infancia, los buenos regalos que tuve sin negar mi situación de joven centrado en estudiar, pero emocionalmente desarticulado y quizás por eso me impliqué en esa aventura con el respectivo costo que tuvo para mí, pues que la señora Rosario y el señor Francisco pagaran, era un imposible.

Los padres de los delatores, porque con esa palabra los nombraba, eran pudientes económicamente hablando y hasta el momento en que redacté mi historia ignoro si pagaron el Jeep, pues yo nunca admití algo más allá de cómo fue y así lo declaré para el expediente que lo tomó otro policía que solo me dijo: —Cuente ¿cómo explica que al llegar a su casa, según dice la señora que lo tiene a su cargo, su ropa estaba llena de aceite y olor a gasolina? Con esa no esperaba encontrarme, por lo tanto dije: —Ellos siempre sacaban ese Jeep para dar unas vueltas y yo les pedí que me permitieran manejarlo. Reconozco

que me entusiasmé con lo que ellos hacían y sí, fue una ingenuidad mía e imprudencia el haber aceptado.

Finalmente y pasada una semana de estar en esa dependencia policial, el caso pasó a un juez quien admitió el contenido de mi confesión, de los otros nada supe en sus declaraciones salvo que me inculparon. La consecuencia inmediata fue que los tres terminamos en un centro de reclusión de menores de edad en Valera llamado “Carmania”.

Allí llegamos, a ellos les quité el habla por su declaración. En ese retén había otros menores, unos casi llegando a la mayoría de edad y nos miraron como miran los dueños de un lugar. El primer día fuimos a un cuarto los tres, el segundo día pedí estar en una celda solo y les dije: —Entiendan que con delatores no me trato. No dieron ninguna explicación en eso de inculparme ni de la propaganda. Allí supe que ellos sí sabían de mi militancia, por lo que me ha parecido siempre que la policía los utilizó y a lo mejor sí me hubieran detenido con ese pretexto. ¿Qué me salvó?, creo que mi <amor fati> al no admitir un hecho más allá de haber estado dentro del vehículo.

Como en ese centro admitieron darme un lugar donde estaría solo solicité que me facilitaran revistas o periódicos para leer y a su director eso le agradó. Tanto que me insinuó si podía colaborar enseñando a leer a unos niños que allí estaban en situación de abandono, la idea me agradó y acepté. A los días vinieron unos camaradas, me trajeron unos libros y mensajes de “Larita” donde me decía, entre otras frases, que mantuviera mi disciplina. Fue una corta visita. Mientras tanto, me dediqué a establecer amistad con los otros retenidos mediante mi gusto

por la lectura y encontré eco en tres de ellos que estaban por cumplir el tiempo de su sanción.

En vista de que me sabía de memoria la historia de Pavel, del libro *La madre*, buscando que sus rebeldías las canalizaran por la lucha clandestina donde yo vivía me esmeré por comprometerlos. Su respuesta de identificarse con mi lucha siendo yo menor que ellos, les agradó. Por ello los imaginé como mis mejores aliados en ese lugar de detención. A la semana me visitaron compañeros del curso, entre ellos el presidente del Centro estudiantil, quien por cierto no era de izquierda, pero era un copeyano serio y me llevaron apuntes. El año escolar de ese tercer año casi culminaba y ellos habían logrado con los instructores de taller que mis trabajos prácticos los aceptaran y solo quedaba el examen de las materias teóricas.

La decisión del juez fue rápida y nos dejaron en libertad. A ellos los buscaron sus padres y a mí, mis camaradas. En la casa me recibió el silencio agresivo de la señora quien solamente me hablaba lo necesario. Y en cuanto a la escuela, pude incorporarme a los exámenes luego que el director me informó una suerte de ultimátum: —El consejo de Profesores me permitía terminar el tercer año con las evaluaciones que tenía, pero en el cuarto año no sería aceptado. No me lo entregó por escrito y en el fondo era una expulsión solapada, indirecta y abusiva, contrariamente a mis derechos pues el hecho por el que fui a un centro de retención de menores no tenía relación con mis estudios. No me lamenté, pues ya había asimilado esas exclusiones que con cualquier curso las justificaban en ese tiempo.

## Capítulo XV

### *El comunista*

*Eureka*

— *Arquímedes de Siracusa,*

*Álgebra, de Baldor*

A quella mañana de ese discurso mi vida sufriría otro golpe al hígado, como dicen los boxeadores, donde por poco me saca ese director del juego escolar. Las imágenes de ese pasado siguen cierto desorden en mi mente como algo real, no inventado si me quedo fijo en el tipo de infancia que tuve desde mi nacimiento. En mi <amor fati> lo sentía como algo parecido a una constante de las palabras desestabilización, mudanzas, olvido y soledad intentando definir el sentido y mi lugar en la sociedad de esa época. Un lugar en el que puedo explicarme ciertas marcas emotivas dominando mi espíritu rebelde: Celos ante quien tenía padres amorosos, envidia cuando a otros les celebraban sus cumpleaños, iban de vacaciones a playas y ciudades y les permitían jugar sin medidas de tiempo.

En cualquier caso, pensaba en mi situación y a veces escuchaba de los adultos referencias a otros niños que como yo eran criados y en consecuencia actuaban de

forma desobediente porque les faltaba cariño y amor en sus ambientes. Sin negar la justeza de esos comentarios, yo lo que deseaba era ser comprendido. Quizás por eso, aquellas personas que me comprendieron y estimaron me sembraron la fuerza de voluntad que mi vida necesitaba en esos momentos donde también entran en juego las palabras bien o mal.

En efecto, escoger cuál de esa dupla seguiremos no tiene reglas fijas. Pude escoger el bien desde el instante en que intuí lo que no me definía. Ser un delator o policía, por decir algo. Usar el raciocinio para hacerle daño a otra persona, destruirle su juguete o asesinarle la mascota de su preferencia. Por el contrario, en el retén donde estuve, conocí a sujetos violadores y con expresiones de venganza para cuando salieran de allí, al escucharles sus comentarios siempre les expresé mi idea de leer para ser mejor persona. De allí que les recomendaba libros donde había historias de personajes útiles a la patria o a la humanidad. Incluso les sugerí las leyendas de la Biblia.

Un día salí de ese retén y ellos quedaron en él. Imposible que los olvide y para bien o para mal, haber sido arrojado a ese lugar como consecuencia de esa ingenuidad mía que terminó en un terrible accidente aceleró mi crecimiento personal. Lo aceleró porque entendí que sabía defenderme con honor y sin recurrir a la delación, tampoco fui seducido por la miserable vida de aquellos abandonados y vulnerables que por alguna razón fueron a dar a ese sitio donde la educación para la vida estaba ausente.

Y sobre todo, reconocí ante mi <amor fati> la torpeza cometida al dejarme llevar por un simple gusto de dar una vuelta tomando un auto ajeno. Además, estaba el tipo de miradas de la gente que conoció de ese caso

provocándome cierta pena ajena. Por eso mi respuesta fue empezar a sacarle provecho a mi soledad donde me esmeré en autocriticarme desde esa torpeza, porque sin duda lo fue y como si la madurez me dejara en un tiempo suspendido para ubicarme en una nueva ruta cifrada en una reflexión casi obligatoria, frecuentemente me repetía: ¿Ahora con qué y quiénes cuento para redefinir mi ruta existencial?

Desde el momento en que tuve esa caída, el señor Francisco no me volvió a hablar como lo venía haciendo en sus consejos. Y tanto lo afectó, que su nueva relación conmigo quedó fijada en la frase siguiente: —Usted no solo es “un solemne chambón”, sino un eterno pendejo que se dejó llevar por esos hijos de “don nadie”. Tras ese contratiempo y a partir de esa afirmación, nuestros caminos fueron otros aunque estuviéramos en el mismo lugar. No obstante, siempre le manifesté mi respeto y agradecimiento por lo que había hecho de mí.

Mi respuesta no era otra que contar con mi <amor fati> y si la ocasión se presentaba me iría de esa casa. Al momento en que andaba por la calle reafirmé mi amistad con quienes me visitaron en ese retén, y sin duda en eso anduvo la mano del camarada “Larita”. Incluso de él acepté todo signo de corrección para hacer crecer una nueva cartografía de mi espíritu marcada por el estudio y la reflexión dentro de la lucha social. Escuchando esas oportunas voces descubriría que mi pasada conducta en la finca ante las dificultades que enfrenté y las enseñanzas del señor Moisés, era algo que no debía ignorar y debía retomar esa disciplina. Si en eso también intervenían divinidades, me dije, era un asunto que admitía aunque no pudiera explicármelo.

Desde que salí del retén el trato recibido de personas que pensé eran amigas fue parecido al de un leproso que contamina todo lo que toca. Y tanto en casa de la señora Rosario, como vecinos e hijos de algunas familias con los que antes me relacionaba dejaron de tratarme. No decían nada, solamente hubo un cambio para mí marcado por la palabra exclusión y era como si hubiera un acuerdo tácito en excluirme. Un trato que en el fondo no se originaba tanto por lo del caso del Jeep, sino por un contagio descrito por amigos y camaradas: «Supieron que eres comunista y les incómoda tu amistad».

La nueva hoja de mi ruta existencial donde se registraría un cambio radical de mi vida me encontraría leyendo mucho y tomando notas de algunos libros donde había preguntas parecidas a las de mis reflexiones: ¿Quién soy? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo lograr? ¿Qué debí hacer? En ese tiempo mi nivel de educación ni daba para tanto ni esas preguntas son reflexiones mías. Las encontré resumidas en un pequeño libro de filosofía que un vendedor ambulante pregonaba por las calles del Trujillo de entonces donde tuve sueños y torpezas. Fue un pregonero parecido a los que ofrecían el arreglo de zapatos. Solo que éste me cautivó cuando le pregunté qué significaba el nombre filosofía y de manera simple me dijo: «Amor a la sabiduría». Además, zapatos no tenía y mi calzado era el denominado “cotizas”.

El autor donde me inspiré para formularme esas reflexiones y del cual nada sabía, era un tal Emmanuel Kant, alemán igual que Marx y Nietzsche. También contó en mi gusto, la fama de ese país que conocía en mis lecturas de materiales técnicos. En consecuencia lo imaginé muy útil para mi nueva ruta que me alejaría, así pensaba, de mis ingenuidades siguiendo a “pendejos”, según el señor Francisco. En consecuencia me prometí

ser una persona culta y luchadora de los derechos humanos y sociales.

De lo que digo y si se prefiere en lo esencial, no tengo una sola narrativa pues los conflictos que me tocaron o los que busqué, solamente pueden abordarse dentro las señales de las palabras fracción, diversidad y pluralidad. Son ellas las que marcaron algunas escenas de mi vida. Aunque mi cuerpo esté completo, pero sí aprendí que sin una nueva reflexión sobre mi ruta y con una mínima coherencia, mi vulnerabilidad social aumentaba. Era urgente dar un giro de tuerca. Tal y como sabía en los casos de un tornillo fatigado que al forzar su salida se rompe. Fatiga es un fenómeno que le ocurre a los metales cuando se oxidan y es lo que sentimos del aburrimiento.

Frente a esos conflictos e intentando solucionarlos empecé a recoger mis recuerdos con todos los retazos de mi vida que aunque alegre en mi espíritu, en algunos casos la percibí como si fuera un juguete de Dios cuando ese ente mueve sus cuerdas en forma similar a quien tiene en sus manos marionetas y yo parecía ser una de ellas.

Incluso a riesgo de ofender a cualquier teólogo, diré que mi vida se asemeja a la representación de la “Santísima Trinidad” en cuanto a Padre, Hijo y Espíritu Santo, donde el signo del padre está ausente, quedando en el marco de referencia solo la idea de un hijo con su espíritu o un alma tratando de encontrar su destino o <amor fati>. Y así, en mi caso, siempre lo sospeché.

Una pregunta rondaba dentro de mi <amor fati>: ¿Qué me persigue constantemente? A esa reflexión debía ubicarle lo que desgraciadamente me rodeaba: La mayor de las violencias que caben en la palabra pobreza

y donde las emociones eran como un volcán esperando su tiempo de erupción. Supe allí que la palabra paz la veía lejana y fuera del mundo real. Exigir los derechos con violencia en el grito y los gestos era lo cotidiano. Yo solamente intentaba vivir con ese síntoma controlándolo y vigilante de evitar situaciones extremas. No obstante, en mis rebeldías, daba la imagen de un malcriado, duro, sin sentimientos. Pese a mis esfuerzos, no encontré otra vía que saber vivir con esa emoción muy natural en los humanos que es la violencia.

Al tiempo me tomé la molestia de investigar y a la vez investigarme sobre la violencia y terminaría sabiendo que no se puede eliminar, solo controlar, regular, educar. Tres palabras que con sus plurales significados me mostraron la claridad de una ruta donde los desafíos no se mostraban en un solo lugar, de allí las mudanzas que me perseguían.

En mis nuevos amaneceres, sin clases porque ya tenía aprobado mi tercer año, por las mañanas despertaba con ojeras de tanto pensar buscando en lecturas de poemas y cuentos un punto de referencia y algún signo real donde las plegarias que todavía hacía a un no sé a qué divinidad, solo contaba con Kant y a veces releendo al atormentado Job de la Biblia, así complicaba más mi espiritualidad.

Lo que buscaba no era fácil en su pregunta: ¿Cuál es la causa de mi vulnerabilidad y abandono? Venía yo obteniendo logros, había dejado el monte donde una vez trabajando siendo un niño no solo fui feliz, sino que tuve la oportunidad de quedarme y ser un peón de finca, pero también había perdido la inocencia de que todo me ocurría por ser un simple criado, condenado a no poder estudiar, como me decían, pues sabía que en la desigualdad

social estaba la causa principal, y eso me decía que la tentación de caer en la delincuencia con lo del Jeep estuvo bien cerca de destruirme para siempre.

Sin embargo, no me rendía ni pedía clemencia, a cada día le daba mi aprecio para encontrarle rendijas a ese abandono y olvido, de alguna manera lo comprendía y ya no me causaba dolor porque su motivo principal era la marca de mi nacimiento donde no solo éramos muchos hermanos, sino que solo contábamos con un viejo abuelo y una madre “mocha” de una mano que los hacía insuficientes, a pesar del esmero en ayudarnos a sobrevivir.

Digo lo anterior porque intuyo que en la gramática de mi vida vinculada con un pasado infantil verdaderamente rápido en sus efectos, no destruyó mi imaginación, emociones y lucha contra desafíos a veces imposibles en su mirada, como haber llegado a ese tercer grado soportando golpes por todo mi cuerpo, luego a un tercer año de otro nivel escolar pasando por la posibilidad e ir a una cárcel por esa torpeza expuesta antes. Y todo eso me indicaba que sí podía ubicarme en trabajos derivados de un diploma o un título echando a un lado la desesperanza de aquellos consejos indeseables: —el estudio no es para usted—. Desde esa confianza también aprendí a distinguir que cuando algunos me espetaban: —Usted habla mucho, pregunta demasiado, no va a la práctica, curiosamente no lograban inyectarme el signo de la palabra debilidad, sino que me provocaban para irme a las páginas de un libro donde siempre estaba una idea, una frase, una historia esperándome para guiarme. Para mí todos los libros devinieron útiles porque en algo siempre está la disposición del autor de ayudar a otros con la magia de sus palabras. Además, la soledad a veces constituye su inspiración, palabra bien conocida para definirme.

Ya para esa época me construí una forma de orar que estaba dentro de mí haciendo uso de mis manos y a la vez me interrogaba si en mi carácter estaba la posibilidad de perdonar, como sugiere el Catecismo que me enseñaron, perdonar a esos que inyectaron en mi infancia desilusión y desesperanza: —Me retiraba a un lugar donde mi soledad y espacio coincidían y ponía mi mano derecha sobre el lado de mi pecho donde se sienten los latidos del corazón y pronunciaba las palabras más sentidas que se me ocurrían para que mi espíritu las oyera y de esa manera mi <amor fati> me guiara en las soluciones, si las había, por supuesto. Por ejemplo, si en un día las cosas me salían mal a causa de alguien con su intención, a ese no lo perdonaba, me era difícil.

De tal manera que sin las lecturas enseñadas por la señora Rosario para aprender a rezar, no hubiese llegado a esta parte de mi vida con una fe intensa, muy fuerte y animado para tener caliente mi voluntad de vida cuando circunstancias adversas se presentaban frías y heladas oliendo a muerte y yo espantado me refugiaba en dos palabras: —optimismo y amor.

Por lo demás, deseo afirmar que en las lecciones de mi experiencia no deseo darle lecciones a nadie, solo ensayé sacar las mías e interrogarme ante algunas de mis acciones y a lo mejor a alguien le serán de ayuda para su vida. De esa manera, perdonar a alguien pasa por tener la ocasión de creer en la vida que se luchó para darle un propósito bello, estético y alejado del mal, por eso los recuerdos se dejan en el pasado, yo lo hice.

Es por eso que la palabra lucha fue mi aliada, nada ocurrió por generación espontánea y haber aprendido a leer me llevó a los libros y en uno de ellos encontré la magia que seguramente vino con mi temperamento en el

signo de la palabra Agón, sin ella salvarme de los males para un niño abandonado no se hubiera dado.

Con la ausencia de esa palabra supe la debilidad en niños de mi edad, no abandonados por sus padres y teniéndolo casi todo en sus hogares, en sus fracasos escolares, necesitar de la compañía de otros como si les agrada viviera en rebaño y sin coraje para defenderse de las ofensas de los otros. En ellos, sin el signo de la exclusión social no pudieron evitar el delito, la corrupción, el robo y el crimen; porque su voluntad de vida murió al nacer con ellos. Lo tuvieron todo, menos el propósito de ser ellos mismos con honestidad y responsabilidad. En mi vida siempre actué siendo mi adversario, luchando contra mí, ganando o perdiendo, solo yo lo sentía. No era un asunto de Dios, aunque a veces lo imaginé, era contra mí y por eso ante los complejos que otras personas me transmitieron pasé de largo, como si viera en ellos fantasmas que no se han de saludar porque sencillamente no existen.

Lucha y Agón son las palabras claves que me explicarían muchas maneras de leer la agonía como el cuerpo que se resiste a morir. Lucha donde lo importante no es recordar el pasado, sino mirarlo en forma diferente para atreverme a sentir mi <amor fati> como algo propio, no artificial. Un poema, por ejemplo, ciertamente que no trae comida a la mesa pero sí al espíritu, salvo si el libro que lo contiene es todo un éxito económico para su autor. Pero llevar comida a la mesa con dinero de la corrupción o quitándole la vida a otro ser humano sí lo explica un poema en tanto lo que no se debe hacer, a eso lo llamo vivir dentro de una ética con estética. Salvarme, lo venía aprendiendo, tenía un método para mí: —Toda acción requiere poner a jugar palabras contra un pensamiento crítico: ¿Hasta dónde podré llegar con mis sueños?

Aclaro que no soy poeta, solo leo la poesía y para escribir poemas no cultivé ninguna competencia. Pero la ensoñación me invitó a refugiarme en ciertas palabras donde busqué lo que faltaba a mi carácter y se me permitió.

Resulta evidente que con palabras construí la realidad imaginaria de mi <amor fati> ante la cantidad de inconsistencias de los valores impuestos por la sociedad de mi época para una familia monoparental. De las lecturas aprendí a entender que ningún humano nace con valores, nacemos con lo real de un cuerpo, solos y desnudos, también hay animales similares a nosotros como los monos que tienen un cuerpo, se reproducen y en algo se quedaron fijos: —Carecen de la posibilidad de la ensoñación, más sí practican el sueño. Quiero decir que no articulan su lenguaje para escribir un poema o dibujar una imagen.

Somos similares a esos animales en cuanto a un cuerpo que se descompone al morir, pero el signo de la tragedia de la muerte es única para la idea del humano, pues de esa descomposición se nutren otros seres para vivir: virus, bacterias, gusanos. Se puede nacer en un espacio cuya familia monoparental, caso de Rita, mi madre soy yo y mis hermanos. Recordando que su vida no estaba libre de obstáculos en un ambiente de piedras y serpientes junto a una soledad que la invitaba a soportar y hasta a compartir tristezas en el retozo y manoseo heterosexual que nos engendró. Pero una mona de eso no sabe nada.

En ella, problematizar su existencia fue algo imposible, tanto por su temperamento alegre y simple como por su ignorancia alimentada por su analfabetismo básico. Nunca entendió que es el signo de algunos seres

donde la resignación a lo que les toca y que asumen se los dio Dios, es lo que hay. Pareciera que no nací con esa palabra y a medida que conocía más personajes en mis lecturas, mejor me comprendía. No era lo mismo tropezar con una piedra y sentir dolor, que hacer de todo trabajando y nunca salir de su situación de miseria, como a ella le ocurrió.

Lo supe en mis trabajos de niño para ganarme la comida y el techo para dormir, lo sabía mirando alrededor rodeado de gente trabajando mientras los dueños de ese trabajo podían disfrutar de vacaciones y sus hijos asistían a excelentes escuelas. Sin embargo, algo dentro de mí, como si fueran duendes o demonios, me decía que eso era la vida y si no la aceptaba solo quedaba quitármela. Era una fuente subversiva de mi situación social y libertad. Al imaginarme tal cosa supe también que vivir era respirar y lo único que evitaba quitármela era el miedo a morirme ahogado. Jugaba con esas ideas, me decía que si podía quitármela es porque era mía y ese fue mi primer síntoma de mi <amor fati>.

Otra mirada con esos duendes fue aprender a leerla en libros, en ese tiempo de reflexiones había leído la sabia referencia de un autor llamado Confucio, que en un principio al mirar su nombre pensé que me hablaría de confusiones: —Con maldecir la tormenta no va a dejar de llover—. Y hasta allí llegaba mi intento de desespero por dejar de ser niño y aprendería a ser paciente. La palabra optimismo era la que mostraban esos duendes y debía escuchar su voz.

En otra lectura encontraría un proverbio cuyo autor no encontré y que algunos dicen que es de origen árabe: —Siéntate en el Umbral de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo—. La palabra paciencia ante quien

te ofende era otro duende y debía darle su lugar. Pero el poema de Miguel Hernández: —Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado—, fue otra voz que al compararla con la de César Vallejo: —Yo nací el día en que Dios estaba enfermo—, estructuraron, a su libre manera y tiempo, ese <amor fati> que tanto nombro y que es mi mejor síntoma para soportar tanta realidad brutal.

Con esos signos enfrentaría hasta el momento de esta historia cualquier acción extraña que traiga tristeza y pesimismo en mi espíritu. De allí que todos los manotazos y empujones que me aplicaron aprovechándose de mi vulnerabilidad social no lograron derrumbarme, no me quebraron, ni siquiera en tiempos de fuerte represión política donde a veces hay seres que no necesitan ser torturados para convertirlos en animales que reptan, en vulgares delatores y sin principios cercanos a la honestidad. Seres alejados de la solidaridad con quienes luchan o indiferentes en su humanidad.

A lo mejor —sostengo aquí— que el Dios de mis amigos, mis padres y hasta el de mis enemigos siempre estuvo allí, aunque yo no lo supe, puesto que a esa divinidad todos lo nombran, pero nadie la ha visto. En cambio yo siempre lo invoqué dentro de mi Agón, por lo que pienso que en ese juego ambos nos respetamos.

Hasta hoy ignoro si con esa estructura de mi <amor fati> he sido totalmente feliz, pienso que sí, pero con Einstein sabemos que eso es relativo y con múltiples señales, lo que sí sé es que siempre me negué a darle espacio a frases de la derrota: —Ayúdeme, que no puedo— y con un rostro calamitoso— Sobre todo porque si algo define al humano es su facilidad para crear divinidades, pero también para negarlas y destruirlas, todo lo puede, hasta enfrentarse a dioses quitándose su vida.

Aunque si tiene la alternativa de hacer otra mirada a la existencia sabrá que orando, meditando y haciendo plegarias también puede convivir con una idea de Dios que vive dentro de cada ser vivo y a veces es el mejor psicólogo de compañía, porque entre otras ventajas, no tiene que contarle a otro sus pensamientos, sino al propio espíritu que se lo solicita.

Por decir algo: ¿Qué tipo de libertad quiero y cuál me es posible tener? Con la idea de palabras revoloteando en mi cerebro como golondrinas que viajan y no se detienen en lugares fijos, empecé a limpiar mi ruta preñada de malos entendidos, no se trataba, pensé en ese tiempo, donde pronto tendría que irme de Trujillo, de repetir notas de textos u oraciones en cualquier plaza pública, como el saltarín de la cuerda del Zaratustra. No, se trataba de dejar fluir lo que yo era y había aprendido en situaciones vividas como la del toro en el corral de ordeño del “Cacao”. No se trataba de acumular rencores innecesarios, sino de diferenciar bien que odiar a otro ser humano era odiarme yo mismo y que amar a otro ser no es amarse uno solamente, sino que —Más de lo que yo me amo no me amaré nunca nadie—. Y eso era posible porque al momento en que me confesaba había asumido que yo amaría como ese Dios misterioso pedía ser amado.

Y de todos los sentido de esa bella palabra mi <amor fati> se tropezó con una bien rara: Deuteronomio, centrada solamente en el acto de amar en forma trascendente y en el acto quedé atrapado por ella en una sugerencia casi ley del amor: —Escucha, Israel: —Tú amarás al Señor con todo tu corazón. Y esa fue mi clave.

Diferenciar ese fluir o juego entre optimismo y pesimismo, entre realidad e imaginación cuando hubo hechos y signos intencionados para sacarme del deseo de sujeción solo fue posible por medio de una fuerte creencia

en mi amor propio, por ello ningún castigo me quebró. Es posible que así como sabemos que hay animales con genes de fuerza y genes de debilidad, se llegue a descubrir que también en los humanos eso existe.

Lo anterior apenas lo imagino, aunque desde temprana edad fui seducido por los perros que no metían su rabo entre sus patas traseras frente a otro que los amenazaba y tenía su cola levantada. Esa realidad fue imaginaria en mí, pues de la realidad cotidiana no tenía dudas, era repetitiva en su ausencia de amor. Incluso generalizo si digo que todos sabemos de eso y no se necesita pensarlo mucho para sentirla y devenir pesimista. Lo difícil y complejo es ser optimista y atreverse a pensar lo imposible.

Solamente con que una persona sienta la realidad y la vea de cerca sabe, aunque no lo admita racionalmente, que tiene todo para perder la fe en sus principios honestos si ve que el pícaro, el corrupto, el oportunista y el delator son quienes van mostrando que sus prácticas son la vía del éxito. Mientras que ser optimista es asumir riesgos, cometer errores, caerse en el camino, perderse en tiempos nublados y si se cae en un oscuro pozo solo la confianza en la estrategia y el amor propio junto a recurrir a cualquier divinidad vale. Ese asumir no viene con el paquete al nacer, porque hay que educarlo, no se nace con valores, ni bueno ni malo, se nace, y punto. Educar es un verbo que necesita, obligatoriamente en la persona, pasar por purgar el espíritu de ideas parasitarias y perezosas, evitar la anomia y la abulia en tanto enfermedades de lo que nadie puede curar: —el espíritu de lucha, del Agón y de la voluntad de cambio.

## Capítulo XVI

### *Desalojado*

*Hay muchas cosas por la que estoy dispuesto a morir,  
pero ninguna causa por la que estoy listo para matar*

—*Mohandas Karamchand Gandhi*

Con la idea de purgar mi espíritu comprendí que debía mandar al depósito de mis excrementos todo el paquete de palabras de mi educación inicial reforzando la manera de mejorarme para la vida con palabras significando culpa, dolor, tristeza, destino y duelo. Les cerré las puertas para siempre, y si llegaban a mi cuerpo las atendía con el honor respectivo de no tenerles miedo, como espero algún día hacer lo mismo al llegarme la obligada muerte, porque lo sé: —Es mi invisible y compañera real de ruta—. Ese honor lo practicaba pasando de largo ante debates inútiles provocándome un largo sueño, meditando o saliendo a correr hasta fatigar mi cuerpo. De esa manera empezaría a redactar mi diario de aciertos y derrotas, que si se repetían podía evaluar el punto del conflicto: —. Amoroso, familiar, amistoso, de trabajo, y otros por el estilo.

Sería el dios Cronos la divinidad invitada para ayudarme a ubicar la palabra confianza en tanto base de toda idea de amor donde la violencia y el castigo son contraproducentes y que solo la cultura y la educación

pueden regular en ambientes que la reproducen, como la pobreza. Violencia que no se puede eliminar salvo en miles de millones de años con otra evolución en los humanos. De allí que ciertas reglas en el acto de educar las vi necesarias sin comprender su causa.

Cronos guiaba a mi <amor fati> y le indicaba que las reglas, incluso para tener amigos, son importantes. Una lectura de Aristóteles en su libro *Ética a Nicomedes*: —La amistad es el bien más importante cuando une a dos hombres virtuosos— vino a mi encuentro y tanto me impactó esa frase que empecé a preguntarme: ¿Cuándo puedo saber que tal individuo merece tenerlo como amigo? Y la respuesta era clara: —Que sea una persona de bien, honesta y practicante de una ética vital—. Yo no inventaba con ese juego nada, ya los antiguos griegos lo hicieron. Y las siguientes dudas eran consecuencia de esa purga espiritual que necesitaba hacerme: —¿Cuándo y cómo mi vida finalizará de ser lo que viene siendo? ¿Qué es lo que impide, aparte de mi vulnerabilidad social y económica, desarrollar mis facultades, ser autónomo y libre? Desde esas preguntas pensé hacer lo mismo que recordaba de mi primera vacunación: —esa vacuna me trajo hasta lo que tengo como <amor fati>.

Ciertamente, eran preguntas conviviendo con esos silencios donde mis errores y torpezas me obligaban a tener que vivir “agachando la cabeza” y me permitieran comer y dormir. En ese tiempo estaba tan perdido como un perro con cataratas, dicho de alguien que todo lo explicaba con humor, y a su vez avergonzado por mi ingenuidad siguiendo a “pendejos”.

Confieso que aquí no trato de impresionar al lector con mis palabras, solo buscaba un agujero mediante el cual pudiera mirar mi vida de otra manera y un día, ante

las miradas de quienes acompañaban a la señora Rosario en su método de vigilancia, viéndome como un bicho raro me expresé: —Si yo soy la causa de tantos problemas en esta casa, es mejor que me vaya —dije con firmeza—. La réplica no se hizo esperar. —¡Sí! —dijo—, es mejor para todos que busque para dónde irse. Y lo dijo con tanta facilidad que hasta le comprendí su derecho a aliviarse la carga que era yo. Ese gesto de ella adelantó mi tiempo de ser autónomo y lo que ocurriera de allí en adelante solo era responsabilidad mía, la tutela llegaba a su fin junto a mi forzada maduración, como esas frutas que son afectadas por los cambios de temperatura del ambiente.

Me retiré al cuarto donde dormía para organizar mis escasas propiedades a las que les bastaba una simple caja de cartón donde sin dudas estarían mis libros y cuadernos de notas. Comprendí el agotamiento de ella, el punto es que ella nunca se propuso comprenderme. Y mientras hacía mi nueva mudanza y a pesar de mi temprano ateísmo criticando la voluntad divina porque a veces no me favorecía, escuché llegar a alguien que por su voz no me era desconocida, era la señora Josefa de Téllez, la de Monay y madre de Jorge, mi amigo de la infancia y a quienes hacía tiempo no veía porque se habían ido a otra parte de Venezuela.

Siguiendo mi costumbre de escuchar conversaciones, ésta ubicó el nuevo lugar donde ahora vivía esa familia: —Ando por estos lados de paseo —dijo al entrar—, vivimos en Barquisimeto y allí monté un pequeño restaurante cerca del Terminal de Pasajeros, lo dijo luego del saludo de rigor. Y lo del dicho común referido a la fe lo percibí cerca: —El desamparado de Dios no ha nacido— y apareció en la conversación de ese día en voz de esa señora: —Amiga Rosario —preguntó—. ¿Qué ha sido de aquel muchacho que usted estaba criando en Monay?

—Por allí está —dijo con frustración— y agregó: —no lo soporto, me hizo la vida imposible con su desobediencia y acabo de decirle que debe irse de esta casa. —¿En verdad, es así de terrible? Le acotó ella. —Viva con él para que lo conozca, —le dijo la señora Rosario—, lléveselo, a lo mejor donde usted vive hay algún trabajo donde se gane la comida.

Mientras escuché la conversación, tan simple y donde era casi un desecho me sentí flagelado por la naturalidad del desprendimiento de la señora Rosario. Fui percibido allí como un saco de papas que estorbaba en el camino de ella. Al rato me incorporaron a la conversación y luego de saludar a la señora Téllez, me soltó el decreto: —Arregle sus cosas y se va con la señora Josefa. Por haber escuchado todo, no me sorprendió lo que sin duda fue un desalajo, no dudaba en irme pero no evité la nostalgia del nuevo abandono donde por lo expreso de la orden ni siquiera me despediría de mis escasos amigos después del hecho del Jeep y mi pasantía por un Retén de menores de edad.

## Capítulo XVII

### *La matriarca redentora*

*...Me confesó la luna que nunca tuvo amores,  
que siempre estuvo sola soñando frente al mar*

—*Juan Marsé*

*Últimas tardes con Teresa, p.147*

**L**a aludida caja para mis escasas propiedades, mayormente libros, solo esperaba ser amarrada para irnos con la señora Josefa, fue un viaje de tres horas en autobús hasta Barquisimeto, conversamos brevemente debido al mareo que me atacó al pasar por las curvas de San Pablo y casi llego desmayado. No dormí en forma fingida como siempre hacía lo hice si tenía problemas. Esa vez fue diferente, apenas pude decirle si podría seguir estudiando mi cuarto año. —No te preocupes por eso —dijo—, Rafael va a la Escuela Técnica, Jorge y los otros, incluida Gladys, era la menor de las hembras, van al Liceo Lisandro Alvarado, el pequeño Darío está en Primaria. Estamos bien, aunque mi esposo y dos hijos mayores andan quebrantados de salud. Conque en tus ratos libres me ayudes en el negocio de la comida es suficiente. —Claro —agregó—, si logras encontrar una beca o un trabajo remunerado es mejor para todos. Fue sincera al decirme eso y yo recordaría un texto bíblico: —Ayúdate que yo te ayudaré—, como sugerencia del Dios cristiano.

Antes de dejar la casa de la señora Rosario, escribí en mi cuaderno de notas un pensamiento de Oscar Wilde: —Aquel que retorna sobre su pasado no merece considerar el porvenir—, ese pasado lo venía dejando como huella nada más porque miraba siempre adelante, atrás solo para impulsarme. Y este nuevo viaje me agradó, lo sentí como otra oportunidad en mi azarosa existencia. Si me tocaba trabajar, pensé, bastaba saber qué debo hacer, al trabajo no le tenía miedo y la señora Josefa me habló claro. Solamente que de nuevo a deber favores y nunca se pueden pagar porque el agradecimiento no tiene precio. Mi <amor fati>, de eso, supo bastante.

Al restaurante, bien modesto y a la vez casa de esa familia numerosa, llegamos y los hijos que en Monay conocí, estaban en clase pero había otras personas a quienes ella les dijo quién era yo: —Uno más de la familia—, y asumí que lo hizo buscando que me adaptara al nuevo lugar. Sin duda una frase contagiosa para el bien.

En ese tiempo la señora Josefa no podía saber mi disposición para adaptarme, aparte de las pocas opciones de ese imprevisto viaje —me dije— en un murmullo cargado de gestos. Una rápida mirada al local me permitió ver las mesas para servir la comida cubiertas con el conocido mantel de plástico a cuadritos rojos y blancos, las sillas de madera, una cocina y nevera contiguas, un piso de cemento pulido y pintado con polvo de construcción, instalaciones eléctricas y del agua en los exteriores, dos ventiladores que chirriaban al moverse. La cocina funcionaba con querosén, al lado estaba un fogón de leña pequeño y un poco alejado del cimientto estaban colocados, en cierto orden, los útiles de cocinar. Por supuesto, como es entre los venezolanos, una emisora de radio encendido todo el día donde música y noticias entretenían a la gente. Al fondo de la casa y dejando el lugar del

restaurante estaba una mesa un poco más grande donde en ese momento, aproximadamente tres de la tarde, jugaban ludo dos damas. Este dato lo recordaba de Monay porque en casa de los Téllez, el juego era el dispositivo de comunicación más importante y nunca faltaba el dominó, barajas, dados. En ese momento y ante lo visto, me pregunté: —¿Qué haría en esa casa para contribuir con mi estadía?

A eso de las cuatro y media entraron Rafael y Jorge junto a Carlos y Gladys, risas y alegría contagiosa nos convocó de inmediato y recordaríamos al Monay que dejamos, era una familia bastante unida por una suerte de “matriarca” en la señora Josefa, quien igual a una elefanta no abandonaba su manada. El ambiente con ellos siempre estuvo constituido por el chiste oportuno, el apodo y el chalequeo. El lema era simple: —Quien se pone bravo pierde—. Mi experiencia en el sexto grado me vacunó contra apodos y el de ellos para mí era “El escachalandrado”, debido a mi vestimenta ocasional y generalmente obtenida de algún obsequio, por decir algo, una camisa fuera de mi talla y no le veía motivos para no ponérmela, pasaba igual con zapatos que si me quedaban grandes la diferencia de largor lo equiparaba con papel periódico, y así con todo lo que recibía: —A caballo regalado no se le miran los dientes—, me enseñó el señor Moisés.

Era un ambiente de solidaridad sincera y de dormir con un ojo abierto porque a la casa podían llegar extraños amigos de ellos. Se asombraban porque andaba rodeado de libros y cajas o que nunca dejaba de leer. El nuevo lugar debía haberme distraído en mis sueños, pero eso no ocurrió, pues nunca el juego me sedujo más allá de pasar un rato con el grupo. Con Jorge mi relación era diferente frente a los otros, y su manera de comunicarse

con la gente se parecía a la de un relacionista público en su amabilidad.

Por medio de él encontré una orden para adquirir libros dada por un Diputado del partido Copey en una conocida librería de esa ciudad. Tres de las hijas de la señora Josefa trabajaban, igual que dos varones mayores y al negocio le iba bien, siempre era sitio de conversaciones tipo café, donde la discordia nunca la vi. Dos palabras definían el lugar: —risa y amistad—. En ese sentido, mis instantes cambiaron y la culpa o el pecado como consignas cotidianas de lo que dejé en Trujillo no las volvería a escuchar, para mi gusto y alegría.

En ese lugar que me recibió acudían personas del mundo del gobierno y a la semana de mi llegada ya tenía cupo escolar conseguido por ella mediante sus amistades, empecé mi cuarto año de mecánica junto a Rafael con quien aprendí a moverme en las largas calles de un Barquisimeto sin subidas y donde las direcciones eran parecida a los crucigramas que traían los periódicos porque se cruzaban sus nombres. El primer día a mi curso entré y nadie se fijó en mí salvo cuando el profesor, al pasar la lista, aludió a Trujillo como el lugar de donde yo venía al. Y como me era común, escuché que alguien dijo: —Otro “gocho” que nos llegó—. Gocho es una palabra que el vulgo usa para identificar con desprecio a personas de Trujillo, Mérida y Táchira, y hay quienes igualan el término a tonto o idiotas, a personas quedadas. Sobre todo lo utilizaban caraqueños y maracuchos. Al autor de la frase lo fulminé con mi mirada y en el receso lo abordé: —¿nos conocemos? —se la solté—. No —dijo—, es que creí lo contrario al escuchar que usted dijo “gocho”, y en Trujillo la usamos para nombrar la amistad —le aclaré. — No, yo no fui quien lo dijo —. Y eso me bastó para limpiar el camino de cualquier abusador, a quienes sabía cómo

confrontarlos. Ante esa respuesta donde él no asumía su descalificación oculta, le agregué: —Eso pasa en las regiones y uno no sabe quién es el autor de esas palabras, a veces en un sentido amistoso y otras de ofensa. Por ejemplo —le dije— para nosotros “guaro” es sinónimo de pene, de huevo. Decimos: — tengo el “guaro pelado”, “Me pica el guaro”. Su reacción fue retirarse y en el salón observé que a su entorno les comentó el hecho. De regreso a la casa le comenté a Rafael y reímos esa ocurrencia mía. De lo ocurrido, ese alguien, no volvió a insinuarme nada.

## Capítulo XVIII

### *Un abrazo maternal*

*Cuando me jubile, creo que no escribiré más este diario, porque entonces me pasarán sin duda mucho menos cosas que ahora, y me va a resultar insoportable sentirme tan vacío y además dejar de ello una constancia escrita*

**Mario Benedetti**  
*La tregua*

**S**iempre me gustó reír y verle a todo su sesgo humorístico y más si hay conflictos y dificultades. Reír es un excelente verbo que los animales y los muertos no pueden ejecutar y en parte, con él somos libres. Al contrario de lo que muchos piensan, reírse de alguien no es una ofensa, uno no se ríe de la persona, sino de lo que ella muestra ante nosotros como para provocarnos esos gestos que expresamos abriendo la boca y soltando los sonidos de las llamadas “carcajadas”.

Solo los seres autoritarios y hombres dictadores se molestan con el humor. Dije que la risa no es de muertos ni de animales, aunque la hiena, comedor de “carroña”, nos hace creer que ríe mediante sus sonidos al momento de mostrar sus dientes para atacar su presa, generalmente débil y enferma. Otros animales carroñeros como el buitre y el zamuro dan la imagen de baile o danza en el momento de tragar inmundicias alimentarias. Dije

tragar, que es un verbo con sentido diferente del verbo comer, en los humanos.

De tal manera que en ese tiempo aprendí que la moral no es válida para juzgar al verbo reír, como piensan los enemigos del humor. Luego de varias lecturas referidas a la diferencia entre humor y chiste entendí que el humor es un pensamiento elaborado y cargado de ironía, el chiste es algo ramplón, por eso comprendí la reacción de aquel maestro Pedro de mi quinto grado, al molestarse por mi ironía jugando con las palabras del apellido de su Director: —Gonzalo González de la Gonzalera, y su respuesta al expulsarme de la escuela fue similar a la de un maestro autoritario que, por ignorancia, de esa diferencia nada supo.

A veces quienes atacan el verbo reír lo hacen por sus limitaciones informativas, incluso de nuestra lengua. Lo digo hoy porque en España es sabido que Quedo, el satírico y humorista, no el señor Francisco, el de mi crianza, hizo escritos que el poder no aceptaba. Incluso, un término humorístico puede estar registrado nombrando a una persona y generar risa en su interlocutor. Por decir algo al respecto y bien actual: María Concepción Gamarra Ruíz-Clavijo es una política española, ella es nombrada simplemente “Cuca Gamarra”. Y “cuca” entre los venezolanos denota, en algunas regiones, la vulva femenina, pero en otras es “la chocha”, “la vampira”, “la innombrable”, la quita sueño. “Dame cuca”, en Trujillo, es pedir un tipo de pan hecho con panela y harina, muy distinto si eso se le solicita a una dama, no con un doble sentido.

Un amigo, de mi infancia, médico ginecólogo, cuando le preguntan sobre su trabajo dice riéndose y de manera jocosa, lo que nadie duda: —Yo trabajo donde los

otros gozan—. Se me ocurre agregar tal cosa porque mientras al verbo reír no se desglosa en los sentidos de lo que define se desconoce la importancia para el humano. Recordando al filósofo Jacques Derrida, conocido por su método semiológico llamado Deconstrucción nos invita a situarnos en los límites de lo obvio, poniendo énfasis en la apariencia, en lo indecible, y eso es librarse de los conflictos, por eso reír no siempre es ofensivo.

Y llego aún más lejos: —Si a una celebridad le rinden honores y rezos donde destacan las palabras de lo que fue en la vida como individuo, pues pienso que si era bailarín, en el entierro se debería bailar, si era músico la música privaría frente al duelo y la tristeza y si era un “cuenta cuentos” se le debe dedicar uno que lo defina. Por ejemplo a un filósofo del pesimismo como lo fue Cioran no lo despidieron con aquella canción de Celia Cruz invitando a bailar todo el tiempo.

Dije lo anterior por un recuerdo cuando una vez en una fiesta de fin de curso hicimos un juego con palabras y chistes, un amigo pidió que miraran bien mi rostro, luego preguntó: —¿En qué se parece una cárcel a Camilo?—, fue la pregunta modelo—. Nadie dio con la respuesta y quien la hizo dijo para sorpresa de todos. —Camilo tiene “barros”, en su cara y la cárcel tiene barrotes de hierro. Barros es el acné que en algunas personas tenemos en la juventud. Reímos esa gracia, no me sentí ofendido por ello y valoré la creatividad de quien lo dijo. Además “verdugo no pide clemencia” y yo también sabía construir escenas de chalequeo.

Allí mismo, y sin perder la oportunidad, había uno de los apodadores que tenía en su cara un “ojo lagrimeante” y como para animar el momento, sabiendo yo que él no tenía apodo —dije—: —Si me tocara apodar a Julio—,

era su nombre, le diría “lagaña de perro trasnochado”. En esa fiesta de los apodos, lo que dije no provocó el mismo estallido de risa anterior, pero entendieron que en asuntos de apodos la regla era no molestarse. Saber hacer eso con espontaneidad era el truco con el verbo reír, me lo enseñó el señor Moisés: —A veces, amigo Camilo —me insistía— en este trabajo de peón solo manda el “patrón” que nos paga, y uno tiene que tragar “sapos” o “comer piña con concha”, y todo eso sin molestarse. Somos mandados, no mandamos. Y esa sería mi mejor arma o vacuna frente a lo que me desagradaba cuando en vez de humor, se aplicaba la burla.

En víspera del Día de la Madre, según me dijo Jorge estaba por llegar, yo no tenía un regalo para la señora Josefa y seguro todos se lo iban a celebrar. Dinero para comprarlo tampoco y posibilidades de pedir prestado, menos. En mi salida de clase no me fui con Rafael, como siempre hacía, sino que me dirigí al Cementerio buscando ese regalo, ya lo había visitado porque me gustaba leer los nombres de difuntos con sus epitafios y a los términos más raros le buscaba en el diccionario su significado. Pero en esa oportunidad fue para observar si alguna tumba tenía flores frescas y de esa manera, pensé, mostraba mi agrado con ese día de la señora que me tendió su mano y confianza.

Encontré un modesto ramo de claveles y rosas rojas frescas que algún doliente venía de dejar allí, pidiéndole al difunto las debidas disculpas, lo tomé y al llegar se las entregué a ella felicitándola, su reacción inmediata con unas leves lágrimas fue abrazarme, darme las gracias y ese abrazo fuerte, todavía lo siento en mi corazón, abrazo inolvidable como si fuese por mi cumpleaños.

Fue así como en ese lugar rápidamente me sentí en familia, estaba acostumbrado en esas tres semanas de mi llegada; y justo cuando pensaba una noche en lo contento que me sentía ante mi nueva estabilidad, Jorge me dijo: —Pasado mañana nos vamos todos para Caracas, mi madre va a montar allá un negocio. Para no demostrar lo que sentía ante esa noticia inesperada, no dije nada, y menos con lo alegre que él estaba. Me invadió la palabra incertidumbre y el tener que volver a mudarme a un lugar del cual solo sabía que era la capital de Venezuela. Sin ninguna duda que la ansiedad en mi cuerpo era similar al miedo a lo desconocido, que aunque yo no le sacaba el cuerpo, de nuevo me situaba en la pregunta constante: ¿Y ahora qué será de mí? Fue todo un secreto del que nunca supe nada.

## Capítulo XIX

### *Caracas, nuevo destino*

*Después de nosotros, el Diluvio*

—*Marquesa de Pomadour*

*Dama de poder y amante del Rey Luis XV en 1740*

**E**n el negocio todo pasaba sin novedad hasta que la señora Josefa con su característico ánimo nos dijo: —Ya ustedes, refiriéndose a todos los que estudiábamos, tienen su cupo en Caracas—, nos vamos a conquistar esa ciudad —sentenció—. Y el día de la mudanza, otra más en mi vida, Jorge y yo fuimos a dar a la parte de atrás del camión ocupado de la carga y junto a cuanto objeto le cupo. Salimos de Barquisimeto a media noche para amanecer en una ciudad luminosa con la madrugada fría de una leve lluvia donde en mi costumbre de sentir el rocío de la vegetación en el “Cacao” de mi temprano trabajo era la sola diferencia con esa Caracas de la que esperaba me acogiera y me permitiera estudiar.

Mi guía silencioso en esa época, el señor Moisés volvía a mi mente en forma de mi <amor fati> con sus máximas silvestres: —Las cosas buenas siempre vienen con agua, como cuando nuestras madres nos parieron—. Sabio consejo fijado en mi espíritu que calmaba mis miedos en ese viaje. Además, y sin decirle nada a Jorge, en

Caracas a lo mejor, eran mis deseos, que pudiera estar mi madre Rita con mis otros hermanos.

Al decir lo anterior me daba ánimos ignorando que en esa ciudad hasta con una dirección en mano uno podía perderse. Sí tenía claridad en que no bastaba para sobrevivir en casos como el mío la voluntad, era necesario contar con el mito de Cronos, donde las circunstancias nos invitan a reflexionar con el corazón frío y el cerebro caliente. Por consiguiente —me venía diciendo durante el viaje— es vital que yo termine mi cuarto año y sea perito mecánico, me aterraba la serie de señales que desde Trujillo aparecieron y ahora esa nueva mudanza amenazaba la posibilidad de continuar estudiando y con escaparse de mis manos como los pichones que a veces volaban antes de yo llegar a su nido.

## Capítulo XX

### *Escuela Técnica Industrial*

*Sufrir es una cosa; otra es convivir  
con las imágenes fotográficas del sufrimiento,  
que no necesariamente fortifican la conciencia  
ni la capacidad de compasión*

—*Susan Sontag*  
*Sobre la fotografía*

Una amplia avenida entrando a la Caracas de ese 1966 nos recibió en un sitio de bello nombre: — Jardines del Valle—, el conductor dobló a la izquierda para dar con una calle hasta el “pie del cerro”, a unos cien metros, y ya en otro vehículo había llegado el resto de la familia. De inmediato descargamos la mudanza en una casa de platabanda, amplia en lo posible para tan numerosa familia y nos instalamos. Al siguiente día la señora Josefa nos llevó para que conociéramos el sitio del negocio ubicado a una cuadra de esa casa. Aparentemente, sustituiría al que dejamos en Barquisimeto, pero no era para un restaurante, sino para una modesta bodega de la comunidad, vendiendo víveres y cosas de quincallería: —El pan que comeremos saldrá de aquí —dijo ella—, por lo que todos debemos colaborar y cuidar —aclaró—. Yo, de inmediato, entendí mi lugar en esa aclaratoria y mirando la instalación eléctrica agre-

gué: —Mientras el bombillo encienda, por las noches cuidado y estudio a la vez.

Era lo menos que debía hacer frente a una persona que me transportó a las imágenes de mi temprano trabajo en el Cacao donde sentía el rocío de la vegetación. Solo que en esta ciudad era Caracas, la capital de un país promovido como rico, de la cual esperaba me abriera el porvenir. Esa señora, con su responsabilidad de madre, no solamente cuidaba de su familia sino de un recién llegado como yo y terminada de arreglar la casa con todo lo traído y a la vez algo en la bodega, nos acostamos rendidos. Tenía así un nuevo refugio que reunía signos de ser agradable en ese dato azaroso de mi vida marcada por continuas mudanzas.

El día tercero, viernes por la tarde y ya con los cupos escolares, Rafael y yo fuimos a conocer el lugar: —Escuela Técnica Industrial “Luís Caballero Mejías”, situada en la Avenida “Roosevelt”, en Los Chaguaramos”. Entrando supimos de un lugar no solo grande, sino dotado de todo, incluyendo un gimnasio y los talleres de las prácticas con cómodos Cubículos. Las clases apenas habían comenzado dos semanas antes y nosotros iniciaríamos el día lunes después de esa visita donde también estuvimos en los espacios de la UCV que colindaba con esa Escuela por la Plaza llamada de “Las Tres Gracias”. Y lo primero para estudiar tranquilos: —el comedor, situado al frente de la entrada y a media cuadra de donde estaba la E.T.I., como la denominaré en adelante en esta historia de vida.

De adyacente la histórica Universidad Central de Venezuela, U.C.V., solo tenía los recuerdos desde las conversaciones con el camarada “Larita” cuando nos anunciaba que conoceríamos a unos estudiantes de esta universidad y miembros del P.C.V., durante las instruc-

ciones para sobrevivir en tiempos de clandestinidad por la represión del gobierno de esa época, sobre todo a estudiantes universitarios que protestaban.

Para asistir a la ETI, Rafael y yo podíamos hacerlo en autobús de la ruta Valle-Centro de Caracas pagando el pasaje de veinticinco centavos del bolívar, en ese tiempo, pero había la opción, si había cupo, de ir hasta el patio de la UCV donde estaba la parada de buses para estudiantes universitarios, nosotros no lo éramos, a veces los vigilantes pedían el carnet respectivo y nos permitían subir. Los buses iban hasta su parada en la Iglesia Santa Teresa del centro de Caracas. Igual podíamos hacerlo a la inversa y luego llegar caminando a la ETI saliendo de la Ciudad Universitaria, como también se llamaba el lugar. En esa época el Rector era Jesús M. Bianco.

Y como no siempre podíamos tener el pasaje de autobús con los veinticinco centavos del bolívar, calculamos el tiempo de hacerlo a pie, nos levantábamos temprano, y lo hacíamos saltando algún lugar estrecho del Río “Guairé”, por los lados del paseo de “Los Próceres” hasta llegar a “Los Ilustres”, muy cerca de la ETI.

Jorge logró su cupo en el Liceo “Luis Manuel Urbaneja Achelpohl”, los otros en otras escuelas. Cuando supe que en Caracas había una ruta de autobuses llamada “Circunvalación”, atravesando toda la ciudad por el valor de ese pasaje, ambos acordamos hacer ese recorrido y de esa manera aprenderíamos a no perdernos en tan inmensa ciudad.

En la ETI las normas eran bien estrictas, se entraba a las siete de la mañana y cinco minutos después el portero cerraba un gran portón, eso implicaba arriesgar la permanencia, presentar el carnet era obligatorio, cuya

leyenda en el dorso me impresionó mucho: —Sin Tecnología no hay Revolución—. Otras reglas fueron: —No se cambia de pupitre, la mañana es clases teóricas, por la tarde es taller y cada quien tiene un Locker o casillero donde se guardan los útiles, hay baños múltiples con sus sanitarios, al medio día hay servicio de comedor, y se debe realizar una actividad deportiva, musical o del Ajedrez. La salida es un cuarto para las seis de la tarde. Y, “la Daga en el cuello” —imaginé al escuchar la regla final: —. A quien le queden dos materias para septiembre, en reparación de las diez a cursar se saca de la ETI.

Significaba que si alguien reprobaba dos de las asignaturas de tipo técnico consideradas fundamentales, debía dejar la ETI y ellos mismos, como institución, le encontraban al sancionado cupo en un Liceo para continuar su educación media. —Se entiende —dijo quien dio la información— que quien viene a esta ETI es para graduarse de perito o técnico e ir luego a trabajar, mientras que los bachilleres salen para ingresar a la universidad de su preferencia y estudian con otros programas.

Esas eran las condiciones donde yo aterricé para seguir estudiando y mi <amor fati> supo, al escucharlas, lo que me dije sin pronunciar palabra: —En este desafío voy a mí—. Quien nos habló de esas reglas, aún sigue en mis recuerdos como modelo de profesor: —Me llamo Pedro Guerra —dijo con orgullo—, soy ingeniero mecánico, dirijo el departamento con el mismo nombre, estudié en USA y las clases que imparto son mi colaboración y debido agradecimiento, por ello no cobro nada, pues hice mis estudios en una Venezuela que me permitió con una beca estudiar allí, es también mi cooperación con una sociedad donde vivo —aclaró—. Mi materia es Termodinámica, soy amigo del orden, de la disciplina y de que mis alumnos obtengan buenas notas, resultado de su esfuerzo. Aquí

se estudia veinte horas por semana y quien se planifica logra graduarse, ese es su mérito. No regalo notas, no acepto adulancias ni flojeras. Mi trabajo es enseñar.

Todo ese discurso lo absorbí como la goma espuma hace con los líquidos: —sin derramar nada. Con el carnet entrábamos a una surtida biblioteca de libros técnicos, destacándose los de cada especialidad y previendo yo que me podía encontrar con otro Pedro, similar al de mi expulsión por el caso de “la Gonzalera” en mi quinto grado de Primaria y sabiendo por el señor Moisés que un “picado de culebra” al ver un bejuco tiembla, me fui a consultar el nombre honorario de la ETI, lo que leí sobre Caballero Mejías me impresionó: —Ingeniero que fue Corredor del Plan de Estudios de las Escuelas Artesanales y Técnicas de Venezuela, venía de saber que en una de ellas me inicié en Trujillo y nadie antes me lo dijo. Fue quien creó la fórmula de la “Harina Pan”, toda una legendaria del venezolano y que ha disfrutado en su valor culinario básico: —nuestra arepa, de harina—. Sin duda que para mí fue toda una agradable sorpresa poder saber de esa meritoria información académica del lugar donde cursaba mi cuarto año.

Ni modo —me dije— emulando a ese filósofo del humor mexicano llamado Mario Moreno “Cantinflas”, esta es la ruta que mi <amor fati> ha venido soñando: —estudio, me gradúo de perito y técnico, trabajo y con el tiempo iré a la universidad, en un todo pensé eso, una vez que terminé de leer esa reseña del nombre de la ETI, que estaba al lado de la más antigua de las universidades venezolanas: la UCV, y en ese tiempo superaba mi edad en doscientos veinticinco años, no podía sino sentirme orgulloso de haber caído en ese lugar.

En lo inmediato el objetivo era graduarme de perito, luego si tenía las posibilidades con dos años más de estudio me graduaba de Técnico y como trabajador estaría formado para ser asistente de ingenieros. También averigüé que en la UCV varios técnicos habían ingresado en la carrera de ingeniería al nivel del segundo año, una vez que demostraron tener experiencia en la industria. De tal manera que ese sistema escolar, comparado con el de mis amigos como Jorge, estudiando bachillerato, era totalmente diferente y el mío más avanzado. A mí me agradaba estudiar, pero Rafael solo deseaba terminar de perito e irse a trabajar.

A pesar de algunos inconvenientes relacionados con recursos para estudiar obtuve el grado de perito y empecé a buscar trabajo, de lo encontrado nada se relacionaba con mi grado profesional, por lo que a veces me acercaba por el mercado de “Quinta Crespo”, ayudaba a descargar camiones de verduras y frutas y lograba algo de dinero, me regalaban algo de esos productos y así contribuía con la casa donde vivía, también por las noches me quedaba cuidando la bodega de la señora Josefa. Durante esa búsqueda algo encontraba, pero en talleres para trabajar no. No retiré mis documentos de la ETI y en la oficina del profesor Guerra participé que seguiría para el curso de técnico, era mi desafío y riesgo donde contaría con el servicio de comedor y algunas ayudas que venía logrando de un camarada que conocí en una de esas protestas estudiantiles, él vendía muñecas y otros juguetes en una esquina de “el Silencio”, centro de Caracas. Así que me arriesgué a continuar el quinto año en el intento de culminar la carrera de Técnico y pensando que tendría más posibilidades de trabajar en grandes empresas con ese título.

Caracas en esa época estaba dominada por la polarización política entre los mismos partidos que gobernaban y como consecuencia de la exclusión del PCV, partido político que contribuyó a derrotar la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Tumbaron la dictadura, pero en la construcción de la democracia no tuvieron la disposición de evitar rivalidades entre sus dirigentes y la violencia urbana se instaló, sobre todo por la influencia de la llamada Revolución Cubana y la Guerra del Vietnam que contribuyó a esa polarización con la consecuencia de tener una democracia de pensamiento débil donde de alguna manera se añoraba volver a la dictadura por ese culto al militarismo y hasta los mismos que lo criticaban se vestían con el gusto por el “Verde Oliva” siendo guerrilleros.

En forma breve, en esa época, pensaba que la violencia urbana derivaba del eterno conflicto entre los partidos políticos y generó el hecho de que cada vez que había un debate importante, terminaban divididos y cada quien registraba el suyo, como si fueran pequeñas empresas para luego negociar con sus tarjetas electorales los votos de apoyo. Los centros de estudios y universidades también reflejaban esa polarización. De hecho, yo en mis creencias políticas era producto de esa lucha y militaba en la Juventud Comunista y actuaba clandestinamente. Al tiempo sabría, no por su boca, que Jorge estaba mucho más involucrado que yo en la lucha, pues lo captaron para contactos con empresarios y militares opuestos al gobierno.

Ya inscrito para mi quinto año, las materias tenían contenidos más exigentes, las evaluaciones exigían un informe cada semana, los llamados exámenes eran a libro abierto y quien no preparaba los temas no podía resolver dudas así tuviera las páginas abiertas del respec-

tivo libro, la matemática era con derivadas e integrales y ese nivel de estudios atrapó todo mi tiempo. Aunque indudablemente me sentía contento y con confianza, no obtenía las mejores notas pues muchas veces era el último entre los cinco u ocho que aprobaban, de una matrícula de veintiséis compañeros. Iba allí, como el gato que rasguña un palo seco afilando sus uñas con el único propósito de aprender. Y en cuanto a las prácticas de taller, el objetivo central era aplicar los conocimientos del dibujo para leer planos hechos por ingenieros y aprender a construir piezas.

La vida en casa de la señora Josefa iba, como de costumbre, en su dinámica de sobrevivir y siempre estaba alguien de invitado que llegaba de Trujillo o Barquisimeto y ella lo ayudaba mientras encontraba trabajo, así era su solidaridad. Rafael se fue a Maracay a trabajar e hizo planes para llevarse a su madre y hermanos una vez se estabilizara allá. Cuando lo supe me volvieron a invadir los vientos de mudanza y yo esperaba atento, a lo mejor no eran inmediatos, me decía con optimismo, para de nuevo seguir la casi persistente mudanza de mi <amor fati> y tener que interrumpir mis clases.

En vista de que no encontré cupo en mi formación para mecánica automotriz en ese plan de estudios del quinto año, me ubicaron en soldadura de diversos metales con un maestro venido de España y desterrado por la dictadura de Franco. Se llamaba Antonio, era tolerante y conocía bien su trabajo de metalografía. En las primeras instrucciones de él, destacó su “truco”, así lo denominó: La soldadura es como el matrimonio y el anillo que llevamos, se llama “alianza” y esa palabra significa unión duradera, que también aparece en la Biblia en el pacto con Dios, es una unión de dos materiales que pueden ser distintos, pero mejor si al aliarlos hay algo común entre

ellos y así se evita un posible rechazo, cuya consecuencia es la fractura del material soldado. Por decirlo mejor: — el agua y el aceite no se pueden aliar, como tampoco un perro con una liebre—, y se reía de su ocurrencia, pero quienes lo escuchamos sabíamos la importancia de su mensaje para fijar la idea.

Parte de la tarde en el taller consistía en quemar electrodos haciendo figuras geométricas que luego nos evaluaban, otro maestro nos enseñaba cómo calibrar instrumentos de pesas, medidas y tornillos milimétricos, era argentino y cuando explicaba alguna duda lo hacía con redundancias y exageraciones. En cuanto al deporte escogí el atletismo que ya había iniciado en Trujillo, pero sin muchas competiciones en mi cuarto año. En esa ETI estaban como instructores los atletas élite de Venezuela, caso de Héctor Thomas en el atletismo, teníamos enseñando música al maestro Aldemaro Romero, y como estudiante de Petróleo quien sería famoso como compositor musical: —José Enrique Sarabia, apodado “Chelique” y su canción Ansiedad.

Ignoro hoy si en ese tiempo hubo una institución de educación media con esos atractivos culturales educativos en tanto signos estimulantes para estudiar. Y quizás no exagero cuando digo que debido a ese ambiente me llené de fuerza para mi gran sueño: —Cumplir mis etapas antes dichas hasta ser un egresado universitario y, si posible, ser investigador enseñando a mis discípulos la importancia de la academia, nombre que me sedujo cuando hojeando el libro *La República*, de un tal Aristoclés, apodado Platón, supe de qué trataba.

Mientras avanzaba en mi quinto año me fui dando cuenta de un ambiente conflictivo similar tanto en la ETI como en la UCV y que seguramente afectaría mis

estudios: —eran las protestas cada semana con la respectiva represión policial y detención de estudiantes, llegándose al extremo de que cargar un carnet estudiantil era motivo de revisión en cualquier parte, incluso la “recluta” para llevar jóvenes cercanos a la mayoría de edad al servicio militar estaba activada a la salida de los cines o en un parque, y uno estaba siempre amenazado por ese ambiente. En una de esas protestas viví mi primera experiencia amenazante de esa represión cuando al salir de un cine me reclutaron, me llevaron a una instalación militar, me cortaron el pelo y me salvé de ir al servicio militar porque en el examen médico vieron mi fractura del pecho que desde los cuatro meses tuve por la caída de los brazos de mi madre y eso me inhabilitaba. La otra experiencia con esa represión fue ver caer asesinados por disparos de armas de fuego, por parte de la policía, a dos compañeros de mi salón de clase, fue cuando escuché un término que los definía en la lucha urbana: —es un ñángara—. Los recuerdo porque en clase eran solidarios en tareas como del dibujo y el cálculo prestando sus útiles. Ante su muerte, lastimosamente, recordaría al señor “Larita” cuando daba una clave del comportamiento en la clandestinidad: —Ser cuidadoso, no exponerse sin necesidad porque formar un cuadro político para la lucha es asunto de años. Y en ese sentido, ellos, pienso, ese día no lo fueron cuando frente a la ETI dirigieron la quema de neumáticos lanzando bombas molotov.

## Capítulo XXI

### *De nuevo, mi Amor Fati*

*Es necesario que yo tenga amor y  
para tenerlo debo cultivar mi corazón*

— *Jiddu Krishnamurti*  
*La revolución del silencio*

A veces por esos hechos suspendían las clases, incluso en el Liceo donde estudiaba Jorge, quien aprovechaba la suspensión para trabajar pues con sus habilidades para las relaciones públicas tenía un trabajo, en el Hipódromo, los fines de semana y otro temporal que un empresario amigo le permitía vender casa por casa productos del hogar. Hubo momentos en los cuales le ayudé pues en el negocio de la familia también yo hacía de “vigilante” y dormía dentro del local un día por medio, y así colaboraba con la casa donde me venían ayudando. El sueño de Jorge era ser abogado y el mío, aparte de ser técnico, simultáneamente encontrar a mi madre, y en esto último él me acompañaría: —Lo haremos en el bus de la Circunvalación —me decía—, y buscamos a la familia Perdomo, no muy común en Caracas —agregaba— con su optimismo de siempre.

La suspensión de clases duraba frecuentemente una semana y si los hechos eran graves duraba hasta quince días o cerraban las instituciones, las expulsiones

eran constantes y la ciudad de Caracas venía transformándose en algo que solo el tiempo mostraría el límite, desde el pensamiento débil, de esa democracia donde ahora transcurría mi vida.

Varias semanas, hasta llegar a seis meses, con Jorge busqué a mi madre y a la vez aprendimos a desplazarnos por los incipientes barrios caraqueños que con su estética fea de miseria y pobreza ya mostraba ante nuestros ojos. En nuestra búsqueda íbamos como perros cazadores, pero sin lograr nada, salvo que dejábamos la dirección de Jorge en algunas viviendas de sitios donde la vivienda predominantemente común eran “Ranchos”. Y sobre todo, pensando que la pobreza de mi familia no había sufrido cambios como para tener una vivienda construida de cemento y mínimas condiciones de habitabilidad.

A la mitad de mi quinto año, Jorge se graduó de bachiller, le iba bien en sus relaciones sociales y se inscribió en la Universidad Santa María para ser abogado. Por el contrario, el quinto mío no prometía nada seguro, debido a una protesta al profesor Prato, el subdirector, el sector estudiantil lo acusaba de dar listas de alumnos a la Policía Política y hubo violencia con la quema de su auto dentro de las instalaciones y, por ese motivo, suspendieron las clases por veinte días, era el año 1967.

Al retorno de clases, después de esa suspensión, participé en la primera competencia deportiva entre cursos y me fue bien en los ochenta metros planos y algunos compañeros vieron condiciones en mí para integrar el equipo de la ETI, pero allí estaba un joven de origen alemán, buen estudiante, atleta destacado y sabiendo de sus condiciones, él asumió el lugar de líder y jefe. Además, estaba en el mismo taller de soldadura donde yo

estaba. Frecuentemente tuve roces provocados por él, sin causa alguna, y me mantenía con cierta distancia en las tareas del taller evitando cualquier tipo de roce. Mucho más alto y fuerte que yo, desde el momento en el que entré a ese quinto año sentí su animadversión. En su mirada ojeriza expresaba un malestar cuya causa solo él la sabía, al extremo de reclamarle al instructor Antonio de la manera siguiente: —Maestro —dijo— ¿Por qué usted le da la mejor máquina de soldar a ese “Gocho”? —Él se la merece porque trabaja más tiempo que tú —le aclaró—. —¡No! —replicó—. Lo hace porque él es “bruto” para aprender y necesita más tiempo —dijo—, convencido de que nadie le llevaría la contraria. Ese día el maestro no dijo más nada, no me quitó la máquina y se encerró en su oficina, como si con eso no solo evitara inmiscuirse en algo de lo que no sabía en qué terminaría, pues ese alumno era el centro del curso. Songailof era el nombre de ese joven, tampoco pudo impedir que yo entrara en el equipo de atletismo una vez que en la pista midieron mi tiempo para correr los ochenta metros. Sin duda alguna era un estudiante que no pasaba desapercibido en el salón y algunos compañeros me decían de tenerle a él bastante cuidado porque era violento y agresivo.

En la competencia de esos ochenta metros fui medalla de bronce, como si los músculos de mis piernas guardaran la memoria de mis viejas carreras en Monay, era un logro de mi gusto por el atletismo y que inexplicablemente mi cuerpo no había olvidado.

Terminadas las competencias del atletismo regresé a clases, feliz con mi resultado y todo el curso contento con quienes fuimos representando a los mecánicos, las otras menciones de la ETI también festejaban. De mí, conozco bien mi temperamento desde hace tiempo y después de examinar en detalle la actitud de ese joven mi

actitud como respuesta era huirle, no por miedo que si bien lo sentía nunca me aterraba y lo sabía desde la vez del toro en la vaquera de ordeño. Sin embargo, a veces no basta rehuir y sobre manera cuando enfrente tienes un muro al que o saltas sobre él o te detiene, son las solas opciones. Ese día del fin de los juegos salí de la escuela y en la calle estaba él, como si me esperara, amenazante como siempre, junto a dos de sus amigos, para decirme con firmeza y en alta voz: —Mientras yo sea estudiante de esta institución soy el jefe del grupo deportivo, desaparece de mi vista, no te quiero ver donde yo esté —dijo en forma de sentencia como si fuera el dueño del tiempo. A mí me acompañaba un compañero del curso y ambos fuimos sorprendidos por lo dicho, intenté disuadirlo diciéndole que no tratándonos ya el problema desaparecía, se lo dije con calma y evitando cualquier violencia. Sin embargo, Songailof sorpresivamente soltó un golpe contra mi pecho, tan fuerte y preciso que me tiró al suelo. Quedé con cierta dificultad para levantarme y respirar, imaginé en ese momento que me patearía y como no había soltado el bulto donde tenía mis útiles escolares recordé que nunca me faltaba el compás de dibujo, lo agarré, me paré y así pude frenar a esa bestia “Bestia blanca” que amenazaba con hacerme daño. Su reacción fue retirarse un poco de mí diciendo: —Solo sabes pelear como los “Gochos” a cuchillo, y abandonó el lugar sin dejar de amenazarme con gestos y movimientos de su fuerte cuerpo. Mis rudimentarios conocimientos de boxeo no los saqué contra él porque fue muy rápido su golpe y la ventaja era suya, aunque todo fue un descuido mío ante alguien que por alguna razón se “enamoró” de mí para agredirme y no tuve la precaución de mantener la distancia obligada que me habían enseñado mis instructores de clandestinidad en casos de peleas callejeras e imprevistas: Alargue su brazo frente al oponente y esa es su primera defensa.

Es difícil de entender que existan personas que solo las circunstancias de la vida nos colocan en un mismo ambiente y sin ningún motivo se fijan en uno para impedirle existir, es un signo de lo que no debemos cultivar: —la intolerancia y ese alemán lo era.

Finalizada la semana de esos juegos, la mención mecánica terminó en tercer lugar, hubo muchas felicitaciones para ese estudiante, sobre todo por sus dos medallas de oro, la de bronce fue la mía y simultáneamente también se comentó lo ocurrido con el golpe que me dio, como si por ser buen estudiante y atleta destacado fuera su derecho.

Era asunto de cada tarde en el cubículo del taller y luego de ese hecho que el compás no me faltara y también hice un cuchillo artesanal con una hoja de segueta incrustada en un trozo de madera. De él fue frecuente su mirada hacia mí muy similar a la de esos perros al acecho: —listos para morder al perro que no les esconde su rabo, y yo intuía que en cualquier momento me volvería a agredir. De modo que nunca le quité mi mirada, no le bajaba la cabeza como otros compañeros lo hacían celebrándole sus malos chistes.

Mi precaución fue a tal extremo que llegaba a clase o salía de ella mirando para todos los lados como conejo fuera de su madriguera y evitando su encuentro, no tenía grupo de apoyo de camaradas como antes tuve en Trujillo a los fines de compensar su fuerza física y tamaño, era yo solo ante ese inesperado inconveniente con alguien de origen extranjero viviendo en mi País. Precaución o miedo, lo cierto es que terminados mis deberes en el taller llegué al extremo de bañarme más rápido que de costumbre, dejar el lugar y entrar a la UCV buscando el autobús para irme. En el fondo huía.

A pesar de todas mis precauciones, no me sentía seguro y ante todo debía evitar que por ese gesto agresivo él perjudicara mis estudios, pues hasta los profesores lo tenían como modelo de estudiante, que no niego lo era ya que sacaba las mejores notas en materias con gran dificultad para muchos de nosotros. Consciente de ese ambiente me dediqué a buscar cuál podía ser su punto débil, pues de las causas de su agresión pensé que era su egocentrismo.

Y tal como mi <amor fati> a veces me aclaraba intuiciones, hubo un momento, de los tantos que le venía registrando, dándome una clave cuando saliendo yo del baño de esa escuela y entrando él: — siempre cubriendo su cuerpo de la cintura para abajo con un paño grande—en un reducido espacio donde generalmente todos andábamos desnudos mientras él iba contando chistes o conversando con los demás. Era también el único que lo hacía y ya cuando casi todos abandonaban el espacio de ese baño, él entraba a ducharse. Ese era su hábito.

Empezó dentro de mí a florecer la clave con ese registro que yo venía haciendo en mi obligada reflexión para encontrar alguna debilidad suya en su cuerpo cubierto de la cintura para abajo. Había, sin duda, un signo o una contradicción en ese cuerpo alto y musculoso: —¿Por qué si todos vamos desnudos en ese espacio, él no? Mi intuición me dijo en ese momento que ese paño en sus partes íntimas tenían un secreto y él que era egocéntrico no lo mostraba debido a algo raro. La respuesta que me fui imaginando en cada vez de mi baño tenía varias posibilidades y una constante: ¿Qué oculta ese paño?

## Capítulo XXII

### *El paño de Songailof*

*Yo soy el producto de eventos y reencuentros improbables,  
aleatorios, ambivalentes, sorprendentes, inesperados.  
Y al mismo tiempo soy yo, individuo...*

—**Edgar Morin**

*Lecciones de una vida. Paris, 2022*

Con esa idea me propuse averiguar la función de ese paño sobre sus partes donde estaban sus genitales, por siempre supe que cuando hay exceso de pudor es porque hay algo que no se debe mostrar, según me enseñó Moisés: —Los animales no ocultan sus miembros sexuales porque son libres, en cambio el hombre los oculta porque consideran es pecado mostrarlos a la gente —decía siempre— y yo lo escuchaba atentamente en esa su moral.

Además, era ese joven alemán casi perfecto como lo pintaba Wilde en “El Retrato de Dorian Grey”, Songailof era alto, de cuerpo atlético, musculoso, ojos azules, rubio, buen estudiante, hablaba varios idiomas, líder de grupo, disciplinado y, sobre todo, muy responsable.

De él eso era lo visible, lo invisible parecía estar cubierto por ese paño, según mi <amor fati>, y él lo guardaba como un tesoro —pensaba yo—, muy intrigado, buscando ese punto débil o de enfermedades que los leones

y buitres conocen de sus presas. Y en eso él con su agresividad injustificada me había convertido: —En alguien que debía buscar ese “Talón de Aquiles” que el mito griego nos muestra en la Filosofía y desde allí averiguarle su debilidad. Yo no podía permitirle otro golpe o que me sorprendiera.

Ahora yo era una fiera herida y mi estrategia era hacerle a él otra mirada mucho más profunda de la que mis compañeros le hacían y que los tenía hipnotizados. Mi seguridad consistía en esa jaula que son las dudas bien reflexionadas donde sin que él lo imaginara le tenía la puerta abierta y seguramente entraría.

El momento llegó al igual como mi <amor fati> lo hacía siempre en momentos donde alguien abusaba de mi vulnerabilidad, al respecto seguí su práctica de entrar último a ducharse cuando quedaban pocos compañeros en la sala de baño, pero yo ya tenía ubicada mi ducha adjunta a la suya, la de él nunca la cambiaba como el autómatas alemán que era y es ahí donde ocurrió lo inesperado cuando yo al salir de ducharme logré verlo desnudo y como me paré frente a él, de inmediato me gritó: —¡Qué coño miras “Gocho” de mierda!, entre asombrado y asustado. Yo no dije nada y los que estaban solo miraron sin entender lo que pasaba.

Con cierta risa salí de allí y en el camino le dije a mi espíritu tocándome el lado de mi corazón: —Ya no tienes que estar atemorizado, has obtenido tu medalla de oro, tienes a tu presa—. Al llegar a la parada del autobús y estar cómodamente sentado, alegre supe que había descubierto la causa de ese rencor del alemán contra mí y también la luz de mi razonamiento mostrándome el arma que yo debía utilizar contra él para balancear mi vulnerabilidad: —razonar su problema por el cual

me agredió—. De nuevo la sabiduría del señor Moisés: —Mire bien, amigo Camilo —me decía—, Nunca provoque una perra recién paría, porque se desespera y puede hacerle daño. Se convierten en tigras protegiendo a sus perritos. Eso era yo en esa circunstancia, los perritos eran mis valores, mi dignidad y derecho a no ser molestado por quien sea, menos por un extranjero. Era yo contra alguien que no solo no me conocía, nunca le hice daño, era un extraño en la tierra donde nací y, de paso, me discriminaba siendo su compañero de clase, lo que era intolerable en mi manera de pensar.

Ahora todo se reducía a esperar el momento de mi golpe sorpresa, él ni se lo imaginaba considerándose un sujeto invulnerable, pero mi defensa lo tenía previsto para la clase de “Derecho del Trabajo”, con un profesor que estimulaba el debate, llamado Vicente Rojas Pérez, donde la libertad de expresión era la guía. Su método pedagógico consistía en llegar al salón, pasar la lista, anunciar la temática que generalmente era un caso de litigio entre sindicatos y empresarios discutiendo un problema salarial y nosotros buscaríamos los artículos de la ley para resolverlo. Luego ese profesor se ausentaba para que en grupos de trabajo debatiéramos y pasadas las dos horas le entregábamos un informe de una cuartilla con las ideas expresadas a los fines de que nos informáramos y aprendiéramos a defender con argumentos nuestros derechos humanos donde el Trabajo era uno de ellos. El día fue un miércoles y me encontraba bien agitado buscando las consecuencias de mi planificada acción, pues ante el grupo debía aclarar algo que debía decir, pero que en el debate de la materia trabajo y leyes estaba fuera de lugar. De modo que en el momento en que alguien contó un chiste, de inmediato aproveché para expresar lo siguiente: —Compañeros, présteme mucha atención

—dije—, ustedes saben ¿Por qué Songailof en el baño nunca anda desnudo como todos nosotros y se cubre de la cintura para abajo con un paño y se baña de último? —pregunté—, aunque sabía que nadie respondería. Todos se sorprendieron con lo que dije, incluso él. —Porque es un joven Nazi con una marca en sus nalgas —respondí—, en el curso hubo gestos encontrados y Songailof quedaba clavado como un Cristo crucificado, pero en su pupitre y con un rostro pálido que todos vieron ese día de mi defensa ante los continuos ataques de él. ¡Quedó mudo!

En esa sorpresa estábamos cuando llegó el profesor, nadie hizo comentario alguno y a los minutos salimos. No lo hice asustado ni huyendo, sino seguro de mi mortal golpe. Ya en la salida lo vi, pero con otra actitud: —Dejemos eso de ese tamaño —dijo— con voz y rostro de ovejito degollado. En efecto, a partir de ese día nunca más se metió conmigo y cuando alguien me preguntaba de las marcas en las nalgas de él, le respondía que le pidieran a él mostrarlas, no era ya mi problema, ni yo un cazador de nazis, solo usé esa arma baja para defenderme de alguien que sin razón me golpeó.

De esa manera repetí lo del toro cuando me atacó y supe salir del “lance” como decía el señor Moisés. Ya graduado, supe que Songailof trabajaba en una empresa de su familia por los lados de “La Yaguara”, pero nunca nuestras vidas se reencontraron. Pasado un tiempo sabría que en Venezuela hubo familias de nazis refugiadas y quizás porque no somos xenófobos las aceptamos, pero de no haber encontrado una salida a los ataques de quien se consideraba superior a mí, mi historia sería otra y bien golpeado hubiera quedado, pues a ese ser le pareció que yo debería ser su presa.

Finalicé mi quinto año con bajas notas, pero ninguna para reparación. Varios compañeros quedaron en el camino y otros se fueron a trabajar como Peritos mecánicos. El sexto año sería más difícil para mí, no tanto por las asignaturas sino que de nuevo la señora Josefa armaba otra mudanza, esta vez a Maracay donde Rafael y sus hermanas cuando encontraron trabajos estables y ya ella no tendría su negocio de víveres. De nuevo mis libros y ropa a su destino de siempre: —las cajas. Estaba en vacaciones y la mudanza sería dentro de dos meses, en Caracas solo quedaríamos Jorge y yo. Él tenía trabajo y yo ayudaba a un camarada de izquierda en la venta de muñecas, como dije en alguna parte anteriormente, en el centro de Caracas, quien me puso en contacto con otros luego de yo nombrarle al barbero “Larita” en Trujillo y de mis andanzas en la Juventud Comunista.

Así que volví al mundo de la lucha dentro de la izquierda y adquirí responsabilidades en hacer pintas en algunas zonas evitando siempre la policía y usando entre nosotros seudónimos. Siempre teníamos motivos para protestar debido a la represión y muerte de dirigentes del PCV, como cuando ocurrió el horrible crimen del profesor Alberto Lovera, en 1965 y a quien luego de torturarlo y tratando de ocultar para siempre su cadáver, le hundieron un pico en su pecho y lo tiraron al mar, pero flotó. De su caso se supo en toda Venezuela. En esa época un camarada de la UCV me permitió un cuarto para “enconcharme” y de esa manera cuando la señora Josefa se mudara yo no quedaba en la calle, dando continuidad a mis estudios y a la lucha respectivamente.

Con Jorge continué buscando a mi familia los fines de semana, ignoraba si ellos al encontrarlos me podían brindar ayuda, lo hacía tanto por volver a ver a mi madre como para saber si en el refugio de ellos también ca-

bría yo. Mi lucha por terminar la carrera era de éxitos intermitentes y sabiendo eso no deseaba abandonar el único bien con que contaba: —Estudiar—. En esa búsqueda la referencia era indicar que se trataba de personas provenientes del interior de Venezuela, buscando por los barrios a los Perdomo, en una Caracas con inicios crecientes de buhonería en las calles vendiendo frutas sobre guacales y crecimiento de barrios sin servicios de agua y luz eléctrica. Sobre todo en la “Avenida “Urdaneta” y cerca del cine Junín. Aunque de mi familia no llegamos a saber nada, era otra búsqueda fallida. Sin embargo debía seguir intentándolo. Tiempo tenía.

## Capítulo XXIII

### *Los testigos*

*También, como todo instinto,  
la verdad toma la forma de ilusión*

— *A. Schopenhauer*  
*Metafísica del amor, 1818*

**E**n la escuela el ambiente de protestas continuaba, de modo que junto a la posibilidad de terminar el año y el viaje de la señora Josefa mi vida no estaba muy tranquila. Un día, apenas iba entrando a la ETI y veo que Jorge me estaba esperando para decirme que en determinada dirección nos debíamos encontrar por la noche y me entregó un papel, no hablamos más nada porque yo debía entrar y ya eran las siete de la mañana, él se iba para la Universidad donde, como dije, ya cursaba estudios de Derecho y ya faltaban veinte días para la nueva mudanza de su familia.

A la dirección fui cuando salí de clase, llegué y era una casa bien cómoda. Él al invitarme a pasar a su cuarto, que estaba fuera de la vivienda, me empezó a narrar de qué se trataba el asunto: —Pon atención a lo que te digo —insistió—. Se trata de un problema familiar, me pidieron ser testigo y que buscara otro, ambos podemos vivir sin pagar nada haciendo ese servicio y pensé en ti. Si aceptas te vienes para acá y nos piden ser testigos de

los golpes que el marido de la hija de la dueña de esta vivienda, y es viuda, se acostumbró a darle. A eso se agrega la amenaza de querer quitarle la propiedad debido a que la señora madre le permitió construir un cuarto en el segundo piso y ahora él, un italiano violento, dice que también él es dueño.

Generalmente hace eso los viernes cuando llega borracho, según dice esa señora, pues la hija es contraria a denunciarlo —seguía diciendo Jorge—. Al ser testigos, la señora nos permitirá vivir aquí unos meses, como te dije, sin pagarle nada. Con atención y escepticismo escuché a mi querido amigo y se lo agradecí, quien de mi “concha” y actividades clandestinas en la política no sabía nada. La idea de ser testigo era desconocida para mí, pero le dije que lo acompañaría viviendo allí con él, pero entrando la semana porque debía hacer algunas diligencias.

Quedamos en eso y me fui donde el amigo de la venta de muñecas y me sorprendió entregándome un papel donde estaba escrito mi apellido, era la nota que de tantas dejadas en la búsqueda de mi familia alguien que me había visto en el lugar de la venta fue a entregármela, pero yo no estaba. Al lado de lo escrito estaba una dirección: —23 enero, “El Observatorio”, segundo callejón—. Sin duda que era algo posible para localizar a mi madre, debía organizar mi búsqueda, ya Jorge estaba colocado y lo de la “Concha” quién sabe, y me decía: —¿Hasta cuándo? Cierta alegría le llegaba con esa dirección a mi <amor fati>.

Así fue que volví donde Jorge, le comenté lo de la dirección donde posiblemente encontraría a mi madre y ambos nos alegramos. Él ya había ido a una de las audiencias y el abogado de esa señora le entregó unas planillas explicando cómo proceder el día del juicio, él en

tanto testigo, y el otro que sería yo debía leerlas también. Mientras conversamos el día en que llevé algunas de mis cajas para mudarme y en cuanto a lo de la dirección del 23 de enero, que ese lugar era bien peligroso. Luego de esa semana nos vimos con el abogado y sus instrucciones fueron precisas: —Llenar otras planillas con lo que se observe en el hecho violento —dijo—, preferiblemente si se da la violencia fuera del cuarto de ellos, avisan a la policía y si en la mañana observan que la agredida tiene moretones en su rostro le toman, con esta cámara que les presto, una fotografía. Fue todo, salimos y fuimos a conversar con la señora de la casa a quien le explicamos todo.

Al estar hablando del caso con esa señora mostró un rostro de esperanza con nosotros para resolver su conflicto familiar. Tratando de indagar algunas causas del problema, le pregunté: —¿Y por qué usted quiere que se divorcien? —Porque el muy desgraciado después que se casó con mi hija me propuso que le dejara construir en la parte de arriba de esta casa unas habitaciones porque deseaban tener hijos, yo acepté como buena madre. Pero luego de terminar la construcción y empezar a tener problemas con mi hija supe de sus malas intenciones y mi hija, aunque insegura, prefiere divorciarse pero él no, a menos que le den la mitad de lo que gastó, y hasta reclama ser propietario de la casa, y sumado a eso —agregó la señora—, yo firmé un préstamo en el Banco donde se dice que la segunda planta le pertenece —concluyó ella.

Algunas semanas más tarde Jorge y yo permanecemos en la vivienda del trueque, para llamarla con cierta coherencia, sin que supiéramos de nada relativo a golpes y escándalo del italiano, y pensando que algún vecino nos instruirían en algo de esos hechos, recurrimos a una

señora que la vimos conversando con la madre de la víctima.

Nada más tocarle el tema, nos dijo: —Hace tiempo que somos amigas y en vísperas del casamiento ya ese señor la regañaba en la calle y le daba empujones, se lo comenté a la futura esposa para advertirla: —abra los ojos amiguita, usted sabe que le tengo cariño desde que era una niña—. ¿Y qué le respondía ella? —preguntó Jorge—. Pues como decimos las mujeres estando ciegas por el amor: —Me gustan sus verdes ojos y no lo voy a dejar ir, ya tengo treinta años, y para “vestir santos” no me quedaré—. Así fue, ya para ese tiempo y muerto su padre, quien por cierto era muy estricto, el italiano se quedaba a dormir en la casa antes de casarse y la madre lo permitía —aclaró—. Luego de oír tan interesante comentario, le dimos las gracias a esa vecina. Veníamos de saber que madre e hija estaban irremediablemente a merced del italiano.

La familia de Jorge se fue a Maracay y la rutina de entrar a la casa, salir a nuestras diligencias y llegar a dormir pendiente de algún indicio de pleito conyugal nos llegó el mes de noviembre, tiempo de navidad donde las emociones y los conflictos se mezclan en nombre de la alegría o de la tristeza. Unos escuchando gaitas alusivas a ese tiempo, otros su música de nostalgia y despecho derivados de ese término tan complejo para definirlo: —el amor—. Palabra que tiene variados signos, ambientes y sujetos donde anidan los imprevisibles, como les ocurre a esas golondrinas cuando el invierno las invita a migrar. En ese sentido amor es tregua, arrepentimiento, reconciliación, perdón, rencor, odio, etc. Nada es claro en asuntos del amor y de eso mi espíritu a temprana edad lo sintió con la debida tristeza que le sirvió de base.

Apenas serían las once de la noche de un viernes cuando por fin reventó el “peo” por el escándalo que escuchamos en el cuarto de ese matrimonio cruel, como Jorge y yo calificábamos nuestra tarea, y junto a la viuda subimos, ella tocó la puerta y el italiano salió, y detrás de él en un rincón estaba ella acurrucada, aterrada y golpeada. Al italiano le reclamamos su actitud y sobre el escándalo e invitamos a la víctima a que saliera, lo hizo para bajar con su madre y a nosotros el golpeador nos dijo: —No se metan en problemas de pareja, —no es problema de ustedes—. No le dijimos nada cumpliendo con el protocolo del abogado de la madre y observamos que borracho ese italiano no estaba.

Ya, estando en la planta baja le tomamos fotos a la golpeada, como estaba recomendado por el abogado y era nuestra tarea. Luego la señora llamó a la policía y dejando el asunto en manos de ellos, nos fuimos a nuestro cuarto. Jorge se durmió y yo me quedé reflexionando sobre lo desagradable y triste que es ver llorar a una indefensa mujer golpeada por una bestia, porque eso es un golpeador de mujeres, y más sin un padre que la proteja, con ese sentimiento me dormí esa noche.

Durante una semana no nos convocó el abogado y eso complicaba nuestras otras tareas, era como si un problema de violencia conyugal donde la víctima es una mujer careciera de interés para la justicia ordinaria de la Venezuela de ese tiempo. Se lo comentaba a Jorge y el con su humor me decía: —Es que de ese “peo” comen muchos, porque la vulnerabilidad es como ver un perro con sarna: abogados, jueces, políticos y nada es inocente, como idealistamente piensas tú en asuntos de la familia y el amor, —insistía—. A fin de mes finalmente fuimos ante el abogado cuando nos convocó y le narramos los hechos antes nombrados: —El caso va bien, leí el reporte

policial y vi las fotografías que ustedes le tomaron a la maltratada —dijo entusiasmado—, hay registros viejos del forense y el trabajo de ustedes le da bastante fuerza para que el indeciso juez emita una decisión favorable a la víctima —concluyó.

Salimos de su bufete y cada quien tomó su ruta de otras diligencias, yo a mis clases que por estar finalizando ahora eran menos exigentes los profesores.

A los cinco días de haber hablado con el abogado nos citaron para ir a la audiencia definitiva, era un miércoles por la tarde y en la escuela el jefe del taller me dio permiso una vez que le mostré la citación al Juzgado. El ritual jurídico lo conocía por mi experiencia con el Jeep, del que Jorge nada sabía y era mi gran secreto, pero en este caso presentí que entre pruebas y actitudes del lenguaje corporal de los involucrados nada cuadraba y ante las pruebas que se leyeron, incluido nuestro testimonio no fue lo que yo esperaba: —la sentencia firme y categórica sancionando al golpeador de mujeres—, sino una tibia sugerencia del juez, en nombre de la justicia y la unión familiar mediante el amor, para que esa pareja entrara a un cubículo de esa sala, ambos reflexionaran y adoptaran la posibilidad de reconciliarse o por el contrario, divorciarse, todo eso en las palabras del juez.

De inmediato me dije: —Este juez es capaz de pensar que un gato con ganas de clavarle sus uñas a un ratón, teniéndolo dentro de una jaula, juega al perdón—. Durante una hora se suspendía el ritual jurídico y el juez se ocupaba de otro caso, pasado ese tiempo entramos de nuevo a la sala y allí estaba la pareja: —tomados de las manos, igual que en las películas mostrando un final feliz y un juez sonriente, seguro de haber “impartido justicia” en un asunto de los golpes dados por un hombre

a su esposa. La viuda con su cabeza gacha, Jorge y yo sorprendidos. Sin ninguna duda, en esa Venezuela donde se daba ese caso, la mujer carecía de reales derechos y frecuentemente había jueces competentes para interferir en las pruebas de violencia familiar y fabricar su interesada verdad construida en su propio papel.

## Capítulo XXIV

### *Abogado del diablo*

*La representación que puede darse  
ante todo pensamiento se llama intuición*

— *E. Kant*  
*Crítica de la razón pura, 1781*

Jorge y yo nos vimos en la noche de ese hecho en el Gran Café de Sabana Grande, donde el bullicio de la gente nos permitía divagar de cualquier cosa, comentamos lo ocurrido y de esa sorpresa le expresé: —¡Con qué simpleza ese juez despachaba el problema! —Coño, Camilo —dijo—, no seas ingenuo, ese es el poder de ellos en nombre de la justicia. Desengáñate, pierde tu inocencia, no existe la verdad, solo los intereses de la gente. —Sí, lo entiendo —dije—, pero no lo comprendo si revisamos la literatura de leyes y luchas sociales. Jorge ante lo que dije se había volteado para mirar a una elegante dama que venía de sentarse cerca de donde estábamos, por lo que creo que no escuchó mi argumento, pues las mujeres lo descolocaban. Después fuimos agotando nuestro café y buen rato permanecemos en silencio, solo mirábamos la gente que pasaba y simplemente cancelamos el tema de la justicia. Dejamos ese lugar y nos fuimos a dormir.

Muy temprano de la mañana siguiente nos levantamos y como nos veníamos acostumbrando en esa vivienda, siempre pasábamos por la cocina donde la viuda nos daba café, pero esa vez no hubo de eso sino la frase que intuimos y no la pronunciamos: —Mi hija y Giuseppe, curiosamente no le dijo “ese italiano malvado”, llegaron a un acuerdo y él no me va a quitar la casa, pero exige que ustedes desalojen el cuarto que les di en el acuerdo que les propuse, —espero que ustedes me comprendan—inmediatamente remató— como ese torero que le mete la daga en el corazón a un toro maltratado e indefenso asumiendo que eso es un arte.

Nos daba las gracias y en verdad que nunca pensamos en esa salida de la viuda cuando solicitó nuestra ayuda, a lo mejor porque la vimos desesperada como una gata loca y ciega frente a un perro bravo que la acosaba. Ingenuos o no, fuimos honestos y hasta arriesgamos más que esa viuda y su hija ante un maltratador de mujeres. Ofrecimos lo que tuvimos a la mano: —nuestras necesidades frente a la carencia de un lugar para dormir. Regresábamos a volver a cultivar la palabra mudanza, en la que frente a Jorge, yo tenía más rayas que un tigre. Dejamos el cuarto de esa casa cuatro días después de escuchar a la viuda, antes lo organizamos y limpiamos para decirle con ese gesto quiénes éramos.

A causa de ese desagradable hecho solo nos quedó la experiencia del dicho venezolano en el llano: —De lo más pelado del monte puede salir un tigre—. A lo mejor esa familia ignoraba lo que es vivir con limitaciones, pero dentro de la dignidad y el respeto, y no conviviendo con un golpeador de mujeres como era el tal Giuseppe venido de la tierra del Dante. En una oportunidad en que comentamos el caso con unos amigos, escuchamos una crítica fuerte para nosotros: —Es de insensatos imaginar

la remota posibilidad de que donde hay dinero de por medio triunfe la verdad, la justicia y la honestidad.

Y sí, nos venía de ocurrir cuando en nuestras cabezas pensamos que ante un conflicto de pareja no debe privar el odio, sino el amor como solución, por ello es vergonzoso que un hombre utilice su fuerza para subyugar a su esposa.

En ese tribunal, pensé, lo que vi triunfar no fue solamente la violencia del hombre contra la mujer, sino un tipo de amor invisible para muchos: —pagar para que la verdad se torciera, pues tanto el juez, el abogado, la viuda, Giuseppe y la mujer golpeada sabían el precio a pagar: —¡Nosotros!, por ser los vulnerables en lo económico, pues de haber tenido dónde dormir no hubiésemos aceptado la propuesta de ayudarla, aunque sabíamos que nuestra tarea allí era policial, delatora, en un ambiente familiar con escenas de teatro donde ella junto a su hija eran actrices.

De Jorge nunca supe que imaginara el desenlace, pero hubo un momento en el que recordando a Moisés, el del “Cacao” y suerte de mi filósofo silvestre, un día me dijo algo al verme recoger del piso un mango maduro y llevármelo a mi boca. —¡Amigo Camilo, evite hacer eso! —advirtió—. No se acostumbre a recoger mangos del piso, o que estén bajitos, pueden estar podridos o picados de insectos y llenos de gusanos. Súbase a la mata o busque una vara larga para tumbar los de arriba— Y esa regla yo venía de violarla ante esa propuesta de ser testigo por un cuarto de dormir. Ese fue el “mango bajito” que Jorge aceptó y yo por la confianza en él, me dejé convencer. Por supuesto, hay que ponerle la lengua a un limón para sentir los escalofríos de la acidez, o como leí

algo dicho por Lenin, el de la Revolución Rusa: —para saber cómo sabe el pudín, hay que probarlo.

Afortunadamente el cuarto que tenía como “Concha” no me lo habían pedido y regresar mis cajas al mismo no me trajo dificultades. La situación de Jorge no es que era muy buena, pero contaba con su trabajo en el Hipódromo. Ya con más relaciones y siempre yendo a la UCV vi un aviso solicitando ayuda en matemáticas para seis alumnos de quinto del bachillerato que vivían cerca del sitio donde a veces ayudada al camarada de la venta de muñecas, en el centro de Caracas. Fui, nos conocimos y se trataba de darles dos horas de clase por semana.

No había acabado de resolverles dos problemas del despeje de variables, cuando constaté que tenían dos dificultades en esa materia, de una parte la famosa ecuación de primer grado con la que muchos repetían el cuarto grado de primaria, de la otra, no sabían multiplicar cantidades con decimales y resolver logaritmos. Duraría con ellos seis semanas, el pago lo negocié con pasajes y una comida. Ante esa inesperada ayuda estaba la frase de “Larita”: —Yo soy un comunista que va a la iglesia porque sé que Dios aprieta, pero no ahorca— lo decía ante lo inesperado y en momentos donde el pesimismo intenta sembrarse en nuestro espíritu.

Dije que en ese corto tiempo de mi desenvolvimiento como improvisado profesor, les observé el obstáculo en la matemática en la comprensión de la ecuación de primer grado, pero también desconocían la importancia de las reglas de algunos polinomios y, lo más común era que no sabían lo que significaba intercambiar el dividendo, divisor y producto. De esa forma, en el intento de resolver problemas con incógnitas, quedaban como pollitos enredados con sus patas en un kilo de estopa.

En esas clases cuando empecé a mostrarles cómo se procedía al despejar fórmulas o reglas de polinomios vino a mi memoria el profesor Medialdea del Trujillo que dejé, y cómo pasé también por esas dificultades. En la segunda clase y como escogidos por mi <amor fati>, me entregaron una caja diciéndome: —Es para ti —dijo una joven tuteándome—, pero no es algo nuevo —aclaró—. La abrí allí mismo y eran dos camisas junto a un pantalón, —Gracias —dije—, y sonreí junto a ellos. Luego un joven agregó: —pensamos que a lo mejor no te gustaría, porque no son nuevos —dijo a manera de justificación—. Abrumado por tan bello gesto solo atiné a decir: —No se preocupen, mi espíritu no es amigo de complejos de culpa y menos de un regalo como el que me vienen a dar, aunque el regalo que sí deseo me den es que aprueben su materia, pues eso me dirá que los tres verbos que más amo: educar, enseñar y formar, les entraron en su corazón.

De lo que me ocurrió con el gesto de esos jóvenes supe que no siempre uno en la vida tropieza con humanos similares a “ratas de alcantarilla”, no por lo de la caja, sino por las miradas de ellos junto a su obsequio mostrando su calidad de individuos solidarios, que aunque me pagaban, eran agradecidos, y eso, a temprana edad, yo lo estimaba mucho. El verbo agradecer hay que cultivarlo. Y allí sentí dentro de mi <amor fati>, el virtuoso orgullo de intuir que junto al grupo tenía cualidades para ser un profesor agradable a los estudiantes, pues sin amor no hay educación que perdure.

Acompañado de esa hermosa sensación salí del lugar con mi regalo para ir al sitio de la buhonería de mi amigo en el centro de Caracas para ayudarle en su informal negocio, debía pasar por una calle donde a veces veía a una joven amiga de esos estudiantes que al saludarme me sonreía. Pero ese día se me acercó para preguntarme

si podía asistir al curso que les daba. —No soy quien decide, sino ellos —dije, a secas—, y seguí mi camino. Sin embargo, fue ese día donde al ver que la joven se sonrojó al pedirme eso, me sembró ciertas dudas de su interés, como si esa escena me sugiriera que ella también vivía una soledad ansiosa y deseaba juntarla a la mía, es decir: —amarnos—. Yo sabía de eso, pero no teniendo nada que ofrecer más allá de mis sentimientos evitaba imaginar encuentros amorosos serios, que en esa época implicaba compromisos con las familias de las féminas pidiendo permiso para la debida visita en su casa y con miras a ir al altar.

Como lo vengo diciendo, azar y necesidad eran dos palabras frecuentes en mi cotidianidad y a veces me movía como una rata coja de una de sus patas buscando un nuevo refugio que me permitiera culminar mi sexto año, donde me faltaba la mitad del tiempo de ese año escolar. La magia de las ayudas me llegaba, aunque duraba poco, igual que las fantasías y aunque por mi vigilia en buscar la información oportuna las valoraba y ellas me venían salvando de terminar en la calle. Con un amigo que vivía cerca del Guaire lavaba mi ropa, plancharla no me importaba y bañarme yo lo hacía en el baño de la ETL. Durante esas actividades me enteré que había becas del gobierno y que algunos de mis compañeros del curso las habían logrado hablando directamente con el ministro de educación José Siso Martínez, del gobierno adeco, entre 1964 y 1969, y de quien decían que era muy receptivo. De modo que nada perdía intentándolo, me dije, y averigüé a qué horas pasaba él por los alrededores del Congreso Nacional. Ese día lo viviría cuando vi que él iba saliendo de su auto y yo junto a un amigo lo abordaba pidiéndole que me ayudara. Aunque eso suene o parezca raro de un ministro venezolano atendiendo a alguien en la calle, ese

señor ante mi solicitud se detuvo, me dio un papel para ir al Ministerio de Educación y a ambos nos dieron la ayuda, incluso se hizo efectiva con pago retroactivo, a los quince días de ese hecho. De nuevo recordaría que “Dios aprieta, pero no ahorca”, del amigo Moisés.

Ese ministro era dirigente de un partido político calificado con la palabra democracia, pero con el dato extraño de tener en la calle una política represiva que yo, junto a muchos venezolanos, combatía en la clandestinidad. Son reflexiones que asomo para algún historiador de esa época y que seguramente tendrá otros argumentos al respecto. En cuanto al efecto directo de esa beca, recuerdo que mi amigo lo simplificó en una frase jocosa en el instante en que hablamos de nuestros gastos: — Hasta para donde las putas podemos ir ahora, y ambos reímos, pues por qué no.

El miércoles de clases con mis estudiantes, ya casi por terminarlas, llegaba con la sorpresa de que allí estaba la joven que me solicitó asistir. Ignoro el porqué, pero sentí una indescriptible emoción porque al saludarlos a todos y a ella, por supuesto, noté que de nuevo se puso roja su cara, y era bien blanca pero no rubia, bajita de estatura, con un pelo largo y de ojos negros, solo detallé eso al iniciar la clase en una rápida mirada que le hice.

Como siempre recuerdo emocionado mi tercer grado de primaria junto a la sugerencia del profesor Medialdea, de que leyera el libro *El hombre que calculaba*, ese día lo imité y lo hice buscando saber si ese libro el grupo lo conocía. La respuesta fue no, pero tomaron nota del título y algunos medio mostraron entusiasmo para esa lectura. En los ejercicios noté un avance de esos muchachos, yo era mayor que ellos, y la invitada habló un instante para decir que estudiaba contabilidad en una

escuela de oficios y que los apuntes que sus amigos le habían dado la ayudaban, estaba a punto de graduarse y deseosa de trabajar en un banco de renombre, ojalá en Caracas donde estaba su familia.

Terminadas las clases de ese miércoles, me retiré y la joven murmuró si me podía acompañar, pues sabía que yo pasaba por el frente de su casa. No tuve inconveniente en dar un sí, y salimos. Poca era la distancia por caminar y pocas las palabras que nos dijimos, pero nada más la miraba y ella se ruborizaba. Con cierta esperanza imaginé que yo era el motivo de ese cambio de color en su rostro.

¿Cómo esa amistad terminaría en noviazgo?, ni yo mismo lo vi llegar. Tampoco lo busqué pues condiciones para un compromiso no tenía y lo repito: si algo marcaba a mi <amor fati>, en ese tiempo, fue de jamás repetir el mal ejemplo de quien me engendró no asumiendo su responsabilidad de padre. De allí que un compromiso serio no buscaba.

No es que carecía de amigas “con derechos”, pues claro que las tenía, pero eran mujeres con las que se llegaba a compartir cuerpo y fluidos sin que cada quien perdiera su libertad o a veces pagando. Y ahora que viene al punto en mi historia, y siendo a muy temprana edad un hombre presa de intensas fantasías sexuales, imaginaba acostarme con una monja y esperar el largo ritual de soltar tanta ropa y yo esperar la maravilla de lo que me sorprendería de su cuerpo. Pues lo que se oculta demasiado es mucho más erótico que lo que se muestra, como si con eso alejara la tentación del deseo de la carne.

En eso imaginé sorpresas de ¿qué encontraría en un cuerpo desnudo o si la culpa frenaría el placer cuando los cuerpos se tocan, si luego tendrían un arrepentimien-

to, si gemían como había sentido de cerca a mis amigas del pecado? La vida, con sus imprevistos signos de amor y azares, me complacería de otra manera pero su sorpresa aún no pasa al olvido.

Y sucedió después de tener ese dinerito de la beca y de las conversaciones con el amigo que también la obtuvo, su humor llanero siempre lo expresaba con sus maneras de enfrentar la vida, encontrar libros, apuntes o ayudas. Ese día, cuando sacábamos cuentas de lo que nos quedaba de capital, eufórico dijo que había ido donde las putas de la Avenida Casanova. Su descripción la calificaba como el lugar de la “clientela del deseo” —me dijo bien emocionado— y agregó: —Ellas, a las que llaman “de la mala vida” están ilegales en su trabajo, algunas sin papeles de identidad, la policía siempre las reprime y persigue. Pero uno se pone cerca de ellas y alguna te hace señas para que la sigas hasta su residencia, luego allí es donde vivimos la fiesta de nuestros cuerpos desnudos —murmuraba con cierta risa. Es fácil, incluso para nosotros que nos falta rosca para ser adultos. A veces, como fue mi caso, a la que sigues solo te pregunta si siempre buscas ese tipo de amor.

Ante esa descripción solamente lo escuché, nadie me había explicado lo de esas mujeres con tanto detalle, aunque cuando pasé por esa avenida las veía. Su relato continuó con otras palabras y muchos gestos, en las cuales trató de venderme la idea de que en esa faena sexual fue todo un experto. En cuanto a mí, con ese relato activó mis pocas experiencias sexuales y me dispuse a repetir la ruta de lo que le escuché a ese amigo.

Tres días después de esa conversación, con cierto nerviosismo me dirigí a la nombrada avenida donde vi una fila de mujeres en distintas posiciones: Unas habla-

ban en un grupo de tres, otras caminaban, se detenían, regresaban o hablaban entre ellas. En fin, la escena confirmaba el dicho de mi amigo. Vi mujeres de distintas edades con vestimenta fuera de lo aceptado socialmente dentro de la palabra normal.

Ese día también observé en algunas de ellas ropa común, otras con una variedad de colores donde lo brillante dominaba. Algunas se mostraban semidesnudas junto al maquillaje de sus rostros, tenían diferentes estaturas y peinados pero, sobre todo, un andar cadencioso como si las caderas desde la cintura no tuvieran gobierno. Ayudado por la información de mi amigo me puse en varios sitios esperando que alguna de ellas hiciera la señal descrita, que a mi entender, de lo escuchado, invitaría al intercambio sexual.

Sin embargo, tenía unos diez minutos de espera sin ver ninguna de las señales referidas y estaba a punto de irme cuando vi a una mujer delgada, pelo largo, poco maquillada y de mirada huidiza. Solamente miró de reojo, aunque se paró a mi lado e hizo señas de que la siguiera. Con esa señal la seguiría unas dos o tres cuabras y esperaba ubicar el lugar dónde se detendría. Lo hizo al entrar en un tipo de estacionamiento y subió unas escalinatas que dieron a una modesta habitación. Hasta ese momento en que la seguí a distancia, no habíamos intercambiado palabra alguna, solamente la señal de que la siguiera. Las palabras estuvieron ausentes a lo largo de ese trayecto, pero no imaginé nada ni recibí alertas.

Pero sí, imitándola subí y al ver una puerta abierta entré. Era su cuarto, con lo que puede decirse eran sus rudimentarias y elementales herramientas de trabajo: Una cómoda de ropa, cama corriente, una mesa con un radio y televisor pequeño. Al fondo un cuarto de baño

con lavamanos. Una vez dentro cerró la puerta y le pregunté cuánto era el pago, pero no respondió y empezó a quitarse su ropa con lo cual me invitaba a que yo lo hiciera también y simultáneamente así se desenvolvió la fiesta de cuerpos enlazados y al rato ella asomó un leve gemido, pero en cambio yo me comporté como un lobo aullando ante la ausencia de la manada.

Una vez cumplido el acto donde solo me mostraba su risa y miradas de agradecimiento, sorpresivamente me mostró una foto donde estaba junto a dos niñas de edades diferentes aunque poco alejadas y le pregunté si eran sus hijas. Tampoco dijo nada, volteó para mirar por una pequeña ventana de ese cuarto y solo le vi salir de sus ojos dos lágrimas. Pensé que mi pregunta la ofendía, le pedí disculpas y como no dijo nada, descubriría que esa joven mujer sencillamente era muda.

Verla así sin oír palabra alguna me sorprendió y al alma me llegó ese final compartiendo nuestros cuerpos. Simultáneamente puse mi mano derecha sobre su cabeza, solo le sonreí y sobre su pequeña mesa, al lado de la cama, dejé el cochino dinero. Luego, y sin tener pensamientos definidos, casi avergonzado, salí de ese lugar donde había conocido otro rostro de la vida en su vulnerabilidad. Esa fantasía que tanto busqué con una monja, me colocaba ahora frente a otra representación y brutal <amor fati>, ese que solo por un pago intenta sobrevivir en un mundo preñado de desigualdades, unos más que otros. En ese caso, hasta el lenguaje y la palabra estaban afectados. Era otra gramática de la vida.

Ese día lo pasé reflexionando sobre las sorpresas de mi <amor fati> al permitirme tener sexo con una mujer muda, cuando lo común en ese acto, antes o después, es la conversación, la palabra, el descargar frustraciones

que se arrastran en la vida o enamorarse de la fantasía que esas mujeres transmiten por sus vivencias. Pero sobre todo, sus lágrimas fueron percibidas por mí como su mejor discurso para expresar todas las exclusiones sociales de su existencia: ¿Por cuantos hombres violentos y abusadores no habría pasado su frágil cuerpo? A nadie, ni siquiera a mi amigo, le conté de esa experiencia y tiempo casi maravilloso por sus signos de crueldad. Han pasado tantos años de ese acto y no lo olvido.

El miércoles seguí con mis clases y la joven que se sonrojaba estaba allí, la respuesta a un imaginario noviazgo se hizo sin palabras y solo con sus pómulos sonrojados cuando hablábamos o yo le tomaba su mano en encuentros furtivos escogidos por ella en la Biblioteca Nacional de Caracas. De allí que un día ella fijó la pauta: Si continuamos viéndonos para ser novios es mejor que conozcas a mis padres —dijo, ya mis hermanos saben que eres quien da cursos de matemática y que yo asisto como oyente y de paso me gustas. Ante esas palabras emití un murmullo que mostraba mis dudas, aunque admití visitarla en su casa.

Ya finalizado el curso me dispuse a conocer la familia de ella con lo cual seguramente tendría que ser cuidadoso pues no deseaba ningún compromiso mientras no tuviera un trabajo, y así se lo dejé claro a ella y a sus padres, quienes con tranquilidad aceptaron. El tiempo, que en el pensamiento de Francisco de Quevedo, intelectual español del 1580, dijo: «Todo lo hace y lo deshace a la vez», me indicaría que fue un noviazgo de miradas y besos furtivos, ligeros y sin fiesta de cuerpos desnudos donde sin embargo hubo temblores y sangre moviéndose rápido por nuestras venas. Ambos lo aceptamos de esa manera. Mientras tanto, cuando le comenté a Jorge de ese hecho, soltó la opinión que de mí tenía: —Como siempre, tú jugando a la fantasía y el romance en asuntos del

amor, avísplate porque el que no hace goles lo sacan del equipo —dijo. Solo me quedó reírle su frase.

Llego a esta parte de mi vida y debo reconocerle las frases a quienes dicen que «La memoria son recuerdos propios o de otros». De allí que presente mi vida en lo vivido, aunque también en lo que no viví pero lo soñé o lo leí en alguna parte y, por supuesto, pensé que allí estuve. Varios de mis recuerdos fueron producto de mi curiosidad y del contexto social en el que el azar me colocó en la corriente de la izquierda política con apenas doce años. Fue algo casi del destino, me lo digo, cuando siento que nací con un temperamento propenso a la desobediencia y rechazo a los abusos que casi de manera natural padecen los niños abandonados y vulnerables. Pero sí, pudiera haber otras explicaciones que en lo que me atañe, ni me interesan ni me lo reprocho o reniego de eso. Tampoco me avergüenzan.

Ni en mis mejores ensueños pensé que de esa Caracas de la incertidumbre y vulnerabilidad aprendería tanto viviendo en los ranchos que la invadieron ante la indiferencia de políticos y gobiernos disfrutando de la riqueza petrolera sin ninguna responsabilidad social. Por decir algo, pensé en los estudiantes universitarios que con frecuencia compartía sin estar matriculado en la UCV. Les escuchaba relatos de sus sueños, de sus fracasos, represiones políticas y también de sus amores. Todas esas palabras anidaban en mi cerebro mientras tomaba el autobús de la UCV para ir al centro de Caracas.

Durante esa época, del decenio de los años sesenta, percibí esa universidad como un lugar de magia contagiosa. Era cuando transitaba por sus ambientes pegados a la ETI y el rumor cotidiano buscaba ser solidario con los presos políticos, la libertad y el pensamiento crítico.

Cada semana había debates, discusiones, enfrentamientos, recitales de poesía, obras de teatro, festivales de música. Vi a Mercedes Sosa, a Violeta Parra, Soledad Bravo y Alí Primera. Todos influenciados por una trova que venía con la promoción de la llamada Revolución cubana. Escuché al Quinteto Contrapunto. En fin, una Venezuela en ebullición y cocinando quién sabe qué sueño.

Fue un tiempo de discursos, películas, canciones de protesta, manifestaciones tipo sorpresa y jóvenes oradores, donde la guerra del Vietnam o la Revolución cubana fueron los personajes del relato. Fue, imagino hoy, donde quedé atrapado y no resistí la curiosidad de desear ser uno de ellos y sentir, por ejemplo, su energía cuando hablaban, en la Plaza del Rectorado, de la libertad, la lucha social, la igualdad y la fraternidad. Incluso tuve el sueño de que si decidía tener novia, de no ser revolucionaria no la aceptaba.

En esas ocasiones, mi curiosidad mayor se manifestaba cuando observaba que quien siempre hablaba era un poco menor que yo y eso me trasladaba a las imágenes del libro *La muerte de Honorio* donde el autor, Miguel Otero Silva, dejaba pistas para que el lector imaginara que el orador era Jóvito Villalba en el Nuevo Circo de Caracas, que “Santos “Yorme” era Pompeyo Márquez y el poeta era Andrés Eloy Blanco, el de Píntame Angelitos Negros que en las navidades, mediante las emisoras de radio, uno escuchaba. Ese fue mi tiempo para decirme que el poeta Quevedo, cuatrocientos cuarenta y cuatro años después no se equivocó con esa frase donde “el tiempo hace y deshace”. Muchos de esos oradores dirigieron, con el tiempo, a Venezuela. Si lo hicieron bien o no, lo dirán los historiadores con documentos en mano. Si practicaron la corrupción también lo dirán las palabras. Parte de eso lo intuía.

## Capítulo XXV

### *Los camaradas*

*¿Me pregunta usted si yo soy orgulloso?  
Sí, lo soy*

— *Krishnamurti*

Escenas de debates se repetían casi todas las semanas en esa universidad, yo podía presenciarlas a ratos si eran por la mañana, pues en la ETI las tardes eran sagradas para el taller. Uno de esos días matinales presencié el discurso de un orador joven en la plaza del Rectorado, su nombre Jorge, como el de mi amigo de la infancia. Se decía que era un joven político producto de esas divisiones comunes en el partido Acción Democrática que como un árbol quebrado arrojó sus ramas dando origen a grupos de izquierda y al llegar a la universidad se convirtió en miembro de un grupo de los tantos que hablaban de revolución. El motivo de ese día era la denuncia al gobierno, del partido de donde él venía, por ser represivo y perseguir estudiantes.

En ese sitio yo estaba acompañado del amigo vendedor de muñecas a quien frecuentemente le ayudaba a venderlas. Él iba a una entrevista con el Rector de la UCV, Jesús María Bianco, hombre accesible y que siempre le brindaba ayuda a la gente disidente del gobierno y como conocía a Jorge, al éste terminar su discurso, nos

presentó. Y allí, en el momento de presentarnos, sentí que podíamos confiar el uno con el otro. Él dijo que estudiaba Economía, yo graduándome de Técnico en la ETI y, de inmediato, agregó: —Más tarde te presentaré a unos compañeros, no dijo camaradas como lo hacíamos los comunistas, que cubren las asesorías políticas en tu Escuela.

Terminada la reunión de mi amigo con el Rector, quedamos en vernos más tarde y yo acompañé a Jorge para lo de conocer a sus compañeros de lucha, dicho por él anteriormente. De esa manera llegamos a una parte de la pared que dividía los espacios de ambas instituciones, allí estaban las personas de esas asesorías políticas y porque eran públicas sus intervenciones distinguí a varios de ellos: Julio Escalona, Juvencio Pulgar, a los otros dos solo por sus seudónimos, aunque con el tiempo supe sus nombres reales: Alí Araque y Elías Eljuri. Las hemerotecas de esa época registrarían sus conductas políticas donde la coherencia no siempre fue su norte, llegaron a puestos de poder inimaginables para ellos porque tocaron de cerca la riqueza petrolera y minera. Allí también estaban tres estudiantes nuevos de la ETI a quienes había visto en algunas protestas dentro de los talleres de la escuela. De tal manera que en ese aspecto el azar hizo su trabajo de vincularme con las luchas de esa época siempre uno deseando lo del Himno: “...Seguid el ejemplo que Caracas dio”.

Debo decir que a esa época me fue difícil sacarle el cuerpo, pues para bien o para mal, como dicen los japoneses, sembró en mí ese signo político denominado izquierda y que tantos sueños y derrotas ha tenido en su búsqueda de un mejor mundo. Sobre todo en los tiempos donde sus dirigentes alcanzaron el poder y en vez de generar riqueza, aumentaron la pobreza de la gente.

Palabra mágica de la que, a mi edad, no reniego muy a pesar de quienes se han aprovechado de su noble virtud para luchar por la libertad y los Derechos Humanos. No reniego, lo repito, y menos cuando he vivido para recordarle a las generaciones que mis ojos vieron regar con su joven sangre las calles de Venezuela buscando una mejor sociedad. A ellos mis respetos y gloria eterna desde las palabras de esta historia.

Pero de todos aquellos a quienes conocí en ese mundo de luchas, destaco la capacidad de Jorge para organizar grupos de trabajo y comprendí que su entusiasmo se parecía al mío en cuanto siempre era un sí. Lo asimilé con la imagen de “Larita” en Trujillo. Debido a esa nueva amistad y militancia, la Federación de Centros Universitarios de esa UCV se convirtió en mi frecuente lugar y además contaba con un ambiente solidario, incluyendo un pase para el comedor universitario que junto al de la ETI, me resolvían lo de la comida hasta dos por día, conseguí ropa en las residencias estudiantiles y a veces hasta me quedaba a dormir en una de ellas.

Era como si fuese un estudiante universitario sin serlo, pero donde mi <amor fati> vivía una cotidianidad agradable y me decía: Cuando tenga los medios me haré un universitario real. En tiempos en que visité esas residencias traté a tantos estudiantes que con el tiempo los vi por la prensa en distintos escenarios, muchos fueron autoridades de la universidad, ministros, poetas o escritores.

Y como todo no puede durar, un miembro de esa institución que enseñaba la materia jurídica y del derecho, una vez llega a ser presidente de Venezuela, allanaría la UCV, eliminaría las residencias estudiantiles y para poner la guinda al pastel, también cerraría las escuelas

técnicas en agosto de 1969. Su nombre: Rafael Caldera, el mismo que indultó a un teniente coronel que pisoteó la Constitución de 1961 con un golpe de Estado. Su apellido: Chávez. Fueron tiempos de la invasión a Vietnam y el nombre de Ho Chi Minh se comparaba en estrategia con la de Bonaparte y era el tema central de todo orador denunciando al imperialismo norteamericano.

Fue tanta la confianza de Jorge conmigo, que no se demoró en mostrarme su solidaridad espontánea y hasta me entusiasmó para que trabajara en un laboratorio de Ingeniería en la Facultad: Voy a moverme en eso —me dijo con cariño. Ese gesto de él, con tampoco tiempo conociéndome, no se borra de mi memoria. Su físico no era de un atleta, su piel no era blanca, pero su andar era rápido y malicioso. Unos ojos vivaces y mirada nada agresiva lo definían a primera vista.

Sin embargo, cómo imaginar el odio de ese tiempo cuando generó su cruel y horrorosa muerte en ese 25 de julio de 1976, con tan solo 34 años, en manos de la policía política de un gobierno cuyo partido, AD en un tiempo, lo cobijó siendo él muy joven. Me pegó en el alma y aún me pega bastante su muerte debida a la tortura de un cuerpo que precisamente no era fuerte ni atlético. Al ver por la televisión y estando yo de visita en el extranjero me refugié en mis lágrimas ante esa pérdida. De lo que lo acusaron, con el tiempo y que publica Wikipedia, no puedo decir nada pero escribir que fue un asesino y secuestrador, lo rechazo con fuerza, más cuando toda verdad lograda mediante la tortura es débil y cobarde.

Ese día de mi duelo me acompañó una fracción poética de Cesar Vallejo: «Hay golpes en la vida que parecen ser el producto de la ira de los dioses, qué sé yo...». Pasarían cuarenta y nueve años de esa muerte para que

la historia de sus hijos, en la política venezolana, desgraciadamente quedara registrada con una desagradable palabra: Venganza, con las consecuencias reproductoras del rencor que esa palabra siempre arrastra.

En 1968 y como dije antes, contaba con la referencia del lugar donde pudiera estar Rita y con la confianza que le tenía a Jorge lo busqué en la FCU y al encontrarlo fuimos a un sitio donde luego de intercambiar información de mis tareas con el grupo que en la ETI él y Alí coordinaban, le informé del caso de mi madre a ver si me podía conectar con alguien del sitio llamado “el Observatorio” —claro, compañero —dijo, y con su amabilidad de siempre agregó: —En ese lugar hablarías con “Bruno” y extendiéndome un papelito me indicó dónde ubicarlo, pero en el 23 de Enero viven muchos policías y hay delatores, por lo que las medidas de seguridad son primordiales —me indicó.

Terminamos la reunión y él siguió en la UCV, mientras yo salía por la parte de “Sabana Grande” buscando encontrar al otro Jorge, en el “Gran Café” donde era común verlo junto a su nuevo amigo: un empresario de Fedecámaras. Mi intención era lograr que me acompañara ese día para intentar dar con Rita. Llegando, me invitó a sentarme y a su vez a almorzar e integrarme a la conversación: —Camilo es como un hermano de aventuras —dijo— buscando que el empresario me conociera—, estudia en la ETI y termina este año como técnico. — Esa escuela tiene fama de tener estudiantes comunistas —dijo de entrada ese empresario—, pero sus egresados están muy bien formados para el trabajo en la industria.

Por ser más que evidente, lo escuchado me invitaba al silencio y Jorge con su astucia volteó el tema citando la gaceta hípica, una revista donde estaba el nombre

de los caballos favoritos de ese fin de semana que promocionaba el excelente narrador de carreras de caballo Alí Kan. Este era un locutor que con su voz atrapaba al oyente que no estaba en ese espacio deportivo. La revista estaba sobre esa mesa. Ambos seleccionaron a sus posibles ganadores y al rato ese empresario se fue.

Ya solos, Jorge me dijo que ese día no podía acompañarme. Hablamos nimiedades, luego nos despedimos con su frase para esos momentos: —Llégate por el Hipódromo el domingo a eso de las siete, después de las carreras, y salimos a cenar. Ese era esa suerte de hermano que el <amor fati> puso en mi camino para construir mi ruta existencial.

Volviendo al dato de la posible dirección de mi madre, me había hecho la idea de verla y deseaba un encuentro donde no solo estuviéramos alegres, sino que pudiera encontrar respuestas a muchas de esas dudas dominadas por la palabra abandono. Solamente con pensarlo intuía su dificultad, nada fácil por el largo tiempo donde ambos no conocíamos ni nuestros rostros ni temperamentos. Cierta vértigo, como el que siempre siento en los pisos de viviendas altas, me confundía con la palabra alegría.

El recuerdo de ella, del lugar donde había nacido o cuando me llevó al dispensario para desparasitarme y recibir las vacunas era débil, era gris, borroso y la larga lucha de mi memoria para evitarlo no me venía siendo agradable. A pesar de que me sentía alegre ante esa visita y la sensación era similar a ese susto de los encuentros furtivos con féminas cuando busqué el amor de un noviazgo inseguro.

El día llegó en una temprana mañana y a inicio de semana cuando la gente sale a trabajar. Fue fácil dar con la entrada al lugar que alguien anotó en el papel que me dieron. Ahora se trataba de entrar al barrio del Observatorio de ese 23 de enero, curiosamente un nombre puesto allí como recuerdo de la caída de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, opuesto a la creación de ranchos en esa Caracas que entraba a la modernidad.

Sin problemas pasé por la alcabala de “la Marina”, así se llamaba debido a ese cuerpo militar de control. Tres cuadras más arriba doblé a la derecha y divisé un amplio plano de tierra rodeado de casas construidas con latas de zinc, cartón piedra y algunas con paredes de bloques sin frisar. Un poco con mejor ambiente que el visto con Jorge la vez que salimos a buscar esa dirección, sin lograr nada. Una vez estuve en ese ambiente pregunté si conocían a la familia Perdomo, pero no era conocida. Me sentí un poco golpeado por el cuadro de pobreza que arrojaba mi vista por escenas de basura, perros realengos y aguas servidas de esas miserables viviendas. Fue cuando me dije: —A lo mejor mi familia está, en estos momentos, más jodida que yo, pero ese pensamiento me invitaba a seguir buscándola. Cuando llegué al final de ese terreno plano, el que seguía era como un desbarranadero que si bien tenía otras viviendas de igual estética desagradable, me invitaban a dejar por el momento mi búsqueda.

Fue otro intento fallido, aunque como precaución y terquedad de mi parte frente a la persona de ese lugar que gentilmente más atendió mi solicitud de información, le dejé una nota con mi nombre y la dirección de la esquina de Padre Sierra, donde era más frecuente encontrarme junto al amigo en la venta de muñecas.

Procedí de esa manera casi como quien da su última brazada nadando en un río donde las aguas son turbias y pensé que a lo mejor alguien de mi familia también me buscaba en sus pensamientos, pero su <amor fati> aún no le ha aclarado el camino. No era ingenuo con esas ideas, sino que mi fuerza de voluntad evitaba el derrumbe ante los intentos sin lograrlo. Además, no le resulta fácil a un ser como yo querer tener una madre, que supuestamente está viva solo en sus sueños.

Lo digo con cierta envidia positiva, porque a esta palabra le vi siempre otra cara al lado del bien, sobre todo en los momentos en que asistí al cumpleaños de la madre de un amigo o de él mismo, y quise ser esa persona. La viví al observar que ella se lo sentaba en sus piernas y le acariciaba su rostro. Esas escenas me mostraban que entre una madre y su hijo el amor mostraba signos en caricias y alegrías durante días particulares: Navidad, cumpleaños o duelos. Pero ninguna de esas palabras con sus escenas fue común en mi <amor fati>.

Lo anterior, a lo mejor explica mi preocupación para ser amado aunque hay hechos en nuestra existencia que carecen de explicación como los teoremas de la matemática. Por decir algo al respecto: Mi práctica de alejarme de las invitaciones a cumpleaños con cualquier excusa de mi parte. Sabía que era mi debilidad cubierta con la palabra fuerza y muy similar al payaso que ríe para contagiar con ese gesto al espectador, mientras él por dentro tiene su alma llorando de tristeza. Pero sí, indudablemente que envidiar a alguien cuando es amado o le va bien en la vida, también es, de alguna manera, amarlo.

## Capítulo XXVI

### *El encuentro*

*¿Hay comunistas buenos y comunistas malos? —le preguntó Tachia a Gabriel, el año en que quedó embarazada de él. —No—respondió García Márquez, muy serio—. Hay comunistas y no comunistas. Y nosotros somos comunistas*

— *Jaime Bayly*  
*Los genios, 2023. p.100*

**M**i sexto año lo estaba terminando como un caballo cansado al terminar de correr dos millas estando cerca de la mejor marca de tiempo. De la búsqueda de mi madre habían pasado tres semanas. Sin embargo, vivía una dinámica aplastante: Asistir a clases, buscar vivienda porque “la concha” debía entregarla a otro compañero buscado por la policía, y colaborar con la venta de muñecas. Estaba en esto último cuando vi acercarse a una persona nombrándome, pero que no conocía. El extraño mostraba intenciones de decir algo y fue mi amigo quien lo atendió, como era nuestro acuerdo en casos donde preguntaban nuestros nombres.

Con amabilidad el desconocido saludó y luego dijo: —¿Ustedes conocen a un joven de apellido Perdomo? —¿Quién lo busca? —respondió mi amigo. Soy su hermano, Juan del Cristo —expresó. Yo, en una esquina del lugar, escuchaba atento pensando que podía ser un poli-

cía quien me solicitaba. Aparte de nuestros seudónimos, mi amigo seguía ese elemental protocolo de la sospecha que consiste en devolver la pregunta donde se confirma o niega algo, y le preguntó: —¿Cómo se llama su madre? — Rita, Rita Perdomo— insistió, como para que lo sacaran de dudas. En ese momento hablé, convencido de que era mi hermano y de quien nada sabía y menos en mi memoria. —Soy yo —dije—, nos miramos con cierta distancia y luego conversamos invitándome Juan a que si no tenía inconveniente fuéramos donde nuestra madre. No ocultaba mi emoción y le dije: —Claro—, vamos.

Así se dio nuestro encuentro y mientras caminábamos ambos nombramos las dificultades en eso de dar con direcciones donde la suerte nos acercó. A pesar del tiempo pasado sin vernos mis pensamientos daban por sentado que estábamos felices. Ese día buscamos la ruta del transporte en un pequeño autobús que nos llevaría hasta su vivienda y entre tantas palabras que tanto él como yo nombramos, me disculpé por las dudas de mi amigo cuando preguntó por mí. Él lo entendió ante el ambiente de represión que se vivía en la Caracas de esa época.

Abordamos el transporte hasta el 23 de enero y en ese corto viaje preguntó sobre mis actividades, le dije que estaba terminando mis estudios de técnico mecánico y él dijo que trabajaba de vigilante en una empresa luego de pedir la baja en la policía Metropolitana donde fue a dar después que salió del ejército que un día lo reclutó en Carache. —Lo tuve que hacer —aclaraba, una vez que los comunistas lanzaron una bomba Molotov a la patrulla donde mi compañero y yo fuimos quemados, luego se levantó su camisa y mostró las huellas de sus heridas en su pecho.

De esa conversación al momento no dije nada que no estuviera en la palabra precaución, pues aunque hermanos, estábamos en bandos opuestos. Y si ciertamente, como dijo, ya no trabajaba en la policía, su anticomunismo lo expresó bien y yo sabía que en su mente estaba ese instrumento represivo para delatar sin ninguna paga: «Los policías nunca dejan de serlo, son los mejores aliados de la represión y dictaduras», —me decía “Larita”—. De tal manera que de ese tema, mejor era mi silencio.

En la parada final del transporte nos bajamos, luego Juan miró hacia el cerro y me indicó el lugar de su vivienda. Por donde ahora íbamos yo no había estado en mis anteriores búsquedas, la vía tenía unas largas y empinadas escalinatas de concreto ya bien deterioradas y bordeadas de monte. Era el otro lado que yo no había explorado, llegamos al plano donde una vez sí pasé y allí estaba una casa de bloques, bien estrecha. Al momento en que entramos vi que allí estaba una señora bajita y como Juan no me presentó, pero ambos mostraron una sonrisa, imaginé que era mi madre, con sus ojos vidriosos, sin saber quién era yo pues al instante pensaría que era un amigo de Juan porque tampoco dijo nada. El silencio lo rompió Juan cuando dijo: —Es Camilo—, cuando me dieron su dirección lo busqué, pero por no estar seguro a nadie le dije y mejor esta sorpresa —murmuró. Ni madre solamente me miró y mostró una sonrisa entre inocente y sorprendida, para luego darme un abrazo.

La vivienda donde ahora estaba, antes en mi búsqueda la había visto pero ahora era diferente pues tenía algunos bloques sin frisar en su frente. La recordaba por su calle enterrada entrando por el lado del “Observatorio” y se lo comenté a Juan. En su interior vi unas paredes de cartón “piedra” con un piso rudimentario.

No me equivoqué cuando imaginé la situación de ellos y, por lo visto, no muy buena: Dos jovencitas y un niño mucho menor que yo me indicaban que vivían con Juan, dueño del “rancho”, como dijo con cierto orgullo desde el momento en que llegamos: —Lo estoy arreglando con lo poco que me queda del sueldo cada semana. De mi madre, solamente recordaba que cuando nació tenía veintiocho años, había nacido en el 1918 y ahora estaba en sus cincuenta años. Se veía golpeada por su <amor fati>, aunque bien reproducido como especie.

Era su vida y nuestro encuentro no fue ni caluroso ni frío, aunque nos abrazamos casi por no dejar pasar el momento. Fue lo que sentí ante su expresión. Sin embargo, en ese instante mi pensamiento solo fue para admitir que cada quien escoge con cuáles ojos mirar a un ser querido. Y en ese sentido había una mujer golpeada por el amor que escogió para tener tantos hijos, sumado a un cuerpo donde estaban las huellas de sus tropiezos o encuentros donde seguramente ese fue el amor que le tocó o ella lo escogió sin mucha reflexión.

Rita tenía una manera de hablar con cierto cuidado en no mostrar su deteriorada dentadura ni tampoco su mano derecha que cubría con un pequeño paño. De eso no le pregunté, pero seguramente era producto del perro que la mordió y por el cual caí de sus brazos con pocos meses de nacido. Frecuentemente masticaba “chimó” y a su lado estaba un pote con la marca “nido” donde venía la leche en polvo. Ya vaciado, ella lo utilizaba para escupir la saliva producida con ese hábito. De sus otros hijos, brevemente los nombró, destacó a Cipriano en la idea de un jefe de familia. De él, yo guardaba el recuerdo de mi infancia cuando lo conocí cargando bultos en la fábrica de licor blanco que había en Carache. Ahora, según dijo

ella, trabajaba de portero suplente en el Ministerio de Educación.

—¿Y usted qué hace? —preguntó. Miré su rostro y mirada auscultándome, quizás con cierta ansiedad. —Estoy terminando mis estudios para ser mecánico —le dije—, ya se lo comenté a Juan, quien en ese momento había salido del “rancho”, como el mismo lo nombraba. Me ofreció café y preguntó si quería comer. Fue su manera de iniciar una conversación con alguien a quien hacía bastante tiempo había dejado en un lugar lejano: —¿Cómo está la familia Quevedo? —insinuó—. Están bien, pero yo ya no vivo con ellos —le aclaré—. En ese momento volvía Juan y quien hasta ese momento no había hablado mucho, pero hizo una aclaratoria como si supiera de mi caso donde lo frecuente fue carecer de un sitio fijo para dormir: —Este rancho lo estoy arreglando —dijo—, Cipriano ya tiene el suyo, al final de la calle. Y recordé que en mi anterior búsqueda fue justo donde antes yo me había regresado al ver el desbarrancadero que estaba ante mis ojos. Y continuó Juan: —En tres meses me traigo una compañera con quien hago pareja, mis hermanas y mamá se van para allá porque su rancho es más grande que este —añadió—, como si con ello fijara su territorio. La conversación siguió con palabras diversas y dentro de un ambiente propio de extraños intentando reconocerse en su contexto de una familia que estaba allí como una mesa con una pata quebrada.

Habían pasado allí más de dos horas en un reencuentro imprevisto donde nos vimos las caras y miradas cargadas de incertidumbre, del qué será de nosotros. De ese reencuentro me despedí con el compromiso de regresar asumiendo la limitante de que el espacio de Juan estaba definido con su propósito de organizar su familia.

Aunque quedamos en vernos pronto, al despedirme salí taciturno y más acongojado que cuando llegué, a pesar de fingir alegría. Conociendo el camino, bajé del cerro y busqué la parada de bus hasta el centro de Caracas. Iba cavilando acompañado de la sensación de haber visto rostros fraccionados y todos cargados de vulnerabilidad social. Los percibí como pedazos de seres sobreviviendo solo con el deseo de que algún día pudieran contar con otra situación económica que de allí los sacara, por la frecuente insinuación repetida, casi como una “muletilla” del «si Dios y la Virgen nos favorece». Así vivían el día a día y esperando ese milagro.

Desde mi llegada a ese lugar atrapé la precariedad donde todos sobrevivían amontonados y buen rato contemplé a mi madre sentada en una destartalada silla, vestida con una camisa amarilla y falda de color negro. Ahora el recuerdo sustitutivo era el de una madre envejecida, la camisa que cargaba mostraba un cuerpo con las consecuencias de haberse comportado como una coneja pariendo tantas crías junto a sus carencias alimenticias y cuidados de su salud, aunque en su mirada se notaba alegre, pero había tristeza en sus ojos debido a un algo que de seguro ni ella misma comprendía como destino. De esa escena imaginé a su <amor fati> reflejado en un cuerpo encogido sobreviviendo a cuenta gotas de una realidad donde la ignorancia apenas era una parte de su vulnerabilidad.

En efecto, ella oía los dichos y memorizaba las palabras, veía a los locutores pero no sabía ni leer ni escribir. En ese corto tiempo en que estuvimos conversando, quizás no es exagerado si digo que el número de palabras variadas usadas por ella, no llegaba a cincuenta. ¿Cómo podía evitar sus tropiezos?, me dije al salir de allí.

Lo que mis ojos vieron en ese encuentro y en estricta verdad al presenciar su estado personal y ambiente familiar, me impidió cumplir con mis deseos de formularle la pregunta que me había prometido hacerle cuando la encontrara: —¿Por qué usted me abandonó? No hubo necesidad de hacerlo porque sin ella saber quién fue Sócrates, obviamente de su cuerpo vulnerable se desprendía la respuesta: —Solo sé que no sé nada.

Desde ese lugar que venía de ver cualquier interrogatorio a Rita era inútil, sobre todo, si se buscaba una explicación moral cuando me dejó en la casa del señor Francisco. La necesaria conclusión no era otra que con ello se libraba de una carga que ella misma se había echado encima de su vida trayendo varios hijos ausentes de estabilidad y seguridad económica. Sin ninguna duda, también lo visto estaba en muchas mujeres de mi país cultivando el mito de “creced y multiplicaos o donde come uno comen todos”, y cuya principal consecuencia es el deterioro de sus cuerpos y su espíritu alimentados, de paso, por la natural ignorancia.

Buena parte de la causa de esa vulnerabilidad asociada con la maternidad sin planificación, estaba en un sistema escolar que no educa ni enseña a diferenciar el placer sexual de la reproducción biológica. Incluso uno ignora si fue producto del placer, de un trauma psicológico o de una violación. Todas esas cavilaciones ocuparon mi tiempo después de ese reencuentro. Pero repito, y echando mano del poeta Antonio Machado: «Solo se canta lo que se pierde», por eso cuando le quitaba los pichones a una paloma, vi que cantaba cerca de su nido y de alguna manera entendía que estaba vacío. Y así estaba yo.

Ese reencuentro me invitó a tomar notas para nunca repetir las escenas de precariedad social que vi al lado

de mi familia. Al final de todo, la conclusión es que todo ese cerro era la representación social de una Venezuela abandonada a su suerte y dependiendo de la mano de Dios para la solución de sus ingentes problemas pues los políticos con sus mentiras eran muy atractivos a la gente que los votaba.

Durante una semana de clases de lo visto en mi familia internalicé la complejidad de cambiar o juzgar, solo vino a mi memoria una frase del Catecismo: «Perdónalos que no saben lo que hacen». Ese fin de semana logré vender algunos libros que ya no utilizaba y junto con lo obtenido por parte de mi beca me hice de un dinero con el que compré unos alimentos enlatados para volver donde mi madre, el señor Moisés siempre me dijo: —Nunca es bueno llegar a una casa con las manos vacías—. Demuestre usted siempre quién es cuando llegue a una casa de visita o de un amor que hace tiempo no tiene de cerca: —Lleve algo —insistía, así sea “polvo del camino”, luego él reía su gracia.

El sábado llegué al rancho con ese modesto mercado y cargado de sensaciones para saber de mis otros hermanos y explorar la posibilidad de convivir con ellos aportando al menos algo con mi beca que lamentablemente se terminaba con mi sexto año en la ETI. Esperaba, de esa manera, no ser una carga más en el corto tiempo de unos tres meses que les pediría que me permitieran vivir con ellos y que aún no sabía si eso era posible. Lo de los tres meses fue porque mi meta era irme a trabajar lejos de Caracas, donde estaban los lugares de buenos trabajos, pues los sueldos fijos los distribuía el gobierno a sus dirigentes, produciendo una gigantesca burocracia inútil para salir de la pobreza.

A la hora de esa mañana en que llegué, encontré a algunos de mis hermanos que no estaban la vez ante-

rior: —José del Carmen, Oswaldo y Cipriano. Ya sabían de mi visita anterior y luego del saludo conversamos de nuestras ausencias, lo que ellos hacían como trabajo y yo comenté de mis estudios, mientras que Cipriano me invitó a visitarlo en su trabajo para que conociera a sus amigos. Era un hombre maduro, ojos parecidos a los de mi madre y, sobre todo, muy atento y educado dentro de su respectiva ausencia de estudios. De “checame” como le decían a José del Carmen y de Oswaldo, supe poco pues eran menos comunicativos y reservados, solo miraban y, a veces, admitían algo y reaccionaban moviendo su cabeza.

Rita, en uno de sus rincones y en silencio, escuchaba nuestro improvisado diálogo agradable y receptivo para conmigo. Se veía contenta y me invitó a que fuera al “rancho” de Cipriano, como yo ya sabía de su lugar: A pocas casas de donde estábamos. Ese día, Juan estaba en su trabajo. En el “nuevo rancho”, así lo nombraban, el espacio era más amplio, piso curado, paredes de cartón piedra y agua por medio de una manguera dirigida a una gran pipa metálica. El ofrecimiento de Cipriano me sería difícil de olvidar dentro de mi <amor fati> marcado por mudanzas y cajas que nunca me faltaban: —Cuando quieras te vienes para acá a vivir con nosotros —me expresó con espontaneidad ese día.

Con una sonrisa de agradecimiento le dije que sí, una vez que terminara mis exámenes finales. Ese día lo pasé con ellos y a pesar de no haber vivido juntos, sentí que nos teníamos confianza y a su manera, todos me expresaban cariño y amor. Por supuesto, muy a pesar de mi intuición de que ignoraban que mientras ellos convivían en familia, yo estuve solo y abandonado. En ese sentido, ellos el calor de madre lo vivieron de cerca.

## Capítulo XXVII

*En su regazo*

*También, como todo instinto,  
la verdad toma la forma de una ilusión*

— *Arthur Schopenhauer*  
*Metafísica del amor. 1818*

**Y**a, cayendo la noche y después de una comida gustosa y variada, dentro de las carencias del caso, regresaría a mi transitoria residencia diciéndole a mi espíritu: —Hemos sido testigos de otro tipo de abandono y vulnerabilidad: —Una sociedad indiferente a la construcción de viviendas dignas para una inmensa mayoría de venezolanos, pues mi familia no era la única—. Fue como si las imágenes de mis errores y experiencias pasaran ante mí y pude sentir de cerca una violencia que no era simbólica, sino la más real y cruel: La pobreza. Simplificada en esa palabra ahora me permitía explicarla e interpretarla por mis lecturas, frases y relatos donde estaban algunas causas de ese mal social. Viendo de cerca esas escenas de una violencia simbólica era complicado aceptar el ¿Cómo pueden vivir de esa manera? Varias eran las conclusiones desprendidas en aquel lugar como para no dudar de las competencias de mi <amor fati> en seguir luchando para cambiar esa fea sociedad. Ahora con mayor fuerza debía creer en mí y decirme, por ejemplo: —Más de lo que yo me amo no me amará nadie—,

con esa idea daba otra mirada al caos y al tipo de humano que permitía esa violencia al cual era necesario vencer y superar. Si uno no combate su otra pobreza viviendo en nuestro espíritu, seguirá reproduciendo la que mis ojos venían de ver en esa fracción de vida en mi familia. Sin amarse, nadie sale de esas escenas y esa idea de amor era mi reto donde nadie más que yo podía afrontarlo. Y así se estaba formando la nueva ruta para mi nueva voluntad de vida.

En efecto, a esa época le presenté su emergente momento de cambios si algunos verbos marcaban la acción de la gente, pero a su lado había que conjugarlos con cooperar y eso no era posible sin el principal de todos: Trabajar. Venía escuchando por todos lados el “deme que soy pobre”. Y esto lo confirmé cuando faltando dos meses para finalizar mi año, el Ministerio suspendió las becas y acudí a Cipriano para averiguar lo que pasó con esa ayuda del gobierno, él tenía acceso al jefe de Administración. Lo averigué y le soltaron una respuesta que sigo escuchando en casos donde no existe interés en soluciones: —Son órdenes de “arriba”.

Una maldita frase común que en las oficinas de cualquier institución venezolana, desde ese tiempo, se sembró para violar derechos y cometer abusos de poder. Con esa frase el abusador no tiene rostro conocido, pues existe refugiado detrás de un escritorio y en casos del dinero público tiene “manos libres”, con el efecto de que legalmente no es considerado un delincuente, aunque roba. Ante eso, me dije, como cuando añoramos algo y nos resuelve algún problema: —Esa beca fue muy bella para que durara—, la cual curiosamente no puedo olvidar, pues hasta a una mujer “muda” llegué a amar en aproximadamente una hora donde nuestros cuerpos sudaron y retozaron en un instante de placer y alegría. Sin

esa posibilidad de pago yo no hubiera ido al lugar donde ella vendía su amor efímero.

Pensar de esa manera no me devolvía la beca, pero sí aclaraba mi gusto por la vida y la esperanza de que con poco se puede aprender a amar. El curso de matemática también finalizó, me pagaron bien y esos muchachos quedaron contentos con mi servicio temporal como docente improvisado. De esa experiencia aprendí que enseñar era una actividad donde el amor por el saber transmitido con ejemplos sencillos arrojaba resultados tangibles. Aunque también cuenta el vínculo con la palabra confianza entre quien transmite su saber y quien lo recibe.

En cuanto a mi noviazgo, nacido pocas semanas después de esas clases, también mostraba la posibilidad de extinguirse cual incendio que no encendió. No quedaba sino esperar los signos del tiempo en asuntos fuera de mi control, por eso ante las crisis donde sobrevivía no daba espacio a una relación comprometida y siempre la toreaba. Con esos síntomas de clausura, donde me encontraba, mis luchas se venían reduciendo a superar los obstáculos que aparecían en mi cotidianidad y uno de ellos fue entregar la “concha”. De modo que antes de lo previsto me fui a vivir con mi madre y Cipriano. Como compañía llevaba lo más indispensable, pues algunos de mis libros utilizados en los cursos, en contra de mis deseos, los vendí.

Para sortear el reducido espacio donde ahora me tocaba vivir y hacer mis tareas estando por finalizar los exámenes, iba a unas instalaciones comunales del “23 de enero”. Eran conocidas como “la iglesia Cristo Rey”, en un lugar donde otros estudiantes iban por la noche contando con un alumbrado suficiente. Por la semana

ofrecían un servicio médico gratuito y fui afortunado en utilizarlo cuando adquirí un dolor de muelas muy fuerte. La solución fue extraerlas, no hacían el servicio de reparación y de esa manera, a tan corta edad, para siempre perdería dos piezas dentales.

Dentro de ese espacio familiar, en cierto modo, no solo estaba seguro sino que había encontrado a mi madre. Todo gracias a mi terquedad, la relación con ella me mostraba un mayor acercamiento y una mañana estaba contándome algunas de sus vivencias cargadas de jocosidad y simplezas. Dije antes, que era una mujer muy expresiva en sus gestos, de unos ojos verdes, frases comunes y ocurrentes llenas de un doble sentido donde siempre invitaba a contagiarme con su risa.

Era mi primera experiencia con alguien a quien no había sentido de cerca salvo cuando escasamente, según ella repetía, con su leche me alimentó pues yo nací con mucha hambre y lo expresaba con largas lloronas. Decía allí: —A veces no me salía bastante de los pezones, pues no ve que los tengo chiquitos, como yo soy —aclaraba como si yo no me diera cuenta. Luego se desternillaba con su risa reconociendo la escasez de su busto. Fueron unas conversaciones muy amenas, mientras yo estaba en el rancho leyendo algo. En el fondo ella deseaba ser un libro abierto para mí y a su vez comunicativa.

Cuando pasaron quince días y aprovechando la confianza que me daba, me atreví a preguntarle: —¿Y usted, así la trataba yo, por qué no me buscó? Con su mirada fija en mis ojos y quizás buscando alguna respuesta que a lo mejor nadie le había solicitado, dijo: —Pues porque cuando lo hice, una semana después de su vacunación, la señora Domitila decidió ayudarme con usted y que ella le

iba a enseñar a leer y luego ella me avisaría cuándo me lo llevaría para “la Mesa Arriba”.

El problema es que ella nunca lo hizo y para mí era mejor que usted aprendiera las palabras que incluso, a esta edad que usted me ve, yo no conozco porque nunca aprendí a leer. Le confieso algo que siempre pienso por las noches: —A mí me hubiera gustado —aclaraba—, por lo menos, mandarle una carta como hacen los amantes cuando están lejos. Dijo eso y luego soltó su risa un buen rato. De inmediato, miró por una ventana que daba al fondo del barranco de ese inseguro rancho y no agregó más nada. Sin embargo y aunque lo ocultaba, le vi una lágrima brotando de sus verdes y brillantes ojos. Allí también mis ojos venían de ver tanta ternura que cualquier abuso de mi parte, cuestionándola, me parecía un acto obsceno y vulgar.

Al escuchar aquello y verla levantarse para mirar por la ventana, hice un enorme esfuerzo en mis emociones, pero todas las preguntas que pensaba hacerle se amontonaron y revoloteaban en mi cabeza, entre otras: —¿Estará diciendo la verdad o escurre el bulto manipulando con su ignorancia? ¿En verdad su confianza en la señora Domitila fue para que yo aprendiera a leer?, etcétera—. Y sin ninguna duda su respuesta derrumbaría cualquier intento mío por reclamar algo que solo ella sabía. Al interior de esa escena que vivimos ambos, ella permaneció mirando por la ventana como cancelando algo que le venía afectando todo su <amor fati>.

La vida puede significar una larga pesadilla donde solo se soporta con la palabra silencio, sobre todo en casos de emociones encontradas, como la que en ese momento sentimos. De modo que ella se salía del ruedo con el recurso de la pregunta: —¿Y usted cómo hizo para en-

contrarnos? —lo dijo como si admitiera que había huido—. Siempre soñé con usted y deseaba verla —le dije—. Incluso hubo un día en que antes de la mudanza de la familia Quevedo para Monay conocí a Cipriano en Carache y en ese momento me dijo que a Juan se lo habían llevado para la recluta y a lo mejor iba para Caracas. Fue con esa vieja información que junto con unos amigos me dispuse a buscarla durante año y medio —le aclaré. Lo hice preguntando por varios lugares si conocían a la familia Perdomo. Luego alguien le dio esa información a Juan y así llegamos a este reencuentro.

En esas semanas donde frecuentemente estaba bastante tiempo con ella, sentado sobre sus piernas siempre estaba un niño como de siete años llamado Lorenzo, ya me había dicho que era su “toñeco”, pero yo, viendo sus intensos ojos azules le mostré mi curiosidad y de inmediato aclaró: —Son los ojos de un primo que me gustó mucho y se lo di, soy chiquita y cumplidora —lo dijo de manera natural—, soltando una larga carcajada.

Al menos, en ese instante, explicó sin muchas frases su carácter y yo no era el más indicado para juzgarla moralmente, pero sin duda también Lorenzo era otro hermano e hijo sin un padre visible. Pero en fin, todo eso es el pasado y para mí contaba volver al presente como palabra real para vivir sin remordimientos inútiles. Con cierta risa fingida me hice a un lado y empecé a hojear un libro donde seguramente las palabras eran mi refugio necesario.

Esperaba terminar en ese mes de septiembre mis materias, pero con el temor de ir a reparación de la materia dibujo técnico, pues era difícil con un profesor bastante estricto de apellido Reyes. Debido a esa circunstancia, mis compromisos políticos eran intermitentes,

algunos de mis contactos habían desaparecido, otros cayeron presos y a la UCV iba poco. A Cipriano lo visitaba con frecuencia y a Jorge le cambió su vida después de su matrimonio.

En ese ambiente de subversión aumenté mi seguridad, pues mi familia era contraria pero de mis actividades no sospechaban nada. De modo que mi felicidad estaba vinculada con pequeños momentos y uno de ellos fue encontrar a mi madre y hermanos aunque ellos no lo supieran, pero ese reencuentro estaba unido por palabras y comentarios a hechos simples, como escuchar una novela y verlos implicarse en las ficciones de lo que el guion les mostraba. En ellos, su pobreza era algo decidido por un Dios que todo lo puede, pero que nadie ve.

En cuanto a mis otros hermanos, aprendí a verlos diferentes a Cipriano. Lo digo porque consumían “aguardiente” el viernes cuando cobraban y en esas escenas frecuentemente solía escuchar a vecinos que llegaban a la puerta diciendo: —Vayan a recoger a sus dos hermanos que rascados y tirados en la carretera están—. En esos momentos, en carne propia, sentí los efectos de las palabras del señor Francisco aquella noche cuando me llevó a que viera en lo que se convertía un hombre dominado por el licor y donde quien estaba en esa condición deplorable era el padre de un compañero de mi tercer grado.

Lo más notorio de ese desagradable hecho es que no podía hacer nada, pues ellos en esos casos y como justificación una vez medio sobrios, aducían que eran mayores con cédula de identidad. Quien siempre les reclamaba era mi madre, y cuando escuchaba sus respuestas me avergonzaba: «Ese aguardiente me lo pago con mi sueldo, y... punto». Siendo la frase más impactante y hasta irónica la que en estado de lucidez le escuché decir a

“checame”: «O mato el aguardiente o él me mata, pero allí nos damos duro, no joda».

Mientras que la de mi madre era más mitológica: «Es que cuando ellos se ponen a beber se les mete el demonio en su cuerpo y buscan pelear con todo el mundo, pero ellos son buenos hijos». No había que pensar mucho para concluir que en esa frase estaba el signo de una madre resignada donde influía mucho algo de la ayuda económicamente que ellos le aportaban. Es la tragedia humana más profunda del venezolano donde simultáneamente se entrecruzan pobreza, frustraciones, desamores y licor. Y a veces pensé que indudablemente si no hubiese salido de esa tutela y el señor Francisco no me hubiese educado ante el peligro del alcohol, también allí sería, de cierta forma, un colega de mis hermanos dentro de la bebida.

No deseo recordar muchos detalles de esos momentos, pues a fin de cuentas soy un humano como ellos, porque hubo demasiados y bastante tristes que es mejor dejarlos de lado. Todo lo resumo, intentando explicar lo de ellos, en la palabra agresión. En efecto, luego de llegar a la borrachera, se agredían mutuamente. La diferencia conmigo, desde esa palabra, estuvo en haber tenido acceso a la educación formal, pero la mayor agresión contra mi frágil cuerpo siendo niño no la causó el latigazo frecuente contra mi vulnerable cuerpo por parte de la señora Rosario, sino haber nacido dentro de la pobreza en un país petrolero y luego aprender las palabras que permiten descubrir sus causas, donde la ausencia de una real educación es la principal. Solamente en eso éramos distintos con el mismo apellido. De manera cruel el estudio vino como bendición divina para golpearme y poder conocer la causa verdadera con la palabra precariedad.

Y para colmo, arrastro ese dolor de haber sido el único de esa familia donde la mediación de lecturas y estudios mostraba la conciencia del lugar verdadero donde no se debe estar: Traer niños a una sociedad donde con ello se afianzará la pobreza porque muchas cosas no dan para alimentar a tantos. Y de esas causas, entre otras, sumaría una paternidad irresponsable junto a la insensibilidad de políticos y gobernantes incapaces de hacer un uso ético de esa riqueza natural de la tierra donde se nace y que dicen la donó Dios.

Una noche, de esos fines de semana donde el venezolano se embriaga colectivamente y arma escándalos, llegaba mi insomnio y lo aprovechaba para interrogarme de nuevo: ¿Por qué traer al mundo unos niños que luego se abandonan a su suerte? Sabía de la inutilidad de esa reflexión pero era preferible repetírmela hasta flagelarme el espíritu y no repetir esa fea experiencia social. Era un sentimiento girando entre el amor de hijo, compasión ante lo que veía en mis hermanos y mi dificultad para mejorar ese ambiente de pobreza que en el fondo era espiritual, pues Cipriano no bebía, ni decía groserías y daba el ejemplo, aunque solo tenía tercer grado de primaria. Tampoco el señor Francisco ni el señor Moisés, ambos a mi lado cuando fui niño se destacaban como personas irresponsables o bebedoras.

Esa fue una demostración del inconveniente de no regular el consumo de alcohol. Sin embargo, hay otros escenarios también criticables como el de los políticos. Allí el ejercicio de su poder permite que se le oculten sus desmanes, pero son sujetos quienes hasta con títulos universitarios eran famosos en la sociedad por sus rasas y escándalos.

De tal manera que la causa era extensiva a cómo se educa una sociedad en aquello que no se debe hacer, como la agresión y la violencia combinada con licor. Se necesita, pensaba en esa época, tener propósitos de vergüenza y para mí estaba en estudiar, leer y ser crítico. Nunca acepté ser un ser sin estudios. La prueba real de esa insoportable frase de la señora Rosario contra mí: «Olvídese de estudiar, resígnese, el estudio no es para usted», por el contrario ya daba sus frutos. Solamente que ella, cuando presumió eso, se equivocaba de sujeto pues la palabra resignación nunca me sedujo. Un dato que de mis vivencias en el “rancho” rescato fue que observaba a mi hermana Ángela, la menor de las hembras, con cierto gusto por la lectura y era prudente en su hablar. Ignoro hoy si logró niveles altos de escolarización, puesto que el azar en nuestras rutas volvió a ponernos ausentes.

Seguro estoy de que quienes hayan llegado hasta esta parte de mi historia se preguntarán: ¿Por qué tanto problema con sus recuerdos de abandonado, en el mundo de los niños los hay por montones?, y quizás así simplificarían mi caso. Mi experiencia, con el verbo simplificar, dice que de tanto evitar lo que realmente nos afecta, como es la pobreza espiritual, uno termina alejándose de la claridad de percibir soluciones en el verbo educar. En parte por encerrar, como algunos lo creen, en solo tener un título académico. Ese es el punto a debatir hoy. Pues no salva el título, sino la riqueza espiritual.

Otra lectura crítica, según mi opinión, se muestra más radical: «Dios quiso que usted naciera pobre y sin estudios». Y con esa espiritualidad superficial terminan justificando un mal que es de todos: La irresponsabilidad frente a los otros y lo que hacemos al no asumir consecuencias de nuestras acciones. De allí que me llamaba

mucho la atención una palabra: Ética, sin ella mi <amor fati> se aburría y mi espíritu se secaba, como los árboles sin nutrientes. Y sí, hoy pienso que la esperanza no arroja recursos abundantes para alimentar los niños abandonados en el mundo pero sin duda ayuda a revisar sus situaciones buscando soluciones y en ese optimismo me venía viendo.

Y una mañana de leve lluvia, como era la Caracas en ese 1968, sin darme cuenta me encontré graduado y al darme el título hubo diferentes escenas y ambientes de alegría por tan importante logro. Fue un día viernes, con unos amigos me fui a celebrar y por la noche llegué al rancho para dormir. Mi madre siempre estaba acurrucada en los rincones y se dormía tarde, esperando a sus “dos amores”, así les decía a mis dos hermanos bebedores. Cuando llegué me dispuse a preparar la hamaca donde venía durmiendo y le dije: —Vengo de graduarme de técnico mecánico, intentaré buscar un trabajo y de alguna manera la voy a ayudar. Fue lo que sentí primero esa noche en tanto demostración básica de mi agradecimiento y amor de hijo por permitirme compartir con ella en ese corto tiempo donde ya no era un niño. Me tomó con sus manos e inmediatamente agregó: —Dios tiene muchas maneras de estar con nosotros. Nada más dijo.

Me subí a la hamaca, me arropé y sin que ella me viera lloré un buen rato con unas lágrimas de alegría debidas a ese pequeño, pero gran triunfo logrado con mi grado escolar y donde de esa manera pude compartirlo con ella. Era otro desafío superado y así como el toro en aquella vaquera donde trabajé no me asustó, tampoco las privaciones asociadas con mis estudios lo hicieron. De allí que le diera el justo valor a tres palabras que me ayudaron: Optimismo, esperanza y disciplina.

El sábado lo pasé con ella y Cipriano, también él me felicitó por el logro. Compartimos varias anécdotas donde apareció una parte de las vivencias de mi abuelo y según este hermano, también bebía acompañado de la música de un cuatro que a veces “charrasqueaba” pero no molestaba a nadie. Debido a ese hábito lo llamaban “Juan el alegre”— aclaró. Nada le dije al respecto pues ese dato ya lo conocía.

Apenas llegó el domingo esperé por la tarde para ver a Jorge y contarle mi logro. Llegué a su apartamento y afortunadamente estaba. Una vez lo saludé me sorprendió al decir: —Esta semana me casé. —Tanto renegar del matrimonio y te vienes a casar tan joven —le riposté. —Es difícil sobrevivir en esta Caracas con limitaciones económicas, tú mejor que otros lo sabes —aclaró. Sin embargo, sabía que no era el tipo de hombre creyente en el amor y las responsabilidades, pues era un “Don Juan” y a toda falda le echaba palo. Y justificándose me sorprendió más todavía. —Ella es profesional, tiene dinero, me encontró trabajo fijo y un préstamo para este apartamento.

De su manera de enfrentar la vida conocía su audacia y hasta cierto punto le envidiaba esa facilidad con la que lograba intimar con las mujeres. De allí que comprendía su emoción y risa contando ese logro familiar. Pero mayor fue mi sorpresa cuando dijo el nombre de su esposa: —Josefa, como su madre—. Yo lo miraba y conocía lo que a las mujeres les impactaba de él, era su pelo blanco teniendo poca edad para mostrar esa madurez de las canas en un hombre y que a las mujeres les agradaba.

A tiempo Jorge lo supo y su clave de conquista era silvestre y eficiente: —Enamorarse es ser como un gallo que pierde sus espuelas —decía siempre. Ese día me indicaría mi dificultad en esa tarea del amor y la conquis-

ta: —Tú, sí es verdad que te embelesas ante cualquier mujer y por eso te ocurre como esos cazadores que cazando siempre erran el tiro frente a la liebre y se te va con facilidad—. Ambos reiríamos esa gracia y ese día le deseé mucha felicidad en su matrimonio.

Por cierto y ahora que estamos conversando hablemos de cosas serias —continuó ¿Cómo te fue en el encuentro con tu madre? —Bueno —dije, hay mucho por contar y desde aquella vez en que pasamos por la experiencia de ser testigos del divorcio fallido donde estuvimos como testigos, viví en varios lugares y con ella apenas tres meses en un rancho donde hay muchas limitaciones y pobreza. Él se quedó unos instantes pensativo ante lo dicho y luego agregó: —Recuerda que para nosotros la vida sin la ayuda de alguien es más complicada, por eso me dediqué a buscar una mujer profesional y con cierta posición económica holgada, incluso estoy casi por graduarme de abogado. Yo sé que a lo mejor en tu idealismo “huevo”, no admites mi fórmula, pero es lo que nos tocó —concluyó. —Razones no te faltan en lo que me dices, pero hasta ahora he sobrevivido con esos ideales románticos, sin arrepentirme ni quebrarme —le dije— fijando ante él mis límites existenciales—. Después salimos y fuimos al trabajo donde estaba su esposa para presentármela.

Ese era como un gran hermano de crianza por la frecuencia de nuestros encuentros, a quien no he podido olvidar. Pasarían varios años y como había adquirido la práctica de entrenarme para correr maratones, en uno de esos que se organizó en Caracas me vi con su hermano Rafael y me dio la triste noticia: Jorge había fallecido. De cómo murió ni me dijo mucho ni yo insistí comprendiendo su silencio. Pero en esta historia le rindo mis respetos al amigo que tuve.

Al conocer a su esposa observé su agraciado y calmo rostro, no era el patrón de las hembras que le conocí. — Encantada de conocerte, Camilo —me dijo ese día—, soy Josefa y cuando quieras nos visitas en el apartamento, Jorge siempre me habla de ti. De seguida nos sentamos en un lugar de su oficina y empezamos a conversar generalidades. Como era obvio, en ese contexto, nos despedimos para que ella continuara con su trabajo y Jorge invitó a tomar unas cervezas. Ya en el lugar, con la primera, me aclaró: —Tú eres muy “jetón” y cuando nos visites no vayas a cometer la imprudencia de hablar de esas mujeres que tú me conoces y que aún salgo con ellas, Josefa es muy celosa —dijo— ante mí como advertencia. — Despreocúpate —agregué.

En unos instantes Josefa llegó al lugar y se integraba a la conversación mostrando cierto orgullo de triunfadora al narrar cómo logró atrapar a Jorge cuya leyenda, entre sus amigas, era la de ser una tarea difícil por lo escurridizo de él pero ella con cierta ingenuidad, a mi modo de ver, se ufanaba en afirmar su victoria: —Y lo atrapé, aunque resbaladizo que es él, fue el adjetivo que utilizó. Ante su narrativa y sin decir nada murmuré: —¿Y cuándo sepa sus trucos?, hacía tiempo que le conocía sus mañas, él era como un pez enjabonado en asunto de mentiras y amores pasajeros.

En ese sentido, la vi en la imagen de la bíblica Eva: —Ingenua y curiosa—. Terminada la reunión, fui invitado al apartamento de ese matrimonio donde logré dormir plácidamente sobre un colchón nuevo, diferente a mi hamaca donde varias noches me atormentaron pulgas y las frías mañanas del cerro del 23 de enero. Mirando con un lente bien transparente lo que venía de compartir, a Jorge no le faltaban razones para ir al matrimonio pero en mi opinión, si algo me decía mi <amor fati>, es que

la razón allí no existe, sino la emoción para salir de la precariedad y soledad cuando juntas siempre atormenta al más fuerte. Ahora bien, que ya estuviera atrapado por ella, solo el dios Cronos diría su última palabra, y así me dormí. Amaneció, desayunamos juntos y yo me despedí con el compromiso de volverlos a visitar. Mi <amor fati> dirigió mi ruta para otra geografía y a Jorge no lo vería más, sin saber yo ¿hasta cuándo y dónde?

En el camino para ir a ver a Cipriano pasé por donde el amigo vendedor de muñecas para decirle de mi grado, se contentó y a su vez me entregó tres direcciones de talleres donde trabajaban dos de sus amigos, y recordando al señor Moisés: —No deje para mañana lo que pueda hacer hoy —era su decir favorito— de inmediato fui. Los encontré, uno bien equipado y dirigido por un italiano no tenía disponibilidad, otro a una cuadra de ese tampoco, En el último encontré de jefe a un argentino, me atendió preguntándome qué sabía hacer le dije: engranajes, soldar distintos materiales, torneear. —Ah, bueno —dijo—, aquí necesito a un obrero y me indicó el sueldo respectivo. Yo necesitaba trabajar, pero si algo insistió el profesor Rojas, de la materia Derecho del Trabajo en la ETI, es que si el trabajo es como obreros, no teníamos necesidad de negarnos, salvo si el pago era de un Perito o un Técnico, por lo que le aclaré: —no tengo inconveniente en hacer esos trabajos, pero mi pago sería otro. —no —dijo—, ganarás como un obrero más de los que tengo aquí, ante su aclaratoria le di las gracias y me fui. Así aprendería que en Venezuela carecía de sentido cursar una asignatura para la cual no existía ninguna garantía real como derecho al trabajo.

## Capítulo XXVIII

### *Buscando trabajo*

*La amistad, considerada en su perfección, es la unión de dos personas ligadas por un amor y respeto igual y recíproco*

— *E. Kant*

*Metafísica de las costumbres, 1797*

**L**as visitas hechas a talleres y empresas buscando trabajar me mostraron varias respuestas y escenas con cierta resistencia en las palabras experiencia y salario. Obviamente, necesitaba el trabajo, había estudiado seis años como para exigir el pago mínimo correspondiente y hasta los momentos, me dije, no he mutado a ser serpiente y tener que reptar para sobrevivir ante mi necesidad.

Esa escena no sería la última, pero sí variada al tocar las puertas de las empresas metal mecánicas de Caracas, no solo dirigidas por extranjeros, sino por venezolanos donde la excusa tenía un discurso común: —usted no tiene experiencia, como si las instituciones educativas fueran fantasmas y haber hecho prácticas de taller no contaran dentro de esa palabra.

Sin decepcionarme ni desesperarme, reconociendo que eso me empezaba a tentar me iba a la Biblioteca Nacional y empecé a leer a Marco Aurelio, habiendo co-

nocido de sus hazañas en la escuela primaria mediante un profesor de Historia Universal. Me gustó saber que siendo un guerrero también fue filósofo y hablaba de la alegría. De él tomé nota de una de sus frases preferidas que siguen viajando en el tiempo conmigo: — ..., en muy poco radica la vida feliz, ella se encuentra en ser modesto y obediente a Dios—. Fue un general romano y en su cultura un Dios único como en los cristianos no existía, pero a mí me gustaba esa reflexión a los fines de sortear algunas de mis dificultades: —¿Hasta cuándo durará esta etapa mía de buscar trabajo en lo que me formaron en la ETI?

Es posible que ante lo descrito alguien pudiera decirme, y no le faltaría razón: —Pero, ya, acepte trabajar como obrero, trabajo es trabajo. Sin embargo, estuve alejado de ese dicho terriblemente conformista, me bastó recordar el momento en que siendo apenas un adolescente en la finca “El Cacao” el señor Fontana me ofreció salario y opté por no ser peón quita malezas. Decidí estudiar siguiendo el consejo de que si uno tiene un título el trabajo no se busca, sino que él lo encuentra a uno, o en su defecto, uno mismo se hace dueño del trabajo, pues yo sabía soldar, por lo que podía ponerme a hacer puertas y ventanas que no faltaban en esa Caracas donde la violencia ya amenazaba en encerrar a la gente en sus casas viviendo como en prisiones obligadas.

Además, si carecía de voluntad para defender lo que con tanto esfuerzo y desafío había obtenido, entonces ¿para qué coño tendría voluntad de lucha?, me pregunté en esos casos teniendo a mi lado el verbo resistir, una resistencia a no negarme como Técnico, ni a reptar como serpiente para lograrlo.

Así que desistí de ir a buscar trabajo, me concentré en leer los avisos de prensa que los lunes los principales periódicos de Caracas publicaban e hice una suerte de encuesta que me indicaba que las empresas nunca pedían el perfil y se ocultaban en la palabra general: —se ofrece trabajo—. Pasados dos meses y llegando el mes prenavideño de noviembre anunciando las alegrías pasajeras del fin de año, en uno de esos lunes salió un aviso: The Orinoco Mining solicitaba técnicos para trabajar en Guayana, tomé nota y al día siguiente fui al sitio indicado encontrándome con una organización para recibir solicitudes y por la tarde se presentaría un examen de conocimientos. Dicha prueba la hice junto a varios solicitantes de los cuales no ubiqué excompañeros de estudio. —Les avisaremos de los resultados a la dirección del correo que indicaron —dijo uno de los organizadores—. La dirección que di fue la mi hermano Cipriano en el sexto piso del Ministerio de Educación, donde él era portero, pues al rancho no llegaba el correo y él, seguro que estaría pendiente.

En los días sucesivos y pasada una semana de esa prueba, ansioso esperaba noticias de esa prueba cuando ese otro lunes me encontré con otra información, esta vez era de la Siderúrgica del Orinoco, en la misma Guayana, del Estado Bolívar, solicitando de manera más precisa el perfil de Técnicos de distintas áreas incluyendo la Metal Mecánica, mi formación. A las nueve de la mañana atenderían las solicitudes y por la tarde las pruebas. Me dispuse para asistir, como la vez anterior con la Iron, y allí estuve, pasada mi solicitud en el receso encontraría a otros que había visto del anterior aviso, uno de ellos con un raro apellido: —Vela, soy Pablo —dijo—, y vengo de Maracaibo pero por casualidad visitaba a un primo y me enteré del aviso, también presenté en la Iron Orino-

co —agregó— Él era mayor que yo y se notaba bastante nervioso. —A lo mejor se está sacando los peos con las uñas —murmuré— dentro de mi espíritu burlón para casos donde vi cómo la desesperación domina el rostro de la persona. Lo novedoso en este caso fue la noticia al final de ellas: —El viernes en este mismo sitio se publicará una lista de los seleccionados y dos semanas después deben viajar a la sede de la empresa en Matanzas, Ciudad Guayana —dijo el funcionario—. Más contento no podía estar, pues ya tenía dos opciones de respuesta de empleo y estaba seguro que había salido bien, solo se me atravesaba en mi mente las sabidurías del señor Moisés cuando para casos parecidos con mujeres expresaba: —Cuando uno cocina dos conejos a la vez corre el riesgo de que se le queme uno—. Frase oportuna en decidir en función de cuál empresa respondería primero, pues sin duda la Iron debía pagar mejor por ser una empresa extranjera pero yo no controlaba eso. Esa duda, me dije intentando ser optimista, seguramente la resolverá mi <amor fati> mediante la ayuda de Dios.

## Capítulo XXIX

### *Los resultados*

*El trabajo constituye el objetivo de la vida.  
Tal como Dios lo fijó*

—*Max Weber*

*La ética protestante y el espíritu del capitalismo, 1964. París*

**A**ntes de terminar ese 1970, mi cotidianidad daba el giro intentando darle realidad al verbo trabajar. En este sentido, reconozco la importancia de algunos diarios de esa época cuando publicaban las ofertas de trabajo. Debido a ese aviso entré en la competencia por el puesto. Además, era notorio ver en las plazas públicas al venezolano desempleado recortando esas publicaciones e ir al sitio a ver “si pegaba”, frase con la que se describía esa posibilidad. También lo hacían quienes entregaban su existencia a la suerte de un número de la lotería o a un cuadro de caballos ganador. No había que tener a la mano muchos estudios sociales para darse cuenta que en ese tiempo no todo el mundo recibía parte de la riqueza petrolera.

Lo que vengo de decir fue como si las imágenes me buscaran por saber leer y escribir, pues simultáneamente a mis deseos de trabajar estaba mi interés por el deporte y el aviso que buscaba era el del nombre del atleta ganador en la carrera del Maratón de Nueva York, era

mi deporte favorito. Sin embargo, en páginas opuestas estaba el aviso de la Siderúrgica solicitando técnicos en varias áreas del conocimiento, incluida la de mi formación.

Eso sucedió como a las tres de la tarde de un catorce de septiembre de 1970 cuando fui a la Biblioteca Nacional a informarme, como siempre fue mi práctica de leer la prensa en ese servicio gratuito. Al número trece, presupuesto en su leyenda como signo de mala suerte, lo dejé a un lado y de allí salí rápido para buscar mi destino. Sin duda que ese día, afortunadamente, se cruzaban mi gusto por las carreras de largo aliento, como popularmente se les denomina y el intento de darle realidad a mi carrera profesional de técnico. A eso denomino mi <amor fati>, que cuando logra combinar mis ensueños con lo real alimenta mi espíritu para una real voluntad de vida.

Desde el día 14 de ese mes me fue posible preparar mi prueba. Ciertamente que ignoraba su contenido, pero contaba con mi memoria y aprendizajes del taller pues mis apuntes básicos de quinto y sexto año estaban en una caja como si fuera una biblioteca ambulante. Con esa caja de herramientas teóricas fijaría mi optimismo y voluntad para salir airoso en esa prueba.

Competimos unas 200 personas de distintas ramas con el perfil del técnico solicitado, recuerdo luego de esa prueba partes de la temática: ¿Qué es una empresa metal mecánica? Diga tres diferencias entre viscosidad de aceites y grasas. ¿Qué son los gradientes de temperatura?, diferencie entre el acero, el hierro y la resistencia de materiales, ¿Qué es la fatiga y cómo debe seleccionarse la alianza de una soldadura de reparación como el bronce? Explique la diferencia entre calor y temperatura. ¿En qué aspectos la primera Ley de la Termodinámica

es distinta de la segunda?, ¿qué es la Entropía? Y la que estaba en mi carnet de estudios y que se dice fue idea del creador de las Escuelas Técnicas en Venezuela: —El Ingeniero Luís Caballero Mejías—: ¿Es posible una revolución sin tecnología?

Dentro de ese abanico de interrogantes junto a unos 90 técnicos mecánicos me sometí a esas pruebas bien exigentes. Luego salimos y cada quien se fue a su vivienda. Por el camino traté de disimular mi alegría por sospechar que había salido bastante bien cuando en esas opiniones realengas algunos nombramos nuestras fallas.

Al llegar ese viernes a buscar los resultados vi con alegría mi apellido seleccionado para trabajar en esa empresa y una nueva mudanza marcaría mi nueva ruta existencial que al instante sentí que cambiaría mi vida. Por supuesto, sería ingrato de mi parte que solamente nombrara esa prueba como punto de partida de lo que sería mi ruta existencial. En este aspecto, justo es reconocer el haber aprendido a leer con la señora Rosario, la disciplina que a su manera me inculcó el señor Francisco, la sabiduría silvestre del señor Moisés, y la introducción en la rebeldía política del señor “Larita”. Sin ellos, ese logro nunca hubiera sido posible ni mi voluntad de lucha era real en ese nuevo desafío de labrarme un camino dentro de la palabra trabajo.

Al rancho llegué contento y le informé a mi madre que en una semana dejaba Caracas para irme al Estado Bolívar y que trabajaría en Matanzas. Allí estaba ella con la parte de sus crías mirando a un no sé cuál lugar del tiempo ni con cuáles pensamientos. —Lo único que por ahora le deseo es que todo le salga bien y que Dios lo acompañe siempre —dijo—, como toda madre le desea a un hijo.

El mes de noviembre, ya en su segunda quincena, siempre me mostraba escenas de incertidumbre porque iniciaba las navidades siempre muy críticas para mí, pero esta vez me daba seguridad porque tenía atrapada mi realidad de trabajar en lo que me habían formado mis profesores y maestros de taller. Sobre todo, tendría dinero para cambiar mi vestimenta y podría comer aquello que me venía siendo escaso.

Durante esa semana que siguió a ese hecho, para ese viaje solo contaba con el pasaje y del pago nos dijeron que a los quince días de estar allá era posible. También tendríamos un mes de prueba para la selección definitiva. De tal manera que, salvo el amigo de la venta de muñecas, no contaba con más nadie para tener el pago de vivienda y comida en aproximadamente unos veinte días en Guayana, en esa época la ciudad más cara para vivir.

Me quedaban algunos libros donde había escritos y reflexiones mías en sus manoseadas páginas, salir de ellos era casi como salir de una parte de mi piel. Les tenía tanto apego porque constituían mi compañía en esos instantes donde estaba la prueba de mis momentos alegres o tristes y que deseaba que algún día fueran leídos por mis seres queridos o si alguna vez tenía hijos. Sin embargo, me vi obligado a venderlos junto a una regla de cálculo que en ese tiempo era una joya para quien deseara ser ingeniero, un equipo de para dibujar planos de nombre “rápido grafo” que un diputado, nativo de Trujillo, de apellido Aguilar, me había encontrado junto al manual del Ingeniero Mecánico que era como mi otro diccionario de consulta. Ciertamente que eran objetos nada más, pero en ellos dejé la humedad de mi espíritu intentando encontrar mi camino profesional.

Y sí, les eché una última mirada como quien se despide de ellos obligado por el azar de la vida y salí a

ofrecerlos intentando obtener el respaldo monetario que necesitaba y siempre recordando al señor Francisco para casos de necesidad: —Vea a ver con qué cuenta —me insistía—, antes de ir a dar lástima por allí pidiendo algo para solucionar sus problemas. Siempre fue su consejo para mí, y podía evitarme ese mal momento de agachar la cabeza pidiendo un favor que a lo mejor no se lo hacen a uno, mejor para mi <amor fati> si lograba vender esos libros. Solamente dejé el manual del ingeniero, como si soñara con serlo algún día, aunque deseaba ser médico.

De esa forzada venta obtuve más de lo que esperaba y con ese dinero en el bolsillo me despedí de mis hermanos diciéndoles que en cuanto pudiera nos veríamos de nuevo. Luego me fui al “Nuevo Circo”, donde estaba el terminal de autobuses, compré el pasaje para salir de noche y debería llegar a Guayana por la madrugada. Con ese pasaje en mano recordaría al señor Moisés en aquella primera madrugada en que con mi primer trabajo busqué las vacas: —Mire, amigo Camilo —dijo—, el que madruga coge agua clara, lo único es que le da un poco de frío, pero así nos toca cuando nacemos provistos de pobreza y solamente contamos con nuestra voluntad de vida.

Durante el viaje me dediqué a dormir y despertaba en las paradas que el bus hizo para que cada quien hiciera uso de los sanitarios de carretera. No muy limpios por lo demás. Otras personas tomaban café o comían algo ligero en esos restaurantes donde quienes atendían eran frecuentemente portugueses o españoles. Lo que más ofrecían era la arepa con queso o caraotas fritas, yo por el contrario ingería café como para no perder la costumbre de mis madrugadas de estudio en alguna plaza caraqueña aprovechando que había luz suficiente.

Durante ese viaje mi cerebro no descansó de tantos recuerdos y proyectos que imaginé. Y sería así que teniendo casi veintiún años, mis ojos se encontraban entre el movimiento del autobús y una madrugada cubierta por la amplia vegetación. A lo lejos divisaba pequeños poblados con caminos de tierra roja que llamaban mi atención porque en Trujillo era escasa. Esa tierra era muy útil ante la imposibilidad de comprar bloques de cemento y el señor Moisés la buscaba para hacer las paredes de su casa con pequeños cuadrados llamados “de adobe”: —Es arcilla —me decía—, y es gratis como si Dios nos dijera que no hay necesidad de rogarle al gobierno para tener una casa apropiada —insistía en su conocimiento de ese recurso natural.

Apenas despuntando el alba, la inmensidad del terreno que venía observando me invitaba a imaginar nuevos planes en mi nueva mudanza. Algo de temor me llegaba a veces, porque a dónde iba desconocía todo y era una ruta sin información puntual para mi gusto. Por supuesto, el momento exigía otro plan de vida. Con cierta ingenuidad me vi cazando, pescando y viendo animales raros para mí y diversos. Lo que dejaba estaba entre Caracas y Maracay y las circunstancias no permitieron ni despedirme de algunos amigos ni de mi furtiva novia. Tampoco de mis camaradas, pero mejor así, me decía, mientras el bus seguía su ruta.

Bien temprano de una mañana soleada llegamos a Puerto Ordaz, se quedaron varios pasajeros y en el camino había visto de lejos las instalaciones de SIDOR, aproximadamente a una media hora. Sin embargo, escuché que la vida era costosa en comparación con San Felix. El dato lo dio alguien con la referencia de una gaseosa costando veinticinco centavos del Bolívar de ese tiempo, en Caracas, y allí costaba dos Bolívares. Es decir, cuatro

veces el valor, mi capital aún no podía pagar ese precio. Pero opté por quedarme allí y en la primera oportunidad cambiaría de residencia, pues en el fondo, todo dependía del sueldo que me pagaran y del que nada sabía por los momentos.

Y así como me gustaba hablar de libros, pues buscaba a lectores para informarme pero sabía que cuando uno quiere encontrar una dirección de algo económico como un hotel, debía recurrir a dos profesionales de la calle, de los que tienen un registro y mapas en su cabeza: Son los barberos y choferes, en tanto informantes hasta para los cuerpos represivos. De tal manera que esperé que el chofer del autobús donde viajé se desocupara y luego le pregunté por varios lugares. —En San Félix hay de todo, desde una residencia hasta un burdel —Dijo para impresionarme con su información, y al no verme entusiasmado agregó: —En Puerto Ordaz hay una hilera de locales que también alquilan y hay buenos precios —dijo—, busque en “Castillito” la Residencia del “Polaco” o el “Hotel del Sol”, de Salvador, el español”. —Concluyó—. Y con esa información decidí irme donde “El Polaco”.

Al referido sitio llegué siendo las ocho de la mañana, Saludé y dije que necesitaba una habitación. Rápidamente ausculté el ambiente y vi un terreno con unos cuatro cuartos construidos en fila, estaban atendidos por alguien que me pareció era de la familia nada más mirarle su vestimenta y arreglo de su cabellos rubio. Allí me quedaría temporalmente, le aclaré a quien por su aspecto me pareció era el jefe por su acento extranjero masculinando mi idioma. Al instalarme allí hice tiempo para ir a la empresa con la dirección que me habían dado y la documentación con los resultados de la prueba al quedar seleccionado como aspirante a un puesto de trabajo.

## Capítulo XXX

### *Fui seleccionado*

*El hombre que no piensa por sí mismo,  
en el fondo no piensa*

—*Oscar Wilde*

Como primera etapa estaba una a entrevista en la “Oficina de Recursos Humanos” de la Siderúrgica del Orinoco (SIDOR) a partir de las nueve y treinta de la mañana. Siendo las ocho y media estuve en el “El Portón”, así denominaban los trabajadores a unas cuatro entradas bien amplias y controladas por la vigilancia para entrar a unos amplios espacios de esa empresa tan extensos como dos veces Trujillo capital. Estábamos allí los seleccionados que por distintas vías llegamos a esa hora. Después nos invitaron a entrar en un amplio salón de conferencias donde una funcionaria, dijo llamarse Laura, saludó y se presentó como la encargada de relaciones humanas.

Con un juego de carpetas a su lado que iba mirando detenidamente, nos expuso lo siguiente: «Ustedes fueron seleccionados para trabajar junto a nuestros ingenieros para mejorar el mantenimiento de esta empresa creada el 1 de abril de 1964 por la Corporación Venezolana de Guayana (C.V.G.), que ahora preside el ingeniero Leopoldo Sucre Figarella». Quizás porque tenía frescos

mis estudios en la ETI, la información escuchada no me pareció acertada. En efecto, tuve una clase donde escuché que el proyecto SIDOR se elaboró en 1953, en plena dictadura de Pérez Jiménez, cosas de la política — me dije. La charla de esa dama continuó: «Su función es producir acero, cabillas, alambre de púas, tubos de 24 pulgadas máximo y otros productos asociados con el hierro. Fue inaugurada en el gobierno de Raúl Leoni. El sitio donde estamos se llama Matanzas del Estado Bolívar.

Todos ustedes serán entrenados y de nuevo evaluados para colocarlos en sus trabajos definitivos y dentro de un mes trabajarán por turnos que van de 7 a 3 pm, de 3 pm a 11 pm y de 11 pm a 7am. Tengan presente que si su relevo no llega a la guardia respectiva, quien está debe continuarla. El pago será los días viernes mediante un sobre cerrado del “Servicio Panamericano de Protección” y cada quien firma al recibirlo». De esa manera concluyó esa funcionaria su extensa charla y normativas. Fue todo y luego nos invitó a recorrer, junto con unos guías, las instalaciones de esa inmensa empresa que vieron mis ojos ese día.

Al terminar el recorrido de las instalaciones, casi al medio día cada quien se fue a sus lugares de residencia. Yo, donde “el Polaco” con posibilidad de almorzar y cenar con un modesto aumento del precio por dormir. En ese sentido acepté la oferta. Él era un inmigrante por efecto de la guerra y a Venezuela llegó por la información de que era un lugar donde había trabajo y al extranjero se le recibía con los brazos abiertos. Bien agradecido lo expresaba en un español similar al que escuchábamos en las películas de tarzán y el llanero solitario, donde verbo, sujeto y predicado marchaban en forma realenga. Aunque se esmeraba en hacerse entender.

Para mí fue un comienzo esperanzador, por todas partes donde transitaba vi gente de distintos colores de piel y lenguas de otros mundos. Ahora estaba en un lugar lleno de proyectos, negocios improvisados y construcción de locales. —¿Cómo no iba a estar impresionado? —me dije— sin emitir palabras. Sobre todo, recordaba la montaña donde había nacido y la dejaba por otras rutas: Pasé por Carache, llegué a Monay, mudé a Trujillo, me desplazé a Barquisimeto, viví en Caracas y, ahora estaba en Guayana. Indudablemente que era una suerte de pequeño Marco Polo en mi propio país. Y algo de todo eso marcaría el camino con las huellas de mi <amor fati>. Y tal como lo digo en estos recuerdos, donde a veces recurro a frases ajenas: «La felicidad es el cómo, no es qué», de H. Hesse. Y sin duda estaba feliz en ese nuevo lugar.

Continuaba la organización nuestra dentro de la empresa y por la tarde nos dividieron en grupos a los fines de que cada ingeniero nos mostraba el proceso de producción, la maquinaria utilizada junto a los espacios de trabajo dominado por rayas amarillas, rojas y aviosos de seguridad y prevención industrial. Lo que estaba viendo era una ciudad poblada de máquinas y ruidos donde el martillo era gigante y, como todo, en SIDOR, el adjetivo dominante era grande y el nombre que destacaba era INOCCENTI, empresa italiana constructora de la mayoría de los equipos.

Su sede, según dijeron allí, estaba en Milán, Italia. Los recursos principales del funcionamiento de esa empresa estaban en la abundante agua del Orinoco, el aire que nadie cobra por su uso y la electricidad barata que en esa Venezuela generaba la represa del Guri. Con esas condiciones se instaló en ese extenso lugar. No era más que el dominio de la tecnología venida de Europa en una Venezuela subdesarrollada.

Visitamos los cuatro hornos eléctricos que funcionaban con dos inmensos quemadores, uno frente al otro con combustible fuel oil, en el medio de ellos estaba lo que se denomina “el hogar”, un lugar que concentra los muchos materiales que como la “chatarra” permiten fabricar el acero, y así se ejecutaba la tecnología Siemens Martin. El dato era producir 250 toneladas de acero por cada hornada. Los trabajadores de esos hornos recibían sueldos altos debido a las condiciones de trabajo difíciles y debido al riesgo de su labor. Tenían una formación especializada como “fabricantes de acero” por cursos fundamentales impartidos en Alemania.

Al siguiente día, regresamos a la oficina de recursos humanos donde firmamos un contrato de trabajo, nos explicaron el servicio médico, cuidado de bienes de la empresa por parte de la vigilancia, prohibiciones, hurtos, etc. Quedaba pendiente la ubicación de cada quien en función de la evaluación hecha y del cuestionario donde cada quien debió mostrar su deseo de trabajo y competencia profesional. Toda la mañana se utilizó en eso y por la tarde iniciamos un curso elemental de seguridad industrial que consistía en ver diapositivas y films destacando los accidentes de trabajo por errores humanos. Aprendimos a identificar aquellas conductas que el trabajador tiene arraigadas en sus hábitos y con las que crea “condiciones inseguras de trabajo” para él y sus compañeros. Algo así como sus torpezas. Las palabras que las definen, entre otras fueron: Distracción, anomia, resistencia para usar ropa de trabajo, limpieza del lugar, y otras similares. Eso, dijeron allí, contaba para la evaluación.

El curso lo dirigió un egresado de la UCV en Sociología del trabajo. Se habló del “casco de seguridad” y por qué era obligatorio cargarlo, era de color marrón para los obreros y trabajadores sin puestos de autoridad, blanco

para jefes, capataces, supervisores e ingenieros. Ese día nos entregaron dicho casco, dos bragas azules, un par de botas de seguridad y una orden para escoger un casillero donde guardaríamos nuestras pertenencias, estaba cerca de una amplia sala de baño colectiva, como tuve en la ETI.

## Capítulo XXXI

### *Con trabajo fijo*

*Asociada a las nociones de libertad y emancipación, la autonomía se erige como una categoría central de nuestras sociedades democráticas*

— *Cien palabras de la educación, en Qué sais je?*  
*París. 2018*

**E**xplicado todo eso el curso se terminó. Luego nos dieron día libre para reorganizar nuestra estadía en la ciudad y agregaron que la empresa ofrecía un lote de viviendas de alojamiento para tres meses. También existía una política de ahorro para comprar una vivienda en Puerto Ordaz. De esa información deduje que me convenía vivir cerca y acepté irme para el “campo mapanare” nombre del lugar que por sí mismo se explica en esa palabra bien conocida por quienes le tiemblan a una serpiente: En el terreno removido para construir hubo animales de ese tipo. La comunicación, para quien decidiera vivir allí, era mediante transmisores de radio y se garantizaba el transporte al trabajo. Lo escogí porque estar solo me permitiría reencontrarme con mi <amor fati> y a su vez reorganizaba mi nueva mudanza donde una presentable maleta sustituía las fieles cajas de mis escasas pertenencias.

Otros compañeros con quienes intercambié palabras, en esos momentos, se radicaron en Puerto Ordaz o San Félix. Recuerdo a uno de apellido Vela, aspiraba un puesto de supervisor, dijo, debido a su experiencia en Maracaibo donde estaba su familia y aspiraba traérsela. Llegado el fin de noviembre nos reunieron de nuevo en el amplio salón y de allí tuvimos entrevistas con varios funcionarios a los fines de quedar definitivamente colocados dentro de los departamentos respectivos donde estaba en juego nuestro perfil profesional.

Ese día llenamos la sala de conferencias, luego confirmaría la conocida frase de Francisco de Miranda referida a la conducta del venezolano: «Puro bochinche». Allí, oía y vi ese desagradable comportamiento que por comodidad calificamos de “viveza criolla” cuando hay quien en su hablar no obedece a límites: «Aquí hay que contar con palancas y sabérselas todas para no caer en sitios donde el trabajo es rudo y fuerte». Otros daban a entender que necesidad de trabajar no arrastraban: «Si caigo en “la voladora” me voy para otra empresa, aquí hay muchas y con mejores condiciones de trabajo».

Ante esos rumores recordé que en la entrevista me preguntaron: ¿Dónde quisiera usted trabajar?, dije que en metalografía porque en el laboratorio de la ETI aprendí lo básico y en la ronda de visita supe que ese departamento existía en esa empresa. Consistía en manejar un microscopio para ver fisuras internas en un metal o una soldadura.

Ese día, fiel a mi clandestinidad y poco amigo de conversar con extraños me atreví a preguntar sin un destinatario definido: —¿Y qué se hace en esa “voladora”? —De todo —respondió quien había hecho el comentario. Luego agregó—: A cualquier hora o turno. El improvi-

sado diálogo se cortó cuando entró el funcionario y lista en mano confirmó que todos estaban. Después, empezó a llamar a cada quien para la entrevista definitiva. Unos iban saliendo eufóricos, otros menos y cuando me llegó el turno me encontré con una joven que se identificó como economista y al saludarme empezó con sus preguntas—: ¿Por qué aplicó para un trabajo en SIDOR?, después preguntó generalidades del país y, finalmente—: ¿Dónde le gustaría trabajar?, antes de responderle le recordé que en la planilla había escrito metalografía, era lo aprendido en la ETI. Terminada esa entrevista me dijo que al siguiente día estaría publicada, en esa misma oficina, el lugar de trabajo para cada uno de nosotros. Ninguna otra información adicional me comunicó ella.

A las ocho de la mañana del siguiente día llegué a esa oficina y en la lista estaba mi apellido, pero al contrario de lo que esperaba, era para trabajar en “la voladora”. Quedé sin referencias de la planilla que llené con mi deseo donde estaba mi perfil. Simultáneamente confirmé que lo escuchado en esa sala como chisme era real en eso de las “palancas” y saltarse la formación que uno traía y el agrado de poderla cultivar en la empresa no era una opción real.

En mi caso no funcionó el expresar dónde deseaba trabajar. Quizás era una alerta que me tocaba y buscando explicarme algo de lo que el sujeto cuya presentación en ese rumor fue: «Yo me las sé todas y aquí una palanca tumba alcabalas, mi padre me enseñó que es mejor “jalar bolas en la sombra, que escardilla en el sol”», lo ubiqué para preguntarle: «¿Y dónde lo colocaron a usted?». En Relaciones Industriales, de ayudante del jefe —dijo—, bien satisfecho por lo demás.

Ese día recordé que la palabra palanca la usó Arquímedes de Siracusa en un sentido distinto al que el de la “viveza criolla” del venezolano le daban en Venezuela. Primera advertencia para mí que era un soñador de otro país y de una empresa con valores de responsabilidad que esos seleccionadores tiraron a la basura.

Y yo, sin ser muy amigo de la leyenda trujillana de la lechuza, que según decían cuando canta anuncia embarazos o muertes, intuí la muerte de esa empresa por la “viveza criolla”. Ya conocido mi puesto de trabajo fui a la oficina de la aludida “voladora”, estaba un ingeniero de cuerpo obeso similar a los generales venezolanos llenos de medallas ganadas en una cancha de bolas criollas. Su mirada de soslayo hacía real un dicho del señor Moisés: «A quien no le cuesta nada tener trabajo sin merecerlo, tampoco le preocupa el de los demás». Luego de saludarlo y a quienes estaban con él, apenas emitió un rezongo. Luego nombró los tres técnicos de ese departamento que junto al que ya estaba colocado recibimos las instrucciones siguientes—: Soy el jefe, mi apellido es Rondón, tenemos tres capataces, veinticuatro obreros y una secretaria. Es ella quien organiza sus turnos —dijo.

El turno que me tocó iniciar fue de 11 a 7 am, con el casillero número 33. Ese día me tocó el capataz de nombre Lisandro, quien al presentarse no pudo ocultar su acento de la costa colombiana.

## Capítulo XXXII

### *Viveza criolla*

*Yo no soy el mundo, el mundo no es idéntico a mí,  
pero yo estoy en él y le presto atención. Es lo que hacen los  
escritores: prestar atención al mundo*

— *Susan Sontag*

*La entrevista completa de Rolling Stone. 2019*

**E**sa noche de mi primera guardia en esa empresa me agradó entrar a un lugar bien iluminado, ya no pensaba en que no había quedado para trabajar como “asistente de metalografía”, pero sí había perdido la inocencia al pensar que en Venezuela el mérito estaba sobre la antiética de “la viveza criolla”. Estaba en un sitio donde un extranjero, y a lo mejor sin diploma, era mi jefe inmediato en una empresa nacional. Debido a lo que venía ocurriendo en esa selección, era plausible pensar que en esa empresa influía bastante una recomendación política. Y con ella se pasaba sobre cualquier norma profesional para ser competente en la función. Sin duda que venía de perder otra inocencia en mi dato de vida.

No digo esto por xenofobia ni por un prematuro rencor social, sino para evidenciar que en esa prédica de “contribuir con el desarrollo de una Venezuela moderna”, escuchada en esas charlas, el conferencista solo hacía su trabajo repitiendo como un “loro amaestrado” lo que no

predicó cuando hizo la selección de cargos. Vale decir que la coherencia entre sujeto y predicado era para otra gramática empresarial en una Venezuela con urgencia de compromiso nacionalista.

Cuando viví esa experiencia sentí que algo de mi deseo de ser ingeniero se había roto allí, pues cualquier sujeto podía ser jefe o capataz en esa empresa con tal de ocultar sus miserias en un título universitario. A todas estas, dentro de ese turno, me desplazaba en el espacio donde guardaba mi ropa de trabajo y casco de seguridad junto a la primera orden escrita de lo que haría en esa guardia. El tono de voz del “paisa” era reconocible cuando él arrastrando las vocales y a manera de canto ordenaba algo: con pocas palabras dominando los imperativos de tarea versus tiempo de ejecución impuso su poder. Eran varias y por el esquema hora-hombre se distribuía entre tres personas: Dos con experiencia en la empresa y yo que llegaba con la cabeza llena de objetivos desarrollados en un salón de clase o en un taller de soldadura.

Me fue rápido aprender el significado de la palabra “voladora”, pues terminado un trabajo tenía que irme rápido para otro sitio en una camioneta bien deteriorada donde la empresa le pagaba a un chofer que hacía su guardia sentado frente al volante. Si bien la expansión de la empresa era grande, los trabajos no estaban tan alejados como para justificar ese puesto, salvo de los que me dijeron eran en el muelle para mantenimiento de barcos.

De ese primer trabajo destaco la sinopsis entregada a los fines de mostrar de qué se trataba el cargo de capataz mediante sus imperativos: 1, cambiar tornillos de base del rodillo en máquina a, fábrica de tubos. 2, extraer anillos de amianto del perforador de bloque. 3, cambiar

base de los 4 motores bobinadores de alambre. 5, soldar puerta de cabina del ventilador del quemador segundo en el horno 3. Ese fue el programa básico a seguir en esa primera noche de mi guardia.

Sin embargo, lo que aprendí esa noche de trabajo fue algo distinto a lo descrito en esa orden y se relacionaba, a mi entender, con el sentimiento de pertenencia a la empresa. Sucedió así: Una vez cambiados los tornillos dañados, de unos cincuenta aproximadamente, en la caja que nos dieron quedaban setenta y me pareció razonable devolver el resto en la oficina del “Paísa”. —¿Dónde pongo los tornillos sobrantes o los llevo al almacén donde me los entregaron? —Le pregunté— Su respuesta me sorprendió—: Bótelos pues —dijo con su imperativo cantado. Pero quizás el asombro de mi mirada de sospecha le impulsó a sacar su nivel cultural—: Aquí en SIDOR hay tornillos como “mierda”, ¡y usted se va a preocupar por devolver los que sobraron de una simple caja! —me repitió— ante la duda que venía de manifestarle.

La vida que nos toca aparece en esos momentos donde la razón es ignorada, lo digo por su respuesta que de paso me molestó, no tanto por su expresión vulgar que a su vez venía de los labios de un extranjero sino porque ese día a su lado estaba un venezolano, ingeniero egresado de una universidad, según lo indicaba un diploma colgado en su Oficina. También estaban otros capataces y todos al unísono rieron la gracia del costeño. Afortunadamente, menos los dos trabajadores que estaban conmigo. Frente a mi ingenua práctica del reciclaje que me habían enseñado tanto la ETI, como en mi vulnerable vida quedé descolocado. Pues si algo aborrecía yo era el derroche y esa soberbia del venezolano que piensa que por pertenecer a la tierra de un Bolívar cultivado como

héroe, todo le estaba permitido. Pero lo de este sujeto era el colmo.

Y en cuanto al trabajo de anillos de amianto, una vez que quitamos la tapa protectora para confirmar el deterioro del cilindro, me dirigí a la oficina que mediante la orden de trabajo entregaba la herramienta de trabajo correspondiente. Esta vez la sorpresa sería de otra enseñanza para mi temprana experiencia: «No existe tal cosa, de esa herramienta solo tengo la foto cuando una vez alguien la dañó, pero la empresa no la ha repuesto», afirmó con sorna ese empleado—. Y sí, en la fotografía era visible la figura de un gancho con su manilla para sacar los anillos del émbolo, era el nombre de toda la pieza.

Desconcertado, pues no sabía qué hacer y tampoco los dos trabajadores que me acompañaban, afortunadamente conocimos al operario de esa máquina quien en ese momento cumplía su guardia esperando su reparación y de esa pérdida sabía bastante: He visto —dijo—, que otros trabajadores resuelven el problema sacando ese anillo con un alambre de acero doblado en su punta y es similar a un anzuelo de pescar.

Siguiendo ese dato y reconociendo su solidaridad le dimos las gracias, buscamos el alambre y construimos la herramienta cumpliendo así con la orden de trabajo. Tenía ya dos sorpresas nada agradables para un joven venezolano orgulloso de las enseñanzas de sus maestros y profesores en los centros de estudio cuando hablaban de “desarrollar a Venezuela”.

De esos hechos y estando en descanso mientras seguía nuestro trabajo, murmuré: —Trabajo en una gran empresa que seguramente debe pagar grandes cantidades en asesorías y publicidad, pero no mantiene al día

el almacén de herramientas, sin duda que su futuro es la quiebra. De ¿cuál departamento y quiénes elaboraban esas órdenes? nada sabía. Aunque al pasar las semanas en cada guardia observaba un detalle en el cual no había la falla a corregir o la máquina estaba en otro lugar del indicado. Era como si hubiera un trabajo fantasma que se planificaba por rutinas que carecían de verificación previa.

En ese sentido sospeché que allí operaba la “viveza criolla” según sus signos y lo asimilé sin muchas dudas: Al llegar al sitio y leer las horas-hombre de trabajo, bastaba que con dos se hiciera, pero éramos tres trabajadores en el grupo. En varias ocasiones cuando se presentaba una dificultad nada difícil de resolver, de inmediato el obrero más experimentado siempre decía: —Esperemos al capataz para que nos aclare el punto—. El tal punto es que ese jefe podía llegar al sitio o no y la jornada laboral quedaba para la guardia siguiente. Una simple pregunta conducía a una explicación: —¿A quién o quiénes les interesaba que esa tarea tuviera dudas para que no se terminara y pasara al turno siguiente? Era la reflexión que me venía haciendo por mi manía de siempre querer explicarme lo que me rodeaba, sin imaginar las consecuencias en mi futuro.

De todas esas prácticas referidas aquí y vistas por mí como incorrectas, empecé a distanciarme y observaba a quienes sí practicaban la responsabilidad. Fui aprendiendo a desenvolverme junto a trucos útiles en el trabajo y terminaba mis ordenanzas sin ocuparme más de si se cumplían o no en sus horas tiempo. Esa semana terminé con ese horario para pasar al de 7 am a 3 pm, luego al de 3 pm a 11 am y así sucesivamente, con el agregado de que siempre tenía un nuevo capataz distinto al “paisa”.

Sin darme cuenta ya venía navidad y escuchaba a algunos compañeros decir que por ese tiempo había que buscarse un certificado médico para no hacer guardia el 24 o el 31 de diciembre y disfrutar de las fiestas con la familia o amigos. En esa época, quien trabajaba esos días la empresa le reconocía con días de asueto y pago doble. Ante ese rumor del certificado como excusa para no trabajar esos días, a quien más confianza le tenía le pregunté si eso era posible, pues a los médicos los observaba muy serios, y con cierta risa, mirando mi rostro ingenuo el sujeto me informó de una práctica bien extraña que jamás había escuchado en mi vida: —Amigo Camilo—dijo—, es muy simple, uno agarra un diente de ajo, lo pela, se lo introduce en el culo y espera unos veinte minutos para que sienta en el cuerpo una fiebre que el médico supone es por una enfermedad, y listo, nos da el permiso—. Verdad o no, pues nunca lo verifiqué con mi cuerpo, esa leyenda, en tiempos de navidad o de fechas festivas, circulaba en esa empresa. Conocería otro signo de la “viveza criolla”.

Si los jefes lo sabían no fue mi tarea confirmarlo, pues en mi existencia no he sido sapo. Lo que sí sabía es que cada día mi aprendizaje era variado, bien para mejorar en el trabajo o bien para saber de “esas vivezas” en obreros para retardar el tiempo de ejecución de la tarea y pedir sobre tiempo. En este caso ocurría de la manera siguiente: A veces el lugar de trabajo estaba separado por un espacio abierto de unos cincuenta metros aproximadamente, un día en que apenas caía una leve lluvia me dispuse a atravesar esa distancia debido a que al frente estaba la maquinaria a reparar y el obrero que me acompañaba para ello, un jamaicano mucho mayor que yo me advirtió en un español similar a una calle empedrada y de saltos diciendo que no fuera y esperar el

cese de la lluvia: —¿Usted ponde va? —dijo—, le respondí —a hacer la tarea—, pensando que estaba confundido. —No, no vamos —insistió asombrado—, usteé no ve que taá lloviznando. Ante esa exageración de un llover que ni siquiera mojaba la tierra del sitio —le repliqué—: Es apenas una leve llovizna, y de inmediato agregó: —Vamos payaá, no refriamos y la empresa no nos va a nombrar héroes si nos morimos.

Lo afirmó con una seguridad donde para yo no entrar en discusiones con él me quedé a su lado y hasta de alguna forma me reí de su dicho gracioso. En efecto, no hubo tal lluvia pero el trabajo no se hizo en ese turno y pasó al turno siguiente donde ese trabajador se ofreció para seguir el turno. Era el típico pícaro que conocemos en Venezuela y según dicen, una herencia del conquistador español, aunque este señor venía de Jamaica.

Sucesivamente, en ese tiempo los conflictos sindicales con la empresa eran frecuentes y los motivos variados, bastante similares en su imagen a parásitos y abultamiento del abdomen en niños vulnerables, metáfora por mí conocida porque fue el motivo de mi primera mudanza cuando viajé para desparasitarme. Funcionaba en Guayana el local del Colegio de Peritos y Técnicos Industriales de Venezuela, al igual que sindicatos de la CTV y una tendencia laboral intentando crear otro sindicato que no respondiera, decía su propaganda, a las directrices de los partidos políticos en el gobierno. Como siempre parece haber un culpable de algo, había un dirigente siempre cuestionado en las asambleas de la casa de Manoa, en San Félix. Su apellido era Marcano y quienes más lo cuestionaban se hacían llamar “matanceros”, por un periodiquito que ponían a circular con sus propuestas y consignas.

Con el tiempo conocí a uno de sus integrantes porque recién graduado de electricista trabajaba en la empresa, su apellido era Velásquez y con frecuencia se promovía para ser dirigente sindical con un discurso híbrido en conceptos de marxismo y democracia donde su apoyo teórico lo agarraba de un excomunista de apellido Ma-neiro.

De la residencia del polaco me fui para el “campo Mapanare” que la empresa nos permitía, allí estaba más cómodo, solo y mi tiempo al salir de mis guardias me permitían un buen descanso. La comunicación era por radio y con frecuencia era buscado para trabajos fuera de mi guardia con lo que ganaba confianza en el personal y jefes haciendo bien el trabajo por el que me pagaban. Como ya empezaba a asistir a cursos de la empresa amplié mi campo de relaciones y algunos en esa “voladora” me llamaban “mister curso”. No me ofendía ese apodo, pues la miseria humana no tiene un rostro definido y en esa época abundaba. Los resultados fueron que a los seis meses me ascendieron para ser ayudante de los capataces reconociendo mi esfuerzo para aprender y ser un técnico responsable.

Con la excepción de dos personas en mi cuadrilla se alegraron con mi logro, otros me mostraron gestos y conductas indicándome que tuviera prudencia con ellos porque debía darles órdenes en el trabajo. Dos de esos cursos me fueron de gran ayuda: —Soldadura bajo el agua, y seguridad industrial con materiales ácidos. Con casi todos los trabajadores tenía excelentes relaciones y hasta me vinculé a las prácticas de caza y pesca que algunos obreros realizaban.

Durante las siguientes semanas que siguieron, los jefes asignaron a mis guardias diurnas con el objetivo

de entrenamiento a un ingeniero recién ingresado de la Universidad de Oriente, UDO., junto a un sociólogo de la UCV que tenía un contrato con la CVG. Con ellos, mi trabajo consistía en un acompañamiento cuando estaba con los obreros a mi cargo, leían las órdenes de trabajo y ellos observaban cómo se cumplían, tomaban notas o rellenaban planillas.

En el “campo mapanare” estuve tres meses y como venía ampliando mis relaciones sociales decidí regresar a vivir en Puerto Ordaz, me fui a un hotel manejado por un español de nombre Sebastiano. Así empecé a vivir con ciertas comodidades que mi salario permitía. La ciudad era todo un mundo multiétnico por los idiomas que escuchaba, las empresas abundaban, los trabajos se multiplicaban y destacaban los centros nocturnos. Era un ambiente social festivo que prometía ser la nueva capital de Venezuela donde corría el dato de que sin permiso de la CVG no se podía construir nada. Eso me parecía la normativa correcta para evitar que el lugar se poblara de ranchos, como en la Caracas donde viví. Al fin había quien se preocupara por la estética de la ciudad. De allí que había un modesto centro cívico con un mercado y una librería, aunque Castillito, lugar donde estaba el hotel donde venía de alojarme, mostraba aguas servidas en sus calles.

Dije que ya no vivía en “campo mapanare” porque se me dificultaba tener relaciones sociales y el aislamiento inicial en ese sitio llegaba a sus límites, lo que no pasaba en el hotel donde ahora estaba. Con el sociólogo empecé a tener amistad, pues él también pagaba allí una habitación. Era un joven de mi edad, había nacido en Valencia y tenía buena formación social. De sus conversaciones empecé a comprender que una sociedad tenía conceptos para definirla y no era un templete tropical,

como a veces la gente se saltaba las normas en la calle. Uno de esos días en que hablamos me prestó un libro de esos autores que marcarían mi ruta social al explicar la sociedad desde una palabra: Anomia, descrita por Émile Durkheim en 1893.

Su trabajo consistía en evaluar estudios de tierras, población y proyectos comunitarios para la CVG. Con el ingeniero la relación también era excelente, pues una de sus cualidades era ser un músico culto y lo supe un día en que me invitó para un concierto con la Orquesta de Cámara de Ciudad Bolívar, donde él sería solista, lo hizo al yo hablarle de la actividad musical en Trujillo y su retreta los domingos en la plaza Bolívar. Su invitación me agradó y cuando asistí percibí el gusto de escuchar por vez primera “Las cuatro estaciones”, de Antonio Vivaldi. Cuando indagué su lado técnico junto al artístico, me dijo—: Me gusta la ingeniería mecánica, pero con la música espero irme al extranjero, mi proyecto de vida es estar en SIDOR solo dos años. Ese día, también le expresé mi sueño de ser universitario e investigador y que en Guayana no estaría mucho tiempo. Esta vez sería yo quien buscaba la mudanza de mi <amor fati> y solo era cuestión de esperar si los dioses estaban a favor de que eso se me cumpliera. Con esos profesionales observé otros valores en su formación.

## Capítulo XXXIII

### *Padrino de boda*

*¿Por qué —se podrá preguntar alguien— apenas una débil esperanza si el manuscrito ha de ser leído por tantas personas?*

*Este es el género de preguntas que considero inútiles*

— *Ernesto Sabato*  
*El túnel. 2000. p.11*

**L**a otra invitación que recibí fue del sociólogo para que lo acompañara a la población de Upata, donde estaba su novia y él tenía planes de casarse, para los cuales pensaba que yo sería su padrino de boda. Fue un día sábado donde estaba libre y él no hacía guardias. Tanta confianza en mí me sorprendía en esos dos profesionales, pues nunca he sido persona de muchos amigos. Sin embargo, los percibí radicalmente distintos en sus valores a cuantos venía conociendo en la empresa y, por supuesto, también eran distintos en su carácter.

Llegamos a la casa de su novia, cerca de las diez y media de una mañana con sol intenso. La familia fue receptiva, sobre todo la madre, pues el padre que era Juez de esa localidad fue un poco parco y al poco tiempo de nuestras conversaciones y unos cafés se retiró a su sala de estudio, disculpándose porque su trabajo lo ameritaba.

Estuvimos allí unas dos horas, y con la excusa de otra visita dejamos esa casa pues ya era hora del almuerzo. En el regreso conversamos de todo y el amigo me pidió la impresión de esa familia. Lo que le dije fue bien simple—: Solamente con observar la mirada de ese juez se sabe que es un autoritario. El amigo guardó silencio y apenas una leve sonrisa mostraba a mi observación, luego comentó—: Mira, Camilo, yo me caso y en dos meses me voy para Caracas, en la CVG mi contrato se vence pronto. He pensado que tú puedes desarrollar un proyecto personal en un lote de tierra que tú escojas y yo te lo justifico. Estas tierras necesitan ser desarrolladas —dijo entusiasmado—. Ante tan gentil oferta y sin pensarlo mucho, aunque con el tiempo lo lamentaría, le respondí—: Yo también estoy de pasada en estos lados, mi sueño es seguir estudiando en la universidad, no ya como ingeniero luego de ver qué hacen en SIDOR algunos de esos profesionales. En verdad que te lo agradezco, trataré de mantenerme en esa ruta —le insistí—, y él no agregó más nada para luego detenerse en la vía donde era frecuente consumir algunas cervezas y conversar de cualquier tema.

La semana siguiente mi guardia fue de 3 pm a 11 pm y debido a eso con esos amigos no tendría contacto pues ellos eran empleados y a las cuatro finalizaban su jornada. Terminada mi semana de ese horario me tomé dos días de descanso y curiosamente al sociólogo no lo vi más, ni siquiera cuando inicié mi guardia de 7 am a 3 pm. Pregunté al gerente del hotel y me dijo que seguro estaba por allí porque debía el mes y era un buen cliente en su pago. Pasado el mes y estando en mi cuarto, a eso de las 2 pm y preparándome para mi guardia de 3 a 11 pm, de la recepción me informaron que me buscaba un señor acompañado de un Guardia Nacional. Me vestí

rápido para averiguar el porqué, fui al sitio y a quien vi fue al padre de la novia del amigo sociólogo. Luego de un saludo forzado me preguntó—: Andamos buscando a su amigo que dejó a mi hija embarazada y ni ella sabe dónde anda, ¿puede decirnos usted, dónde está? —dijo de manera intimidante ese señor— arropado con el poder de su cargo. Le respondí de manera natural que yo también lo buscaba, pero que iba para dos meses sin verlo. A lo que el gerente del Hotel, sin previo aviso, se inmiscuyó en el forzado diálogo—: Al negocio le debe dos meses, precisamente —dijo—, y ayer abrimos su habitación, lo que hay es ropa sucia y muchos libros, pero señales de él nada —insistió.

El día en que ese padre, haciendo uso de su poder, llegó hasta allí, comprendí su preocupación, no tanto por el sociólogo sino por su hija, no obstante que era un abuso cómo él se presentó con un miembro del cuerpo represivo. Además, su hija, hasta donde sabía, era mayor de edad. Decepcionado abandonó el lugar y ni se despidió de nosotros, luego el dueño del Hotel, con quien ya tenía cierta confianza, me informó que frecuentemente, en ese tiempo, los trabajadores abandonaban la ciudad ante denuncias y amenazas de solicitar en las empresas bloquear las prestaciones por conflictos de parejas—: A lo mejor eso le pasó a tu amigo y espantado se fue —dijo—, menos mal que los muebles que dejó en la habitación compensan la deuda que me dejó.

De ese hecho no supe más nada y a los meses el lugar que ese amigo me ofreció para que desarrollara un proyecto, había sido invadido y en su lugar instalaron una venta pública de carne asada junto a cervezas. Nadie se opuso a ello, ni siquiera la tan vigilante CVG., lo que me decía que la planificación de esa ciudad, en las ideas futuristas de Figarella, sucumbirían ante el popu-

lismo promotor de ranchos que allí se iniciaba “siguiendo el ejemplo que Caracas dio”, tal y como se cantaba en el Himno Nacional de Venezuela.

En mi trabajo ingresó un nuevo ingeniero, sustituía al jefe anterior amigo de dar órdenes sin levantarse de su butaca. Quien llegaba, de apellido Chirinos, era su contrario como persona dinámica con criterios organizativos acompañados de visitas a nuestros turnos de trabajo de manera intempestiva. Esa novedad no me desagradaba, pero a ciertos trabajadores que gustaban dormir en guardias nocturnas sí los incomodaba. Fue otra experiencia mostrándonos a un jefe coherente entre lo que ordenaba y lo que practicaba. Indudablemente que el rendimiento y el orden en esa “voladora” cambiaría a tener un ambiente agradable, limpio y organizado.

Cada semana invitaba al trabajador a su oficina, sin aviso previo, pues lo hacía dentro del turno respectivo y dando a entender que el objetivo era evaluativo, nada personal. De esa práctica ética que de él recibí, igual que a otros trabajadores, la resumo en un sobre con un aporte económico adicional y unas frases dando las gracias por el esfuerzo en mejorar el mantenimiento de la empresa. Eso me contentaba y pensaba que a lo mejor alguien se venía dando cuenta de las deficiencias que yo ya había observado.

Al departamento la llegada de ese ingeniero le cambió todo su ambiente organizativo, se sentía la pertenencia a la empresa y cierto olor al conocimiento por los cursos que se abrieron a todos los trabajadores. Ese nuevo orden contagió a algunos capataces y a otros les mostró su resistencia al cambio, les quitó sus máscaras, era como una pequeña revolución en esa “voladora”. Bajo sus iniciativas se abrieron distintas posibilidades de opinar

sobre la crisis del trabajo y la necesidad de hacer cursos que podían ser de una hora y el trabajo no se afectaba. Allí estuve, de inmediato, y no dudé en inscribirme.

Y un día, debido a mi actitud por mejorar mi formación él me informó lo siguiente: —Perdomo, —dijo—, como a usted le gusta estudiar hay la posibilidad de una beca para ir a la ciudad de Franfort, Alemania. Allí hará usted un curso de dos años para aprender a fabricar acero. Solo tiene que firmar esta planilla y la empresa se ocupara de eso. Por supuesto —le dije—, estoy para aprender. —La empresa tiene ahora una política de renovar su cuadro técnico, por eso los cursos y mi llegada al departamento cuyo nombre ya no tiene muestras de esa fea palabra llamada “voladora” —aclaró—. Al respecto, le di las gracias por ese bello gesto.

## Capítulo XXXIV

### *El cambio*

*Primeramente, no tengo dudas de que todo eso que la naturaleza me enseña contiene alguna verdad y yo entiendo que Dios ha establecido las cosas creadas*

— *René Descartes*

*Alma y cuerpo, en Meditaciones metafísicas*

**D**entro del espíritu de trabajo con ese nuevo ingeniero utilizaba ratos de descanso y me dispuse a tener conversaciones sobre libros y temas con algunos de los más responsables en el trabajo. A la vez, los estimulaba para cursos de formación o a que continuaran estudiando, pero como ni el Diablo, según dicen, sabe lo que la gente piensa para justificar su resignación, me decepcionaba al escucharlos: «Los ricos están completos, yo con lo que gano aquí estoy conforme», —repetía el más influyente de ellos y sentí esa frase como un signo de contagio y al oírlo pasaba de largo. Además, no admitían la crisis donde se ahogaban pues buena parte de lo que ganaban se les iba en pagar cuentas en bares donde les anotaban el consumo, del cual muchas veces ni sabían si lo anotado era el consumido por ellos.

Sin embargo, la idea de las lecturas no era solo mía sino que en otros departamentos se daban con discusiones de materiales y descubrí que se hablaba de sindicac-

lismo y política, lo que me condujo a reencontrar viejos estudiantes, ahora obreros, que había conocido en Caracas.

De esa manera fui entendiendo la dinámica de la firma cuando los conflictos se agudizaban debido a la discusión de los contratos colectivos donde los partidos políticos, mafias y jefes no estaban ajenos al control de cargos en SIDOR. En ese sentido, siempre reflexionaba y esos debates los dejaba a un lado. Craso error por las consecuencias que me vendrían sin aviso previo al no involucrarme con esas tendencias sindicalistas nuevas que siempre vi inconvenientes para la empresa.

Ya con nueve meses en el departamento nuestro trabajo en la cuadrilla se amplió para ir en guardias diurnas a reparar algunas piezas de barcos anclados en el río Orinoco que trabajaban para la empresa. El mayor atractivo era que en esas naves vendían productos que en los negocios de Guayana eran costosos y en el barco no. Entre muchas marcas de bebidas, perfumes y cigarrillos destacaba la calidad de lo ofrecido. No había dejado de fumar y me agradaba salir a correr, pero ya sentía que en algo me afectaba y tenía como propósito abandonar ese vicio, ciertamente nada fácil de dejar, pero lo intentaba.

Otro atractivo para trabajar en ese sitio era que cerca de donde estaba el barco, se divisaba en la orilla un pequeño negocio cuya especialidad eran las carnes de cacería y pesca, allí logré saborear lo que denominaban las tres sabores únicos en una sola carne: A res, puerco y pescado. Eran obtenidos del cuerpo de un animal llamado “tonina del Orinoco”, también ofrecían “lapa” y de otros animales. Eran animales prohibidos de matar, pero allí no faltaba como comensal el jefe de la Guardia

Nacional. ¿Signos de corrupción?, me decía sin abrir mi boca.

Regresando al dato de los sindicatos, en uno de esos conflictos sindicales de la empresa protestaron a ciertos jefes acusándolos de “explotadores de los trabajadores” exigiendo nuevas políticas organizativas a la gerencia. De inmediato, mi departamento sintió ese golpe cuando lo reorganizaron y quien venía siendo mi eficiente jefe intempestivamente renunció acompañado de algunos capataces. El rumor que corrió es que eran muy estrictos, pero en ellos lo central era la responsabilidad de la cual nada decían los interesados en sacarlo del lugar. Era el mes de abril y allí intuí que mi solicitud de beca cuya respuesta sería en mayo pudiera ser afectada. Nada más lo pensé me sentí mal.

Instalados los nuevos jefes con sus capataces respectivos, todos sentimos que se regresaba al pasado de la “voladora”. Era el eterno retorno donde la resistencia al cambio triunfaba. Y eso se confirmaría cuando de inmediato al lugar regresaron al mando algunos obreros parasitarios y el nuevo jefe colocó en su oficina sus dos diplomas de Escuela Interamericana y Mecánica Popular, todos aprobados por correo. Era un hombre de baja estatura, mirada huidiza, acento italiano y no solo tenía la dificultad de hablar como “el Fantasma o el Llanero Solitario”, sino una “erre” que se le quedaba pegada en su lengua cuando quería sacarle el cuerpo a sus limitaciones profesionales.

A causa de la exigencia sindical y política, ese jefe regresaba al viejo desorden con la primera medida para mostrar su poder al eliminar toda tentativa de hacer cursos, eso incluyó mi solicitud de beca. Más decepcionado no pude quedar y pensando que era mi derecho porque

había firmado una solicitud de la empresa, fui hasta la oficina de Relaciones Humanas para informarme.

Al percibir la incomodidad de mi averiguación y la poca receptividad que tuve confirmaba la influencia gerencial de alguien para que la organización creada por el ingeniero Chirinos no continuara. Quien me atendió, la misma que en la charla de mi inicio habló maravillas de la empresa dijo a secas lo siguiente—: Puede solicitar cambio y si al departamento que aspira lo aceptan, no hay inconveniente en esta oficina, sin ocultar su desgano para responder. De allí salí pensando que el veneno inyectado por el populismo a la empresa era eficiente para favorecer la resistencia al cambio y la eficiencia en el trabajo. Allí, de nuevo, intuí la muerte de SIDOR.

El departamento encargado del servicio de combustible, seguridad industrial e instrumentación lo había visitado varias veces cuando hice algunos de sus cursos, varias veces había tratado a su jefe, un ingeniero bastante atento. Debido a ello fue fácil obtener la respectiva entrevista que concluyó en exigirme una breve evaluación cualitativa que pasé y el proceso de cambio en mi trabajo se resolvería en una semana. Era un cambio radical en lo que haría allí, otra experiencia y saberes diferentes en el trabajo.

No obstante, no ignoraba el conocimiento asociado porque en la ETI vi dos termodinámicas, mecanismos y diseño de aire acondicionado. Todas materias que en cuanto a los equipos ese departamento supervisaba. En una semana cambié de departamento, el horario era similar al de un empleado de confianza mediante un contrato, no haría guardias nocturnas salvo en trabajos especiales para los hornos eléctricos y de fundición cada vez que ameritaban limpieza y renovación sus recupera-

dores. Los mismos situados debajo del “hogar” del horno. Por lo tanto, ese trabajo, según me explicaron, se hacía pasados quince días de estar apagado el horno que trabajaba a dos mil grados Celsius.

Al contrario de lo que podía esperar en cuanto a organización del nuevo lugar, el ambiente era limpio en cuanto a que no era la mecánica de mi formación. De manera básica, eran tareas de revisión y calibración de instrumentos de medida a los cuales se les hacía una memoria semanal de informes con cantidades donde se reflejaba su estado. Había necesidad del chequeo de válvulas de combustible, del control de presión y temperatura en cada sitio de producción de los hornos y de los momentos de fabricación del acero.

La única dificultad que juzgué a ojo fue la de no tener los planos de las instalaciones de los aparatos con sus tuberías y cables, pero estaban en la oficina y ya sabía leer planos de instrumentos por los cursos hechos. En esos momentos me dije: —Miedo a qué y de esa gracia me reí.

Éramos un grupo de unos diez trabajadores junto a dos ingenieros donde el de menor experiencia era yo, pero a su vez era el único técnico graduado. Los demás habían hecho cursos en la empresa o en otros lugares. Al inicio y durante cuatro días me instruyó un trabajador con experiencia, era mayor que yo y su personalidad era como la de un “cuida puesto” y la información no la soltaba fácilmente, pero su hábito era similar al mío en llevar un cuaderno de notas. Para todas partes lo llevaba y en él estaban dibujos e informaciones de equipos traducidos, códigos y lugares nada visibles a cualquier persona. Estaban referidos a los instrumentos de control del combustible y la electricidad. En esos momentos miré bien

su cuaderno y dónde era casi obligado consultarlo: en los sitios de maquinaria instrumental y de gráficos. Al ver esa actitud en él, recordé a una maestra suplente de mi quinto grado que todo lo dictaba desde un cuaderno y un día se lo escondimos, impedida de dar la clase declaró el día libre para todo el salón. Con ese trabajador las relaciones eran cordiales y sin saber por qué me advirtió de tener precaución con dos cubanos que según decían eran los ojos de los jefes. Otra información de que en esa empresa los extranjeros tenían cargos de poder y casi siempre eran sapos y “jala bolas”.

No se usaba braga en esas rutinas de chequeo técnico, sino ropa normal y solo el casco de color blanco que nos distinguía. Sin embargo, en el trabajo de los recuperadores del horno se usaba un traje de aluminio aislante, botas de seguridad isotérmicas, guantes y en casos de deshidratación uno salía y absorbía un grano de sal marina junto a sorbos de agua atemperada. Fue la parte más dura y difícil de ese trabajo.

A veces me encontraba con antiguos compañeros de la “voladora” y conversábamos de temas alusivos al trabajo. La nueva instrucción que recibí en mis nuevas funciones y quizás la de mayor riesgo consistía en revisar y colocar una X sobre una serie de cuadrados dibujados sobre una hoja de papel blanco. Tal dibujo representaba la posición de los agujeros de ventilación del aire para que el quemador del horno, alimentado por fueloil, tuviera la combustión requerida mediante el aire impulsado por un potente ventilador. A eso se denominaba: “Los recuperadores” y eran esos cuadrados por donde circulaba el aire caliente que dejaba allí el hollín de la combustión e impedía que la llama tuviera suficiente poder calórico. De allí la rutina de su limpieza y mantenimiento a los quince o veinte días de haberse apagado el horno.

El horno funcionaba con dos quemadores colocados frente a frente, en el medio estaba el “hogar” con la materia prima y como en otra parte dije, frecuentemente era chatarra de hierro y allí iban a dar restos de autos y otros desechos metálicos. Ese funcionamiento programado permitía un quemador encendido mientras el otro se apagaba y, así sucesivamente, en una imagen similar a la de un nado sincronizado para mantener constante una temperatura aproximada entre mil ochocientos y dos mil grados centígrados de la amalgama madre para fabricar el acero.

Ese era el proceso que permitía hacer “la colada” al vaciar ese líquido infernal sobre un molde, dando como producto final un largo bloque metálico que al enfriarse iba al departamento de fábrica de tubos para someterlo a la perforación con otra potente herramienta. Consistía en una máquina funcionando con aire y agua hasta producir un tubo de 24 pulgadas. Colada que curiosamente era el motivo turístico de las visitas a esa empresa y donde la gente se maravillaba.

Y sí, era un espectáculo que a mi <amor fati> le agradaba cuando las chispas hacían el constante ruido antes de extinguirse, aparte de las diversas figuras que jugaban en el aire durante el tiempo de ese evento térmico similar al de un volcán en erupción.

Suena sencillo y fácil decirlo, pero cada uno de nosotros debía hacer el trabajo de ese chequeo a los recuperadores hechos con ladrillos isotérmicos que por efecto de la combustión se tapaban con un hollín endurecido. Lo repito para mostrar la precariedad donde trabajábamos: Parados sobre ellos con gruesas botas de goma protegiendo nuestros pies contra un calor insoportable a pesar de estar apagada esa máquina diabólica hacía

quince días, usábamos un traje de aluminio y máscara en ese sótano. Uno salía de allí dispuesto a beberse un lago de agua para hidratarse.

Así fue mi nuevo trabajo para describir esa X dentro de ese espacio diabólico y designar para la programación del mantenimiento respectivo si ese recuperador estaba o no tapado con el hollín residual. Lo hacía bailando como un zamuro comiendo carroña o en forma contraria cuando alguien se baña con agua inmensamente fría. Y ese fue nuestro baile ganándonos el sustento en esa bella aunque terrible época.

El efecto inmediato sobre el cuerpo es que aparte del copioso sudor uno salía de ese horno a tomar agua junto a un grano de sal marina para recuperarse, se debía hacer hasta terminar el proceso con una evidencia visible en unas inservibles botas demostrando lo riesgoso y duro de esa jornada. Del mantenimiento constante de esos recuperadores y de la limpieza de los quemadores dependía el rendimiento de ese horno y de la calidad del acero en la colada.

A diferencia del anterior trabajo, en este predominaba manejar información técnica variada pero sobre todo, saber interpretar los gráficos de los instrumentos y su calibración. En esas experiencias ya tenía mi cuaderno de notas que junto al de mi diario personal contribuían a darme seguridad y confianza en lo que venía haciendo. Aprendí de los trabajadores más experimentados del departamento y saber del lugar oculto de determinada válvula de paso o de un presiómetro del combustible. No me fiaba de medidas visibles, sino de la comparación por instrumentos calibrados y la empresa tenía un departamento para eso. Y por supuesto, como leía el inglés técnico de los manuales de equipos, comprendía la escala

valorativa con que venían y estaba más seguro cuando opinaba de alguna falla. Esos aspectos constituían mi nueva caja de herramientas, bien diferente a la de mecánico con alicates y destornilladores que había dejado en la voladora. En vista de que tenía derecho a salir de vacaciones, las solicité y planifiqué mi primer viaje. Cargado de alegría las hice.

El salario devengado y las horas extras que siempre hacía me permitieron comprar un Volkswagen y con él me fui para Caracas con la intención de ver a mi familia y amigos. Dentro de lo posible los encontré bien, ya Juan tenía su compañera y un nuevo hijo. Cipriano continuaba soltero y mi madre contenta con todos. Al verme se alegró bastante y con ellos estuve cuatro días. Intentando ver a Jorge me llegué a su apartamento, allí estaba con su pequeño hijo. Ya ejercía como abogado, pero lo mujeriego no lo dejaba.

Dos días después nos fuimos a Maracay donde su familia y al verme llegar todo fue un relajado agradable. La señora Josefa ya un poco más vieja, Gladys casada. Los otros trabajando en distintos lugares, pero Rafael era como el jefe de casa, su padre había fallecido. Durante cinco días regresé el tiempo con los recuerdos de cada quien y realmente que me sentí bien. Luego decidí ir a Trujillo y en muestra de agradecimiento me propuse visitar a la familia Quevedo a pesar de la forma en que salí de esa casa, pero antes les avisé del día en que llegaría. También añoraba reencontrarme con los amigos de mi infancia.

## Capítulo XXXV

### *Confundido*

*De la misma manera, el sentido de una frase es su  
propósito  
o su intención, lo que supone un punto de vista*

— *Merleau-Ponty*  
*Phénoménologie de la perception,*  
*Gallimard, París 1949*

**E**l día que llegué a casa de ellos, no estaban pero me dediqué a visitar a mis amigos más cercanos y durante unas tres horas logré conversar recordando tiempos pasados. Después volví a pasar por donde esa familia y ya habían llegado. En vista de que era jueves, vi al señor Francisco y luego de saludarlo junto a quienes allí estaban, les entregué a él y la señora Rosario un modesto cumplido.

La impresión recibida fue que mi visita no fue como donde los Téllez, pues cierta frialdad incomprendida fue el signo percibido, a pesar de que no llegué con mis manos vacías, como siempre me advirtió el señor Moisés. Ante ese ambiente, mi <amor fati> me exigía alojarme en una pensión pues no me dieron ninguna señal receptiva. Indudablemente que me sentí mal, pero tenía la ventaja de cargar dinero para pagar mi alojamiento y que otras veces, cuando algo similar ocurrió, no tuve. En ese instante reafirmé la satisfacción de tener un traba-

jo, asumir mi autonomía y sin decir ninguna palabra lo murmuré para mi <amor fati>.

Fue también la virtud del orgullo porque podía pagar un alojamiento en ese instante donde no era bien recibido. Con el debido respeto me retiré y con los amigos de infancia pasé nueve felices días intercambiando anécdotas, paseos por ríos donde pescábamos o sencillamente disfrutando unas cervezas. Pero soportar tratos fríos o hirientes no tenía que aceptarlos y, si se daban, pasaba de largo para nunca más regresar a ese lugar. Fueron mis primeras vacaciones donde pude sentir el gusto de ser autónomo y libre en eso de no estar recibiendo el discurso de la culpa y el pecado e indudablemente que mi vida ya tenía otra ruta y mi voluntad la guiaba.

Terminadas mis vacaciones regresé al trabajo cargado de entusiasmo, pero cierta disposición a entrar en la universidad me motivaba con el gusto por la medicina, no por la ingeniería. Ese ánimo me vino cuando en esas vacaciones el azar quiso que me encontrara con Dimitri, un ruso compañero de clase y también técnico, quien se inscribió en un bachillerato nocturno y lo aceptaron en la UCV. Según él, su grado universitario solamente sería posible al entregar su título de bachiller. Admití esa ensoñación frente a los límites de una carrera que exigía tiempo, dinero y estabilidad en el trabajo, quizás por eso lo soñaba frente a mi voluntad.

Y ya que llego a esta parte de la historia de mi vida, creo prudente retomar un recuerdo que si no es el que me torcería algunos planes, tuvo la fuerza suficiente para alejarme de ese sueño de llegar a la universidad y de nuevo colocarme en la imagen de ser como un tronco seco en un río crecido de turbulentas aguas. La palabra confundido es la que mejor se aplicaría en ese recuerdo.

Confieso que todavía ignoro si fue una experiencia buena o carente de explicación racional, pero ocurrió y me bastará con mostrar los efectos de debilidad sembrados en la mente de un niño abandonado por sus padres. Sumado a ello, siempre estaban presentes las palabras culpa y pecado empañando los rudimentarios momentos de una libertad que ahora mi trabajo permitía y terminaría cediendo en ella ante cualquier manipulador de oficio, sobre todo si quien lo hacía era una mujer. Mi instinto me ordenaba huir, pero a veces nos topamos con personas a quienes les vemos sus rostros, pero no su corazón. Y yo siempre he sido amante de ese noble órgano.

Y pienso decirlo de esta manera—: En el nuevo trabajo siempre los compañeros tenían el hábito de un compartir con cualquier motivo que podía ser un cumpleaños, el esperado ascenso en el trabajo o una fiesta nacional. En fin, se venían presentando invitaciones para visitar a personas con hogares y casas acogedoras o para ir a un restaurante recién inaugurado. Cuando eso se daba, era costumbre el llevar algo para compartir en la comida o bebida. Unos aportaban platos hechos en sus casas, yo llevaba el licor. En esos momentos hubo alegría y casos donde se hablaba de todo, incluyendo informaciones del trabajo a manera de chismes.

La mayoría de esos trabajadores estaban casados y con hijos, siendo yo uno de los pocos solteros que asistía. No obstante y sin mayores reflexiones venía cuestionándome mi soltería. Desde luego, cuando esa idea llegaba contó con las aludidas reuniones y era mi gran contradicción, pues en la Guayana de mi época quien tenía trabajo o dinero no le faltaba la compañía femenina, solo que eran ocasionales.

Ese presente se venía manifestando como un duende hablándome al oído y sentía que mi <amor fati> deseaba un hogar, una familia. No obstante, ya no era yo y andaba muy confundido pues hubo momentos en los que deseaba un compromiso serio que me llevara a ser otro trabajador casado para esos compartir.

No obstante, esas ideas locas y mi temor al fracaso visto en matrimonios de amigos me invitaban a dejar esa idea. Por supuesto, me decía desde otras referencias, a lo mejor me iría bien pues venía de observar ciertas características deseables reflejadas en hábitos hogareños de algunos de esos compañeros de trabajo. Sobre todo, cuando llevaban comidas hechas en sus casas. Frente a ese presente de soltería me invadía un futuro de hombre construyendo una familia. Finalmente, pensaba, que quizás mi vida de nostalgias y soledades deseaba hacer real una de sus esperanzas construyendo ese espacio.

Por esos mundos imaginarios andaban mis reflexiones cuando un domingo de mi soledad compartida con otros trabajadores salimos a eso de las seis de la tarde en búsqueda de alguna compañía femenina para tomarnos unas cervezas. Así que nos desplazábamos por una calle de San Félix y yo manejaba mi auto en un momento en que a contra vía venían unas cinco muchachas junto a una mujer de unos treinta años. Todas sonrientes andaban tomadas de la mano y en son de fiesta. Nosotros éramos cuatro y de asomado solté un piropo que para esos casos me funcionaba—: ¿Cuántas son y de a cómo me tocan? Detrás nuestro venía un amigo manejando un bello auto deportivo de los llamados Camaro, de color vino tinto, recién comprado y junto con el piropo ellas no abandonaron su risa y se acercaron lo que permitió asomar la invitación a bailar. Todo fue sorpresivo e instantáneo y dejando a un lado cualquier protocolo las invitamos a un

sitio, de los tantos en esa época y conversar tomándonos unas cervezas. Ellas aceptaron, bajo la venia de la mujer mayor indicándonos que era la responsable de ellas y no sería por mucho tiempo.

Es de suponer que en aquel mundo medio festivo que nos mostraron recordé los consejos de Jorge—: Mientras las mujeres quieren que tú las bailes y acaricies te dedicas a leerles poemas, por eso se te van como guabinas enjabonadas entre tus piernas —me decía. Al fin de cuentas estoy hecho de sentimientos, como cualquier humano y curiosamente ese día fui quien más entusiasmo mostró animando la escena.

Todas se montaron en el Camaro y llegamos a uno de los tantos lugares que en esa época predominaban con música de fondo y consumo de licor. No me caracterizaba por ser un gran bailarín, pero en ese momento estuve bien animado y no teniendo muchas inhibiciones me fue fácil moverme. Tanto, que hasta el “Himno Nacional” estaba dispuesto a bailar.

Los otros amigos, sobre todo el auto deportivo se entusiasmaron con las mujeres de más edad, mientras que yo me fijé en la que aparentaba fue más tímida. De alguna manera porque fui atraído por su carácter taciturno en un medio dominado por la música y el baile. Sin usar la razón que para el momento que vivía en esos casos nunca funciona, intuí que ella allí se mostraba como, seguramente era: Equilibrada y prudente. Ya cumplido cierto tiempo en esa compañía con música de vallenatos y tal cual bolero donde no faltaron cervezas y pasa palos, fue fácil admitir desde nuestras miradas pícaras y de risas que todos la pasábamos bien. Llegado el momento de irnos, cada quien dejaba la posibilidad de volver a salir.

Recuerdo que buena parte del tiempo, en ese ambiente, lo pasé hablando con la joven taciturna, la que más bailé y quien no se separaba de la mujer mayor que había dicho ser responsable de todas. De allí que a ambas las llevé a su residencia situado en un lugar cerca de donde las encontramos. Vivían en un conjunto de apartamentos de “interés social” como se denominaban, en esa época, las construcciones del Banco Obrero. Nos despedimos y yo quedé dispuesto a visitarlas cuando tuviera tiempo libre.

La siguiente semana trabajé turno nocturno que me tocaba cuando había emergencias. En esos casos podía tener el doble de días libres y me dispuse a visitar a “la dama de la tutela”, quien vivía un piso debajo de la “taciturna”. Nombre que será su referencia en el relato. Cuando llegué a ese apartamento me recibió amablemente y me invitó a pasar. Luego de ofrecerme un café dijo ser enfermera, divorciada y allí vivía con un hijo pequeño junto con su madre.

Como era de esperar, hablamos de la improvisada fiesta, del ambiente y de los amigos con quienes compartimos ese día. Curiosamente y sin que mediara alguna palabra vinculada con el motivo de mi visita, indicó que quería decirme algo—: Roberto, así les dije que me llamaba cuando nos conocimos, una de mis estrategias clandestinas, veo que te anima volver a ver a mi vecina pues por mí no vienes. Solo mostré una leve risa y con un giro de cabeza lo confirmé. Casi alarmada expresó: «Debes de tener cuidado, es aún menor de edad y muy conflictiva como toda su familia». Era una advertencia y si se quiere un consejo donde no encontré ninguna palabra como comentario.

Oída esa frase me mostré escéptico, no atiné a decir nada y solamente pensé que lo de ella era envidia entre mujeres y más que todo debido a mi entusiasmo manifestado por esa joven. Lo digo ahora para mostrar hasta dónde nunca fui un experto en asunto de mujeres. De allí que la observé bien para decirle—: No te preocupes, yo me sé defender en esos casos y se lo dije con una risa de hombre soberbio. —Yo solo te lo advierto, —insistió ella, las mujeres a cierta edad tenemos algo que ustedes ni ven ni aceptan que se lo digan —puntualizó—. Pero con que me guardes este secreto me basta, pues somos vecinas y si bien algunas veces la dejan salir conmigo sé de lo que ahora te hablo. Luego intercambiamos miradas con cierto silencio y me despedí de ella.

De ese día, ya eran las 11 de la mañana y dejé a esta reciente amiga para subir apresurado al piso siguiente y visitar a “la taciturna”. Y como era en esa Venezuela, de mi historia, las puertas siempre estaban abiertas o medio cerradas, toqué y salió una señora que imaginé era su madre, mujer blanca de ojos bien verdes con mirada adusta y desconfiada. Su pelo alborotado y un caminar parecido a quien carga peso subiendo escaleras. Al fondo, en una mirada rápida desde la puerta pues no me invitó a entrar, vi a dos hombres jóvenes que sin duda eran sus hijos. Luego salió la joven, nos saludamos y entre dudas instantáneas me invitó a entrar.

Pasados unos minutos y de la manera más natural me dejaron solo con ella en una modesta sala. Había allí un escaso mobiliario bien significativo de quienes viven el día a día de los salarios que entran. Pegada a la sala estaba un espacio pequeño a manera de comedor y al frente una pequeña sala de cocina con un pasillo que al final llevaba a un sanitario. Seguramente, imaginé, son unos cuatro pequeños cuartos.

De quienes allí estaban ese día, unos entraban y otros salían. Hablaban de cualquier cosa, la radio encendida a volumen fuerte, la señora escuchando muy animada el reporte de la lotería de animalitos que en ese tiempo ocupaba la emoción ilusionista de la gente con la esperanza de salir de su pobreza. Dentro de ese ambiente, yo intentaba justificar el porqué estaba visitándola, pues al entrar le recordé: «Como te dije hace dos semanas, aquí estoy» y ella ante eso solo mostró una leve risa. Sin embargo, lo cierto fue que de esa manera empezaba a florecer lo que para bien o para mal tenía signos contradictorios y cuyo control yo no dominaba.

El escenario incluso no daba para conversar más allá de eventos comunes, era poco lo que decían sus palabras y hasta dudé de si había tomado la buena decisión con esa visita antes del almuerzo y que a todas luces era imprudente. Lo mismo de si en el fondo la vecina de abajo sí tenía razón en su advertencia, pues lo natural, pensé, es que ante una visita el volumen de la radio se disminuyera y eso no ocurrió en esa improvisada e imprudente visita mía.

En la residencia de ella el signo principal de las otras personas decía que unos trabajaban y otros no. Después supe que tres de sus hermanos, porque su familia era numerosa, eran obreros en SIDOR. Supe también que dos de sus primos trabajaban en los hornos eléctricos y uno había ido a Alemania y se diplomó “maestro de Colada”. En eso el azar me mostraba lo que para mí no se dio en esa empresa cuando la posibilidad de beca se esfumó.

A lo mejor los conozco, apenas agregué a su comentario. Lo que si confirmaba la información de su vecina es que era menor de edad y estaba por el cuarto año del

bachillerato. Con un agregado que dejé pasar de largo: «No me gusta estudiar», y a ese desgano nunca tuve la intuición de vincularlo con el modelo del señor Moisés: Se parece a un «Mango bajito». De lo que su vecina me dijo en cuanto a los conflictos, no vi ninguna muestra esa vez, pero sabía que las tempestades se dan luego de tiempos calmos.

Llegada la hora del almuerzo, por prudencia me despedí con la idea tácita de que podía volver. Ya en despedida, entraron dos de sus hermanos, me los presentó y dijeron que venían de trabajar en guardia nocturna. Durante las semanas que siguieron a ese día, dejé el hotel donde vivía porque un compañero de mi anterior trabajo me ofreció en alquiler una habitación, era amplia y nueva. La había adquirido con las políticas de vivienda de SIDOR para sus trabajadores. El nombre de ese amigo era Benigno, venía de Valencia y le apodaban “diablo rojo”, por el abrasivo que utilizaba la gente en limpieza de cañerías. Al momento en que llegué a la “voladora” era un técnico con dos años de servicio, siempre hacía su trabajo antes que todos y bien, solo que nunca ascendía. El motivo es que había unos evaluadores que curiosamente al inspeccionar su trabajo, como lo había terminado lo encontraban sentado y fumando. Era un hombre de pocas palabras. Una anécdota, vivida con él, lo explica mejor: Hubo un día en que debimos hacer un trabajo cerca del muelle del Orinoco y a la hora del almuerzo un supervisor a quien apodaban “mulero” porque había nacido en la Mulera donde nació el dictador Gómez, pidió al grupo seguir en el trabajo para terminarlo y solamente él y yo le dijimos que sí. Lo ocurrido fue sorprendente cuando “diablo rojo” se dirigió a ese supervisor de la manera siguiente: «Te voy a reventar la jeta para que cuando tu mujer y tus hijos te pregunten qué te pasó, les digas que

me la reventaron por sapo», y de un solo golpe lo tiró al piso a ese hombre sangrando.

Presuroso, ese supervisor, llamó a la empresa de seguridad y vinieron dos vigilantes quienes hicieron las preguntas de rigor y el supervisor dijo—: Testigo de esto fue Perdomo—. —¡No!, no es cierto. Yo solamente lo vi en el suelo y pensé que se había caído—. Y así quedó el asunto con ese supervisor y nació con el amigo una amistad entre hombres de carácter. Imagino a ese pequeño ser cuando aprendió que ser delator tiene sus consecuencias más allá de los trámites legales. Ese día le conté lo mío con la piedra a quien me rompió el dibujo.

Confieso que aunque no era mujeriego como Jorge, siempre encontré compañía que con cierta prudencia invitaba a mi nueva residencia y hubo semanas en que fui exigido al máximo en esos intercambios de fluidos donde mi cuerpo quedaba tan fatigado como cuando hacía una carrera de largo aliento.

Las visitas a la taciturna las continué en turnos diurnos o días libres en su casa o también la invitaba a salir. Todo el juego amoroso con ella se iba dando por cuotas, pero una de esas tardes con el retozo de nuestros cuerpos en forma horizontal y donde a lo mejor mi <amor fati> estaba a su gusto, sacó a relucir ese carácter conflictivo advertido por su vecina y que calificué de envidia entre féminas. Craso error mío con el sentido de ese verbo amar donde no siempre las parejas coinciden en amarse con pasión. Reconozco que habíamos puesto nuestros cuerpos en contacto y remojo. Lo consintió ella, pero desde el principio sin ningún compromiso de mi parte y usando la precaución debida, pues andaba explorando el campo. Incluso siendo yo torpe, pues tiré a un lado que era menor de edad y al verle su carácter

volátil y examinar en detalle las posibles consecuencias le manifesté que hasta allí yo llegaba y que no seguiría visitándola.

La verdad fue, lo digo de manera transparente, que la decepción me llegó ante los signos de lo dicho por la vecina, pero quizás influido por ese sabio consejo de mi espíritu noble, ante su vulnerabilidad económica y social donde vivía, no quiso manifestarse con una decisión mía sin ambigüedades. El día en que le manifesté mi reacción, ella estuvo de acuerdo y con cierta simpleza admitió no tener inconveniente alguno por la ruptura. Lo dijo así—: A mí no me gusta estudiar, no me quiero casar, y menos tener hijos—. Sin ninguna duda, esa taciturna estaba más clara que yo en cuanto a no asumir compromisos en su vida. Me despedí y por el camino me dije: —Más claro ni el canto del gallo cuando amanece.

Mis turnos con sus días libres en los cuales iba de caza o pesca con mis amigos me alejaron de cualquier tentativa de regreso a visitarla. Asimismo, tenía ganas de irme de la empresa, contaba con algunos ahorros y buscaría un trabajo donde hubiera una universidad. Eran mis planes para seguir estudiando. Solía visitar a tal cual amigo vinculado con conspiradores políticos, me iba bien y solamente mi insatisfacción por no estar estudiando se atravesaba en mis proyectos.

Pero como dicen: «Una cosa piensa el burro y otra quien pone la carga» y nunca comprendí cómo llegué al punto de tener nublada mi mente ese día cuando todo cambió radicalmente en mi vida. Quizás cosas así me pasaban por intentar no ser ingenuo, siéndolo.

Lo digo porque una tarde, a eso de las tres, y dispuesto a dormir porque tenía guardia nocturna fui sor-

prendido por el toque del timbre y no esperaba a nadie. Cuando abrí la puerta me encontré con la taciturna y su madre en un estado desesperado: —Discúlpeme, pero necesito hablar con usted —dijo la señora de ojos verdes—, así la denominaré. Pocas veces había hablado con ella, pero en ese momento fue diferente su voz, estaba temblorosa, como si en su garganta hubiera una obstrucción. Luego de observarla en detalle la invité a pasar y le ofrecí un vaso de agua con azúcar para ver si se calmaba.

Estoy muy enferma —aclaró con bastante dificultad— y a lo mejor en un mes me muera, somos pobres y sé que usted y mi hija eran novios. Cuando usted nos visitaba nunca me opuse, pero seguramente eso se terminó por ella y su carácter terco que desde niña ha tenido, pero usted —agregó—, es un buen hombre, soy madre de varios hijos y lo sé. En ese momento no encontré qué decir y la experiencia me había mostrado que en esos casos lo claro para unos no lo era para mí. Ahora estaba confundido con lo que escuchaba.

«Le vengo a proponer que me ayude y se encargue de mi hija, no importa si usted no se casa, pero me estoy yendo de este mundo y no quiero dejarla sola y desamparada» —precisó, como si hubiera estudiado metodología del discurso, y por supuesto yo quedaría allí impactado fuertemente por esa escena cubierta por la desesperación de esa dolida madre. Realmente, en esa propuesta vi más de una razón. A tal punto me llegaba lo escuchado de esa angustiada madre que en aquel momento quedé sin palabras y todo confundido.

## Capítulo XXXVI

### *Improvisación*

*Nadie sabe de cuál manera o por qué medio el espíritu pone el cuerpo en movimiento, ni cuántos grados puede imprimirle y a cuál velocidad él puede moverse*

— *Baruch de Spinoza*  
*Éthique, 1675, Libro III*

A esa improvisada y rara visita de ellas mi <amor fati> no le vio nada raro, salvo la acción de una madre sintiéndose caer en los umbrales del desmayo, porque así la percibí. En esa circunstancia mi cabeza era un amasijo de pensamientos como panadero que soba la harina confundiendo los ingredientes del pan dulce y en vez de azúcar le pone sal. Pero sí, intuí que esa señora sin conocer nada de mis sentimientos y recuerdos de mi infancia venía de tocar lo más sensible de mi existencia, como si fuese una maga: Tener que dejar su hija.

Todo lo escuchado de la boca de esa señora me confundió y revivió ese viejo fantasma que casi siendo genético, por la ausencia de un padre, arrastro. Me sentí como un idiota y hacía esfuerzos por asimilar aquello, pero no razonaba. Aunque me invadían sospechas de algo oculto por lo de ir ella a la empresa y pedir retención de prestaciones, como había escuchado en caso de líos con menores de edad. Incluso me invadió la idea de que

madre e hija se confabularon y esperaban mi negativa para luego acusarme de haber metido en mi cama a una menor de edad, pues la taciturna ese día lo fue de una manera expedita con su silencio.

La señora intensificó su desesperación repitiendo con tono de voz fuerte: «Estoy muy enferma y seguramente en un mes moriré». Sin ninguna duda que esa señora habló con la intención de convencerme, su hija callaba y si era un papel de teatro bien estudiado lo ignoro aún, pues fue tan eficiente hasta llegar a agregar lo inesperado para mí: «Se la entrego sin recibir nada a cambio», —dijo mostrando un rostro de oveja degollada—. Yo de este mundo me voy y ella quedará en buenas manos porque usted es bueno y muy responsable. Usted la hará a su gusto —remató.

Ante esa lluvia de lamentos y palabras sentidas no es que yo no intenté razonar, fue al contrario pues lo intentaba pero sin éxito como para decirle que no. Estuve tan conmovido viendo descompuesto el rostro y cuerpo de esa humilde señora junto a su hija casi muda, que de forma casi automática me coloqué la daga en mi garganta.

No me quedó sino aceptar la imposibilidad de confrontar lo dicho por ella y dejar las cosas con su hija como su madre proponía. Una circunstancia de esas que se le presentan a uno sin pensar que allí la ruta de nuestras vidas toma otro giro y otro sentido.

Efectivamente, como tentado por el demonio, admitía cambiar mi existencia en el mismo instante de esa conversación cuando solté mi inoportuna frase: «Yo siempre he tenido la intención de casarme con su hija, me gustaría tener familia pero es que tiene un terrible carácter y es conflictiva». Luego de decirlo, no recuerdo

ahora todos los aspectos ni porqué dije eso cuando al instante la señora mostró una risa y su cuerpo recobró el equilibrio.

De inmediato la señora me miró casi asombrada y como si esperara otra reacción de mi parte, tanto que mi frase la sintió como un halo en su cuerpo devolviéndole la voluntad de vivir y agregó: «Siempre sentí que usted era diferente a otros hombres y por eso le dije todo eso, no es justo irse de este mundo y dejar a sus hijos abandonados».

De cómo y porqué la señora nombró esa terrible palabra, nunca lo supe pues olvidado y abandonado eran las dos palabras de mi existencia que combatí con fuerza buscando vencerlas. Y por esa realidad evitaba tener hijos sin reconocimiento. Pasado el tiempo, le reconocería a ella su ingeniosidad donde era difícil descubrirle una conducta cercana a la locura.

Siempre los misterios entre los humanos existen, tienen sus momentos y ese que vengo de exponer marcaría un cambio en mis planes. Pero le ocurrió a mi <amor fati> peleando en un espacio donde todo estaba preparado para que lo noquearan nada más al entrar a pelear. Tomé un leve receso al levantarme de la silla y ofrecí a ambas un café que aceptaron. Mientras eso ocurría, a ojo juzgué fríamente lo que venía ocurriendo con esa visita y concluí que solo con el matrimonio y la idea de familia podía conjurar esa existencia mía marcada por esas dos malditas palabras del abandono y el olvido.

Y de esa manera adquirí ese compromiso donde indudablemente sentí que se afectaba mi libertad, algo dejaba en el camino pero no tuve fuerzas espirituales para oponerme y el silencio de la taciturna devino como

la vela de una nave partida por la mitad en un mar agitado y de paso dentro de un cielo cargado de nubes negras y grises. Terminada la conversación, ellas se fueron y cavilé lo ocurrido hasta recordar las advertencias que su vecina me hizo el primer día que la visité en su apartamento. Eso por una parte. Por la otra, desestimaba la idea de “mango bajito” que tanto me advirtió el señor Moisés como algo indeseado. De tal manera que mi felicidad estaba ahora del lado de una decisión marcada por la palabra improvisación, con todas las consecuencias que siempre trae.

## Capítulo XXXVII

### *Decisiones*

*Yo creo desde entonces que la amnesia infantil, que hace de la infancia de cada uno una suerte de pasado prehistórico y que le disimula sus inicios de su propia vida sexual, lleva la responsabilidad de todo eso que no se le da importancia del período infantil en el desarrollo de la vida sexual*

— **Sigmund Freud**

*Tres ensayos sobre la teoría sexual,  
Gallimard, París 1987. p.97*

**E**n una semana se dieron los preparativos de la boda por la Prefectura y otro signo apareció cuando la taciturna, que poco hablaba, dijo: —A mí me gustaría casarme por la iglesia. —Más adelante puede ser —dije medio aturdido como si fuera una promesa. Lo sugerí como salida rápida, ignorando que a veces frente a una mujer que confunde capricho con amor jamás se le deben hacer promesas, menos si luego no se cumplen. Y como la señora me ofreció el cuarto más amplio de su vivienda, acepté irme a vivir a ese modesto apartamento. Me costaba creer que la señora ahora fuera la misma con la que hablé estando ella casi al borde del desmayo, a menos que con mi deseo de casarme con su hija a su cuerpo le hubiera ocurrido un milagro y sus males de morir fueran su astucia.

A la Prefectura fuimos con los hermanos y dos testigos donde uno era mi compañero de trabajo. La firma del matrimonio fue rápida y de esa manera entré a esa familia, Me mudé aceptando el ofrecimiento de la que pasó a ser mi suegra. En el nuevo hogar me integré con rutinas donde la conducta de la señora se imponía administrando el dinero que sus hijos le daban los viernes de cobro y de la misma manera yo también cumplía con mi parte. Luego, ella hacía el mercado, cocinaba unas sabrosas sopas de pescado, lo reconozco, y mostraba una inmensa alegría distinta a la que tuvo el día que me ofreció a su hija. Con quienes ahora vivía en mi nueva mudanza los diálogos eran de frases sueltas y entrelazadas con términos comunes, y a quien era mi esposa empecé a comprenderle sus arranques de conducta conflictiva.

En la empresa salieron unos cursos y me inscribí, la única novedad era que salía a trabajar y en la ventana de la vivienda de la vecina, la misma de la advertencia que ignoré, me dirigía miradas similares a las que se le dan a un desahuciado y en ello olvidé la enseñanza del señor Moisés: «Amigo Camilo, decía, fíjese que hasta los pajaritos hacen primero el nido y después la hembra pone sus huevos, nosotros hacemos lo contrario poniendo primero los huevos y después buscamos la casa, por eso vivimos amorochados con nuestros hijos». Y más grave y torpe fue mi decisión, pues la vivienda que ahora habitaba siendo casado era propiedad de mi suegra. Sin muchas dudas venía de repetir el caso de aquel italiano que casado vivía donde su suegra, solo que la violencia familiar no existía de mi parte. Mientras me llegaban esas ideas, admitiría que la razón no estuvo en mi decisión y se instalaba una culpa como si fuera una pena a cumplir.

De las miradas de la aludida vecina estaba harto y un día en que nos cruzamos en las escaleras del bloque

de apartamentos, con cierta risa de consuelo me dijo: — Llegará el momento en que tu suegra te invitará a que la lleves a un lugar donde hay una vieja casa con muchas palomas. Dejándome en esa incertidumbre con esas aves siguió su camino, como si quisiera sembrar sombras en cuanto a los vínculos de una casa vieja con palomas.

Y así ocurrió, cuando un día mi suegra me solicitó que la llevara a un lugar. La llevé a una casa cerca de algo similar a un viejo trapiche, bien enmontado y sí, su techo estaba poblado de palomas caseras, como se denominan. De esa manera confirmé lo dicho por mi vecina y la casa vieja. Llegando mi suegra y saliendo un señor de barba espesa a recibirla, como si la estuviera esperando.

Durante una hora la esperé y al salir estaba toda espelucada dando la imagen de que por lo menos la habían sacudido, casi como hacemos con las alfombras llenas de polvo—: Es mi brujo favorito —dijo— como para que no olvidara cuál era su poder. No hubo dudas de eso cuando admito que venía siendo totalmente diferente a la agonizante que llegó a decirme que sus días estaban contados. Ya en las intimidades de esa casa sabría que la taciturna no cocinaba y prácticamente descubriría a una madre fuera de los síntomas de la muerte anunciada que hacía de todo para mantener a su familia. En cuanto a mí, nos la llevábamos bien y era quien se encargaba de mi comida, muy sabrosa por lo demás.

Era ella quien me atendía dándome unas sopas bien sustanciosas, porque de que las hacía nutritivas, sobre todo una con el pescado armadillo, las hacía y terminada de tomarlas yo dormía un largo sueño. Mi vida era ahora la de un hombre conocedor de que pronto se divorciaría, solo desconocía el tiempo dispuesto para ello. Lo decían los continuos conflictos con mi cónyuge. Mi suegra, re-

conozco, sentía vergüenza de ellos y solo me decía que cuando hubiera niños su hija cambiaría. Lamentablemente para el amor de mi familia, era su esperanza de buena madre la que hablaba.

En mi trabajo estaba siempre a la espera de una llamada de emergencia, como el día cuando a las tres de la mañana uno de los quemadores de un horno eléctrico se detuvo y el riesgo de perder la “colada” implicaba reclamos por negligencia de nuestra parte en no prever esa anomalía. El más dispuesto a ir siempre era yo como también a cualquier curso que saliera. En esa época hacía sobre tiempo programado por la oficina nuestra como precaución de servicio a la “colada”. Ese sobretiempo era una entrada económica apreciada.

No es que crea en brujos y fantasmas, pero nada más casarme los obstáculos en mi trabajo, eficiencia y posibilidad de obtener bonos de trabajo, con sobre tiempo, cambiaron y ya había hecho diligencias para obtener una modesta casa para dejar de vivir con la suegra, con lo cual las deudas me aumentaron.

Lo de la casa fue una recomendación de un amigo que al consultarlo sobre mis conflictos conyugales me contó el suyo identificándolo en el inconveniente acto de vivir con los suegros, y solo viviendo en pareja lejos de ellos, me sugirió, resolvería el problema que tenía en la pareja. Oída esa sugerencia intentaría darle su espacio y logré encontrar una casa que en quince días ocuparía.

Mientras ocurrían otros eventos familiares, la empresa planificó la construcción de dos hornos de capacidad mediana para fundir chatarra y uno de ellos estaba listo para su prueba. Me fijaron el turno nocturno durante un mes con el objetivo de buscar posibles fisuras a

medida en que se probaba su funcionamiento. El proceso consistía en aumentar la temperatura hasta llegar a su límite de dos mil doscientos grados centígrados.

Como se puede deducir de esa situación con esas guardias, mi improvisada “luna de miel” quedó averiada y entre nosotros emergieron otras discusiones donde yo exponía argumentos para arreglarlos y la respuesta de ella era el silencio mirando fijamente la pared. En esos momentos vi puntos oscuros que amenazaban con descontrolarme y para evitarlo me tiraba una almohada en mi cara y dormía como un lirón. Al despertarme, la conducta de ella era como si nada hubiera ocurrido. Empezaba, de esa manera, a saber lo que era un caos real en mi <amor fati>. Caos que yo me había construido.

En cuanto a la emergencia con el horno a prueba, fue construido por una de las tantas contratistas de la empresa, en esa época gloriosa de SIDOR. Por una parte, mi tarea consistía en registrar diferentes medidas de la temperatura externa, luego construir “gradientes de temperatura” de sus paredes y en su interior se iba subiendo el valor térmico hasta alcanzar la máxima temperatura. Por la otra, y era el objetivo general, se debía averiguar si el material isotérmico con el que se construyó su “hogar” no marcaba diferencias significativas en relación con el material exterior. Todo eso suponía que los materiales, en forma de ladrillos, eran de la calidad apropiada y ninguna muestra de humedad debía mostrarse en sus paredes.

Dicho con otras palabras: «No debía haber pérdidas de calor en su funcionamiento que se empezaba con 200 grados Celsius y de haberlas, su manifestación básica era la humedad por transferencia de temperatura respecto al medio ambiente, en algunas de sus paredes».

A contra parte, otros compañeros durante el turno diurno medían la temperatura con un termómetro óptico y hacían su respectivo informe. Vincular ambas pruebas con instrumentos distintos era parte de esa prueba de funcionamiento por cruce de medidas entre los turnos y guardias planificadas. En lo que me correspondió, iba por el día trece y en una de esas noches de guardias observé en mis medidas cierta diferencia significativa en una de sus paredes: Estaba menos caliente que las otras y noté una humedad excesiva. Como correspondía, registré esa anomalía en mi libreta personal, pero en la que dejaba en el departamento solo escribí las cantidades. Vale decir, sin su discurso explicativo, pues mi intuición quiso que lo hiciera de esa manera.

El dato significativo lo reveló la temperatura interior, la cual era de 1300 grados Celsius, por ello no debía existir humedad. Por la mañana y antes de dejar la empresa me dirigí a la oficina de instrumentos para calibrar mis termómetros y con ello asegurar que mis mediciones no eran falsas. Al ingeniero jefe solo le indiqué lo observado y al escucharme solo advirtió: «Perdomo, eso es normal y al llegar a 1500 grados todo se iguala». Dato que anoté en mi informe de ese día, resaltando la palabra “todo”.

Y para asegurarme más o que a lo mejor quien andaba en la duda era yo, también consulté a uno de los maestros de la “colada” quien por su trabajo conocía bien esos hornos. Su respuesta me sorprendió: «Si los materiales internos son de igual calidad, los bloques en su unión son herméticos, no debería haber pérdida significativa de calor», aseguró. Con esa información me fui confiado a dormir para esa otra noche seguir con mi guardia y confirmar su opinión con las próximas medidas.

Dos días después de esas informaciones y casi por azar obtuve más confianza en mis razonamientos. Sucedió que fui por los resultados de mi consulta para la calibración de mis termómetros y se me dijo que “el error”, así se denomina al calibre, era el admitido como “tolerancia” en la medida. Tolerancia, palabra mejor conocida en referencia a valores y conductas humanas, viene del discurso técnico para indicar que es el espacio mínimo donde dos cuerpos con funciones diferentes se mueven.

Una vez supe de eso, me sentí tan emocionado como cuando siendo niño descubría nidos de pájaros. Era mi logro y ese día de mi guardia reinicié con mayor confianza las medidas cada media hora. No obstante, confiando en la sugerencia del técnico de instrumentación las reduje a 25 minutos buscando mediciones mucho más precisas. Al hacer las dos primeras observé en mis cálculos diferencias que no debían estar y colocando un papel absorbente en los lugares de medición observé una humedad significativa. Sin duda que el técnico en colada sabía de hornos y yo lo comprobé en ese momento, en un sector, cuando aumenté la temperatura en el hogar de 1300 a 1500 grados Celsius.

La conclusión técnica era obvia: Esa pared del horno tenía escape de calor distinto a las demás, era constante, llegaba el día 30 de ese mes y decidí entregar mi informe final resaltando una conclusión: «El material interno de la pared trasera del horno arrojó medidas diferenciadas, destacándose en 250 grados Celsius la pérdida de calor por deficiencia isotérmica. La información evidencia, desde el inicio del encendido, que el horno no sirve, debe derrumbarse». Lo subrayé en negro, lo firmé y en un sobre sellado lo consigné en la oficina.

Por acuerdo de contrato, en caso de ese tipo de guardia nocturna, me tocaban dos días de asueto junto a mi respectivo día libre. De esa manera pude descansar tres días y resolver algunos de los tantos conflictos en los que estaba atrapada mi cotidianidad.

El día cuatro llegué a la oficina, como de costumbre saludé a todos pero me sorprendí al ver a mis compañeros en sus miradas de reojo y sospecha insinuando un no sé qué para mí. Miradas que en mi tierna crianza recibí en vísperas de vigilancia y castigo. Sentado con las piernas sobre el escritorio, como era su costumbre, estaba el cubano supervisor, era un consentido del ingeniero jefe. Fue quien confirmó mi sospecha cuando me señaló con su dedo índice y a la vez casi gritando dijo: —¿Cómo te atreves a redactar ese informe final, tú... tas loco?, ven a mi oficina —agregó con cierto disgusto.

Lo seguí, bien extrañado por su actitud, pues era un supervisor que aunque adulante con los jefes era amable, dicharachero y contador de chistes con un doble sentido destacándose la imagen sexual. Aunque al reclamarme a viva voz estando frente a mis compañeros, era otra persona mostrando su poder. —En mis diez años que tengo en esta empresa —aclaró—, aquí nunca supe de un informe recomendando tumbar una construcción nueva y hecha por empresas constructoras de prestigio como la que hizo ese horno, “la Tacagua”.

—Bueno— es lo que durante un mes observé y deduje de mis mediciones —acoté sin seguirle su mal ejemplo de levantar mi voz—, que si usted las revisa en su información preliminar, hubo el momento cuando le advertí al ingeniero jefe —insistí—. Él se quedó, por unos segundos, pensativo y expresó—: Pero tú imaginas ¿cuánto cuesta fabricar ese horno para que digas que hay que de-

rumbarlo? Eso te puede costar el cargo en esta empresa —agregó en forma intimidante—, con lo cual continuaba el discurso de duda en mi informe. —¡No! No lo imagino, y en cuanto al cargo pues tampoco —dije. Y de inmediato ripostó—: Lo que te puedo recomendar es que borres de ese informe tu conclusión que de paso contradice la de tus otros compañeros hecha en turno diurno—. En eso se equivocaba asumiendo que yo era un sumiso, aunque en cuestiones de amor sí lo era, pero profesionalmente no.

Respondí con un no rotundo y le advertí que de hacerlo le reconocería que había estafado la empresa durante el mes de mi guardia. En el trabajo cuidó mi ética profesional —le insistí—, allí están las mediciones y gráficos como prueba de lo que digo, enfatiqué y agregué—: Ese horno es el cadáver de un delito, en el cual mi firma no será cómplice. Sin dar otros argumentos se levantó, me invitó a dejar su oficina diciéndome que mientras no modificara el informe solo fuera a cumplir horario, pues mis guardias se suspendían por el momento. Ante esa condición dejé su oficina pensando en la confianza que los instrumentos de medición me servirían de apoyo ante cualquier intimidación de los jefes, dato que ese isleño ignoraba.

## Capítulo XXXVIII

### *La Demolición*

*Y vino la muerte, aquella muerte lenta, grave y dulce, indolorosa que entró de puntillas y sin ruido, como un ave peregrina, y se la llevó a vuelo lento, en una tarde de otoño...*

— *Unamuno Miguel de  
La tía Tula, 2019. Italia*

**H**asta nueva orden, fui todos los días a la oficina y ocupaba un rincón lejos de donde evitaba hablar de ese tema, Definitivamente que en ese horno pasaba algo que yo ignoraba, pero intuí que ni era nada bueno para mí ni para la empresa. Sumado a ese presagio y terminado mi horario los compañeros me seguían con su mirada de soslayo. Eran miradas de lástima como se mira un perro con sarna. De esa forma expresaban su manoseada palabra de solidaridad laboral gritadas en esas asambleas sindicales que no terminan en nada.

La segunda semana de ese hecho y por medio de la secretaria del jefe, la recuerdo por el sonido de la palabra pronunciando su nombre, casi aborigen: Eucaristi, me citaron a la vicepresidencia de la empresa. Al llegar me recibió un ejecutivo en una amplia sala llena de aire acondicionado, sentado sobre un sillón de cuero oloroso a nuevo y quien luego del saludo solamente soltó la frase acusatoria—: El informe que usted presentó, referido a

un tal horno, no coincide con el de sus compañeros de ese trabajo —dijo— sin agregar otras palabras.

De la misma manera repetí lo dicho al supervisor del departamento: —Bueno —dije—, el informe no es un invento mío, solo representa una conclusión apoyada en mediciones de temperatura y con ella sustento mi opinión de derrumbarlo. No se trata de borrarla como el supervisor pretende imponerme. También por eso —le aclaré—, me negué ante la sugerencia del ingeniero jefe a modificar el informe en esa parte.

Un poco sorprendido vi a ese ejecutivo y quizás debido a la seguridad de mis palabras hablé: —Según le escucho bien —dijo—, ¿Entonces solamente derrumbando el horno pudiéramos probar esa diferencia con su informe? —Pienso que sí —dije— a secas y sin ninguna duda. Él se quedó mirando mi rostro inexpresivo y luego haciendo uso del poder de su cargo agregó: —Autorizaré que derrumben el horno, pero si no existen errores en los materiales, seguramente usted será despedido —sentenció—, colocando en mi camino el cuerpo de una torpeza que mía no era. Y sí, podía estar equivocado cuando escribí lo que escribí, pero mi fuerte confianza estaba en algo no humano como fueron los instrumentos que usé para medir, bien calibrados y respaldados por una constancia de la oficina respectiva, la cual era mi gran secreto pero la sacaría a relucir si las amenazas de borrar la palabra derrumbe continuaban o si me despedían.

Así que el siguiente día de esa citación fui a la oficina a cumplir mi horario, de nuevo sentí las miradas sancionadoras que me seguían, pero ahora mi saludo era respondido con rezongos y nadie me dirigió la palabra. Únicamente habló el jefe para informarme que a eso de las 9 am, en dos días, el horno se derrumbaría y yo debía estar presente, es la exigencia de los jefes —insistió con

cierto placer al mostrar una risa que allí sobraba. Varias personas sabían del caso y no faltaba cierta disposición anímica de algunos esperando mi crucifixión. En ese departamento pude percibir la doble moral de muchos, sus grotescos atributos que solamente eran máscaras oportunas postradas a un poder efímero y lo que provocaba era huir espantado de allí.

Tumbado el horno, se descubriría que no había necesidad de análisis pues los ladrillos del lado de donde yo ubiqué la fuga con mis cálculos tenían la evidencia visible en su color diferente a los demás como cuando las manchas de oxidación por agua muestran un trozo de hierro dejado a la intemperie. Los otros ladrillos eran de un color opaco. La diferencia era la verdad que estaba en mi informe y el poder de los jefes la ignoró por alguna razón solo conocida por ellos.

Allí estaban eso jefes con sus “jala bolas”, incluido el cubano de mi departamento. A mi lado solo estuvo una palabra que me había salvado del despido: Ética profesional, la que mi <amor fati> nunca la mostró ausente con sus dudas razonables. Con ella pude vencer las amenazas de que borrara mis conclusiones e hiciera otro informe o me podían despedir. Nunca dudé, más allá de lo posible, al escribir las conclusiones de un error que para mí representó ciertos intereses ocultos, pues emergía una pregunta clave: ¿Quién ordenó que se colocaran esos ladrillos de la estafa?

Nunca se supo de los responsables del rumor que circulaba en esos casos con la palabra corrupción o que algunas empresas contratistas tenían intereses con los jefes de la empresa, tampoco desconfié de mis compañeros de trabajo, sobre todo cuando al inicio de la dudas de lo que venía escribiendo, el ingeniero jefe construyó su opinión basado en sus diez años de experiencia. No me

invitaron a la vicepresidencia para una disculpa decente. Solamente me llegaba la condena de haber tocado callos con otra palabra: Ostracismo. Y, ni modo, la aceptaba, pero no la asimilaba. Y sí, confieso que en ese instante del derrumbe sentí el inmenso placer de mi vanidad por haber sido bien formado por mis profesores, sobre todo el del derecho del trabajo de apellido Rojas Pérez.

Es decir, que ciertamente era extraña mi opinión técnica en un medio corrompido pero confié en la experiencia y la razón técnica, aunque la mía no tenía esa edad y solo estaba basada en mi honestidad y registros de los “gradientes de temperatura”. Y el otro aspecto que jugó a mi favor fue la precaución de recalibrar los termómetros en la sala de instrumentación, exigiendo su constancia respectiva. Esa, en el fondo, era una manía o maña unida a otra palabra: —Precaución— ante el peligro y siempre siguiendo a mi <amor fati>, con quien a veces tenía peos: “¿Quién me manda a estar viendo la perfección deseada por todas partes?”

Creo conveniente dejar sentado ante el lector que no descarto complicidad en ese hecho por la insistencia en no reconocer mi informe y asomar el chantaje de que lo cambiara. Aparte de eso, nadie se me acercó para reconocermme que en el fondo era mi cariño por la empresa, que a fin de cuentas pagaba mi sueldo. Y a ese horno aprendí a amarlo pues en las noches de medidas, simultáneamente estaban mis carencias de amor en una luna de miel frustrada por mis guardias y, solo él vería mis lágrimas ante la torpeza de no haber sabido decirle no a esa señora de ojos verdes, luego devenida mi suegra. En consecuencia, si sumo los eventos de mis inicios con los tornillos y el desgano de algunos por el trabajo, deduzco que toqué el cuerpo del virus mediante el cual SIDOR estaba sentenciada a morir del mal de la corrupción.

La consecuencia inmediata por mi osadía fue no permitirme trabajos técnicos y los jefes me ubicaron en sitios donde era más lo que miraba hacer a otros como obreros, yo solo llenaba un espacio. El sobretiempo desaparecía también. Pero como la maldad no es absoluta, ahora tenía suficiente tiempo libre y me dediqué a pescar y cazar al terminar mi turno. Conocí a un español que sacaba diamantes de una parte del río Caroní con una máquina centrifugadora, era dueño de un hotel y nos caíamos bien. Nunca le había visto a alguien en un puño de sus manos esas piedras valiosas, eran pequeñas pero llegó a decirme que con ellas varios extranjeros habían resuelto su situación económica. Que simplemente todo pasaba por “mojar la mano” de algún miembro de la Guardia Nacional de Venezuela, esa que en sus mensajes publicitaba: “El honor es nuestra Divisa”.

Las usuales conversaciones con grupos de estudio también desaparecieron como por arte de magia, pues me era difícil volver a confiar en compañeros que ante ese informe se cuadraron con el jefe en forma vergonzante. A los quince días entró a trabajar un técnico nuevo y un ingeniero quienes fueron asignados a las mismas tareas simples que yo ahora tenía, consistentes en revisar cartas gráficas de máquinas con lecturas, ver la chatarra para los hornos y, por supuesto, ir con más frecuencia a la evaluación de “recuperadores” luego que el horno tenía 15 días de apagado.

Con el técnico nuevo trabajaba con más frecuencia porque me lo asignaron. Él dijo haberse graduado de técnico en la ETI de San Cristóbal y por ser andino la relación de trabajo fluía, a veces yendo con él me encontraba con viejos amigos de otros departamentos que eran sindicalistas y militantes de izquierda.

## Capítulo XXXIX

### *El Primogénito*

*No hay nadie menos afortunado que el hombre a quien la adversidad olvida, pues no tiene oportunidad de ponerse a prueba*

— *Séneca, el Estoico*

**E**n cuanto a mi matrimonio y felicidad confieso que no me iba nada bien. Apenas luego de dos meses de casado le solicité el divorcio. A mi suegra eso no le agradó para nada y las cosas se dificultaron bastante porque volvía a su crisis—: Mire, —me dijo—, una vez que mi hija tenga cría lo de ustedes se endereza. A esa señora la animaba el juego de lotería, tanto que cuando ganaba desaparecían sus desmayos y ganas de morir. Apenas había estudiado cuarto grado y leer no era su fuerte, pero su curiosidad y frases incoherentes que hasta las cantaba me agradaban de ella. Era una mujer simple, pero astuta como las zorras de los cuentos de Esopo.

Un día la observé recortando la página del diario El Nacional donde el humorista Pedro León Zapata publicaba “Zapatazos” y pensé que dentro de su locura lo hacía para interpretar la caricatura. Sin embargo, no era como lo imaginé: Ella amontonaba los recortes dentro de una taza de peltre, les prendía fuego y al quedar apagados quitaba las cenizas, volteaba varias veces la taza y

minuciosamente buscaba la figura marcada en el fondo. Lo hacía hasta estar convencida de que la figura ahumada coincidía con alguno de los números del patrón de ese juego de la lotería de animalitos: —3-cochino, 30-alacrán, 15-mono, etc. Cuando acertaba se entusiasmaba mucho y su mal carácter disminuía, con el singular resultado de que la casa volvía a la calma. El punto es que ella administraba el dinero que junto a los dos hijos que trabajaban yo también daba para la comida y curiosamente lo gastaba en esa práctica viciosa.

Con esos signos le comprendí su astucia con la resistencia para aceptar el divorcio. Y en cuanto a sus hijos decía algo de verdad cuando en sus frecuentes desmayos invocaba que no la querían, que mejor era morir. No era tal cosa, sino que solo éramos instrumentos de ella buscando más dinero para la comida y ella desviándolo para el juego.

Con tantos conflictos en el trabajo y en esa experiencia fallida de tener una familia equilibrada abandoné la idea de divorcio y a los meses la taciturna quedaría embarazada para luego traer al mundo mi primer hijo. Me alegré bastante y en algo emparejaría la relación, su nombre seguiría la ruta del santo patrono de los enfermos y desamparados, como el mío: Camilo.

A veces la singularidad era el signo de mi <amor fati> en momentos donde el camino estuvo poblado de serpientes y cual ángel protector me invitaba a la sorpresa, a ver un signo raro en el ambiente e interpretarlo bien. Una mañana de mis guardias salía de revisar los “recuperadores” del horno aún caliente y estaba un grupo de visitantes recibiendo explicaciones de cómo se hacía “la Colada” del acero. Ya estaba dispuesto a quitarme el traje de aluminio y a hidratarme porque venía

de visitar ese infernal monstruo en sus sótanos, cuando una persona de ese grupo se acercó donde yo estaba y me saludó afectuosamente pronunciando mi nombre. Al instante ambos nos reconocimos, él era el profesor de dibujo en la ETI, de apellido Reyes y estaba entre el asombro y la preocupación por el estado de agotamiento que notó al verme.

Brevemente le expliqué que esa tarea era hecha cada quince o veinte días como mantenimiento del horno. Lo observe con ganas de conversar más, pero andaba en grupo conociendo la empresa. Luego nos despedimos y sacó una tarjeta para que lo visitara en el hotel donde estaba alojado por esa semana. Preferible por las tardes me sugirió. Y así quedamos. Eso fue toda una sorpresa para mí, pero en su rostro vi una imagen de conmiseración conmigo como si mi trabajo lo decepcionara.

Dos días después de ese encuentro me preparé para visitar a mi antiguo profesor en la dirección indicada. Llegué al hotel y solicitándolo en la recepción un trabajador me llevó hasta su habitación. Entré, nos saludamos y empezamos un interesante diálogo que él inició para saber qué hacía yo, cómo me iba y qué planes tenía en mi profesión. Le intrigó el estado en que me vio ese día y me preguntó si trabajaba como obrero o si me pagaban bien.

Fueron muchas palabras a la vez y le di un resumen de mis inicios con la anécdota del aviso del periódico estando en Caracas, cómo me evaluaron y que afortunadamente a los seis meses ascendí como ayudante de capacitaciones en mantenimiento mecánico, pero ahora mi trabajo era más de un empleado con instrumentos de medida, pero exigente como ese donde me vio. Con bastante atención me escuchó mientras sorbíamos un exquisito licor.

Del caso del horno no le dije nada, como tampoco de mi deseo de dejar SIDOR para irme a estudiar, pues sabía que era un tema tan delicado como tentáculos tiene un pulpo, donde todo se sabe y a veces no conviene decirlo. De mi intempestivo matrimonio y condición de padre sí le hablé. En cambio él, con gran entusiasmo y frente a la bebida que ambos ingeríamos en ese momento me informó de sus logros, que ya no era docente en la ETI porque como yo debería saber, había sido eliminada y en su remplazo ahora él dirigía un programa en el Ministerio de Educación llamado Ciclo Diversificado y que sustituía los planes de estudio con los que me formé. Me contenta bastante que un egresado nuestro esté bien colocado —dijo—, y si en algún momento te interesa ser docente dentro de ese programa me buscas. Ahora, ando buscando por todo el país técnicos con experiencia y preferible de nuestra antigua ETI. Pues pensamos acondicionar los Liceos para ese nuevo modelo educacional.

Ante ese ofrecimiento le di las gracias y le agradecí: No me va mal en el pago y lo único que no hay en Guayana es una universidad, pues deseo seguir estudiando —le dije con sinceridad. Seguimos conversando y llegado el momento de irme me dijo—: Piénsalo, te dejo esta tarjeta de recomendación y me la entregó con un mensaje en su dorso: «Para uno de mis mejores alumnos».

Así que cuando reviso mis apuntes y recuerdos de mi vida en esa época, buscando comprenderme, nunca dejo a un lado mi <amor fati>. Es una intuición que a veces está en las palabras precaución, decisión o torpeza cuando obedece a mi estructura emocional con la cual nací. Es por ello que entro en dilemas de no hablar o decir algo inconveniente para el momento.

Por ejemplo, ante ese amigo profesor Reyes, no le conté lo del extranjero eliminando la beca que otro jefe había autorizado, no es agradable que en la nación donde nací un extraño afecte mis derechos, porque esa beca me la había ganado con mis méritos. Y de lo ocurrido con mi matrimonio cuando quedé sin palabras ante una señora que con la excusa de morir me dejaba su hija, menos podía comentárselo. Es horrible soltar ante alguien nuestros fracasos.

En muchas de mis acciones salía a relucir, sin poder evitarlo, toda la inyección de la palabra culpa por parte de la señora Rosario para mí y era una ingenuidad que a veces mi <amor fati> le quitaba el seguro de control que le tenía. Evidentemente que ese fue mi principal conflicto existencial en ese 1970 con dos años de trabajo. Había entrado a ese gran proyecto llamado SIDOR, el día 20 de agosto de 1968. Y si algo cargaba era mi sentimiento nacionalista.

Pero sin ninguna duda, es una historia nada imposible de comprender por quienes nacen vulnerables, los que como amigos ya dejaron este mundo y me conocieron o tal vez, quién sabe, algunas personas disidentes por cualquier motivo. De lo que sí estoy seguro es que en esta narración he dejado mi piel y no la escribo por vanidad.

Los días que precedieron a mi matrimonio y nacimiento del niño se dieron junto a conflictos laborales en que se vivía en esa época de Guayana. Todo fue complejo, como si Dios se hubiera alejado de mí tomando sus vacaciones largas. Un relato completo de algunas escenas de estos datos de mi vida son el motivo de mi historia. Pero en esa empresa era un empleado de confianza con contrato firmado y como tal no podía expresar mis pensamientos en las asambleas, menos relatar asuntos de

corruptelas que muchos sabían y callaban por intereses políticos. Y allí estuvo mi dilema: miro para otro lado o le pongo corazón a mis principios. Escogí lo último.

Algunas propuestas distintas al problema salarial quedaban en el olvido, como cuando algún orador indicaba que quizás el problema no era tanto de salarios, sino de una real cooperación con la empresa que permitía llevar alimento a nuestras casas. Esas me agradaban, pero lo que observaba era el “quítate tú, para ponerme yo”. Al percibir eso, me molestaba por no poder influir en los directivos de la empresa y exigir el cumplimiento de normas que varios de sus jefes incumplían.

Sin embargo, asistía a esos eventos de salivar el micrófono sin intervenir y fui conociendo a nuevos dirigentes que hablaban de crear otro tipo de sindicalismo, nombraban a un tal Maneiro, un disidente del PCV. En ese tiempo en Guayana estaba el abogado Germán Lairret, ampliamente conocido en Venezuela como dirigente comunista y llegué a tener amistad con él y hubo casos en que me asesoraba. Cuando se dividió el PCV para dar nacimiento a un grupo político que terminaría siendo el MAS, me sumé a su posición política junto a otros que buscaban un socialismo democrático. De alguna manera me contagié ese ambiente y lo supe porque me daba ánimo para seguir formándome pensando en una Venezuela distinta y enemiga de la corrupción. Era mi nuevo ensueño que no se alejaba de lo utópico.

Y empecé a reflexionar con documentos en mano apenas empecé a cultivar esos contactos y fue cuando me dispuse a buscar a un grupo de trabajadores de mi entorno para parir ideas y plasmarlas en los periódicos de grupos que en forma de una hoja doblada circulaban. Tal como lo hacía en Trujillo instruido por mi amigo “Larita”.

En ese sentido fue casi automático que invitara con ese propósito al técnico venido del Táchira y al ingeniero, esto debido a la cercanía que tenía con ellos. Además, era para mejorar las condiciones de trabajo, de las cuales sabíamos más que los locutores de esas asambleas sindicales porque estábamos allí, en el sitio de trabajo. Ante mi idea, el ingeniero se comprometió, no así el tachirense, Albarracín, era su apellido: Lo mío es trabajar, no soy político ni amigo de asambleas —dijo— y no vi nada extraordinario en su opinión y ambos se la respetamos, como debe de ser.

Que el mundo es una vaina rara que los humanos hacemos horrible, es una certeza sin demostración. Lo digo porque un mes después de ese diálogo para contribuir con las mejoras de la empresa a partir de nuestras ideas, el ingeniero se fue de vacaciones y en la oficina recibí una comunicación para reunirme con el ingeniero jefe: «Para tratar asuntos relacionados con su trabajo», informaba el escrito. A las 4 pm, cuando me tocaba fin de mi turno, llegué a la oficina. En ella estaban el ingeniero jefe, un supervisor y la secretaria, lo que no era frecuente salvo con noticias trascendentes a registrar en actas. Por ese escenario sospeché que me tenían una sorpresa. El saludo del ingeniero fue cordial: —Siéntese, señor Perdomo —dijo— con un evidente cambio en su voz delatando su hipocresía. —¿Usted tiene trabajando aquí cuántos meses? —preguntó— como si fuera un jefe recién llegado. —¿En la empresa o en el departamento? —le aclaré—. Bueno —dijo—, al punto: —¿Usted tiene un contrato de trabajo donde se dice que es de confianza? —repreguntó—. Sin saber a dónde él quería llegar, le respondí con un sí—. Tengo la información de que usted hace reuniones políticas con trabajadores dentro de la empresa, con ellas viola su contrato. —y ahora sí preci-

saba. —Debido a eso, debe pasar por la Oficina de Recursos Humanos. Tal aclaratoria auguraba un camino poblado de serpientes, pues esa oficina nunca convocaba para mejorar nuestras condiciones de trabajo. Y, simultáneamente terminó esa intempestiva reunión.

## Capítulo XL

### *Despedido*

*La verdadera felicidad consiste en hacer el bien*

— *Aristóteles*

**D**e nuevo mi corta experiencia laboral me volvía a mostrar que la claridad de mis intenciones no significaba lo mismo para otras personas, pues yo no andaba destruyendo la empresa, sino todo lo contrario: Mejorarla, con mi ejemplo de entrega y responsabilidad donde con el caso de corrupción, del evento del horno, lo había demostrado.

A eso de las 9 de la mañana llegué a la nombrada oficina donde siempre convocaban al trabajador para malas noticias. Fui atendido por una dama que aunque con otro look era la misma de cuando me iniciaba en la empresa y promocionó a SIDOR como el futuro de Venezuela para “los venezolanos”. —Puede sentarse —dijo a viva voz— y agregó: —¿Es usted el señor Perdomo? —Sí —le respondí—. Revisó unos papeles y agregó: —Bien—, sin muchos rodeos. —Tengo aquí una denuncia contra usted que lo señala de incumplir su contrato de trabajo como “empleado de confianza” —afirmó. Cuando le escuché lo leído quedé como cualquier estatua de los Próceres venezolanos en las plazas públicas venezolanas: No solo inmóvil, sino cagada de palomas y zamuros. Ante mi si-

lencio, agregó con cierto placer de quien tiene la verdad en sus manos: —Léala con sus propios ojos, y me entregó el escrito.

Empecé la lectura con la calma de quien debe controlar sus emociones, como era mi costumbre. Sí, lo que sospeché desde el principio y no le di importancia, estaba allí el nombre del informante. Aunque era raro, pues pensaba que en casos de delación el nombre no lo mostraban, a menos que fuese un seudónimo policial. Pero Albarracín, el delator, venido de la tierra del analfabeto Gómez, dictador que gobernó a Venezuela por veintiocho años, fue presentado en mi departamento como técnico mecánico. Terminé la lectura, me quedé en silencio sin agregar nada siguiendo mis enseñanzas cuando estaba frente a la policía, y la escena con esa funcionaria lo era.

—Y ella agregaba más: —Aunque no me corresponde saber si eso es o no cierto, debo remitirlo ante nuestro consultor jurídico: —el Doctor Mendoza, así le dicen en Venezuela a los abogados y médicos.—¿Es esto un despido indirecto?, —le demandé, y ella, de nuevo se contradecía, pues reconociendo que no había ninguna verdad me sentenciaba: —Así mismo es, y definitivo—, con el agravante de que como usted debe de saber, para casos como el suyo, en las empresas de Guayana se le cierran las puertas —sentenció con una mirada fría en sus ojos, con cierto placer de cualquier torturador. Terminada su opinión, imaginé que la Inquisición española estaba viva dentro de un departamento creado para ese tipo de funcionaria.

De ese siniestro lugar, que mal llevaba el predicado de humano, salí bastante preocupado. Expresamente fue un asunto violatorio de mis derechos al ser acusado sin pruebas. Intenté zafarme de ese despido y recurrí al

Colegio de Peritos y Técnicos, a los fines de obtener su ayuda y amparo. Lo hice como algo expedito. Pues su directiva funcionaba por mis cotizaciones y la de otros como yo, algo demostrable por la nómina de la empresa donde descontaban el pago de eso.

Como era de esperarse, su respuesta fue simple y desganada: «En la consulta que hicimos sobre tu caso, a los directivos de la empresa, no podemos hacer nada porque tú eres un “empleado de confianza”».

En rigor, no supe qué responder y me fui de ese lugar. Por donde iba me vino el recuerdo de un chiste, de tantos que me divertían para casos absurdos: «Se cuenta que una vez llegó a un bar de pueblo un hombre con fama de “hijo de puta” y pidió una cerveza. Cerca de donde estaba había un grupo de cuatro sujetos jugando a las cartas y uno de ellos dijo, para ser escuchado, lo siguiente: —Aquí, no le servimos licor a “hijos de puta” y, no son bienvenidos. De inmediato el visitante se levantó de donde estaba y expresó: —¡Ah!, entonces si están completos me voy».

Así me ahorré neuronas para calificar a quienes eran como “chulos” viviendo de mis cotizaciones que aportaba con mi trabajo al pensar que al necesitarlos darían la pelea por mí. La etapa siguiente vino cuando me dijeron que pasara por “caja” para lo de las prestaciones y cuando me informaron el monto quedé asombrado: «Apenas me daban una cuarta parte de lo que debía tocarme». Por supuesto, no la acepté. En ese instante sentí que mi vida se transformaba en un crucigrama donde la solidaridad no estaba a la vuelta de la esquina, como siempre pensaba desde mis lecturas.

En un principio hice caso omiso a la consigna de “Puertas cerradas en otras empresas” que en esa oficina de recursos humanos me dijeron. Y esa misma semana, sin haber aceptado las prestaciones que me ofrecieron busqué trabajo en las empresas de la zona de Guayana. Cruda y cruel verdad, pues era cierta esa consigna fascista: «Las puertas sí estaban cerradas ante mi despido de SIDOR». Toda una violación a un derecho bien humano, el del trabajo. De vivir el profesor Rojas, cuando cada semana nos lo repetía, moriría de nuevo pero de desengaño por lo que él nos enseñaba. Fue un contexto social y económico donde con ese derecho los empresarios se limpiaban su trasero y la dirigencia sindical les toleraba ese delito con su silencio.

Desde ese caso de exclusión sería el primero de tantas listas donde estuve en una Venezuela promovida por el mundo como un Estado democrático y libre. Supe tempranamente que solo con el voto no se garantiza la democracia, es necesario formar al ciudadano.

De las respuestas recibidas en las empresas donde fui me quedaba perplejo, no tanto porque dudara de la consigna excluyente, sino porque siendo yo lector de todo lo que caía en mis manos, nunca leí alguna crítica de intelectuales de izquierda, de sindicatos o políticos sobre esa “maldita lista negra” que a los extranjeros no los tocaba, ni le averiguaban sus antecedentes. De esa Venezuela ya me avergonzaba.

Era como si la CVG, dirigida con Figarella, fuese un Estado totalitario como lo hecho por los nazis contra los trabajadores Judíos. Sumado a ese ambiente, en la casa donde vivía, mi despido tuvo consecuencias directas y nada agradables, pues las escenas de culpa no faltaban como reproche. Era la imagen de la señora Rosario que

regresaba a mi entorno como un fantasma animando la crisis en mi matrimonio: «Ha sido tu culpa, repetía la taciturna, porque en cuanto peo hay tú te metes en él». Y era cierto, solo que ella no se embarraba en mis luchas, era más terrible porque era neutra y no solidaria.

Conversar, dentro de ese clima, solo me provocaba algo nombrado con una palabra médica que le ignoraba su contenido: Estrés. Para combatirlo salía a trotar y llegaba cansado con ganas de tener un largo sueño que lograba sin mucha dificultad, pero antes de quedarme dormido repetía varias veces lo siguiente: « Jamás una mano mía golpeará a la taciturna, por mucho que me provoque con su conducta». Lo asumí ante tanta falta de solidaridad de ella en ese caso y que a todos nos afectaba.

Sin muchas alternativas, al despertarme lo primero que hacía era repensar mi ruta existencial ante la ausencia de trabajo y me llegaba la angustia, el desespero. Un no saber dónde ir. En ese estado, todo en mí devino intuitivo. Dominaba mi cerebro una imagen como cuando entramos a un camino poblado de trazas e ignoramos cuál es la apropiada para nuestra seguridad.

Fue un amigo médico quien me nombró esa palabra, pero solo hizo eso y me recetó un jarabe antihistamínico que me aumentó las horas de sueño. Fue peor, pues yo falta de sueño no tenía y con ese remedio mi cuerpo se sentía como un perro molido a palos.

Tanto repetía esa palabra estrés en mis pensamientos que me tomé la molestia de buscar su significado en el Larousse: «Un sentimiento irrazonable, no verificable de un evento que va a producirse». En ese diccionario también estaba una palabra que me asustó por su significado: «Abúlico, falta de energía, perezoso, incapaz de

tomar decisiones». En efecto, eso era lo que ocurría con la palabra intuición y venía preocupándome mucho, pues mi <amor fati> estaba silencioso, confundido. Entonces comprendí que mi problema físico no era falta de sueño, sino todo lo contrario: «Despertar, responder, buscar el alimento para mí y mi familia como supe que lo hacen las aves y otros animales».

Durante el primer mes de mi despido visitaba amigos y al relatarles el caso daban un consejo inconveniente a todas luces: «Busca a ese Albarracín y le das unos coñazos por sapo». Ganas no me faltaron, pero era como si la tierra se lo hubiera tragado y por ninguna parte aparecía.

La vida que ahora tenía era similar a una larga pesadilla, con el agravante de que por tener familia era más compleja y debía ser responsable, palabra que viene del latín *respondere*. Indudablemente que mi despido me enseñaba cuál era el sentir de “un sin trabajo” evitando que la angustia y la frustración lo convoquen para buscar la muerte.

Con la idea de desalojar de mi cerebro cualquier conducta derrotista, decidí ir donde el amigo Germán Lairet, por suerte lo encontré esa tarde como a las tres en su bufete. Nos saludamos, de inmediato le expliqué lo ocurrido y resalté lo de mis prestaciones. Sin ninguna objeción me escuchó y tomó mi caso. —No te preocupes —dijo de entrada—, llamaré al abogado y colega Parisca Mendoza y mañana pasas por aquí, seguro te tengo respuesta. Brevemente seguimos la conversa y luego dejé su oficina.

Al siguiente día él cumpliría: —Pasa por tus prestaciones —dijo—, y agregaba: —No vuelvas a ser inge-

nuo, en todas partes hay sapos y traiciones. Al escucharlo reconocí mi error y más cuando me invitó a no olvidar: —Recuerda —insistió— que yo fui víctima de eso, encarcelado por la dictadura y en el gobierno adeco. En ambos casos milité en el partido comunista.

Pasado cierto tiempo y sabiendo que él era uno de los fundadores del MAS, lo visité en Caracas y reiniciamos nuestra amistad. Por una u otra razón ese querido amigo se hizo adeco, sería embajador en el Uruguay y nuestros caminos tomaron otra dirección.

# Capítulo XLI

## *Nuevos Rumbos*

*En efecto, ser una persona es  
ser una fuente autónoma de acción*

— *Durkheim E*

*De la división del trabajo. PUF, París, 1986.*

**L**as escenas de discusiones absurdas con mi esposa tenían un patrón de conducta: «Se repetían a medida que el dinero de mis prestaciones escaseaba». De una calma transitoria se pasaba a viejas facturas del pasado que me golpeaban el alma y yo recordaba la manera, casi idiota, como admití la supuesta muerte de quien sería mi suegra y su disposición a entregarme su hija.

Lo curioso es que en esta nueva crisis sí hablaba la taciturna: —Yo no quería casarme —repetía ella—, fue usted quien le hizo caso a mi mamá. Ella es muy manipuladora. Mírela, allí está, no se murió como le dijo que iba a ocurrir —aclaraba.

Lo decía frente a esa señora sin ningún reparo, sin importarle su salud y quien casi como animal amaestrado, al escuchar eso de su hija, se tiraba al suelo, temblaba y perdía el habla. Sin duda que era su manera de defenderse. Todo un ambiente desagradable para mí que con todo lo soportado en mi infancia, de eso nunca vi en

las casas donde estuve. Era ese el mejor escenario de un teatro de manipulación, pues en los hogares donde anduve solo había conflictos más suaves y en algunos ni siquiera hubo malas palabras o se utilizaba la violencia.

De los hijos de la suegra conocí a unos muy nobles: Uno que trabajaba como chofer de buses de turismo, una hija, madre soltera, casada con un guardia nacional jubilado, bien educado, respetuoso y solidario. Había venido de la población de Jajó, en Trujillo. Vivían ambos en Lomas de Urdaneta, una urbanización joven de esa Caracas. Ellos, una vez que supieron de lo ocurrido con mi trabajo y mis conflictos de pareja se ofrecieron para que me fuera a vivir con ellos. Su apartamento era bien amplio y el gesto fue espontáneo en su ayuda. Una nueva mudanza me retornaba a Caracas donde buscaría un trabajo.

De nuevo mi <amor fati> me situaba en la ruta de otro forzado viaje. De abandonar otro nido como hacen las golondrinas al llegar el invierno. En ese tiempo retomé lo de las notas en mi diario y escribí: «He nacido para viajar, esa es la vida con sus cartas que me tocaba». Eran tantas las veces que eso me ocurría y ahora volvía a mi sendero buscando mi destino. Trazas claras no tenía, solamente señales de urgencia y una dura voluntad para ser optimista.

Preparé el Volkswagen para ese viaje dejando la Guayana de mi primer trabajo remunerado. En su sentido real, mi profesión de técnico mecánico entraba en una lenta agonía y muchos sueños cayeron en esa tierra guayanesa. ¿Quién sabe cuándo regresaré a este lugar?, me dije sin abrir mi boca. No me entró ninguna tristeza aunque Caracas no me atraía mucho, pues siempre la percibí misteriosa e insegura, aparte de ser una ciu-

dad cara: —A lo mejor Jorge logra tocar conmigo unas puertas o Cipriano conoce al profesor Reyes, el de la tarjeta —eran murmuraciones frecuentes en mi cabeza en el momento en que introduje las maletas en esa parte delantera de ese auto. Ciertamente, eran los recursos de mi esperanza.

De Guayana salimos para Caracas una tarde antes de las 7 de la noche, con una vista buena y juventud me agradaba viajar a esa hora, dejaba allí una casa que recién adquirí, me costó barata la cuota inicial y quedaron pendientes los pagos mensuales. Quedaba equipada en lo indispensable y uno de sus hermanos se comprometió a cuidarla para lo cual le dejé la llave. Aspiraba llegar a Caracas de madrugada, las carreteras eran excelentes y no se conocían, salvo en las alcabalas de control militar, los llamados “policías acostados”. De tal manera que se rodaba en función de unas nueve horas y se tomaban descansos en la vía.

En el auto yo manejaba mientras madre e hijo dormían, pero como le escuché decir al señor Moisés un día: —Cuando el Demonio se deja entrar en la casa, por cualquier motivo vienen las desgracias juntas—. Y así ocurrió cuando estando yo cansado y con mis ojos fatigados decidí detenerme en la vía, hacía un calor terrible y el aire estaba húmedo. Me orillé en la carretera para descansar, íbamos por la zona boscosa de Barlovento y sabía que pronto pasaría por una parte de varias curvas peligrosas, bien señaladas en la vía.

Nada más me estacioné, los tres sentimos la invasión de zancudos con la inmediata respuesta del niño llorando sin que nada lo calmara y, de su madre, el respectivo insulto de culpable por haberme detenido en ese lugar. Evitando conflictos y escenas que frecuentemente

ella provocaba, arranqué de nuevo y tanto el niño como su madre regresaron tranquilamente a su sueño.

Más adelante y no ya en una curva, sino en una recta, me salí de la carretera porque las luces de otro vehículo me encandilaron. El auto fue a dar a un extenso terreno sembrado con cambures, lleno de barro porque seguramente había llovido y algo frecuente en ese lugar poblado de árboles.

Estaba oscuro, pero afortunadamente alguien divisó el accidente y vino en nuestra ayuda. No estábamos heridos, aunque sí mallugados. Logramos salir y en una hora llegó la guardia nacional para saber de lo ocurrido y levantó su informe. Ante la pregunta de lo ocurrido, ella se dedicó a culparme: «Este se quedó dormido, pudimos morir». Con esa misma guardia se fue hasta Caracas llevando a mi hijo, mientras yo esperarí la grúa en ese sitio para sacar el auto. Lo que se dio a las 9 de la mañana.

El auto en su frente quedó bien averiado e indudablemente iría a reparación. Menos mal que aún contaba con el dinero de las prestaciones para repararlo. Fue una época donde la mujer no tenía aspiraciones de trabajo, pues el lema era: «Mi esposo tiene que mantenerme». Eran tres bocas junto a la mía que rasguñaban fuerte lo que con sacrificio y humillaciones me había ganado en SIDOR.

Sin duda, en ese tiempo una suerte de demonio o duende rondaba mi existencia, pues tapaba un agujero y salían cuatro, como los conejos silvestres protegiendo su vida. Demonio que a veces llegaba con lluvia y otras veces con neblina. No obstante, estaba allí y al asecho de los errores que con frecuencia yo cometía.

Hacia las diez de la mañana llegué a Caracas dentro de ese cuadro crítico, aunque advertí el cielo más claro que le había visto a esa ciudad donde todo es posible. Por ello me daba ánimo y así resistía ayudado por mi espíritu de lucha: De una parte, había un desafío que yo siempre enfrentaba con la palabra coraje. De la otra, tenía una tarjeta de presentación del profesor Reyes, estaban Cipriano y Jorge. De tal manera que el desamparo no me arropaba, pues con alguno de ellos contaba porque sabía de su solidaridad.

Además, la dificultad mayor y que nunca se puede pagar era la generosidad de la hermana de mi esposa, Ada, al ofrecernos techo, y cuyo nombre era otro signo de fantasía: «Las Adas traen buenas noticias». Era una mujer educada, como su esposo, a quien todos le decían Dávila. Después de instalarme en casa de ellos y narrar lo ocurrido en mi viaje, salí a buscar a Jorge pero estaba trabajando y Josefa, su esposa, me dijo que llegaba tarde y al día siguiente salía muy temprano, antes de las 8 am.

Estuve un rato hablando con ella y conocí a Jorgito, así le decían al niño de ellos, ya con unos 6 años de edad. Serían las 11 de la mañana en que busqué a Cipriano y a él sí lo encontré en su lugar de trabajo, como antes dije, trabajaba como portero en esa dependencia del gobierno. Quedamos en vernos a la hora del almuerzo y mientras llegaba esa hora di unas vueltas por los alrededores buscando hablarle a mi corazón, como lo hacía Zaratustra en los instantes de su reflexión existencial. Lo hice colocando mi mano derecha del lado de mi corazón invocando tranquilidad y tolerancia ante tanta tentación que amenazaba con transformar mi espíritu en un salvaje sin destino definido. También le pedí a Dios dentro de la

confianza que hasta ahora no le había retirado, muy a pesar de las pruebas a las que me sometía.

Con Cipriano almorcé en un modesto restaurante cerca de su trabajo, la conversación giró sobre la familia, nuestra madre y hermanos. Era un hombre extremadamente precavido y cuando me hablaba se me acercaba bastante pensando que lo que me decía podía ser escuchado: —Aquí en Caracas la cosa está fea —iba diciendo—. Hay ambiente de un golpe militar andando, en el barrio gobiernan los “malandros” y la droga con el licor hacen todo inseguro y malo. Incluso que usted vaya por esos lados no se lo recomiendo pues sumado a lo anterior está la policía Metropolitana, bien represiva, y a todo el mundo lo atropella con su “chapa” —insistió en ese momento.

Con atención lo escuchaba, aparte de que le conocía sus hábitos de prevención, incluso más que yo. —¿Cómo va la vida de mis otros hermanos? —dije—, esto con la intención de saber del clima familiar con mi madre. —Rita al que mucho cela es a mí —me dijo riéndose, y a quien le hace sus reclamos. Los hermanos que tú conoces no abandonan la bebida y Juan, también le entra a los escándalos cuando bebe. Las hembras creciendo y estudiando. Andamos bien y hambre no pasamos —aclaró.

Aprovechando ese ambiente y casi terminando nuestro almuerzo le pregunté: —¿Conoces al profesor Reyes, tengo una tarjeta de él y necesito visitarlo? Todo esto, sin nombrarle lo que me ocurrió en la empresa ni que yo estaba sin trabajo. —Sé quién es —dijo enseguida—, trabaja dos pisos antes de donde está el despacho del ministro de Educación, que es en el séptimo. Es un hombre serio y amable —dijo—. En unos instantes, lue-

go que cancelé los almuerzos, Cipriano se fue a su trabajo y yo a visitar al aludido profesor.

Llegas en el momento oportuno —expresó jubiloso el aludido Reyes—. Fue su saludo al yo entrar luego que su portero me solicitó mi identidad y junto con mi cédula le entregué la tarjeta que su jefe me dio en Guayana. —Pasa y siéntate, estás en tu casa, luego confirmó: —En tres días se hará la selección para escoger a los “Profesores de Ambiente Profesional” que impartirán enseñanza en el proyecto “Ciclo Diversificado” que sustituyó las Escuelas Técnicas. Recuerda que te lo adelanté en mi visita a SIDOR.

Pocos minutos habían transcurrido en esa oficina y quedé sorprendido con la información, no dije nada y solo mostré una leve risa que a Reyes lo intrigó. —¿Qué te ocurre? —dijo repentinamente—. Nada grave —respondí—. Es que no esperaba esa información que usted me da y me sorprende, sobre todo que si voy a esa selección de personal tengo corto mi tiempo, pues no he vuelto a revisar los textos técnicos, y honestamente se lo confieso, no estoy preparado para enseñar —le aclaré— con el debido respeto por quien fue mi profesor.

Te estás espantando muy pronto —dijo—, las pruebas diseñadas es por perfiles técnicos y desde que te vi trabajando como mecánico y soldador, y en esas condiciones difíciles, supe que cumples el perfil requerido para enseñar contenidos en el área del nuevo bachiller, mención mecánica que queremos construir. Hay en otras áreas del conocimiento, pero no entran en tu formación. Ciertamente que el sueldo no es ni la mitad de lo que tú ganas en Guayana —acotó—, pero con nosotros tendrás a finales de cada julio y hasta septiembre tus vacaciones pagas junto a un bono de “receso docente”.

Tampoco él sabía que estaba despedido de SIDOR —me dije sin abrir la boca—. Luego agregó: —Si te decides en participar, en este mismo sitio debes estar a las ocho de la mañana dentro de cuatro días. Serán unas pruebas junto a todos los que ya saben de esta convocatoria, recuerda que en la ETI te formamos para competir, —concluyó.

Estuve allí otros cinco minutos con referencias banales entre ambos y dejé su oficina con el respectivo agradecimiento y le expresé que me gustaba el reto y su oferta. Lo hice con afecto y cortesía, pues si algo necesitaba en ese momento era trabajo para ganarme el sustento para tres y ayudar a quienes me ayudaban.

Al dejar esa oficina me fui cavilando y me veía parado al lado de una pizarra con tiza y borrador recordando las veces de mis amaneceres estudiando en una plaza o cuando ayudé a unos muchachos en su reparación de matemáticas. Era la intuición del instante que mi <amor fati> venía de mostrarme con esa información, por ello me dije: —¿Miedo a qué?—, estaba desempleado y mi rutina venía siendo similar a una perra cargada de flacos cachorros saliendo temprano de su cueva para encontrar alimento. Si las perras piensan para eso lo ignoro, pero de que usan la astucia, prudencia, camuflaje y tragar entero o si había que mostrar los dientes, pues simplemente los mostraban. En eso fueron mis profesoras de sobrevivencia básica.

Y de la misma forma en que se cerraron las puertas en la empresa que dejé, ahora se abrían otras, tal como es la dialéctica de la vida y sus contextos. Antes de dejar el edificio donde sin duda percibí una buena noticia pasé por donde Cipriano, le hablé de lo conversado y ambos cruzamos nuestros dedos deseando que en esa prueba

me fuera bien. Al día siguiente, y sin decir nada de esa noticia en casa de Ada y sobre todo evitando que la mala energía de mi esposa afectara mi nuevo sueño, fui de visita donde mi madre.

Era lo que hacía ahora con bastante edad de mi infancia cuando intenté estar con ella. Allí estaba, arrinconada escuchando radio y esperando que transmitieran sus novelas favoritas, y con la costumbre que ya le conocía: Andaba risueña y masticando su vicio favorito del chimó.

En el fondo mostraba signos de ser una mujer que había aprendido a simplificar su vida dentro de su analfabetismo, mientras que yo con mis múltiples lecturas la complicaba en cada momento. Aunque ante eso recurría a frases recortadas de Marco Aurelio: «Al levantarme pienso en el privilegio de estar vivo, pensar y disfrutar». Y eso intentaba hacer con mi vida dentro de una crisis de largo aliento, como las carreras del maratón que practicaba.

Luego de una siesta y después de haber comido con ella y los que estaban en ese momento en el rancho, decidí partir. Ignoraba cuándo volvería a verla. Ella, al darme su bendición, me dijo que evitara ir muy seguido por esos lados porque todo estaba muy inseguro. Ya eran dos de mis seres queridos que me lo advertían como una muestra de protección y amor.

Evidentemente que las expresiones de amor no tienen una única manera de expresarse, y el de ella para conmigo era simple y generoso. Salí de allí, puse mi mano derecha en el lado de mi corazón y le dije a ese noble órgano de mi cuerpo algo que me salió del alma junto a ciertas lágrimas: «Dónde quiera que estés, Dios de mi

madre, necesito de tu ayuda para sortear ese examen donde pondré todo mi <amor fati>, ayúdame a reconstruir la ruta de mis nuevos sueños».

No me fui a las Lomas, donde estaba alojado, sino a la “Biblioteca Nacional” y pasé a revisar algunos libros técnicos y de planificación por objetivos que había leído en mis cursos de la empresa. Tomé algunas notas en las dos horas que estuve y luego sí fui a la nueva vivienda de mi nueva mudanza.

La mañana del día de la prueba mostraba a Caracas con una lluvia leve, algo que siempre me alegraba porque como me enseñó el señor Moisés: «Con el agua la vida fluye, se lava lo que tiene que lavarse y eso es bueno». Al edificio donde tendría el examen llegué a las ocho en punto, tomé el ascensor y me dispuse a no hablar con nadie desconocido. Muchos entraban y le decían al ascensorista: —Al quinto, por favor—. El salón estaba abierto y un portero nos invitaba a entrar, ambiente que en minutos tendría como ciento veinte personas. Muchos se conocían y por sus acentos supe que eran de Oriente, Zulia, Lara, Valencia, Caracas y otros lugares de Venezuela. Yo, a nadie conocía.

Siendo las ocho y treinta, una joven bien presentada y atenta, quien debía ser la secretaria, entregó los materiales teóricos y por la tarde —aclaró—, serían las pruebas prácticas en los talleres de lo que aún es la Escuela Técnica de “Campo Rico”.

A eso de las once y cuarenta y cinco minutos, los funcionarios allí presentes solicitaron finalizar ese examen. Salimos, y me dirigí al lugar donde siempre estaba mi amigo de la venta de muñecas, pues no había visto a

Cipriano porque andaba en asuntos de trabajo entregando una correspondencia.

El lugar era otro y en su lugar había una improvisada línea de taxis, me atreví a preguntar sobre ese buhnero y la respuesta me dolió: —Al que vendía muñecas le dieron los policías una paliza porque no les quiso pagar “vacuna”, era el nombre de la extorsión que ellos aplicaban, y una madrugada su negocio apareció incendiado. Del destino de ese pobre hombre nadie supo más nada, y yo apenas me enteré ese día.

Por la tarde, a eso de las dos, ya estábamos en “Campo Rico” para la prueba práctica. En el ambiente escuchaba comentarios del examen de la mañana: —Yo hice eso, pero lo otro no —decían—. En mi caso y sin emitir voz alguna solo tuve la dificultad de no saber cómo hace una caja automática, en un automóvil, para el cambio de sus velocidades. La prueba práctica duraría un máximo de cuatro horas en áreas de mecánica, soldadura, electricidad, lectura de planos de construcción civil, etc.

Llegado mi turno entré y en el centro del salón estaba una larga mesa metálica y sobre ella, en forma desordenada había distintas herramientas: — llaves de medida inglesa y métrica decimal, voltímetros, vernier, tornillos micrométricos, termómetros para altas temperaturas, multímetro para medir voltaje, amperaje y resistencia eléctrica en ohmios.

En fin, una escena que me sabía de memoria y recordé al profesor Reyes: «Es un examen por evaluación del perfil profesional», cuando el funcionario evaluador formuló su primera pregunta: —¿Esta llave sirve para qué tipo de tuerca y cuál es su medida? Escucharlo le imprimió a mi actitud una fuerte confianza, pues era el

medio donde trabajé y solamente con mirar la llave, sabía para qué servía y qué tipo de medición permitía: si en pulgadas o milímetros. Mirarla y decir la medida que ese instrumento tenía grabado en su cuerpo demostraba la experticia respectiva ante ese evaluador.

Pasó lo mismo con el tornillo micrométrico y la pregunta fue: —¿Cuál es la diferencia entre medir un cuerpo con un vernier o con un tornillo micrométrico? Y hubo una pregunta que a muchos los confundió, pero no a mí: —¿Cuál es la importancia de tener siempre limpio y ordenado el sitio de trabajo? Y de allí que recordaría el curso de seguridad industrial en SIDOR, pues allí estaba la respuesta. —Por seguridad del operario y otras personas, era como el médico que ante una cirugía muestra, al salir del quirófano, la apariencia de un carnicero rodeado de sangre por todo su cuerpo. También contaba la estética en el trabajo.

Y como en el examen pedían justificar la respuesta, yo me extendí: —Grasa en el piso permite resbalarse, agua en el piso y un cable roto crea un corto circuito, un tubo de agua goteando mantiene humedad que genera hongos —aclaré.

A las seis y treinta de esa tarde que no dejó de llover imprimiéndole a mi <amor fati> el signo de que con la lluvia viene lo bueno, todos dejamos el lugar y mi espíritu estaba bien alegre. En tres días, dijeron los funcionarios, en el quinto piso de la prueba teórica se publicarán los resultados y otras instrucciones.

Así concluyó una serie de pruebas que yo deseaba haber sorteado bien y que de ellas se abrieran nuevas ventanas que dejaran entrar el aire que debía alimentar mi existencia a los fines de reconstruir mis sueños de

seguir estudiando. Pero era evidente, en mi caso, que mi vida había tomado otro signo y ruta donde a lo mejor, pensé en ese momento, se cumplirá algún día mi sueño de ser un egresado universitario.

## Capítulo XLII

### *Próximo destino*

*“Hasta que Dios se apiadó de mí y me indicó el camino de la vocación”, concluyó.  
“Así que lo esencial no es que tú no creas, sino que Dios siga creyendo en ti*

— *Gabriel García Márquez*  
*Del amor y otros demonios, p. 67.*  
*Penguin Random House, Barcelona, 1998.*

**A**l siguiente día me levanté temprano para tratar de verme con Jorge, no lo encontré porque tenía un caso jurídico por Monagas. Estuve un rato conversando con su esposa quien también debía irse a trabajar su odontología. De allí fui a buscar a Cipriano a eso de las once de la mañana para invitarlo a almorzar y felizmente lo encontré. Salimos, hablamos y le comenté que pensaba haber salido bien. A eso de la una me fui al “Nuevo Circo” para conversar con Manuel, el cuñado, con quien establecería una bonita amistad. Hombre sencillo, hijo de un padre distinto al de mi esposa, la taciturna, que de ese adjetivo no tenía nada.

Como los resultados se publicarían el lunes próximo de ese fin de semana, Manuel me invitó para la playa, en “la Guaira” a donde hacía tiempo yo no iba. La pasamos

bien comiendo pescado frito acompañado de unas cervezas. Por la noche llegamos a la vivienda.

En la mañana de ese lunes, como muchos participantes, estuve en la oficina donde darían los resultados de las pruebas, llegué muy temprano para intentar ver a mi inolvidable hermano Cipriano y esperando que abrieran. Mientras eso se daba, tenía mi cabeza como un rompecabezas. Lo admito, estaba inseguro en cuanto a trabajar de profesor y, a la vez, en cierta forma abandonaba mi profesión de técnico mecánico, pero sobre todo, de mi buen sueldo en SIDOR, pues pasaría a ganar 1240 bolívares por mes.

Un sueldo bastante bajo del cobrado en la empresa, solo la necesidad de trabajo decidió ese cambio, sería diferentemente radical con las vacaciones compensando esas agotadoras guardias nocturnas donde quedé agotado. Pero en aquella reflexión privaba bastante mi responsabilidad de padre donde a consecuencia de mis peores decisiones tenía poca libertad de acción. Además, no ser admitido en otras empresas de Guayana en esa exclusión también influyó y no iba a ser profesor solo por comodidad. En ese sentido nacía otro desafío.

Cipriano entró a trabajar y yo me quedé con esos pensamientos y otros que me invitaban a una autocrítica: «Tomé a la ligera casarme con una mujer poco solidaria y nada amiga de contribuir con su trabajo a la economía del hogar, sin tener casa propia ni trabajo autónomo, pues dependía del salario de una empresa, traje un hijo al mundo como esas perras que para llevar alimento a sus crías no distinguen si es carne o carroña». En la poca solidaridad que tuve en mis luchas sentí que el mundo es despreciable, pero estaba dentro de él, no afuera. Por eso

debía seguir mi lucha, solo que con mayor experiencia mirando bien mis pasados fracasos.

Basta perder lo que se tiene para percibir su importancia, así sentía mi <amor fati> en esa dialéctica crítica donde ahora me encontraba, reconocía a fuerza de ese malestar mis torpezas y acciones innecesarias, como fue dejarme manipular por una simple analfabeta con su astucia anunciando que “pronto moriría” y ofreciendo a su hija —me decía frecuentemente—. Pero ahora mi dilema rondaba con dudas. Por decir algo, si quedaba como profesor ¿también expulsaré a los alumnos indisciplinados?, como lo fui yo.

Sumado a esas reflexiones constataba mi soledad porque quien era mi esposa andaba por otro lado y solo se interesaba en decir: —Recuerda de darle dinero a mi hermana para mi hijo y mis necesidades—. Por lo que salir bien en la prueba era un asunto que llegaba más lejos de la diferencia de sueldo pasando a ser parte de mi proyecto de vida y, toda tranquilidad pasaba por tener ese trabajo. En eso andaba mi cerebro hasta que pude, junto con otros, llegar al piso quinto y averiguar los resultados.

Ese día, el profesor Reyes abrió la puerta de su oficina y empezó a leerlos por sus apellidos y lugares de selección. Quedé en segundo lugar, después nos felicitó a todos y a cada quien le entregó sus credenciales de trabajo e institución respectiva. De inmediato convocó a los primeros cinco de los leídos a su oficina y nos preguntó: —¿Donde les agradaría trabajar? —dijo— de manera condescendiente, pues han salido muy bien en las pruebas. Tres, dijeron Barquisimeto, otro, indicó Valencia y yo, sacándole el cuerpo a una Caracas que me atormentaba por todos lados, dije Mérida, ciudad a la que por

cierto nunca había ido. La secretaria anotó todo y dejó la oficina.

Nos despedimos, le di mis gracias y fui a buscar a Cipriano para darle la buena noticia, de la cual se alegró. Le mostré la credencial y en ella indicaba que debía ir a un curso de formación en Rubio, Táchira, en la “Escuela Interamericana de Formación Rural” Gervasio Rubio. Alguien allí dijo de ese lugar, desconocido para mí, que el general Isaías Medina Angarita lo creó en 1945. Asocié la fecha y fue un año antes de que yo viera la luz del mundo.

## Capítulo XLIII

### *La promesa*

*Aprender que hay personas que te ofrecen las estrellas  
y otras que te llevan a ellas.*

*Esa es la diferencia entre quien quiere y quien ama*

— **Mario Benedetti**

*Una nota sin café*

Cuando salí de ese quinto piso, mi espíritu estaba muy alegre y yo, agradecido ante ese signo donde mi plegaria al Dios de mi madre sentí que me había escuchado, le di infinitas gracias. Me fui a un lugar apartado de la Plaza Bolívar y puse mi mano derecha sobre el lado de mi corazón y en ese instante me prometí lo siguiente: «Seré el mejor profesor que alumno alguno haya tenido, como hasta ahora también he sido un padre responsable. Seré más estudioso e investigador, no volveré a fumar. Contra mis deseos, debo divorciarme e ignoro el cuándo. Retomaré mis carreras de calle y participaré por vez primera en una carrera de 42 kilómetros para que nunca más mi espíritu se canse de mí y decida abandonarme. Sobre todo, debo extirpar de mi carácter cualquier complejo de culpa y nunca más me sentiré abandonado. Perdonaré a quienes me han hecho daño y enalteceré a quienes me dieron la mano en casos difíciles». Esas serán las señales de mi vida y se lo dije a mi <amor fati> con toda mi alma.

Como vengo de decir y explicar, si yo todos días había contado para llevar alimento a mi casa con mi formación de técnico mecánico, asumí que también podía valerme de mi gusto por ser autodidacta en otras materias que no dominaba, dejar esa formación y aprender otra carrera no lo vi difícil, pues las palabras me atrapaban y la lectura, de todo, me seducía.

Y con franqueza me dije: —Yo, sin haber estado preparado para el examen que venía de aprobar, el quedar en segundo lugar me demostraba, a pesar de los avatares y conflictos vividos, que el tiempo de lecturas y el método de llevar una libreta de notas de las ideas principales, era una excelente estrategia para tener éxito en la nueva puerta que abrí: —Ser un excelente profesor, si lo lograba solamente los alumnos, que eran mi nueva materia prima, lo dirían, pues sin alumnos no existo como enseñante.

Los días siguientes los ocupé en preparar el viaje para el curso de formación exigido. De Caracas, buscando no fracasar, salí para el Táchira por la noche del mes de julio de 1972. A la dirección indicada en mi credencial llegué a eso de las siete de una fresca mañana con los tradicionales vientos de ese mes, me atendió un vigilante. Era el primero en llegar de una lista que él chequeaba.

Había en el sitio unas cabañas y me ofreció una en la entrada que yo, gentilmente, le dije que prefería bien lejos y para estar solo. Sin inconvenientes me llevó al lugar y de inmediato me organicé para hacer mis ejercicios de meditación que ya empezaba a practicar con algunos resultados positivos. De lo que en lo adelante surgiera solo el azar sabía, pero las palabras que le repetía a mi mente eran responsabilidad, ética, trabajo, estudio y confianza. Con ellas estructuraría mi ruta existencial

habiendo dejado atrás otras huellas, que como enseñó el poeta Machado: «Caminante, no hay camino, y al volver la vista atrás se ve la senda que no se ha de volver a pisar...Caminante, no hay camino, ...se hace camino al andar...». En esa idea se manifestaba mi <amor fati> y la intuición mía desbrozaba el camino.

Al salón de reuniones llegamos todos a las ocho de la mañana y en una pizarra se proyectaban notas por parte del Instructor de ese momento y nosotros atendíamos. Luego se expuso lo siguiente: —La nueva educación donde ustedes entran como profesores de “Ambiente Profesional” es para alumnos del Ciclo Diversificado y la idea general es darle forma a un producto escolar con el perfil de Bachiller con miras de ir a la universidad si la persona puede, y a su vez que tenga un componente de formación para el trabajo con el que económicamente se ayude. En sus lugares de trabajo estarán un tiempo completo y quienes en su credencial son definidos Jefes de Taller y forman parte del Consejo Técnico del Liceo respectivo donde se planifican los objetivos educacionales junto a las otras autoridades de la institución donde trabajarán.

Mi credencial era de ese tipo y la información me comprometía más en cuanto a la palabra responsabilidad. Hasta ese instante ignoré que sería jefe de alguien. En esa categoría que me asignaron los evaluadores estuvo mi competencia de técnico con experiencia. No obstante, también sabía construir un muro, pegar bloques, templar alambre de púas, sembrar árboles, ordeñar una vaca.

Sin embargo, y como parece común en asuntos del amor, no supe escoger mi cónyuge, ni mis amigos de lucha social con conductas éticas y ese era mi punto débil

a mirar de cerca. En ese curso, las clases eran mañana y tarde con el medio día de comedor y descanso respectivo. Los fines de semana varios de esos recién conocidos salían para Cúcuta aprovechando que en ese tiempo el Bolívar compraba muchos pesos colombianos y cuando regresaban cargados de cosas también venían ebrios y los accidentes y pleitos no faltaron.

Con detenimiento los observé y como mi situación era la de un secuestrado económicamente con deudas y el auto en un taller, me refugiaba para leer los materiales entregados en mi cuarto. Durante un mes estaríamos allí y en mi ensoñación me había hecho la idea de haber encontrado la real ruta de mi <amor fati> Lo decía para mí en los momentos en que asimilaba la información del profesor: «Este proyecto es el resultado de la llegada al gobierno de nuestro partido Copey», En otras condiciones yo hubiera sido crítico de ese proselitismo, pero ahora eso me resbalaba, como dice el vulgo, aunque sabía que otra educación con la disciplina que adquirí en el estudio no regresaría más a Venezuela.

Desde esas charlas aprendí que sin estar escrito, se trataba de llenar el país de bachilleres para a su vez masificar las universidades en una Venezuela donde la administración política que llegaba al gobierno se encargaba de tumbar lo que la otra dejaba y continuidad no era la clave. A esa idea le presupuse un acto de mala fe pensando en la reproducción del poder político.

Sería en el comedor mi sitio de observación de las conductas de quienes como yo devendrían profesores. Sus convocatorias eran al aire libre: «El fin de semana nos echamos los tragos y vamos a Cúcuta para visitar “la casa de las muñecas”», un tipo de burdel bien conocido en Colombia. Nada de eso me interesaba, ya en Guayana

había pasado por esos espacios y afortunadamente en el curso había aspectos teóricos de mucho interés que debía aprovecharlos. Era cómo construir objetivos generales y específicos donde el uso apropiado de los verbos y sus acciones era importante manejarlos bien —insistía el Instructor—, al momento de organizar las clases en ese modelo educativo.

Por decir algo del discurso a redactar: —Al finalizar la unidad, el alumno estará en capacidad de cambiar los carbones en un alternador del vehículo en función de su respectiva marca y modelo. Luego se evaluaban las destrezas del estudiante, que en el fondo —continuaba el Instructor: —Consiste en evaluar al profesor en su desempeño, pues ese alumno en su formación es reflejo de lo enseñado en el salón de clase.

Esa palabra: <clase>, colocaría a mi <amor fati> en el lugar que siempre yo deseaba porque era mi guía espiritual cuando mi desobediencia ante ciertos profesores que tuve, indicaba mi rechazo a sus conductas, a su clase. Por ello, en la medida en que iba descubriendo las palabras y frases del material entregado, regresaba a mis tiempos con sus maestros y comprendía en alguno de ellos el vacío en su formación.

Los materiales de esos cursos eran de fácil comprensión, aunque yo me venía preguntando, a medida que las explicaciones en el curso se presentaban, si en esas escuelas a la que ingresaríamos contaban con espacio y herramientas mínimas para que los objetivos específicos se alcanzaran, tal y como debía proceder uno en tanto profesor de resultados y según la metodología que veníamos recibiendo.

Lo pensaba porque de la misma forma en que los gobiernos improvisaban y rompían su continuidad en los proyectos del anterior, yo me había casado sin tener casa propia y aprendería de ese hecho bien cercano en su semejanza. Ciertamente que en la escuela primaria me hablaron de un maestro de Bolívar llamado Simón Rodríguez en una frase célebre: «Inventamos o herramos», y en el curso intuía que con la educación hay aspectos tan serios que no basta con invocar el verbo inventar. Educar es algo muy cercano al amor y esa palabra muchas veces está de vacaciones.

Por ejemplo, de la misma forma en que el objetivo de ordeñar una vaca, como yo sabía hacerlo, no era posible hacerlo desde el dibujo en una pizarra, la vaca presente era necesaria. Tampoco en una vaquera sin la participación del becerro se observa la necesidad de alimentarse. El señor Moisés me repetía en casos similares: «Uno no puede decir que una vaca está medio preñada, lo está o no lo está, y hay que meterle el brazo en su vulva para averiguarlo».

Tampoco medir la temperatura del agua cuando en la pizarra no es posible la llama, ni hacerle entender a un alumno ¿Por qué si un cigarrillo al momento en que se inhala su punta teniendo el color comparativo de 1.500 grados Celsius, no puede, con él mismo, freírse un huevo? Eran apenas murmullos míos intentando interpretar los contenidos que venía leyendo y a la vez interrogarme como lo hacía con frecuencia. Ahora me motivaba el saber poner el verbo apropiado para construir un objetivo específico y otro en un objetivo general.

De esa manera transcurría el emborronamiento de hojas intentando, cada quien, formular bien los objetivos educacionales. Se veía todo fácil, pero no resultó tal

y como lo intuí apoyándome en mi cualidad de lector y jugador con palabras. En efecto, quien fungía de profesor nos habló de un informe semestral que un supervisor de “La Zona Educativa” exigía al profesorado indicando lo logrado entre los objetivos Generales y Específicos de la materia a enseñar. Para mí, había un “truco” buscando en una lista de verbos el apropiado: «Al finalizar la unidad, el alumno estará en capacidad de reparar un alternador» —decía el programa.

Sin embargo, lo que me inquietaba era esa conjugación del verbo estar: —estará—, pues no encajaba con —reparar—, verbo con una acción precisa a no saltarse porque pierde su sentido. Estará es mandar un mensaje al futuro referido al espacio, del cual nadie sabe nada, mientras que reparar en su infinitivo es el correcto: Usted repara o no repara, me decía. Y al intervenir en clase lo hacía de esa manera y quienes tenían experiencia de trabajo coincidían conmigo. Pero por supuesto, siempre estaban los adulantes de turno del profesor que solo querían que el curso terminara y largarse de allí, y ante sus muletillas: —No te preocupes tanto, Perdomo —decían—, a los muchachos esas cosas no le preocupan, asisten a clase, se les pasa la lista y punto. Y era cuando yo los invitaba a cambiar el sujeto: «Al finalizar la unidad, los alumnos estarán en capacidad de comer pollo», a ver si eso les llegaba a su existencia como dato real, en lugares donde en vez de pollo comerán perro asado.

Otro tema del curso fue “Control y Disciplina del Alumnado”. Se mostraban varios modelos de profesor: Quien facilita los contenidos y deja al alumnado desarrollar su creatividad, el represivo con los alumnos, el cómplice “regala notas” para ocultar sus deficiencias, quien deja copiar en los exámenes al alumnado y el que “bucea” a las alumnas, etc.

Hasta ese momento, yo ignoraba que cada conducta estaba clasificada en la relación alumno versus profesor, y ese día de la exposición intenté ubicar a los maestros y jefes del trabajo que había tenido en mi experiencia escolar: Vinieron a mi memoria el maestro Rumbos, del tercer grado, quien comparado con González y Vale del quinto y sexto grado, eran represivos. Vino Pedro Guerra, preciso en su enseñanza de la termodinámica pero comparado con Cayama, en la ETI, él era tolerante. Éste último, un profesor de mecanismos, a quien no le temblaba la voz para decir: —La nota 20 es para mí, las otras para ustedes —lo decía con soberbia—. El modelo que me agradó fue el de facilitar los contenidos, aclarar dudas con la lectura y consultas al diccionario de quien sabía, por el señor Francisco, que era un maestro invisible. Por eso me agradaban los profesores creativos cuando citaban textos de la materia que impartían sus programas.

## Capítulo XLIV

### *El Vigia*

*Sin embargo, no relato esta historia por vanidad. Quizá estaría dispuesto a aceptar que hay algo de orgullo o soberbia. Pero ¿por qué esa manía de querer encontrar explicación a todos los actos de la vida?*

— **E. Sabato**

*El túnel, p 10*

**E**l curso se terminaría en la primera quincena de septiembre para iniciar clases en octubre. Fue intenso y centrado en aprender a redactar objetivos educacionales. Era costumbre mía al terminar mis comidas, de las dos que nos daban en ese sitio, el irme a mi cuarto a leer y revisar los materiales. Ese hábito lo hacía en conjunto con escribir notas resumen en un cuaderno, luego me iba a mi siesta.

Siesta que venía iniciando junto a la obligada reflexión del cambio de mi vida profesional cuando dejaba mi profesión de técnico, con más de seis años de estudio, para terminar siendo un improvisado profesor del nuevo bachillerato. Era un cambio criticable, pues esos años fueron sustituidos por un curso de dos meses donde el conocimiento se centró en aprender el truco de redactar objetivos educacionales.

Y en eso andaba mi cerebro cuando escucharía que alguien me nombró por el apellido y a la vez que tocaba la puerta de mi cuarto. Me dispuse a abrir y al instante recibí como ráfagas las imágenes del recuerdo de una película llena de pesadillas: En ese momento estaba el jefe del curso acompañado de otra persona a quien allí distinguí y también era cursante. —¿Podemos entrar? —dijo el Jefe—, mientras el otro solo me miró de reojo. —Claro —dije—, ya me visto. Estaba en ropa interior.

Mientras me vestía, con cierto esmero, me invadieron todas las sospechas de los demonios pues los duendes me habían sorprendido de nuevo. Días antes en el comedor, había visto a quien llegaba con ese jefe y tuve el presentimiento de que lo conocía, pero sin seguridad. Su aspecto era otro y había cambiado en algo. Pero en el momento en que abrí la puerta mis dudas se esfumaron. Era un antiguo trabajador de la “voladora” y yo había sido su jefe. Hombre impulsivo y poco amigo de las normas, a los seis meses cuando igual que yo entramos a trabajar en SIDOR, tuvo un accidente por saltarse una raya amarilla, uno de los tantos códigos de seguridad industrial simbolizando una pared o muro. Él lo saltó, en el piso había grasa y rodó, con la mala suerte de clavarse un resto de hierro en una de sus piernas. Después, ya reincorporado de su reposo se implicó en una huelga y lo despidieron.

Lo único que ahora nos reunía era ese curso. También yo fui despedido e ignoraba si lo sabía. Nunca fuimos amigos y hubo un momento en el que ante un reclamo mío intentó agredirme, pues siempre esgrimía que la empresa no le reconoció sus credenciales teniendo más experiencia que la mía. Fue lo que esgrimí.

Y como me ocurría siempre cuando boxeaba y bajaba mi guardia, esperaba que su visita al lado de ese funcionario no fuera una mala noticia y recibiera un golpe bajo. Esa metáfora del boxeo era bien oportuna frente a la llegada de esos dos caballeros a mi cuarto, pues yo ignoraba por qué él estaba allí. Sin embargo, con esa visita sorpresa sí funcionó mi <amor fati> invocando advertencias desde mi cerebro reptil advirtiéndome de cierto peligro. Venía de recordar también que esa persona era amigo del delator Albarracín.

—Nos urge hablar con usted, señor Perdomo —dijo el Jefe— ¿Sobre qué tema? —le pregunté. —Y como algunos jefes hacen: Sin mirar mis ojos pasó a mostrarme un papel con un título llamativo de «Planificación de sitios y trabajadores asignados al programa». Vengo de revisarlo y encontré que usted está aquí como “jefe de taller” para el Liceo “Alberto Adriani” en El Vigía, Mérida, mientras que quien será su ayudante viene de Monagas. —El caso es que quien me acompaña, el señor Victorino y que seguro usted ha tratado en este curso —insinuó—, vive cerca del Vigía y un cambio, antes del reinicio de clases, me parece lógico.

Lo que escuché de esos nombramientos era desconocido para mí y le expresé: —En la oficina del profesor Reyes, él mismo leyó una resolución indicando que yo iba para Mérida. —Sí, ciertamente, pero ahora es diferente porque ambos ayudantes están de acuerdo en cambiar de lugar y me lo han solicitado —continuó él—. De allí que le solicito a usted, si está de acuerdo, que colabore y resolvemos esa situación.

En tales circunstancias, tampoco sabía de algo más allá de esa lógica de la cual ese jefe venía de exponerme con su visita y acompañado de quien ya había recordado

por su apodo: “caraña”, le decían a él, refiriéndose a una pasta que los aborígenes utilizaban para sacar espinas de los talones de la gente.

Con todas esas dudas y respetando la condición vulnerable en que me encontraba ante ese jefe, mantuve mi rostro como si fuera un experto jugador de Poker: Inexpresivo. Aunque indudablemente era poca la resistencia que podía mostrar.

Esa explicación me indicaba que entre el “caraña” y el jefe había una estrecha relación, sostener lo contrario no me parecía una buena respuesta. Aparte de que evidentemente era como si me estuvieran probando para saber si era mezquino y egoísta. Lo pasado en SIDOR no fue con él directamente, aunque de las compañías entre gente mala hay que dudar. Además, él tenía que saber de mi señalamiento dentro de la empresa como hombre de izquierda conspirando contra ella. Lo de la tendencia política sí que lo era, pero contra la empresa no. No obstante, debía suponer que en caso de negarme y como tigre herido, él sacaría sus garras.

Considerando toda esa intuición, ese jefe como buen torero sacó su daga y sin rodeos remató: —Si usted está dispuesto a aceptar ese cambio, aquí mismo lo firmamos y me extendió una comunicación con todos los términos que debían ir allí. —¡Coño! Precisamente, desde tu posición de poder —murmuré para mis adentros—. A ambos los miré a sus ojos y antes de responderle intuí que de por medio estaba esa dañina costumbre venezolana del “tráfico de influencias”. Era un contexto que junto a la situación en la que me encontraba intentando reconstruir mi ruta existencial con mi <amor fati>, identificaba un obstáculo similar a un duende o demonio en mi camino.

Lo deduje de su mirada de “camaleón” camuflado sabiendo que me había sorprendido y le respondí que sí, no había problemas.

—puntualicé—, con la intención de desbaratar cualquier maniobra oculta entre ellos. Así evitaba que se torciera la suerte que venía teniendo cuando quedé segundo en esa evaluación. Pasados unos minutos terminó ese desagradable diálogo y junto con él, el curso de formación.

Regresé a Caracas y empecé a preparar mi viaje para una nueva mudanza, a otro lugar que aunque siendo de mi país no sabía nada. En cada caso, los anteriores viajes permitieron que disfrutara el paisaje, ciudades y pueblos, costumbres y conociera gente, grandeza y miserias humanas. Fueron diferentes y si me toca señalar su importancia, diré que está en el sitio de la llegada. Es lo que duele dejar como cuando un árbol pierde sus raíces. Era como quedaba en cada abandono: Nostálgico.

De la misma forma, percibí de ellos la claridad de ese excelente texto bíblico nombrado el Eclesiastés en la tierra y bajo el sol al describir el sentido del tiempo para cada cosa: «Tiempo para nacer y morir, para tirar piedras y recogerlas, para sembrar y recoger...». En fin, somos marionetas de ese tiempo y aunque nos opongamos, siempre marca la ruta a seguir.

A Jorge no lo vi, a Cipriano sí y quedamos en que pronto nos veríamos. Era un sábado, el lunes a las nueve de la mañana debía presentar mis credenciales en la dirección del liceo “Doctor Alberto Adriani”. Me habían dicho que del Vigía a Mérida, en auto, se gastaban treinta minutos, que el calor era insoportable. Lo primero era falso y de inmediato supe del derrumbe de mis aspiracio-

nes para ir a la universidad, ellas devenían opacas y el tiempo para ir a esa ciudad también lo era. Lo segundo, pues no, y como había vivido en Monay, el calor me afectaba menos, no era mi problema, sí, por el contrario, mis constantes conflictos conyugales.

Fue una dinámica instalada en el momento de mi matrimonio con su signo constante: Interminables discusiones absurdas y, a pesar de la sugerencia de mi suegra, con la llegada del niño no disminuyeron. También se equivocaron quienes me aconsejaron en su oportunidad vivir solos como pareja. De modo que casi de manera natural cuando le informé de mi nuevo trabajo y del sitio donde quedaba, inmediatamente replicó: —¡No! Yo, para ese monte no me voy. Y encontró apoyo en parte de su familia, menos de Ada y Manuel. Sin duda que la incompatibilidad de caracteres dominaba en esa relación dispareja, era obvio y eso solamente lo resolvía un divorcio. No lo deseaba y menos habiendo conocido y sentido lo que es tener un hijo y cada mañana mirarle su sonrisa, pero comprendía que allí mi <amor fati> no había triunfado porque ese vínculo no lo entendía su madre.

Estando en Caracas y conociendo esa actitud de ella, aproveché de conversar con Ada sobre la estadía de su hermana y mi hijo, pensando que para donde iba su hermana no iría. Con su actitud receptiva y de optimismo se encargaba de ellos. Ada aspiraba que su hermana más adelante fuera responsable y me acompañaría. Le respeté su optimismo aunque yo lo dudaba, pero mi objetivo era consolidar mi nuevo trabajo y no abrir otro frente desgastando la golpeada juventud que se me iba también.

De Caracas salí un trece de septiembre para presentarme en el aludido liceo del Vigía, el quince, para el

veinte en el ministerio me dijeron de empezar las clases. Llegué en una madrugada nada calurosa a eso de las cuatro, hubo una agradable brisa y con el bullicio de la gente con negocios de comida abiertos tempranamente. Tuve allí la impresión que era un lugar donde a la gente temprano le gustaba el trabajo. Lo primero fue abordar a un vendedor ambulante de café y tomarme ese mañanero. Para ir al hotel, donde transitoriamente me alojaría, atravesé su plaza principal y detallé el curioso monumento a un Bolívar con vestimenta civil y no como lo enaltecen en los símbolos militaristas con su uniforme en la mayoría de los sitios.

Me propuse dormir otras cuatro horas hasta hacer tiempo para presentarme ante el director, pero siendo las siete y veinte, aproximadamente, tocaron la puerta y abriéndola me encontraría de frente con un uniformado de la PTJ quien ordenaba a las personas llegadas esa madrugada que debían presentarse ante su “Delegación” para unas preguntas de rigor. El motivo era porque se había encontrado un cadáver cerca de ese hotel durante la madrugada. De esa época decían que cuando en la semana en la zona sur del lago no había un muerto era raro. Una indicación de violencia me recibía en ese lugar a donde el azar me condujo.

Me vestí con corbata y paltó tal como pensaba ir al liceo. Ya el calor en ese lugar se sentía y a lo mejor esa vestimenta no era la apropiada, lo venía viendo en la gente que andaba en la calle sin esa vestimenta. Pasé la entrevista policial en forma rápida con unas preguntas que imaginé cumplían el objetivo de una constante policial: «Llenar un procedimiento para el expediente respectivo». A la institución educativa llegué a las nueve con quince minutos, entré a la oficina del director, saludé y me presenté mostrando las credenciales. Estaba frente

a un hombre de estatura un poco más baja que la mía y cuando caminó para tomar su asiento le observé una dificultad en una de sus piernas. Vino allí mi recuerdo del señor Francisco y su lema: «A veces los chuecos somos malos».

Luego de leer las credenciales las dobló y procedió con su voz informativa: —Soy el Director Marcaíno — y fijó su territorio de poder administrativo. En esa escena estábamos cuando llegaron otras personas y nos saludaron, supuse que eran directivos en ese Liceo. El director les informó de mi presencia y ellos se presentaron: —Soy el profesor Villegri, Director del “nocturno”— y lo enfatizó para definir su espacio. —Y yo, soy Bustamanco, el Subdirector.

Intenté sintonizar con esas presentaciones y dije: —Soy el Profesor de “Ambiente Profesional” (P.A.P.) del Ciclo Diversificado de esta institución decretado por el Ministerio de Educación — les notifiqué pensando que ellos debían saber de mi llegada.

## Capítulo XLV

### *El rechazo*

*En general, hay grados de duda, de prudencia y modestia  
en las decisiones que deben acompañar  
al hombre que razona correctamente*

— *David Hume*

*Ensayo sobre el entendimiento humano.  
Varias ediciones, 1947*

**E**n esa escena de ritualidad administrativa ellos siendo los directivos se desentendían de mi misión, porque era eso en tanto un nuevo sistema escolar. Lo digo porque ni hubo rostros de cooperación ni ánimo de cordialidad en el intercambio de palabras. A ojo juzgué y por pura intuición que la palabra *malestar* no respetaba allí ni una mañana brillante ni tampoco el lugar donde debe resplandecer ese verbo tan manoseado: *Educación*. Verbo que a pesar de la descripción de los cargos directivos carecía de esa otra palabra importante en un centro de estudios: *Colaboración*. Nadie lo asomó cuando presenté el motivo mediante el cual se justificaba allí mi presencia mediante mis credenciales ganadas en un concurso. Aún ignoro si ellos entraron a la educación bajo el filtro de un concurso de conocimientos.

Ellos, dentro de esa escena, estaban en esos cargos como locutores presuntamente educativos en quienes el Estado venezolano depositaba su confianza en el nuevo

programa de educación, pero lo ignoraron. Lo digo por la frivolidad mostrada cuando a los otros directivos el Director les dio a leer mis credenciales y ellos inmediatamente mostraron su reacción: —¡Ah! —aquí dice que usted es técnico mecánico, no es ni Licenciado ni Pedagogo. Incluso, tampoco se informa que es egresado de “Mejoramiento Profesional” o hace el curso de nivelación —aclaraba ese director cuando a su vez hablaba para sus colegas. — Sí, profesor —le reconocí al instante. Después agregué: —Obtuve el cargo mediante un concurso en el Ministerio de Educación, dentro de la modalidad que suplantó al bachillerato tradicional, y que imagino ustedes conocen. Vengo de concluir un curso de Didáctica Elemental de la Enseñanza, en la “Escuela Rural Interamericana” en Rubio, Táchira. Pronto comprendí que allí era visto como un salvaje y los educadores eran ellos. A lo mejor con esa improvisación que me colocaba en la dinámica del trabajo, los planificadores del Ministerio de Educación no sospechaban de la resistencia que encontraría.

Ante lo expuesto, se miraron asombrados como si estuvieran totalmente alejados del cambio de modalidad educacional en la Venezuela de esa época. En esa reacción vi el motivo del enfrentamiento político, informado por los periódicos, entre quienes eliminaron las escuelas técnicas y los que la defendían, a ciegas, el tradicional bachillerato de ciencias y humanidades donde el bachiller sin recursos ni asistía a la universidad ni tenía competencias para trabajar, salvo la de ser un policía.

Si en verdad lo ignoraban, era problema del Ministerio pero si lo hacían por resistirse al cambio, me auguraban algo similar a esos cristianos que en la Roma imperial echaban a la jaula de los leones para ver qué quedaba como restos. Sin duda que mi recibimiento fue tenso y estaba el hecho paradójico de la indiferencia de

esos directivos, curiosamente en puestos de gran responsabilidad, porque seguro tampoco los representantes y padres de los alumnos sabían de ese cambio.

Allí me dije: —El tiempo aclarará el camino, pero aquí estoy y nadie me sacará de mi nueva ruta. Desde esa conducta de resistencia por parte de algunos profesores de liceos, en Rubio se habló pero sin mucha información y consecuencias para nosotros como improvisados profesores con la tarea nuestra de luchar contra la misma. Y estaba yo en ese pensamiento cuando vino otra frase que emergió de ese ambiente con la palabra del “Director del Nocturno”: —Y yo leo que usted formará parte del “Consejo Técnico”, a tiempo completo en ese “Ambiente profesional” del que nos habla que es su asignatura. Le recuerdo que en este liceo los espacios están todos copados —aclaró.

Esa tendencia de ellos reaccionando ante un diálogo forzado me agradaba porque en el fondo esos profesores lo que tenían era mucho miedo a lo desconocido. Y era entendible que lo tuvieran pues yo era un intruso tratando de compartir un saber de ellos que eran titulados. Sus palabras reactivas no me afectaban en nada, pues hacía tiempo que me resbalaban y a medida que fue pasando el tiempo en esa improvisada reunión, mi <amor fati> se expresó para mostrar mi talante: —¡Bueno! —dije—, entiendo que el Concurso que gané ocupando el segundo lugar entre unos 200 participantes, se dio porque el sistema Educativo en Venezuela cambió. No he inventado nada, pero en todo caso —agregué— y a su vez fijando mi espacio, solo estoy cumpliendo con mi trabajo donde primeramente debo consignarles mis credenciales como directivos que ustedes son.

Se hizo el natural silencio y afortunadamente eso me permitía conocer la base del piso donde estaba parado: —No cooperaban con ese cambio educacional, pero no podían ignorar mis papeles legítimos de presentación. Aspecto que se verificaría en ese momento cuando quien habló, el Subdirector dijo: —Tampoco tenemos un aula para su materia, ¿Cierto, Marcaíno?, le preguntó con ese acento entre andino y colombiano arrastrando la vocal y que yo conocía bien en asuntos de complicidad en grupos de poder.

Marcaíno, ante esa pregunta, se levantó de su asiento, caminó en la sala buscando un vaso de agua, y yo asumí que entre sed y boca seca estaban los signos de su resistencia. A él ya le había visto que de una de sus piernas cojeaba y de “cojeras” aprendí sus intenciones moviéndose entre los males de la envidia y frustración. Que el lector me disculpe esta señal, pero son mis recuerdos con esas dos palabras donde nadie se fija postrado ante una cojera y el cojo a veces es asociado con el bien.

Ese director regresó a su asiento y soltó toda su carga de obstáculos: —Solamente le tenemos quince estudiantes, no hay Aula y fue “la Zona Educativa” de Mérida que los seleccionó. —¡Ah! —expresé—, entonces ustedes sí sabían del cambio. Simultáneamente se desternillaron de risa mientras permanecí en silencio como toca cuando lo vulgar intenta ser estético. Marcaíno agregó: —Sí, hay un terreno que vienen de darle al liceo unos ganaderos que tienen hijos estudiando aquí, está a quince minutos —dijo—, y con displicencia llamó a un bedel para que me llevara a ese lugar.

Con el bedel, de apellido Churio, un apellido común en esa zona, y luego de presentarnos nos fuimos al lugar y tuvimos que atravesar varias calles de tierra en ese

Vigía con aguas servidas por la calle, apenas con un modesto Centro de Salud un poco mejor a un Dispensario de Trujillo y con una temperatura en aumento llegamos al sitio y terminé por quitarme el paltó y la corbata. Yo mismo reía de mi vestimenta porque si a alguien me parecía era a un “testigo de Jehová” cuando casa por casa van ofreciendo su revista *Atalaya* junto al discurso del arrepentimiento porque Cristo pronto vendrá.

Visto desde el lado de afuera, el terreno estaba bastante enmontado, la gente lo utilizaba como botadero de basura, ni siquiera a la finca donde pasé un año de mi vida siendo un peón sin sueldo le vi esa apariencia. Al contrario de la burlona risa de los directivos del liceo al nombrar el lugar, el bedel me mostró su vergüenza: —Es lamentable que el salón de sus clases ni siquiera lo hubieran mandado a limpiar —musitó. Al decir eso, su mirada para mí era de conmiseración y comprendí su lamento como una muestra de solidaridad conmigo y la educación.

Ese trabajador no podía saber que en esas condiciones la realidad la sentía en las palabras abandono, desidia, negligencia, oposición, irresponsabilidad, resistencia, abulia. Todas con escenas y huellas por donde mi vida ya había pasado y que por no serme extrañas había aprendido a combatirlas a muy temprana edad, a encerrarlas en otras palabras para vencerlas: —Desafío, lucha, reto, ética, combate, confrontación. Y con ese conocimiento jugando con ellas no solamente me salvaban de ser echado de ese nuevo trabajo, sino que me propuse convertirlas en algo positivo y de beneficio para todos. Además, todo indicaba que los directivos estaban porque les pagaban, yo, en cambio, iba a defender mi nuevo espacio como si fuese un animal hambriento. Indudablemente que teníamos distintas motivaciones.

Ese era el perfil que me había permitido obtener el cargo de jefe en SIDOR a los seis meses de mi llegada y ahora en el liceo “Alberto Adriani” no sería diferente en tanto profesor “no graduado”, pues llegaba con cierto parecido a un perro callejero encerrado en una jaula con lobos amaestrados obligándolo a meterse la cola por entre sus patas traseras. Lo supe porque cometieron el error de mostrar sus dientes muy temprano. Y yo de combates de calle sabía como si fuese un perro realengo.

Para superar aspectos de la realidad cuando no significaban agrado para mí, siempre me vi contrario a algunas personas que siempre se quejaban ante los obstáculos y terminaban huyendo, pero no confrontaban el problema. Y en ese sentido, aprendí que a veces solo queda la lucha, que si no se triunfa, por lo menos podemos decirle a las generaciones futuras: —Confieso que lo intenté y no pudieron quebrarme, aunque me doblaron las piernas algunas veces—. No pensaba que era un superhéroe, sino que busqué en los libros o películas ejemplos para no huir. Además, mi temperamento lo conocí temprano.

No era, en modo alguno, yo como sujeto a quien le mostraron su rechazo, pues de mí nada sabían. Eso lo tuve claro. Era su actitud para quien viniera con ese cargo de “Profesor de Ambiente Profesional” a molestar su tranquilo reino, donde muchos cobraban sin trabajar o tenían pactos con médicos para sus certificados de enfermedad fingida. Aparte de que la mayoría de profesores, según me informé, no vivían en El Vigía. Craso error para resistirse al cambio.

Volviendo a lo del terreno, una mirada rápida me indicó que contaba con unas latas de zinc sobre unas paredes destartadas, un cimiento de piedra en forma de

mesa donde picaban el pasto para los animales, prueba evidente porque allí estaba un flaco caballo, una canoa que aún tenía agua sucia y un tubo de agua goteando. Lo otro, recordando al humorista Leo, en tiempo del dictador Gómez, me vino a la mente: “Caracas es Caracas y lo demás es monte y culebras”

A una cierta distancia estaba el hueco de lo que antes seguramente había sido un rudimentario sanitario con su respectivo pozo séptico, pues cloacas no se notaban. Detrás de esas paredes había desperdicios, excrementos de humanos y de animales. Mientras que por la parte de afuera eran visibles desde donde estábamos situados ese bedel y yo, algunas casas modestas donde las aguas servidas eran el indicativo general de la pobreza de la gente que las habitaba. A ese lugar con sus escenas me había enviado mi <amor fati> en el intento de reconstruirme la ruta existencial y de nuevo el Agón griego me llamaba, porque sabía que yo a los combates no les quitaba ni mis ojos ni la voluntad de vida.

Recuerdo, ya en mis labores y citando uno de tantos, cuando intentaron ponerle la nota aprobatoria al hijo de un concejal, alumno indisciplinado y ausente en algunas materias. Para ese acto de favoritismo convocaron a una reunión en la seccional evaluadora. Debía estar presente y no faltar a esa reunión un día lunes por la tarde a las dos horas.

Yo estaba lejos del liceo, venía en camino desde Caracas cuando una fuerte lluvia derrumbó el puente principal entre “Caja Seca” y el Vigía. Interrumpido el paso, había la posibilidad de retornar por la vía de Valera y llegando a Mérida se bajaba hasta El Vigía, pero no daba el tiempo. Como ocurre en riesgos impredecibles, surgió una solución entre unos seis de todos los que allí

estuvimos esperando la maquinaria a ver si resolvía el derrumbe y poder seguir el viaje: Meter el carro al río por donde imaginamos la corriente era débil.

De todos los autos, el mío era un Volkswagen y estaba protegido por debajo ante una piedra, y lo hice ante ese río crecido. Quizás me ayudó en el ánimo el recuerdo de la vez en que me protegí del toro amenazando con embestirme. A la reunión asistí presentando los comprobantes por los cuales defendí la nota que ese alumno merecía para reprobarlo. De yo no haber llegado a la reunión ese día, le hubiesen hecho el favor al alumno basado en lo incorrecto, a ese hijo del concejal. Buena parte de la causa por la que escribo esta historia se debe a que con menos de seis años de edad ni me aterró la jeringa de una inyección ni el purgante que me dieron, menos defender favoritismos y corrupción.

Igual recordaría, dentro de ese terreno inhóspito, aquella película de Cantinflas dentro del personaje de un profesor al que un terrateniente, por la ausencia de pago del alquiler, le tumbó la escuela y su respuesta ante ese abuso contra la educación fue irse con sus alumnos a enseñar biología debajo de unos árboles. Y así estaba yo, donde al contrario de lo que pensaron esos directivos que seguramente cuando viera el terreno de mi asignatura protestaría y “dejaba el pelero”, no lo hice.

En esa evaluación rápida del local estaba cavilando, cuando el Subdirector llegó acompañado del ayudante que yo tendría. Era quien buscó el cambio con el jefe del curso que veníamos de recibir en Rubio, por la forma en que se comportaron deduje que eran bastante amigos. Sin ocultar la risa burlona que venía de conocerle en el despacho del director, ese directivo se adueñó de la palabra: □ Este es el cambio de modelo educativo que este

gobierno nos tenía preparado —dijo—, y sin disimular su orientación política preguntó: —¿Qué le parece su salón de clase, señor Perdomo? —No está mal, si de lo que se trata es de cambiarle su imagen con trabajo y mantenimiento, que es de lo que padece —contesté y noté que me llamaba señor, no profesor—. Quien sería mi ayudante mostró su risa complaciendo a ese directivo quien de inmediato agregó: —Pues si a mí me dan un sitio como este para “dar clases”, me voy a la Zona Educativa de Mérida y manifiesto que no lo acepto. Junto a su frase un lenguaje corporal con cierto signo de soberbia e intolerancia, pero más como una provocación a ver quién lo apoyaba. De nuevo mi ayudante apoyó con un movimiento de su cabeza, y una risa similar a las de los burros cuando rebuznan sin abrir su boca.

—Antes de venirme para acá —recalcó—, el Director y yo acordamos decirle a usted y quien viene como su ayudante está de acuerdo también, en reunir a los quince estudiantes seleccionados junto con sus representantes para decirles que no hay condiciones para sus clases. Lo sostuvo como quien se asume dueño del patio. Ante esa escena callé por unos segundos mientras le decía a mi <amor fati>, este no sabe —murmuré—, de dónde vengo y piensa que la “caballeriza”, donde le dan de comer a unos animales, es un obstáculo para impartir enseñanza. De hecho, en el curso que tuve critiqué eso de “Dar clases”. Las clases no se dan, se imparten. No se dan porque lo que no se tiene, como el amor, no se dona. Esa característica esos directivos no la tenían: «Amor por la educación». De tal manera que le expresé: —No, no estoy de acuerdo—. Es muy simple la solución, está entre los objetivos de mi materia: —Crear condiciones de trabajo mediante el mantenimiento. De tal manera que con esos estudiantes es que vamos a ambientar este lugar y con-

vertirlo en algo propicio para estudiar, eso es la educación. Directivo, ayudante y bedel quedaron sin palabras y los invité a explorar ideas, a debatir el ambiente. No dijo más nada ese directivo, se fue con su risa y en el lugar quedamos el bedel, mi ayudante casi obligado y los invité a limpiar el terreno, era lo primero por hacer.

Y así nació, en ese enmontado espacio, el primer objetivo educativo a lograr junto con los estudiantes que todavía no conocía, pero utilizarlos y manipularlos para oponerme era inviable: —Ese lugar era, ante todo, mi territorio y como león hambriento lo defendería contra cualquier intento de quitármelo.

Desde ese contexto, diré frente a esas reacciones con mi llegada al liceo que hicieron posible mirar de cerca a los profesionales universitarios y mirarlos de otra manera. No eran diferentes a algunos ingenieros en SIDOR: Siempre despilfarrando recursos, solo yendo a cumplir horario, sin el amor por la empresa y ahora lo distinguía en algo tan delicado como enseñar. Lo sentía contra el verbo educar, pues estos directivos pasaban su problema a la Zona Educativa. No se daban cuenta que solamente con un machete y una escardilla se limpiaba ese terreno y se lograba implicar a los alumnos sin negarles el sagrado derecho de la educación.

Sin pensarlo mucho deduje de estos profesores su dificultad para ser guerreros en su lucha opositora, eran simples parásitos fáciles de purgar. Y fue cuando comprendí que nadie, absolutamente nadie, por muy astuto, me llevaría al camino del pesimismo donde otros seres hasta con latigazos sobre mi vulnerable cuerpo no lo habían logrado.

Y esa comprensión me condujo ese día a la imagen de mi fiel compañero “Guacharaco”, siendo un caballo con artritis en sus patas delanteras me permitió salir por las madrugadas a traer el rebaño de vacas a la “vaquera” para su ordeño. Por ello no podía aceptar que este “Licenciado en Educación” —me dije—, pueda sacarme del juego. Además, también en el eco de todo eso quedaba afectado mi trabajo y en eso no había discusión con nadie.

Empezaría mi lucha con la palabra agonía, que era la marca de ese terreno y de un sistema educativo negándose a morir. Mientras tanto yo devenía el purgante para los que tenían título de profesores en ese liceo, pero en los momentos difíciles no lo eran. Eran unos “profesores de otoño”, que por respeto al lector no le termino la rima.

# Capítulo XLVI

## *La indolencia*

*La indolencia es el padre de la psicología*

— *F. Nietzsche*

*La psicología y la filosofía primera*

¡Aunque les parezca extraño a ustedes! dije como respuesta—, me gusta este lugar y dirigiendo la mirada al bedel le solicité el favor de que me consiguiera unos machetes, un garabato que seguro en cualquiera de esos árboles había, una escardilla y limpiaremos hoy mismo el lugar. En cuanto a mi ayudante, no dijo nada. El Licenciado apenas dijo: —Bueno, no la tiene fácil—, y afortunadamente dejó el lugar.

Churio encontró las herramientas y entre los tres limpiamos el área donde trabajaríamos, para al medio día el lugar tenía otro rostro. Salimos a almorzar a una casa cerca del cruce para ir a San Cristóbal un delicioso sancocho de armadillo que en ese lugar dijo ese bedel lo vendían. Por la tarde, a las 2 pm, continuamos con la limpieza y a las 4 pm yo estaba convocado a la Dirección.

La convocatoria era a los fines de conocer al Orientador de la institución, de apellido Duque, un apellido común a los tachirenses quien había participado en la selección de los quince estudiantes que tendríamos. Hombre amable y cooperador que a su vez me habló del perfil

de algunos de esos estudiantes: —Son bastante indisciplinados —especificó—, cinco son casi mayores de edad y repitientes. Uno es miembro del centro de estudiantes, es el político del grupo y de la izquierda, le dicen “el Chino”. Los otros nueve son menos problemáticos, a cuatro de estos les gusta el deporte de correr en maratones. Hay tres hijos de ganaderos y otros dos ayudan a su padre en un modesto taller de mecánica —concluyó—. A ese Psicólogo le agradecí su información y lo invité a que me ayudara en lo que pudiera y su respuesta fue afirmativa y clara. Duque con su aspecto parsimonioso y afable dejaba ver que si algo le gustaba era disfrutar de la comida. Que me diera esa información al lado del rendimiento y características de la materia prima de mi trabajo con los alumnos seleccionados se lo agradecí.

Sin que nadie allí supiera, había cambiado de materia prima en mi trabajo porque ahora pasaba de manejar máquinas, fuego, herramientas, grasa, aceite y agua, a hacerlo con personas adolescentes dándoles una forma social para el bien común, como era la formación para el trabajo. Por lo expresado por Duque deduje que con él tendría a un aliado para mi manera de leer el verbo educar. En esa conversa llegó al rato de iniciada con Duque el profesor Marcaíno, con el dato de que no objetó el breve informe del orientador y ambos le dimos las gracias por esa convocatoria.

Mientras se desarrollaba esa conversación el directivo Marcaíno no agregó nada, pero al final del informe se expresó: —Entiendo que el local para sus clases lo aceptó y decidió acomodarlo —comentó en forma de sentencia. —Sí, solamente quedó allí un bulto de escombros y un hambriento caballo que parece no tener dolientes. También entiendo, según averigüé por Caracas —le insinué—, que usted tiene una partida para el manteni-

miento de esa “caballeriza donde impartiré mis clases”. El proceso sería por la firma de ambos en los materiales mínimos que necesite. Por supuesto, será provisorio pues lo ideal es que el taller esté dentro del liceo.

En aquel momento Duque y yo lo miramos en su rostro y vimos a un hombre descolocado, sorprendido: —¡Oh! —fue casi su alarido—. De esa información no sé nada, debo llamar a la “Zona Educativa” e informarme, después le aviso. —En la limpieza hecha ya junto a ese excelente bedel que usted me aportó, encontramos con unos vecinos unas herramientas, pero faltan otras —dije—. Por los momentos —dijo— yo administro la “Partida de la Sociedad de Padres y Representantes”, usted gasta y compra lo que necesite y luego me aporta las facturas por duplicado. No es que yo creyera que allí él deseaba realmente corregir su conducta anterior de poca colaboración o ser sincero, sino que al soltarle la información autorizada desde Caracas no tuvo otra opción.

Sin esconder sus uñas como gato al asecho, lo vimos acorralado y dejó el lugar para hacer redactar el informe que llevaría a la tal zona educativa de Mérida. Él saliendo y el orientador riéndose con cierta satisfacción por lo que veía en un recién llegado como yo. De esa manera percibí otra señal solidaria de ese ambiente crítico al que fui a dar. No tuvimos otro punto que tratar y terminamos esa reunión a las 5pm. Luego el orientador Duque me invitó a su oficina.

Al llegar noté un mobiliario con algunas plantas ornamentales, el cómodo mueble de descanso que no les falta a esos profesionales y sin duda era otro ambiente de trabajo con señales del cariño y amor por lo que hacía. En su invitación le observé la intención de decirme algo, y yo lo percibí entusiasmado.

—Tengo curiosidad por conocer su disposición para el trabajo —dijo de entrada—, pues me llegó el comentario de que no pudieron disuadirlo para que no aceptara lo que usted acertadamente denomina “la Caballeriza”. —Bueno —agregué—, es que en asuntos de trabajo a veces uno no siempre encuentra un jardín lleno de flores, hay que cultivarlas. —Sin embargo —sugirió—, es buena idea que lleve su proyecto al “Consejo Técnico”. —Ciertamente —dije—, soy miembro pero no lo convoco, me convocan.

A las 6 pm dejé su oficina con el compromiso de seguir conversando y le reiteré la importancia para mí de su informe. Me fui al hotel donde me alojaba e indagué dónde podía alquilar una habitación o casa a un precio módico. No me fue difícil encontrarla, estaba a tres cuerdas del liceo y a dos del terreno donde estaría mi salón de clase, ya en un terreno con otra cara. Daba de esa manera otro paso firme donde en ninguna parte vi escrito que sería fácil mi nueva vida de improvisado profesor.

Al siguiente día me levanté temprano, tomé café en la calle y el bedel había llegado, no así mi ayudante. Eran las siete y quince de una mañana ya asoleada aunque fresca porque hubo algo de viento. Continuamos con el desmonte y recogida de desechos que no sabíamos si quemarlos o llevarlos a algún lugar. Mi ayudante se incorporó a las ocho de esa mañana y una vez que el bedel estuvo un poco alejado le fijé mis límites: —En esta tarea de cumplir nuestro trabajo debemos trabajar juntos —dije, y tener preparado el salón de clase como taller para el momento en que lleguen los estudiantes. Como sabes, quince días después de las secciones que funcionan en el liceo. —Recuerda que yo soy ayudante y me ocuparé de una parte de la asignatura, no estoy de acuerdo en resolverle al ministerio lo de su improvisación. No dije más

nada y seguí trabajando, esa displicencia me decía algo. Sin embargo, al rato se incorporó obligado por el ejemplo que daba el bedel, imaginé. A medio día cada quien se fue a sus lugares y yo almorcé en el mismo sitio del día anterior.

A eso de las 2 y 30 pm pasé por donde el Director Marcainao y me entregó un cheque de las primeras compras, su actitud era otra y reconocí una mejor colaboración de su parte. Aparte de eso, lo comprado debía guardarlo y también ordenó que me dieran un cuarto con llave para guardarlos: —Pintura, pipa para recoger agua, tres escobas, tres tubos galvanizados de  $\frac{1}{2}$  pulgada, codos, niples, llaves de paso, manguera de 5 metros, y otros. Indudablemente que había disposición de cambio, pues agregó ese día el director veinte Pupitres, un Pizarrón y dos casilleros, junto a tiza y varios borradores. No existía la pizarra acrílica.

Todo un equipamiento esperando que el terreno se convirtiera en un taller aula de clase. La noticia se corrió con lo del terreno y el caballo encontró dueño. Mientras se limpiaba de maleza, vino un representante de uno de los alumnos y se ofreció para reparar las paredes de lo que antes seguramente era “el Caney” de las herramientas. En efecto, reparadas dos paredes y el techo junto con el respectivo empotramiento de las cloacas que daban a la calle, era posible tener un local funcionando.

A mediados de esa semana empezaron a integrarse algunos de los estudiantes seleccionados y el viernes estaban ya los quince. A algunos los había visto merodeando el terreno y una vez reunidos en ese terreno los invitamos a terminar de organizar su salón de clase, ninguno manifestó problema o resistencia. Por el contrario, algunos ofrecieron traer de sus casas herramientas que

nos hicieran falta. Esa energía de la juventud no solo me invitaba al contagio, sino que les informé de la primera evaluación en su cooperación por el trabajo que allí tuvieran, serían reconocidos y como tal se pasaría lista de la misma manera que ocurría en las aulas del liceo. Del manejo de grupos yo sabía por los cursos de seguridad industrial recibidos en mi paso por Matanzas. La clave era: En el trabajo no tenemos diferencias, solo cooperación y apartar las condiciones inseguras. En ese ambiente yo no era el profesor, sino un trabajador más. Eso, a esos rebeldes estudiantes, según estaban estigmatizados, les agradó ese día. Por supuesto, mi estrategia era siempre la de dar el ejemplo.

Del ayudante, no tenía ninguna queja y junto al bedel organizamos el trabajo para la semana siguiente con una tarea: Informar al presidente del Concejo Municipal de nuestra disposición para arreglar un terreno escolar y solicitar una colaboración en la construcción de un cuarto más seguro para guardar algunas herramientas y a su vez ampliar el techado del salón. Mientras eso se daba, el ayudante y el bedel continuarían con el arreglo del terreno.

Con ese presidente, de apellido Rojas, a quien no conocía pero había averiguado que era una persona diligente y dirigente del partido de gobierno, de ese entonces, llamado demócrata cristiano iría acompañado del “Chino” como dirigente estudiantil, el orientador del liceo, y si quería ir el Director, pues mejor pero al solicitarlo él delegó en el Subdirector. Tampoco fue y eso no me preocupó.

Del Concejo Municipal salimos bien esperanzados por la receptividad encontrada en nuestra petición, a tal punto que en lo personal encontré una cita para conver-

sar con el presidente Rojas porque en ese momento quien nos atendió no fue él, sino su vicepresidente. Esa semana de limpieza junto a los alumnos significó reconocer que “Las apariencias engañan”, sobre todo al ver el terreno limpio en su parte que rodeaba lo que ya empezaba a ser un salón de clase amplio y que a su vez no tendríamos necesidad, ni el ayudante ni yo, de ir al liceo a enseñar la teoría porque ya la pared con su respectiva pintura de pizarra estaba lista.

Teníamos el servicio de agua, un derivado de aguas servidas conectado al tubo de cloacas de una familia vecina, un tendido eléctrico para 110 voltios y un amplio cuarto casi a terminar con su respectivo techo. Llegado otro viernes y casi como antesala de clases para el lunes estaba en una habitación más confortable, me sentí más tranquilo y el ayudante también. Aunque en él había algo que me mantenía alerta desde que recordé su vinculación con el “sapo” del Albarracín en la escena de SIDOR, de donde fui despedido sin derecho a defenderme pero como siempre me decía: —Será mi <amor fati> o el Dios Cronos donde encontraré la verdad de esa sospecha. Por ese tiempo solo tenía una intuición tibia, ligera por lo demás.

## Capítulo XLVII

### *Lava tuercas*

*Tropezar con una piedra es un error.  
Pero volver a tropezarte con la misma, es una decisión*

— *Pastor Miguel Arrázola*

**E**n el liceo habían pasado veinte días de esas actividades con tres consejos técnicos cuando decidieron invitarme. No era un gesto transparente del director y sus directivos, sino que mi credencial lo justificaba. Allí fui y saludé a sus miembros, a algunos no los había visto antes. El motivo era para discutir puntos relacionados con la institución, programas de asignaturas, disciplina de alumnos y puntos varios, siempre reservado a los aspectos de relleno con casos y cosas donde cualquier tema entraba. Ese fue el espacio que me dieron para exponer la situación de mi trabajo docente.

Cuando tocó mi turno de hablar presenté una cuartilla escrita brevemente con la situación encontrada y la solución dada en el aludido terreno tipo “caballeriza” para la materia de mi trabajo. Aunque todos allí estaban en propiedad del rumor de mi llegada. Sin embargo, tuve en ese momento la necesaria precaución de reconocer la colaboración de sus directivos en esa tarea. Debía hacerlo, pues la imagen encontrada cabía en esa estrofa de

una conocida cumbia colombiana con los Corraleros de Majagual: “El camino es culebrero” y ese lugar lo insinuaba. La verdad en ese momento fue similar a un cascarón vacío como para estar contento con mis condiciones de trabajo y mi ayudante —subrayé— e hice una sugerencia: —No obstante ese pequeño logro —enfaticé—, lo deseable es buscar la vinculación estudiantil y que ese espacio, ahora transformado en un taller docente quede dentro de este liceo mientras otra parte del terreno pasaría a tener otros fines educativos. Es decir valorar ese regalo del ganadero para esta institución.

—Muy interesante su idea —acotó— el profesor Director y agregó: —Tomé nota de la misma y la llevaremos al “Consejo de Profesores”, junto con otros cambios como el nuevo uniforme de las alumnas que vamos a decidir.

Terminada la reunión me fui al terreno, como lo llamaba. Había previsto conversar con el curso en ese mejorado local. Expuse el proyecto en presencia de mi ayudante y me dispuse a observar cuáles estudiantes se mostraban con mayor influencia sobre el grupo, destacando lo que deseaba de ellos. Casi terminando mi exposición, me di cuenta de que “el Chino” era su líder y traté de darle responsabilidades en cuanto a seguir prefigurando las condiciones para una taller docente: —Se trata de alcanzar algunos objetivos de la materia —les dije— y necesitamos una fosa para estudiar en un automóvil las piezas que debemos aprender a reparar. Tampoco tenemos uno para esas prácticas. Los estudiantes levantaron sus manos al mismo momento en que mi ayudante se les adelantó: —Precisamente —dijo—, porque no tenemos condiciones de trabajo es que tenemos esa imposibilidad para esos objetivos y no quedará otra que no darlos. Y se sentó en uno de los pupitres que ya teníamos.

Evidentemente que con esa idea acababa de sacar sus uñas buscando el apoyo de los estudiantes, pero en su exposición estaba mi respuesta: —No —dije—, los objetivos, como nos enseñaron en Rubio, y usted lo sabe, no se dan: —Se logran—. Ahora bien, de ¿Cómo planificarlos para alcanzarlos?, esa sí es una tarea nuestra —insistí—, ante él y los estudiantes.

Contrario a lo que dijo mi ayudante, el diálogo brotó con facilidad cuando los estudiantes que ayudaban a sus padres en un taller familiar se ofrecieron entusiastamente para colaborar. El “Chino” guardó en ese ambiente un silencio inteligente y todos notaron que el pesimismo de mi ayudante no tuvo eco en sus palabras. En ese instante y mostrando mi entusiasmo expresé: —Esa es la respuesta que esperaba y espero de ustedes —susurré—, pues sin su colaboración no hay educación para el cambio. Nadie dijo más nada, a todos les di las gracias, la reunión terminó y continuaron las tareas que llevaban a cabo con esos estudiantes el bedel y mi ayudante cuando yo debía ausentarme del terreno buscando alguna solución en la comunidad. En mi libreta anoté que debía hablar con mi ayudante y, pronto.

Luego invité al “Chino” para ir donde el señor Orosmán Rojas porque había encontrado una cita con él en el Concejo Municipal. Entramos, me presenté y al instante le expuse todo el proyecto pero que se hiciera en el Liceo donde había espacio, según me informé. Le dije que era prioritario una fosa para autos y él tomó nota y agregó a mi exposición: —Lo llevaré a la Cámara del Concejo —dijo—. Se mostró entusiasmado, era un hombre delgado y enérgico que a todo el mundo parecía caerle bien por la forma en que lo trataban. Con la receptividad mostrada en ese espacio político pude ver la forma en que el “Chino” se bromeó con ese señor, pues se conocían y entre

nosotros se daría una excelente amistad que me permitió conocer a dirigentes de su partido Copey. Nos tomamos un café ofrecido por ese gentil señor, le dimos las gracias y esperanzados dejamos ese lugar.

Nadie sabía en esa época que yo era un hombre de izquierda, salvo mi ayudante, y eso sí que me preocupaba de él. En cuanto retorné al terreno, cercana la hora de almorzar, quedé con los estudiantes en conversar con sus representantes buscando informarles de las tareas a realizar en conjunto. Después acordé con mi ayudante evaluar a los estudiantes en el desempeño de dos semanas de actividades. Lo haríamos el martes, previo aviso para evidenciar que venían leyendo los materiales entregados y consultas a libros junto al diccionario Larousse para mejorar su vocabulario. Luego el miércoles les diríamos sus notas. Allí mismo, le manifesté a ese ayudante lo siguiente: —Nosotros no podemos quejarnos de nuestro trabajo, ni ante los estudiantes ni ante los directivos, ya con las dificultades que encontramos nos basta para trabajar con dificultad —le aclaré—. Estábamos solos y ya estudiantes y bedel se habían ido. De inmediato ripostó: —Pues, a mí, la impresión que me da tu actitud, es que hay que resolverle al gobierno sus problemas y en eso yo no soy colaboracionista —masculló—, luego dio la espalda y se fue del lugar. A su impertinencia solo le dediqué una mirada. Un enfrentamiento en esas condiciones en que estaba era, a todas luces, un suicidio para mi <amor fati>.

El miércoles les dimos sus calificaciones respectivas, pero entre ese ayudante y yo se presentó la primera discusión fuerte y, lo más grave, es que fue frente a los estudiantes. Lo que yo asumí era su reto, pues cuatro días antes se lo había indicado como inconveniente e innecesaria: —¿Entonces para ti los tres estudiantes que

menos cooperaban y trabajaban le asignas la mayor nota frente a la mía? —Le pregunté. —Y se lo hice saber con un registro aparte que yo llevaba donde era obvia la inasistencia de ellos. —Así es —respondió—, dentro de una actitud desafiante cuando apenas teníamos tres meses en el trabajo. No quedaba otra que recordar el curso con el cual no solo éramos profesores improvisados, sino que era obligatorio hacer el trabajo en función de lo aprendido. De allí mi reclamo respetuoso:

—¿Acaso no aprendimos en el curso, en Rubio, que las notas de ambos obedecen a la evaluación del desempeño de cada estudiante? —pregunté—. No dijo más nada y le informé que consultaría con el “Consejo Técnico” ese aspecto. Lo que a él para nada le agradó, pero era obvio que estaba practicando uno de los modelos de evaluación que nos explicaba el instructor en el referido curso que ambos hicimos: «Un Profesor “regalador de notas”», cuyo objetivo es tener a los estudiantes de aliados haciéndoles creer que él sí los comprende. En ese inicio, de su conflicto, di mi lógica respuesta institucional.

Al día siguiente de esa discusión presenté el caso ante el director con la propuesta de que fuera al “Consejo Técnico”, estuvo de acuerdo y sería el jueves porque habitualmente la mayoría de sus directivos no pasaban el fin de semana en El Vigía. Se dio esa reunión con un interesante debate entre sus miembros que concluyó en admitir lo siguiente: «El desempeño por tareas, en asignaturas con prácticas, era el método apropiado». Lo hice saber a los fines de cortar esa manera utilitarista de evaluar estudiantes que no asistían a clase. En lo adelante, se aprobó, que cada alumno ante cada uno de nosotros debía justificar si una tarea se cumplía o no. Y la firma era obligatoria.

Sería desde ese lugar institucional donde, sin proponérmelo, mi <amor fati> libraría buena parte de sus luchas en mi nueva ruta existencial. Por supuesto, a esos tres alumnos que mi ayudante favorecía, no les agradó cuando le expuse que su evaluación había sido ligera y debían repetirla.

Pasados veinte días de ese hecho, yo asistiría al “Consejo General de Profesores” para debatir el tipo de uniforme que las alumnas debían llevar al liceo. El ambiente estaba bien animado y escuché rumores previos donde el dilema era: «¿Pantalón azul o falda del mismo color? A la vez, fue la oportunidad de presentar a los profesores de nuevo ingreso. En nuestro caso aún eso no había ocurrido.

El salón estaba lleno, mientras se instalaba formalmente la reunión vi que todos se ocuparon de la llegada de un profesor que venía de San Cristóbal. Alguien a mi lado dijo su apodo y de inmediato supe de quien se trataba: «Es el “Guillo”», un locutor de carreras de bicicleta. El Orientador cuando se incorporó se sentó a mi lado y aproveché para indagar con él lo que venía de oír. Gentilmente me informó: «En casos de “Consejos” donde hay debates importantes él nunca falta para votar, pero al liceo viene poco porque paga a un suplente. Se dice que es un protegido de la Zona Educativa dirigida por una profesora de apellido Chacón». Al escucharlo recordé a mi profesor de castellano del quinto grado cuando repetía una frase del libro *El mío Cid*: «Muchos males han venido por los reyes que se ausentan...», nombrando la palabra responsabilidad.

El ritual de toda presentación, en esos eventos no era diferente a la que conocemos todos en las instituciones: —Yo me llamo..., soy de..., graduado en...y, mi

materia es... donde enseñó a ...—. Ese sería un día a no olvidar, tanto por el calor insoportable como por lo que se dijo. Desfilaron los nombres de personas junto a sus instituciones universitarias que los titularon: Licenciados, “Mejoramiento Profesional” y Pedagógicos, todos, como debe de ser, orgullosos de ese logro profesional.

Cuando llegó mi turno, hice el mismo ritual: — Me llamo José, aunque soy mejor conocido con el nombre Camilo, soy egresado de la Escuela Técnica Industrial “Luis Caballero Mejías” de Caracas, antes trabajé en SIDOR. Luego mi ayudante hizo lo mismo, salvo que egresó de La Escuela Técnica de Cabimas, Estado Zulia y que había trabajado en una empresa lechera del Vigía y SIDOR. Y como decía siempre el señor Moisés en mis recuerdos cuando para casos ya concluidos expresaba: «Nunca falta una mosca en la sopa», cuando alguien cerca de mí pero por detrás, abrió su boca: —Esos no son profesores, son dos “lava tuercas” en ese mamarracho de programa de los copeyanos —fue un murmullo audible—. De allí que algunos rieron esa “gracia”, pero yo no me di por enterado.

De inmediato, a ese ritual le siguió el debate sobre el uniforme escolar. En vista de que sabía la agenda hice para ello unas consultas por zonas calurosas y su relación con colegios y vestimenta. Vi fotografías de escuelas panameñas, cubanas, dominicanas, todas con calor similar al Vigía donde destacaba el uniforme de alumnas con tipo falda. De tal manera que ese era mi opción de apoyo.

Por la manera en que gestos y palabras se escucharon en algunos de los presentes, pintaba como la propuesta ganadora. Hubo una serie de preguntas con profundo sentido pedagógico y psicológico, según deduje de los términos de sus discursos. Muchos eran descono-

cidos para mí por su significado para la educación en sus teorías, pues no eran de mi dominio. No obstante, allí estaba el famoso “Guillo” representando a esa mosca en la sopa: —¿Cómo asíiii, y de faaalda? —dijo casi gritando—, al momento en que arrastraba las vocales implicadas como lo hacen los tachirenses y colombianos cuando son enfáticos y queriendo ser irónicos. Luego agregó:

—¿Es que el Profesor Perdomo con su propuesta, perdón, el técnico Perdomo quiere que nosotros, los profesores, lleguemos al salón de clases a ver “Picoones”? —Ripostó. En el salón hubo un leve silencio, algunas damas se quejaron del uso de la palabra “picón” aludiendo que ellas llevaban falda y eso no interrumpía las clases. Otros, con ligereza y complicidad vieron en lo del “Guillo” una de sus tantas ocurrencias y rieron a quijada suelta. Él, cual artista de circo miraba a todo el mundo.

Lo curioso en esa escena fue que nadie lo siguió dando su apoyo, entonces recurrió a su experiencia en esas reuniones e hizo un uso, bastante bien, de lo que yo no tenía: «Formación profesional en un discurso de educación». Y lo expresó con un argumento válido: —El aludido Perdomo —dijo—, sabrá de motores, de tuercas y tornillos, de cables y teipe pero de educación, didáctica y pedagogía, como de estética, no le reconozco competencia. Algunos emitieron murmullos con quejidos: «Oh, ummmm...». Él continuó: —Por ejemplo, ¿ignora usted lo distraído que estará un Profesor ante esas “Niiiñas”? Pensemos en momentos de un examen y ellas cruzando sus piernitas sabiendo que el profesor bajará la vigilancia. Todo eso lo veo —enfaticó— igual a un semáforo en corto circuito—. Después remató la faena— como esos toreros buenos en su oficio clavando su espada.

Muchos, de nuevo, se desternillaron de risa, incluso yo. Otros me dirigieron miradas de consuelo sabiendo que las flechas eran solo para mí y hubo quien murmuró: —Si a mí, ese “Guillo” me dice eso, lo espero afuera y le caigo a coñazos. Por el contrario, no dije nada y me pareció que él no me atacaba en lo personal pues no me conocía. Su argumentación era impecable en su trabajo de reposero y allí, como había oído, él asistía como la marioneta de alguien que al suplente le asignaba su sueldo. Yo ya sabía dónde y cuándo batirme, y ese no era mi ring.

Su eficiencia se justificaba desde lo que me faltaba: formación educativa y con mi silencio se lo otorgué ese día: —Yo no era un profesional de la educación. Ante lo dicho no respondí nada, miré a todos, dejé caer mis brazos y si bien no estaba en mi mejor momento no siempre hay que ser reactivo, no era el fin del mundo sino una piedra que estaba en mi camino dentro de ese debate.

Y de esa manera, su propuesta del pantalón ganó y la falda murió quitando a su vez un signo distintivo básico en la vestimenta de una hembra. Fue un discurso machista donde nadie defendió lo femenino. Admití, en consecuencia, que no siempre mi <amor fati> salía airoso.

Salimos todos de ese consejo, unos y otros entrecruzaban sus risas y gestos. Ya en un sitio solo, le hablé a mi <amor fati> poniendo mi mano derecha del lado del corazón: —A partir de hoy —le dije—, iré a esos “Consejos” solo cuando la temática sea de mi dominio y agrado, que la estética del discurso no sea ofensiva y que la ética salga de la boca de un ser honesto. Pero ante todo, debo autoformarme.

Ese año escolar lo venía sorteando como un náufrago enfrentando olas grandes y con amenazas de tempestad. De tal manera que entre los desacuerdos con mi esposa y ahora con el ayudante, por tenerlo a él más cerca, opté un día por resolverlo: —Desconozco las razones de ese frecuente enfrentamiento contra mis decisiones en el trabajo —le dije—. Incluso olvidas mi generosidad el día en que pudiendo oponerme no lo hice cuando solicitaste tu cambio de lugar de trabajo. —No estaba obligado a aceptarlo —le recordé. Al momento en que lo confronté solo estábamos él y yo.

Era él un hombre fuerte, más alto que yo pero también él había visto en Guayana cuando hubo los intentos de agresión de algún obrero cómo me defendía con mis manos. Y por supuesto, considerando sus arrebatos de conducta cercanos a la envidia, adopté ante él miradas y gestos evitando que me agrediera. —Yo no me siento bien siendo ayudante tuyo —dijo al fin—. Luego cargado de soberbia escupió lo que había almacenado en su vida: —Me gradué primero que tú, tengo dos años más de experiencia en la industria que tú y busqué el cargo de jefe que me prometieron y no lo logré.

—¡Ah! —exclamé—. Se trata de eso. —Pide cambio —le sugerí. —No —dijo— intentando subir su tono de voz. Pues era la hora en que iban llegando los estudiantes y él buscaba ser oído. Un cambio, en mi caso, no es posible. —Entonces cumple con tu deber —le espeté con carácter—, como yo lo hago. Y si lo prefieres no me pases palabra, límitate a lo que está escrito. Y así terminé ese desagradable diálogo.

Desde ese evento empecé a tomar mis precauciones sabiendo de su pobreza espiritual y hasta de torpe refugiado en ese complejo. Liarme a golpes con él no lo vi

necesario, lo combatiría de otra manera y con estrategias que solamente yo aplicaba para casos donde soy minoría. Aunque sin duda, era mi principal problema en ese lugar al que yo mismo volvía a no decir no y así me había buscado ese obstáculo. Fue casi similar al que se dio con mi matrimonio.

Vinieron las vacaciones, recibí sueldo con bono a la vez que saqué cuentas y comparé las que tuve cuando estuve en la empresa: La diferencia era grande, pero también el trabajo era no solo estimulante a mi espíritu sino menos riesgoso. Con ese dinero pagué deudas y ahorré para ir a Caracas, como pájaro llevando al nido los alimentos.

Antes de irme hablé con el señor Orosman Rojas con quien ya tenía cierta confianza y me dijo que había pedido las llaves del liceo porque para septiembre el local prometido estaba terminado. Confieso que me sorprendió, me alegré y le adelanté mis gracias por ese gesto. Le di las gracias y él agregó algo que también marcaría mi ruta existencial: —En vista de que tú eres, me tuteaba, el único profesor que se queda los fines de semana en el Vigía y a la vez te preocupas por la Comunidad, he hablado con el Director de la emisora “Ondas Panamericanas” para que te den un espacio de 15 minutos y allí te puedes expresar. Y de una vez fuimos al lugar, luego de presentarme al locutor director Baudilio me pidió un nombre para el programa, y sin pensarlo le dije: “Quince Minutos por la Patria”. Empezaría el mismo a finales de Agosto o principios de septiembre y de esa manera empecé a sentirme útil a la sociedad Vigíense de manera más directa.

A Caracas llegué alegre y a pagar deudas, incluso con la hermana de mi esposa quien nos ayudaba con el

niño y era bien responsable con su hogar. Con el resto de la familia la pasaba bien, fui a la playa, visité a Jorge, a mi madre y hermanos, sobre todo a Cipriano. Alguna ayuda les llevé deseando que ojalá se sacaran de su cabeza la palabra “rancho”, pero era difícil como a tantos venezolanos que incluso en mejores condiciones económicas pensaban como rancheros. Para cubrir mi déficit formativo en educación me fui a una de las tantas librerías que la Caracas de Sabana Grande tenía en ese tiempo, con una pregunta como dispositivo de búsqueda. —¿Qué libros me recomiendan para leer de educación y pedagogía?

Y luego de visitar tres que por cierto estaban en la misma vía, me llamó la atención un título: Pedagogía del Oprimido, de un tal Freire, brasileño. Otro fue la, Educación para un mundo nuevo, de María Montessori. Los compré y al salir de la librería me dije: —Ahora sí que no me van a sacar del juego —me prometí—, acusando mi ignorancia frente a los verbos educar, formar, aprender, escolarizar. También compré un grueso cuaderno de notas para copiar frases y términos o explicaciones sacadas del diccionario.

Ya sabía citar a autores y añoraba el día en que sacaría a relucir mis nuevas defensas ante debates educacionales. Aprendí a hilvanar ideas buscando ser coherente entre lo que predicaba y hacía. Supe desde la lectura a esos textos que a veces al mal es necesario buscarle su otra cara donde hay signos para aprender de sus ejecutorias. Distinguí lo absoluto de lo relativo en asuntos del mal, éste tiene sus grietas para vencerlo si se respetan ciertas enseñanzas para la vida.

Me lo planteaba al reconocer que fue con los calificativos hacía mí, del llamado “Guillo”, y casi como lati-

gazos cuando con sus palabras puso acertadamente en su lugar mi deficiente formación para educar. Mi meta ahora consistía en dejar de ser un improvisado profesor, era mi amor por la educación lo que alimentaba mi vida. Para lograrlo era perentorio cubrir mis deficiencias teóricas en las palabras pedagogía o didáctica. Fue desde esa experiencia donde mi <amor fati> sintió la necesidad de buscar esos libros. De allí que al leerlos sentiría sus páginas como si tuviera a todos los profesores del mundo.

Aprendí que una cosa es la lectura y otra su interpretación cuando sacamos ideas y las adaptamos a nuestro entorno, de esa manera adquiriría el respeto intelectual que con mi voluntad de trabajo había ganado. Y en efecto, por ese camino de lecturas me topé con una idea fuerte por su efecto y me servía de apoyo cuando estuve seguro de mi planteamiento: «De lo que no se sabe, mejor es callar». Lo dijo Ludwig Wittgenstein, otro autor y sin entenderlo mucho le atribuí a sus argumentos el sabroso gusto de poner a cualquier charlatán del conocimiento en el lugar que le corresponde por su ignorancia.

Durante ese receso docente de dos meses, solo pensaba en mi retorno y ya seguro de que mi idea de familia con quien me casé era muy frágil y el divorcio era la palabra frecuente para un desenlace que no deseaba. Ya iba para cuatro años de esa unión quebradiza, pero continuaba con mi optimismo pensando que las personas pueden cambiar. Lo leía en los libros, hasta las piedras lo hacen, aunque no lo veamos ni pasando años mirándolas de cerca en las orillas de un río. Entendía que si ambos cooperábamos la familia podía funcionar mediante el vínculo de un hijo, tal y como revive una planta con sus nutrientes. No obstante, en esa unión, solamente yo hacía el esfuerzo para mantenerla desde mi <amor fati>.

Pero no un amor en tanto palabra solamente funcionando para momentos de un cumpleaños, una navidad o un carnaval sino siendo una palabra nutriéndose cada instante del bien, incluso cuando hay discusiones complejas. Lo venía leyendo en *El Arte de amar*, de Erich Fromm, cuarenta y seis años mayor que yo.

En mi transición existencial de lector de materiales técnicos, que algunos simplificaron como un “lava tuerkas”, a lector de textos de educación me desenvolvía bien y mi vocabulario era de otro tipo, ahora me sentía guiado por palabras que las sentía como mis nuevas herramientas existenciales y mi <amor fati> era distinto, con ánimo. Pues antes fui curioso como el gato buscando lo que se mueve en el monte, mientras que ahora cazaba términos, frases, sentencias, autores. A partir de esas características es que organizaba mis ideas. Y relacionando mi experiencia de trabajo con grasa, tuercas y tornillos aprendí que su sentido está en nuestro cuerpo al moverse desde las palabras.

Y sí, en la finca del “Cacao” durante mi trabajo de peón mis herramientas fueron el machete, la hoz, la escardilla y mis manos, pero ahora para comprender y conocer ¿qué es la educación?, recurría a nociones y conceptos en libros guiado por la duda como método de reflexión. Con ellos armé mi estrategia de regreso, como recuerdo que presentó Alejandro Dumas a Edmond Dantès, transformado en *El Conde de Montecristo*. Libro donde fijé mis primeros sueños literarios.

Me reincorporé al liceo encontrándome con la agradable sorpresa de que el trabajo del “Galpón” para clases anunciado por el señor Orosman estaba bien adelantado y una mezcla de sentimientos nobles me arropó: Por una parte nos había cumplido y eso me vinculaba a su

amistad. Por la otra, mi trabajo por el liceo y la comunidad no era asunto de charlatanerías y allí estaban los estudiantes con sus rostros expresando su alegría. En cuanto al programa de la radio, también mediante él, lo inicié mediante citas históricas y las relacionaba con los problemas de aguas servidas en la vía y las posibles enfermedades en la gente.

Por supuesto, hubo miradas que de tanto signo común entre los humanos terminamos por encerrar en la palabra envidia, y frente a ella yo solo tenía dos palabras: Trabajo y ejemplo. Con ellas combatía ese mal. Audiencia tuve y solo me cuidaba de no usar frases ofensivas o de ventilar problemas personales. Algunos, en esa época, me vieron como un futuro político trabajando para la comunidad y hubo momentos en que me impliqué en sus luchas y apoyo en toma de tierras baldías. Algunos planazos recibiría cuando apoyé tomas de tierras.

## Capítulo XLVIII

### *Emboscada*

*Importa mucho más lo que tú piensas de ti mismo  
que lo que los otros piensan de ti*

— *Séneca, el Estoico*

**E**n los ambientes donde me desenvolvía distinguí ventajas frente a los otros profesores del liceo derivado del hecho de vivir dentro de la comunidad, mientras muchos de ellos, incluyendo a sus directivos, el viernes salían disparados a sus lugares de origen lejos del caluroso Vigía. En ese sentido nunca tuvieron sentido de pertenencia con su lugar de trabajo.

Ese recelo para conmigo fue visible a los cinco días de estar en mi salón de clase cuando me informaron que debía pasar por la dirección. Acudí y el Profesor Marcainao, luego del saludo, se expresó: —¡No sabía!, profesor Perdomo —exclamó— que es usted un hombre de izquierda y que de SIDOR lo despidieron debido a eso. Ese inesperado momento no me sorprendió luego de mi confrontación con “caraña”, como le decían en Guayana a mi ayudante. En ese instante y esperando que él diera más información, solo lo miré a los ojos y no le dije nada. —Se lo comento —aclaró—, porque en sus credenciales aparece con un cargo de confianza y, aunque le suene raro, sus miembros cuentan con el apoyo de adecos, co-

peyanos o uerredistas, no de la izquierda que combate nuestras políticas de gobierno democrático.

—No es como usted lo dice —acoté—. De inmediato hojeaba un papel todo arrugado y continuó: —¡Pues fíjese! —insistió—, aquí anoté el día en que tomándonos unas cervezas su ayudante lo dijo frente a mí y otros profesores. Luego me lo daba a leer. —Sus razones tendrá él —le maticé—. Me doy por enterado y gracias por informarme, si no hay otro punto voy a atender mis alumnos. —No, era solo eso —insinuó. Al salir me dije: —Otro sapo en mi camino, no joda.

Esa misma mañana me comuniqué con un amigo de Trujillo que conocía a la hermana del dirigente y diputado del partido Copey Pedro Pablo Aguilar, le hablé de mi caso. Quedó en enviarme a la dirección que le indiqué una solución para eso: —No te preocupes —dijo—, eso ocurre porque los adecos y uerredistas viven oponiéndose a los copeyanos. A la semana de esa delación llegaba una carta de recomendación donde mi nombre era recomendado por ese diputado. Sin perder tiempo fui al liceo y en privado se la enseñé al Director, muriendo así, en el instante de su nacimiento, la maniobra artera del “caraña”.

No obstante, ese ayudante repetía la conducta delatora de su amigo Albarracín y confirmaba que a veces uno debe oír la intuición mediante su <amor fati>, no bajar la guardia de la sospecha cuando nada es claro. Me había pasado por tercera vez desde la primera con esa astuta suegra y su relato de muerte, la segunda cuando pensando que por tener un andino trabajando a mi lado el bien era el norte. Albarracín como sapo demostró que no era así.

Ahora, era un antiguo compañero de trabajo quien finalizando el curso en Rubio utilizó al jefe en un cambio que acepté y ni siquiera privó el momento donde volvíamos a trabajar juntos. Con el agravante de que un reclamo solapado del director buscando un no sé qué, ahora era conocido por varias personas como alguien que era de izquierda, pero que coqueteaba con Copey.

En el fondo, esa delación me acercó a estudiantes y profesores de izquierda, a representantes críticos, a miembros de grupos clandestinos y hasta a un árabe que me invitó a distribuir la revista “Palestina Hoy” de apellido Tarek, con quien hice cierta amistad. De él me preguntaba cómo hacía para mantener a tan numerosa familia con un modesto negocio de quincallería barata en ese Vigía que intentaba convertirse en un polo de desarrollo para la región de Mérida. Es decir, su puerto terrestre en una economía pujante.

Estaba también la familia Zerpa con dos estudiantes activos en las luchas y quienes me invitaron a su amplia y popular casa. Eran del PCV y allí conocería al historiador Arturo Cardozo, entre otros dirigentes comunistas y prestigiosos en la lucha contra las dictaduras. Con algunos de ellos sí nombraba a mi amigo “Larita”, de Trujillo y mi vinculación en la Juventud de ese partido. Esa casa era como un sindicato donde alrededor de la reparación de un camión se hablaba de todo. Era una familia vendedora de plátanos para Maracaibo. Siempre está en mis recuerdos y supieron de mis angustias y luchas.

Me había hecho de la idea de evitar a mi ayudante, a tal punto que solo le comunicaba por escrito lo que de su trabajo deseaba, de su delación contra mí nunca le dije nada. Ya sabía del motivo de su confrontación conmigo y siempre, de allí en adelante, donde él estaba yo

me hacía acompañar de un alumno o un profesor bajo cualquier excusa mía. Era mi estrategia por si me agredía. Consistía en nunca reaccionar ante cualquiera de sus agresiones, ni dentro del liceo ni en el terreno que aún era el salón de clase, menos en la calle.

Suena eso terrible e inapropiado, pero estaba yo consciente de que mi imagen de profesor, aunque improvisado, ante la comunidad era hombre de bien, serio y responsable. No era un “busca peos callejero” en un pueblo que se destacaba por tener momentos de violencia en la guerra de algunas familias donde se nombraban los Semprún, los Meleán y “los hermanitos”. En consecuencia, la cuidaba.

Era ya el mes de octubre de ese nuevo año escolar y al liceo llegaron materiales para el “Ambiente Profesional” y el “Galpón” estaba terminado, solo faltaba inaugurarlos. En ese tiempo iba siempre acompañado del Subdirector para comprar en el mercado local útiles de mi materia que generalmente eran de ferretería: lija, seguetas, electrodos, alambre, estopa, grasa, etc.

Y tal como lo había intuido, siendo las 3 pm de un día del que solamente recuerdo lo ocurrido: Cuando el vehículo donde íbamos se detuvo cerca de la ferretería y yo intentando salir del auto cuando me sorprendió mi ayudante con una voz y rostro cargado de odio: —Aquí te quería ver “izquierdista de mierda”, y me lanzó los golpes que hacía tiempo él tenía dispuestos para mí. Me tiró al suelo, yo no le devolví ninguno y ese directivo junto a un transeúnte me lo quitaron de encima. Ese directivo, con quien siempre mi ayudante hablaba, en ese momento le llamó la atención, pero “caraña” se fue. Abordé el vehículo un poco mareado por los golpes y nos fuimos sin haber hecho las compras.

—¡Qué pena contigo! —exclamó el directivo—. Lo sentí bien avergonzado cuando agregó: —. Vamos al liceo. —¡No! —dije—, bien molesto pero calmado: —Vamos a la PTJ, presento la denuncia por agresión y me sirves de testigo —le acoté—. Él se quedó, en ese instante, sin palabras y unos segundos después expresó: —Yo, en el problema de ustedes —aclaró—, no me meto. —Bien —le precisé—, entonces te acuso de cómplice porque ¿Cómo sabía él que íbamos a esa ferretería que no es la única del Vigía?

Ante mi decisión, se quedó pensativo y aceptó acompañarme. Hice la denuncia, pedí una copia y al entregarla al Director le solicité un “Consejo Técnico” para tratar mi caso. Con excepción de sus amigos, a “caraña” le criticaron lo que hizo y en el liceo circuló mi incapacidad de devolver los golpes. Con mis alumnos, fui prudente en no hablar del asunto y cada quien asumió su rol en el trabajo, de él nunca recibí una disculpa y supe que lo habían citado a esa policía.

En vista de que en el programa radial tocaba temas de salud para la comunidad, siempre recibía informaciones de problemas del liceo por voz de algunos representantes. Por supuesto, les presté atención. Del señor Orosman recibí su apoyo y me estimuló a seguir por ese camino de defender el proyecto educativo en curso.

Entre los problemas de los que me enteré por personas serias destacaban los siguientes: Profesores que solo iban los días de cobro y sus suplentes tampoco cumplían, abusos de directivos contra secretarias donde hubo algunas forzadas a renunciar por quedar embarazadas, alumnas acosadas por unos profesores que se hacían llamar “los irresistibles”.

Cuando supe todo eso quedé asombrado porque ciertamente esos signos los había visto, solo que ignoraba hasta dónde habían llegado en la comunidad. Y algo que siempre veía en una residencia donde se hospedaban en la semana unos ocho profesores: Alumnas con su uniforme que entraban a ese sitio y como yo vivía cerca de allí escuché de vecinos comentarios críticos a esas escenas. El “Consejo” se convocó con una temática variada de algunos de esos rumores y en la agenda aparecía mi caso. Sin embargo, al mismo no me permitieron asistir, luego de las decisiones me informó el director que se acordó hablar con mi ayudante y agresor. En el fondo, a ellos les convenía tenerlo de aliado porque siempre andaba con los directivos y los apoyaba en todo. No haberme escuchado fijaba distancia con los directivos.

Lo más destacado de esos vínculos con algunos profesores y directivos con mi ayudante eran los tragos, “cherchas” y fiestas. En cuanto a la PTJ, solo le recomendaron alejarse de mí, algo complicado por el trabajo en común. Frente a ese aspecto institucional donde era minoría, salvo en el apoyo estudiantil, pues siempre me gustaba hablarles de mi infancia y con algunos salía a correr, me dije a los fines de no dejarme intimidar por nadie: —¡Cuántas veces he quedado aplastado e ignorado durante horas y días!—. Y mi respuesta no variaba: —No siempre todo pasado es mejor y al contrario, he pasado por ríos crecidos, subido empinadas montañas y he dominado mi fatiga, entonces puedo salir airoso de esto.

La vida escolar y mis clases continuaban, pero mi <amor fati> me daba síntomas de prevención, cuidado y estar alerta. Empecé a conocer líderes locales, a plantear problemas que en mi programa de radio exponía. Se inauguró el Galpón, vinieron autoridades de mayor jerarquía y todo eso me acercó más al señor Orosman. Con él

logré obtener una vivienda de interés social que empecé a pagar y alegre por todas esas buenas noticias pedí un permiso para irme a Caracas y conversar con mi esposa para que me acompañara al Vigía y reconstruir nuestra vida familiar. Fue mi terquedad en conservar algo que ya era un escombros. Pero así somos los humanos.

Su familia con esa noticia estaba contenta, pero ella fue indiferente y admitía que era yo quien insistía. Frente a nuestra crisis había de por medio un hijo que como su hermana dijo, quizás intentando ayudar a resolver el conflicto, se encargaría de él mientras nosotros arreglábamos las cosas. Esa idea de su hermana fue espontánea, pero ella medio aceptó mi propuesta de acompañarme. Es difícil de explicar mi posición, pero así lo intenté de nuevo.

Ante esa resistencia inexplicable de ella, yo me decía influenciado por mis lecturas: —El amor no nace, se hace. A lo mejor más adelante el matrimonio se recompone—. Y sí, hasta esta parte, cualquiera puede pensar lo que quiera, verme ingenuo, postrado ante un amor que no existe. Sin embargo, creo que una persona puede cambiar.

Poco me importan los juicios de valor por quienes a lo mejor nunca han recogido una manzana mordida por no sé qué animal estando en el suelo y comerle su parte buena y de esa manera paliar un poco el hambre de ese mal día. Y con esos pensamientos regresamos al Vigía. En mi curso “caraña” seguía insistiendo en poner contra mí a algunos profesores y a ciertos estudiantes del “centro de estudiantes”. Yo continuaba apoyando las actividades deportivas y carreras de calle e incluso acompañando a los alumnos que competían en lugares fuera del Vigía.

De esa manera mi trabajo educativo era más intenso y daba el ejemplo a la comunidad. En cuanto a mi nueva casa, compré unos canarios, sembré matas de flores en materos para alegrarla y así me vinculé con unos criadores y vendedores de esas aves. Sin embargo, el calor del ambiente y el que debería tener mi hogar eran diferentes y el lugar no la sedujo aumentando su insatisfacción como pareja.

Aprovechando que el psicólogo del liceo me invitó a su casa, muy emocionado porque tenía un nuevo auto, de marca, me dispuse a ir con ella. Como a Duque le tenía confianza previamente le sugerí que la observara bien para que me diera pistas para comprenderla en su conducta reactiva, pero a la vez negándose al divorcio que ya le había propuesto un poco cansado de sus inconformismos frecuentes y hasta infantiles.

Así ocurrió en esa visita y frente a las cervezas de rigor, ante un calor apenas disminuido con un ventilador pasamos una agradable tarde cercana a la noche. Finalizamos la reunión en unas dos horas y al llegar a la casa le pedí su opinión de la velada: —Esa gente es pacata —dijo a regaña dientes—, ni música pusieron para que uno bailara. De eso no dije nada por lo inapropiado de su juicio. El lunes hablando con ese orientador me expresó: —Tienes una esposa insegura —dijo—, amiga del ruido, llanto y escándalo, como le ocurre a muchos jóvenes hoy en día y difícil que cambie en lo inmediato. Entre ustedes la incompatibilidad de caracteres es visible y a la larga eso rompe cualquier vínculo, que por lo visto, hasta donde percibí, solamente es el niño —concluyó como sentencia final.

Cercano al mes de abril y de las vacaciones escolares por la “semana santa”, dos representantes decidieron

denunciar a dos profesores por acoso sexual a sus hijas y lo hicieron por escrito. En esos casos se convocaba al “Consejo Técnico” al que yo a veces era invitado. El día de la reunión el debate se centró, casi por acuerdo de la mayoría, salvo el orientador y yo, en centrar la denuncia en una frase: —Eso del acoso es muy difícil de demostrar y no sabemos si esas niñas provocaron a esos profesores.—especificó el Director—, y simultáneamente el subdirector agregó: —Además de que son pésimas estudiantes—, pasando de inmediato a distribuir entre nosotros las notas que probaban lo que afirmaba.

—En cuanto a mi opinión —recalqué—, que por el bien del liceo en su imagen ante la comunidad, era conveniente dejar sentado en el acta: «Llevar el caso al “Consejo General de Profesores”» y que allí mismo se dilucide el caso, junto a la agresión de la que fui objeto por mi ayudante. A los directivos, sobre todo al Director, no les agradó mi propuesta y les incomodó pero aceptaron llevarla por ser un caso que también perjudicaba a la institución. Quien intentó sortear el caso fue el subdirector: —Usted sabe, Profesor Perdomo —insistió—, que todas las denuncias que recibe el liceo no podemos resolverlas. Por alguna extraña razón, su ambigüedad no tuvo el eco esperado, pues algo intuían ellos cuando en dos días el “Consejo de profesores” se instaló.

## Capítulo XLIX

### *Esperanza Universitaria*

*Después de tantos años estudiando la ética, he llegado a la conclusión de que toda ella se resume en tres virtudes: coraje para vivir, generosidad para convivir y prudencia para sobrevivir*

— *Fernando Savater*

**A**l exterior del liceo se supo que solo el orientador y yo apoyamos llevar el caso de los representantes a consideración, las clases se suspendieron como era la costumbre y el debate sería en una sala de clases y las palabras, necesariamente se escucharían afuera, pues no hubo un salón para tales debates. Siendo las 9 am y con el “protocolo” de siempre, se inició el referido “Consejo”. Primero se leyeron las dos cartas, después mi caso que estaba en “Puntos varios”. Expuesto el contenido de la denuncia, de inmediato brotó la “solidaridad automática” con los aludidos profesores, unos divagaban y otros opinaban entre un tibio sí y un no. Otros quedaron mudos.

Mi opinión fue en otra dirección resaltando la palabra respeto y abogué por suspenderlos y que si el liceo no lo hacía, sugerí que los representantes se dirigieran a un tribunal donde había las leyes para esos casos y la propuesta llevaría el acta del “Consejo Técnico”. La res-

puesta de los grupos fue también inmediata y el ambiente se recargó de insultos y ese “Consejo” se suspendió. En la salida no me golpearon con los puños, pero sí con las miradas salvo los representantes que me manifestaron el reconocimiento a mi posición para con esa denuncia. Por supuesto, “Puntos varios” no tuvo debate y el caso de mi agresión no se tocó.

A veces, me dije, ante lo que viví por ese tiempo no todo fue tan claro. Siempre ocurre que lo que nos parece simple deviene complejo. Pensaba en las niñas siendo víctimas de un poder que traicionaba la confianza que la sociedad otorgaba a la acción de educar por parte de una persona y a la que también el Estado le daba le confiaba otorgándole su profesión. Pensaba en cuál sería mi reacción si algún día tenía una hija niña y un acosador la molestaba en su escuela.

Frente a esas cavilaciones mías recordaba que con la palabra confianza interpretada de otra manera por los directivos de la empresa en Guayana fui despedido. Ahora, de nuevo y misteriosamente esa misma palabra se desdoblaba para darle apoyo a lo indeseable del abuso contra unas niñas vulnerables frente al poder de una nota que es el chantaje manejado por cierto tipo de profesores buscando un favor sexual. Estar de acuerdo con esas prácticas es complicidad disfrazada de solidaridad con alguna profesión

Sin duda que también allí el amor también moría, devenía utilitario, salvaje y bárbaro como los griegos antiguos calificaron a los incivilizados. Imaginé asimismo la reacción de un profesor si a su hija le ocurre lo mismo con otro caso parecido de uno de sus colegas. En todos esos síntomas, seguramente no triunfará la indiferencia, como ese día del debate observé con desagrado a algunos,

pues las palabras ofendidas eran la dignidad y la deontología de la profesión. Como se observa, las palabras se mueven en el sentido que le demos buscando un fin y ellas nunca son neutras.

Las clases se reanudaron tres días después, con tristeza supe que las alumnas fueron retiradas por sus representantes del liceo. Pero pasado un mes, una tarde supe del rumor donde se decía que de Caracas llegó un “Supervisor Nacional” del Ministerio de Educación para informar por escrito la suspensión de los profesores denunciados, del Director y de mi ayudante. Todo un revuelo porque a partir de ese día el liceo se intervenía y era el Subdirector quien se encargaba de dirigirlo. Indudablemente, alguien se había movido y la justicia llegaba. A finales de Julio cada quien se fue de vacaciones y en ese tiempo algunos docentes no graduados asistían a los cursos de “Mejoramiento Profesional”, yo había logrado inscribirme pero no asimilé la metodología adoptada y apenas estuve un mes. Buscaba yo darle legitimidad a mi improvisada profesión de profesor.

Con mi esposa me fui a Guayana para visitar su familia y la sorpresa que obtuve es que las pocas cosas que había dejado en custodia de ellos ya no estaban y cualquier explicación era el silencio cómplice de su familia. Con resignación acepté el hecho y a la vez evitaba discusiones inútiles. Llegado el mes de septiembre me reintegré al liceo y asistí al primer “Consejo Técnico” y me enteré que en el lugar de mi ayudante venían dos, uno de Caracas de apellido Pérez y otro de San Cristóbal de apellido Flores. Ambos, al tratarlos, los percibí serios y responsables por la manera en que abordaban lo que había en el “Galpón” que ya tenía un ambiente real de un Centro de Formación, bien equipado y con herramientas que nos había otorgado el Ministerio. Sin embargo, el

Director encargado se mostraba más unido a los grupos de presión que en ese “Consejo de Profesores” se “lavarón las manos” ante la denuncia de las alumnas, como se dice de Pilatos ante el Cristo en vía de crucifixión. Y era obvio que apoyados, de esa manera, sus miradas anunciaban sus ganas de revancha y cobrar mis opiniones opuestas a esas prácticas.

Los días siguientes fueron de tratos ácidos conmigo y sucedió lo que tenía que suceder ante esa actitud mía de confrontar a tipos de “mafias” enquistadas en las instituciones, cuando el amigo bedel me entregaba una comunicación del director encargado. En su presencia la abrí y constataba que ahora el convocado por el Departamento de Evaluación era yo. Se me señalaba de haber alterado unas calificaciones a tres alumnos. Por ese motivo se tendría un “Consejo Técnico”, al cual no podía asistir por ser parte del problema. Sería por la tarde de ese día en que fui convocado, mediante esa comunicación, cuando le firmé al bedel.

Esa tarde, cuando llegué y solicité la debida explicación con más detalles de la convocatoria, solamente me dejaron mirar las planillas, en ellas era visible y hasta burda la adulteración de las notas. Solo que no era yo quien lo había hecho, sino mi ayudante ya despedido. No era mi estilo, pero tenía mi firma. Brevemente les aclaré que por ser jefe de él firmaba las notas finales.

A decir verdad, nunca supe de revisiones de ese tipo en forma extemporánea, pues existía el período normativo para hacerlo y solicitadas por alguien afectado. La decisión de ese “Consejo” fue llevar el caso al “Consejo General de Profesores”, tal y como ocurrió en casos conflictivos recientes. Sería el día martes de la semana

inicial de clases, a las 9 horas y previa suspensión de las clases que apenas comenzaban.

El día llegó con los murmullos de siempre, rumores, chismes y formación de grupos como si fuera una escena del circo romano. De nuevo el “cuórum” contaba con la presencia del “Guillo” y de otros profesores que solo venían en momentos como ese. El simulacro montado era con el objetivo de dar la apariencia de institución seria. Y se daba con un punto único: «Adulteración de notas». Sin ninguna intención de cubrir las apariencias y hasta con descaro, era una suerte de venganza por mi posición anterior que provocó la intervención del liceo. Ni siquiera Duque me advirtió de ese “lance en la reyerta”, palabras frecuentes de mi madre Rita en su limitado vocabulario para referirse a peleas callejeras.

Luego que examiné en detalle las posibilidades de salir airoso de ese “Consejo” supe que era complicado ser honesto ante tantas prácticas de corruptelas. De los grupos allí alineados, a ninguno pertenecía. Generalmente me reunía con alumnos y, por supuesto, también esa era una deuda que me cobraban.

Todos sabían que ni traficaba con notas ni con nada, pero nadie aceptaba allí que no siendo un profesional de la educación, sino un improvisado de la enseñanza, tuviera el cargo que tenía. Menos, ganado mediante un exigente concurso. Ignoro, a la fecha en que escribo esta historia, si hubo otras épocas donde eso se dio.

—¿Qué tiene usted que alegar ante el punto que lo trajo a este “Consejo” —dijo el Director encargado—. Con clara voz donde expresaba su puesto de poder. Yo sabía, por su cambio de trato conmigo, que él nunca olvidaría cómo lo obligué a ser testigo cuando “caraña” me agredió.

Escuchada la pregunta, luego de saludarlos a todos, en ese memorable lugar me defendí como lo hace un gato cuando en una pelea queda patas arriba:

—Quizás mi citación aquí obedece a un asunto de notas alteradas no hecho por mí. Por ello no estaré defendiendo lo que no reconozco —dije para comenzar— y mirando fijamente al “Guillo”, pues era la estrella ante ese circo. De entrada, sostengo que la causa de toda esta patraña reside en que ni soy licenciado ni pedagogo y tampoco egresado de “mejoramiento profesional”, pero mi cargo lo gané por concurso. Agregó que me agrada enseñar con una estrategia bien simple: «Para saber la menor cosa sobre uno mismo, es necesario saber todo sobre los otros». Lo dicho, no es mío, sino del poeta inglés Oscar Wilde. Con esto —les digo— que siempre respeto lo que hago porque amo la ética, que entre otros signos invita a evitar las contradicciones entre lo que se dice y lo que se hace. Por eso, si miran a su entorno comprenderán que si se tiene un trabajo hay que cumplirlo y no pagar a otros para que lo hagan, respeto la verdad y el conocimiento. Niego aquí que adulteré esas notas, no necesito hacerlo —aclaré.

—Recuerden ustedes que hace un año este “lava tuercas”, como algunos a mis espaldas me calificaron, se ha batido para que los estudiantes de este Vigía tengan mejores condiciones de estudio. Y les pregunto ahora: ¿Cómo admitir que si los padres nos entregan a sus hijos confiando en nuestra ética tengan que retirar a sus hijas por acoso sexual de profesores? Esa es la factura que me cobran, no necesito alterar notas para obtener la confianza y el reconocimiento de profesor, no obstante no tener el diploma profesional de tan bella carrera. Aquí se retiraron alumnas afectadas por acoso sexual, una secretaria fue obligada a irse del liceo porque quedó

embarazada de un directivo y ahora usted —le increpé— como Director encargado y teniendo ese caso ignoró su denuncia y al igual que el otro Director miró para otro lado.

—Pues sepa, —y en eso fui enfático—, que hay nuevas embarazadas y usted como yo conocemos al autor. Terminando con esa información y ante el asombro de todos, se desataron las furias como animales de la selva: —Golpes, insultos, pupitres quebrados y en un rincón estaba yo sacando a relucir mis conocimientos de box defendiéndome con mis manos y las palabras pasaron a otro lugar. De allí salí un poco magullado, pero no peor que otros. Si alguien está o no de acuerdo con mi defensa, poco me importa, pero ese día fui ese gato patas arriba.

Como ocurrió en el anterior “Consejo”, este también se suspendió. Esa semana la “Zona Educativa” intervino el liceo mientras que yo me refugié en mi casa donde la culpa renacía en la voz de mi esposa: —Tú, siempre tratando de ser salvador de la gente —dijo ella— sin escucharse a sí misma a quien yo había salvado hasta ahora porque no tenía energía ni para trabajar, pero sí para que la mantuviera.

En la mañana siguiente tocaron la puerta de mi casa y eran dos representantes junto a la secretaria que en el liceo obligaron a renunciar y me ofrecieron apoyo ante cualquier constancia que necesitara. Ellas se habían enterado de lo ocurrido en ese “Consejo”. Esa visita me enseñaría que la confianza se gana en combates donde huir no es la opción.

Una semana después de ese circo, vino al liceo un Supervisor Nacional de apellido Lechofer, hombre alto y de carácter fuerte. Su motivo era reunir el “Consejo

Técnico” y conocer todo lo sucedido y así tomar una decisión institucional. Fue lo que a secas una secretaria me informó, pues algunos directivos, excepto Duque, no me dirigían la palabra.

En vista de que yo pertenecía a ese espacio institucional, estuve ese día para hablar con ese funcionario y que me invitaran, pues convocatoria no tenía aunque era un afectado. Cuando lo vi llegar y me le presenté vi por su gesto que sabía de mí, pues de inmediato insinuó: —Usted no puede estar en esa reunión, al terminar yo le informaré de la decisión tomada—, no dijo más nada y allí quedé esperándolo como había dicho.

Pasadas dos horas del aludido “Consejo”, ese Supervisor salió para informarme: —¡Mire, profesor Perdomo! —exclamó con asombro—, su situación es bien grave y usted parece no comprenderla. Se la explico: —De una parte, usted se defiende de la alteración de notas acusando a otros profesores que es algo diferente al punto de la agenda. De la otra, usted será despedido y seguramente lo van a demandar en los tribunales por las acusaciones que hizo y están en una acta —puntualizó—. Créame que lo lamento, pues sé de su responsabilidad desde que vino aquí. Sin embargo y en lo que me concierne, a menos que usted aporte pruebas de sus denuncias, no de las notas adulteradas porque no fue usted quien lo hizo, será despedido del Ministerio.

Ante esa ventana que él venía de abrir, de una vez le manifesté: —Las personas afectadas me han visitado y apoyan todo lo que dije, en parte porque el día del debate varios representantes y víctimas estaban en el estacionamiento del liceo y pudieron escuchar mi posición.

La realidad donde trabajaba ese funcionario seguramente no le era desconocida el caso de ese liceo, tampoco venía de descubrir el agua tibia, como dice “el rumor de pueblo”. Estaba allí, no para apoyarme, sino para salvar los muebles ante el descrédito público de la institución: Hubo unas denuncias de representantes y las ignoraron. Lo que no imaginó el grupo de cómplices de esos hechos es que sacarme del juego por ser incómodo no era tan fácil y el “Guillo” no siempre podía ganar con su juego de locutor torciendo las palabras.

Allí estuvo el combate de mi <amor fati> con su ética en una profesión autodidáctica que me venía seduciendo en mi voluntad de vida. Eso lo ignoraron, yo defendía el mérito no las astucias de esos zorros municipales. Ahora, el problema tenía otro rostro, otro escenario y un sujeto del poder central. Ese profesor me dijo dónde estaba alojado y que le hiciera llegar a los afectados su disposición de escucharlos —sugirió. De inmediato me fui a las direcciones que tenía y les di la buena nueva, esa misma tarde.

De lo que se habló entre los afectados y ese funcionario no supe nada, solamente cumplí con ponerlos en contacto. Luego de esa reunión él dejó el Vigía y no me dejó ninguna recomendación. Pasada una semana de ese evento, llegaba otra supervisión más precisa al liceo y se descubriría que la “Partida para Gastos” de los aportes por inscripción la habían saqueado.

En cuanto a mí, no me despidieron, el “Guillo” y otros reposeros asistían a sus clases, el Subdirector fue transferido, yo expuse parte del caso en mi programa radial y mi integración a la comunidad del Vigía iba bien, pero la ironía de preocuparme por los demás mientras que en mi vida familiar los obstáculos los enfrentaba solo

y sin viento a favor, inundaban mi existencia. Era mi cruel contradicción existencial.

El año escolar continuaría con un profesor enviado de Caracas, para dirigir el liceo. Su apellido era Romero, similar a esa planta utilizada para perfumar el ambiente y quitar inflamaciones. Lo percibí, al presentarse en el “Consejo Técnico”, como un hombre comunicativo, decente. Con el agregado de que al contrario de los otros, se instaló en el Vigía, lugar donde debía estar representada la institución. Todos lo percibimos competente para el cargo. Del Vigía de ese tiempo, donde antes hablé brevemente la gente sabía mediante los periódicos de sus aspectos económicos: Producía alimentos agrícolas y ganaderos, pero era una zona violenta con crímenes por encargo por parte de familias conocidas: Los Meleán, Los Zemprún y “Los Hermanitos”, entre otros.

Curiosamente en mi curso estaba un familiar de esos Zemprún y su rostro arrastraba la huella del exterminio de su familia por parte de un grupo policial, denominado “El grupo gato”, dirigido por un inspector merideño de apellido Molina. Ministro de la defensa en ese tiempo era otro merideño de apellido Dávila. A esos cuerpos policial militares la madre de los Zemprún acusaba por la prensa de ese exterminio. El diario El Nacional y Panorama de Maracaibo informaron bien de ese caso y en el liceo eso repercutió. Hubo tardes en que hablé bastante con ese joven y me contó que su madre llevaba a diario un vestido de color negro, como el recordatorio del luto por la muerte cruel sufrida por sus hijos. Es otro aspecto de la violencia de ese entonces.

Con Romero se trabajaba bien, nos teníamos confianza debido a que antes de venirse al cargo habló con Lechofer y conocía a mi hermano Cipriano. Junto con mi

ayudante Abrahán le hicimos arreglo a su vivienda antes de traer a su esposa, que según dijo, no le gustaba el calor. Era mi caso conyugal, pero de eso no comenté nada.

Con él, el primer mes fue como de “luna de miel” de recién casados. Ya para el segundo, afloraron algunos inconvenientes debido a que por no conocer la idiosincrasia de la gente empezó a tener problemas cuando escogió a unos alumnos de su partido político para tenerlos como informantes, vale decir: Delatores juveniles.

Cualquiera, con sentido común mínimo, sabe que los problemas no se resuelven solamente con los deseos. Eso me venía ocurriendo cuando reconocía que debido a mi matrimonio el plan de seguir una carrera universitaria se había frustrado. Lo digo porque pasaban los años y esa idea seguía en mi mente. De pronto, llegó uno de esos días que parecen estar gobernados por el azar y se alegraría mi <amor fati> con algo inesperado:

Cuando llegué al liceo y vi una larga fila de estudiantes, frente a la oficina de evaluación, mi curiosidad me invitó a informarme pues pensé que había otro conflicto de notas. A la secretaria que los atendía, de nombre Brunilda, le pregunté el motivo de la fila. —Son los estudiantes que aspiran ingresar a las universidades y deben adquirir una planilla, cuyo costo es de 5 Bolívares. La necesitan debido a la nueva modalidad de lo que denominan el CNU, y por medio de sus datos obtienen su cupo en el lugar y así son zonificados.

Sin pensarlo mucho le pedí una de esas planillas y ella me aclaró: —Profesor, yo se la vendo —dijo— pero entiendo que usted no es bachiller sino técnico y a lo mejor lo rechazan. —No te preocupes —mascullé—. Al me-

nos me inscribo. Eran tanto los deseos de ir a la universidad que algo en mí se disparó ese día.

Pasaron dos semanas de ese momento y a nadie le comenté esa osadía, pues ciertamente como dijo la secretaria, no era bachiller y lo más seguro es que me rechazaran. Lo hice tratando de hacer real mi sueño, solamente ese fue mi motivo. Para mi bella sorpresa, al mes recibí respuesta y nunca supe cómo funcionó, pero estaba asignado al Núcleo de la ULA, en San Cristóbal, lugar que siempre me daba signos distintos ante mi vida cargada de sinuosidades y curvas peligrosas como las de ese lugar antes de construirle su gran autopista desde La Grita.

Fue un lunes del 1975, para empezar a estudiar educación. Día inolvidable para mi <amor fati> que tanto lo deseaba y tantos tropiezos para tener ahora esa agradable noticia. En esa respuesta institucional se fijaba mi nueva ruta, aunque sabía que no sería fácil, como hasta ahora venía siendo mi vida. En ese tiempo, lo común para mí era mi soledad que a pesar de estar rodeado de gente la sentía en mi cuerpo. Por ello al recibir esa noticia algo cambiaba en mi existencia y la esperanza de estudiar era ahora más cercana, aunque debía saltar un pequeño muro: Era el asunto del permiso para ir a clase, porque medio de desplazamiento tenía al haber comprado un auto nuevo.

Lo que vi con claridad es que tenía excelentes relaciones con los estudiantes, mis ayudantes y el director del liceo. Me venía diciendo que si asistía un día a la semana y preferible un viernes, podía aprobar las materias de ese día. En consecuencia y en un intento de vencer ese muro, lo primero que hice fue hablar con mis alumnos y mis nuevos ayudantes. Luego le diría a Romero a

ver si lograba su permiso. De no lograrlo solamente me quedaría el intento y su recuerdo. Y seguramente diría: “Estuve a punto”.

Era ambicioso mi sueño porque deseaba estudiar medicina, pero una vez que me hice profesor improvisado mi gusto cambió radicalmente. Al Director le informé y si era los viernes por la tarde no había problemas —me dijo—. De inmediato le di las gracias y me fijé una meta: —Al menos las materias de ese viernes que ignoraba de qué trataban las aprobaría y ya estaba en el circuito universitario, el CNU., que era lo más importante.

Contaba también con unas carreteras en buen estado como para viajar de noche en mi regreso al Vigía. Una vez despejado el camino, mediante ese permiso, me fui a un lugar lejos de donde me vieran, puse mi mano derecha sobre el lado de mi corazón y me prometí lo siguiente: —Le voy a poner el pecho a cualquier tempestad que llegue, pero de que me gradúo de educador no tengo dudas.

A las dos pm llegué al lugar adyacente al “Terminal de Pasajeros” y en media hora me atendió una amable secretaria que me pidió mi cédula de identidad y título de bachiller. —No lo tengo —le dije—. El proceso se detuvo cuando agregó: —Voy a consultar su caso—. Transcurrieron unos cinco minutos cuando regresó y calmó mi espera al decirme: —En cinco años usted se graduará a condición de presentar el título de bachiller, por los momentos queda inscrito para cursar cinco materias de lunes a viernes. Mi sugerencia es que se inscriba en un liceo nocturno y vaya adelantando eso —concluyó. Después me entregó el respectivo horario, salón de clase y profesor de la materia.

Las clases eran de 4 pm a 10 pm. ¡Cuánto comprendía allí los maravillosos sentimientos que me inundaron ese día! Qué gusto es sentir que un sueño asoma luces de realidad, por pequeña que sea la señal. Valió la pena ser optimista, luchar y defender la ética, pues con el ambiente en ese liceo no hubiera podido estar ahora en el salón de clase de una materia que el “Guillo” dijo que yo ignoraba. Allí estaba, listo para mi primera asignatura: “Pedagogía de la Educación”.

El profesor, de esa primera materia cuando entré a su clase se paseaba por las páginas de un libro escrito por un argentino de nombre Ricardo Nassif. Dentro del salón y mirando mi entorno era uno de los de más edad. Por primera vez me sentaba en un pupitre universitario, tenía 27 años. Me senté al lado de un joven quien comentó como para que lo oyeran: —Ese profesor es excelente, es un diputado de A.D. en La Asamblea Legislativa.

Al final de la clase, cercano a las 6 pm, me acerqué a ese profesor en el instante en que recogía sus libros para irse: —Disculpe Profesor —le dije—, molesto su atención para decirle que su clase me gustó mucho, vengo desde el Vigía y soy profesor no graduado en el Liceo Alberto Adriani. El caso es que tengo dificultades para asistir durante la semana a su clase del martes. Quisiera saber si luego de leer su texto guía y con los apuntes que obtenga cuando yo no pueda asistir, usted me acepta un resumen hecho por mí y así podría evaluarme. He leído el libro de Paulo Freire que seguro usted conoce —le acoté.

Ese profesor, con su gentileza me daba su confianza: —Claro —dijo—, en mis clases busco que mis alumnos interpreten a autores reconocidos y escriban sus opiniones. Le di las gracias y esperando mi segunda clase de 7 a 9 pm, fui al cafetín y mientras lo sorbía me dije: —Ya

tengo una parte de mi ruta universitaria deshierbada, como me decía en la finca del “Cacao” quitando la pringamoza alrededor de las plantas del maíz.

La segunda asignatura era “Métodos de Investigación” y coincidí con el compañero del comentario anterior y dos de sus amigas. Fue una clase interesante. En ella el profesor se presentó, dijo ser sociólogo y se ocupó de darnos normas de escritura en ciencias sociales, fichas y citas de autores con sus códigos latinos: *Infra*, *ibíd.*, *ídem*, *op cit*, *aut*. Habló del “Plagio” como un delito intelectual a no cultivar. El tiempo pasó rápido con él. Al final, y esperando que ese profesor estuviera solo, lo abordé de la misma forma que al anterior, con el mismo discurso de mi caso. Me escuchó con curiosidad y se expresó: — Por mi parte no tendrá “piedras en el camino”, valoro su esfuerzo en estudiar —dijo—. Usted me entrega un texto siguiendo lo básico de la Metodología aplicada en investigación educativa y yo lo evalúo. Le informo que en la Universidad autónoma no es obligatoria la asistencia, salvo si el profesor lo exige.

Le di las gracias y salí a esperar el tiempo de la tercera clase que sería de 9 a 10 y 30 pm, aproximadamente. Busqué un pasillo donde en ese momento no había nadie cerca y puse mi mano derecha sobre el lado de mi corazón y dije: —Más alegre no puedes estar espíritu inquieto y rebelde—. Al rato entré al salón que me tocaba y en la pizarra de la clase de Matemática estaba un gráfico con el nombre: Conjuntos, su Teoría. Ignoraba de qué se trataba y hasta con soberbia asumí que sería pan comido, pues en la ETI había estudiado Cálculo Diferencial e Integral, cuyo nivel era el segundo año de ingeniería.

Más equivocado y sorprendido no pude sentirme en esa clase cuando escuchaba y veía lo que ese profesor

graficaba como conjuntos. Era como escuchar hablar de algo extraterrestre donde rayas y números no me decían nada de lo que por matemática yo entendía. Sin ninguna duda, estaba desubicado en los adelantos de la asignatura. Incluso me había propuesto intuir que sería mi materia más fácil. Me equivoqué, allí estaba esa conjunción con la palabra “pero” adversativa fijando la distancia discursiva, el de los obstáculos y como una serpiente asechando mis pensamientos.

Esa noche no entendí nada, y nada, era nada. Me acerqué al profesor para exponer mi caso y me oyó atentamente, a la vez me arrimó su libro para que viera los contenidos y pasara por la Biblioteca donde el mismo libro estaba a mi disposición. Luego de echarle una hojeada y no ver por ningún lado los términos que yo conocía, ese profesor me susurró amablemente unas palabras que provocaron su risa: —Parece que usted entró a mi curso como quien se lanza desde un helicóptero sin paracaídas. También yo reí su ocurrencia, pues no se equivocaba. Le admití su comentario, di las gracias y a las 10 y 45 pm dejé el lugar para agarrar carretera y amanecer en el Vigía.

Fue una experiencia donde por estar solo en mi auto pude filtrar mejor mis ideas de trabajo, estudio y familia. Estar estudiando era un paso importante en mi nueva ruta. Concluí, en ese viaje, que debía tomar notas de todo cuanto me rodeaba y era prioritario organizarme para no abandonar ese proyecto de ser un profesional de la educación. Sabía que era similar a mi promesa de nunca abandonar una carrera cuando participaba en maratones y lo venía cumpliendo.

## Capítulo L

### *Atrapado por los dioses*

*Es imposible admitir que los factores económicos son los únicos que determinan el comportamiento de los hombres en la sociedad*

— **S. Freud**

*Una concepción del universo, p. 245, en G. Mendel, La crise de Génération, p. 20. Payot 1969. Milán.*

**D**e madrugada llegué agotado a mi casa y el resto del amanecer no lo sentí porque dormí bien. Al levantarme estaba poseído por la palabra entusiasmo. En mis notas estaba su significado: «Atrapado por los Dioses». Con ella organicé los materiales y apuntes de las primeras clases que los amigos, hechos esa noche, gentilmente me permitieron, pues ya había perdido una semana. Afortunadamente en mi casa había ese sábado cierta paz y poder estudiar.

Me faltaban las clases de Historia de la Educación y Sociología de la Educación, impartidas los días jueves. Con la posibilidad de contar con apuntes no encontré dificultades, pues el volumen de lecturas que constituían mi archivo cerebral andaba por esos mundos. Solamente necesitaba de la receptividad del profesor para permitir la entrega de informes de lectura y de vez en cuando asistiría para obtener la evaluación respectiva.

Al profesor Romero lo visité a eso de las 3 pm de ese sábado y le expuse mi caso. Como era su costumbre amable de cooperar con todos en ese liceo, me sugirió que siempre le avisara, con tiempo, de mi ausencia y dejara bien atendidos los alumnos con mis ayudantes. De ese gesto le estaría muy agradecido siempre.

En el liceo las clases y el trabajo con mis ayudantes iban muy bien. En las materias del Núcleo del Táchira ya estaba adaptado también. Los tres acoplamos bien nuestros tiempos y objetivos personales de cada quien, a los fines de cooperar en nuestro trabajo. A tal punto lo hicimos, que Flores se fue a vivir a mi casa por un modesto alquiler de la habitación. Era un joven nervioso, pero responsable y venía de una familia cuyo padre tenía una reconocida sastrería en una de las avenidas de San Cristóbal.

En cambio, Pérez era callado, observador y zamarrero, ya casado y bastante competente con el trabajo. También muy responsable. Era caraqueño y a fines del mes iba a visitar su familia. Lo que no marchaba bien era mi matrimonio que junto a la inadaptación del calor para mi esposa donde ningún ventilador le servía, complicaba el escenario cuando de solucionar problemas se trataba. Pero montar un aire acondicionado en mi casa no daba con mi salario.

Ya los motivos que conducirían a una separación iban en aumento, estaba decidido a lograr mi objetivo de estudiar. Algo que ella no quería entender al negarse a cooperar, pues mi logro o el de ella siempre era para la familia. De allí que uno de esos días le expresé lo siguiente: —Si en esta casa no puedes encontrar tu refugio, es mejor que cada quien siga su camino. —Sí —dijo sin mu-

cho esfuerzo—, iré donde mi hermana y me das para la alimentación del niño, pero el divorcio no te lo doy.

Desde su respuesta, opté por consultar a su hermana y ella aceptó el acuerdo. De allí en adelante mi carga emocional sería más ligera, tanto en el trabajo como en mis estudios que requerían de cierta tranquilidad emocional. Quedé solo en el Vigía y, aunque suene raro, mi vida devino más tranquila.

Sin comprender tantas contradicciones juntas en mi relación familiar que, a decir seriamente, era yo quien la deseaba y dentro del conocimiento rudimentario de mi inglés había leído unas palabras que por su sentido me golpearon más fuerte al hacerme sentir no solo idiota, sino culpable de lo que por familia había construido. La tal palabra era compuesta: «wishful thinking», con ella uno terminaba cayendo en ilusiones al tomar decisiones fundadas en emociones y suposiciones.

Yo, como tantos, de la realidad solo sabía lo que veían mis ojos no lo que las personas pensaban. Hubo veces donde solo atinaba a pensar que si alguien era bondadoso, pues lógicamente era una buena persona. De lo que no sabía nada era cómo identificar a la persona manipuladora de mis sentimientos en casos donde la razón no funcionaba, sino los latidos del corazón. Desde que estuve en la finca “el Cacao” sentí la necesidad del amor. Intuí que era eso: Una necesidad, no un derecho. Dudas siempre me llegaron, y si alguien me instruyó en su sabiduría silvestre fue el señor Moisés. Como la vez en que me enseñaba a arar un terreno con la “yunta” de bueyes y me dijo: —Amigo Camilo, fíjese bien en el surco que van dejando este par de animales en la tierra para que luego, en cierto orden, pongamos la semilla. Ellos están unidos y entrenados para que sus pasos sean parejos, de

lo contrario las huellas en el terreno serán diferentes, con saltos y curvas y así no se puede sembrar —insistía—. Yo lo escuchaba atentamente, porque siempre me salía con algo cercano a mí vida: —Así es la familia, y si no está acoplada los hijos son como esos surcos desaparecidos donde nada con esa semilla es previsible.

Más sabiduría no podía yo recibir, pero la vida a veces no es lo que uno desea sino lo que los errores van mostrando. En eso hay quien no los asume y otros que sí, y ese era mi <amor fati> asumiendo y presumiendo que todos vamos por el camino del amor, y no el de la contradicción y el odio.

En efecto, a tres meses de la partida de mi esposa para Caracas intempestivamente se apareció en mi casa y su saludo fue como un “tumba rancho navideño” que explotaba ante mis ojos: —Estoy embarazada —dijo—, y agregó:—en Caracas, no me quedo—. ¿Qué podía yo decir ante tamaña sorpresa? Las palabras de esa brutal frase no me permitieron ofrecer resistencia alguna y me sentía como el tronco de un árbol seco arrastrado por un río crecido dando contra piedras y sus orillas.

Sorpresa que me indicaba la contradicción principal de mi vida: —Sabía planificar objetivos educacionales, seguir un plan de trabajo en el mantenimiento de una máquina y, sin embargo, no hacía lo mismo con mi matrimonio en eso de no planificar si era o no conveniente traer criaturas al mundo. Eso fue lo que invadió mi cerebro por un buen rato y mi humor cambiaba de nuevo.

De nuevo, sí, me sentía derrotado e idiota y mi respuesta no era otra que asumir dentro de la imagen de quien agarra su carga y se la coloca a su espalda. Sin lugar a dudas, esa noticia amenazaba la ya golpeada es-

tabilidad emocional. —Solo espero de tu conducta —le dije— que mejore en cuanto a la responsabilidad familiar que hasta ahora no has asumido. Ignoro cuántos años de esa vida mía se adelantaron con esa noticia, pero hasta mi estómago empezó a sentirlo y enfermé.

El jueves me fui a mis clases y el profesor de “Historia de la Educación” se comportó como el de Pedagogía ante mi relato de dificultad por vivir en el Vigía e ir a estudiar y lo comprendió con amabilidad: —Valoro su esfuerzo —dijo—, solo que al examen final no debe faltar. En la otra materia que era “Estadística” tampoco tuve obstáculos, solo que había prácticas cada quince días, para lo cual ya tenía contactos con unos compañeros, me percibieron disciplinado para estudiar y ofrecían sus apuntes con la posibilidad de llamar al teléfono del liceo si había algo que debía saber de mis clases.

La palabra, entre tantas que aquí he nombrado, y que salvaba mi estudio era cooperación y trabajo en grupo. No puedo negar que ese primer año de estudios fue difícil junto al ambiente social del Vigía que venía mostrando un “desplazamiento” de familias colombianas por efecto de la guerrilla y grupos de “autodefensas”. A veces, parte de ese contexto me tocaba cuando algún alumno me invitaba a una “toma de tierras” y de inmediato me solidarizaba con su familia. De Mérida venían dirigentes estudiantiles y prestigiosos profesores de la ULA que militaban en la izquierda y en mí tenían un contacto para reunión con campesinos de la “Zona Panamericana” como la denominaban en sus discursos políticos. Algunos con el tiempo fueron rectores, gobernadores, diputados. En fin, amigos del poder. Pero como amigos míos solo dejaron trazas irregulares de las cuales es mejor no hablar en esta historia, salvo que sea necesario porque estuvieron allí con sus decisiones.

## Capítulo LI

### *La huelga*

*Comprender una proposición es saber  
qué llega cuando ella es verdad*

— *L. Wittgenstein*  
*Tratado lógico filosófico. 1921*  
*Gallimard, París.*

**H**asta esta parte aclaro al lector que no narro mi vida por vanidad, pues algunos de esos invitados o que se reunieron conmigo lograron puestos de poder en instituciones del Estado. Apenas son las piedras de un camino que mi arado no pudo emparejar. Ya había leído el Zaratustra, era junto a la Biblia mi libro preferido donde mi espíritu encontró su refugio y barricada. Sabía que me buscaron porque “pescaban hombres” para sus proyectos personales, como dicen los Evangelios de Mateo y Lucas informando que fue la tarea encomendada por Jesús.

Yo andaba por otra acera y al igual que Nietzsche: —Buscaba “compañeros de ruta”. Dicho de otra manera: —Me desplazaba con buenas intenciones expresando mi solidaridad o dando mi palabra de ayuda a quienes siendo expatriados intentaban sobrevivir en ese Vigía donde si algo había eran condiciones de trabajo y desarrollo agrícola. Quienes estaban necesitados eran campesinos

desplazados por una confrontación histórica en La Colombia de esa época que a lo mejor muchos de ellos no comprendían. Bueno, es lo que pensaba justificando mis encuentros donde incluso llevé planazos de la policía.

De lo que como información me llegó un día domingo por la tarde no puedo dar muchos detalles ni nombres, algo he olvidado. Pero lo supe y siendo fiel a mi <amor fati>, en cuanto a las palabras prevención y sentido del bien, fui a la casa del director y le advertí: —Amigo Romero —dije— mañana lunes no llesves tu auto al liceo, pues habrá disturbios y siempre dañan los autos dejados dentro del estacionamiento.

Él se quedó atónico y solo dijo: —¿Cómo te enteraste?—. Algo escuché de eso —murmuré— porque cerca estaba su esposa. Es un rumor que circula. Le dije eso para alertarlo y prevenirlo, pues hacía tiempo que ciertos grupos clandestinos sospechaban que él informaba a cuerpos de seguridad de personas que rondaban el liceo y controlaban a ciertos estudiantes cuando había conflictos.

Y sí, al regador del rumor lo conocía y le agradaba mostrarse ante las personas que visitaban lugares de reunión de la izquierda, de ser una persona bien informada. Yo, a ese sujeto, dentro de su grupo subversivo, lo tenía por charlatán pero esa vez era cierto. A Romero le dije eso por solidaridad y él sabía que yo adulante no era. Además, era un directivo responsable y venía vinculándose bien con la comunidad. A nadie más le alerté.

Ese lunes llegué temprano al liceo, como era mi costumbre, y lo primero que vi fue el auto de Romero: —¿Por qué lo trajo? —fue en lo primero que pensé—, y la respuesta que encontré fue ir hasta su oficina: —Bue-

nos días, Profesor Romero —dije—. Me acerqué bastante y casi al oído le repetí: —Es un riesgo que trajera su auto. —Bueno, amigo Perdomo, —me acotó— yo no puedo mostrar debilidad ante cualquier rumor o amenaza. No te preocupes, lo que me dijiste no se va a dar —replicó— con cierta firmeza y como si estuviera informado por otra fuente y preparado para cualquier eventualidad de ese tipo.

Con esa actitud lo dejé en su oficina y me fui al taller. Por mi voz, nadie más sabía de esa información. Asumí que de su decisión era un error y hasta torpeza por haber desoído mi advertencia. En ese caso estuve bien informado y mi experiencia con esos grupos clandestinos cuando hacían amenazas o pintas se debían cumplir a los fines de demostrar fuerza y coherencia en los principios de disidencia. Y por el sujeto a quien le escuché nombrar tal cosa, me daba la apariencia de algo real.

Estaré atento, me dije. A eso de las 11 y 45 am empezó a salir el estudiantado y generalmente se comportaban como unos becerritos saliendo del corral, solo que lo hacían gritando y corriendo en completo desorden. Ante la sorpresa de todos, el ruido de una explosión y luego las llamas en el auto hicieron realidad mi advertencia.

Todo el mundo salió despavorido, no tanto por el incendio sino por los disparos que se oyeron y se supo que no eran producidos por humanos, sino que como fantasmas salían del mismo vehículo. Lo cual confirmaba la torpeza de Romero, pues junto al incendio hubo sonidos de explosión parecidas a balas.

Por esas señales, me dije esa mañana, la atmósfera será turbia. De nuevo se revolvía el basurero en el liceo y hubo quien dijo que era la primera vez que dentro de

una escuela del Vigía quemaban un auto. La noticia de esa quema apareció el siguiente día en todos los diarios nacionales y regionales que en esa época llegaban a ese distrito merideño.

Justo antes de ser medio día Romero convocaba al “Consejo Técnico” para las tres de la tarde. Ya las clases habían sido suspendidas debido a ese hecho. A la casa llegué y almorcé algo liviano, pues tenía muchos sentimientos encontrados y debía evitar que me dominaran. De una manera u otra, quería mantener mi estrategia de no paralizarme por un solo problema, de los tantos que venía resolviendo: «La vida continúa, a pesar de todo».

Cuando llegué a esa reunión ya estaba por comenzar, curiosamente solo faltábamos Duque y yo que llegábamos con cinco minutos de retardo. Generalmente esos consejos comenzaban hasta con media hora de retardo de su convocatoria. De los motivos de Romero para iniciarla con la frase: «Si le hubiera hecho caso a Perdomo, eso no hubiera pasado», en ese instante no pude descifrarlos. No obstante era invitar a los presentes a poner todas sus miradas sobre mí.

No solamente me aludía, sino torpe de su parte cuando revelaba algo muy personal. Incluso a su exposición le dio el sentido de enturbiar la razón de ese hecho: —Perdomo —dijo— me advirtió el día domingo, y si le hubiera hecho caso, eso no hubiera pasado. La escena que él venía de montar con sus palabras sugería que yo confirmara a los otros miembros, muchos de ellos con prácticas similares a un alacrán dispuesto a clavarme su agujón, lo que a Romero le dije. Y, por supuesto, eso no pasaría. Emplazado y sorprendido no tuve otra que reaccionar: —¡Podría haberle ocurrido a cualquiera de nosotros! —exclamé— y esquivaba ese golpe bajo con la

intención de derrumbarme. —Recordemos que en el Vigía de estos tiempos viene dándose una violencia incontrolable —agregué—, luego guardé silencio.

Hasta ese momento y frente a esas dos opiniones dominaba la incertidumbre pues nadie se atrevía a mostrar las suyas y más bien obedecían a sus miradas intentando aclarar la ruta de sus compromisos. —No sé— murmuró Duque—, incluso sin que me advirtieran, yo no hubiera traído al liceo mi auto en una semana tan violenta como tenemos. Otros siguieron esa crítica a Romero, después no se dijo más nada. Se presentaron dos propuestas para la votación: —Que la policía investigara el hecho o que el caso fuera al “Consejo General de Profesores”. Se aprobó esta última y sería al día siguiente. Ya las clases estaban suspendidas. Se iba a ese “Consejo” con un punto único: —Debatir el hecho de violencia y averiguar cuál grupo era responsable de ese incendio dentro del liceo.

## Capítulo LII

### *Rumbo a Mérida*

*Cuantas más opciones le das a las personas,  
más tardan en decidir*

— *Ley de Hick.*

**E**sa noche a mi casa regresé y estuve nervioso, descontento con el Profesor Romero por su actitud al evidenciar lo que por precaución le dije. También me sentí un poco triste porque los sentidos de las palabras prudencia, solidaridad y agradecimiento no encontraron en la mente de él otra palabra que no fuera la torpeza. De nuevo regresábamos a ese circo romano de esas reuniones entre profesores donde lo importante era “fijar posiciones” entre los grupos. Ese martes, a las 9 am, comenzó la reunión con el Protocolo de siempre de leer el punto. Luego se abrió el debate y se oyeron las primeras intervenciones: —Unos buscando que se instalara una vigilancia policial al frente del Liceo, otros que se fichara a los estudiantes “revoltosos” para investigarlos y expulsarlos del Liceo, que seguro si no habían sido autores directos, sí cómplices del hecho.

Y allí, con su tono casi de un mitin, estaba la voz sonora del locutor de ese circo. Una voz bien entrenada y gutural para esos casos y quien sabía colocar una palabra tras la otra cuando de torcer una narrativa se

trataba: “el Guillo”. Casi con dureza, si se puede usar esa palabra y en una intervención magistral precisó: —En el Táchira sabemos que quien dice algo es porque conoce del tema. Después fijó su objetivo al agregar: —¡Pues si el profesor Perdomo le dijo a usted, profesor Romero, que le quemarían el carro es porque él conoce quién o quiénes están detrás de ese lamentable hecho!

Ese día no me llamó “lava tuercas”, pero si se notaba que había conversado con Romero, pues yo a él nunca le dije que «le quemarían el carro», sino que no lo llevara al liceo. Ese detalle me importaba. Por el lenguaje gestual de muchos allí, sus palabras cayeron como él quería: —No generalizaban ni presumían, eran específicas y yo devine un objetivo. Continuó sin salirse de esa intención y agotó su tiempo. La audiencia era de él, yo callé mientras pensaba si tendría sentido hablar en ese ambiente averiguando culpabilidades.

Luego habló Romero y su relato fue coincidente con el de él. Eso me indicaba que “los platos rotos” los pagaría yo, pues hasta ese momento ni los izquierdosos de ese circo tomaron la palabra. Luego se dieron otras intervenciones donde se ponía de manifiesto los respectivos apoyos a Romero y al “Guillo”.

—Ignoro lo que ustedes se proponen o piensan de tan desagradable hecho terrorista —dije— para iniciar mi intervención y la haría en una forma neutra: —No voy a polemizar ni con Romero ni con Villamizar, solamente le agrego una idea que se explica mediante la palabra prevención: —Si a mí me dice alguien que no entre al laboratorio de un serpentario porque algunos de esos animales están fuera de sus jaulas, evito hacerlo. Es una conducta torpe y terca dudar de ese mensaje o consejo y hacer lo contrario para demostrar que se es valiente.

Además —insinué— cualquiera sabiendo de eso le recomendaría a no importa cuál profesor lo mismo que yo hice.

A veces se transmite el mensaje —continué—, pero el policía oculto que muchos tienen en su cerebro solamente se preocupa por el mensajero. Y con eso finalicé mi intervención, sin dejarme conducir por los caminos de la delación como deseaban. Al final de ese circo se levantó el acta condenando ese hecho y todos firmamos.

Cuatro días después de lo ocurrido, de Caracas vino el profesor Lechofer y se reunió con varios directivos y profesores, dejándome de último para la entrevista con él: —Hemos decidido trasladarlo de este liceo —fue su frase junto al saludo—. Será cambiado para San Cristóbal o Mérida —me notificó—, luego hizo un comentario: —Parece que por donde usted anda emergen los conflictos, con la rareza de que siempre sale ileso. —Intentando no reírme en su cara le dije: —Bueno, a nadie le falta Dios y a lo mejor me saca de apuros. Para el Táchira me conviene porque estoy terminando mi primer año en la ULA. Después le agradecí su comprensión conmigo.

Con su característica de directivo eficiente sacó de su maletín una planilla donde redactó la carta de mi traslado, no agregó ningún otro comentario y solo me dirigió una mirada cuyo signo no lo aclaró mi <amor fati>. El miércoles, una vez que hablé con mis ayudantes que por lo demás estaban preocupados con mi caso, me fui a la zona educativa del Táchira y entregué la carta a quien me atendió. Eran las 9 y 30 am y a las 3 pm tendrían la respuesta, según me dijo.

En ese tiempo libre fui a la biblioteca de la ULA, almorcé en una arepera del terminal de pasajeros y a las

3 y 10 pm llegué a la zona. Allí la secretaria advirtió que esperara un momento. Pasados unos cinco minutos me invitó a entrar a la oficina del jefe. —Siéntese profesor Perdomo —fue su saludo— para soltarme la información que buscaba: —Lamentablemente no le puedo dar curso a su carta de traslado pues la profesora Chacón, hoy gobernadora del Estado, me advirtió lo siguiente: «A ese guerrillero urbano no le acepte el cambio».

Ante lo escuchado quedé sorprendido y descolocado. Pero en vez de molestarme sentí el abuso de poder como otro más en mi azarosa vida, e inmediatamente vino a mi mente la palabra que siempre despreciaré: —Delación, y mi <amor fati> me decía que eran prácticas del “Guillo” y todo lo indicaba en ese tipo de mercenario de la educación. De tal manera que en Caracas estaba la posibilidad del cambio.

Nunca, hasta ese momento, pensé que habría problema con ese traslado. Ahora me daba cuenta hasta qué punto de mi ingenuidad, de nuevo, se colocó en mi camino ese conflicto. Sin embargo, no me arrepentía de lo que le advertí al profesor Romero. Llegué al Ministerio directamente a la oficina el profesor Lechofer y amablemente me atendió. Él comprendía mi lucha para mejorar el liceo y las consecuencias que eso me trajo. Su solidaridad me la expresó criticando el acto torpe de Romero, y por vez primera alguien me habló de la ética diciéndome que eso me venía salvando ante tantas adversidades: —No la abandone —me dijo—, usted es una persona incómoda pero la lucha es suya, de nadie más. Y me entregó otra credencial para el director del liceo “Manuel Antonio Pulido Méndez”, en la ciudad de Mérida. Sin duda, mi <amor fati> estaba protegido.

Esa credencial la recibí con una indescriptible alegría, sobre todo cuando le manifesté a él con toda mi alma su agradecimiento: —De este gesto suyo —le dije—, nunca me olvidaré. —Gracias —agregó—. Mientras uno no se desvíe de la verdad siempre tendrá la razón. Usted sabe batirse, le deseo suerte en su nuevo instituto. Me despedí al salir y a él nunca lo volvería a ver.

La credencial me daba quince días para presentarla, regresé al Vigía para de nuevo retomar las palabras mudanza, viaje, abandono. Estaba en los inicios del mes de junio y acordé con mi esposa en que a Mérida me iría solo, ya las materias de la ULA, pese a todos esos obstáculos las había presentado dentro de lo que me habían aceptado: «Informes de lecturas y exposición de casos», solo fui a examen final en matemática y no aprobé. Los conjuntos me vencieron.

Mi esposa al decirle que había negociado la casa y algunos equipos del hogar, se contentó cuando supo que le daría dinero. Vender la casa no podía, pero concertar un pago para quien la habitara, de mi entera confianza, sí pude. El amigo Orosman me ayudó con algunos recursos y lamentablemente dejaba un espacio que me gustaba. Venía teniendo proyección política y era querido por la gente. Había invitado a dirigentes de Copey y del MAS a mis reuniones y hasta les brindé protección a Juvencio, vino Pompeyo, José Vicente. En fin, ese Vigía me gustaba por los desafíos que exigía. Sin embargo, contaba solamente para mi pasado.

Quedaba allí mi experiencia en la radio, curiosamente no presenté prueba para ser locutor sino que aproveché ese medio para educar a la gente. Los canarios se los regalé a un amigo que empezaba a ser criador de esas aves y como iba a la Facultad de Humanidades

en Mérida a estudiar educación, me estimuló para que lo siguiera haciendo. En lo que llamaban «la ciudad de los caballeros» buscaría una residencia modesta. La encontré, en la calle 2 Lora y después de un largo descanso, a eso de las 3 pm busqué al Profesor Mendoza, quien en una de sus frecuentes visitas al Vigía como miembro del MAS me dejó su dirección y me manifestó estar a la orden si yo pasaba por esa ciudad.

A pesar de lo que me ocurrió, recordaría que mis sueños se venían cumpliendo y su costo nunca me pareció previsible. Que las dificultades aparecieran era una de sus características. En todo caso, eran mis decisiones y las asumía como vinieran. Ya instalado, llegó el mes de septiembre y a las 8 pm presenté ante el Director del “Manuel Antonio Pulido Méndez” la carta de traslado, luego del respectivo saludo.

Ese directivo, amable y educado reaccionó como si supiera quién era yo y a la vez que me entregó un escrito suyo. Leí su contenido y hasta el día de hoy ignoro si era legal o no: «El Profesor Perdomo deberá presentarse ante la Oficina del Jefe de la Zona Educativa cada quince días hábiles. Con ese código se iniciaba mi trabajo en ese liceo. Me dirigí a la referida Zona y allí una secretaria, sin explicarme nada, me extendió un libro que yo firmé, luego insinuó: —Recuerde que cada quince debe venir a firmar.

Luego me invitó a entrar a la oficina del jefe. Sin ninguna duda era una coacción, como si yo estuviera en libertad condicional. Y sería la segunda vez que me fijaban límites cuando al entrar y medio saludar ese jefe casi a gritos dijo: —Para casos como el suyo —aclaró—, le recomiendo que se inscriba en un Sindicato de Edu-

cación, pues usted no es un profesor egresado de alguna institución universitaria.

Ante esa recomendación imperativa repliqué: —Yo pertenezco al “Colegio de Peritos y Técnicos Industriales de Venezuela”. Ante esa información dijo: —Ese tal Colegio no existe, sino para tener una sede donde vamos a jugar “bolas criollas”, y él mismo reía lo que supuso era una gracia a compartir conmigo. —En esta Oficina —sermoneó— se reconoce al Sindicato de la Educación, pero al salir puede pedirle a mi secretaria el nombre del Profesor que representa a su “Colegio”. Con ese gesto terminaba un diálogo forzado por el poder burocrático de esa época.

## Capítulo LIII

### *El guerrillero*

*El bárbaro es, en principio,  
el hombre que creó la barbarie*

— **Lévi Strauss.**  
*Raza e historia, 1968.*

S alí de esa oficina y me dirigí a lo que sería mi sitio de trabajo. Después un directivo me acompañó al espacio para impartir clase. En ese espacio los talleres estaban aislados de las aulas para otras materias. Se notaban limpios y organizados. No hubo presentación como se daba en el Vigía, aunque por las miradas huidizas que recibía de quienes encontraba en el camino supe que tenían el dato de ser yo una persona a evitar. Quien me guiaba me dejó en el salón donde en ese momento estaba otro profesor, de apellido Hidalgo, con quien debía trabajar. Nuestro saludo fue normal. Al rato, vino un profesor y cuando se presentó dio pistas de su vínculo con el jefe de Zona: —Soy el representante del “Colegio de Técnicos...” —dijo—, entregándome una planilla de inscripción donde yo autorizaba un descuento de mi sueldo para afiliación. De ese gremio sabía de su ineficacia por mi caso en Guayana, pero a lo mejor en este nuevo trabajo me protegerían como agremiado y firmé. Eso fue todo. De ese hecho murmuré: —Plata para el juego de “bolas”, pero al menos pagaba por protección, y por conocerme

sabía que a veces la necesito. Luego quedé solo en el taller.

Eran talleres contiguos con las especialidades que allí se enseñaban. Donde trabajaría tenía al lado el de electricidad, su jefe era de apellido Vela. Fue el único que se atrevió a romper ese “cordón sanitario” que me aplicaron presumiendo que era un guerrillero urbano y lo venía sintiendo en el trato de los profesores. Hombre ameno y propietario de un viejo auto Mercedes Benz al que trataba como si fuera una dama. Siendo un apellido raro y al decirme que tenía familia en Maracaibo, yo recordaría de mis inicios en SIDOR ese mismo apellido, se lo hice saber y respondió: —Es mi hermano —dijo—, solo que ya no trabaja en esa empresa, sino en la Orinoco Company. Vela dejaba ese tema como si le molestara y me sugirió que lo llamara Rafael. En ese momento especulé imaginando que era la imagen de Caín y Abel que todos conocemos en la imagen de hermanos que son diferentes.

Me invitó a tomar un café en el cafetín que estaba por los lados de las aulas de materias teóricas y coincidimos con otros profesores. La lista de mis alumnos no la tenía y en esa conversación le iba preguntando sobre ese liceo, luego notaba que algunos me desviaban la mirada como si me evitaran: —¡Mire bien, socio! —dijo—, y con el tiempo sabría que así iniciaba él sus discursos: —Usted vino a este liceo “bien rayado”, debe andarse con cuidado porque el rumor que nos llegó, es que usted anda en asuntos de guerrillas. En fin —aclaró—, yo no sé si eso es verdad pero así lo tienen etiquetado. Por lo que me dijo le di las gracias y me reí. Solamente era fama gratuita.

Llegado el medio día obtuve de él la dirección de una casa donde servían almuerzos y cenas para estudiantes,

me llegué hasta allí. Había que hacer cola o llegar temprano. La comida era aceptable por el módico precio que pagué y allí mismo me informaron de un cuaderno para registrarse, se podía pagar cada mes.

Por la tarde regresé al liceo, obtuve las indicaciones del curso y al día siguiente habría un “Consejo General de Profesores” para tratar la primera agenda del mes donde estaba la presentación de nuevos ingresos y puntos varios. Terminada esa tarde me fui a cenar y a tratar de ver al profesor Mendoza a eso de las 8 pm. Logré encontrarlo y en una amena conversación donde estuvo su esposa me daría información de las rutas para retomar mis estudios. Pasados unos treinta minutos dejé su residencia con su amable invitación de que no dejara de visitarlo y que él de vez en cuando iba a la casa del MAS.

A la mañana siguiente se dio el “Consejo” y era radicalmente distinto al que tuve en el Vigía. Buena parte de esos profesores eran estudiantes universitarios con títulos de docencia, como el representante del “Colegio de Profesores de Venezuela”, de apellido Betancourt, egresado del Pedagógico de Caracas y estudiante de Farmacia. Supe al tiempo que era de Trujillo, otros estudiaban Derecho o Economía.

Cuando llegó el turno de identificarme y dar mi nombre segundo, con el que mis amigos me conocen, y como dicen que nunca falta una mosca en la sopa, alguien murmuró: —¡Humm!—, todos esos Camilo son “Guerrilleros”, hasta colombiano parece.

Una risa que medio hice sin abrir mi boca, como caballo con freno, fue el mensaje a mi <amor fati>. Además, apenas venía de ubicar los lobos y no sabía cuál era el jefe de la manada o si por el contrario, era una loba

alfa. Pero de que en esa “selva de cemento”, como en la salsa de Héctor Lavoe se canta, era real y no lo dudé.

Ese “Consejo” terminó sin novedades extraordinarias y en la salida se me acercó un profesor de apellido Prato, dijo dar educación física, le expresé mi gusto por el maratón y las carreras de calle. Y como dicen: «Sin anestesia» me interrogó: —¿Tú eres de cuál grupo de izquierda? —Yo no tengo grupos —le respondí— e ignoro si soy de izquierda, desobediente o de derecha. Lo que sí soy —le aclaré—, es que me gusta tener “compañeros de ruta” como dice Nietzsche en su Zarathustra. No comentó nada y asumí, por su gesto, que no era lector de textos filosóficos.

Lo hice para no entrar en detalles y advertirle que charlatán yo no era. Lo que agregó después indicaba la cueva que cuidaba: —Soy el representante del PRV, el de Douglas. A ojo juzgué que ese era otro de los que pensaba que tenía la verdad en la mano siguiendo a un jefe, como los que de ese grupo intentaron sacarme del juego en el Vigía, donde conocí a uno a quien le decían Oscar, “El Panadero”. Sujeto astuto como los perros que con el tiempo llegaría a ser diputado de la “Constituyente” de 1999, era trujillano. Esa triste época donde Venezuela se postró ante un teniente coronel cuya labia era similar a un encantador de serpientes.

Como bien diría el señor Moisés: «Esos vientos trajeron esas tempestades». Al terminar esa fortuita conversación, por lo demás cargada de imprudencia y torpeza, me llevé al lado del corazón, mi mano derecha para decirle a mi <amor fati>: —Con sujetos como este y sus similares mi estrategia no será otra que mi ética, el trabajo y el ejemplo ante mis alumnos.

Y de esa manera se iniciaría mi nuevo juego de palabras dentro del objetivo general de ser un educador donde más allá del título universitario que aspiraba obtener, el azar ahora lo aclaraba porque asistiría a clase sin tener que arriesgar mi vida viajando del Vigía a San Cristóbal solo un día por semana. No obstante, mi traslado estaba en trámites, lo mismo que el permiso porque en este liceo se salía a las 6 pm y las clases en la ULA empezaban a las cinco para mis asignaturas. Regresando al taller, el “socio” Vela me presentó a mi compañero de trabajo, pensando que yo no lo había visto antes, era el nombrado Hidalgo con el apodo “el llanero”. Un hombre sencillo y amigo de curiosas sentencias populares: «De lo más “pelado” del monte llanero siempre sale un tigre», —dijo frente a mí—, como si quisiera darle fuerza a esa leyenda que me asignaron, y reímos los tres.

En esos escenarios improvisados del liceo ya tenía trato con tres profesores. Vela me reveló el chisme que circulaba al respecto y era obvio ser prudente en ese nuevo lugar. El ambiente, aparte del clima de montaña venía a ser un regalo para mi atormentado <amor fati>. Por el trato entre personal y profesores diferencié el nivel en relación con lo que dejé en el Vigía. Ya tenía tiempo ocupándome de fijar las palabras de un poeta árabe llamado Rûmi, Musulmán del 1207. De él supe por un libro que me regaló el Sirio Tarek, del Vigía, cuando me invitó a que colaborara con su causa distribuyendo la revista “Palestina Hoy”. Su frase clave: “Soy hierro resistiendo el imán más grande que hay” me guiaba en ese tiempo dominado por el derrumbe.

De ese señor, a quien le perdí su rastro, volví a saber de él cuando reconocí a su hijo Tarek. Yo, ya graduado, y él un dirigente estudiantil en la ULA. De ese libro, también gravé en mi cerebro las del poeta que curiosa-

mente se convertiría en un excelente maestro mío: «En el hombre existe un amor, un dolor, una inquietud, una llamada, de tal manera que él posee cien mil universos, él no podrá encontrar la calma y el reposo». Y así era mi nuevo universo al que pretendiendo castigarme me hicieron un bello regalo.

Con el pensamiento de ese poeta musulmán leí algunos versos del Corán para orientarme, me propuse tener un ambiente de taller limpio, ordenado y agradable. Hidalgo, en ese aspecto y junto a los alumnos estuvimos en sintonía. Sin embargo, algunos me seguían viendo de reojo. A los dos meses, esa idea de orden la apliqué a todo los jardines del liceo cuando me propuse con mis alumnos y colaboradores darles otra estética y limpiarlos. Había árboles de pinos que alguien había sembrado, pero estaban enmontados. Con esa actitud de amor por esos jardines, los dos jardineros se sumaron a la idea. Cuando hice esas actividades, me propuse sembrar algunos pinos y acacias como recuerdo, por si de ese liceo también me tendría que ir, pues sin duda ese era mi <amor fati>, en una continua mudanza que generalmente no podía evitar frente a sus razones incontrolables.

No era, de mi parte, sino la práctica de dar el ejemplo y los directivos empezaron a verme otra imagen, no la del corrillo y el chisme. De ese hecho deduje que podía crear un círculo de lecturas conservacionistas y de esa manera traer invitados para conferencias sobre el ambiente. La idea la expuse ante la Subdirectora de nombre Luisa y no objetó nada, era una dama entusiasta y respetuosa de mis principios.

Al tercer mes, en una reunión solicitada con esa idea escribí algunas ideas generales acompañadas del Decreto de “Chuquisaca” del 19/12/1825, firmado por

Simón Bolívar. Era el gancho para tumbar obstáculos, pues había aprendido que con ese prócer se pueden lograr muchas cosas, aunque también cometer muchos errores, como los golpes militares contra las constituciones políticas cuando los ejecutan en su nombre. Luego me invitaron al “Consejo Técnico” donde lo defendí.

Al salir de allí ya tenía un producto visible: Asignaron un local donde se amontonaban viejos pupitres y escritorios de oficina. Eso me daba una tarea de mi agrado: Limpiar y ordenar. A las tres semanas ese lugar era apto para conversar con estudiantes y profesores motivados con el proyecto. Yo estaba como pez en el agua, contento y estimulado donde mi materia “Mantenimiento” la vinculaba con otras lecturas de los libros que venía leyendo sobre filosofía. En mis ratos libres sembraba árboles por los alrededores de ese liceo. Así construí mi respuesta moral a las descalificaciones que me estigmatizaron desde las palabras de aquel pequeño ser apodado el “Guillo” en mi paso por el Alberto Adriani. Pues nadie más pudo hacerlo cuando me acusó de “lava tuercas” y que yo le presumí la extendió hasta lo de “guerrillero urbano”. Nunca comprendí ni supe el por qué ese sujeto se “enamó de mí”, pues no hay otra forma de ver su envidia y acoso donde solamente cumplía con mi trabajo y él era un “reposero” del gobierno.

Lo de ir a la zona educativa fue desapareciendo ante la voluntad de trabajo, responsabilidad y sentido de pertenencia al liceo que mostraba. Tanto que hasta me invitaban a reuniones festivas que yo a veces asistía con la debida precaución de cuidarme. Aunque “los lobos” ya sabían que no les temía, pero ellos nunca abandonaban su eterna y fatigada estrategia cuando les mostré mi ejemplo y cooperación con el liceo. Por todos lados salpicaba su pesimismo y creaban fantasmas: —No sea inge-

nuo, profesor Perdomo —me advirtió el docente Prato—, usted lo que hace es lavarle el rostro a los adecos y copeyanos de este liceo. Ante esa conseja nada le respondía y entre él y yo mi regla era sabia: «Distancia y categoría ante un chismoso, que a la larga terminan siendo delatores favoreciendo los espacios de lo que critican». No es que yo sea sabio o inteligente, lo decía una frase que tropezaron mis ojos: «Cuando vi que reías junto a quien criticabas, supe quién eras», y así los venía viendo.

Al llegar el cuarto mes en esa Institución logré asistir a mis cursos en la ULA, Hidalgo también iba a clase allí y la Dirección me nombró “profesor guía”. Entonces empecé a moverme de manera más tranquila, invitaba a reconocidos profesores a mi modesto “centro” y entendí que eso era ser educador, lo demás no siempre lo daba el título profesional. Sin darme cuenta estaría en el lugar de las decisiones importantes de mi liceo, porque de esa manera me expresaba y les decía a mis alumnos que usaran esa frase. Con Hidalgo hacía algunos trabajos y como no había aprobado matemática él, que sí la dominaba, me ayudaba. Vela seguía sus estudios de economía, su agrado por textos filosóficos nos acercó en la amistad, aunque era un hombre esquivo y divorciado. Mientras tanto, yo aún con mi cruz a cuestas en la pareja.

Desde la idea del grupo conservacionista Hidalgo y Vela colaboraban bastante con el liceo y empezamos a llevar invitados para conferencias. Con miras a darle cuerpo institucional al nombre “Centro Chuquisaca”, lo adscribimos a la “guiatura estudiantil”. De mi situación familiar no había cambios porque todo estaba resumido en cumplir con la mensualidad acordada y esta vez para dos criaturas.

Esas clases en la ULA fueron muy movidas con debates en el Auditorio, al que por mi trabajo a veces me

retiraba pronto. Tratando de superar eso me propuse invitar a los que allí asistía, previo acuerdo en el cual no se hablaría de la política partidista, sino en forma de teoría. Algunos aceptaban, otros con un no, respetuoso, me daban las gracias y se alejaban.

De esos tiempos recuerdo a dos que influyeron bastante en la tarea de darle forma a ese trabajo de ser educador: José Vicente Scorza y Antonio Luís Cárdenas, ambos egresados de la Escuela Normal de Caracas y luego del Pedagógico. De Cárdenas, solo sabía que había sido, muy joven, locutor en Radio Trujillo y después Geógrafo titulado en la ULA, y quien en el liceo expuso el mejor modelo de la importancia de educar que hasta ese momento escucharían mis oídos: «Cuando uno quiere construir una casa, consulta a un Arquitecto, si en la sociedad tiene un problema serio, busca un Abogado litigante, cuando tiene un problema estomacal consulta a un Gastroenterólogo. El punto es cuando el Arquitecto se equivoca en alguna medida, la casa se cae y ese error se archiva. Para el caso del juicio jurídico, el documento redactado confunde una coma con un punto, el defendido va a la cárcel y el caso se archiva. Y si el error es del médico, pues puede morir la persona y también se archiva el caso —iba diciendo Cárdenas—, y todos allí esperábamos que nombrara la palabra educación: —Sin embargo —acotó—, en la acción de educar el error no se puede archivar, porque se multiplica, se expande. Y en ese aspecto pienso que a cualquier persona no se le puede otorgar la confianza de que eduque a nuestros hijos —aclaró. Esa narrativa me acompañaría siempre en la distinción entre educarse y escolarizarse.

Ese día fui quien más aplaudió a ese maestro normalista, mientras otros se hicieron los desentendidos ante tanta certeza de la imagen jugando con esas pala-

bras. No pudo ese amigo llegar a ser Rector de la ULA, los lobos se lo impidieron. En cambio llegaría a ser Ministro de Educación y creador de La Universidad Pedagógica Libertador, UPEL. Mientras que A Scorza lo conocí en un debate que me interesaba bastante, porque en la Facultad había la propuesta de cancelar los egresados en administración de la educación y tecnología educativa para dar paso a materias de física, química matemática y biología y mejorar el perfil de trabajo para los egresados en Humanidades y Educación. Me inscribí en esta última cuando se debatía entre seguir graduando en esa tradición de licenciados para un trabajo ya copado dentro del proyecto del Estado que daba los empleos. Scorza era opuesto a ese componente de la biología si en el Plan de Estudios de la Facultad de Humanidades no se le agregaba un semestre de investigación científica, lo que alargaba la carrera y a muchos no les agradó. En cambio en ese debate di mi opinión apoyando su idea, pues me pareció importante que un profesor fuera docente e investigador.

Quiso ese encuentro que llegáramos a ser amigos donde él para mí era un maestro, le dije de dónde yo venía y que en el Vigía con un bioanalista se analizaban las aguas servidas que andaban por todos lados y en un programa radial exponía los casos y el gobierno terminó por arreglar los sistemas de cloacas. Ante mi exposición, me invitó a su laboratorio al insinuarme: —Por lo que dices, eres un subversivo, ambos reímos. Acordamos, debido a sus ocupaciones, conversar por las madrugadas a eso de las 5 y 30 am los días jueves. Nació entre nosotros una larga amistad que nutrió en lo académico a mi <amor fati>, y me permitiría conocer a una persona extremadamente disciplinada en su trabajo, amorosa y solidaria con los más vulnerables.

## Capítulo LIV

### *El divorcio*

*La libertad implica conocerse profundamente,  
incluyendo la sombra, los aspectos reprimidos  
del yo, y vivir en autenticidad*

— *Carl Jun.*

Tal fue la confianza entre ambos que me contó de algo que en mi paso por la Juventud Comunista escuché de los creadores de la primera fábrica de armas clandestina de la guerrilla: “El Garabato” y donde él fue detenido por una delación de alguien con el apellido Tenorio. Generalmente me fue conduciendo para conocer a grupos estudiantiles de la ULA amigos de la Revolución Cubana, y de profesores de su grupo “Carta Académica”. Conocí a Palacios Prü, uno de sus discípulos, doctor en medicina y estudioso del cerebro. Conversar con Scorza fue escuchar su sueño de una real política sanitaria y de tener investigadores vinculados con la sociedad. Tampoco pudo llegar a ser Rector de la ULA y allí no eran lobos sus adversarios, sino chismes por ser él un eterno enamorado de las féminas que decían: —Scorza es bello. Y lo era en su espíritu, aunque su carácter era volátil. A ese amigo lo tengo en el corazón de mis recuerdos.

Todo eso que me rodeó contribuiría a darle cuerpo a mis estudios que iba sacando con adelanto inscribiendo

el mayor número de materias, en ese tiempo era permitido porque había recursos y personal docente disponible. Mi nueva vida transcurría entre el liceo y la Facultad, a veces iba de pesca para reflexionar o salía a trotar por las mañanas frías. Hubo momentos de debates en el consejo de Facultad y mediante Hidalgo me presentó al poeta Adelis, otro llanero que me agarró cariño y me llamaba “ñerito”.

No recuerdo muchos detalles de esa amistad y porqué acordamos que los viernes por la tarde a partir de las seis compartíamos unas cervezas. De ese compartir, ese bello poeta me enseñó a leer, entre líneas, las ideas de amor en algunos autores, pero el que más me entusiasmó por la presencia de la astucia femenina fue *Las Mil y una Noches*. Lo que yo hacía no era sino recordar las enseñanzas del señor Francisco: «En su vida, busque buenas relaciones en los amigos, no busque a pendejos». Eran hechos que me llenaban de orgullo, porque venía viviendo lo que significa sentir la universidad, sus clases, diferenciar profesores que me generaban golpes en el alma, como esa profesora llamada Evelín cuando cursé su materia “Psicología del Aprendizaje” y allí leyó unos textos de Sigmund Freud: “El Origen de las emociones”. Quizás nunca le demostré cómo me impactó ese libro, igual que mi Zaratustra con mis doce años, pero fui a la biblioteca y lo devoré. Ese día comprendería la crisis tipo tragedia dentro de mi relación de pareja: «Entre mi esposa y yo no había más vínculos que dos hijos, la idea de amor en nosotros estaba mediada, por parte de ella, en que le diera una pensión alimenticia» Era yo quien arrastraba un complejo de culpa por no haber tenido una madre y un padre en mi temprana infancia y de paso revivir ese hecho reencontrando a mi madre siendo ma-

yor de edad. Allí estaba, según ese autor con sus teorías, buena parte de una causa como dispositivo de culpa.

Y en cuanto a mi vida conflictiva, pues se representaba por una manía mía de llamar la atención y buscar reconocimiento de los otros sin pronunciar palabra, pero la imagen era: «Yo estoy aquí, existo». Comprendería también, que afortunadamente siempre busqué jugar con palabras del bien, pues esos complejos pueden derivar al lado del mal. Esa profesora apenas estuvo unos meses en la ULA, venía de la UCV.

¿Por qué?, se puede preguntar el lector, esa insistencia suya en hacer públicos estos complejos. Una respuesta única no la tengo. No obstante, pienso en la posibilidad de que alguien se vea reflejado en ella y saque sus propias conclusiones y se ayude si sus conflictos lo rodean con signos similares. Muchas veces luché solo y apenas desde las palabras, encontré en libros de Nietzsche como los referidos al caminante y Zaratustra, la ruta para ser autónomo, no ser pesimista, tener una fuerte fe y no dejarme desviar en mis principios por cualquier charlatán de oficio. También vi los textos bíblicos como poemas de salvación. De hecho, siempre leo los evangelios, me nutren.

Lo digo asimismo porque hacemos algo que puede ser exitoso o torpe, pero ambas palabras tienen consecuencias, nunca son neutras. Otra herramienta útil a mi <amor fati> la encontré en la materia filosofía. Incluso, hoy me atrevo a decir que somos el producto de las lecturas que ya Platón y los griegos hicieron hace miles de años. Allí encontré nociones y conceptos para estructurar los discursos con consistencia teórica. Supe del relato de Sísifo y en ese imaginario personaje de quien sube una cuesta y como castigo de los Dioses debe caer de

nuevo para cumplir el castigo. En esa imagen me vi. Ya con los años, me topé con un tal Camus que mediante ese mito veía la vida como un absurdo. Pues los obstáculos pueden venir de cualquier parte: —Amigos que no lo son, hermanos que no te comprenden, incluso tu pareja que cada día sabiendo que intentas terminar de subir la cima, te tira tierra en tus ojos. Sísifo reencarnó en mí cuando un día mi esposa me dejó los hijos y de manera natural como cualquier gata amiga de andar por los tejados: —Me voy a hacer la vida que tú no me das, te dejo los hijos, y tirando la puerta se fue.

Ese golpe a la puerta me llegaba al alma, me sorprendió y las pulsaciones de mi corazón se aceleraron como cuando estaba llegando a la meta en mis cuarenta y dos kilómetros. Casi me derrumba esa noticia y mi boca cedió su lugar a mis ojos, no dije nada. Solamente miré a mis hijos que ignorando las consecuencias en ese instante se entretenían con una tira cómica en la televisión.

Me sorprendió porque estaba en los exámenes finales, casi al final de mi ansiada carrera universitaria. De qué hacer con los niños entendí que me llegaba otro desafío y, como a los otros, no le sacaría el cuerpo. Reconocí al momento que el único responsable allí, era yo pues la escapada de ella no ameritaba análisis. Lo asumí, me paraba más temprano a preparar el alimento que podía antes de irme al liceo, suspendí algunas conversaciones con Scorza y mis carreras de entrenamiento. Afortunadamente colaboraban en su comportamiento, uno iba a la escuela por la mañana y la otra por la tarde. A nadie le contaba esa situación y poco a poco fui saliendo airoso en mis estudios. Por supuesto, mi vida era un remolino de preocupaciones donde lo frágil dominaba. Pienso que allí mi pelo empezaba a ponerse blanco.

Cuando estuve solo me fue fácil organizarme, pero ahora a esa soledad se le agregaban dos seres vulnerables. A decir verdad, me cohibí de contar mi caso a alguien, sabía que me tocaría duro y hasta el día de hoy cuando hago un resumen de la escena y el escenario no me arrepiento de esa decisión porque no le rehuí a ese evento. Curiosamente venía a convertirme en alguien que debía inventar cómo alimentar a sus hijos. Solo desde esa experiencia puedo escribir relatos existenciales que unas veces fueron agradables, otros riesgosos, pero sin ninguna duda asumo ser el principal responsable por mi debilidad humana y esos complejos que antes nombré. Si algo me ha enseñado la filosofía es a reconocermeme, como humano, en la tristeza y la alegría. Así llegué a nueve meses entre risas y lágrimas cuando esos hijos pedían alguna explicación. Hubo varios momentos donde se las di, aunque todo niño es sabio ante sus circunstancias. Y les tocó, pues nadie dijo que el amor se planifica.

De esa situación me defendí como pude y sin divulgar lo ocurrido. Del comedor estudiantil de la ULA traía a veces comida para la casa, con los hijos pasaba tiempo libre cuando los entretenía en un parque mientras yo estudiaba y nunca mi <amor fati> pensó en abandonarlos y me prometí que por lo menos, aparte de alimentarlos, los educaría para que fueran gente de bien. Lo demás quedaba de parte de ellos, como todo en los azares de la vida.

En momentos de chistes reía y era como ese payaso que por dentro arrastra una herida. Mayor vulnerabilidad no imaginé que tendría por haber dejado que las emociones y no las razones condujeran mi voluntad de vida en asuntos del amor, pero allí la fuerza hasta Sansón la perdió. Las consultas jurídicas las hice a los fines de darle cuerpo real a un divorcio que ella se negaba a otorgar y tenían una respuesta común de los jueces: —Mientras su

cónyuge no le firme el documento de divorcio usted no puede hacer nada.

Finalmente aceptó divorciarse, tener la “Patria Potestad”, recibir la “pensión” e irse donde su madre y se llevó a los hijos. Pero sin lugar a dudas los vínculos con los hijos serían inestables para mí, porque a la larga siempre le darían la razón a ella que bien sabía de cómo manipular a las personas. Para ellos, su madre era la que era débil porque según repetían: «era pobre».

Después de ese desagradable e inevitable hecho, en conversaciones con damas fui esquivo si ellas eran muy jóvenes, divorciadas o tenían hijos. Desde joven había leído “Pobre Negro” de Rómulo Gallegos, y recordaba una frase: «Perro que come manteca, mete la lengua en tapara», que junto con la del señor Moisés: «El perro viejo pierde el pelo, pero no la maña», eran signos de una ruta a mirar con cautela para asuntos de seguir yo insistiendo en tener una familia.

Lo que sí había aprendido fue a admitir que es una tarea bien difícil si quien está a tu lado mira para otro lado cuando tú le solicitas que te escuche o te ayude. Ya no eran los filósofos griegos mis notas de ayuda, sino la sabiduría salvaje, la de la calle, la urbana. Pero mi búsqueda entraba obligatoriamente en pausa. No era sino mi distancia ante cualquier compromiso donde mi libertad quedaba negada y llena de conflictos inútiles. Eso hizo que en toda conversación con amigas de la universidad mirara de otra manera cualquier afecto donde yo percibía que sería depredado, como me venía de ocurrir. Y consciente de eso me dediqué a visitar pueblos, pescar, conocer a otras personas y a leer de todo. En el liceo estaba consolidado y participaba en todos los eventos educativos al que era invitado. La jauría de lobos ya no se

ocupaba de mí, aunque no dejaban de mostrar sus dientes y gruñidos. Sabía que estaban esperando cualquier ocasión propicia para morder mis entrañas.

En la búsqueda de otra experiencia amorosa escuchaba a mi <amor fati> y si bien a veces no acertaba, porque el enamorado solo era yo, disfrutaba el momento que algunas mujeres me permitían. Mi nueva estrategia era más directa ante ellas cuando les gustaba un lugar lejos de la ciudad: —¿Te gustaría ir conmigo a conocerlo? No siempre acertaba y quizás mi nueva soledad, si puedo admitir tal frase, me mostraba ahora una constante nocturna: Largos y seguidos insomnios por la ausencia de los apegos que ya no tenía. En esos momentos y para intentar atrapar el sueño me preguntaba: —¿Hasta cuándo la palabra abandono me rondará como bestia al asecho? ¿Qué hacer para no repetir mudanzas que no he planificado? Las respuestas caían en varias direcciones y posibilidades. Una de ellas, que mi sueldo fuera mejor.

A la mañana siguiente, todo lo anterior lo olvidaba y a mi trabajo le daba su tiempo. Digo, incluso, que aun cuando uno se imagina que no existe el llamado del azar, en nuestra existencia, de repente algo llega y muestra sus señales de cambio a nuestro favor o para complicarnos más lo que veníamos resolviendo.

En esa Mérida de lluvias continuas siempre se derrumban casas, terrenos y las vías incomodaban para andar a pie. En esos momentos la ciudad se presentaba con su inclinación en su imagen de un río crecido que sustituía al deficiente servicio de limpieza municipal y lavaba las calles. Había comprado un viejo Mustang para repararlo y andaba en eso dentro del taller, cuando nos informaron que la Escuela Normal de Mérida se había caído por efecto de esas lluvias. Ese derrumbe trajo

a nuestro liceo a su alumnado, casi todo constituido por mujeres. En el personal eso fue una gran noticia porque la imagen cambiaba debido a la llegada de nuevos profesores que las atenderían.

A la semana ese grupo tenía clases normales y en cuanto a mi “Chuquisaca” siempre se acercaban esas bellas alumnas y alumnos para ayudarnos a sembrar árboles o para atender a un conversatorio de temas educativos. Curiosamente, ante la presencia de algunas de esas estudiantes y profesoras visitando el modesto lugar nuestro, empezaron a incorporarse otros profesores, entre ellos y más entusiastas, Vela e Hidalgo. Por supuesto, sabía que los animaba la presencia de jóvenes entusiastas, todas mayores de edad.

De esas alumnas, la mayoría estaban en su último año para graduarse de maestras. Llegaron en ese mes donde para los venezolanos se avizoran las navidades con su correspondiente bullicio, parrandas y “misas de aguinaldo”.

Ese ambiente festivo siempre me encontraba con variados sentimientos debido a las circunstancias que me rodeaban. Aunque siempre buscaba ideas para disfrutarlas. Estaba debajo del viejo auto que reparaba cuando oí la voz de alguien que me decía: —¡Profesor Perdomo! Era ella, la joven más entusiasta de ese grupo de futuras normalistas para colaborar en la siembra de árboles y asistir a los conversatorios. Se justificaba allí, con cierta timidez, invitándome a que la escuchara cantar como solista en una iglesia cercana al Viaducto. De inmediato le di las gracias y ambos nos quedamos sin hablar más nada, yo sorprendido de ese gesto amistoso.

A esa misa fui, hacía tiempo que no iba desde cuando era ese niño que asistía a ellas en Trujillo para ver patinar a mis amigos. En su ejercicio de solista, bien desenvuelta mostró su voz al lado de su guitarra, fuera de la iglesia me presentó a dos de sus hermanos que andaban con ella, luego en la placita del lado conversamos en el intento de conocernos y me dijo que tenía novio, un estudiante a punto de graduarse de médico. Ignoro el por qué, pero en voz baja, me insinuó: —No soy amiga del matrimonio, él sí. Al instante imaginé que tampoco ese novio en asuntos de amor cuadraba en sus objetivos.

De lo que dijo no deduje nada ni mi <amor fati> se manifestó. Esa fue la primera misa, sin decirlo me dio señales de que asistiría a las otras. Antes de irme a mi residencia, en esa bella mañana, con cierta ansiedad la observé y la escena sugería a una mujer con una mirada esperando algo más cercano a la amistad. Nos despedimos, me dijo dónde estaba su casa, muy cerca de esa iglesia y por el camino sacaba cuentas por si la invitaba a salir debido a mi nueva situación donde el presupuesto estaba bien estrecho.

A la segunda misa no fui y más que todo porque estaba evitando liarme a alguien y ella aunque vivía con su familia era autónoma y de mentalidad abierta. Con la excepción de una sola persona, en el liceo nadie sabía de mi caso del divorcio ni que tenía una estrechez económica que afortunadamente venía sorteando mediante la caja de ahorros de esa institución. El cuarto que ocupaba en la residencia donde ahora vivía estaba casi todo ocupado por cajas de mis libros y dormía en una cama de resortes apta para presos.

Sin volver a esas misas evité verla, mi tiempo lo estiraba entre clases y reparar mi vehículo. Uno de esos

días llegó al taller y con el saludo acompañado de su risa, en cierta forma me increpó: —He sabido que su esposa se fue y por unos meses le dejó los niños, luego se divorciaron. —dijo—, y el chisme lo asumí como un informe que le habían dado. Allí mismo agregó: —Comprendo que evite mi amistad y huya de las mujeres.

Ante esos escopetazos no respondí nada, apenas reí ligeramente. Y a esa escena llegaba otro tópico de conversa. Durante las semanas que siguieron terminé pensando en ella, había culminado parte de sus asignaturas y colaboraba en el centro y hasta tres arbolitos sembramos en ese liceo. Creo prudente decir aquí que en ese jueguito de verla venía ablandando mi posición y llegó el momento en que me informó que había terminado su noviazgo. No estaba afectada, sino “aliviada”, según me confesó porque la presión para que se casara hasta venía de sus familia con el argumento de que “ese muchacho médico es buena persona”.

Frente a esa información consideré oportuno invitarla a salir una vez que me dijo del fin de su noviazgo. Y en esa práctica amistosa fue como si mi <amor fati> se llenara de nueva energía para retomar otro camino que lo sentí fresco y agradable.

Varios encuentros tuvimos y la fiesta de nuestros cuerpos auguraba buenas nuevas en unas navidades de cantos y paseos. Ya mi auto andaba por las calles rodando mejor y aunque golpeado siempre era un Mustang al lado de cualquier otro auto, por nuevo que este fuera. Con la llegada del nuevo año visité su casa y conocería a otra parte de su numerosa familia. Iba en plan de un profesor amigo de ella y de uno de sus hermanos que estudiaba en el mismo liceo, la opción electrónica. De esos

hermanos, unos estaban casados, otros divorciados, sobrinos y primos.

Así pasó una visita que duraría unos cuarenta y cinco minutos. La numerosa familia no me espantaba, pero sí un comentario que le escuché decir a una de sus hermanas: —Ese profesor, que por lo visto te gusta, es muy viejo para ti, sabes que tiene hijos y es divorciado. Ignoro si lo dijo a sabiendas que había ido al sanitario y el apartamento no tenía paredes blindadas. Salí como quien no oyó nada y al rato me despedí de ella y de los demás que allí estaban.

Durante la semana no nos vimos hasta un día jueves, mi día libre, en que llegó al taller y al acercarse, como quien trae otro secreto, me abordó y preguntó del porqué de mi lejanía: —Sin quererlo —le dije—, escuché el comentario de tu hermana sobre mi diferencia de edad para contigo, y ciertamente no le falta razón en lo que dice para protegerte. Ella solo agregó que yo le gustaba bastante, era mayor de edad y no tenía por qué obedecer a su hermana. Terminado lo que estuve haciendo, la invité al parque de Milla para ver un oso frontino que habían rescatado y allí seguiríamos hablando. A esa idea ella murmuró que tenía algo para los dos. Era un paseo que siempre hacíamos y hubo veces, como ese día, donde ella llevaba su guitarra para practicar melodías que luego cantaba en la iglesia.

—Por lo que escuchaste no tienes que preocuparte, importa cómo yo te veo y nada más. Y como siempre he sido de insistente cuando una persona me asoma la idea de decirme algo importante, quizás la acosé. Dudé en decírtelo en el liceo, estoy embarazada. En mi casa nadie lo sabe y no sé cómo lo tomarán cuando se enteren. Ella no estaba preocupada, pero yo sí y pasó lo que tenía que

pasar aunque yo tomé las previsiones del caso. En general, la dificultad con esa noticia estaba en cómo asumir un embarazo no planificado, sin condiciones reales de vivienda y soltura económica que ambos no teníamos en ese momento.

No recuerdo todas las palabras que nombramos cuando asumimos que era nuestro regalo de amor, estuvimos preocupados pero fuimos respetuosos en no sentirnos culpables de nada indeseado. Ella mantuvo su criterio de ser madre soltera, no quería el matrimonio y allí agregó que se lo había insinuado a una de sus hermanas, era una viuda que vivía con cierta comodidad en Barquisimeto y quien le ofreció todo su apoyo: —No tienes por qué sentirte ni obligado ni culpable de nada, yo deseaba tener un hijo tuyo e indirectamente le comentaba cuando te decía en nuestros encuentros furtivos: «Esos ojos de gato me gustan mucho». Incluso lo repitió en ese bello parque acariciando mi cara porque me observó sorprendido y preocupado.

A pesar de su razonamiento, me sentía nervioso y a su vez emocionado con lo de su embarazo. Pero sin duda, mi inestable tranquilidad se venía abajo. Y sin poder justificar lo ocurrido solamente le revelé: —El amor, cuando lo es frente a un hijo, es incondicional. Tanto le agradó mi frase que junto a su agradable sonrisa le brotaron unas lágrimas. Ambos terminamos abrazados juntando nuestras esperanzas, como era su segundo nombre.

Conmigo puedes contar para eso y respeto tu propuesta, pero no soy amigo de abandonar un hijo, porque en el fondo es eso cuando los padres, poco importa si están o no casados, no viven con él. Ambos debemos responder por esa criatura —ratifiqué. De allí salimos y se quedó en su casa, apenas tenía un mes y medio de su estado.

Pasaron varias semanas donde nos veíamos a ratos. Ella se graduaría en un modesto acto académico donde hasta su exnovio vino e intentó averiguar si ambos teníamos algo. Por su acento supe que era un muchacho oriental y también se había graduado de médico y allí estaba para comunicarle que se iría a su pueblo a ejercer. Su mirada ante ella fue ese día como el de un “ovejo degollado” y a lo mejor, me dije, ese semblante débil de él a ella no le gustó.

Como estaba previsto que ocurriera, un día vino al taller y su rostro estaba cercano al llanto, en su casa la invitaron, para decirlo con estilo, que dejara su casa. Ante esa cruel medida se fue a casa de una de sus compañera de estudios mientras salía para Barquisimeto donde su hermana.

De esa unión hay anécdotas, momentos y situaciones para varios libros. Solamente diré que jugar con el destino o intentar torcerlo a nuestro favor nunca es posible. Debido ese pensamiento es que uso el término <amor fati>. Y esa unión no fue posible mantenerla ni siquiera con el alumbramiento que por cesárea trajo a mi lado un niño que nombramos José Leonardo. Explicaciones de lo que nos pasó seguramente que las hay. Sin embargo, esa frase escuchada de labios de una de sus hermanas calificándome de “muy viejo” para ella sembraron, a manera de un desagradable fantasma una desilusión y ella decidió regresar donde sus padres, quienes en ese niño encontraron el rescate del amor de su hija.

Palabras más, palabras menos, ella va a morir en un terrible accidente de auto al haber sido embestido su Volkswagen por un conductor borracho. Curiosamente en una navidad. De cómo eso pasó no soy el más indicado para exponerlo, solamente digo que demandé al respon-

sable de ese accidente y mi hijo tuvo algo de reparación por ese hecho. Ella trabajaba como maestra y su pensión mortuoria sí que no logré recuperarla. A ese niño le dedicaría buena parte de mi tiempo dentro de una nueva familia que construía en esa época y me ocupé de guiarlo por el camino del bien. Uno de sus logros llegar a formar parte del equipo de atletismo de la ULA y terminar su carrera universitaria. Así le respondí a un amor que no pudo concluir en familia con su madre real.

De lo dicho anteriormente pido disculpas al lector porque me he apartado de mi camino principal en esta historia. Es mi terca manía de querer darle razones a cada una de mis prácticas de vida. Y en mi retorno aquí expongo que una cierta luz vendría a iluminar mi vida cuando en el liceo Manuel Antonio Pulido Méndez se daba la posibilidad de tener un nuevo Director y las condiciones eran: «Ser Licenciado en Educación, tener tres años mínimos de experiencia y ser propuesto por un grupo de profesores de la Institución». ¡Qué ironía!, solo yo cumplía con todos esos requisitos, por lo que no había posibilidades para alguien de afuera. Pero “la vida te da sorpresas”, dijo el poeta Blades.

Organicé mis documentos y me fui a la zona educativa de Mérida, ese lugar donde me obligaron un tiempo a firmar un libro como si estuviera en libertad condicional. De su nuevo jefe conocía su buen trato, de apellido Castillo, quien en ese momento estaba terminando su carrera de abogado. Lo saludé, entregué mis documentos y se expresó: —¡Bien!, profesor Perdomo —dijo—, usted cumple con todos los requisitos para ser el Director de ese liceo. No obstante, le falta un papel adicional —aclaró—. Sorprendido le dije: —¿Cuál?, y él, sin ningún disimulo, acotó: —Es una carta de recomendación de un representante de AD, Copey o el MAS—, son compañeros de

trabajo conocidos por usted —insistió—. Comprenda que es un “cargo de confianza” al que aspira. Si le es difícil, dígame a su amigo Betancourt, el que se va a graduar de farmacéutico, y que es dirigente del MAS, seguramente se la da. Y además con gusto, pues usted no ha dejado de ser de izquierda, solo que no ha pisado peines. —remató con risa ese jefe—. Bueno —dije—, comprendo su posición y me comprendo en lo que soy, no buscaré esa carta. He pasado muchos puentes envenenados y no he necesitado de esas muletas —le susurré. Aunque si en sus manos está darme un permiso durante un mes y medio para buscar trabajo fuera del liceo, en verdad se lo agradecería —le propuse.

Inmediatamente, con su sonrisa de oreja a oreja agregó: —Claro, profesor, en eso no hay problema. Llamó a su secretaria y con una burocracia funcionando como lo pensó Weber, rápidamente me otorgó el permiso. Le di mi mano, me despedí y nunca más nos cruzaríamos en el camino.

Y al igual que en Caracas me levantaba temprano para leer los diarios buscando información de trabajo, empecé ese día a buscar avisos donde mi nuevo título de Licenciado en educación tuviera entrada para trabajar. Quiso el azar, a su manera, que fuera el tercer día de esa conversación con el jefe de la zona educativa cuando encontré uno bien descriptivo de la recién creada Universidad de los Llanos “Ezequiel Zamora”, en Barinas.

Un día miércoles, muy temprano, me fui en mi viejo Mustang y llegué a eso de las 11 y 30 am, a ese lugar llanero, hacía un calor terrible que por vivir en el frío mi cuerpo se resentía. Ya mi termostato había olvidado el calor de mi estadía en el Vigía. Entré a una cafetería, pedí un jugo de naranja para sortear el ahogo que ese

calor me provocó y, de repente, como si estuviera invadido por un fantasma me temblaban las piernas, mi vista no andaba bien, cosa rara en mí, y antes de caer al piso, pagué ese jugo, encendí el auto y despavorido, pero con calma dejé esa ciudad.

Más adelante me detuve porque estaba sudando frío y al empezar a subir la montaña para regresar a Mérida ya yo era otro ser bien recuperado. Y recordaba a Hidalgo cuando me decía: —La gente que llega al llano no creé en el “Silbón”, ni en espantos—. Desde esa vez, a Barinas solo le pasaba por sus alrededores y nunca más la visité. Así que nunca entregué mis papeles.

## Capítulo LV

### *El concurso*

*El trabajo es un acto entre  
el hombre y la naturaleza*

— *C. Marx.*  
*El Capital, 1867*

Con la extraña idea de haber sido espantado, regresaría a Mérida ese viernes por la tarde y con cierta frecuencia iba a la Facultad de Humanidades a saludar al poeta Adelis, incluso ya graduado. Recordé que él era de ese lugar y decidí buscarlo para contarle lo que me ocurrió. Llegué a las 7 y 30 pm, y en la entrada, como siempre, estaba conversando con unos alumnos. Nos saludamos y al rato dijo: —Ya me iba “ñerito”. —Y yo que vengo a contarle algo que me ocurrió —dije inmiscuyéndome en su conversación. —Si es así, entonces vamos al barcito de siempre y con unas birras, como nombraba las cervezas, me cuenta. Minutos después fuimos al sitio y le conté lo que me ocurrió y no lo comprendí: —Por la mañana salí para Barinas a lo del trabajo en la UNELLEZ, y toda una Odisea como un espanto sentí —le indiqué—, y me extendí en referir lo ocurrido. —El llano está cargado de misterios —dijo— riéndose y agregando: —Por algo te pasó eso. Quédate por estos lados, a lo mejor aquí en la Facultad se presenta un concurso y entras

como Instructor. Terminamos varias rondas de cervezas y dejamos el lugar con el acuerdo de volver ese próximo viernes.

Así era nuestra amistad y así era conmigo ese recordado poeta. En esa época, en la que trataba de insertar mi ruta existencial nada recta y sí cargada de curvas y barrancos, algunos hombres y algunas mujeres me acompañaron en varios momentos de incertidumbre. A unos les perdí su rastro en esa Venezuela a la que nunca le sobra su crisis social y política. También, a cuenta gotas, veía a algunas féminas y nuestros cuerpos disfrutaban de un encuentro amoroso.

Durante esa semana asistí al liceo y organicé mis herramientas personales y a su vez me fui despidiendo de algunos de mis compañeros. A los que firmaron mi apoyo para ser director les di las gracias y les referí el obstáculo político encontrado.

Era viernes y volví a la Facultad para verme con el amigo Adelis, lo encontré dándole instrucciones al vigilante y al verme nos sentamos en la entrada esperando que anocheciera para irnos al lugar de siempre y hablar. Estábamos en eso cuando llegaban dos personas, se le acercaron y cariñosamente lo saludaron disponiéndose a entrar a la Facultad. —Y a estos trujillanos qué los trae por estos lados, y de noche —fue su saludo para ellos—. Vi a dos hombres cargando cada uno un portafolio y ambos le respondieron con la palabra muy común para él: “poeta”: —Venimos de la Extensión ULA-Trujillo para que nos ayudes a encontrar profesores y necesitamos abrir concursos de credenciales —indicaron de inmediato—, sobre todo en las Humanidades. —Aquí tienen uno —acotó— el poeta. Ha sido un excelente estudiante en la Facultad y tiene experiencia en liceos. Ese gesto me sor-

prendió y confirmaba lo del espanto a la manera en que Adelis lo interpretó ese día cuando le relaté lo ocurrido conmigo en Barinas.

En ese momento me pregunté ¿Quiénes eran esas personas? Ni los había visto antes ni hablaban como trujillanos. De ellos nada sabía, pero andaban “pescando hombres” para su institución. Sí, suya como hacen los empresarios dueños de sus fábricas. Y ante la opinión del poeta, el de lentes y un poco más bajo de estatura se hizo a un lado y me invitó a seguirle a un rincón de la entrada donde estábamos. Después, abrió su portafolio para mostrarme una lista de materias para cursos que estaban sin profesor. En ese instante y arrastrando la letra s cuchicheó con una frase: —Recomendado usted por el poeta Adelis le pregunto: —¿En cuál materia le gustaría concursar con sus credenciales, pues luego tendremos el de oposición?

Esa repentina escena me despertó varios dilemas de la asignatura que enseñaría, pues mis notas en las educativas eran buenas, pero mi gusto iba por el pensamiento filosófico. Por esa opté. De inmediato él anotó mis datos personales, dijo llamarse Eduardo y ser el Coordinador de la ULA en Trujillo. Luego me informó que el miércoles próximo a eso de las 8 y 30 am fuera a su oficina para otras instrucciones. Del otro, también poeta, dijo llamarse Rafael. Difícil de olvidarlo cuando en esa visita le vi en sus manos muchos “anillos” de plata. Distinguí a un hombre alto, ojos grandes y su pelo enredado al estilo afro junto a lo irónico de su hablar le daba un aire distinguido.

## Capítulo LVI

### *El eterno retorno*

*Cómo voy a culpar al viento del desorden que hizo,  
si fui yo quien abrió la ventana*

— *Mario Benededetti*

**A**l profesor que tomó nota de mis datos personales para concursar le di las gracias por su gentileza, luego ambos hombres se despidieron de nosotros. Con el poeta Adelis fui a lo convenido para esos viernes. Por el camino, íbamos a pie y le di infinitas gracias por su confianza en mí. Ese día hablamos del MIR, donde él militaba y yo alejado del MAS coqueteaba con esa organización exitosa en el movimiento estudiantil de esa época. Conocí sus propuestas para la izquierda democrática de ese grupo también desprendido de AD. A nuestra reunión llegó el amigo común Carlos Boves, con quien también tenía una excelente amistad y era quien siempre me decía: «Aléjate de esos “revisionistas del MAS y renegados del marxismo»». Carlos era conversador y buscador de recursos para esa organización.

Allí estuvimos los tres esa noche en una amena conversación durante dos horas, luego yo me despedí aduciendo mi viaje a Trujillo, pero que antes debía hacer algunas diligencias entre el sábado y martes. Ellos siguieron en el sitio.

Durante el fin de semana y el lunes le hice mantenimiento al auto, arreglé mi carpeta tipo credencial, pagué algunas deudas y fui al liceo a terminar de despedirme de mis amigos Vela e Hidalgo. No les comenté mayor cosa de mis planes. El miércoles de esa semana y a la hora convenida llegué al edificio de esa extensión de la ULA, en la zona de Carmona en Trujillo capital. Conocía de sobra el lugar, pues en mi adolescencia funcionó como el “Colegio Santa Ana” y allí los viernes, en semanas de vacaciones escolares, algunos jóvenes nos concitábamos para ver las bellas alumnas buscadas por sus familiares para llevarlas a sus casas de varias ciudades del país. Eran familias con poder económico para pagar ese seminternado en uno de los mejores colegios católicos para alumnas que hubo en Venezuela. Las familias en esos viajes llamaban nuestra atención porque venían en bellos y lujosos autos.

Algunas de esas familias a veces se alojaban en el Hotel Trujillo y el sábado disfrutaban de la piscina, ese día como jóvenes curiosos acordábamos ir allí y mirarlas cuando ellas se bañaban. Entre nosotros comentábamos la posibilidad de tener a alguna de ellas de novia. Eran tiempos de ilusiones cuando lográbamos hablarles y compartir alguna leve conversación con ellas. A mí, por ejemplo, me agradó conocer a la hija del dueño de una empresa que fabricaba aceite comestible. Fue una amistad que duró hasta las veces en que ella nadó en ese lugar.

Ese colegio desapareció cuando la jerarquía católica se lo vendió al gobierno de turno, y el objetivo fue “para el desarrollo universitario del Estado Trujillo”, según leí en un documento antes de esa entrevista. Por tener la ULA su extensión instalada la adquirió como una “piscataria”, pues la propiedad no era de esa institución uni-

versitaria. Fue el recuerdo que me invadió al entrar para ir donde ese coordinador. Al momento en que entraba un grueso grupo de estudiantes lo hacía esa mañana y presuroso atravesé sus jardines, bien cuidados en época de las monjas, sus pisos y corredores eran de un granito reluciente. Según algunos trabajadores de ese colegio, había cubículos acondicionados para dormir y sanitarios con piezas importadas. Al frente de un amplio patio estaba una parte de la montaña mostrando varios caminos y a su lado bancas para sentarse y contemplar la naturaleza. Pensando en eso imaginé que ojalá la administración nueva conservara esa memoria de limpieza que con esmero mantenían las monjas en esas instalaciones. El caso es que llegando yo y tocando la puerta de esa coordinación cuando una mujer, que asumí era la secretaria exclamó: —¡Camilo! ¿Qué te trae por aquí?— Era la esposa de un viejo amigo de la infancia, a quien apodamos “la Chocha”. Luego de saludarla y reconocerla, me expresé: —Vengo de Mérida para una cita acordada con el coordinador —le dije—. Es para hoy y a esta hora —aclaré—. —Él está adentro —susurró—, pero aquí entre nos, es una persona de muy mal carácter, a pesar de que se promueve como poeta. —Espera un momento —me sugirió ella—, le voy a decir que ya llegaste aunque cuando llegué a trabajar ya estaba de mal humor —aclaró.

Mientras la secretaria regresaba con la respuesta de la cita, me decía: —¿Cuántas debilidades no le llega a conocer una empleada a su jefe?, ella salió y por su mirada confirmaba su intuición: Era cierto, ese poeta no cumplió con su compromiso y su sensibilidad cuando escribía sus poemas seguramente no incluía el respeto al tiempo ajeno, como el mío cuando asistí a esa cita decidida por él. A lo mejor su poesía no era para beneficio de los otros, sino como hacen los mercenarios: —vender su producto.

Ante lo sucedido me basta con acotar, incluso si el lector lo duda, que ante tan desagradable momento tuve la misma sensación y hasta emoción que mi espíritu recibe al llegar al kilómetro 36 para finalizar mi ruta de los 42.195 km: «Oír mi cuerpo, controlar la respiración y si me llega la “fatiga” o “pájara” como también la llamamos los “corredores de largo aliento”, intentando dejarme allí tirado con calambres, suelo hacer lo siguiente: Bajar el paso y, por ejemplo, rezar “El Padre Nuestro”».

De la secretaria me despedí y volvía a mi tarea de los esfuerzos mentales para no perder la claridad de las ideas. En esos momentos, donde todo es similar al derrumbe es cuando mi <amor fati> se crecía y como perro comiendo pellejo de buey viejo apretaba mis dientes. De tal manera que así fue mi reacción ante esas miserias del espíritu que muchos venezolanos escritores de palabras, unas siguiendo a las otras, se autodefinen poetas pero que en asuntos de sensibilidad les cabe otra palabra, que no nombro porque pertenece a la competencia discursiva propia de lo escatológico.

Para amortiguar el golpe recibido me senté en unas largas bancas de un visible patio del colegio donde las alumnas internas podían jugar al voleibol o al basquetbol y, aún estaba allí una malla como testigo. Simultáneamente, ahora me distraía viendo pasar a hermosas alumnas con distintos colores de vestimenta, que en tiempos de monjas era imposible por el uniforme único que ellas debían portar.

Pasada una media hora de estar allí se instaló un juego informal de voleibol y observaba a sus jugadores, todos varones de esa instalación universitaria. Desde esa cancha me posible visualizar el tránsito de personas en los tres espacios de cuatro pisos que tuve al frente. Era

esa una construcción denominada panóptica y diseñada para cumplir con la estrategia de los colegios cristianos en eso de vigilar a los alumnos. Y debido a esa arquitectura pude ver que al frente bajaba un profesor rodeado de discípulos, como en las imágenes de los libros de filosofía se mostraba la imagen de Aristóteles o Platón. Uno con su idea de Liceo, el otro con el de Academia. Y cuando profesor y alumnos llegaron a la planta baja, donde estaba un cafetín y un poco más de cerca de mi vista, distinguiría la cara de un antiguo y compañero de Facultad de nombre Liborio. Fue representante estudiantil por el MAS y yo fui su suplente. De eso no hablo ahora porque solo estuve en la lista electoral, pues mi trabajo en el liceo Pulido Méndez no daba para asistir a reuniones estudiantiles.

Me acerqué para saludarlo y él me invitó a su cubículo para hablar con más comodidad. Allí llegamos y dentro de la variada conversación me explicó que ya tenía un año trabajando de profesor en el Departamento de Ciencias Pedagógicas. Le expuse lo que me acaba de ocurrir y por qué estaba yo allí. —Ese profesor es así— me dijo—, todo el mundo lo sabe y no agregó otro comentario. —¿En cuál materia aspiras concursar? —agregó—. Me gusta la filosofía, no me fue mal cuando cursé, tú lo sabes. Entiendo, según ese coordinador me mostró, que hay dos cargos disponibles. Incluso vine debido a que fue él quien le solicitó nombres para concurso de credenciales a ese común amigo nuestro llamado Adelis León Guevara, y como estaba con él ese día, le sugirió que yo era un buen candidato. Así fue que me dio cita para hoy y vino el desagradable instante de ni siquiera recibirme —le informé.

Quienes conocimos a Liborio siempre supimos que era un cristiano convencido y de un buen corazón, con

él los diálogos fluían y era un excelente lector de libros de “Derviches” que a veces juntaba con textos bíblicos. —¡Ah! —dijo luego—, vamos al Departamento de Ciencias Sociales donde está adscrita esa materia, el Jefe es Pinedita, el del MAS y entiendo que es amigo tuyo. Nos llegamos hasta allí y quien estaba era el recordado estudiante de Historia, conocido por mí cuando iba al Vigía a reuniones políticas de una izquierda a la que no fui extraño. Hubo veces en que él se quedaba en mi casa. Al llegar nos saludamos y fue quien preguntó, sin bajar sus pies que tenía sobre su escritorio, igual a las narrativas en las novelas del Oeste americano de “Marcial La Fuente Estefanía”. Solo que Pinedita no tenía puestas las espuelas de plata de esos vaqueros: —¿Qué te trae por estos predios? —dijo secamente—. Y como no se levantó de su asiento, a secas le respondí: —Vine para consignar mis credenciales porque entiendo que en este Departamento hay dos plazas para la materia Filosofía. —¡Ah!, estas bien enterado —dijo—. —Sí, las hay. De inmediato soltó ese término que tanto me desagradaba: —“el fulano pero”. — Pero son dos cargos preparados para que concursen dos discípulos del prestigioso profesor de la UCV., el filósofo José Rafael Núñez Tenorio. Allí mismo mi <amor fati> me dijo: «Que el mundo es horrible es verdad, sobre todo en momentos como este». Era lo mismo que me exigían adecos y copeyanos: «Una lealtad de mafias enquistadas por seres que son parásitos resistentes a purgantes políticos de todo tipo». Al profesor Tenorio lo conocía por su libro de metodología cuando cursé mi primer año en el Núcleo de la ULA-Táchira.

Hubo en esa escena donde el azar puso en mi ruta un cierto silencio el inicio de una obligada distancia con personajes como ese y a su vez sentí vergüenza ajena ante una Institución que permitía eso: —Bueno —balbu-

ceé—: Si el asunto es de tal calibre, pues “ni modo”, como tú sabes dijo ese gran filósofo mexicano de nombre Mario Moreno “Cantinflas”. Y, Pinedita, mostró su desagrado aunque lo supo disimular y replicaría: —¿Y por qué no vas al departamento de Liborio? Al escucharlo, lógicamente no dije nada y salimos del lugar.

Con Liborio fui a su departamento, en esa época lo dirigía una profesora con un apellido curioso: Parada, y esa palabra siempre me agradaba en su significado de detenerse. Y sí, había una vacante para “Fundamentos de la Educación”. Fue mi primera materia en mis viajes del Vigía a San Cristóbal para cursarla, me agradada su temática pues se relacionaba con corrientes del pensamiento de la Filosofía y la Sociología.

Una vez presentados por Liborio, ella me recibió los documentos, los hojeó y notó que me faltaba una copia de mi título certificado por una Notaría Pública. —Lo puede traer después —dijo—. Era otra la escena allí y destacaba en ella el respeto, la responsabilidad y la conducta de una universitaria, como románticamente siempre he sentido el cuerpo de una universidad. Resultó un proceso sencillo y, además, Liborio era miembro del “Consejo del Departamento” y se ofreció para tramitar mi caso con mis credenciales: —En quince días usted debe estar aquí, donde le tendremos su horario a tiempo completo —concluyó la Profesora Nereida, que era su nombre.

Nadie se dio cuenta del impacto emocional de esa escena de confianza, cooperación y deseos de solucionar un problema para los alumnos y la institución, por lo que no observaron la brillantez de mis ojos al momento de aceptarme mis credenciales académicas. Sin recomendaciones de extraños cuerpos como los partidos políticos, tampoco de “Brujos” del conocimiento cuando ponen a

circular cualquier panfleto con el nombre de “filosofía del conocimiento”.

Me despedí de ellos, les agradecí su gesto y salí de ese edificio. Era tarde para regresarme a Mérida, pero ni podía quedarme en Trujillo de donde me había ido forzado por las circunstancias de mi crianza ni tampoco podía pagar un hotel. Con mi fiel caballo mecánico de nombre Mustang agarré carretera. Llegando a la población de Timotes tomé un descanso y entré a un negocio para tomarme un café, y como lo vengo diciendo: —Me aparté a un lugar donde estaría solo y mi mano derecha la puse del lado de mi corazón para decirle a mi <amor fati>: —Estaremos en una carrera de largo aliento, como cuando me ayudas controlando mis palpitaciones y tener el oxígeno necesario en mi sangre para no derrumbarme—. Respiré profundo, y tarareando algunas letras de esa melodía que alimenta mis sensaciones de amor: “A mi manera” encendí de nuevo el Mustang y de madrugada llegaría a una Mérida mostrando en su ambiente una leve llovizna.

Lo urgente era organizarme para vivir en Trujillo. Llegaba otra mudanza y ese retorno me trasladaba al texto de Nietzsche. “El eterno retorno de sí mismo”, libro donde buscaba frases para sortear momentos de crisis. Ahora los signos me indicaban un giro vivencial, y sí, lo soñé, pero nunca pensé se daría en el mismo pueblo donde supe de qué tipo de materia prima era mi espiritualidad. Intuía así la llegada de otra marca en la piel de mi <amor fati>.

Lo digo porque recordaba que en algún momento de tristeza había dicho: —A Trujillo no vuelvo más—. Cra-so error de cálculo cuando el <amor fati> siempre es el farol a seguir cuando uno está desorientado. También

había dicho en algún instante de mi vida: —Las mujeres bajitas y morenas no me gustan—. En ambos casos me equivoqué de banda a banda, como dicen los expertos del billar. Fueron dichos con señales de seguridades débiles que recibí como bofetadas para que despertara. Lo que resumí en una frase: —Es la dialéctica de la vida.

## Capítulo LVII

### *El contrato*

*Y Orfeo fue en adelante el confidente  
de sus soliloquios, el que recibió los  
secretos de su amor a Eugenia*

— *Miguel de Unamuno.*

*Niebla, p 41.*

**D**e mis sueños de ese tiempo puedo decir que impartir clases me gustó desde cuando me buscaron aquellos estudiantes del Bachillerato para que les enseñara matemática y pasarla en reparación, solo que en esa época privó la necesidad por mi vulnerabilidad económica, luego fui un improvisado profesor que el Estado venezolano necesitaba porque su modelo educativo del Diversificado sustituyendo las Escuelas Técnicas carecía de personal técnico y con algunas reformas legales me permitió concursar.

En este sentido la idea del retorno la sentí paradójica y hasta irónica, pues ahora yo entraba al circuito universitario y sin duda alguna era mi mayor logro personal. No obstante, llegaba a otra selva, no lo dudaba y lucharía con otros lobos, más amaestrados por lo demás en las nociones de astucia, maniobra y disimulo.

Los conocía cuando pasé por sus aulas, asistí a concursos de oposición y presencié el teatro de los argu-

mentos y juego de las teorías cuando vale permitir que alguien apruebe o si por el contrario, la sola presencia de un “gurú” del saber asusta al concursante para que abandone. No bastaba el concurso de credenciales, era vital ganar el de oposición, su nombre institucional. Tenía que concursar y en un medio donde los lobos hambrientos de poder no faltaban y ya el poeta Adelis me había sugerido que entrara a los concursos para ver el comportamiento del jurado cuando de sacar del juego a alguien se trataba. De tal manera que mi sueño aún no había pasado sin calambres por el kilómetro 36, donde en realidad empieza la carrera del maratón.

Siempre me acostumbré a los desafíos y mi fe como la confianza en mi <amor fati> era fuerte por si en algún momento esos lobos tiraban aceite quemado o arena movediza y luego verme caer al piso. Algo me decía que el camino de mi trabajo ahora tendría otras huellas y debía moverme con destreza. Al momento en que emborrono estas cuartillas ignoro si por mi apego a una ética fundada sobre la palabra responsabilidad y casi en forma religiosa soy un hombre combativo y belicoso. Porque sin duda reconozco que lo soy. Y sí, tengo dudas y dilemas devenidos complejos debido a mi curiosidad por saber y explicarme todo. Es hasta cierto punto, mi manía.

De entrada, no soy un “dador de clases” como circula en nuestra profesión esa conseja. No existe eso en mi concepción de la enseñanza, y menos cuando quien es profesor no tiene nada qué dar, pues nadie da lo que no tiene. Salvo que no sea lástima por su ignorancia cultivada con esmero. Me ocurre lo mismo con otra palabra: Amor, nadie lo da porque incluso teniéndolo corre el riesgo de perderlo y quedar vaciado e inundado de vacíos existenciales. Las clases son, según lo intuyo, un acto de amor que se le transmite a alguien tratando de ayudarlo

a salir de otra de las violencias: —la ignorancia—. No se da el amor, no se enseña a amar, solo se transmite el inmenso acto de amar y por eso es un valor humano en el que cada individuo, según lo percibo, lo expresa de múltiples maneras, donde la fraternidad y la cooperación no deben estar de vacaciones.

Lo digo apoyado en la imagen de cualquier Chimpancé en su acto de aparearse como los humanos lo hacemos, pero eso no es amor, es una necesidad genética dentro del proceso evolutivo. Mientras que el amor y la educación son, ante todo, una realidad imaginaria, un mito que si lo cultivamos nos juntamos y la voluntad de vida es terrenal, no al exterior de la tierra. Eso lo he aprendido de la literatura, los mitos y las corrientes filosóficas. Sin esa realidad imaginaria lo que nos queda es la barbarie, la selva y regresar a las cuevas donde algunos seres no han debido salir.

Mientras cavilaba en el sentido de lo anterior auscultaba mi espíritu y recordaba que en algunas cosas como la política de ingreso a las instituciones no era ingenuo, pues si bien existían algunos reglamentos donde se presume anida el equilibrio y el respeto entre las personas, era conocido por todos que había “vía libre” si el concursante era protegido por grupos de presión o los partidos de esa izquierda que para bien o para mal se atrincheró en las universidades cuando a su dirigencia la democracia construida y al caer la dictadura de Pérez Jiménez los excluyó del poder.

Sin este dato de la exclusión no es posible dar con una explicación única referida a ese síntoma que secuestraría ese bello valor humano de la palabra ética. De esa palabra derivan consecuencias para las universidades que con el principio de autonomía, heredado de la moder-

nidad, pasaron a ser el casi legítimo espacio de grupos privilegiados unos y marginados otros. Un uso y abuso de ese principio, no me era desconocido al ambiente donde llegaba. Es un principio lleno de luchas y glorias o donde muchos se ocultaban en ella como los “piratas” del Caribe asaltando naves inglesas.

En mi práctica de viajes y abandonos cargando a mis espaldas una soledad que no pedí, siempre me agradaría ser disidente de cualquier signo de lo antiético o la corrupción. Las palabras indignación, rebeldía, desobediencia y pensamiento radical venían nutriendo mis ansias de tener explicaciones sobre la pobreza y al encontrarme con esa “viveza criolla” o leer las fábulas de Esopo tomaría la opción de lo correcto. No en eso de “quitar a otro para ponerme yo”. Ya preparaba mi estrategia ante el concurso donde al igual que me prometí de nunca abandonar un entrenamiento ni un maratón, sabía que tenía con qué porque mi repertorio teórico no era “prepararme” para ganar un concurso, para eso y —me lo enseñaron Scorza y Antonio Luis Cárdenas: —No hay preparación —afirmaban—, es un estilo de vida intelectual dominado por el amor al saber. Escuchándolos asumí esa filosofía para mi dato de vida.

Y lo venía asumiendo como algo similar a tener una estrategia para cruzar un río crecido, donde la improvisación es mala compañera: Un río crecido, al igual que la tristeza y la soledad, siempre tienen salidas, importa mucho buscarlas. En ese tiempo el “conflicto de intereses”, propio de la Bioética, en un concurso no se evaluaba y prueba de ello era la conducta de Pinedita, entre otros.

Creo haber dicho que mi formación es de autodidacta cuando algo me preocupaba. Eso sí, en Mérida me había vinculado a unos disidentes del MIR del poeta Adelis

que se autodenominaban “Convergencia Crítica” y tenían una revista llamada “Expresamente”, dirigida por quien de alguna manera se convertiría en no solo mi amigo del alma, sino en mi maestro en teorías de la sociología. Fue Rigoberto Lanz, era de Upata, lugar que conocí bastante cuando estuve en Guayana. Todo un seductor de la palabra, seguidor de Aristóteles en eso de ser amigo tolerando diferencias. Un lector voraz de autores actualizados y un estudioso del Marxismo y la Epistemología. Un año menor que yo y a muy temprana edad entró como profesor de sociología a la UCV. Son esas referencias las que muestro al lector a los fines de fijarle algunas ideas que a lo mejor otros han tenido cuando de tocar los concursos universitarios se trata.

Al llegar a Mérida busqué mi título notariado y lo envíe a Liborio por un servicio de correo de una empresa privada. No solo era rápido, sino que permitía reclamos en caso de pérdidas. Luego pasé por la zona educativa para ver si me extendían el permiso remunerado, pues ya mis ahorros se venía agotando y en Trujillo me había enterado de una noticia, nada buena y me preocupaba: «A veces un profesor de la ULA en esa extensión estaba un año sin cobrar debido a que sus documentos se extrañaban en el camino, a pesar de que al rectorado los traía en un sobre cerrado el Coordinador. O también le faltaba algo que a tiempo nadie le solicitó.

Quien me informó hablaba de la constancia del Impuesto Sobre la Renta, un cartón amarillo dado por el Gobierno y que tardaban casi seis meses en entregarlo en una Oficina que estaba en San Cristóbal, y sin ese documento la respuesta común era: —“Mérida” no autoriza el pago—. Esa palabra “Mérida”, la utilizaban los empleados administrativos simplificando al responsable de cualquier error en casos de pago u otro documento.

No había en esa época la cultura del funcionario de la ULA., en una idea de “Personalidad Jurídica”. Repetían simplemente: “Mérida”, como una “muletilla” que el Gobierno Nacional asimilaba en sus obstáculos burocráticos con una frase aceptada por todos: —Caracas, no ha respondido.

Extenderme el permiso no fue posible y quien atendió mi solicitud sugirió que colocara un suplente para no perder el cargo, en caso de regresar al liceo donde trabajaba: —Y en el momento en que esté seguro de tener otro cargo —advirtió—, debe renunciar al mismo.

Fui al liceo y firmé la planilla para el suplente, colocado ya por un partido político. Luego dejé ese lugar. El día quince estaba en la extensión de la ULA en Trujillo para ingresar al Departamento de Ciencias Pedagógicas y me entregaron toda la información: —Estaba contratado—. “Hasta la realización del Concurso”—, según estipulaba la comunicación, a tiempo completo en las asignaturas: Fundamentos de la Educación, Historia de la Educación y un Seminario sobre Problemas Contemporáneos de la Educación. Sin ninguna duda, era el perfil que me cuadraba y mi seguridad junto a la confianza moverían mi espíritu en ese lugar de la incertidumbre.

De las asignaturas me entregaron los programas, mientras que del Seminario solamente se mostraba unas ideas generales a desarrollar con los alumnos. La bibliografía de las materias era extensa y hasta ambiciosa por la dificultad por todos bien conocida: a los alumnos les gusta el contenido simplificado. En los inicios de clases en ese edificio y del cual antes dije que era un colegio de monjas cristianas, iba conociendo a profesores venidos de otros países debido a las dictaduras que los expulsaron de sus naciones: Uruguayos, chilenos, argentinos,

colombianos, españoles, italianos. Se decía que eran desplazados y con riesgos de perder sus vidas. Otros eran venezolanos y algunos de Trujillo capital, Valera o del Zulia. Ese fue el ambiente inicial que capté en mi llegada.

De lo más destacado que encontré en mis inicios fue que el Departamento tenía programada una actividad denominada “Jornadas de Reflexión Pedagógica” a celebrarse en una finca situada en la zona de “Palo Blanco” vía Monay y cerca de Pampán. La dueña del lugar era una abogada caraqueña muy dinámica de apellido Veloz que trabajaba en ese departamento. Un lugar que yo conocía bien por mis andanzas de adolescente buscando pájaros.

Desde el primer día asistí y no intervine, me dediqué a escuchar a los profesores y a su vez identificaba el perfil de cada quien en cuanto a sus herramientas teóricas y competencia comunicacional. En ese tiempo ya había leído esa idea en trabajos de J. Habermas. Porque en rigor, yo era un perfecto desconocido como para llegar a ese foro y alborotar un avispero, como era mi gusto de siempre. Era la imagen que me daban por lo que venía escuchando entre quienes hablaron. Además, es natural la prudencia cuando se es principiante, y en tanto experiencia universitaria yo en la ULA me movía bien como estudiante y ahora era otro ambiente donde como decía Hidalgo: «De lo más pelado del monte puede salir un tigre». Y si quisiera ser más preciso: — ¿A cuenta de qué darme a conocer?, en vez de indagar si en ese lugar andaba algún “compañero de ruta” como sugiere el Zaratustra de Nietzsche.

La orientación temática que iba apareciendo en el discurso de los ponentes e intervinientes se resumía, a

mi juicio, en fijar nociones de “Prácticas Docentes”, “Organización de Horarios” y “Distribución de alumnos”. Mientras que de las “Corrientes del Pensamiento Educativo” escuchaba discursos generalistas y nada reflexivos. Simplificando lo visto, percibí el evento como un encuentro para reconocerse entre pares.

Las jornadas terminarían con la promesa de volverlas a realizar el año siguiente. Y como toda promesa, todos sabemos en qué termina. De los profesores que conocí y con los que compartiría mi trabajo estaban en áreas precisas: Teorías Pedagógicas, Psicología, Evaluación y Prácticas Docentes. Cada programa de esas áreas tenía su propia bibliografía. Mención aparte es el apellido Zuleta, quien se me acercó para hablarme de su hermano Eduardo, que estaba en México haciendo una tesis sobre Antonio Gramsci, en el momento en que yo le comentaba a Rubilard, un chileno que trabajaba en el Departamento, sobre la “Teoría Crítica”. Con el tiempo sabría Jesús, era su nombre, que de él supe en mis inicios en la Juventud Comunista, cuando nos hablaba “Larita” de un joven que en la UCV estudiaba Psicología. En cambio, con Eduardo estudiamos juntos el cuarto grado. Pero era muy temprano para que yo abriera esas páginas de mi adolescencia en un pueblo en el que aprendí que “el chisme” entretiene a sus pobladores y eso tiene consecuencias por las que yo había ido a dar a un centro de detención, Carmania, para menores de edad.

También tenía la información obtenida en Mérida y antes de venirme a Trujillo que Rigoberto me transmitió: —En la extensión de la ULA en Trujillo hay un profesor, sin darme su nombre, quien dice ser del MIR —me dijo—, nos ha acompañado en algunos eventos de la revista “Expresamente”. Entiendo que la distribuye bien a los profesores porque les interesan los temas que publicamos. De

tal manera que cuando en una conversación en esas jornadas, Zuleta me dijo que le interesaba conversar sobre mis impresiones de esas jornadas, pero en su cubículo.

Tal hecho se daría el lunes próximo del final del evento de ese viernes por la tarde, y a las nueve am —dijo—. Llegado ese lunes fui a su cubículo, el dirigió la conversación y yo intuí que era un lobo del Departamento cuando al abrir uno de los escaparates donde había libros y carpetas, logré ver un motón considerable de la revista “Expresamente”, allí, quietas e “instruyendo” a termitas y cucarachas. —No es cierto —me dije— lo que le dijo a Rigoberto en cuanto a que tomaba las revistas en Caracas y las distribuía en el Núcleo. Era una primera advertencia en cuanto a ser prudente con él.

En los primeros veinte días de mis clases identifiqué el tipo de ambiente universitario en un continuo malestar y hasta conflictos por cualquier cosa, pero en lo real era la lucha por el poder entre los militantes del MAS, MIR y disidentes de la política de “pacificación” que dejó descolocados a los que por comodidad se denominaban “ultraizquierda” y que siempre me invitaban a sus Asambleas. Muchos de los profesores que allí estaban no habían entrado por concurso, sino dentro de la vieja manera de entender que la universidad tenía que ser de izquierda frente a un gobierno represivo y de derecha.

Y eso no es un invento mío, soy producto de esa leyenda y comenzaba a intuir que la palabra autonomía era utilizada en forma similar a la Aspirina: «Servía para todo». Una vez encargado de mis cursos fui percibido por los estudiantes con cierto respeto y en ese tiempo el estudiante podía seleccionar a su profesor, pues había el recurso humano. Los debates eran continuos y los pro-

fesores, de alguna u otra forma nos involucrábamos. Se sabía que el Consejo Universitario debatía la posibilidad de darle a la extensión un mayor espacio de legitimidad institucional y se hablaba de escoger una terna para nombrar a un Vicerrector, lo que sustituía a la figura del Coordinador, nombrado a dedo. También la palabra núcleo circulaba.

En cuanto al Gobierno Regional, eran tiempos de Copey y Trujillo era gobernado por una señora de apellido Maldonado, militante del partido URD. Un partido cuyo signo era el de algo así como un residuo de la llamada “Amplia Base” o “Pacto de Punto Fijo” que dejó por fuera al PCV, una organización que fue clave en la lucha contra las dictaduras. Con esta idea fijaba mi opinión de la ingobernabilidad de Venezuela y los efectos sobre las universidades era directo.

Ante un conjunto de obstáculos para escoger esa terna, donde el nombre de Zuleta vinculado cerca del MAS aparecía con el apoyo de ella y quien movió a lo que se denominaba “La Sociedad Civil” apoyando ese nombre frente a otro candidato que según el “chisme” tenía ese “Consejo” en Mérida.

Fue seguramente, por aquel entonces, cuando comprendí que en la ULA el debate por una Venezuela mejor, grande, heroica, desarrollada e invencible porque en ella nació Bolívar, era una realidad imaginaria frente a la brutal realidad de que yo cumplía con mi trabajo, pero mi sueldo no llegaba. Y tal como iba a ocurrir, había renunciado al Ministerio de Educación, tenía que cubrir mis gastos y el de mis circunstancias de haber traído hijos al mundo sin antes haber tomado las provisiones del caso, como suficientes ahorros y una vivienda propia.

Ya había vendido mi auto ante ese déficit. Y aunque suene extraño, a la casa donde vivía alquilado llevaba alimentos encontrados de la pesca y caza cuando varios fines de semana con amigos de mi infancia visité montañas y llanuras de Trujillo. Las conocía bien y pude solucionar parte de mi alimentación.

Haciendo averiguaciones sobre ese retardo absurdo de mi pago cuando es sabido que el dueño de una simple “pulpería” enseña a planificar compras y gastos, mientras que una universidad con profesionales de la economía, finanzas y administración tardaba un año para darme mi salario, hice las diligencias necesarias.

A mis recuerdos llegaba la frase del señor Moisés: «Piensa mal y acertarás» cuando uno de esos profesores “zamarros” como se dice, me dijo: —Depende mucho de quien lleva los papeles o documentos a “Mérida”, porque hay quien se especializa en desaparecer la “Constancia del Impuesto” y ese simple papelito causaba estragos en el retardo del pago y los contratados terminan por dejan el cargo: —Averigua bien—, fue su sugerencia. Escuchado eso entendí que pudiera haber pasado eso conmigo y me comuniqué con una antigua compañera de mi licenciatura que trabajaba en la ULA y le conté mi caso. Me escuchó y dijo: —Llámame mañana a eso de las 10 am y te informo. Y, en efecto, faltaba ese papelito, pero por mi hábito de guardar papeles y no dinero tenía la constancia de la oficina del Táchira. Era otro formato que antes daban junto a la tarjeta. Sin decirle a nadie de eso fui a Mérida y lo consigné.

Por supuesto, que en un lugar de trabajo tan pequeño, no me fue difícil ubicar a la persona que llevó esos documentos de mi contrato: —Fue el caprichoso poeta, uno de los lobos a quien desde el principio ubiqué cuando se

negó a cumplir con la cita acordada en Mérida y frente al poeta Adelis, y yo, sin saber la causa, fui percibido como una presa incómoda.

En esas condiciones nunca estuve desalentado más sí preocupado, en parte porque ese aspecto de jugar con mi salario ni siquiera en el liceo del Vigía o Mérida, controlado por el gobierno, lo había sufrido, y eso que mi disidencia era visible sin dejar de ser responsable con mi trabajo, igual a como lo venía haciendo en la ULA. Dentro de esas escenas, con Leyda nos nació un niño a quien le colocamos el nombre de José, por el de su abuelo y el mío. El de Leonardo por su abuela: Leonarda, y mi sugerencia de recordar a José Leonardo Chirinos, personaje de la Historia de Venezuela. Quizás todo eso sean tonterías nuestras en justificar el nombre de quien como recién nacido no protesta el nombre que le asignamos.

Con Leyda Esperanza, su madre, el acuerdo fue simple y nos llevábamos bien, ella era una mujer amiga de la música, de buen trato conmigo aunque su objetivo era ser madre soltera y alejada del matrimonio. Habíamos decidido que cada quien tuviera su espacio. De ella guardo muy buenos recuerdos, aunque pienso que el obstáculo para que viviéramos juntos fue su ingenuidad de oír el comentario de su familia: —Ese hombre es viejo para ti, y tiene otros hijos—, y ante esa conseja mi voluntad de lucha no podía regresarme en el tiempo. Y aunque la realidad a veces es inatrapable, sucedió que el coordinador dejó de serlo y Zuleta fue nombrado Vicerrector por el “Consejo Universitario” con la limitante de que en casos donde se tratara temas de la extensión, debía esperar afuera mientras los consejeros debatían problemas referidos a ese naciente núcleo universitario. En Trujillo junto a las “Fuerzas Vivas”, así decían, se celebró por las calles ese acontecimiento a Zuleta.

A los días, Zuleta me invitó a su casa para conversar y celebrar su logro. Fue un día domingo por la noche y frente a una copiosa cena con una botella de vino conversamos varios temas y se destacaba su confianza en «Hacer algo por Trujillo, donde parece que está enterrado el Tirano Aguirre», fue su comentario. Misteriosamente y por esas cosas del azar, en la sala donde conversábamos en ese momento, se reventó un conector de agua con la respectiva incomodidad del caso de ser fin de semana y llamar a un plomero no era lo común.

Zuleta se dispuso a cerrar la entrada de agua como solución, pues no encontraba qué hacer. Viéndolo, y con la tranquilidad que me daba el saber cómo arreglar ese problema le dije: —No te preocupes, si por casualidad tienes ciertas herramientas creo poder resolver eso. En un instante fuimos a su garaje y allí estaba un bello Mustang azul, de su maletero sacó una caja de herramientas. —Bello auto tienes —le comenté, tuve uno que recién vendí. —Es un auto que a veces echa vainas y con las herramientas hago como esos fumadores que cargan fósforo o yesquero y nunca le faltan los cigarros. Yo cargo herramientas que poco sé usar, pero viene alguien y sí sabe.

Abrió la caja y contaba con un alicate de presión y una llave de tubo. Procedí a usarlas y en minutos estaba resuelto el problema. Un agradecimiento más para quienes me inscribieron en la educación técnica. Sorprendido, Zuleta dijo: —¡Y cómo es que tú sabes reparar tuberías!, siempre pensé que quienes se ocupan de asuntos filosóficos no saben de esos trabajos. —Es que soy técnico mecánico y he trabajado en la industria —le dije —riéndome. —He mirado tu archivo —dijo a manera de confesión— y en él no dice que eres técnico —aclaró—. —Es que entre los requisitos del contrato ese dato no lo pidieron —aco-

té—. La reunión continuó y ya llegando la media noche nos despedimos, le di las gracias por su gentileza, quedando abierta la posibilidad de repetir la conversación.

Zuleta pasaría de ser profesor a Vicerrector y debía nombrar su equipo, presentar su proyecto a la institución central mediante el Consejo que allí se denominaba “de núcleo”. El equipo lo armó con los profesores de apellido Linares, González y, sorpresa, yo como jefe de mantenimiento. Fue el resultado de la inesperada rotura del tubo de agua en su residencia, donde el azar quiso delatarme y sus consecuencias las ignoraba. El cargo, en ese contexto, era como el de jefe de personal en las decisiones que debía tomar.

Son esas sorpresas que para bien o para mal mi <amor fati> me da sin aviso previo. El cargo aumentaba mis horas de trabajo, que ya eran bastantes pero ahora menos debía evadir la palabra responsabilidad. Lo que no imaginé es que ese contexto era como un feto que se mueve y no madura por los obstáculos que encontré: —Autos a los cuales las baterías y alternadores no les duraban, secretarías que no trabajaban porque sus máquinas de escribir no tenían cinta, multígrafos sin tinta, bomba de agua que no funcionaba y en tiempos de ese colegio Santa Ana, hasta cuando fallaba el INOS, oficina encargada del acueducto, les suministraban a los cisternas

Con todo ese inconveniente el efecto inmediato, y casi planificado, era la suspensión de clases. No había que ser muy ducho en gerencia para saber que allí mandaban los grupos de presión con su respectivo lobo al asecho para para morderle el cuello al otro. No obstante, era la educación y sus alumnos los más afectados.

En cada reunión que tuvimos en ese proceso hubo ideas en el equipo y reconozco la buena intención y entusiasmo de Zuleta, quien como psicólogo le conocía a cada quien su pata chueca. Me dio libertad para actuar con el objetivo de que las clases no se suspendieran por las causas que vengo de relatar y fue mi primer informe. Empecé por resolver el problema de las prácticas de campo donde los profesores siempre planificaban visitas a lugares agrícolas lejos de Trujillo en los Jeep y camionetas que había. Curiosamente distinguí que varios trabajadores y profesores tenían autos parecidos y “un bombillo encendido aclara el cerebro y la vista”, según una leyenda urbana.

De los autos me ocupé colocándoles un código fijado con un marcador de punta acerada en lugares que solo yo conocía y los registraba en un cuaderno. Generalmente eran números combinados con alguna letra. A la semana con la vigilancia se descubriría que había personal del Núcleo con esas piezas intercambiadas y al darse cuenta de lo que yo hacía, disminuyó el intercambio. No hubo necesidad de hacer denuncia a la PTJ y con conversaciones a los que eso hacían se les demostró que habría control. Con las máquinas de escribir, una vez contadas las de buen funcionamiento y quienes las utilizaban hice un registro de cuáles días había fallas y generalmente eran los viernes festivos y en determinados sitios de trabajo. La solución fue tener una máquina de repuesto en esos casos, incluso se compraron unas eléctricas que fueron la sensación como seguramente fueron los computadores en los inicios.

Había cubículos de profesores que no se podían abrir para revisar sus botes de agua pues estaban dotados de un pequeño dormitorio, lavamanos y wáter, debido a que el profesor que lo tenía adjudicado lo considera-

ba «Su propiedad» personal, en nombre de la autonomía universitaria». Yo, acostumbrado en SIDOR a trabajar con personal y corregir errores de ese tipo me fui ganando adversarios gratuitos entre los amigos de chismes y corrillos: «Allí va el “vicerrectorcito”», apodo que a mis espaldas murmuraban y a su vez envenenaban la confianza que Zuleta había depositado en mí para un cargo que jamás pedí y lo acepté a riesgo de todo eso. Aparte de que descuidaba mi preparación para el concurso donde si lo perdía tendría que volver a ser como “el Judío” errante en otra mudanza y sin destino previo. Era eso porque como dicen: «Había puesto toda la carne en el asador». Detrás había dejado algunas soluciones a conflictos vividos y los que vendrían tendrían su tiempo.

## Capítulo LVIII

### *Cohecho*

*Él hacía su deber, repitió mil veces a la policía  
y al tribunal; no solamente él obedeció  
las órdenes, sino que él obedecía también a la ley*

— *H. Arendt*

*Eichmann en Jerusalén. Folio, Historia, 2002.*

**L**a dinámica universitaria que yo venía viviendo se caracterizó por reacciones imprevistas cuya finalidad era la suspensión de clases. Viví repeticiones de esas estrategias en grupos clandestinos, yo las conocía bien e imaginé que su foco era tumbar el gobierno de Zuleta. Intenté alertarlo, pero entre sus promotores a su cargo había varios que ante cualquier logro de él, le sonreían pero su “manzana de Adán” la movían como perros salivando ante la carne cruda. Zuleta pensaba que eran sus amigos, mientras ellos estaban ansiosos por su caída y lanzarse a morder ese pequeño cargo comparado con el de un rector.

Un día dije en una reunión del equipo algo que no cayó bien: «Cuando vi que sonreías a quien tanto criticas, supe quién eras», empezaba a presentar mi segundo informe. Solamente González y Zuleta rieron ese dicho. Con ello intenté mostrar la hipocresía de personajes que lo saludaban y por debajo de la mesa lo atacaban. Él a

las semanas lo comprobaría. La táctica de generar rechazo y distancia ante ese nuevo gobierno resultaba eficaz ante la indiferencia de ciertos consejeros de esa extensión ignorando ese excelente verbo por el cual la vida humana en la tierra se mantiene: —Cooperar. Ese verbo estaba ausente hasta en personas militantes del partido MAS, donde curiosamente andaba Zuleta.

Al lector podría narrarle infinidad de muestras de esas estrategias, pero solamente le describiré una inolvidable, por la escena y el profesor fungiendo de actor de novelas y quien junto a su libreto contó con un estudiante que al tiempo también sería profesor de esa institución.

Ocurrió así: Siendo las 2 pm de un día martes llegó a mi oficina un profesor con signos de desesperación, subiendo el tono de su voz, casi botando espuma y tembloroso, lo acompañaba un reducido grupo de estudiantes y “la tomaron”. Tomar es el verbo usado para no decir que realmente fue invadir mi espacio de trabajo: —¿Dónde están las mesas de dibujo? —gritó ese profesor, dijo llamarse Jorge. —¿Cuáles mesas? —le respondí—. Y él, con una baba blanca en la comisura de sus labios, volvió a gritar con un calificativo para mí, que con sinceridad no sabía de qué me hablaba: —Usted no lo sabe porque es un incapaz —exclamó amenazante—. Era ese sujeto un individuo desesperado y manipulador y con el aprendizaje que obtuve en mis cursos de seguridad industrial y manejo de personal en SIDOR, abordé su petición mostrándole calma, aunque no era fácil y menos cuando en mis alrededores los otros trabajadores abandonaron el lugar donde funcionaba la Coordinación Administrativa de la institución: —Si usted, que por lo visto no es un incapaz suspende sus clases por no tener mesas de dibujo —le aclaré—, lo invito a que encuentre la solución en una película de “Cantinflas”: El Padrecito. Hubo en ese

instante alumnos que de inmediato rieron mi dicho. Y continué: —Profesor, no me puedo convertir en una mesa de la cuál ignoro dónde está, y concluí de la manera que sus palabras me alertaban ante una agresión física de él: —No veo otra solución que invitarlo a salir o llamo al vigilante, no espere de mí que lo agrede como usted viene de hacerlo conmigo. Y ese profesor, sorprendido con mis palabras, salió del lugar con los mismos gestos de un niño malcriado y consentido de sus “papis”. Fue mi primera experiencia donde el rumor de ese día los empleados de mi oficina lo captaron para saber quién era yo. A todas luces esa escena era un teatro donde alguien seguramente pensó que ese profesor me descolocaría con sus palabras. Y a lo mejor hasta era un ingenuo que habían manipulado con unas mesas de las cuales yo, lo digo hoy, nada sabía.

Una hora después me reuní con quien fungía de jefe de compras y apoyado en esa queja desagradable le solicité la debida información con esas mesas para dibujo. Era un empleado ameno y respetuoso de apellido Peña, de inmediato él mostraría unas facturas que le daban la razón al alterado profesor: «Estaban solicitadas y en construcción». Fui donde Zuleta y luego de contarle lo sucedido le dije: «De esas mesas no sé nada», luego le mostré lo que Peña me entregó y era un contrato otorgado por el anterior jefe de mantenimiento, de apellido Delgado para 25 mesas por 60.000 bolívares, de su valor en ese tiempo.

El detalle es que yo venía de averiguar en unos negocios de Valera el precio para mesas de dibujo, siempre sospechando de que algo raro se ocultaba en esa muestra de teatro vulgar, pues no había necesidad de tal toma y menos agredirme si la intención era saber de ellas. Nunca dudé de la manera en que me fueron solicitadas

con una manifestación estudiantil y tomando mi oficina: Identifiqué asimismo el incumplimiento de la “Norma de Licitaciones” cuando, para esa época en la ULA, el precio superaba los 50.000 bolívares. Indudablemente que hubo ligereza en mandarlas a construirlas: —Todo un delito en puertas —me dije—.

De mi fuerza de voluntad para enfrentar ese tipo de delito, allí nadie podía suponer de la experiencia mía en SIDOR con el horno derrumbado, por eso me preparaba para cualquier irregularidad donde mi responsabilidad se involucrara, Y sospeché tanto de los diversos signos de esa escena y mi <amor fati> me alertaba desde la ética. Por esa intuición debía buscar pruebas para argumentar mis dudas y me fui al mercado local para confirmar cuánto costaba una mesa de dibujo. Su precio, incluso en modelos bien estéticos, era de 5.000 Bolívares, que para las 25 totalizaba unos 12.500 bolívares.

Otra vez, me dije. —Regresa ese fantasma del horno eléctrico de SIDOR buscándome nuevos conflictos—. Allí estaba yo defendiendo la ética y por la cual muchas veces quedé solo en mis luchas, como si fuese un caso perdido. No obstante, era mi ruta y no me desviaría. Le expliqué el caso a Zuleta y él de inmediato dijo algo que lo libraba de sospecha: —Suspende ese contrato y averigua ¿Dónde están esas mesas?, mientras tanto llevaré el caso ante el “Consejo de Núcleo”. Zuleta ese día se ganaría mi confianza para acompañarlo hasta dónde él me soportara, esa voluntad solidaria en mi lucha por aclarar ese aspecto y recordando que el profesor me había irrespetado llamándome incompetente, me obligaba a proceder.

Como se estilaba en esa época, luego de las elecciones para rector de la ULA, esa semana nos visitaría José Mendoza, él ganó las elecciones con el dato de haberlo

hecho con todo su equipo: —La comunidad universitaria votó por nuestra promesa de cambio y le otorgó toda su confianza al definir que fuera todo nuestro equipo al gobierno de la institución, somos un equipo coherente —dijo en su presentación—. Zuleta y los consejeros le plantearon los problemas del Núcleo y allí se habló de terminar unas instalaciones en otro espacio fuera de Trujillo capital. Posibilidad que era el resultado de la compra de unos terrenos por parte del Gobierno Regional a un productor de Caña de apellido Urdaneta: «Para el desarrollo de la Educación Universitaria en Trujillo», rezaba el documento de propiedad. Y tal como las instalaciones del antiguo Colegio Santa Ana, donde estaba ahora el Núcleo, era en una suerte de Comodato o Pisatario para la ULA, vale decir que ella no era la dueña de esos terrenos y eso tendría, con el tiempo, dificultades para una completa autonomía del Núcleo en el desarrollo de su Planta Física.

Nacía esa institución con un lunar que era un logro social porque le permitía a los estudiantes con dificultades para viajar a Mérida realizar sus estudios. Sin embargo, creaba un obstáculo administrativo porque hasta para poder abrir un boquete en una pared y colocar un ventilador que llevara aire acondicionado entre dos aulas, se necesitaba —"El permiso del Rector"—, hecho que ya lo había yo confirmado. El Rector José, como le dije en la reunión, y que ni a Zuleta ni a Linares les agradó pues desconocían que entre él y yo había un viejo trato amistoso desde cuando nos reuníamos en el Vigía, se comprometió a volver y buscarle solución a ciertos problemas.

Como los anteriores, no lo volvimos a ver y en ese tiempo Zuleta en asuntos del Núcleo en el Consejo Universitario, era recibido por el equipo de gobierno, más no participaba de los debates en ese cuerpo del gobier-

no al momento de debatir asuntos del Núcleo, él debía quedarse afuera, esperando sentado los resultados de las deliberaciones de ese Consejo. Cosas de la autonomía en ese tiempo.

## Capítulo LIX

### *La corruptela*

*El Señor; él me ha asistido. Él me ha llenado de fuerza porque, para mí, la proclamación del Evangelio se ha cumplido justa al objetivo y que todas las naciones se entiendan*

— *San Pablo Apóstol*

*Carta a Timoteo. 4: 6-8, 17-18.*

**E**l “Consejo del Núcleo” trató el tema de las mesas y sus consejeros nombraron “una comisión”, como lo hacen cuando las aguas no son claras, pero tampoco aspiran obtener soluciones. Para esa simple duda se nombró a un ingeniero, un arquitecto, un ingeniero a tiempo convencional quien dijo ser constructor y quienes “Oficio en mano” también tomaron mi oficina: —Para que usted nos explique todo ese conflicto por 60 mesas de dibujo —dijo el ingeniero que dirigía al grupo—. En vista de que sabía lo de la visita, me hice acompañar por el carpintero del Núcleo donde se reparaban los pupitres y otros objetos de madera. Le decían “Chuy” y, según él, ni su antiguo jefe de mantenimiento ni el de compras le consultaron sobre la posibilidad de que en su taller se podían construir esas mesas. Delgado llegaría a ser Vicerrector del Núcleo, políticamente en su época de estudiante dijo ser del MIR, pero ya profesional era de AD y contratista del Estado.

La reunión de las mesas se inició con una ironía del ingeniero jefe: —En el Oficio que me entregaron dice que debemos conversar con el licenciado Perdomo en torno a unas mesas de dibujo para el profesor Solyzona, fue allí que supe el apellido del nervioso profesor, y eso me sonó extraño. El ingeniero continuó: —Pero que yo sepa, los licenciados no están formados para saber de costos de construcción, calidad de la madera, diseño, costo por volumen como magnitud métrica, etc. Incluso solo ven una matemática en su Currículum —aclaró—, para que supiéramos cómo se desarrollaría allí la reunión en cuanto a averiguar el “fantasma de esas mesas”.

En esa comisión todos siguieron sus criterios, incluso “Chuy”, pero del problema real: ¿Dónde estaban las mesas y quién las estaría haciendo?, o ¡si es que no estaban hechas!, nadie dijo nada e íbamos ya por los 45 minutos de reunión de palabras. Yo solamente me dediqué a oírlos y era lo más importante de mi inquietud esperar la conclusión de lo dicho. No podía probarlo, pero el objetivo era ocultar algo de lo que no hablaron: “El límite de la Licitación para ese caso de 50.000 Bolívares”. Al valor del Bolívar de esa época, era un dinero que valía y la ULA lo pagaba para beneficio de la enseñanza.

Y, de repente, llegó mi turno en la palabra: —Seré corto y claro en mi discurso —dije—. Es con relación a si un licenciado en educación, el único aquí, puede opinar sobre la construcción de una mesa de dibujo, que es lo que nos trajo a esta “tomada” Oficina y por ello lamento contradecir al señor ingeniero y ducho constructor por lo que le informo: —Soy egresado de la ETI “Luis Caballero Mejías”, uno de los mejores centros de estudios medios de América Latina, soy Perito Mecánico, Técnico Mecánico y trabajé en SIDOR en Servicios Industriales y Mantenimiento de maquinaria pesada. Estoy inscrito en el Cole-

gio de esas profesiones y por Ley, puedo firmar proyectos de construcción referidos a objetos como mesas, de madera y metálicas. Por supuesto, ni construyo edificios ni carreteras. Trabajos menores, pues como puede ser una mesa. Puedo soldar diferentes aleaciones y hacerlo en estructuras de barcos bajo el agua. El asunto para mí no es de la construcción de un objeto, en este caso, mesas de madera, sino de cuestionar el procedimiento mediante el cual no solamente no hubo Licitación, como indica la normativa universitaria, sino que se pasó sobre la norma por 10.000 Bolívares que a lo mejor para ustedes no es nada frente al presupuesto universitario, sino de saltarse un valor para mí muy importante: La ética, término que hay que ubicar en esas desaparecidas mesas y por las que el demandante de ellas me llamó “Incompetente” por no saber dónde estaban las mismas y él, curiosamente, no podía “dar” sus clases.

En la reunión hubo un silencio y apenas “Chuy” dijo: —A mi taller nadie fue a preguntarme si yo podía hacer esas mesas, soy carpintero. Y continué: —¿Dónde están las mesas y en cuál lugar?, no es solo lo importante, sino ¿Quién o quiénes se beneficiaron violentando La Doctrina universitaria de las Licitaciones? —Insistí—. Mi trabajo, entonces, no es de saber de una cinta métrica o de un serrucho, es de actuar apegado a mi ética, y es lo que aquí hago, no otra cosa ni tampoco es un problema personal con alguien.

Ante estas palabras, los miembros de la Comisión se levantaron ofendidos y se retiraron. Por la tarde de ese día cuando siempre le entregaba cuenta a Zuleta le informé por escrito lo ocurrido. Una semana después el “Consejo de Núcleo” remitió el caso al Consejo Universitario, y de boca supe que las mesas no se pagaron y estaban en una carpintería de Trujillo Capital donde uno

de esos profesores, que estuvo en la reunión era su dueño y el Contrato lo recibió un conocido empresario trujillano, financista de AD. —Dije—, «de boca» porque incluso teniendo yo amistad con el Rector, de su labios no supe nada aunque conocía los pormenores porque yo le había informado de ello cuando le entregué una carpeta con detalles. Junto con mis recuerdos de ese caso y los del horno eléctrico de SIDOR, de nuevo revivía el valor y orgullo de practicar la ética. Mientras todo eso ocurría, seguí con mis clases y esperaba que el asunto terminara allí.

En efecto, un día, un periodista de Trujillo, muy conocido del Diario de Los Andes y El tiempo, de Valera, vino a mi Oficina para consultarme si yo podía recibir a alguien que de esas mesas sabía. Llegó acompañado de un político del MAS de apellido Aldana con quien tenía trato y consideración. Mirando yo por la vidriera vi afuera a un señor que en mis tiempos de adolescente era famoso porque siempre andaba en bellos autos, su familia era la máxima productora de café en Trujillo y era el invitado élite de los carnavales y fiestas del pueblo. Por lo tanto, yo sabía quién era. Al periodista y su acompañante les dije: —No soy tan importante para que me pidan una audiencia, mi Oficina está abierta a todos, ellos rieron y le hicieron señas al recomendado para que entrara, lo hizo y respetuosamente lo saludé. Se sentó y al momento en que hubo la intención de exponerme el caso, le sugerí al político y periodista que me dejaran a solas con él.

Sorprendidos, se levantaron: —¡No, si ya nos íbamos, Camilo! —dijo Aldana con su ironía—. Lo hice de manera premeditada recordando lo de —no recoger mangos del piso—, como me enseñó el amigo Moisés. Y allí quedamos, a solas, ese señor y yo: —Mire, Profesor Perdomo —dijo de entrada—, no tengo inconvenientes en darle

los motivos por los que estoy aquí. Allí lo percibí como alguien que haría una confesión de esas mesas: —mejor para el perro, cuando la perra es chuta— pensé. Y sería mi primer recuerdo en asuntos fuera de la Academia implicando la ética. —Lo que yo quiero —¿me susurró—, y casi como una amenaza, es que la ULA me pague las mesas. Y lo que en la Comisión no se supo, o si alguien lo sabía se lo calló, yo vendría a saberlo, incluso a quién involucraron con la ULA.

Dentro de ese mismo tono de conversación agregué: —El asunto, de una parte, es que me afecta —le dije—, pues un profesor que debía utilizarlas en su clase vino a mi Oficina reclamando unas mesas y hasta me ofendió con sus palabras llamándome incapaz. Mesas que ahora sé a quién se le encargó construirlas. De la otra, es que no tengo ningún documento de contrato legal en relación con normas de Licitación. Además, ¿Dónde están esas mesas? Luego de un leve silencio y hasta sorprendido dijo: —Una parte la tengo yo, pero papeles de licitación nunca supe de que fueran necesarios—, es más —agregó: —El año pasado mi empresa pintó y reparó la mayoría de las paredes de este Núcleo. La pintura la puso la universidad junto a algunos de sus trabajadores en un acuerdo con Delgado, el anterior jefe de esta Oficina. Soy bastante conocido por sus autoridades —me aclaró—, ¿Usted me comprende? —precisó. En ese momento sentí que me hablaba alguien acostumbrado a manejar asuntos de poder vía dinero fácil.

Ante lo escuchado y mirando a sus ojos murmuré sin abrir mi boca: —¿Es que este señor no se ha enterado del tipo de materia prima moral que hace tiempo cultivo? Me levanté y le dije: —Imagino que usted como empresario siempre ignora que todo en la vida tiene su ética. La mía no acepta lo que usted viene de decirme, compren-

do la defensa de sus intereses, pero comprenda los míos. Quizás el anterior jefe —le agregué—, esté viciado de esa palabra, pero en mi vida es una buena guía. Lamento decirle que con mi firma esas mesas no se pagarán, y si usted lo logra por mediación de otras autoridades, como dice “que lo conocen”, pues felicítese de ese logro. Aunque indudablemente, a la larga, es un lunar en su empresa.

Y así concluyó ese diálogo forzado que me permitiría preguntarme en el resto de mi carrera lo siguiente: ¿Es que en cada título universitario anida la esencia de todo corrupto? Pregunta que hasta el momento en que cuento esta historia, lamentablemente es cierta en una Venezuela donde de cada diez diplomas universitarios otorgados, siete los manchan sus portadores cuando al caer acusados de corrupción los periodistas nombran su profesión. Y sí fue el recorrido de esas mesas y en la acera del frente estaba mi <amor fati> marcando la ruta de lo que nunca se debe hacer contra una institución. En este caso, la ULA.

Cumpliendo el año en ese Núcleo llegó al Departamento de Pedagógicas la fecha y lista de los concursos de Oposición, el de Fundamentos de la educación, donde yo concursaría era a finales de febrero. Mis posiciones y maneras de trabajar criticando la mezcla de intereses personales con los de la ULA, me hicieron incómodo para el equipo de Zuleta cuando le reclamé a algunos profesores su práctica antiética de utilizar los vehículos de la institución para hacer los mercados familiares o estacionarlos al frente de bares y expendios de licor reproduciendo la fea estética con el logo de la universidad. Sumado a eso, critiqué algo en el mismo sentido cuando en la institución se permitían fiestas estudiantiles con consumo de licor y otros vicios. Todos, en mi opinión, contrarios a una educación ciudadana y que de paso ofendía mis

principios. Era mi manera romántica de percibir la universidad como ejemplo para las generaciones futuras.

En fin, si yo distribuía los vehículos para distintos trabajos de la institución y no los utilizaba para ir a mi casa cuando en ese tiempo no tuve auto, me preguntaba: ¿Por qué aceptar que otros lo hicieran, si incluso cuando llueve no lo hago? Y el desenlace vino con Linares cuando él fue a un taller donde se reparaba un auto que mi Oficina había consignado para su mantenimiento habló con el mecánico y se lo llevó. Obvio que le reclamé y su respuesta la anoté en mi cuaderno para mis recuerdos: «Es un privilegio que me da ser autoridad», y mi respuesta le desagradó: «Ese es un privilegio propio de corruptos».

## Capítulo LX

### *Lobos rapaces*

*La ciencia, en su necesidad de finalización  
como en su principio, se opone absolutamente a la opinión*

— **Gastón Bachelard**  
*La formación del espíritu científico.*  
*Ed., Vrin, 1938. París.*

**M**i trabajo docente lo cumplía bien, pero la mayor parte de mi tiempo lo ocupaba como arreglador del desorden en el ambiente de ese Núcleo que venía de heredar un edificio pulcro, funcionándole los servicios de agua, electricidad, recolección de desechos, su jardinería cuidada, salones de clase ordenados para cada clase y cubículos ambientados hasta para dormir la siesta cuando lo administraban las monjas cristianas.

Por razones difíciles de aceptar, no de explicar, la autonomía universitaria no tenía aliados en algunos trabajadores y profesores cuando ni siquiera usaban una papelería para depositar los mismos o dejar limpia la pizarra para la clase del profesor siguiente.

Y un día, llegando yo a mi trabajo, luego de tres días de permiso para resolver mi caso del pago en Mérida me sorprendo al ver un montón de lavamanos, tubos de agua potable y sanitarios sacados de los cubículos y

tirados en el patio del estacionamiento. Todos de cerámica importada y en condiciones aptas, indagué al respecto y la respuesta me sorprendió: «La orden vino de Mérida con un contrato para remodelar esos espacios». Eran materiales importados, casi indestructibles y que nadie valuó antes de ordenarlo. El resultado, a la larga, vino con la esperada protesta de profesores reclamando su cubículo y que terminaron en cuartos donde se depositaba cualquier cosa. Las paredes se humedecieron y adquirieron hongos, la bomba de agua se convirtió en el motivo principal para suspender clases en época cercana a las vacaciones, y poco a poco ese espacio universitario devino inhóspito.

Esa fue la institución en su ambiente donde ahora trabajaba, incluso ignoro la lógica de algunas respuestas cuando por simple comparación en las miradas, al lado del Núcleo estaba un Hotel bien cuidado en sus jardines. De allí que le sugerí a una profesora, agrónoma de la UCV, acerca de si veía posible un proyecto ambiental al frente de nuestra montaña construyendo algunas caminerías como las monjas lo tenían y hacer una suerte de “Jardín Botánico” en pequeño. Su respuesta aún la recuerdo como pasa con las idioteces: —Si hacemos eso—dijo, con toda la seriedad del caso—, creamos un desequilibrio ecológico entre los “animalitos”, allí hay marsupiales, ratas, culebras y lagartijas que conviven armoniosamente, y siguió su camino.

Pasado el tiempo, ese equilibrio acumuló humedad en el edificio y de allí vinieron derrumbes que dañaron el viejo sistema interno de tuberías de agua, que hasta al Hotel le habían conectado una tubería interna, a cambio de algunos almuerzos que a alguien le llegaba cada día. Eran las trampas para matar la autonomía universitaria.

Hay mucho más temas éticos y del desamor por la institución, en esa época, que vale la pena recordar porque son causa de lo que ocurrió entre la historia de un colegio cristiano educando para formar alumnas de una élite económica y una institución universitaria facilitando que quienes tuvieran escasos recursos económicos cumplieran en ella sus sueños. Algo se perdería en ese tránsito, pero serán otros quienes se ocupen de ello y con otras perspectivas.

En cuanto a mí, pasaba bastante tiempo dentro de esas instalaciones y por ello me topé un viernes por la tarde con un profesor ampliamente conocido porque practicaba bien el signo de “la llamada trujillanidad”, que en su sentido real es: “ocuparse de la vida de los otros”, y con gestos de su cabeza como si lo persiguieran me expresaría: —¿Estás estudiando para el concurso? — No mucho —respondí—. Lo hago cuando tengo tiempo, pues vivo entre impartir clases y el mantenimiento de la institución.

Ese “corrillero” era un ser de los que creía que uno se prepara para un concurso estudiando unos meses el programa. Ignoraba que es al contrario, pues uno se prepara para saber y en eso va un estilo de vida. —¿Y qué estudias?, porque dicen que tu materia es difícil y a varios los han reprobado luego que quien se inició con esa materia renunció debido al retardo de su pago en un año, —cuchicheó con su pregunta y a su vez hurgaba a ver con qué contaba yo, al respecto.

Lo del pago retardado lo sabía y no le di ningún comentario. Luego, como si en verdad le preocupara mi vida agregó: —Además, que hasta por la madrugada te veo corriendo por las calles y participando en asambleas de estudiantes, es como si no te cansaras.

Consideré la insistencia de ese sujeto, nada gratuita, como un “mango en el piso” según el recordado Moisés y para darle pistas contrarias a su nada sospechosa curiosidad le comenté: —Estoy preparándome leyendo al maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa en sus ideas del “Estado Docente”, y algo de Paulo Freire, Simón Rodríguez y Aníbal Ponce. Ante mi dicho, con cierta inquietud continuó: —¿Y no estás estudiando la “Escuela de Fráncfort y los trabajos de Althusser y Baudelot, en Francia? —preguntó asombrado—, dándome a entender que de esos teóricos él sabía bastante. —¡No! —le dije también simulando asombro—, yo ni en el pregrado supe de esos autores.

El personaje, satisfecho por su tarea, se despidió con una sonrisa no disimulada que cabía en aquella frase de una canción del desaparecido Héctor Lavoe: «Nos la comimos, Willie, nos la comimos», mientras yo quedé murmurando: —Soy picado de culebra, pero ese bejuco no me asusta. Afortunadamente, para lo que le comenté a ese “corrillero”, él no conocía la revista “Expresamente”, ni los talleres-foros que junto al grupo “convergencia crítica”, al que yo pertenecía, siempre asistía y en esa formación mía influyó la contribución de un Ron Pedrique, Emeterio Gómez y Rigoberto, entre otros intelectuales prestigiosos de esos años e invaluable su ayuda. Fue mi abandono de autodidacta silvestre que adquirí antes de estar en la universidad. Digo afortunadamente, porque esa persona hubiese sabido que le mentía, pues precisamente de esos materiales venía mi mejor lado formativo y junto con los temas de filosofía construí mi preparación teórica. No tanto para el concurso, sino para mi existencia.

Durante ese tiempo yo no podía prever las estrategias de los lobos, apenas ese “corrillero” era un cachorro

enviado por el lobo alfa. En general, ignoraba de cuál lado encontraría seguridad para ese concurso con tantos “lobos al acecho” cuando de esa escena solamente yo esperaba el llamado a formalizar la inscripción.

En ese tiempo de incertidumbre ya opinaba en la prensa regional u otra publicación análoga, y de las consecuencias de mis prácticas tenía identificados a ciertos grupos, por lo que recordaba a Hidalgo, el llanero, antiguo compañero del “Manuel Antonio Pulido Méndez”: «En el llano cuando hay ventarrones y truenos sabemos que cerca anda el silbón. Ese día nos quedamos dormidos cerrando un ojo y el otro bien abierto». Y me invitaba a no ser ingenuo.

De allí que un día el compañero del equipo con Zuleta, Linares, me mostró un telegrama originado en el Consejo Universitario de la ULA, era ese medio el más avanzado de su tiempo para las comunicaciones y lo leyó en mi presencia: «El Concurso de Oposición de Fundamentos de la Educación, se suspende hasta nuevo aviso...». Curiosamente, solo lo mostró sin soltarlo de sus manos con un gesto evasivo. Por lo que le sugerí me permitiera leerlo lentamente y aceptó. Lo hice como cuando alguien va rodando cuesta abajo buscando encontrar una rama para mitigar su caída. Lo hice a los fines de ver algo sobre su autenticidad: El remitente, logo de la ULA o sello Oficial de la comunicación. Nada de eso estaba en ese papel, de inmediato y como para practicar me un exorcismo ante el mal, le dije: —Afortunadamente eres solidario conmigo y me avisas, así tendré más tiempo para prepararme. Convencido quedaba ese ser inefable.

Ya, ante mi dicho, ese ser de risa fácil se fue contento de su misión que seguramente alguno de los lobos alfa le había encomendado, pues el resultado inmediato

no solo era desilusionarme, sino buscar que abandonara esa posibilidad de concursar. Ya con esto, junto con lo del cartón del impuesto y retardando mi pago, no tuve dudas de que para ellos era incómoda mi presencia y concurso. Ciertamente que venía saliendo airoso, pero la ruta seguía nublada. Ya había distinguido tres señales de ese concurso que por alguna razón sería torpedeado. En consecuencia, intuí que los lobos seguirían aullando para convocar su manada y atacar. De mi intuición dependería salir airoso.

## Capítulo LXI

### *Camorrones*

*La cuestión es de saber en cuál caso y justo a qué punto  
estamos obligados a obedecer a un sistema injusto*

— *John Rawls*

*Teoría sobre la justicia, Seuil. 1993, París.*

Fue un día sábado y yo estaba en el rancho donde vivía, situado a pie de cerro, detrás de una ferretería con el nombre de Barreto y Uzcátegui, bien conocida en Trujillo, era lo que mi salario permitía, cuando a eso de las nueve y media de la mañana llegó un grupo de tres profesores del Núcleo junto con un dirigente estudiantil del Centro de estudiantes. Una visita de esas difíciles de olvidar, por lo inesperado y su causa. Dentro de la institución ellos eran percibidos dentro de la frase: “Dirigentes y amigos del MAS”. Apenas los conocía de trato formal y mi <amor fati> todavía recordaba las tres señales de los lobos y estuve alerta, sin bajar mi guardia.

Los atendí afuera, por respeto, en el callejón, porque dentro ofendía mi dignidad pues tenía escasamente el mobiliario necesario y para evitar que ellos sintieran conmiseración conmigo. De sus apellidos les conocía sus diminutivos: montillita, valerito, y aldanita. Sin muchas palabras, fueron directamente al grano, como se dice popularmente: —Venimos a pedirte que no concurses en

Fundamentos —aclaró montillita. Era el más diplomático de todos y quien también me había mostrado, las pocas veces que hablamos, esa “sonrisa rápida de los vendedores de humo”. —Es que en tu departamento tenemos a un candidato, reservado para ese concurso porque es un cuadro del partido —dijo como si en verdad la universidad fuera un soporte político— y sabemos que contigo no tiene ningún chance. Te prometemos que esperes cinco semanas cuando se abrirá uno especialmente para ti, así nos haces ese favor y desde ya te lo agradeceremos.

Ellos, ante su propuesta, esperaban un sí mío, seguramente estaban entrenados en esa tarea. A todos les miré a sus ojos y hasta pena ajena sentí para de inmediato pronunciar con seguridad un no rotundo. Por supuesto, de lo que digo no hay sorpresas, fue una práctica donde el espacio del chantaje y la amenaza velada no encontró ningún reglamento que lo impidiera. Se asumía normal en todos los partidos ese tráfico de influencias. Lo diferente es que en las universidades autónomas tenía el sello de la izquierda bajo la excusa de que el Estado perseguía a los revolucionarios y allí, ellos debían refugiarse. Fueron esos vientos los que derrumbaron la palabra meritocracia de la Venezuela donde me formé en la ETI y que al tiempo trajeron ese populismo donde la ética cupo en una frase desagradable: «Todo vale».

Ante mi negativa no agregaron nada, salvo una risa burlona como diciéndome: —Te atienes a las consecuencias—. Los visitantes se fueron y ya tenía la cuarta señal de esos lobos contra mi sueño de ser profesor en la universidad de los Andes. Seguramente seguirían con su tarea, la mía era defenderme, pues de no ganar ese concurso debía irme a buscar trabajo. A ojo juzgué que ese concurso era para ya y no estaba suspendido como el aludido telegrama, que había leído, indicaba.

La vida de mis clases y mantenimiento continuaba y de esa visita yo no dije a nadie, pero el saludo de esos profesores para mí desapareció y ante ese gesto hostil yo los evitaba. Al mes de ese desagradable hecho llegaba de México el hermano de Zuleta, Eduardo. En el Departamento se programó su bienvenida, como era de esperarse. Eduardo había ido a México junto con otros miembros de la ULA dentro de un convenio, según se dijo, del BID y al terminar no concursaban y entraban a la institución por credenciales académicas, fue lo que escuché. Un mes después llegó la orden oficial del aludido concurso donde él sería jurado junto a la profesora de apellido Rojo y de presidente, otra profesora de ULA-Mérida apellidada Pernía.

La hora del concurso, ya oficialmente decretado, se fijó para las 9 am de un martes del mes de enero de 1980 después de esa publicación y las pruebas en un salón amplio. Un detalle por mí conocido, de mis estudios en Mérida, eran los carteles para hacer público los concursos, pero en este eso no se cumplió, salvo al exterior del Departamento de pedagógicas. Sin embargo, ese día el salón estuvo bastante concurrido de empleados, profesores y estudiantes. Lo que me indicaba la importancia del mismo.

Quienes lleguen a esta parte de mi narrativa seguramente me dirán “mal pensado”, pero intuí que muchos fueron a ver algo como una corrida donde el toro sufrirá una larga agonía para luego recibir la estocada mortal. Mi <amor fati> ese día estaba inquieto, ansioso, y más, cuando entre las primeras filas se sentaron los visitantes que habían solicitado mi retiro en esa inolvidable visita. El jurado entró al salón mientras yo estaba sentado al final de una de las filas. Luego la presidenta del Jurado, Pernía, describió el Protocolo a seguir: —dijo—. Serán 45

minutos de preguntas —informó y me presentó ante los asistentes con mi primer apellido y los dos nombres.

Y enseguida, cuando esa profesora terminó de informar, en la puerta e intentando entrar a dicho salón, se oyó la voz de un dirigente estudiantil junto a unos estudiantes protestando por el mal servicio del comedor, algo que siempre era casi rutinario en ese tiempo. Lo raro es que era el mismo joven del caso con las mesas de dibujo y bien conocido como cara visible de lo que llamaban el PRV, de un señor de apellido Bravo. Solo que esta vez el nervioso profesor no lo acompañaba en su teatro.

En ese momento percibí la quinta señal dentro del plan de ataque de la manada de lobos, pues era sabido por todos que si en un concurso de credenciales u oposición se daban hechos irregulares como tumultos, gritos ofensas a profesores y desorden, inmediatamente el jurado aducía la ausencia de condiciones para el mismo y en ese momento lo suspendía. Después se levantaba un acta que los miembros del jurado firmarían para conocimiento del Consejo Universitario. Confieso que en ese instante sentí los dientes de la manada bien cerca y con los respectivos escalofríos si lograban morderme porque por supuesto: me sacaban del juego. Solamente un milagro, me dije, evita que estos carajos ahora sí me jodan.

Los gritos, consignas nombrando cualquier cosa junto con la muletilla: «La izquierda unida, jamás será vencida», amenazaban fuertemente el ambiente de un concurso que de paso estaba en un salón alejado de la administración, lugar donde siempre se daban las protestas. En eso no podían ocultar su maniobra artera y hasta cobarde.

De muy buena gana y en forma enérgica la Presidenta salió y con voz clara y firme les dijo que ese no era un lugar para protestar, que la autonomía universitaria debe respetarse en casos de concursos y donde la majestad del jurado requiere seguridad: —Estamos celebrando un Concurso de Oposición —enfaticó— y está contra el reglamento lo que ustedes hacen interrumpiendo el mismo, soy de la Facultad de Humanidades de la ULA, miembro del Consejo de Facultad, abogada —aclaró—, y sé de las consecuencias para ustedes, así que por favor retírense —les insistió—. Y sin duda que mi plegaria del milagro dio el signo necesario y detuvo la triquiñuela de esos lobos hambrientos.

Dentro del salón observé los gestos de quienes me habían visitado para invitarme al abandono del concurso y fueron murmullos disimulados con sus evidentes muestras de apoyo a esa protesta. Solo que guardaron silencio, como todo Judas. El objetivo era obvio: Suspender ese Concurso como fuera. Y considerándome afectado, con seguridad y respeto por la Presidenta le comenté: —Como usted sabe —dije—, en casos como este debe levantar el Acta respectiva del inconveniente donde a los responsables se les identificaría y todos firmaríamos. Consciente de que ese era el procedimiento a seguir, se los anunció y como por obra de gracia la protesta se disolvió y el concurso pudo continuar con el salón invadido por comentarios diversos. Después y pasados unos minutos algunos de ese salón se fueron, incluyendo a los aludidos del MAS.

## Capítulo LXII

### *Confabulados*

*El primer acto de corrupción de un funcionario es aceptar un cargo para el que no está preparado*

— *Aristoclés*

*llamado popularmente Platón.*

**E**l Jurado insistió en el orden del protocolo de tiempo e intervención con la profesora Rojo de primera, segundo Eduardo y luego la Presidenta Perñía. Cada quien lo haría con tres preguntas y yo debía responderlas en el tiempo convenido. El discurso se instaló y comenzó en ese orden donde yo les distinguí su estrategia: —Ellos, a su manera, presentaron el tema sembrando en el salón su competencia discursiva e hicieron las preguntas de rigor. A cada interventor y por lo que iba nombrando con sus palabras y temática le ubicaba su formación discursiva y cuánta consistencia teórica tenían en relación con determinado autor. Por ejemplo, Rojo se concentró en las bondades de la administración educativa, las tablas estadísticas y la deserción escolar para indicar la contribución de un profesor en el acto docente. Preguntó sobre sus relaciones y la eficiencia escolar. Eduardo habló de una Pedagogía libertaria y citó al italiano Gramsci en su texto clave: *Los Cuadernos de la Cárcel*, con tanta emoción que creyó conveniente justifi-

carlo: —Es el autor que trabajé en mi Maestría cuando estuve en México —dijo con cierto orgullo académico.

Ya ubicadas sus competencias, empecé a desplazar-me en torno a cada pregunta de ellos y las respondí dejando siempre la referencia de un autor para cumplir con mi estrategia: El interdiscurso como base del fundamento educativo, porque en lo académico eso es importante.

Algunos en ese salón murmuraban o hacían gestos de dudas que no podían decir. Y en paralelo a esas preguntas al jurado le solicité, con una argumentación precisa, si podían aceptara una carpeta donde estaba escrito el registro de mi preparación respondiendo al programa del concurso donde me inscribí. Con ello mi letra y palabras aportaban una constancia de mi formación y los invité a confirmarlo. En el fondo yo mismo me citaba en ese texto. El jurado lo aceptó.

Vino la intervención de la presidenta Pernía y formuló su pregunta de varias bandas, como se denomina en el juego del billar las rutas sinuosas que seguirá la bola sobre la mesa. Y con ella llegaba a la escena de la prueba una de las dudas centrales de los Fundamentos de la Educación: —¿La Pedagogía es un arte, una ciencia, una técnica o un procedimiento didáctico?, —expresó ella con autoridad—. En esa sala y a baja voz se oyó un —¡Oh!—. Y sí, era una duda donde la opción no era divagar. Además, había aprendido de mi adolescencia que en el boxeo era vital no salir lesionado de un combate y para ello se debía evitar un “gancho al hígado”, según mis entrenadores y también eso pasaba por tener fuertes los abdominales. Otra clave consistía en nunca —insistían ellos— permitir ser acorralado por el adversario en una esquina. Era prioritario bloquear ese golpe y salirse de allí.

Y sin duda, la pregunta formulada estuvo cargada de varios sentidos que a medias logré bloquearlos con una corta introducción, como si estuviera en el ring moviendo mis piernas con la punta del pie. Gracias por su pregunta —le dije con sinceridad—. La pedagogía es para mí un arte donde familia y escuela son la base, y de los tantos verbos vinculados con la educación ninguno vale si no hay evidencias reales de la acción de educar. Pedagogía es una palabra originada de *paidos*, niño, y *agein*, conducir, con los cuales los griegos antiguos se referían a la conducción de un niño y con el tiempo se asoció con el verbo *criar* en la acción de educarlo. De esa manera es que nos permite transmitirle al niño los contenidos éticos y morales que mejoran al hombre. Solamente con acciones educativas y pedagógicas, es decir, con el ejemplo en su conducción se mejora lo imperfecto de la naturaleza humana. Por medio de la pedagogía se construye el arte de educar ganándose la confianza como valor educativo.

Desde ese sentido, un profesor a quien los alumnos no le dan su confianza es como si le tiraran en su cara lo que enseña. Allí, al igual que un vendedor ofrece algo material, el educador ofrece una realidad imaginaria, una esperanza, un sueño mediante lo que sabe con el verbo educar.

Y así es la pedagogía en su acción de educar —iba diciéndole al jurado—. Atrae al alumno, y si toda la vida ese profesor lo cultiva, pasa a ser un maestro que domina el arte de sorprender con el conocimiento y casi con duda les agregué: —En la carpeta que consigné ante ustedes ese tema es el número seis y lo desarrollé apoyándome en los autores argentinos, Ricardo Nassif y Aníbal Ponce. Un silencio respetuoso quedó en esa sala, similar al que se tiene cuando se entra a un concierto con la quinta Sinfonía de Beethoven.

Ella no agregó más nada y solo mostró una leve sonrisa. Después habló Zuleta, se concentró en explicar lo que quiso decir Luis Althusser en los “A.I.E.”, es decir: Los aparatos ideológicos de Estado y preguntó: ¿Por qué se dice que la educación no es más que una ideología? En vista de que yo miraba el tiempo transcurrido, otra estrategia que utilicé, sabía que solamente debía hablar de uno de esos “aparatos” y me centré en la idea de familia donde nacen los valores: —Educar los valores desde la infancia es algo más que una ideología —dije—. Mi respuesta lo llenó de dudas y en el tiempo que me quedaba lo remití al tema ocho de mi carpeta: —Allí ese francés es más preciso refiriéndose a Carlos Marx sobre los ideólogos —le insinué.

Hubo un leve descanso con silencio mientras Zuleta revisaba la carpeta entregada y yo me concentré en mirar con disimulo a aquel profesor “corrillero” quien me sugirió leer a ese autor. Sin ninguna duda, él estaba dentro de la conspiración de los lobos hambrientos y ese día lo ubiqué en un rincón de ese salón y al mirarlo hizo como si no hubiera escuchado mi disertación. Tampoco esa miseria humana de la indiferencia me era extraña en algunos humanos.

Había tenido, en esos momentos de la primera parte del Concurso, la virtuosa fortaleza de resistir todo el andamiaje emocional intentando ser coherente en mis respuestas, Zuleta no ripostó. Sabía jugar con las palabras, las nociones y las categorías filosóficas por la disciplina de mis lecturas y a mi <amor fati> le era obligado agradecerle, desde la distancia, a ese locutor tachirense a quien le decían el “Guillo”, cuando en ese Vigía de mi tiempo de “profesor improvisado” soltó aquella frase en un “Consejo de Profesores”: «Es que el técnico Perdomo,

quien no es profesor graduado sabe de tuercas y tornillos, pero de Pedagogía nada».

Pude ignorar ese preciso “golpe” al hígado y no sentirme herido, pero la palabra “ignorar lo pedagógico” me salvaría para reconstruir mi dato de vida, y ahora sí le miraba su fruto: —Estar concursando como universitario, pues antes lo hice en mi rol de técnico “lava tuercas” y que nunca asumí como una ofensa.

A los 45 minutos de esa compleja mañana terminaba la primera exposición y la Presidenta me felicitó de manera discreta: «Interesante lo escrito en su carpeta». La invitación era para las 2 pm, en el mismo salón y dejamos esa sala. Esa tarde estuve a la hora solo con el jurado y debía hacer un escrito en torno a una pregunta, de las varias que el Jurado introdujo en una vasija y que yo saqué para justificar el azar e imparcialidad de los examinadores.

Al leerla distinguía bien el objetivo: —¿Cuáles son las diferencias fundamentales entre Educación y Escuela? La normativa exigía un desarrollo en un escrito sobre una hoja de papel a rayas de lo que se denominaba “papel ministro”, es decir hojas con líneas. Me dieron dos. Aparte del jurado en el salón, afuera había personas que habían seguido las preguntas y respuestas de la mañana y de alguna manera se quedaron a la expectativa del resultado.

Antes de que me dieran la orden de comenzar la prueba escrita, puse mi mano derecha sobre mi corazón y con la inmensa fe que tengo, le dije a mi <amor fati>: —Ya subimos la montaña, como lo hizo el Zaratustra, ahora debo agradecer con el corazón a quienes cultivaron

nuestro espíritu, pues sin ellos hubiese sido más difícil esta travesía donde ahora estamos. ¡Andemos pues!

Me dieron la orden que sonó en mi cerebro como el disparo escuchado al inicio de mis carreras de maratón y mis piernas le iban sacando chispas al asfalto intentando llegar a ese kilómetro 36, sin derrumbarme y a pesar de ver a muchos sucumbir ante ese terrible muro donde la fatiga te dobla las rodillas y el cerebro deja de funcionar con coherencia. Dicen que correr es para locos, no se equivocan.

Y sí, doy mi primera gratitud al poeta Adelis por haberme dicho las claves poéticas de cómo leer la idea de amor en *Las Mil y Una noches*, a esa profesora que me mostró lo útil de Freud en asunto de emociones, a Rigoberto por mostrarme al maestro Gastón Bachelard, Habermas, Luis Althusser, a Weber frente a Marx y a Emile Durkheim. Este último donde entendí la función de la educación: «Una acción humana solo posible mientras se vive».

Y esos autores fueron los invitados en el desarrollo de mi escrito. Terminado mi tiempo, entregué la prueba y dos horas después el Jurado dio la nota aprobatoria total para ir a la otra prueba el siguiente día, había calificado con 17.5 puntos, del mínimo 15 que exigía el Reglamento. La profesora Rojo leyó la nota y dijo que al día siguiente el Concurso continuaba a las 9 y 30 am. Más contentos no podían estar mi espíritu y <amor fati>, no nos habían mordido esos lobos.

En la salida estaban algunos de mis alumnos que me felicitaron y profesores de los tantos del inicio. Alguien a quien no conocía me dijo: —Con esa nota usted no pierde. —Bueno —agregué—, hay una frase muy cono-

cida que pronunció el receptor del equipo de los Yanquis de Nueva York, Yogui Berra: «La pelota es redonda y el juego no termina hasta que se termina». La decía siempre que un partido estaba empatado o su equipo perdía por una carrera. Esa idea la manejé siempre como quien se ve obligado a pasar por un camino lleno de serpientes o sin contar los pollos antes de nacer. Mi optimismo era relativo por la presencia de los lobos, pero indudablemente esa era la lógica que debía darme ganador. Nadie me dijo que sería fácil. Y me fui a dormir.

Esa otra mañana llegué a las 8 y 30 y fui directo al salón y entre las personas estaba la Presidenta del Jurado, la saludé afectuosamente y el de ella, al contrario al del día anterior, fue evasivo y con una mirada distinta a la que me mostró al momento de felicitarme por el escrito en la carpeta consignada. —Ya los otros miembros del Jurado llegarán y empezaremos —indicó—, le sugiero que en esta prueba usted sea más preciso que en su clase pedagógica, no hable mucho, cosa que parece distinguirlo.

De lo escuchado, no le dije nada para procesar en mi mente esa reacción de ella, pero la observé con ansiedad. Por lo que me dije: —¿Acaso es un mensaje de desesperanza? Ayer ella discretamente me elogió: ¿Intenta ahora sembrarme miedo? No podía dedicarme a esas cavilaciones de último minuto y debí expulsarlas, las abandoné y a las 9 y 30 empezaba mi clase en ese memorable concurso donde estaban cifrados mis sueños y una nueva ruta en mi vida. Por ellos me batiría.

La clase trataba de la relación entre Educación y Sociedad, al final cada jurado haría tres preguntas, cerrando la ronda la Presidenta. —Fue el Protocolo que me dieron en la voz de la Profesora Rojo, agregando: —Al

final de esta parte del Concurso, si alguien del público deseaba intervenir puede hacerlo, pero eso no modifica la decisión que al final anuncie este Jurado —sentenció.

Empecé mi disertación distinguiendo educación de escolarización dentro de la categoría Estado: —Entendida como una abstracción para que los humanos no nos matemos unos contra otros —especifiqué—. Es una realidad imaginaria, de ficción, como en la literatura. Tenemos al nacer una diferencia sustancial con los animales en cuanto podemos pensar, por ello la sociedad que construye el hombre puede ser graficada, escrita, pensada y cambiada. Animales como los monos también tienen una sociedad, pero su cambio es genético —iba explicando—. No es que en ese instante me sintiera relajado en mis respuestas. Al contrario, sentía sobre mi rostro el poder del Jurado y mi fragilidad intentaba sacarme de mi equilibrio emocional.

Me afectó el frío saludo de la Presidenta, lo sentía por el aumento de mis palpitations y cierto temblor de piernas. Sin poderlo evitar, recordaba mi concurso de estudiante para preparador de filosofía que me aventuré a participar contra todos los consejos de amigos sugiriéndome que allí siempre ganaban los “hijos” del “gurú Briceño”, como era su apodo en la Facultad de Humanidades. Y así ocurrió cuando me acorraló con aquella pregunta insólita y a la vez graciosa: —A ver, bachiller Perdomo —dijo ese sabio de la ULA— acariciándose su espesa barba blanca y mirada de soslayo como si esperara que el cielo le hablara: ¿Dónde queda la piedra donde se sentaba a filosofar el griego Anaxágoras de Mileto allá por el 500 a. C?, y luego la del remate para que la nota de su discípulo estuviera asegurada cuando le preguntó: ¿De cuántas partes se compone un libro? Lo digo porque ambos concursantes estábamos en ese salón. Luego,

agregó otra bien precisa en relación con la que me tocaba: —¿Cómo era el barril donde dormía aquel filósofo Diógenes, llamado “el perro”?

A su discípulo seguramente se le recalentaron las neuronas con la pregunta, Briceño le puso 20, a mí 16. Pero me quedó la satisfacción de haber concursado. Ese día, con ese recuerdo, me volví a sentir tranquilo. Esa fue la ULA de mis comienzos.

Llegaba el turno de la Presidenta, me miró con un dejo de ironía y fijando su territorio dentro del poder que la Institución le otorgaba a un jurado, se expresó: —Profesor Perdomo, actualmente se discute entre los Diputados de la República de Venezuela, no existía ese calificativo de bolivariana, el “Proyecto de Ley de Educación” —dijo—, me gustaría conocer su visión al respecto y en ese sentido, solo en ese, para que no divague mucho —aclaró para todos allí—. ¿Cuál es su opinión sobre esa ley?

Dentro del salón, ahora con más asistentes que cuando se inició ese acto académico, en las primeras filas estaban “los visitantes del MAS” y los de Douglas, incluido el estudiante que con el tiempo sería profesor del Núcleo. En ese instante reinaba el típico silencio de los sepulcros, el del duelo mortuario o el ritual litúrgico en la iglesia cristiana. No ignoré ese ambiente porque en mis primeras lecturas de las novelas de vaqueros supe del silencio del duelo entre pistoleros donde se destacaba al dedo pulgar temblando y deseoso los contrincantes de sacar el revólver de primero y disparar con puntería.

Esa parte de las novelas me excitaba en mis tempranas lecturas con mis doce años de edad, pero recordaría la confianza del vaquero si era un diestro tirador.

Estaba yo consciente de los efectos sobre la verdad en preguntas generalistas, pues las respuestas el interrogador las tuerce con pinzas a los fines de joder al respondedor y de echarle tierra en sus ojos como a quien intenta subir un muro. El truco generalista lo hacían dentro de la estrategia discursiva de ir mezclando nociones y conceptos de una problemática que terminan por envenenar el argumento, muy propio de políticos y periodistas.

Para sortear ese muro donde cualquier cosa puede pasar, había aprendido que era vital, en el argumento de respuesta, limitarle su panorámica y centrar la pregunta en su dispositivo clave, que no era otro que el concepto de ley o en su defecto, asumir ante el interrogador que a la opinión solicitada le faltaba algo para responderle con propiedad y coherencia.

Era, de lo preguntado por ella, un certero “gancho al hígado” con el objetivo de noquearme. Confieso hoy, que mentalmente me maldije por no intuir y hasta adivinar ese golpe al momento de ese frío saludo de ella. Ahora yo quedaba entre las cuerdas de un ring con el piso húmedo y hasta cierto punto con la adrenalina a tal nivel que el corazón se fatigaba de tanto latir y limitado para tener la voz clara en la respuesta. Me dispuse a ganar tiempo y procedí con singularidad al decirme: —Debo devolverle su pregunta: —Discúlpeme Profesora Presidenta —dije con solemnidad—, pero no comprendo lo que usted me pregunta. —Pero si está clara como el agua, Profesor Perdomo —replicó con fuerza— y casi con cierta molestia. —¡Bueno!, profesora —exclamé—, precisamente por su ausencia de claridad es que no la comprendo —le objeté.

Ella, y ahora sí es verdad que estaba como yo la quería: —descolocada— y además, en mi terreno cuando insistió en dar vueltas a mi objeción y volvió a preguntar,

pero evitando salirse de su enredo: ¿Qué es lo que usted se empeña tanto en no comprender en lo que le vengo de formular claramente para que de su opinión? —sermoneó—. Como usted conoce, en tanto abogada y con el debido respeto que me merece —sugerí—, su pregunta en su estructura gramatical se la comprendo perfectamente, pero en su sentido epistemológico cuando en su pregunta agrupa distintas nociones cercanas a la palabra ley me es difícil. Es por eso que no puedo responderle lo que pienso de ese proyecto. Me apoyo en lo que digo basado en la noción del filósofo del lenguaje Wittgenstein al decir: —De lo que no se sabe, mejor es callar—, y esperé su nueva reacción, como era mi estrategia discursiva para salirme de ese enredo cognoscitivo. Para eso le agregué:

Yo, le confieso aquí, de leyes jurídicas no sé nada y en mis problemas cuando los tengo consulto con abogados, pues esa es su competencia y están formados para ello pero yo solo tengo la información de lo que un texto legal me indica, más no tengo competencia para opinar con propiedad en un concurso como el que tenemos ahora. Precisamente —acoté— debido a mi formación teórica como educador. Sin embargo, si usted —le sugiero respetuosamente— me formula por separado los campos teóricos respectivos de esos saberes yo pudiera responderle dentro de la opinión que me solicita. Lo otro es que yo caiga en el campo de la especulación y, para colmo, tampoco soy Diputado: —Yo, repito, de leyes no sé nada y reconozco aquí mi ignorancia por lo que no puedo responderle su pregunta.

## Capítulo LXIII

### *El complot*

*La multitud es la mentira donde ella está ausente de la  
responsabilidad de cada quien*

— *Soren Kierkegaard*

**T**erminado mi juego de lenguaje para responder, se oyeron rumores con murmullos en ese salón y alguien como para ser escuchado dijo: «Es atrevido y hasta ofensivo ese Profesor en su respuesta». Las palabras de ese alguien en ese instante se disolvieron en el aire para que solo la Presidenta hablara: —Ella cambió esa mirada segura que venía mostrando y luego, casi levemente, reía con una mueca de quien solamente puede jugar con la razón de los vencidos, la percibí enredada como recuerdo las gallinas comiendo mango en los gallineros de Monay.

Mi <amor fati> también disfrutaba del juego de palabras y murmullos en esa sala. Luego ella asumió su rol: —Como dije el primer día ante los estudiantes de la protesta —especificó—, soy educadora y abogado. Debo reconocerle a usted su habilidad para responder, es así y tiene razón. Debí imaginar que así respondería, tiene condiciones para dominar un escenario educativo y su estrategia es aceptable. No tengo más preguntas que formularle —remató.

Los otros miembros del Jurado hablaron algo inaudible para mí y naturalmente el Concurso llegó a su fin. Ellos, a su vez, invitaron al público a hacer preguntas. Solo hubo una: —¿Cuál es la diferencia real entre Escuela y Educación? Quien la hacía era un estudiante de mi curso, mayor en edad que los demás y quien siempre se sentaba en la primera fila: —Gracias por la pregunta —le dije—. Mire usted, es simple y lo vemos a diario en las conductas de los individuos: —Cuando hablamos con alguna persona podemos tener frente a nosotros a un individuo con todos los títulos universitarios que el Estado otorga, a eso denomino persona escolarizada. Pero eso no indica que sea educada si por ejemplo, ni saluda a los demás ni es tolerante ante las diferencias con sus semejantes. Sus valores dirán si es irrespetuosa o si administra bienes de la sociedad y se los roba asumiendo que es un privilegio que por ser jefe le está permitido. Allí es el lugar para diferenciar escolarización y nivel educativo dentro de la sociedad. ¡Me hice entender! —le maticé.

Mi respuesta le impactó cuando le vi anotar algo en su cuaderno. Me dio las gracias y todos salimos del salón a los fines de que el Jurado acordara la nota final. En el momento en que quedé solo estaba contento aunque por lo vivido sentía cierto temor de que los lobos me degollaran, pues de la amenaza no había salido.

En ese tiempo de concursos en la ULA, el reglamento exigía que las notas fueran publicadas el día siguiente de la última prueba y cuando la fui a ver, en cartelera, había obtenido 16 puntos. Una extraña alegría corría ahora por mis venas, y pensé que de no haber intuido ciertas dificultades que como aceite quemado algunos derramaron sobre mis pies ese sueño de ganar el concurso y darle estabilidad a mi nueva ruta existencial no se hubiera logrado.

La evidencia estaba en la diferencia de un 17, 5 frente a 16, lo que me decía que en esa última prueba algo debatió el jurado y mi nota descendió. Pasé por el Departamento y algunos profesores incluyendo a Liborio y Nereida me felicitaron. Fui a dar mis clases y al medio día llegué a mi casa. No he sido un bebedor fijo, sino transitorio y en ese momento de soledad me tomé unas cervezas que en la misma hilera de los ranchos donde vivíamos alguien se rebuscaba vendiéndolas.

Leyda ya estaba donde su hermana en Barquisimeto con José Leonado y habíamos decidido finalizar nuestra relación de pareja y mantenernos como amigos. En general habíamos conversado algo que aquí recuerdo: —Yo no me interpongo en tu camino de ser “madre soltera” como tú lo deseas, solo que siempre estaré atento a la responsabilidad con el niño, mía y tuya —le aclaré—. Ella emitió un suspiro y se levantó de donde estaba para decirme: —Sí, así lo entiendo y es lo mejor para ambos, recuerda que a mi novio le negué el matrimonio. No es lo mío, para luego agregar: —Dime la verdad, Camilo: ¿No has pensado en tener otra mujer? —Todavía no —dije—, y no mentía. Aunque tú sabes que me gusta la familia y pensé que contigo funcionaría hasta que llegó el fantasma de nuestra diferencia de edad, donde yo pienso que en asuntos de amor y cama cuenta poco y menos para tus creencias. Y ante los efectos de esas cervezas, allí el ambiente se deshizo como se observa en las imágenes del cine al pasar a otra escena mostrando nubosidad en el ambiente.

Como siempre hago luego de almorzar, mi siesta fue placentera y a las 3 pm salí para el Núcleo y durante ese tiempo mi reflexión era constante: ¿Qué pasó con ese jurado y el cambio de saludo de la profesora Presidente? En la vida siempre habrá misterios que se aclaran

porque alguien vio lo que otros no vieron, un perfume que nadie sintió, un ruido de madrugada causado por un gato negro. En fin: —Entre cielo y tierra nada está oculto para siempre—, y una semana después de mi concurso vendría a tener yo pistas de ese misterio del aludido concurso. Lo supe mediante un alumno que trabajaba de mesero en un Hotel de Valera y al que acudí para un almuerzo invitado por un médico amigo con el que entrenaba mis carreras de calle: —Yo venía de servirles sus bebidas a ellos —me dijo el estudiante—, los conozco porque su lema de despedida es: —”Te espero allá en el bar”—, y lo que escuché fue bien simple: —Para tumbar ese 17.5 de Perdomo hay que ponerle en la prueba final entre 10 y 11 puntos.

Fue seguramente por aquel momento cuando comprendí que de no haber encontrado en mi camino a ese estudiante o que mi amigo corredor, bien alegre por mi logro, no me hubiera invitado a almorzar mi <amor fati> no hubiese sabido de esa artera maniobra de los lobos.

Sin ninguna duda que en esa época yo le era incómodo a alguien con poder en ese Núcleo, cuyo nombre no conocía y seguramente a todo el Jurado no le pudieron llegar para afectarme, pero de que los tocaron fue innegable.

Afortunadamente me salvaron las palabras de un maestro muerto, pero vivo en sus libros: Ludwig Wittgenstein, el que pudo hacer coincidir en el pensamiento a filosofía y matemática. Sin sus palabras jugando con la razón esa pregunta capciosa e inútil sobre leyes de la educación, hubiese sido mi tumba intelectual y hubiese también muerto mi voluntad por ser profesor de la ULA. Luego que llegué a ser jurado y computaba notas de un concurso imaginé que a ese 17.5 mío le deben haber colo-

cado una nota bien baja a mi clase pedagógica para que quedara en 16.

En el equipo de gobierno ya no era jefe de mantenimiento, pero me quedaron en el camino varias “brujas en duelo” a quienes les quité privilegios mal habidos excusándose en la autonomía universitaria: —“Mi cubículo, mi auto como jefe, los libros de la Biblioteca que me llevo y no devuelvo, los viáticos exagerados para viajar a cuenta de la Universidad”. En fin, ese relato utilitarista viviéndose la institución la combatí con fuerza y el pago lo pagaba con gusto, pero simultáneamente se reanudaba mi Agón dentro de otros signos: El trabajo de ascenso y que para muchos era “Trabajo de aumento” cuando su temática estaba desvinculada de la sociedad y mejoramiento de la Institución.

Ahora, mi categoría era “Instructor” a Dedicación Exclusiva, que significaba: —Enseñanza a cursos de tres materias, Extensión Cultural de una o dos horas a la semana y que yo cumpliría, a partir de 1980, con una columna semanal en el Diario de los Andes bajo el nombre de Utopía y Crítica, a cuartilla y media. Y un proyecto de investigación que se sintetizaba en mi Ascenso durante dos años. No era, en ese tiempo muy fácil entrar con proyectos al CDCHT siendo instructor en la estructura de investigación de la ULA. Causas hay y los historiadores lo saben.

Pasado un mes de esos eventos viajé a Mérida por una semana para consultas en la Biblioteca Central de la Institución y visité al poeta Adelis conociendo su rutina de las 6 y 30 a las puertas de la Facultad de Humanidades y lo encontré. Se alegró mucho por mi concurso y fui yo quien lo invitó a unas cervezas en el lugar de siempre. Hablamos de todo como ocurre con las ausencias entre

amigos. Cuando le referí los pormenores de mi concurso dijo: —Mañana jueves a ella la veo y le sondeo tu caso, somos bastante amigos y le preguntaré, luego me buscas para seguir conversando eso.

Ese día me habló de un libro que debía leer para mi ascenso: *Del agua y los sueños*, de Gastón Bachelard, está en francés pero los diccionarios bien consultados son de gran ayuda y a ti eso no te cierra los caminos. Es un autor que pone a jugar la razón científica y la poesía donde las aguas siempre son sombras y nubosidad. Ante el habla de Adelis siempre estaba la risa, ironía sibilina y oportuna en esa invitación a jugar con las palabras alegrando mi espíritu. Oyéndolo esos días y sintiendo mi soledad en Trujillo comprendería que el ambiente intelectual sí cuenta para estimular el pensamiento. Llegadas las 10 pm nos retiramos con la invitación de vernos el día siguiente a las 6 y 30, a las puertas de la Facultad.

## Capítulo LXIV

### *LUZ, esperanza*

*La violencia no es, evidentemente, el solo medio. La violencia normal del Estado es su medio específico*

— *M. Weber*

*El sabio y la política. 1919.*

Dentro de los múltiples planes que tenía era prioritario estructurar mi trabajo de ascenso y cumplir con mi Dedicación, pues había el rumor de que con el equipo del nuevo gobierno universitario presidido por Mendoza Angulo, antiguo presidente de APULA, había desacuerdos con el gremio porque las exigencias de ponerse al día en Docencia, Extensión e Investigación se percibían como pérdidas de derechos según algunas opiniones. Se hablaba de tumbar dedicaciones y eso afectaba conquistas salariales.

Estaba también en mis actividades una visita a Caracas para ver amigos y familiares. En fin, bien ocupado para darle movimiento a mi <amor fati>. Adelis y yo nos veríamos ese jueves a la hora convenida y nos fuimos a una arepera de nombre “la Trujillana” que estaba cerca de la Facultad y allí fue su comentario: —Mire, ñerito, —me dijo—, lo ocurrido con su concurso fue bien desagradable y de vaina no lo jodieron: —Sucedió que el día anterior a tu prueba final al Hotel donde la Profesor Rufi-

na se alojaba, le llegaron dos profesores: Uno del MAS y otro de AD, ambos la conocían de la Escuela de Historia y la abordaron mientras se tomaba un café. Ella no vio inconveniente alguno en conversar con ellos. El del MAS, según ella —contaba Adelis— y seguido por el otro con un apellido muy conocido en toda la ULA y Trujillo, le informaron lo siguiente: —Quien está concursando es un hombre peligroso que de paso detesta al Maestro Prieto Figueroa— y a su discípulo José Miguel Monagas. Sabían que ella tenía estrecha amistad y respeto político con esos nombres.

Ante esa información, por supuesto que Rufina se molestó bastante y asumió confianza y credibilidad de quienes le decían eso de tu Concurso —continuaba Adelis—. El punto es que ellos fueron convincentes en su artera maniobra. Según ella me comentó: —La habilidad de ese concursante al nombrarme a Wittgenstein me hizo olvidar lo escuchado de esos profesores la noche anterior y le reconocí su defensa—. Así que, ñerito —me confesaba Adelis—, usted de milagro se salvó y por medio de un muerto como ese Wittgenstein. Ambos reímos un rato esa conclusión.

Así eran mis fortuitos encuentros con ese bello poeta. Luego de ese encuentro solo sabría de él por la prensa y, sobre todo, porque de alguna manera y hasta inexplicable para mí fue también seducido, como a muchos intelectuales de esa época, por ese Teniente Coronel que le dio un Golpe militar a la Constitución de 1961, donde tanto Adelis como yo supimos lo que era una Universidad autónoma y hasta cierto punto bien tolerante y democrática como pregonaba su Rector Rincón Gutiérrez.

Regresé a Trujillo para darle realidad a mi Dedicación Exclusiva y solo hacía manuscritos porque la Olivet-

ti no la manejaba rápido y siempre me venían frases de autocrítica para decirme: —A Trujillo no vuelvo, cuando siendo adolescente me recogió la señora Tellez para llevarme a Barquisimeto—. Con mujeres chiquitas y morenas no me caso, la Biblia es una solemne habladora de pendejadas—. Y allí estaba yo, comiéndome cada día todas esas palabras porque mi <amor fati> había decidido demostrarme que yo estaba equivocado y a él no lo controlaba porque jugaba con mi vida al lado del azar.

Hasta esta parte quien me lea sabrá que vengo matando a un <amor fati> cuyo objetivo fue marcar mi espíritu con palabras que hacen daño: Abandono, conflictivo, forma peos, inestable en lo amoroso, acomplejado por el padre que no tuvo, la madre que no lo sentó en sus piernas. Es decir, que no soy perfecto pero amo lo correcto, el bien y el amor compartido con el respeto.

Y en esta parte donde siento mi renacer de ese <amor fati> debo describir una escena basada en una de esas miradas, como aprendí de Bachelard, cuando entrando al Núcleo el día en que fui a esa frustrada reunión para entregar mis credenciales vi a una mujer con unos pantalones de un amarillo parecido al color del árbol nacional: El Araguaney. Aunque su cara no la vi pues mi objetivo allí era la cita con el aludido coordinador y su caminar cadencioso fue lo que se fijó en mi mente, pero ese color me invitó a mirarla con detenimiento en los pocos instantes que tenemos cuando entran muchas personas a un lugar.

Como vengo diciendo, hubo muchas escenas de mi entrada a ese Núcleo y buscaba volver a verla, pero ese pantalón amarillo desapareció o cuando seguramente lo cargaba yo no andaba por ese sitio. Un día del primer mes de mi contrato la volvía ver y detallé con mejor colo-

cación ese caminar de ella con pantalón amarillo, fue de frente y vi su rostro. Entre tantas personas solamente yo duré un tiempo mirándola con la precaución de que ella no se diera cuenta, pues mi <amor fati> controlaba mi emoción. Ese día había una actividad deportiva y me fui a la oficina mientras ella se confundió en los grupos de ese momento.

Pasaron dos semanas sin volver a verla y hubo un momento en que tuve necesidad de ir a una farmacia cerca de la Plaza Bolívar y me sorprendió cuando la vi atendiendo a las personas. Sorprendido, pero sin demostrarle nada hice lo posible para que me atendiera. Al atenderme la detallé bastante, sentí que me agradaba su voz y al hablarme vi su dentadura bien bella, blanca y pareja. Por supuesto, sentí que ella en mí no se fijó. Salí con el medicamento y a los días ese recuerdo se alejó de nuevo.

En esos tiempos, pasado casi un mes, un domingo se realizó una carrera de diez kilómetros y participé, la llegada era en la Plaza, nombrada antes, y cuando llegué, bien cansado, volví a verla entre quienes estaban aplaudiendo a los atletas. La percibí como un fantasma que a veces aparecía y aunque curiosamente ante tantos rostros lo que mi <amor fati> distinguía era su movimiento cadencioso y un detalle: Siempre apurada, como si anduviera cobrando deudas pero su andar yo lo disfrutaba sin que ella lo notara pues sabía que en mí no se fijaba.

Además, era una mujer que no pasaba inadvertida ante los hombres. Pasados unos dos meses la vi conversando con unos profesores entre los que estaba uno venido de Cumaná que entrenaba conmigo carreras de calle con el nombre de esos guerreros romanos: Máximo. En ese instante deduje que era estudiante y su pantalón

ahora era de color marrón oscuro. Yo seguía mirándola de lejos, como cazador estudiando su presa aunque ya sabía que era una mujer esquiva y a lo mejor difícil de abordar para mis propósitos amorosos. Con ansiedad me preguntaba dónde vivía y en cuál lugar se detenía en esa búsqueda que le observaba cuando la miraba. Esto para saber quién era, pues si bien yo soy un mirón de traseros femeninos, no era eso lo que empezaba a motivarme para abordarla. No era alumna mía y por lo tanto mi código ético de “nunca invitar a salir a una alumna” me beneficiaba si tenía la oportunidad de abordarla.

Después, cuando pensé eso, ella desaparecía y en algo me inquietaba porque no tenía manera de comunicarle algo y nunca he sido acosador de féminas: —Si me gustan, voy al grano y aunque se me han escapado varias liebres, como cazador novato, al menos hago el intento de sobarles su cabeza, lo demás vendrá después.

Los encuentros intelectuales promovidos por Rigoberto, Ron Pedrique, Agustín Martínez, y otros de la revista “Expresamente” me iban formando en mi competencia teórica y el perfil de mi trabajo de ascenso lo tenía mejor estructurado, tanto que con los alumnos más avanzados empecé a crear círculos de lectura y mi participación en foros me distinguía y ese reconocimiento lo asociaba con una mejor universidad donde el clientelismo politiquero no dominara porque sabía que allí lo académico moría.

A veces pasaba por APULA y en una de esas fue el momento en que la desconocida dama del pantalón amarillo estaba en amena conversación con Sofía, la amiga secretaria que tantas ayudas me prestaba. Ante esa escena vacilé como niño que ve su juguete preferido sin poder alcanzarlo y me sentí nervioso, lo que no era fre-

cuente en mis experiencias cuando una mujer me gustaba. Saludé a Sofía y a ella le hice un gesto a ver si me recordaba, pero de nuevo me decepcioné porque no dio señal de arranque como esos autos viejos cuando es necesario hacerlo con un empujón.

De allí solo me quedó el recurso de agarrarme de la puerta y para dilatarme más la pupila de mis ojos, ahora estaba envuelta en un vestido blanco de esos que denominan paño y donde el cuerpo no deja ninguna duda de que su portadora hacía ejercicios. Fue lo que vi ese día y me despedí de ambas. Por donde debía pasar había un largo pasillo que estaba solitario y de inmediato mi <amor fati> intuyó algo: —Con esta, o te salvas de la soledad o te mueres en el intento.

Mis clases seguían y yo lograría mejor estabilidad porque la resolución oficial de mi nivel de profesor llegó y varias puertas como la caja de ahorros se me abrían. Una tarde en un salón de clase de la planta baja y a las dos de la tarde, yo llegando al salón y de una sala contigua ella salía como una perdiz espantada y pasando delante de mí medio rozó su mano sobre una de mis tehillas, riéndose de su gracia. Atiné a pensar que actuaba como Eva: Había encendido el calentador y lo dejaba a fuego lento. Allí quedé confundido aunque riéndome de la sorpresa que a lo mejor no significaba lo que imaginé para mi vida.

De mi trabajo de ascenso ya tenía escritas a mano 30 páginas en una hoja por ambas caras, era el primer capítulo y trataba de la Pedagogía libertaria, de Ángel Cappelletti. En ese tiempo, pensaba, en la posibilidad de enseñar al hombre a ser libre, como también a sentir el amor en todas sus manifestaciones. Había intentado leer a Enmanuel Kant su Crítica de la razón pura, el tema

me apasionaba, tanto que dejé de hacer los exámenes como los demás profesores y les permitía a los alumnos que llevaran sus apuntes y libros, podían abrirlos en los exámenes pues quien no trabajara al autor quedaba en evidencia en lo que escribía.

Sabía que quien no sabía leer, ni interpretar lo que leía pocas cosas podía hacer para tener una buena nota. Además, esa labor de ser un policía en clase la combatía con esa estrategia y venía de leer una consigna interesante de los estudiantes llamados del “Mayo francés”: «Mata al policía que hay dentro de ti». Ante las reacciones de esos profesores amigos de ejercer su poder hasta para chantajear con la nota lo que con palabras no logran en sus alumnos y alumnas, les respondía: —Solo ejerzo la autonomía académica sacando el cuerpo a lo militar y policial de vigilar y castigar.

Confieso que siendo incómodo mi <amor fati> se sentía a gusto y cultivaba la autonomía con ética, dos palabras convertidas en mi práctica de enseñante en valores libertarios. Con cierta frecuencia pasaba por la oficina del gremio para entrevistarme con alumnos que estuvieran interesados en lecturas libres y estaba trabajando los textos de Hebert Marcuse, de gran influencia en los universitarios de esa época.

De modo que mi vida tenía un dinamismo que pocas veces me permitía pensarla fuera de la universidad y en las tres actividades fundamentales de mi dedicación exclusiva venía teniendo inconvenientes para ir armando el trabajo de ascenso. De los dos años que tenía para ello ya habían pasado seis meses. Y como siempre me perseguían las sorpresas e incertidumbres me preguntaba: ¿Será razonable ver los encuentros fortuitos como una clave del azar para solucionar conflictos repetidos? El

más reciente estaba vinculado con el trabajo de ascenso y había pagado por una transcripción a máquina, pero tenía errores gramaticales y horrores conceptuales, por dar uno de tantos: «...Las teorías morales en educación indican que los humanos son...», pero lo transcribieron así: «Morales dice que los humanos son educados». Obvio que ese trabajo transcrito lo hizo alguien que confundió el principio moral con un apellido.

Y la respuesta azarosa llegaba cuando vi entrar a la dama del pantalón amarillo. Ya sabía su nombre: Yajaira, mediante la amiga secretaria de la oficina gremial con quien estaba conversando. Estaba frente a mis ojos y esta vez parecía más sosegada porque tomó asiento no muy lejos de mí.

Después de saludarnos fue ella quien a manera de justificación habló: —Entiendo que usted anda buscando quien le corrija un trabajo suyo escrito a máquina. — Yo, —dijo—, puedo leerlo ahorita, tengo tiempo y estudio Idiomas. —¡Ah!, pero hablas, pensé que eras muda —le dije con la intención de explorar su ánimo y ocultar la emoción que me inundó. En ese instante y pisando tierra —le agregué: —me encantaría que tus ojos pasaran sobre esas palabras y a lo mejor encuentras el gusto de saber de mí. Los tres reímos y aunque deseaba conocerla mejor, apenas afloraron palabras de tópicos diversos y casi todos referidos al ambiente de crisis en las clases debido a problemas con la bomba de agua.

De esa manera, por lo menos, tuve la intuición de que seríamos amigos. Sobre todo cuando al terminar la lectura de las veinte páginas de la aludida transcripción dijo: —Yo sé escribir rápido a máquina y puedo ayudarte, Profesor. —¡Ah! —exclamé—, me solucionas un problemón que tengo con esas páginas, luego hablamos del

pago —agregué. Tranquilo —insinuó—. Entre tanto, Sofía en ese momento atendía una llamada, ella se levantó y su voz solamente dijo: —Hasta luego, yo lo busco para transcribir, pero usted me dicta. Tal como la encontraba, siempre volvía a ser esa perdiz de los caminos y salió apurada.

Por la noche fijé las imágenes de ese encuentro con ella y las palabras con sus plan en el intento de atrapar el futuro, algo bien complejo, eran variados, pues de nuevo era yo el enamorado. Eso me espantó porque la tarea de amigos no siempre termina en prácticas amorosas como debería de ser. Indudablemente que el encuentro sería para un trabajo, no una cita amorosa como yo deseaba con ella.

En efecto, la solución al conflicto del ascenso se veía fácil, pero el de construir una familia seguía allí y siempre vivía la experiencia desagradable de regresar al fracaso, en contra de mi voluntad. Estaba en un momento de mi vida donde Leyda ya se iba para Mérida o Barquisimeto y de nuevo yo dentro del dilema de estar viviendo sin una familia donde el calor me invitara a no seguir mudándome o huyendo de las mujeres. Nuestra relación no cuadraba por ninguna parte, salvo por el niño que teníamos.

Durante los meses que siguieron, solo pensaba en esa inquieta hembra y en la posibilidad de volver a verla, aunque el motivo: «Leer el manuscrito y dictarlo» no era posible porque ni había producido algo nuevo ni tenía instantes de inspiración. Los viejos problemas que heredaba de mis torpezas aparecían cuando menos los esperaba y sentarme a parir ideas se dificultaba en ese contexto. Mientras todo eso me rodeaba, ella seguía yendo al Núcleo y a veces de pasada nos saludábamos.

Finalmente me llegó un préstamo de la Caja de Ahorros, un recurso bien eficiente en solucionar mi caos económico. Pude arreglar problemas de pensiones alimenticias para mis hijos, el viaje de Leyda junto al hijo donde ella se iba a Mérida a vivir definitivamente con sus padres. Quedamos dentro de un cuadro amistoso asumiendo la responsabilidad del niño. Quince días después de ese hecho pasaba los días en mi habitación con las rutinas de un hombre solo e incapaz de aceptar ese estado. Era una soledad agigantada en momentos en que llovía y esperaba el escampe para dar unas vueltas por el reducido espacio de Trujillo capital. Cuando lo hacía recordaba al señor Moisés: —Al dejar de llover —me decía—, los animalitos salen de sus guaridas y es fácil sorprenderlos. Además, las cosas buenas para el hombre vienen siempre con la lluvia —sentenciaba ese recordado señor.

Quiso el azar, de nuevo con lluvia leve, que mi <amor fati> se manifestara como la escena de una película en promoción: —Tengo que salir, me dije, a lo mejor ella está por allí esperando que la lluvia pase pues siempre andaba pateando la calle. Por “el pueblo de dos calles”, como le dicen los valeranos a Trujillo di varias vueltas y en una de ellas yo subía y sorpresivamente ella bajaba. Detuve mi auto y al reconocerme nos saludamos. «Mañana es tarde», pensé, y de inmediato la invité a dar una vuelta para «saborear un helado» como una torpe excusa y tenerla cerca. A esa hora helados en ese pueblo eran desconocidos y ella lo aclaró: —En vez de helado una cerveza, y terminamos en una conocida fuente de Soda donde ofrecían un conocido plato trujillano consistente en pollo asado con caraotas y “mojito” de huevo con tomate. No comimos pero sí nos tomamos unas tres cervezas, luego la llevé a un lugar cerca de donde vivía: detrás

del llamado Palacio de Gobierno. Con una despedida con la palabra quizás, nos despedimos. Ya en el momento de las cervezas le expliqué por qué no había empezado con los dictados de mi trabajo.

Lo mejor vendría a ocurrirme con otra noche en que sentí la necesidad de salir y sin seguridad de encontrarla guardé el optimismo de mi <amor fati>. Tuve la precaución de recordar la cuadra donde antes la había abordado y pasé tres veces y allí bajaba, nada más al verla y la saludé buscando su cercanía: —Tenía tiempo imaginando que llegaría el momento en que nos tomaríamos otras cerveza y ser más que amigos. No andaba apurada y su confianza en mí la mostró aceptando la invitación. Decidimos ir al mismo sitio y fue el momento donde lo que mi intuición había trabajado con esmero se daba: —Yajaira, puedes llamarme —dijo— complaciéndome con su sonrisa y mostrando su dentadura sabiendo yo que también era bella. Y solo eso esperaba para empezar con mi estrategia de conquista: —Ya lo sabía —dije— por boca de Sofía pero esperaba que me lo dijeras directamente. En el fondo yo estaba preparándome para salir del sustico que venía sintiendo ante tu presencia. —Me gustas bastante —se la solté—. Y ella acariciándose el pelo, como preparando también su defensa por sentir mi ataque, venía de mostrarme la terrible palabra que me arrinconaba: —Pero tú tienes pareja, no eres libre y también lo sé —aclaró.

Ese pero que tanto golpeaba el optimismo para reinventarme era certero en la realidad de su averiguación, me había investigado y de paso me atacaba por el lado flaco. En ese momento no pensé si era muy menor que yo en edad con lo cual mis experiencias amorosas incluyendo la más reciente habían naufragado en un mar de contradicciones donde sus familias se involucraron. Sin embargo, y como sacando un conejo del bolsillo, su frase

me ayudó a recomponer el “me gustas bastante”, y le repliqué: —Pareja, como piensas y dices, no tengo—, es la madre de mi hijo y por incompatibilidad de maneras de ver la idea de familia resolvimos ser amigos y yo respondo como padre. Ella volvió a las caricias de su pelo a rizos que de paso se le veía bello y masculló otra frase que me recompondría la ilusión de tenerla en mis brazos y amarla con intensidad: —Yo sí quería conocer a un profesor —acotó—, que según una amiga alumna tuya afirmaba que dabas unas clases interesantes, por eso supe también de tus dificultades con el trabajo de ascenso.

De esa manera, los relatos de ambos giraban en un intento, casi a pinceladas, por darnos cada uno su confianza y a la vez estirar un poco la cuerda emocional para que nuestros cuerpos iniciaran junto a las palabras el juego de la vida y sacarle el cuerpo a la soledad: —Novio no tengo, pero sí amigos. Fue su respuesta a una indirecta que se me escapó y allí quedaba, como todo desesperado, fuera de combate, pues ninguna mujer confiesa un sí a boca de jarro. —Yo —susurró—, desde muy joven me ha gustado trabajar y ganarme las cosas que necesito, no bebo licor y fumo un poco.

Ella hablaba y yo embelesado le miraba sus labios como perro viejo echado en un mueble buscando la oportunidad de morder algo: —Raro tu fumar —acoté—, porque tienes una bella dentadura que según dicen mancha los dientes. Yo fumé dos años y lo dejé el día en que sentí que para las carreras de calle me afectaban la respiración —dije— para no decirle que eso me ocurría cuando practicaba defensa personal.

Su cercana presencia sí me venía acelerando las pulsaciones como cuando terminaba una vuelta de 400 metros a toda máquina. Habíamos ordenado la segunda

ronda de cervezas y entramos en la conversación de si era cierto que me podía ayudar con el trabajo de mecanografía. Volvió a mirarme como si me taladrara el cuerpo y aceptó hacerlo en sus ratos libres que generalmente eran miércoles por la tarde. Esa disposición me agradaba y a su vez me obligaba a tener escrito el manuscrito, pues mejor oportunidad para estar a su lado no tendría jamás. Luego de eso sentí que a su lado retornaba el principal motivo para volver a inspirarme: la posibilidad de amarnos, pues teniéndola cerca el tiro debería ser más efectivo y no fallar en el intento.

La música de fondo de ese momento era con Julio Iglesias con su tema exitoso: «Me olvidé de la vida», por su gesto desviando su mirada para una parte de la montaña supe que le agradaba. Allí le dije que la mía era «A mi manera» y de inmediato recalcó: —Tal como dijo mi amiga que eres. La tercera ronda no vendría porque decidimos retirarnos y la llevé de nuevo al sitio donde se quedó la última vez. Y así supe el lugar de su residencia, nos despedimos y quedamos para ese miércoles después de haber pasado un momento corto de tiempo, pero bien agradable de ese domingo lluvioso.

Ese día mi <amor fati> dibujó en mi corazón lo que mi olfato le transmitió: Ese olor a hembra que al mismo Adán lo hizo desobediente ante Dios. Y seguramente sonará grotesco, pero a veces pasaba por una bodega modesta en Pampán para detenerme en su nombre por su curiosidad del mensaje y a lo que invitaba: «Aquí me quedo».

Del manuscrito que venía redactando para mi trabajo de ascenso tenía toda la bibliografía a mi disposición y con la ayuda de Yajaira, quien no solo me corregía la redacción con esmero, sino que escribía muy rápido,

pude ver mi avance y ya me faltaban solo tres meses para entregarlo. Y a medida que se daban mis clases y los encuentros en el cubículo, fuimos iniciando una bella relación más allá de amigos y sin darme cuenta todo fluía entre nosotros. Era ella diferente y extremadamente responsable y su orgullo era una virtud en cuanto nunca dejó de ser autónoma, aunque yo andaba todavía promoviendo las canciones de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, cuya letra a ella no le desagradaba.

De la residencia donde había vivido con Leyda salí para irme a vivir en un terreno Rural con una modesta casa donde a veces Yajaira iba y como nos gustaban los perros empezamos a tener algunos, ella aún vivía con su familia. De vez en cuando yo iba a Mérida para que un amigo de esa época, sociólogo del grupo de Rigoberto y profesor instructor de la Facultad de Humanidades, me revisara los manuscritos transcritos y un día en que busqué esos manuscritos me faltaba un capítulo que desgraciadamente para mí él extravió en el momento preciso en que me enteré que el Consejo Universitario presidido por el Rector Mendoza venía de aprobar un Decreto para sancionar a los profesores retardados en sus ascensos o no estaban estudiando Maestrías o Doctorados y la sanción consistía en rebajarlos de categoría. De nuevo el azar con sus jugarretas me afectaba.

De inmediato hice las consultas de mi caso y tenía un mes para entregar el fulano ascenso, del que un capítulo importante para consignarlo ante el Consejo de Departamento y luego al Núcleo venía de desaparecer ese individuo a quien creí era mi amigo. Lo más insólito es que no me dio explicación alguna y a la larga por la complicidad que otros le admitieron en su irresponsabilidad, terminaría por alejarme de ese grupo. Tremenda crisis me llegaba porque contaba con ese ascenso para

consolidarme como profesor y los respectivos beneficios que tendría.

En todo caso, el nuevo problema era mío por haber confiado en un sujeto despreciador de una genuina amistad, él fue uno más que tropezaba en mi camino y que desconocía el valor de lo escrito por Aristóteles en asuntos de amistad y ética. Una vez que le conté a Yajaira lo ocurrido dijo: —Eso se veía venir, te lo advertí con mi intuición femenina: —A ese tal Francisco una vez que lo traté me fue fácil verle su pedantería, machismo y su caminar de acomplejado y frustrado, pero tú no me escuchaste porque cuando pegaba cuatro palabras una tras la otra y usaba su eterna muletilla: “Allá, en la escuela de sociología de la UCV”...,” tu imaginabas que hablaba Durkheim, no era así sino su pose aprendido de otros profesores charlatanes como lo era él. Cuando me dijo eso me demostraba que ese otro sentido presumido a las mujeres era real frente a lo ocurrido con mi manuscrito. Esas señales, en cambio, ni las vi ni tampoco las interpreté y, allí fui ingenuo y torpe.

Y en vista de que el aludido decreto eximía de sanción a quien estudiaba, con Yajaira coincidí en que era urgente salir a buscar un cupo en el CENDES, UCV, y preparé el viaje para la semana siguiente pues ya inscrito ese cuchillo normativo de la ULA en mi cuello no me afectaría. El auto en que iría lo venía de adquirir hacía un mes de un sobrino de la señora Rosario y quien desde pequeño me conocía, estaba usado aunque al probarlo funcionaba bien. Era un Dodge Coronet de ocho cilindros color púrpura.

Su dueño lo tenía debajo de un árbol a la intemperie y lo sacaba a rodar de vez en cuando, según me dijo. Fui yo quien le insistí tanto hasta lograr que me lo ven-

diera. Digo esto por lo que narraré a continuación: —En la ruta de ese viaje a Caracas iba yo en la Autopista “Rafael Caldera”, a más de tres horas de viaje de Trujillo, habiendo salido temprano y era el medio día cuando de repente sentí ese auto levantándose del asfalto y luego caer con fuerza, no perdí el dominio del volante y quité el pie del acelerador y por el espejo retrovisor veía que el auto iba soltando algo, pero los conductores que me adelantaban hacían señas y gritaban algo inentendible. Finalmente el auto se detuvo cerca del hombrillo. Bastante asustado aunque sin desesperarme salí del mismo y en la carretera había manchas de aceite junto a piezas que se desprendieron y eso me preocupó por los demás conductores, otros autos que circulaban intentaron derrapar y afortunadamente no ocurrió otro accidente.

Me dispuse a mirar debajo del auto para averiguar qué había ocurrido y lo que vi sí que me aterrorizó: “La caja de velocidades” estaba desprendida y le faltaba una de sus partes junto con el “cardán”. Debido a eso fue que sentí levantarse el auto del asfalto, había sido la acción como un salto con “Garrocha” porque esa pieza es la que conecta el motor con la “transmisión” trasera que se desprendió y sacó esa caja del motor. Lo que vi pudo costarme la vida, y en eso estaba cuando escuché la voz de alguien diciéndome: —¿Qué le ocurrió?, soy “gandolero”. ¿En qué le puedo ayudar?, tengo a dos cuadras de aquí un taller para repararle su auto. Fueron tantas sus palabras de aliento y ayuda que junto al impacto emocional donde me encontraba y percibiendo su solidaridad, apenas le dije: —Gracias—, y claro, llevémoslo.

Llegamos al taller con el auto y acordamos el arreglo: —Este taller lo estoy organizando —dijo ese amable señor—, luego de comprárselo a una persona que lo tenía hace tiempo aquí, soy jubilado de la empresa petrolera

y vengo de Ciudad Ojeda donde aún tengo a mi familia. Por mi parte le dije que debía estar en Caracas a más tardar a las 3 pm, que me indicara cuál de los autobuses pasaba por allí y me indicó un número, a la vez me dijo que como a los 30 minutos seguro pasaría una unidad. Así fue y abordé el bus indicado y al CENDES llegué a las 3 y 45 minutos, preguntando por el curso de “Maestría en Planificación Estratégica”, nombre que escogí solo para intentar sortear la sanción de un decreto del que unos pocos sabían de su aprobación, incluyéndome.

La suerte de ese día no era completa para mí, pues si bien había salvado mi vida en ese accidente, lamentablemente habían cerrado el cupo esa mañana por haber cubierto la matrícula, según me informaron. Me quedé en un Hotel, no visité a nadie y al siguiente día tomé el mismo número de bus en mi regreso y temprano llegué al taller donde había dejado al casi difunto auto. La palabra confianza entre ese señor y yo se depositó en el momento en que me entregó una tarjeta donde estaba su nombre: —Ángel Valderrama—. Una acción ética, silvestre y sin manuales pero expresada en una buena acción cuando luego del saludo me expresó: —Este auto estuvo antes accidentado por la misma causa —dijo—, y en forma de aclaratoria me mostró un lado de la “caja” de velocidades esmerilada y pintada, “toda una trampa” le vendieron —aclaró. Le dije que hacía tres meses se lo había comprado a un familiar de la señora que me había criado. —Con amigos de esa clase no hacen falta enemigos —sentenció.

Después me indicó el precio a pagarle por la reparación, sin incluir el estacionamiento y remolque, que de paso no fue oneroso. Del dinero a pagar en mi libreta de ahorros lo tenía, aunque allí quedé casi descapitalizado. Con la misma confianza del señor Valderrama fuimos al

Banco y le pagué, dándole infinitas gracias por su gesto y profesionalismo.

Era la Venezuela de esa época con la palabra empuñada en tanto símbolo de confianza y que los vientos de golpes militares más tarde destruirían, igual a como los hacen los huracanes en las Islas del Caribe cuando las van dejando destartaladas con sus palmeras y playas llenas de residuos y miseria.

Con ese gasto imprevisto cambiaron mis planes de estabilidad económica y me vi en la obligación de pedir un préstamo fuera de un banco. En eso fue oportuno el comentario de Yajaira al informarme que su madre tenía una amiga prestamista con intereses más bajos que el bancario. Con Flor María, su madre como fiadora y a quien desde que la conocí llamé “Abuela” encontré el dinero. Fueron varias las veces que acudí a esa señora y siempre conté con ella. Entre Yajaira y yo la relación marchaba bien y decidimos casarnos en la Prefectura de Pampanito de Trujillo, pequeño lugar donde nos exigieron dos testigos. No los llevamos, pero nada más salir a la plaza de esa localidad estaban dos amigos policías de civil que nos sirvieron para ese acto legal.

Seguramente suene eso raro, lo reconozco, pero lo hicimos para legalizar una situación donde ya Yajaira era egresada del núcleo como educadora y trabajaba con ocho horas, nada extraordinario, en un liceo y los servicios del IPAS los necesitábamos. Estábamos en época navideña y se sentían esas alegrías y emociones efímeras donde la esperanza y fe a todos nos invitan a imaginar que los conflictos se terminan. Incluso hasta para la guerra en su fin cunde ese deseo. Es un tiempo de magia invitando a olvidar malos ratos y tragedias donde también la idea de amor se apoya en la reconciliación.

A la madre de Yajaira sus hijos le decían “Florinda”, en cambio yo, como dije, me agradaba el nombre de “Abuela”. Ya era mi suegra y de las que tuve era distinta en su mirada y trato. Lo era con todos y en su espacio reducido no faltaban matas y flores. Su trabajo consistía en preparar comida a los niños de un comedor popular que el gobierno tenía en ese entonces, no muy lejos de su casa. Quizás por eso cuando le probé por primera vez su comida supe que era experta en combinar restos dentro de un sabor que mi paladar añora aún. Le gustaba regalar a sus amigas matas y si alguna no daba flor, le camuflaba una plástica y uno era sorprendido con ese gesto, pues a veces lo floreado estaba en una planta que curiosamente su especie no daba.

En esa práctica de sobrevivencia se caracterizaba por estirar su escaso presupuesto mediante viajes para compra de ropa en el mercado marabino de “las Pulgas”, bastante conocido por sus precios y productos del contrabando colombiano donde vendían a precios menores y ella luego los revendía ayudándose en algo.

Precios mucho mejores que en toda la región por la cercanía con la frontera de ese país. Ese espacio era una combinación de voces, ruidos, muletillas, gritos a muy temprano del amanecer en esa zona de Maracaibo. Eran los vendedores atrayendo al cliente con frases creativas: —Ropa barata, perfumes quita pesares, pantaletas saca culo, rompe colchones, guarapo de limón y panela contra el calor—. En fin, un espacio donde apenas uno podía caminar y a medida que caminaba, los precios variaban. Según afirmaba “la Abuela”: —Mientras más se caminaba se encontraban mejores precios—. Y era así, pues soy un comprador compulsivo y lo entendería con el número de veces en que salía de compras estando ella.

Antes de llegar a ese fantástico sitio había en sus alrededores mucho antes del mediodía sopas de almuerzo, pescado frito, plátano maduro con queso. A mí me gustaba ir a ese mercado, a pesar de las incomodidades y el inclemente calor que a veces provocaba desmayos en la gente. A ese mercado y acompañado de “la Abuela” y Yajaira salí un sábado de madrugada para comprar lo que los venezolanos llamamos: —El estreno de Navidad—, algunos cohetes y “tumba ranchos” junto a ropa para mis hijos.

Llevar a la madre de Yajaira era parte del viaje debido a que no solamente era ampliamente conocida, sino que sabía negociar frente a la “viveza criolla” del maracucho y “el guajiro”, un aborigen que es la muestra viviente que dejó la masacre del invasor español. En mi opinión son la prueba de la razón de los vencidos, quienes para sobrevivir en esa frontera cargan dos cédulas de identidad: La colombiana y la venezolana. Es un ser astuto y con mañas que a veces el “hombre blanco”, como ellos le dicen al mestizo, piensan que él es idiota inventándole “chistes” de mal gusto y sentido discriminador.

Flor María podía amanecer indispuesta o de mal carácter, no siempre era su fuerte pero una vez que escuchaba a esos vendedores y entraba al estrecho lugar poblado de tantos colores en vestimenta, le entraba el “ánimo a su cuerpo”. Y yo, al verle ese cambio, miraba de reojo a Yajaira y nos reíamos comprendiendo que eso a ella la hacía muy feliz.

Creo haber informado, en alguna parte de este escrito, sobre mi rara manía de comprar la prensa local donde llegaba y de Maracaibo me gustaba leer “El Panorama”. Era un diario amarillista en su diseño y formato, muy apropiado para esa sociedad marabina que cuando

la miramos de cerca es amiga de palabras grandilocuentes, exageradas y de un asombro sin límites con sus palabras y modos de expresión. En su última página, la de la sangre, podía leerse un titular curioso: —En “Casigua El Cubo” encontraron un gallo con dos cabezas—, o una gata parió un gatito con cabeza de perro salchicha. Y así, todo lo que sonara a fantasía en esa región el periódico lo vendía rápido, pero también publicaba noticias deportivas y avisos de las Universidad del Zulia.

Yo venía de perder la oportunidad del CENDES debido al accidente con el auto y varios documentos de mi vida universitaria aún estaban en su maletero. Sin saber la causa, no los había sacado para guardarlos. En medio de todas las informaciones que leía llegaba de nuevo lo inesperado para mi <amor fati> y que intuí me salvaba una vez más al tropezar mis ojos con el contenido de una aviso en ese Diario: —Hasta el día de hoy se recibirán solicitudes para cursar la “Maestría en Pedagogía” de LUZ—, daban la dirección del respectivo Postgrado y a partir de las 9 am. —Bueno, Dios nos oye —dijo la madre de Yajaira con su ferviente catolicismo—. Y en efecto, en su diario existir me venía mostrando una personalidad distinta a las otras suegras que tuve: —Prudente, observadora, amiga de orar y leer la Biblia sin fanatismos. Y en cuanto a desprendimiento, nunca le negaba nada a un vecino y si no le resolvía con lo dado, le estimulaba en tener fe. De esa manera fue su reacción con lo que dijo al momento de escuchar la noticia que le daba yo a Yajaira con esa lectura.

Y aplazando momentáneamente la entrada a ese mercado, una vez que llegamos a Maracaibo nos fuimos a esa dirección. Ya en la oficina del postgrado de LUZ fui recibido por un profesor amable y de acento español en el momento de presentarse: —Soy Ramón Casas y Gon-

zález —dijo—. Una vez terminada la lectura de mi documentación admitió mi incorporación a ese postgrado. Después señaló el período de las clases a iniciarse en la segunda semana del mes de enero por venir. Me entregó una constancia de inscripción, le di las gracias por su gentileza y otro conflicto se me resolvía en ese lugar que los maracuchos llaman: «La tierra del sol amado».

Mi <amor fati> siempre se encargaba de buscar salidas ante la primera grieta de cualquier crisis que a veces llegaba inesperadamente. De allí continuamos con el objetivo de ir a “las pulgas”. Bien contentos en ese mundo del inclemente calor y la interminable caminata para comprar consumió parte de la mañana, vino el almuerzo en uno de esos tarantines donde fritangas de pescado o pollo mezclan los olores culinario y a eso de las seis de la tarde estábamos retornando a Trujillo. Poco a poco el calor se marchaba también ante los vientos trujillanos.

En el viaje y sin distraerme recordaba esas escenas cuando ponía mi mano derecha sobre mi corazón y reafirmaba en mi <amor fati> una constante existencial: —Nunca debemos permitir que ante los obstáculos la esperanza muera, siempre hay salidas, incluso para los momentos tristes. Un pensamiento de Jean Paul Sartre me acompañaba ese día: —El infierno es de los otros, no de quien se siente libre. Ese era yo en ese viaje y ese era el azar acariciándome.

## Capítulo LXV

### *La persecuta*

*Ética, del griego Êthikos, morale, es la toma de conciencia de nuestro deber de integrar la dimensión humana.*

*Lealtad, altruismo y agradecimiento son las características de un comportamiento ético*

— **Jackes Benoit**

*Granos de la ética. Ed, Presses de la Renaissance. París. 2000.*

**P**asaron dos años en esa Maestría donde viví experiencias de todo tipo que resumo en el logro de haber entregado la memoria respectiva, llamada impropriamente: Tesis. Transcurría el año 1986 y en el país gobernaba Jaime Lusinchi, un presidente que sin escrúpulos se mostraba amigo de irrespetar las normas elementales para la democracia en valores de decencia y el buen ejemplo a la población. También nos visitaría el Papa Juan Pablo II y para 1987 ocurrió la crisis con el gobierno de Colombia por un asunto de la corbeta Caldas. En esa época circulaba el rumor de que quien realmente gobernaba a Venezuela era la señora Ibáñez, amante de ese presidente.

Habían pasado para mi <amor fati> catorce años de cuando fui estigmatizado como “lava tuercas” y profesor ignorante de la pedagogía en mi paso por el liceo Alberto

Adriani como “profesor no graduado. Y seguramente no les faltó razón a quienes así me vieron. Ahora, con ese postgrado limpiaba ese estigma con una investigación dentro de una temática donde se representaba el vínculo entre “El Aparato Escolar y El Aparato Productivo”.

En ese logro conté con la oportuna y agradable asesoría de una socióloga de apellido Parra y quien con el tiempo dirigiría publicaciones en revistas arbitradas, como exige el poder académico, en las Ciencias Sociales. Su competencia y ayuda me permitió en ese tiempo superar el obstáculo sobrevenido por la pérdida del capítulo final de mi inicial proyecto de ascenso y el decreto del Rector Mendoza. Superado ese aspecto mi ascenso ahora sí quedaba asegurado.

Cuando tuve la certeza de su aprobación académica me inundó el espíritu una palabra utilizada por Arquímedes, el de Siracusa, cuando exclamó: —EUREKA, en aquel desafío donde debía distinguir en un anillo si era de oro u otro metal, con esa palabra afirmó: “lo logré” y tan alegre estuvo que semidesnudo salió a la calle celebrando su triunfo. Y fue otro logro de mi <amor fati> orientando nuevas rutas de voluntad de vida. Tanto lo sentí, en ese su sentido, que la primera casa construida mediante la Caja de ahorros de la ULA y junto con Yajaira le colocamos ese nombre en su entrada. Y frente a ese ánimo empezamos a planificar la posibilidad de tener un hijo o hija, pues hasta ese momento ella me venía ayudando a criar a los que con otras experiencias amorosas tuve.

Lo digo ahora porque es el momento y no pretendo quitar sentido a mi relato de una vida tan variada en conflictos y salidas. En ese año, vivíamos alquilados cerca de donde “la Abuela” tenía su casa y ella misma

nos había encontrado esa posibilidad. Y dentro de mis hábitos de fijar mis ensueños en frases, palabras, poemas, aforismos y sentencias de maestros del saber o de la Biblia, me dedicaba a emborronar papeles generando artículos de opinión o de investigación con la intención de abrir conciencias. Pues si algo puede hacerlo es la voluntad de lucha, algo que nunca perdí.

Si lo expongo ahora es porque admití el estigma para poder vencerlo y apliqué algunos textos del maestro Bachelard de su Filosofía del no. No siempre la negación es desechable, pues ni fui solo un “lava tuercas” ni dejé de intentar ser un educador profesional. Aprendí de quienes me descalificaron, sin más razón que la de ellos cuando me irrespetaron en ese liceo del Vigía. A veces, deseaba ir hasta allí y exponer mi trabajo de Maestría como una muestra de que la educación con ética comienza por el respeto ajeno. Más en un centro escolar. Sin embargo, cada vez que pasaba por el Vigía daba una vuelta por sus instalaciones para ver si su estructura había cambiado.

Decirles por ejemplo: —Soy Pedagogo, pero a lo mejor eso no era lo que mi <amor fati> deseaba y el título, si lo vemos de cerca, solo es para mí, mis hijos, familia con Yajaira y amigos. Aunque sin albergar dudas inútiles era un nuevo disparador de saberes que me estimulaba junto a mi estrategia de sacarle el cuerpo a la tristeza y la soledad cuando imaginaba nuevas alegrías, nuevos saberes, nuevas dudas.

A la par de lo obtenido, seguía estudiando como si no hubiera terminado ese postgrado. Ahora me dedicaba a escuchar cantares alusivos a mis emociones intensas donde sin poder evitarlo me llegaban recuerdos de viejos y nuevos amores que de alguna manera siempre identificamos en la música y escuchamos temas que nos regresan

a esos momentos. Todos entrando a un estado emocional que popularmente denominamos. Despecho. En ese encuentro se destaca: —A mi manera, en sus veinte versiones y voces. La vida te da sorpresas, Paisaje, Ansiedad. Y en francés dos inolvidables: —Non, je ne regrette rien, de Edith Piaf y Ne me quitte pas, de Jacques Brel. De esas letras sacaba la energía necesaria para seguir creando trazas de un camino para Venezuela del que solo yo imaginaba o intuía, debido al clima político imperante con sus nubes y en una palabra: Incertidumbre.

Para el Profesor Casas yo era un recurso universitario a estimular cuando observaba mi disciplina en las materias que cursaba. A tal punto llegó su generosidad cuando me prestó su oficina para consultas. Terminada mi defensa y vista mis excelentes calificaciones me invitó a darle cuerpo a los resultados de mi investigación mediante un curso para la nueva Cohorte de esa Maestría que se iniciaba en febrero de ese año 1987.

En el Núcleo se informaron de mi experiencia y ante ese decreto del Rector Mendoza, el profesorado buscaba estudiar cualquier cosa a fin de salir de esa presión institucional. Por voz del profesor Casas supe que cuatro profesores del Núcleo, de donde yo venía, se habían inscrito en los cursos para ese año. —Van a estar en ese seminario donde expondrás tu trabajo y los resultados que obtuviste —dijo el día de su gentil ofrecimiento académico.

Y sin duda, sus palabras le daban un nuevo signo a mi carrera universitaria. Esa sorpresa me invitaba también a buscar lecturas de otros signos donde encontrara otras explicaciones a esos tiempos nublados que ya teníamos en las universidades. Lo digo porque venía de leer algo del concilio Vaticano II: «Las alegrías y es-

peranzas, tristezas y angustias de los hombres de este tiempo y, sobre todo, de los que sufren, deben encontrar eco en nuestro corazón». El profesor Casas era católico.

A mi regreso de estudios y consignando mis documentos de Maestría una nueva sorpresa encontraba dentro de la ULA y su Núcleo: «Para aceptar su ascenso usted debe someter la tesis, a un jurado que el “Consejo de Núcleo” le nombrará y el “Consejo Universitario de Mérida” lo acepta o rechaza».

A ese respecto aún no he sabido si esa norma era legal, pero sí sospechoso. Sobre todo, que la LUZ, universidad otorgante y examinadora perteneciente al CNU, emitió la resolución de mi título de Magister. Sin embargo, la ULA debía examinarme de nuevo para confirmar si negaba o aprobaba tal título. ¿Si ambas instituciones estaban en el CNU era ilógico que una examinara y la otra se reservara hacerlo? Incluso para la distribución del presupuesto y salarios ese CNU practicaba la homologación defendida por los gremios universitarios. Someterme de nuevo a otro examen en el Núcleo de ULA Trujillo arrastraba otra irregularidad: Quienes me examinarían carecían del título a examinar, pues el único titulado en Pedagogía era yo. Además, los lobos habían cambiado su pelo, pero no descansaban en su ataque a mis prácticas. Allí tenía otro “currículum oculto” de esa autonomía universitaria cargada de ambigüedades que generalmente controlaban grupos de presión en lo que vengo calificando de lobos.

Y así fue como me sometieron a un jurado cuyo presidente era un español, curiosamente había venido de LUZ. Hombre de rostro amable y trabajador, pero en ese barril que era el Núcleo lo ubicaba el chisme cotidiano en la imagen de huida del Zulia por asunto de una fémina.

Como yo, en ese Núcleo se las ingenió y los lobos no lo atacaron, aunque la manada estaba en el Departamento de Ciencias Sociales, lugar donde él se incorporaba. De sus credenciales obtenidas en Europa se dijo que era “un gurú del pensamiento” y tuvo la oportunidad de ser tutorado por el teólogo Enmanuel Levinás. En cuanto a nuestra comunicación, fue siempre de respeto y por él conocí un trabajo sobre Teodoro Adorno y Max Horkheimer sobre La teoría crítica. Lo seleccionaron jurado para reexaminarme, hice el examen y lo pasé con el signo académico raro de ser un Magister doblemente examinado, para darle fiel cumplimiento ético al Decreto de Mendoza, que según rezaba debería “renovar la Academia en la ULA”.

En ese Núcleo desde que llegué de Mérida siempre vi que desde el estudiantado se disparaban motivos diversos de protestas: —Profesores cuestionados, servicios de transporte ineficaz, comedor en crisis, ausencia de profesores investigadores, práctica de campo sin autos para llevar alumnos, servicio de agua interrumpido, entre otros.

Para esa época fui de los que siempre estaba del lado estudiantil, pues así como la materia prima de la anterior profesión de técnico mecánico fueron las llaves, tornillos y metales para darles forma y mantenimiento, en esta de educador los alumnos se convertirían en sustitutos de esa materia. Pero igual debía trabajarlos para cambiarles su conducta con los verbos claves de la educación: Enseñar, criar, aprender y formar. Había extraído de los contenidos de mis cursos una conclusión: «Sin los estudiantes el profesor no existe, tampoco sin esos verbos moviéndose juntos, hay educación».

De allí que me batía frente a visiones contrarias de las autoridades, más que todo debido a mis prácticas de abrir “cátedras libres exaltando a maestros del saber”, círculos de lecturas, elaborar panfletos, acompañarlos en manifestaciones, tomas, y otros”. La visión de autonomía y el por qué existía como cualidad en la universidad la mayoría de los estudiantes la ignoraba. Solamente se preocupaban por asociar la autonomía con la llegada de la policía tumbando cercas y lanzando bombas lacrimógenas en sus espacios. Pero, por ejemplo: ¿Por qué un profesor no preparaba su materia?, no se relacionaba con ese bello término que nació en las universidades de la edad media en Europa y luego en la América nuestra con la Reforma de Córdova, Argentina.

Los lobos, casi todos perezosos en el estudio o la investigación en muchos de sus líderes no habían ascendido, pero siempre estaban en el Consejo del Núcleo y se dedicaron a esa conseja huera de “dar clases”. Todos combatían silenciosamente mis posiciones críticas. Mi respuesta fue invitar a intelectuales de ciertos saberes, participar en foros del gremio y hacer investigación militante mediante visitas a siete presos de la cárcel de Trujillo, estaban acusados de robo.

Ellos se asumían presos políticos abandonados por una dirigencia de la izquierda que negoció con el gobierno, de la llamada “Pacificación” su entrada a la vida política. Los asaltos, según esos presos fueron para ayudar a esos partidos y a familiares detenidos. Recuerdo a Soto y Lopez, entre otros. Sus continuas protestas y una huelga de hambre que ayudé a mantener terminaron en un logro: que llevaran el bachillerato a ese centro de detención. El gobierno regional cedió y les permitió continuar sus estudios. Incluso lograron que los módulos con los cuales enseñaba Universidad Nacional Abierta, para

quienes ya eran bachilleres, llegara a ese lugar carcelario. Viví esa experiencia con el signo de militancia por el saber.

Gobernaba en Trujillo el profesor Eleazar González, de AD, y a quien los presos le dedicaron la primera promoción de bachilleres. Tuve contacto con él y lo recuerdo como un hombre sencillo y sensible en el poder. La zona educativa intentó parar ese proyecto aduciendo que carecían de un profesor para inglés y Yajaira, colaborando conmigo, se ofreció para vencer ese obstáculo dando esa materia y sin ningún pago. Con el tiempo, supimos que su sueldo lo recibió una persona de ese partido político sin haber visitado nunca a los estudiantes de ese bachillerato.

Fueron momentos de revueltas en ese Trujillo, como diría el poeta Octavio Paz y en una Venezuela donde la gobernabilidad era difícil y la palabra corrupción como un monstruo de mil cabezas era alimentado desde el gobierno adeco copeyano y del MAS. En ese contexto y por noticias de otros lugares del planeta nos llegaban dos palabras que de alguna manera eran el resultado de la crisis social cotidiana: “Desobediencia Estudiantil” y en ellas mi <amor fati> se identificaría porque si algo lo definía, en ese entonces, era su amor por una Venezuela distinta frente a esa enfermedad del poder marcada con el robo de los dineros públicos.

Ya estábamos en el año 1989 y me identifiqué con ellas. La espontaneidad del llamado “Caracazo” influyó bastante en mi amistad con un hermano de mi maestro Rigoberto, Carlos Lanz, lo había visitado en el Cuartel San Carlos donde estuvo detenido por el secuestro del norteamericano William Niehous. Luego él vendría a mi casa junto con un joven de nombre Roland, egresado

de la Escuela de Filosofía de la UCV y quien venía publicando documentos de lo que insipientemente era una posición política desde esas dos palabras. Su estilo de redacción de lo que en ese tiempo era el síntoma social de la indignación me agradó en su manera de jugar con las palabras y las respuestas a lograr en la gente de la revuelta en curso.

Ante mi insistencia de comprender a los estudiantes en su espontaneidad política, muchas veces ausente de formación teórica, no faltaban las voces cómodas de ciertos profesores: —Tú eres un iluso —decían— pensando que a los estudiantes de hoy les gusta formarse en política. Incluso mi esposa coincidía con esa conseja, ante lo que les acoté: —Y si uno, que ha tenido la oportunidad de instruirse no enseña a la gente a batirse por una mejor Venezuela, ¿quién lo hará? Luego me justificaba con otra de las consignas del “mayo francés”: «Quien una vez abrió los ojos no puede volver a dormir tranquilo». De esa forma fijaba mi parecer.

A lo largo de esos años en que mi <amor fati> me condujo a ser investigador universitario, siempre en medio de las crisis que se daba con diversos signos y autores, pensaba en tener las palabras adecuadas para levantarme y reconducir mi ruta sin salirme de ese proyecto personal donde ya sentía la felicidad de haber pasado de ser un autodidacta a un individuo con competencia discursiva, sobre todo en el mundo de la ética. Las lecturas a textos de J. Habermas me habían enseñado a pensar en las claves de una modernidad dando paso a algo diferente llamada “la postmodernidad”. Recordaba también el juramento que le había hecho a mi <amor fati> y lo venía cumpliendo: Ser un profesor incapaz de expulsar a alguien.

Pero tal vez todo eso que intuyo sean espejismos con lo que todo soñador se consuela ante tanta realidad brutal como la que mostraban los vientos de esa época donde el discurso militarista ya no era criticado, sino percibido como el nuevo salvador de una palabra rara: Patria. Un término que por donde se le mire está cargado de dualidades y perplejidades. Palabra que a muchos ha enviado a la guerra y a otros desde el autoritarismo les ha servido para expatriar disidentes bajo la acusación de haber traicionado tal vocablo. Del autor Cioran había leído algo que ponía en juego ese término: «La inconsciencia es una patria, la conciencia, un exilio», en un libro suyo que publicó en 1973 con el sugerente título de palabras que me tocaban: *Del inconveniente de haber nacido*, por Rigoberto lo conocí.

Y con esos pensamientos vivía mi cotidianidad y preparaba mi conferencia inicial en el postgrado de LUZ ante la gentil invitación del Profesor Casas. Al día fijado por él llegué temprano a eso de las 8 y 30 am. Bien emocionado, por lo demás, entré a su oficina con mi saludo cariñoso de siempre. Pero en su semblante estaba otra persona cuya mirada me era desconocida y hasta sorprendente en sus palabras: —José, no es nada agradable lo que vengo de saber de ti —me espetó. Así, José, me llamaban en el Postgrado y no Camilo. —Bastante contento de los resultados de tu experiencia con nosotros en la Maestría te ofrecí la confianza de incorporarte en la docencia. — Sin embargo —recalcó—, no sabía que eras una persona vinculada con grupos políticos violentos y peligrosos.

De nuevo la sorpresa me arrojaba y le indagué: —¿Qué me quiere decir con eso, Profesor Casas?—. Miró a todos lados, levantó sus brazos y se manifestó: —Sencillamente a que tú eres quien dirige a los estudiantes desobedientes quema carros en la ULA, igual a los que

en LUZ tenemos todas las semanas embochinando la ciudad. —¡Ah! —dije—, era eso. Y durante unos segundos reinó entre nosotros el natural silencio de no saber qué viene luego. —Fueron tus mismos compañeros de trabajo en tu Núcleo, recién inscritos por cierto en el curso que darías, quienes me alertaron y yo se los agradezco —precisó para salir de tal silencio.

Yo, ante esa acusación de unos universitarios devenidos vulgares delatores en ese instante, sorpresivo por lo demás, carecí de respuestas. No porque no las tuviera, sino porque no era un Bioanalista analizador de excrementos. Además, no tenía por qué darlas pues eran reales, salvo lo de ser un “quema carros”.

Ante esas prácticas delatoras y que no me eran extrañas de esos lobos, siempre adopté no dar respuestas y seguir de largo en mi costumbre de recordar al Zaratus-tra: —Aléjate de “Las moscas del mercado y pasa de largo”. Fue bien simple todo, pues ese día reinó la “mala fe” de algunos Sapiens que volvían a cruzarse en el camino de mi <amor fati>.

Incluso sentí pena ajena ante esa delación porque uno de los señalados por Casas, que de paso también los delató en forma precisa ante mí, era un profesor que sin haber terminado sus estudios para sacerdote había entrado al Núcleo de la ULA para dar Filosofía. Otro era de mi Departamento, curiosamente del Táchira que por delatores conocí en ese mi pasado, el tercero venía de Colombia y se promovió amigo de la gramática. Los tres con retardo en sus ascensos y huyendo de ese decreto por el cual yo terminé mi postgrado, se autodefinían: “Dadores de clases, no investigadores”.

Ese día, para bien o para mal, el azar me mostraba las consecuencias de una envidia solapada en personas cerca de mí y presupuestas bien cristianas. En esa vergonzante práctica del delator aprendería que es necesario cultivarles el silencio y la indiferencia, como simples policías disfrazados de profesores.

Me despedí del profesor Casas con el debido respeto que me merecía. Ya de regreso a Trujillo, en carretera recurrí a Sartre como apoyo ante la tristeza que confieso tuve en esa época: «"La mala fe" es una figura humana que algunos usan para sepultar la palabra libertad». A LUZ solo volví cuando hubo los juegos universitarios como integrante del equipo del maratón de APULA, donde dejé mi disciplina ganado la medalla de oro.

## Capítulo LXVI

*Montreal*

*Antes de hablar, deja que tus palabras pasen por tres puertas: ¿Es verdad? ¿Es necesario? ¿Es amable?*

— *Buda*

Nuevas dudas me obligaban a reflexionar en mi retorno al Núcleo y ese hecho pasaba al pasado. La noche anterior Yajaira me había guardado una copiosa cena y como era mi costumbre, yo aporté hermosos aguacates que compré en el camino y a quien le contaría lo ocurrido. Por supuesto, con el respectivo malestar que esa delación arterial me causó. No obstante, con su sabiduría y bondad ella opacó esa desagradable circunstancia con una noticia a nunca olvidar: —Estoy embarazada —me dijo— y mi <amor fati> retozaría de contento ante esa noticia.

A viva voz agregué: —Acabas de transformar mi vida— y nos abrazamos. A los minutos me fui hasta un rincón de nuestro jardín donde estuve con un pensamiento de Oscar Wilde para mi <amor fati>: «La vida nos es más que un “mal cuarto de hora” compuesto de momentos exquisitos». Ese lo era y el mal con el que me atacaron esos pequeños seres daba paso a esa bella noticia del embarazo de Yajaira y que también era el mío. Solo que vino planificado entre nosotros.

Y sí, no lo niego, es difícil ser indiferente ante “la canalla” del delator o sapo como es mejor decirles en Venezuela. Siendo lector de la Biblia también encontraba complicado practicar el perdón para quienes sin ninguna necesidad te agreden, pero es una posibilidad para estar libre de pesos innecesarios con las palabras rencor y odio. Sin duda, ellos sentían eso por mí y a lo mejor ignoraban que es una carga venenosa para su espíritu donde a la larga les afectará su salud.

A esas personas con frecuencia los encontraba en mi trabajo por lo reducido del espacio universitario donde laborábamos, pero mis ojos no los veían por asumirlos como fantasmas. De esos profesores nunca me ocupé, mi promesa espiritual de nunca echarle tierra en los ojos a quien subiera una montaña o maniobrar para que no le aprobaran un trabajo de investigación o negarles una ayuda lo venía cumpliendo favoreciendo mi ética personal. Me decía: —Cuando me retire de la ULA nadie me señalará con su dedo como alguien que se prestó para dañar a alguien. De allí que si me designaban jurado de alguien que yo sabía de sus delaciones, inventaba cualquier cosa y me negaba a examinarlo con una comunicación al Consejo del Núcleo. Seguramente que en tanto humano cometí errores, pero nunca ocupé mi tiempo en hacerle daño a nadie, por mucho que ese alguien se hubiera ocupado de mi vida para destruirme. Algunos de mí ya sabían que fui un peleador callejero y cuando los increpaba terminaron acusando a otros de su delación.

Ahora yo estaba en otro nivel y leyendo a Schopenhauer en su *El arte de insultar*, y al encontrarme de frente con esas criaturas del mal solo los miraba fijamente, no los saludaba y a veces les daba mi espalda. Solo a quien me preguntaba sobre esa actitud mía les decía:  
□ Ellos lo entienden y eso me bastaba, pues para mí son

difuntos realengos y he aprendido a no verlos. Quien me escuchaba reía, pensando a lo mejor que era una de mis locuras.

Mi nuevo mundo vino, como dije antes, con el embarazo de Yajaira. Desde otro sentido imaginé de nuevo volver a jugar con los pies de un recién nacido haciéndole cosquillas y mirar su inocente risa. Pasados nueve meses y a mediados del mes de marzo de 1986 participé en una carrera de diez kilómetros en Trujillo mientras Yajaira traía al mundo una niña con la cualidad de que el médico no tuvo necesidad de darle la frecuente palmada utilizada para que el niño manifieste su vida mediante el llanto. Curiosamente, tampoco llegaba ella llorando y eso me recordaba al abuelo Juan, quien de mí dijo algo parecido.

Entre nosotros hubo el acuerdo del nombre a ponerle al recién nacido de la manera siguiente: —Si era varón Yajaira lo escogía, si hembra yo. Habíamos asomado algunos para una hembra: —Alfonsina, por esa bella canción de Mercedes Sosa en 1969. Pero lo percibimos muy triste para quien viene a un mundo que de por sí está lleno de conflictos existenciales. Penélope, con Juan Manuel Serrat en 1972 era otro. Sin embargo, imaginamos el “chalequeo” en las escuelas con los apodos vinculados con la palabra “pene”: Seguro la apodarían “penita” decíamos. Fue obvio mi recuerdo escolar en eso de buscar apodos. La solución vino cuando escuché a Yajaira decirle a quienes preguntaban sobre el momento del alumbramiento que su niña movía rápido sus piernitas, tanto en el embarazo como cuando salió a la luz.

Cuando llegó el momento de presentarla para el registro de su nombre me fui a la Prefectura con los datos del registro hospitalario e informé que la llamaría Doranda. De esa manera con esa niña fijamos el recuerdo

de la historia de vida de un corredor italiano del maratón olímpico que me inspiraba mucho por su valentía y esfuerzo en la competencia deportiva, su nombre: Dorando Pietri.

Había corrido en 1908 los 42.195 metros del maratón en Londres y aunque no lo ganó porque se lesionó llegando, por ello fue descalificado, pero demostró su gran esfuerzo. A él se le recuerda en esa palabra. —Pongámosle Doranda, es el femenino de ese gran Dorando —dije— antes de irme a registrarla. Alegrementemente, Yajaira coincidió conmigo y en esa niña sería su solo nombre.

Pasaron unos meses de ese inolvidable día cuando la alegría de mi <amor fati> sería mayor porque me inscribí en la carrera de 21 kilómetros para atravesar el “puente “sobre el lago de Maracaibo”. Los atletas saldríamos de Santa Rita a las cinco y cuarenta y cinco de una mañana ya calurosa, pero para mi <amor fati> representaba el inmenso placer de sentir los vientos sobre ese hermoso puente que al maracucho le saca sus recuerdos nostálgicos expresados en sus gaitas.

En esa travesía llegaríamos a la ciudad de Maracaibo pasando algunas de sus extensas avenidas abrazados por un calor que aunque fuerte, por la mañana de ese día fue soportable. En la llegada estaría Yajaira con Doranda en sus brazos recibéndome, también estaba un querido amigo profesor del Núcleo de Trujillo: Juan de Santiago. “Santiaguito” para sus amigos. Así regresaba a la tierra donde el calor de su gente nadie lo olvida.

Llegaba el año 1991 y mi otro sueño imaginado en los distintos viajes que hice para mi primer año en el Núcleo de la ULA en San Cristóbal, se hacía real cuando el “Consejo De publicaciones” de la ULA publicaría mi

primer libro de investigación, referido a una problemática social y filosófica que venía de Europa y USA, y que por estar vinculado a mi maestro Rigoberto Lanz venía trabajando: Postmodernidad y Teoría Crítica.

Fue presentado en el Núcleo con la ayuda del secretario de la universidad, Felipe Pachano y autoridades del Núcleo de esa época. Sentí con esa noticia que mi <amor fati> marcaba la ruta con un signo encontrado en las frases de Oscar Wilde: «Una idea que no es peligrosa, no merece ser llamada idea». La palabra peligro me seducía desde niño y empecé a construir mi archivo de autores modernos y postmodernos en un sentido crítico. Rigoberto, pensador inquieto y amigo de lecturas actualizadas contribuyó bastante al prestarme libros y junto a él publicaría otros textos. Ya leía bien en francés e inglés, eso ayudaba a la comprensión de esos textos.

Con mis publicaciones y vínculos con otras universidades pude identificar que en cada una de ellas existían “Parcelas” de poder donde había de todo, como en los refugios de damnificados intentando sobrevivir. Era una pluralidad de sentidos que no todos distinguían: “Dadores de clase”, “sancocheros y de cumpleaños” que ganaban adeptos sorprendiendo a alguien recordándole su fecha de nacimiento si estaba en el exterior. El destinatario de esa manera era captado para el voto universitario en la elección de autoridades.

Pero el cumpleaños ignoraba que la lista venía de ser copiada de las nóminas electorales y no porque a esa persona se le recordaba. El truco era disponerlo para el voto para quien le enviaba la correspondencia de esas efemérides. Existía también la universidad de los jubilados, poder real porque escogen Rectores y equipos de gobierno, la de negocios y partidos políticos. La de inves-

tigadores que generalmente se ubican entre medicina, ciencias y economía. Bien por los proyectos aprobados a sus investigadores, bien por lo numeroso de las facultades respectivas.

En las últimas me identificaba y con frecuencia participaba en sus exposiciones y defensas de una autonomía que le desagradaba a los nuevos gobernantes amantes de la bota militar. Sin embargo, también estaba una universidad identificada por “Directores de revistas” que asumían como herencia ese poder de escoger a quién se publica y cuántas veces. Se consideraban intocables, “señores feudales”, muchos ni escribían ni estudiaban, pero en una universidad donde se otorga el mérito por publicaciones ese signo devino poder.

Guía para la simple representación de esos síntomas la construiría desde relatos e historias de universidades europeas. También se daban allí y no fueron extraños a los pensadores de la modernidad y la postmodernidad: Foucault, Derridá, Cioran o Camus. En sus trabajos hay referencias con esos signos críticos y de sus exclusiones absurdas.

De la misma manera en que con lo anterior fijaba distinciones importantes, aprendí de esos refugios por vía de preguntas incómodas: ¿Qué quiere decir ser tutor o creador de “Grupos de Investigación” en una universidad autónoma? La parada obligatoria está en un espacio con la palabra platónica: La academia. Una suerte de parachoques de presupuestos manejados muchas veces como cualquier director de finanzas de un partido político: «A discreción porque viene la campaña electoral en la universidad y a lo mejor me lanzo para formar gobierno».

Y por supuesto, la palabra ética no siempre estaba sembrada en los estudios de esa ULA. Lo demuestra su ausencia como palabra en los planes de estudio del pregrado y postgrados. Anécdotas hay, aquí muestro dos: Una, cuando en la visita de un candidato a Rector buscando votos en el Núcleo de Trujillo supo de mis círculos de estudio con invitados académicos de otras universidades, caso de Rigoberto, Ron Pedrique y otros. Un día de su campaña y estando en una actividad de una “cátedra libre” que con el nombre del recordado comunista Arturo Cardozo había creado en el Núcleo, me pidió intervenir para exponer su programa. No me negué, pero ese individuo era quien en el CDCHTA bloqueaba la solicitud de viáticos para mis invitados porque las temáticas eran de exquisitos intelectuales “habladores de paja”. Lo dijo quien en esa época era el representante del Núcleo.

Otro caso fue más insólito, por usar una palabra respetuosa con ese personaje: —Andaba en son de “pescar votos” como se dice en la Biblia de “pescar Hombres”, él se enteró que había una “Defensa de Trabajo de Grado” con un título llamativo donde se contó con presencia de profesores y estudiantes: —Ética del Contador Público y Normas del Colegio de Contadores”. Jurado a mi lado estaba el amigo Raúl Vega, quien sí conocía al pescador.

Se asomó a la puerta como lo hacen quienes no han sido invitados a una fiesta, saludó y se instaló sin medir su abuso, pues interrumpía dicha defensa. Entró e inmediatamente empezó a distribuir su “Proyecto para una Universidad Diferente” al darle la orden a alguien que lo acompañaba que se los diera a quienes estaban allí. Luego empezó a sacar por su boca palabra tras palabra su galimatías discursiva, como quien en la pesca suelta el hilo y el anzuelo en un río revuelto. Era su estilo para

convencer a la audiencia de sus excelentes cualidades para ser Rector de nuestra universidad.

En el intento de continuar con la defensa, junto con los otros miembros del jurado, le hicimos la sugerencia de incorporar en los planes de estudio el perfil ético de cada profesión en su oferta de programa y que al leerlo de pasada, observé que no lo contemplaba. Ante lo dicho ese candidato intentó sortear el momento que lo incomodó con un “Lo vamos a pensar”.

Ese sujeto, advenedizo como se mostraba, estaba ido y ausente frente a ese vocablo venido del mundo de la Grecia antigua. Su opinión la recuerdo por su semejanza con el “bárbaro” que los griegos antiguos tenían para esos casos de ignorancia: «La ética no le interesa a nadie, para eso están los filósofos», y al decirlo soltó una carcajada donde solamente él reía.

En el momento de su despedida en tan desagradable intromisión, Raúl quien con él tenía amistad, pues yo solo lo miraba sin abrir mi boca y sentí pena ajena por ese aspirante a dirigir mi universidad, le dijo: —Te vamos a enviar la “Tesis” que estamos evaluando para que se la hagas llegar a la “Comisión Curricular” adscrita a tu oficina.

Con cierto desdén respondió el aludido sujeto: —Mándamela—. Pasados unos veinte días ese profesor tuvo la respuesta y me la enseñó: «Recibida su comunicación y enviada a la “Comisión que se ocupa de eso». No me quedaba otra que decirle a este profesor, compañero del jurado: —Desengáñate, la ética, en tanto valor de preocupación académica, no tiene espacio en la ULA de estos tiempos de derrumbe de valores.

Tiempo después de esa escena, un antiguo profesor de mi pregrado, de apellido Ribas, quien había creado su revista EDUCERE, me solicitó que lo apoyara escribiendo artículos de actualidad educativa. Y siendo fiel a ese síntoma de mi <amor fati> de estar donde me invitan, acepté y le envié uno que trataba de la modernidad y la caída de sus fundamentos educativos.

Sumado a ese tipo de refugio estuvo el proyecto de Rigoberto que venía de estar en Francia y junto con Edgar Morin creaba un Observatorio de Universidades y un proyecto de estudios doctorales donde la escolaridad era mínima. Lo novedoso era que los cursos se ofrecían por la relación profesor libro publicado. Vale decir que quien no tenía un libro de Ciencias Sociales, perfil del Doctorado, allí no era profesor. El doctorado nació con un Convenio entre las universidades UCV y UC en la ciudad de Valencia. La idea fundadora: —Un libro, un Seminario, a ofrecer por parte del autor.

Allí me inscribí mediante un permiso del Consejo Universitario y viajaría el viernes desde Trujillo para clases hasta el sábado al medio día en que regresaba a mi casa. El viaje me gustaba porque en mi retorno siempre encontraba lugares agradables con ventas de animales y plantas para luego invitar a Yajaira y disfrutar juntos lo visto.

Al lado de ese proyecto se consolidaron encuentros del otro proyecto de la Investigación Militante con la revista *Expresamente*. Fueron encuentros donde la fiesta de palabras y de autores me construía otros sueños, viajar por ejemplo fuera de Venezuela para seguir conociendo autores en otros idiomas.

En sus inicios conocería la competencia discursiva de los profesores Víctor Córdoba, en *Historias de vida*, Miguel Ron Pedrique quien describía a Kant y la modernidad, Alfredo Coronil Hartman, de leyes y democracia, Carlota Pérez, de productividad y empresas, Daniel Mato, desglosando el libro de Descartes: *Discurso del Método*, y con Rigoberto sobre Foucault y Habermas en “El clima Postmoderno”. En ese espacio nacería la revista RELEA, que en un principio la dirigió Agustín Martínez, quien había obtenido su doctorado en Brasil con una temática literaria.

Fueron unos seminarios inolvidables dentro de un ambiente intelectual que pocas veces volvería a ver en Venezuela y sentir ese sabroso gusto por atrapar ideas de autores que nos invitan a soñar o para decirlo con el autor que pensé para mi tesis doctoral: Gastón Bachelard y su libro clave en algunas de mis cavilaciones: *La intuición del instante*.

Con Rigoberto mis momentos eran estimuladores del estudio y agradables desde que lo conocí una mañana en que con Jorge Téllez, mi amigo de la infancia, dijo que debíamos ir por “la Florida”, en Caracas, a entregar una carta que alguien enviaba desde Barquisimeto, fue en ese 1969 difícil de olvidar.

Cuando tocamos la puerta de la casa y entregar la carta, donde no sabíamos quién era el destinatario, salió un joven quien de inmediato miró el sobre del lado del remitente y nos invitó a entrar. Era una persona un poco menor que nosotros, dijo llamarse Rigoberto Lanz y en sus manos tenía un libro volteado mostrando su contraporta con su fotografía. El libro trataba sobre *Dialéctica del conocimiento*.

Para nosotros, estábamos frente a un joven escritor y militante de la izquierda. Esa mañana estuvimos allí unos 20 minutos donde conversamos de asuntos cotidianos y nos dijo que era profesor en la Escuela de Sociología de la UCV, de donde era egresado. Con el tiempo y mi <amor fati> que me da alegrías y tristezas, Rigoberto y yo nos encontraríamos de nuevo al momento en que yo estaba terminando mi carrera en la Facultad de Humanidades y frecuentaba a sus exalumnos en el grupo “Convergencia Crítica”. Del MIR.

Lo que me sorprendió de él en ese reencuentro es que recordaba esa mañana la entrega de la carta, no tanto por mí, sino por Jorge: —¿Y cómo está tu hermano, el del pelo blanco y mentiroso? —dijo—, y ambos reímos. Ese día, de tantos años atrás, estuvo Jorge confrontando con él y era amigo de exagerar los temas. Lo de mentiroso fue porque Jorge le había dado una fecha de la primera gran guerra y la defendía a toda costa. Pero Rigoberto, quien era un lector voraz y preciso en sus opiniones lo ubicó en el camino de la verdad histórica y tiraba por tierra esa mentira de Jorge.

Para Rigoberto, valorar la amistad y ser tolerante eran dos palabras en su estilo de vida, su gusto por la elegancia y el buen vestir, el buen vino y su manera de seducir a las féminas desde que las miraba. Había viajado por naciones del primer mundo y en sus maletas siempre estaba el libro del momento en teoría política y de la sociedad. De hecho, fuimos los primeros en haber iniciado los estudios de postmodernidad en Venezuela.

Ese día en que nos volvimos a ver, él era un disidente del MIR, con fuerte distancia teórica de Américo Martín y Moisés Moleiro, en un momento donde todos los de esa izquierda hablaban del Marxismo, pero sin ha-

ber emborronado cuartillas tratando de transformar las teorías de ese autor alemán. Difícilmente se encuentra una hemeroteca de un autor como él refiriéndose a la teoría marxista. Sus debates con Emeterio Gómez sobre la teoría del valor lo dice y hay libros de ello. Emeterio se refugió para sus trabajos en el prestigioso IESA.

Esa disidencia estaba, fundamentalmente ubicada en el ámbito universitario y, más que todo, con caras visibles de sus exalumnos o quienes como yo sentíamos un gran aprecio por sus formas de darnos espacios de expresión. Al menos para mí siempre fue un guía intelectual expresado en mi primer libro, la invitación a escribir en el diario *El Nacional* una columna llamada “A tres manos” y el libro publicado junto a otros por “Monte Ávila” Editores sobre la obra revisitada de Michel Maffesoli, un intelectual francés de la postmodernidad en el campo de la sociología. Entre otras publicaciones. De allí que nunca dejaré de recordar esos bellos momentos con infinito agrado y agradecimiento a ese maestro.

Había comprendido que frente a esa época y con ese ambiente requería subir mi nivel de estudios y afortunadamente la ULA ofrecía la posibilidad de pagar la matrícula dentro o fuera del país. De entrada pensé en ir al Brasil, a Rigoberto consulté y él había estado en Canadá. En consecuencia acordé con mi familia irme a estudiar mediante la firma de un contrato para salir al exterior a ese país y mi salario convertirlo en aproximadamente unos mil dólares.

Escogí la Universidad de Montreal para hacer un doctorado. La intuición que me animaba era que mis hijos José Leonardo y Doranda aprovecharan esa experiencia por la edad que tenían y donde son como esponjas absorbiendo todo. La mía, en el conocimiento y Yajaira

mejoraría sus dos idiomas para luego regresar a Venezuela y compartir en la ULA lo aprendido. De ese país sabíamos poco aunque me había acercado a la “Sociedad Amigos del Quebec”, en Caracas. Supimos que en esa región, única de habla francés en Norteamérica vivían tiempos de cierta disidencia en esa región por el conflicto histórico con los ingleses.

Y obedeciendo a los síntomas de mi <amor fati> dejaba que esa característica de mi animosidad decidiera si me iría bien, como esperaba o me tendría que regresar por cualquier circunstancia que me abordara. Por lo menos, era un viaje de estudios y en esa época el exilio de venezolanos era bien raro: no nos conocían como diáspora.

Para ese viaje y por prevención porque serían cinco años dentro de un contrato con la institución que estipulaba la obligación de “trabajarle a la ULA el doble del tiempo del doctorado en un máximo de sesenta meses”, por ello vendí todo menos la casa de familia y poder llevar, como precaución, algunos ahorros. Tenía el cupo en la Universidad de Montreal y el precio de una modesta residencia donde estaríamos mediante el pago de su alquiler por 500 dólares canadienses que era un poco menos del americano. Como se observa, para mantenernos como familia solamente dispondríamos de la mitad de nuestro salario, pues como dije antes: la ULA pagaba la matrícula. De lo contrario nunca hubiese podido estudiar allí.

En estos momentos de mi historia y desde otra mirada como aprendí de Gastón Bachelard en el sentido de esa palabra, analizo esa decisión que tomé y admito que el verbo improvisar, muy venezolano por lo demás, fue mi guía y desafío. Sobre todo porque en Montreal se

hablaban dos idiomas: inglés y francés que aún no dominaba, junto a la enorme cantidad de dialectos y otros idiomas que por ser un espacio multiétnico circulaban en la comunicación diaria. Tampoco conté con asesoramiento de una oficina que en la universidad estaba para eso: “Relaciones internacionales”. Reconozco que el ambiente era salir y punto, sobre todo porque muchos profesores no se animaban para formarse. La información la tuve en el CDCHT como representante que fui y la distribuí en el Núcleo.

Y pudiera decirlo desde muchos autores, que es mi forma de fijar criterios, aunque recurriré a Oscar Wilde: «¿Qué problema que nosotros no aprendemos las lecciones de la vida, sino cuando ellas han cesado de ser útiles?». En efecto, una madrugada de un sábado de agosto y con un abundante sol aterrizamos en el aeropuerto de Laval. Después vino el sonido de las palabras diversas y plurales que indicaban el lugar donde estábamos: Una ciudad multicultural y multiétnica.

Nada más entramos a inmigración cuando escuchamos la primera advertencia dirigida a mi esposa, luego de revisar nuestros pasaportes: —Usted aquí solo acompaña a su esposo, pero no puede trabajar—. Con tamaño “escopetazo imperativo” en los verbos pronunciados en inglés y francés, sentimos que como venezolanos somos otra cosa: A los extranjeros nosotros les abrimos nuestros brazos y hasta les entregamos el cuarto de dormir para que se sientan como en su casa. Lo digo porque antes en Venezuela supe que quienes habían salido a estudiar en USA, les permitían trabajar dentro de la universidad y a esos dólares les sumaban algo para su estadía. En Canadá eso era imposible y mis mil dólares debía estirarlos, hablando desde una metáfora.

Así, llegamos a la residencia alquilada en el Boulevard “Henry Bourassa” y al registrarnos nos llevaron a un pequeño apartamento con las mínimas condiciones de espacio y vino luego la segunda advertencia. Esta vez no era inmigración, sino de la propietaria, de las tantas que conocería de esa sociedad: —En cada institución donde usted indique esta dirección —dijo la gerente—, es importante el código del edificio para que el servicio de correo no tenga inconvenientes en hacerle llegar sus correspondencias. Le advierto que si usted decide irse a otro lugar debe cambiar en esas instituciones al nuevo código, y en cuanto a nosotros, como empresa, informarnos tres meses antes o de lo contrario hay una multa. Luego nos instalamos y salimos por los alrededores para saber cómo era la urbanización y que ellos llamaban “el Cartier”.

El lunes siguiente de nuestra llegada aproveché los cursos de verano de la Universidad para inscribirme en el de Francés, ya los niños estaban ubicados en sus respectivas escuelas, amplias y bien dotadas. Estaban administradas mayormente por tendencias cristianas y protestantes. Los inscribimos en las cristianas. Mi estatus migratorio no era frecuente: “Estudiante Extranjero”, y mi esposa iba como acompañante, lo que le impedía estudiar y trabajar, como antes dije.

A medida que asistía a los cursos fui aprendiendo del estatus de mis compañeros: Distintos idiomas y dialectos, rostros huidizos y manera de comunicarse. De ellos supe que eran perseguidos políticos, exiliados, desterrados, torturados o recibido para protección humanitaria: un refugiado. A todos el Estado les ayudaba económicamente. Mi estatus, para decirlo pomposamente, no entraba en eso.

Del ambiente universitario veía con asombro sus amplios parques, bien cuidados, y con instalaciones destacando sus grandes bibliotecas. Y lo más curioso: Estaciones del tren que llegaban a sus puertas, en su interior: —cafetines, residencias estudiantiles y de profesores invitados. Indudablemente que frente a eso me sentía estafado por esas leyendas urbanas de que nosotros éramos “los más ricos de la tierra, los más grandes porque representábamos a un titán: Bolívar.

Supe que ese profesor de mi amigo Rigoberto, Michel Foucault, quien en los veranos se quedaba en un lugar donde era frecuente verlo rodeado de sus amigos y discípulos: —Côte de neige—, era el nombre del lugar. Vi carteleras invitando a conferencias de Habermas, Lyotard, Hans Jonás, entre otros autores que si bien yo llamaba mis maestros, cuando los nombraba en mis artículos, solo los conocía por sus libros y tal o cual conferencia donde asistí.

Y sí, en una de esas rutas por donde pasaba para ir a mi curso de francés, vi al filósofo Lyotard y entré a su conferencia. Supe allí que su famoso libro: *La condición postmoderna*, era producto del “informe del conocimiento” que como proyecto hizo para el Gobierno canadiense. Curiosamente ese texto no fue del agrado de alguien con poder y su publicación inicial solo se dio en Europa.

Venía a mi mundo una sorpresa agradable para mi nueva formación académica de un doctorado que pronto conocería en sus aulas. Y poniendo mi mano derecha sobre mi corazón le dije a mi espíritu: —¡Qué te parece! Recuerda cuándo lo soñamos en los momentos donde decidí ser profesor distinto a un improvisado autodidacta. Era cierto, pues si hubiera aceptado las consejas pesimistas por ser un abandonado nunca sentiría la emoción de cómo

el azar me sacó de aquella “Mesa Arriba” de Carache y ese mismo fenómeno trajo mis huesos hasta estas aulas del conocimiento en una universidad del primer mundo.

Sin duda que mi <amor fati> estaba bien alegre en esos momentos donde el frío empezaba a dominar el ambiente de Montreal. Era una mudanza agradable y cargada de sorpresas, pero ya no era un sueño sino mi nuevo logro marcando mi ruta existencial.

En esas estaciones del frío, Montreal es una ciudad subterránea equipada para que la gente en su calidad de vida y ni los más fuertes aguaceros o nieves intermitentes generaban esos apagones bien conocidos por mí dentro de una Venezuela promocionada con adjetivos a veces inútiles: «El Río más grande, El pico nevado más alto del mundo, las mujeres más bellas de todo el planeta». En fin, todas las fantasías que oculten nuestra miserable realidad de vender el principal producto que mueve la máquina del capitalismo: El Petróleo, Pero ni hay agua potable ni electricidad, tampoco funciona la recolección de basura y las carreteras carecen de asfalto. Mayor coñazo como venezolano no podía recibir en ese contexto.

Indudablemente que eran unas reflexiones más e intento hoy explicarme por qué no podíamos los venezolanos tener una mejor calidad de vida. Durante los meses que siguieron siempre recordaría a mis compañeros del curso, Milimón y la japonesa por medio de una consigna del Mayo francés de 1968: «La poesía está en las calles». Uno venía de África y su padre era Rey, ella del Japón y su familia regentaba un restaurante. A ellos les encantaba pasear conmigo en un parque para practicar el idioma y, curiosamente hablaban bien el español.

El momento de entrar a seleccionar materias del doctorado llegó, convivía bien abrigado con el frío, tenía como tutor a un gentil profesor de apellido Bourgueault, quien presidía la Comisión de Bioética de esa ciudad. Asimismo, era él un investigador de Fundamentos de la educación y de la intervención social. Un comité había evaluado mis credenciales académicas y no tenía que cursar muchas materias, sino hacer investigación por vía de autores y consignar informes al tutor. Podía optar también a seminarios libres en saberes de mi agrado. Allí comprendí que buena parte de mi vida venía pasando entre libros y universidades y sus productos me eximían de la rutina del pupitre, como ocurría con otros venezolanos de otras universidades que en ese tiempo conocí en esa ciudad.

Mi lugar de trabajo no era una aula, sino la biblioteca para empezar a revisar la bibliografía de un tema que todavía no tenía cuerpo y solo identificaba su base: —La sociedad postmoderna y las claves del cambio en las teorías del conocimiento que transformaban la modernidad educativa y su relato central: El Decreto de los Derechos Humanos de la postguerra donde se identificaban los valores educativos siempre amenazados por las guerras y dictaduras.

Y estando en ese inmenso lugar poblado de palabras, signos, aforismos, poemas, literatura, computadoras, y el continuo movimiento de humanos desplazándose sin hacer ruido y cada quien concentrado en lo suyo, siempre recordaba al señor Francisco en el momento en que me habló del “Maestro Invisible” que era su viejo Larousse. En su recuerdo de apenas un segundo grado de primaria imaginé lo que de él pudo ser su vida si hubiera tenido la oportunidad de estar en este sitio del saber.

Allí, existían tantos y no sé en cuántos idiomas, años de edición y temáticas que los Sapiens habíamos construido con nuestras experiencias para diferenciarnos de otros animales usando la razón. Cavilaba yo sobre eso cada vez que me tomaba un descanso y sentía que mi soledad era de otro tipo, pues si de algo estaba ciertamente rodeado era de palabras, unas ocultas, otras esperando ser descubiertas por mí en su sentido epistemológico.

Todo dentro de la revisión de los índices de memorias, informes y tesis doctorales. Mi tutor hablaba cinco idiomas y balbuceaba algo del español. Un profesor de doctorado en esta universidad debía, al menos, conocer cuatro idiomas. Otra tuerca a mover si miraba de cerca esa ligereza nuestra de no darle importancia, ni siquiera al inglés del bachillerato y menos a la formación teórica consistente.

Del francés que empezaba a medio manejar me fue fácil leerlo, más su escritura era otra cosa. En cuanto al inglés, lo comprendía y lo leía, más no lo hablaba. Sin embargo, el juego de palabras y su significado en mi investigación cobraba cuerpo y cada dos meses era sometido a un examen con jurados de tres o cinco personas. Después, el informe podía publicarse en una revista arbitrada junto con el Tutor.

Me había sometido a un Comité Académico para revisión de los comprobantes de estudios que consigné y los seminarios que hice en la UCV y UC, junto a los llamados “Libres” con los invitados por Rigoberto sobre Habermas y me otorgaron un cierto descanso de no ir a clase, sino ser un investigador de campo en las bibliotecas. Al año ya tenía dos capítulos de mi tesis listos y aprobados

en su defensa con cinco invitados de universidades que hacían vida entre Montreal y el Quebec.

Desde esos logros el espacio y estructura de mi tesis me apoyaba en textos de Cioran y la importancia de un autor porque hace reaccionar al lector. Me tocó la tarea de explicar ante el tutor el libro *Ética*, de Baruch de Spinoza, el que la Inquisición Cristiana excomulgó y maldijo con un Decreto cuyo inicio es brutal: «Maldito seas...» Leerlo me convenció que la palabra ética te salva o te condena según el lugar desde donde la nombres, bien que la escribas o la digas. Nombrar la ética puede ser similar a la textura de una flor de primavera, una xerófila del desierto o la ortiga que molesta la piel. De esa manera me dirigí al jurado con esa primera prueba.

Fueron los signos que empecé a diferenciar de esa mágica palabra creada para mejorar la condición humana y buscar la cooperación social entre los Sapiens. Leí a Heráclito para comprender su lema: «Nadie puede cruzar el mismo río dos veces, pues ni el hombre ni el río eran los mismos: ambos cambian».

Y aquellos autores que leí en español como Nietzsche y Bachelard ya los leía en francés y cambiaban los lugares de las palabras y la traducción no representaba algunos sentidos dados por el autor originario. Por ejemplo: *Par delà bien et mal*, titulado en francés escrito por Nietzsche, fue traducido como *Más allá del bien*, en español y el mal en este idioma tiene otro sentido. Y en Bachelard, *El aire y los sueños*, se distingue sueño, para nosotros, del ensueño como fantasía y literatura en francés. Diferenciar eso disparaba mi conocimiento de textos y signos interpretativos.

Ese libro, escrito tres años antes de yo nacer me impactó al leerlo en mis seminarios de la UC y en sus imágenes aprendería a diferenciar las palabras dormir, sueño, ensoñación poética: —Uno no sueña —decía Bachelard—, son los sueños los que nos atrapan, somos seres soñados en un instante—. Yo, en ese tiempo estaba tan entusiasmado que de tanto sentirlo busqué su significado: —Entusiasmado es estar poseído por los dioses—, y de ese lugar nunca quería salir.

En el salón de clases del doctorado me venía sentando hasta que un día en la materia ¿Cómo redactar un Proyecto de tesis doctoral?, con una semana de asistencia se colocaba frente a mí una dama alta y con mirada de reclamo me dijo: —Allí voy yo—. De inmediato, con esas salidas del venezolano miré a mi lado y le dije: —Aquí no cabe otro—. Su mirada de respuesta fue más expresiva y me repitió su primera frase con unos ojos disparando candela. Intuí algo raro y como cualquier escolar miré al profesor quien evadió mi mirada. Comprendí que debía levantarme y tomar otro asiento cuando me dije: —Si no me levanto ahorita, aquí me joden—. Lo hice y la dama sacó un jabón líquido de su cartera, limpió el asiento y se sentó. Todos estuvieron allí apoyando con su silencio a la dama que se batía por un asiento donde había más de veinte y apenas en el curso estábamos quince.

El curso duraba dos horas y al terminar, contrario a lo que yo siempre hacía de salir entre los primeros de esos estudiantes, me quedé para hablar con el profesor. Sabía que era por “Rendez-vous”, que significa: cita previa, en español. Y en efecto, se la solicité y me la daba para dentro de veinte días, en su cubículo. Mientras tanto, yo seguiría asistiendo pero en otro asiento y al lado de la aludida dama.

Llegado el día de la cita solicitada a ese profesor fui a su oficina, muy atento me recibió. Luego del natural saludo entre ambos me demandó: —Señor Perdomo —dijo—. ¿Cuál es el sujeto de su cita conmigo? Ese filtro de la lengua y las costumbres lo ignoraba: —No comprendí —le dije— su indiferencia cuando su alumna me invitó, casi amenazante, a que le diera su puesto habiendo otros asientos dentro del aula. Me sentí discriminado y he leído algo de su Constitución política y eso no está permitido. —Mire, señor Perdomo —dijo—, es lamentable que usted pasara por esa situación desagradable. No obstante —insinuó— todo se debe a su ignorancia de nuestros hábitos escolares. Allí sentí que me desgarraban algo. —Esa alumna —me aclaraba—, viene de terminar su Memoria de Maestría y ese asiento es el que ocupó por dos años, luego pasó al Doctorado y coincidió en que usted ocupara su lugar una semana antes. Es hábito desde la maternal, —destacó con cierto orgullo—, entre nosotros que los alumnos conserven su puesto. No obstante —sugirió—, es su derecho y libertad si usted, como le presiento su intención, quiere hacer un reclamo jurídico a la Universidad, puede hacerlo —sentenció.

Dentro de ese aluvión informativo relatando la historia de un simple puesto como espacio conquistado que desconocía como cultura sentí más el frío porque en ello quedé sin piel por mi ignorancia. Si me hubieran descrito ese hábito otra sería mi experiencia.

En esa escena que yo mismo había buscado para ser el actor principal, venía de ser aplastado con los argumentos que con sus palabras no siempre están a la vista. Pedí disculpas al profesor y le di las gracias por ilustrarme en asuntos de ciudadanía, era yo el que trasladaba mi desorden tropical a ese país. Luego, con tal experiencia comprendería el por qué en la biblioteca, a la que asistía

con frecuencia, mi asiento estaba casi reservado aunque había otros disponibles. Sin duda que la ignorancia no paga, bien avergonzado me dije ese día.

El otro aspecto que aprendí vino de las primeras notas evaluativas que me llegaban por correo, nada de esas carteleras públicas donde un supuesto “cuadro de Honor” como muestra de una discriminación disimulada junto al “uniforme escolar” donde supuestamente anida la igualdad, allí no tenía campo ni espacio. La individualidad era el respeto a la persona.

Entrando enero de 1994 cualquier materia que yo deseara cursar solo se la comunicaba al tutor, quien además impartía un curso de Fundamentos de la Educación y que antes de venirme a estudiar la eliminaron en el Núcleo de la ULA Trujillo. A mi tutor le dije: —Usted conoce mi inclinación y autores del pensamiento, sugiérame un curso y un profesor que me invite a pensar. Él se quedó pensativo y luego dijo: —En quince días se abre “La universidad en una sociedad educativa”, con Gaétan Daoust, teólogo y filósofo y su conferencia central se titula: —“Entre la muerte de Dios y el triunfo de la ciencia: Un hombre en la búsqueda de identidad”—, donde el invitado es Nietzsche. Casi dando brincos por la emoción le dije que lo tomaba.

El curso me motivaba a escribir y una vez que empecé a escuchar al profesor hablando del autor del Zaratustra comprendería lo que significaban las metáforas en el estilo literario de su creador. Recordaría mis silvestres lecturas de ese libro y que a mis 12 años más que todo seducido por su título leí.

Recordé también que antes de venirme a Montreal en la UC publiqué: “Conversación imaginaria con

Nietzsche” y que aquí, emocionado por las ideas de este Teólogo, me invitaba a darle cuerpo en un libro que ya empezaba a escribir: “El ladrón de Siglos”.

Mi <amor fati> estaba en esa universidad como “puta en tiempo de fiesta”, esperando que la inviten a montarse en el carrusel y las ideas jugaban con palabras e instantes aprovechando ese frío y nevadas donde uno va por la calle apurado para buscar un refugio. Confieso que hubo momentos donde no supe distinguir si las lágrimas que brotaban de mis ojos eran de alegría, tristezas retenidas o golpes de temperatura obligándome a cerrarlos. Yo prefería revivir al niño que solo conocía la nieve por medio de tarjetas postales o en el “Pesebre” donde colocaba la ingenua carta pidiendo un regalo al “Niño Jesús”.

Me bastaba solo con ir a un parque y hacer muñecos junto a mis hijos y esposa. No era el único, otros lo hacían también. Yajaira se había inscrito en la Maestría informada por un aviso que afortunadamente le llevé y pagaría lo mismo que un nativo porque su estudio se vinculaba con el mantenimiento del francés en una región única como el Quebec.

Mis hijos estaban integrados aunque el varón era más resistente porque, a mi entender, andaba en esa edad donde la búsqueda de su escala de valores está influenciada por el ambiente de libertad sin límites de algunos y, el contagio con el desorden es inminente. En su caso era el “Rap”. En el curso del señor Gaetán tuve la primera evaluación y fue para que explicara la imagen que aparece en Así Habló Zaratustra, representando una serpiente enrollada en el cuello de un águila donde esos animales emprenden juntos un vuelo. Su pregunta fue: ¿Cuál es la idea educativa allí? La reflexión se la

indicué en el valor tolerancia y la posibilidad de diálogo entre una presa con su depredador.

Esa disertación, así se denomina en francés, la hice dando saltos en mi pronunciación francesa como habla “Tarzán de los monos” su español en las películas. La centré en otra imagen denominada por Nietzsche en su discurso: Metamorfosis del espíritu. Ese día traté de ordenar un poco el desorden en mis ideas y sentimientos, pues ese autor venía siendo mi guía discursivo. Hubo preguntas que al jurado le agradó cuando detenía mis palabras y recurría a una cita precisa de mi cuaderno de notas. Fue una práctica que me dio resultados al momento de mi concurso en la ULA.

Al terminar, el jurado aprobó mi presentación con la calificación <A> y así completé los 81 créditos exigidos para la investigación y optar al soñado título de Ph D., en Educación Comparada. Con esa escena mi sueño se cumplió, era otro y solamente restaba poder enseñar lo aprendido a mis alumnos de Venezuela.

A la semana me dieron el título respectivo y al salir le pedí a alguien, que pasaba, el favor de tomarme una fotografía a las puertas de esa excelente Universidad de Montreal. No hubo los “Mariachis” acostumbrados en el Núcleo para los títulos universitarios, tampoco la caravana de autos molestando a la gente con el ruido de las cornetas en momentos de algún grado. Era un logro más y punto. Importaba además, admitir que otra parte de mis sueños se cumplieron en ese desafío de mejorar mi nivel escolar donde estuve sesenta meses dando forma a mi investigación. No era para menos, pues había llegado a la cúspide de la pirámide escolar cuando al entrar a la universidad de mi país, por vez primera, tenía veintisiete

te años de edad. Sin duda, la cartografía de mi vida ya estaba registrada, no era un sueño.

Confieso al respecto que terminé como en mis maratones callejeros: «Cansado, más no agotado» y muy satisfecho de haber cumplido tres propósitos junto al fiel compañero de ruta: mi <amor fati>: Terminaba el Doctorado cumpliéndole a la ULA y Venezuela, sin ellas no era posible ese logro, escribir un libro siguiendo la idea de Bachelard: «La intuición del instante» para el ensueño, y mi esposa e hijos regresarían con dos idiomas más. Todos aprendimos que sí es posible tener otra sociedad con mejor calidad de vida y jamás lo olvidaríamos. Por supuesto, de nuestro regreso y qué había, nada estaba claro.

Y en cuanto a mi <amor fati>, estaba en la portada de la tesis en su dedicatoria: “A mi manera”, melodía de la ruta de mi vida. Al tutor Bourgeault y al inolvidable Daoust les di las gracias por sus enseñanzas sin saber si los volvería a ver, como era mi deseo. Debía regresar a Venezuela y cumplirle a la ULA trabajando el doble del tiempo que utilicé, es decir, ciento veinte meses en su contrato que firmé

Ahora mi nuevo sueño consistía en transmitirle a mis estudiantes y la sociedad parte de lo aprendido con mi investigación de la moralidad: estimular sus sensibilidades por el cultivo de las palabras responsabilidad, ética y estética. Vale decir, los valores. Con esa reflexión precisamente terminaba mi estadía en esa bella ciudad y universidad. Mi esposa también terminaba su Maestría habiendo logrado ser preparadora de español en esa UQAM de sus sueños.

Todos, aunque nostálgicos, dejábamos un lugar donde hicimos una amistad con la familia Palardí, y su jefa Dianna. Bella e inquieta dama solidaria y gentil. De esa manera sentimos en nuestro corazón el regreso. De la Venezuela que dejamos y a la que regresábamos sabíamos que tenía unas condiciones sociales que invitaban a trabajar por ella y para todos. Al menos eso pensaba, ignorando que tiempo y azar hacen sus jugarretas históricas. Unas veces para el bien y otras para el mal. Y sacarle el cuerpo no era mi costumbre.

## Capítulo LXVII

*Ph D*

*El mundo está convertido en una caverna igual a la de Platón. Todos mirando imágenes y creyendo que son la realidad*

— *José Saramago*

**H**aber terminado mis estudios y aprovechar cierto tiempo mientras arreglábamos papeles y mudanza ocupaban mi tiempo. Sin embargo, por momentos tenía el dilema con frases sueltas, realengas y combinadas en un sentimiento de incertidumbre hasta pensar:— ¿Por qué no inventar algo, y quedarme en esta ciudad que tanto me agrada?— Además, varios venezolanos lo hicieron con las becas “Gran Mariscal de Ayacucho”. Fue el dilema con otras posibilidades y contextos que enfrenté con mis principios y valores donde descubrí la palabra ética y que muchas veces me había salvado de ser un delincuente. A su lado andaban las palabras responsabilidad, contrato firmado, vergüenza, honor, respeto y confianza que la ULA, mediante las autoridades de ese tiempo, me habían confiado. Indudablemente que era mi deber regresar. Inimaginable que procediera al contrario.

No era mi estilo saltarme esa ética que hasta con mi vida había arriesgado, ni tampoco era una ética utili-

tarista ni había sido un mal agradecido amigo de la “viveza criolla”, por lo que quedarme en Canadá, faltando al sentido de esas palabras, era destruirme y destruir un camino hecho con la palabra honestidad. Lo que pensé dentro de ese dilema fue como los consejos de esos demonios que le hablaron a Sócrates en su oreja y recordé que siendo muy joven pude aceptar cambiar un informe con signos de combate a la corrupción en SIDOR en el caso del horno, no lo hice con los riesgos y consecuencias de esa decisión en mi vida de técnico. Todas esas señales me indicaban que yo era diferente a esos individuos que roban la nación por medio de papeles, comas y frases medio legales hasta para la quinta generación de su familia. Recordar eso, alejaba a los demonios y con esas palabras de nuevo me salvaba de derrumbarme frente a lo que criticaba. Tampoco esos dilemas me quebraron ese día.

De haber seguido ese ejemplo de esos venezolanos en quienes la sociedad invirtió dinero para enviarlos a estudiar con el compromiso de que regresaran a Venezuela cargados de conocimientos hubiera negado mi sueño de ser profesor de la ULA y darle la razón a los lobos que hicieron de todo lo imaginable del mal para impedir mi concurso en el Núcleo de mis inicios. Era robarle el futuro a miles de jóvenes y dejarle a las generaciones un mal ejemplo ciudadano.

Por supuesto, estuve cerca de caer, lo admito como humano pero también recordé el evento de aquel toro que no me infundió miedo y mi <amor fati> le probó que yo no era un individuo fácil para el miedo, aunque reconozco que lo he sentido. En consecuencia, mi iniciativa se redujo a esta idea: —Veremos, en esa Venezuela, cómo nos volvemos a colocar la chaqueta de esas emociones desbordadas que nos caracterizan con el grito y la impro-

visación cotidiana. Y de esa forma mi espíritu volvió a tocar tierra y dejaba esos malos consejos.

Habiendo estado fuera de Venezuela por cinco años me fue difícil prever qué encontraría, me repetía por las noches de un cierto insomnio que ya empezaba a aparecer. Tampoco imaginaba que volvía a un lugar con un orden social diferente al que dejé y a lo mejor más desigual. No obstante, la filosofía salvaje del señor Moisés estaba a mi lado: —Amigo Camilo —decía— cuando uno le entra machete en mano a un monte culebrero, lo mejor es hacer ruido para espantarlas y tener el ojo pelao para quitarles su cabeza.

Y menos mal que ese ingenuo señor me enseñó, ante la ausencia de un padre, esas sensaciones pues solo entrando al aeropuerto de Maiquetía como familia sentiríamos al personal para policial haciéndonos miradas y trato como si nosotros fuéramos sospechosos de algo. En ese algo hubo múltiples signos para ellos: —Vestimenta, tipo de maletas, sacos de mano y la compañía aérea que nos trajo. Estaban adiestrados como perros de caza para ese tipo de conducta y lenguaje corporal con sus uniformes y armas intimidatorias al individuo civil.

Fue indudable que ya entrábamos a un ambiente cargado de ruido, gritos, empujones y esa manía de llamarse por “apodos” donde las palabras utilizadas son de animales: —Burro, conejo, lagaña de perro, cabra loca, ojo e vaca, etc. Dudo que en otra sociedad esos apodos sirvan para dar la idea del cariño entre humanos o que son amigos del humor y el buen trato. Esas fueron las primeras señales que con palabras nos recibían o para decirlo académicamente y con pompa: —Una semiótica social de bienvenida al país donde <Todo vale> en esa ética vacía de la Postmodernidad salvaje del trópico ve-

nezolano, cuya sociedad la percibí en la frase: *templete tropical*.

Si a esos hábitos se les agrega el típico juego de manos entre los trabajadores en sus horas de trabajo, se entenderá que existan personas alejadas de las normas de comportamiento ante la gente que solicita sus servicios.

A lo mejor a otros les ocurrió lo mismo en su llegada y no lo percibieron como algo indeseable, sino en esa leyenda urbana: «Es que así somos los venezolanos». Son variedades de sensibilidades pero a mi <amor fati> eso le indicaba que esa Venezuela mostraba síntomas de una enfermedad social en el relajamiento de normas elementales de cortesía propias de un volcán social que en su erupción podía parir un monstruo, como lo tuvo Pompeya.

De buena gana discutía con algunos sobre esa percepción social en nuestra llegada, pero no faltó su desgarro como síntoma: —¿Y usted qué propone? ¿Por qué se regresó si en Canadá todo fue tan bueno? ¿Y está dispuesto a protestar por esa sabrosa manera de vivir los venezolanos? —Así somos, “jodedores”, y punto —remataban con una risa larga.

Reconstruir mis frases críticas no me era fácil, pero venía reflexionando sobre eso: «¿Cuál será el límite soportable por mi sensibilidad social ante tan brutal y salvaje realidad?» Y una vez en el recuento familiar lo prioritario fueron nuestras anécdotas y organizar la casa que dejamos, cuyo nombre es “San Onofre”, pues la que intentamos construir antes del viaje llamada EUREKA y situada a cuadra y media quedó interrumpida esperando que la Caja de Ahorros de la institución nos auxiliara para terminarla. Sumado a esos hechos familiares quedaba organizar oficialmente mi reincorporación a la

ULA, cumpliendo de esa manera con el Contrato firmado antes de mi salida de estudios.

Entre las variantes de “normas de la reincorporación” que yo conocí en el tiempo de mi Maestría en LUZ, estuvo la de “Reincorporación en Principio” que suspende ciertos derechos del profesor hasta presentar los documentos del cumplimiento de su salida para estudios o de “año Sabático” junto al sometimiento, absurdo para mí, de un examen ante un jurado de la ULA adicional al que exigía la institución tituladora.

En esta ocasión era lo mismo, solo que yo venía con un título de 81 créditos de investigación revisando aproximadamente unos 500 trabajos sobre la Ética, sin contar las tesis doctorales y de Maestrías referidas a la Educación Comparada, más dos idiomas que acreditaban mi Ph D y que no era igual al doctorado que las universidades venezolanas otorgaban, a veces con dos años de cursos, incluso sin investigación. Luego me interrogaba: ¿Cuáles serían las credenciales de ese jurado, por cuanto pares no conocía en el Núcleo? Si eso no era un abuso de poder, ignoro qué otro nombre ponerle.

Sumado a lo anterior estaba el dato del autor guía de mi Tesis: Hans Jonas y su Ensayo sobre una nueva Ética fundada sobre el Principio Responsabilidad, no traducido en esa época al español. Todo un dilema para un jurado que con la sola frase de Wittgenstein: «De lo que no se sabe, mejor es callar», debieron no aceptar examinarme y para no ser intolerante, invitarme a dar una conferencia, luego leer mi Tesis y allí sí era razonable hacerme preguntas. Como debió ser cuando uno se respeta intelectualmente y aceptando sus límites teóricos: «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», del mismo Wittgenstein.

Y si bien la ULA, por intermedio de sus autoridades, exige respeto por su “Logos”, en mi Tesis estaba el “Logos” de una Universidad con reconocimiento institucional que esa misma ULA admitió en la confianza de pagar la Matrícula de esos estudios.

Aún ignoro si existen casos como el mío, pero lo más brutal es que esa ULA, exigente en unos casos envió mi tesis para que fuera leída por termitas y cucarachas a un cuarto donde van todas las publicaciones que los grupos de poder interno utilizan para silenciar a investigadores incómodos, como yo.

A otros les abrían foros y conferencias promoviendo sus libros. Y para que todo sea más abusivo, ocurriría que siendo el tiempo de contrato para el doble de los 60 meses que duró mi Doctorado, al solicitar mi “Año sabático” me lo computaron como requisito de una jubilación que solicité donde me obligarían a pagar ese “Sabático” como si yo le debiera a la Institución dos años más de servicio.

Son cosas de las autoridades en su manera de ejercer su poder dentro de ese valor tan nombrado: Autonomía. Vale decir, que pagué parte de mi jubilación. Luego me enteraría de un grupo de profesores que se fueron con permiso del Consejo Universitario, firmaron contrato y no trabajaron ese doble tiempo, otros se fueron y no trajeron ni siquiera el certificado del idioma de su lugar de estudios, incluso para dentro del país donde era obligatorio, al respecto, pasar un curso.

Sumo todo eso porque es parte de mi vida académica con una sorpresa adicional: A un graduado en una Maestría del Núcleo donde celebraron con mariachis y rancheras le otorgaron la orden emérita Fray Juan Ra-

mos de Lora. Al tiempo el Comandante presidente en uno de esos domingos de ideología barata lo puso de cuidador de los bienes de la nación. El asunto es que ese mismo presidente lo acusó de haberse robado dichos bienes y huyó evitando ser sancionado. Esa orden aún lo acompaña en su delito. El personaje fue un dirigente copeyano y abogado de profesión.

## Capítulo LXVIII

### *Embriagados de poder*

*En una acepción peyorativa y actual, ideólogo designa al practicante de ideología, entendida como un modo poco consistente del pensamiento o a la manera de los marxistas*

— *Diccionario de filosofía*  
Nathan, 1997

Dentro de esa desgraciada época que llegaba con los golpistas, no encuentro otra palabra que me identifique en lo que digo, de una Venezuela que fue atrapada por esos “encantadores de serpientes” como fueron ciertos civiles y militares pisoteando la Constitución política del 1961, que al menos venía permitiendo cierta movilidad democrática. Como el agua que moja la orilla de las playas, la labia de esos militares contagió y sedujo a dirigentes de una izquierda que se presumían leones, luego se quedaban como ratones mojados. Muchos de mis amigos, incluso Carlos y Rigoberto no esquivaron esa ola. Sus razones las conocí y en ellas solamente encontré ingenuidad y, hasta cierto punto un oportunismo por las migajas de poder que les soltaron esos encantadores.

Fueron “contagiados” a tal nivel del oportunismo con desespero que esa izquierda contestataria se disolve-

ría ante el gusto por un guardaespaldas, un consulado, embajada o una tarjeta de crédito libre para gastos. Ya no se trataba, decían algunos, de “tomar el cielo por asalto”, sino de aclararle el camino a esos uniformados ignorantes para que “la Revolución” no deviniera de derecha. Lo lamento porque Rigoberto, junto a otros intelectuales conocían bien el tipo de militar venezolano que deviene político: «La mayoría al jubilarse montaba una cantina, un burdel o contrabandeaba armas y alcohol, pero en la política fueron dictadores y al morir se dejaron herederos cercanos al fascismo y bien ricos a sus familiares por los dineros públicos que se llevaron». Cambiar eso en una época con el chorro de dinero entrante, si no era ingenuidad fue tontería de pendejos, como diría el señor Francisco para esos casos cuando me daba su crianza.

Los que llegaban parecían más hambrientos y golosos por el poder. Sin duda eso solamente lo comprendía quien hubiera leído *El leviatán* de Hobbes y su idea del hombre devenido lobo devorando a otros hombres.

Tuve la oportunidad de conocer la justificación de Rigoberto. Y con mutuo respeto hablamos y ese día pensó, casi con una ingenuidad que no le conocía, que desde algunos espacios de poder que el nuevo régimen otorgaba a sus aliados se podía construir algo diferente para el pensamiento crítico. Me habló de sus amigos en puestos de poder como el de la ciencia y la educación y desde donde pensaba vendrían los sujetos transformadores por los recursos que manejarían en seminarios y doctorados. El asunto es que la materia prima que llegaba al poder ya tenía el virus del desprecio por la palabra democracia y sus valores de autonomía y libertad. Eso mi estimado amigo lo dejó a un lado.

Iluso o no, era su apuesta y en algunos eventos como el que daría origen a la llamada Universidad Bolivariana, donde lo acompañé en los encuentros e investigaciones preliminares hasta el momento en que el gobierno puso a sus militantes en cargos importantes y, como la guinda del pastel, de Rector nombró a un militar.

Mediando entre nosotros la amistad y el respeto me fui alejando de su opción de creer que con los pequeños espacios cubiertos por algunos amigos de su grupo en ministerios podría torcer el rumbo de unos golpistas que como Hobbes dijo de los lobos: —Cuando huelen sangre, son despiadados— y estos al oler oro y petróleo no respetarían ni fronteras ni al valor amistad. Su palabra es lealtad como en la Mafia: «Estás conmigo, o contra mí», era el nuevo logos de esos que con astucia entendieron que el voto servía a sus intereses y solamente necesitaban construir su audiencia. Lo demás vendría con el agregado de alimentar la codicia y la envidia entre la gente.

Su hermano Carlos llegaría más lejos y a mayores compromisos con el “Proceso”, así llamaba al híbrido “Cívico-Militar”. En los inicios de ese compromiso conversaba con él y criticaba al militarismo y presumía que para quitarle su gusto al fascismo era necesario educar a los militares en las teorías sociales. Decía: —Esos militares reprimen porque los formó la CIA y no conocen la teoría revolucionaria de la guerra actual donde se les educará en adquirir la calidad de un auténtico revolucionario—. Lamentablemente dejaba a un lado nuestras conversas en tiempo de clandestinidad y su experiencia subversiva donde debió diferenciar los signos más militares que cívicos. Ignoró que las hemerotecas dan muestra de ello porque al final del camino solamente quedan las calles

regadas con sangre y la gente más pobre de lo pensado. No otra es la consecuencia del militarismo.

Tampoco tengo palabras para decirlo ni me lo explico desde la razón, pero también me dolió y sentí su muerte en mi alma. No solo por lo que oficialmente se dijo por la prensa aprovechando que los muertos no hablan, sino por los signos de representación de una muerte moral, la más cruel de todas. Solo fanáticos del dolor y el suplicio pueden mostrar tanta crueldad contra un indefenso hombre a quien le cobraban tantas cosas que difícilmente la razón puede entender. Incluso la de un vencido que confió en el aparato militar represivo olvidando las enseñanzas de Althusser. Esa llamada “Revolución” que defendió muy cerca del uniforme militar que al final se lo tragó vivo. Paz al alma de esos hermanos es mi deseo en esta historia mía. Muchos no entenderán esa referencia a ellos en este libro, pero mis convicciones, incluso si admito errores no entran en la palabra renegado. Eso pasó y en ese pasado estuve.

## Capítulo LXIX

### *Amistades*

*Un verdadero amigo es quien te toma de la mano  
y te toca el corazón*

— *Gabriel García Márquez*

**R**eflexionar esa época, como seguro sucederá, arroja dilemas alejados de una razón del bien. Debido a eso que sentí hablé antes de un “contagio” y esa “convergencia crítica” donde muchos andábamos no se encargó de refugiarse en los materiales teóricos que invitaban a seguir de largo ante esos advenedizos golpistas que hasta para pronunciar la palabra Postmodernidad devenían sujetos tartamudos.

Nacía una “nomenclatura” política ignorante, como en la época del Feudalismo donde una burguesía intentando tener estilo hasta desconocía el uso del tenedor. Tal como Molliere la describe en su obra de teatro: El Burgués Gentil Hombre. Ahora emergían pseudo intelectuales que aprendieron a reírle al “Comandante” sus chistes malos para obtener beneficios. Ese utilitarismo de “Vamos a acercarnos al Comandante para obtener unos recursos para la Revolución” fue el camino de una razón de los vencidos y hasta postrados donde toda ética sería sepultada. Y sin leer cuadros estadísticos bien elaborados, con los aumentos de los precios del petróleo, esa

desgraciada época sería el nuevo piso donde en forma de paradoja sería destruida Venezuela.

Ese “Comandante” se presentaba los domingos en un programa televisivo donde nombraba autores y textos, muchos llegaron a pensar que era un lector acucioso. ¡No!, era un lector de solapa de los libros y de fichas que sus asesores le entregaban mediante un personal dispuesto para esa tarea, que según me comentó uno de ellos bastante cercano a él, miembro de esa “convergencia” y que había sido Alcalde de Caracas llegaban como unos 200, haciendo cola de madrugada para la entrega y luego buscaban su beca alimentaria. Fueron mercenarios de la pluma.

El truco consistía en elaborarle resúmenes de palabras y frases que se hacían tendencia en los medios, las entregaban con subrayados en el objetivo de presentarlo como un hombre bien leído y culto. Hasta de Nietzsche habló y por lo que le escuche decir las fichas del asesor venían de la Editorial Tacarigua, una de las primeras que vendieron en los quioscos de la UCV. Reconozco que ese sujeto hablaba bien y su técnica de sacar un chiste cuando alguien lo descolocaba era acertada. Y como todo contagio, la lógica discursiva siguiendo los signos del autoritarismo emergente con esos “encantadores de serpientes” se fijaba en una frase: «¡Cállate!, que hablo yo». Luego se aplicaba la misma en todo el espacio institucional, sindical, universitario y, hasta familiar si la voz era de un dirigente de ese “proceso”.

En cuanto a mí cotidianidad con esas amistades, porque fueron varias dentro del grupo, se terminarían en la mesa de un restaurante o en una oficina cuando ante cualquier leve crítica a ese amasijo de palabras denominado “el proceso” se me antepuso: «Si vas a hablar

mal del “Comandante”, nos retiramos». No nombro a los sujetos implicados porque me apena esa época y algunos dejaron la tierra para siempre. Ya intuía que mi posición política de tolerancia y respeto a los valores de la modernidad tendría consecuencias en mi camino. Pues ante ellos era como un leproso.

Y así regresaba a mi soledad, mis carreras reflexionando con el asfalto, emborronar cuartillas, releer textos y a encontrar mi espacio de sueños. Para ello regresaba al Zaratustra intentando encontrar a mis “Compañeros de Ruta”.

Al lado de estas anécdotas irrumpía un ambiente político-social basculándose entre las palabras siguientes: Reforma, revolución, cambio, legitimidad originaria, y yo, que no sabía nada de eso o ¿Por qué era importante para la calidad de vida?, venía leyendo al autor Miguel De Unamuno: La Tía Tula, Niebla, y me topé con un párrafo de un diálogo que en mi opinión simplificaba ese ambiente: —Y esa tristeza...—La ley es siempre triste, don Augusto. —Y es más triste un amor que nace y se cría sobre la tumba de otro y como planta que se alimenta, como de mantillo, de podredumbre de otra planta. Crímenes, sí, crímenes ajenos nos han juntado, ¿y es nuestra unión acaso crimen? Ellos rompieron lo que no debe romperse, ¿por qué no habíamos nosotros de anudar los cabos sueltos? Una novela a tener siempre cerca para esos casos donde el humano pasa a ser sombra de la ley. Fue un diálogo que me llevó a ubicar ese clima o ambiente en dos palabras: Incertidumbre y oportunismo politiquero por parte de los lambuzos del poder.

Dentro y fuera del Núcleo o en otras universidades que me invitaron me vinculé con escenarios y debates de esas palabras y yo, en mis limitaciones teóricas, solo

llevaba en mi morral apuntes de ética y educación o del Zaratustra de Nietzsche. Retomé mi columna semanal en el “Diario de los Andes” con el nombre “Tópicos”. Impartía clases de Postgrado, introduje ante el CDCHT proyectos de investigación sobre “Violencia Escolar”, publiqué libros, artículos arbitrados y opté por el PEI y PPI, premios a la investigación que logré obtener. Aún había rendijas para ladrar.

Me admitieron en el Instituto “José Witremundo Torrealba” en el Comité de Ética y redacté la “Cátedra Libre José Vicente Scorza”, mi inolvidable “Camarada”, quien ante el ambiente de crisis que nos invadió estando en el Gobierno del Comandante varios de sus amigos, un día me preguntó con el alma y ojos dispuestos a llorar, así lo sentí: —¿Coño, Camilo, en qué nos equivocamos para que esta gente acabara con Venezuela? Pasó ese amigo a ser un sujeto incómodo y también le dieron lo suyo en un momento en que quiso ir a Nicaragua debido a un proyecto internacional, según me confesó, y en el aeropuerto tuvo problemas para salir.

Digo “con el alma” debido a que de alguna manera contribuimos a que esa izquierda amiga de la improvisación y cultivadora del rencor social se instalara en el poder. Ambos fuimos de izquierda y comunistas, estuvimos en la Habana, conocimos allá a García Márquez y a otra gente luchadora, nos impactó Fidel y ahora aprenderíamos, como una desgraciada hora, que no bastaba con gritar: —Tomemos el cielo por asalto—. No, la vaina era mucho más difícil cuando confundimos lo cívico con lo militar donde libertad y represión son como el agua y el aceite. En todo eso fuimos unos ilusos e irresponsables con Venezuela.

Y para ser bien agradecido con la UC, acepté dictar varios cursos de Ética, Foucault y Nietzsche en ese Doctorado en Ciencias Sociales que dejaba cuando me fui al Canadá y contribuí junto con el recordado Emeterio Gómez, de la UCV y del IESA a crear la Cátedra Libre de Ética, creo que la primera entre las Universidades venezolanas y que en la ULA no se me permitió, pese a los esfuerzos del amigo Rector Henry Vargas cuando me pidió el proyecto y los lobos, al enterarse, sacaron sus colmillos nuevamente.

Hasta el 2005 estuve activando debates, y era percibido por algunos dentro de un discurso raro para algunos, menos para mi <amor fati>: —Lo que pasa con Camilo es que él está de acuerdo con “El Proceso”, pero del “Comandante “ desconfía y lo ubica como un líder autoritario y cercano al fascismo.

Y entre el 2002, 2003 Y 2004 me movería dentro de los debates, artículos de opinión, salones de clase, grupos familiares o esquinas de la calle confrontándome frente a escenas semejantes al autoritarismo, la intolerancia, el “quítate tú para ponerme yo” en no importa cuál grupo o partido político. En la radio, la televisión regional iba con frecuencia y todo eso se simplificó en una palabra: —Polarización entre quienes por una parte identificaban en el señor Chávez la causa de ese veneno social alimentado por el rencor y el odio al “imperialismo norteamericano”. Por el otro, el sentimiento de que con la idea de democracia anterior de los viejos partidos políticos se vivía mejor, fue lo más cercano que se entendió como disidencia.

Y en mi opinión todo se resumió en solicitar un “Referendo” garantizado en tanto derecho Constitucional y sacar a ese señor del puesto de Presidente. Se dice fácil, pero nadie imaginó que quienes firmaran ese acto

refrendario serían marcados, de por vida, y como tal excluidos, expatriados y hasta torturados, como el dueño del ganado marcaba el cuero de sus animales en la finca “el Cacao” y que vi en el Monay de mi infancia: —Yo sería, en ese sentido, uno de esos miles de venezolanos que firmaría. Convencido estuve desde mis lecturas y por haber vivido dentro de una democracia en Canadá. Aparte de ese signo, fue mi compromiso con los autores que le dieron cuerpo a mi ensueño, muy personal, de ser un universitario crítico y Doctor en Educación.

No podía traicionar a mi <amor fati> que tantas veces me vio llorar tristezas y desahogos tratando de darle un curso libertario y bien humano a mi vida, Y si volviera a nacer —me dije— volvería a firmar contra cualquier dictador y torturador cultivador del horror en Venezuela.

Los años y meses post referendo trajeron el castigo inquisitorio para los firmantes en una infame lista elaborada por alguien a quien conocí en la ULA dentro del grupo que yo animaba: “La desobediencia estudiantil”. Un sujeto opinando de todo, de los que llamaba “toderos”, de apellido Tascón. Palabra bien sonora en la voz de un tachirenses, similar al Tarazona del dictador Gómez. A ese “toderos” la historia le reservaría un lugar oscuro en las hemerotecas de su tiempo junto al del Comandante: Perpetuadores del mayor signo de exclusión de un venezolano que se atrevió a pensar diferente desde el lado de la Constitución de 1999. Allí también irá aquel Rector de una universidad marabina que pronunciaba por televisión la palabra “tramparencia por transparencia. Dirigió el CNE y fue quien entregó la lista de firmantes que el tachirenses publicaría en su página web violando todos los derechos del firmante.

Se multiplicó también otro sujeto monstruoso: —El delator que iba señalando a otros venezolanos para que fueran vigilados y castigados, similar al nazista con los judíos. El oportunismo sacó sus espuelas con la doble moral: —dentro del “Proceso” adulaba a su dirigencia, afuera lo criticaba. Lo más cercano que me llegaba para explicarme esa época era el libro de Octavio Paz: *Tiempo Nublado*. Incluso no me lo contaban, lo tuve bien cerca y en el cuerpo de amigos que como poseídos por algo demoníaco reaccionaban con odio ante cualquier tibia crítica.

En una de mis visitas al aludido Doctorado de la UC, uno de los que allí manejaba una dirección me invitó para redactar un proyecto auspiciado por la Gobernación del Estado Carabobo sobre “Limpieza del Lago de Valencia”. Pensé yo que era una broma, pues esa persona conocía mi perfil y sabía que yo había firmado contra el Comandante: —Es para conseguir unos recursos que nos hacen falta —dijo—, mi respuesta le desagradaría mucho más: —Bueno —dije—, yo de aguas ni siquiera sé porque quien la paga al INOS es mi mujer. —No, Camilo —acotó—, tú solo entras porque eres Doctor, es tu credencial lo que cuenta, presentamos el Proyecto que lo tengo casi listo, recibimos el dinero y luego repartimos.

Y ese fue otro momento en que mi <amor fati> me recordaría a Bachelard: La filosofía del no, y sacarle el cuerpo a un uso utilitario de lo que en cinco años aprendí de una ética práctica que de nuevo me salvaba de entrar al mundo de la corrupción. No tuve necesidad de explicarme, pues la mirada del sujeto fue similar a la de un perro dispuesto a morderme.

Pasadas dos semanas de ese desagradable instante, sería sacado de la lista de profesores invitados a ese programa que contribuí a crear en esa bella Universidad

de Carabobo. Simultáneamente, en la ULA vería crecer las “Comisiones de Servicio” con las que muchos de esos profesores oportunistas entraban al Gobierno a dirigir “cualquier cosa”, sin importar si tenían competencia para ello. Y los que estaban en período de “jubilación” y ya estuvieron en esa modalidad, pero en Gobiernos anteriores, serían jubilados saltándose el reglamento de exigirles, al menos, seis meses de trabajo para poder emitir el decreto de jubilación respectiva. Cosas de la autonomía universitaria, como dije antes. En cuanto al tiempo de ese “Proceso” su imagen derivó similar a un espejo roto, pues varias de sus acciones pivote sepultarían palabras que en una democracia son claves a mantener: Libertad, autonomía, respeto, tolerancia y, la principal: —Ética. Esos vientos destructivos también llegaron a la ULA, su presupuesto y negación de elección de autoridades.

Sus legisladores redactaron y aprobaron borradores ocultando el fin que no era otro que lavarle el rostro a unos militares que venían de ser perseguidores de gente de izquierda y a políticos cuyo precio era una Embajada o ser socio de una empresa importadora de alimentos, como en los tiempos del Gobierno de Caldera a quien se le toleró, apoyándolo sin condiciones, aunque había sido allanador de la UCV. Fue profesor de la materia Derecho del trabajo. Ahora en el “Proceso” no se usarían tanques contra las universidades, sino el arma del presupuesto “reconducido” y creación de nuevas universidades en vez de fortalecer las existentes para aumentar la competencia de financiación entre ellas. De esa manera, a la manera de una tuerca, se iba instalando el autoritarismo y quien no lo apoyaba sería acusado de algo monstruoso: Traidor a la patria.

En el campo de la medicina, donde cualquier sociedad tiene el elemental cuidado en darle su importancia

social y eficiencia, se crearon cursos llamados comunitarios y ligeros en materias de formación apropiada. Crecieron simulacros de Maestrías y Doctorados “tapa amarilla” como “Crecen las Sombras cuando el Sol se oculta”.

Se creó la “Ley Resorte” y CONATEL, para el control de la información y aplastar la libre opinión. En esa triste y vergonzosa tarea se destacaría un joven trujillano venido de una familia que disfrutó del poder con los gobiernos de Copey y URD, de apellido Maldonado y quien luego sería metido en la cárcel por ese mismo “Proceso” acusado de corrupto por robar dineros del petróleo.

Para esos tiempos del autoritarismo cualquier oposición por tibia que fuera se calificaba con la palabra enemigo. Y así como el cristianismo tuvo su Inquisición para excomulgar a Spinoza por su libro de ética, de repente no se habló más del “Proceso” sino del Socialismo del Siglo XXI, donde el Comandante sabía de todo: —Marxismo, Economía, Arte, Locución, Sociología, etc. Pero quien se le enfrentara sería excluido y hasta exiliado de Venezuela.

Cuando yo le analizaba su discurso y le distinguía su ya alborotada galimatías cargada de neolengua, con humor me decía: —Éste sabe tanto, que de repente hasta ubica el lugar donde se oculta Bin Laden y reía mi ironía. Desde lo que había sido mi “refugio intelectual” revisando materiales de seminarios ubicaba a ese amigo de la verborrea en la palabra culinaria “pastiche”. Eso era lo que algunos empezaban a calificar como “el pensamiento” del Comandante”.

Y sí, los amigos de “convergencia crítica” siguiendo a Rigoberto se anotaron en ese plato de origen italiano. De sus miembros nunca supe más y releendo al Zara-

tustra, en “La Metamorfosis del Espíritu” reconstruiría mi soledad con la imagen del titiritero al que sepulta en un árbol donde los lobos y perros realengos no se lo comerían. Era lo menos que yo podía hacer ante tanto tráfuga pellizcando, como buitres hambrientos, el cuerpo de una Venezuela herida y vaciada de pensamiento con fuerza para derrotar a esa élite militarista que junto a los asesores enviados por los hermanitos Castro, de Cuba, les enseñaban cómo matar al enemigo sin que el cuerpo apareciera. Y si lo encontraban, tener lista la chequera que a cualquier juez le doblaba sus rodillas y le invitaba a mirar para otro lado.

Antes dije que colaboré en sus inicios con la Revista Educere y viene a este relato recordando algo que me ocurrió y que sentí como “un latigazo” en mi corazón: — Un día del que olvidé su nombre fui invitado por su editor para compartir ideas de un evento educativo en Trujillo y llegando, como de costumbre, nos saludamos. Pero él de inmediato tomó distancia y me dijo: —Hablaremos de educación, pero a Chávez no lo ataques como vienes haciendo en varios artículos tuyos. Soy “Chavista” y apoyo este socialismo.

Sus frases parecían salirle de una “glotis” obstruida y su emoción le hizo temblar una voz que muchos y yo le conocíamos por ser suave, educada, pero ahora era como un becerro cansado. —¡Oh!, —dije—, y agregué: — Me parece muy bien tu opción en estos tiempos de derrumbe yo solo ando buscando “compañeros de ruta”, que como sabes practico el maratón y soy seguidor de Nietzsche. Fuiste mi profesor, pero ante lo que me dices “paso de largo” y no me inmiscuyo en tu fe. Le di las gracias por habernos conocidos y me levanté para retirarme de allí. Hasta el día de hoy no nos cruzamos en la vía.

Ya afuera, puse mi mano derecha sobre el lado de mi corazón y le dije: —Te agradezco tanto cuando en tiempo de individuos como ese, comedores de carroña como los Zamuros, siempre me previenes fortaleciéndome mi valor ético.

Desde que aprendí a tomar notas y a escribir mi diario con hechos que me afectaban los tenía a la mano en esa Venezuela que me topé en mi regreso de Montreal, y viniendo de ese desagradable momento donde las palabras respeto, confianza y amistad fueron escupidas en mi cara por alguien que dirige una publicación educativa, llegué a mi casa y allí al revisar mi hemeroteca encontré al autor que deseaba releer: —Émile Chartier, mejor conocido en el mundo de la Filosofía educativa como “Alain”, nacido en el 1868 y muerto en el 1951—, en su frase: —En la naturaleza no hay ideas salvo para la Astronomía y la Física. Mientras que en la vida animal el espíritu es una sombra y en el humano deja trazas: —arte, religión, derechos, pensamientos». Un bello texto, pero en la tierra no todo humano usa su razón para diferenciarse de lo bárbaro, la barbarie y la bestialidad desde el humanismo con sus valores y para ello es básico Kant: ¿Qué debo hacer? Algo que los animales jamás pueden practicar: —La reflexión. De allí que si a los humanos por su pensamiento se les persigue, tortura y aniquila, es urgente que me pregunte: ¿Qué debo hacer?, salvo si soy cómplice de ese crimen.

## Capítulo LXX

### *Revoluciones*

*Que yo sepa o no que Homero ha existido no cambia para nada el admitir la belleza de la Ilíada. Ni tampoco que el hombre es atraído por el conocimiento de los dioses y de sí mismo*

— *Émile-Auguste Chartier*  
*Alain*, seudónimo del filósofo

Una noche de insomnio, algo que en Montreal no padecí, llegué a resumir en las palabras inutilidad y desagrado cualquier posibilidad de diálogo con cómplices de la destrucción de Venezuela en lo académico, social, económico y amistoso. Y era preferible retomar la desobediencia en los estudiantes, donde mi experiencia con ellos era invitarlos a leer autores y habiendo hecho seminarios de alto vuelo sobre Nietzsche, me propuse darlo a conocer iniciados con el libro *Crepúsculo de los Ídolos*, para luego seguir con Henry Thoreau, quien en USA se negó a pagar los Impuestos para mantener la guerra. Esta acción se conoce como el inicio de la desobediencia civil en tiempos de la modernidad. El otro de mis invitados era, como en alguna parte de esta narración dije: Hebert Marcuse, de una fuerte influencia en el Mayo de 1968, en Francia y Europa.

Y al mes de esas reuniones que muchos miraban con preocupación también estaban los estudiantes “quemacarros”, a los cuales intenté disuadirlos porque en eso coincidían con el Fascismo. Al final, en esos grupos, mis reuniones terminaron siendo casi elitistas y muchos de los aludidos cercanos a ese fascismo terminaron por ser agentes de ese socialismo y hasta reclutados por cuerpos de seguridad del nuevo Estado autoritario. De allí que mediante las migajas de poder otorgado, les sería fácil convertirse en delatores. Una frase de eso devino común en su ejecutoria política contra los disidentes: “Traidores a la patria”

En ese tiempo del oportunismo cualquier crítica al militarismo, en esas reuniones, se confrontaba con otra leyenda urbana: «Los militares venezolanos son diferentes a los de las dictaduras de Chile, Uruguay y Argentina». Por lo que también ese intento mío de enderezar rumbos no estaba en el alma de esos estudiantes que, entre otras cosas, carecían de todo y ya los Gobernadores y Alcaldes del gobierno les tenían sus pagos calla bocas: Un salario no registrado oficialmente que justificaban en otra de sus frases: “son unos recursos para hacer avanzar el proceso”.

Y de pronto la encarnación del insultante verbo delatar se hizo común entre los defensores de ese desgraciado socialismo. La estrategia fue simple en sus frases: □Usted es un profesor a quien respetamos, pero defiende al imperialismo norteamericano, incluso el Gobernador Viloria, abogado de la época democrática, dice que usted es de la CIA. Escuchaba esas necedades y las combatía ignorándolas. Aunque sin duda supe que su fin era mi escarnio moral para quitar credibilidad a mi voz. En algunos sitios lo lograron y amigos de esa izquierda contribuyeron con esa leyenda, llegando incluso a distribuir

un panfleto con el nombre mío junto al de otras personas de Trujillo. Su edición se hizo en la imprenta del Estado y desde esa gobernación se distribuyó; curiosamente el dirigente del PRV, el amigo Prada, apoyador de ese “proceso” lo ubicaban en ese escrito como un agente del Mosad israelí. Cuando le referí esa infamia, dentro de la confianza que no teníamos, me dijo que eso le resbalaba y a Vilorio lo tenía por “chismoso”.

Poco a poco ese chantaje funcionó y a las reuniones y debates se alejaban los convocados. Sabía que el objetivo no era confrontar lecturas, sino evitar la organización de disidentes. Una estrategia clave de los asesores cubanos mandados por los hermanitos Castro para ese fin. No me lo imaginé hasta que conocí a uno de esos médicos en un gimnasio y sin muchas objeciones se ufanaba de eso. Con el tiempo fue uno de los que huyó a la Florida. Como a muchos disidentes de esa isla les tocó al llegar a Venezuela. En ese sentido me sentía vigilado y algunos profesores me sugerían que “tuviera cuidado, más cuando muchos estudiantes trabajaban para el gobierno” y le informan cuándo se darían manifestaciones en el Núcleo. Nuestra tragedia, vistos esos síntomas, vino de adentro y por alguna razón, los segundones de ese socialismo eran políticos que venían de ser ignorados y excluidos por los gobiernos de AD, Copey, URD, MEP, y otros. Cierta rencor social anidaba en su corazón y les resultaba fácil demostrar que eran más genuinos que los golpistas. Fueron como “los marranos” que en tiempos de la Inquisición española llamaban a los judíos conversos.

A ello se agregaría el aumento del precio del barril de petróleo hasta 100 dólares y en un gobierno sin respeto por la autonomía de poderes de una Democracia, cualquier calificativo, frase o discurso crítico no los afectaba, pero para mí era la escena del libro de “Las

mil y una noches”, traducido al francés por Antoine Galland, en la parte de “Alí Babá y los cuarenta ladrones”. Curiosamente descubriría una casi ironía histórica: En el ministro del ramo se nombraba a Alí Araque junto a un ingeniero de apellido Ramírez, un estudiante que me presentó Huma Rosario, cronista de Trujillo, en la “Residencia Boconó” que la ULA tenía como ayuda para estudiantes que venían de ese lugar a estudiar en el Núcleo. Yo exponía, en esa época, la conferencia: “Hebert Marcuse y su estética desde el Marxismo”. Al basurero de la historia pasará esa persona por su frase legitimadora de la mayor exclusión generada en una empresa petrolera: “PDVSA es roja, rojiiiiita”, luego que el comandante, de un plumazo y con un pito despidió a 22.000 trabajadores y no hubo ningún tribunal constitucional que corrigiera eso. El tiempo de destrucción se afinaba.

A muchos de esos despedidos ni sus prestaciones, un derecho adquirido, se las entregaron. En un viaje de estudios, al exterior, que hice vi a mujeres de ese despedido vendiendo cualquier cosa para sobrevivir, pues no todos los que sufrieron esa medida los absorbió el mercado internacional de trabajo petrolero. Paralelamente a ese apellido supe que estaba relacionado con una empresa del café en la región y su padre, en tiempos de democracia, perteneció al PCV. Se llegó a decir que era primo de Ramírez, ese preso venezolano en Francia por terrorista y llamado “el Chacal”.

Muerto el comandante vinieron otros de la misma tola a gobernar y a Ramírez, ante una denuncia de extradición por la fiscalía que presidiría otro antiguo defensor de los derechos humanos, junto a Gilmer y de nombre Tarek, huyó de Venezuela. Estos son apenas los casos que me tocó para saber de esos personajes ausentes de ética.

Muerto el comandante se construyó la narrativa del “madurismo” derivado del apellido de quien devino presidente y nacerían otras palabras intentando simplificar la crisis de alimentos que se diseñó como “control político” a los fines de aferrarse, como aves carroñeras al poder. Sus ejecutorias no solamente serían brutales sino que entraban en una frase postmoderna salvaje: «Todo vale, incluso la desaparición de personas disidentes».

Para ese control crearon el término “bachaco”, un tipo de hormiga que siempre carga en su lomo una hoja y en el monte andan en filas casi militares. En su imagen estaba el “acaparador” de alimentos, medicinas, gasolina, madera o cualquier producto que con la complicidad del aparato represivo instalaron una reventa y cobro de vacuna a comerciantes. Fueron venezolanos que vieron la facilidad de vivir de la miseria de sus conciudadanos.

Ese gobierno crearía oficinas de fiscalización de compras y el “bachaco” pasó a ser el individuo que siempre sabía dónde estaba el producto que era escaso para el común de la gente. Hasta los bancos de renombre internacional acaparaban dinero y hubo quien nos llevó al asombroso escenario de ver una hilera de camiones llenos de sacos con billetes de 100 Bolívares para depositarlos en el banco ante una noticia del gobierno de confiscarlos. Eran esas escenas los signos que anunciaban la vigencia de un discurso de esos nuevos administradores del “proceso” dentro del llamado socialismo del siglo XXI.

Simultáneamente, la frase del comandante de que “ser rico es malo” se estructuró en una suerte de teoría: «A los pobres se les debe mantener en la pobreza para que no se transformen en “escuálidos”». Y el contexto económico de una dolarización junto a la emisión de dinero inorgánico haría posible a esa teoría tener una

masa para la reproducción de un ilegítimo poder. Hay que reconocerles a los nuevos asesores, muchos de ellos egresados universitarios y bien pagados, su astucia para destruir un país sin perder la vida en su intento, pues la ilusión de que los pobres gobernaban circularía como un tonel de basura en un río crecido. Dejo aquí una curiosidad por si un amigo de la lingüística ubica el origen del vocablo “escuálido” en la narrativa de hispana. Solamente la he leído en autores cubanos y en las entrevistas de los militares golpistas no la encontré antes de legitimarla Chávez para ridiculizar cualquier posición política contraria a su autoritarismo.

Desde la Sociología de Weber pienso que también es posible identificar los efectos nocivos para una sociedad gobernada por un “líder carismático” y sin duda Chávez lo fue. En otro síntoma, si se vinculan los nombres de los gerentes quiénes de la entrega de dólares en el llamado CADIVI, se observa su vinculación estrecha con el de “Los evangélicos”. Eso me llevaba a la conclusión de que esa organización internacional también contribuyó a la destrucción de Venezuela en su economía y a darle a ese “proceso” el apoyo en los barrios venezolanos. De allí en adelante se crearía una nueva clase económica desde ese proyecto socialista: Los nuevos ricos.

Después, casi automático fue la instalación del colectivismo con todos esos signos sociales y en consecuencia, el “todo vale” sepultaría la palabra meritocracia o ética del funcionario honesto. No sería por azar que la palabra Anomia, estudiada por los sociólogos Aron, Durkheim y Robert Merton, en tanto causa del desorden normativo en una sociedad, se legitimara en lo colectivo. El asunto, más grave para la disidencia venezolana fue que ese colectivismo recibió armas para luego garantizar lo más terrible de la lucha por la libertad: El miedo.

Que los políticos tradicionales no vieran eso es explicable porque tenían tiempo que el solo libro que hojeaban era la gaceta hípica y de esa anomia emergente nutriendo al salvajismo del socialismo instalado y decretado contra el texto constitucional, no llegaron a enterarse. Solamente se animaban a predicar el voto en un contexto represivo donde es complejo sentir el respeto al disidente. Algunos incluso pensaban que quien llega al gobierno por medio de elecciones, de manera automática es un demócrata.

No fue así y el mismo Teodoro, fundador del MAS y disidente del comunismo identificaría al Comandante como “un demócrata parlachín”, Craso error fue su palabra con costo de vidas humanas para los venezolanos. Con el debido respeto lo digo porque fui amigo de él en mi paso por ese partido y era un intelectual que la gente apreciaba y, de paso, tenía buena audiencia en lo que decía.

De tal manera y solo para dejar constancia de lo que afirmo sobre la ausencia de lecturas en esa dirigencia, pienso que para interpretar esa destrucción es necesario constatar cuál tipo de conocimiento circuló como emoción entre los colectivos y qué tipo de oferta política se le presentó a la gente. Por ejemplo, un repertorio de consignas se instaló con ciertas palabras en la voz de los militares golpistas: «Ser rico es malo, con hambre y desempleo con Chávez me resteo, Chávez es el corazón vivo de la Patria, es el alma de todo un pueblo», entre otros.

Pero si se revisan esos mensajes en lugares de campañas electorales como en el Brasil, en otro idioma, dicen lo mismo y deja la evidencia de dónde venían los asesores: «Así, así es que se gobierna», para justificar la represión. Ese fue el “conocimiento” puesto a circular del que leyen-

do a Aron podemos comprenderle su sentido político y social. Los asesores cobraron bastante bien para llegar a esa narrativa y detallarla con una exigencia previa: «Es necesario cerrar emisoras, televisoras, periódicos, evitar que lleguen libros del exterior, controlar ferias de libros, acabar con el premio “Rómulo Gallegos”, intervenir la elección de autoridades en las universidades y colegios profesionales». Entre otras medidas fáciles de ubicar.

Con esa estrategia comunicativa ese socialismo superará el tiempo de dictadura con Gómez. Muchas de mis afirmaciones las supe por medio de un miembro de esos asesores, con orgullo decía que sus escritos se entregaban por la madrugada a unas personas que se las llevaban al comandante. La fila era larga y las nacionalidades diversas porque el pago era jugoso. Eso explica el lavado del rostro a ese tiempo autoritario a nivel internacional asociando al comandante como hombre de una izquierda que derrotó a la derecha y a los yanquis. Y de esa manera funcionaban en sus países exaltando el “proceso” y denominando a cualquier solicitante de asilo como gente derechista a la que había que bloquear.

## Capítulo LXXI

### *Conflicto de intereses*

*...Diríase que nuestra época sólo es capaz  
de la tragedia y de la elegía.  
La pesadilla es mucho más atractiva que el sueño*

— **J. L. Borges**  
*Buenos Aires, septiembre de 1978*

Vale recordar ese tiempo y a esos asesores sin rostro con sus precios de mercenarios en el tiempo del señor Insulza, llegado de Chile para dirigir la OEA. Desde ese espacio internacional, en su mandato, se negaba que en Venezuela se excluyera, encarcelaba y torturaba a disidentes por motivos políticos. En cada intervención de él, su lenguaje corporal era el de un abúlico que balbuceaba palabras dando la imagen de estar poseído por una resaca alcohólica. Sus palabras y discurso invitaban al desánimo. Mientras que quien representaba al gobierno de Venezuela era un diplomático militante del partido Copey y bien conocido por el cruel comentario contra la disidencia al decir: —La cabeza de un “escuálido” cuando le entra una bala, suena hueca, porque allí no hay ideas—. A su lado estuvieron en esa OEA dos profesores de la ULA en “Comisión de Servicio”, ambos nativos de Trujillo. En sus inicios fueron del MAS y Copey y en su historia de vida no podrán negar que antes que diplomáticos fueron cómplices de ese autori-

tarismo y, por supuesto, de la criminalidad política que se instaló en el gobierno que por sentir su persecución vengo describiendo.

Sumada a esa característica se crearon los “colectivos” armados y algo difícil de aceptar, pero funcionó como excusa ante la represión evidente con un dicho: — Es necesario conservar los espacios, no perderlos—, sobre todo en lugares de gremios, sindicatos autoridades universitarias, Alcaldías, etc.— En la ULA escucharía a alguien decir: —La universidad no es política, es académica—, no dije nada pensando que quien lo decía ignoraba al creador de la Academia: Aristoclés, llamado Platón y autor de un libro que todo opinante de la política y del autoritarismo debe leer: —La República, con signos de autoritarismo como forma de gobierno. Curiosidades de ese pensador.

En cuanto a lo que me tocaba recibir por mis posiciones escritas en libros, conferencias, seminarios y revistas, llegaba una exclusión disimulada, indirecta y la hicieron “aconsejando” a medios y dueños de periódicos donde siempre era invitado, pues a las llamadas “emisoras comunitarias” ni el saludo me daban. Poco a poco y de repente me devolvían un escrito porque tal o cual palabra era incomprensible, innecesaria o para algunos en forma directa: —Al periódico no le conviene atacar el “Proceso” o yo llegando a una entrevista televisiva en Trujillo con una periodista bien conocida en esa época y quien por cierto tuvo que huir al exterior, me solicitara, lista de términos en mano, todas las palabras a no decir.

Ocurrido eso me negué a traicionar mi <amor fati>. Digo lo que fue indirecto, pues directos fueron mis discusiones con militares y policías en madrugadas donde era obligatorio dormir dentro del auto y haciendo cola por

tres días para surtir gasolina. El respectivo y frecuente castigo de ese militarismo lo recibiría al momento de mi turno y arbitrariamente al llegar me separaban de la cola: “se terminó el combustible ciudadano”. Era su frase y de la palabra ciudadano ese ser no la practicaba conmigo. Ocurrió también que estando en un sitio donde venden comida y con cualquier excusa se sentaba a mi lado un sujeto vestido de negro para decirme que en el SEBIN tenían un expediente con mis artículos y agregaba: □Cada palabra suya está subrayada y está avisado con su expediente. Mi silencio o levantarme del asiento y marcharme era mi respuesta lógica. Pero de que era un objetivo de ellos ya no lo dudaba.

Y para mi mayor sorpresa, estaba de visita para un reclamo en FUNDACITE, la fundación que el gobierno tenía para la ciencia, fui en tanto investigador porque había ganado el premio nivel tres y me habían colocado el dos. Ese día, su presidente, profesor de la ULA y conocido mío, curiosamente me invitaba a que le consignara mis credenciales para darme el puesto de Secretario de esa institución: —Tu currículum lo permite —dijo con amabilidad—, quien estaba metió su renuncia. Dos profesores del Núcleo fueron testigos de esa oferta que gentilmente respondí de inmediato: —Tú sabes que no tengo el perfil que ustedes exigen para ello —dije—, publico semanalmente opiniones críticas que no ignoras. —No te preocupes —acotó—, la ministra Córdova, es del grupo de Rigoberto Lanz y tus credenciales se respetarían. Pensé que en ese instante estaba siendo “tentado” y como su oferta fue sorpresiva me sentí incómodo y le dije: —No lo creo, e hice el movimiento de alejarme del lugar. —Te llamo después —dijo él—, y junto con esos dos profesores testigos de ese hecho me fui.

Estos profesores en su comentario fueron más explícitos: —Estando tú allí conseguiremos recursos para nuestros congresos anuales— Nada agregué y mi silencio debió decirles algo porque pasamos a hablar de mi auto, un bello mustang rojo que había comprado hacía dos años y que a veces no lo sacaba por la crisis del combustible.

Días después me llamó Galíndez para reunirme en su oficina: —Llegué por cortesía—, nos saludamos y en su rostro observé su ansiedad por justificar su oferta: —Necesito sustituir al secretario actual porque es un fundamentalista que opaca el servicio que le damos a los investigadores —murmuró—. Luego agregó: —En la conferencia que nos diste sobre la Bioética y el conflicto de intereses el personal quedó bien identificado contigo. Con atención lo escuché y le reafirmé mi respuesta de no compartir ese “proceso” y menos entrar al gobierno de la manera siguiente: —Recuerda que mi único vínculo con esta fundación es que ha permitido optar a los premios como investigador que soy. Vine porque quería averiguar el porqué me bajaron de nivel, pero agradezco tu gentil oferta y mi perfil político no entra aquí.

Guardó un discreto silencio y convencido de que aceptaría volvió a decir: —Como tus credenciales están en nuestro sistema le envié una copia a la Ministra Córdova junto a la oferta que te hice. Ella está de acuerdo pero unos diputados del “Consejo Legislativo” vinieron y me entregaron el CD donde tú apareces firmando contra el Comandante. —Lo miré a sus ojos y le dije: —Te lo indiqué hace una semana, no tengo el perfil, y con gratitud ante su gesto le acoté: —No te preocupes, tú debiste haber leído un artículo mío en el “Diario de los Andes” titulado: —El valor ético de una firma, donde indiqué que yo firmé para que sacaran a Mandela de la cárcel en

una larga lista de venezolanos que lo hicimos en el Núcleo. Firmé para que a los Golpistas de este “Proceso” los sacaran de Yare y firmé contra el Comandante porque era mi derecho Constitucional—. Galíndez se quedó pensativo, creo que hasta aplastado por mis argumentos y desinterés por un cargo que por su salario, distinto al destruido por el “Proceso” en la ULA, a cualquiera le venía bien, era jugoso aparte de los privilegios que la dirigencia mostraba con orgullo a los vulnerables.

Luego de mi explicación donde pensé que toda esa tentación moriría, repentinamente agregé: —Camilo —dijo—, hay una solución y es la siguiente: —Vamos donde Hugo, se refería a Hugo Cabezas, el nuevo gobernador después de Gilmer. Hablé con él y solo debes firmar unas planillas donde tú retiras tu firma del referendun y de esa manera quedas limpio para que la Ministra Córdova emita de inmediato el Nombramiento.

El lector puede imaginarse lo que le agrada o desagrada de lo que narro, pero yo allí quedé invadido por un sentimiento de conmiseración hacía Galíndez, porque no sabía si era una trampa “caza bobos” donde se involucró con una oferta que llevaba todo el veneno del mundo para quitarme lo único que mi <amor fati> me había puesto en mi camino para salir de una vulnerabilidad desde el momento de mi nacimiento: La ética, o en verdad creía él en la bondad de un Gobernador que según quienes lo conocían desde la universidad circulaba su leyenda de que dirigía a un grupo distribuidor de exámenes en complicidad con profesores de su facultad.

Y con sinceridad lo expreso ahora: A Galíndez le puse mi mano sobre su hombro, le di las gracias y al mes ya no estaría yo en los registros de esa fundación, pero a ese lugar nunca más volvería. Solo de imaginar cómo

me hubieran asesinado moralmente de haber llegado a aceptar ese cargo me hubiera dado vergüenza al llegar a mi casa. Era algo así como lo que el señor Moisés decía cuando uno se traicionaba: —Como el puerco, tanto darle vueltas al charco para bañarse en él. Y así evité que me atraparan para ser cómplice de la barbarie instalada en el suelo donde nací.

De tal manera que aprendería otra manera de silenciarte, pues no se necesita ser torturado, golpeado o insultado para recibir los efectos del “Proceso” donde o lo aceptas o te jodemos. Y devine testigo de esa exclusión, cuando en el Diario de los Andes, esos mismos que perseguían a la gente y miembros del “Proceso”, devinieron columnistas semanales, lo mismo que en emisoras promovidas críticas que colocaron a sus familiares en cargos importantes del Gobierno autoritario, incluso en CONATEL, organismo perseguidor de medios de Comunicación. Los programas cambiaron su línea editorial y el autoritarismo terminaría por contagiar a muchos por sus indiferencia y complicidad.

Eran esos momentos y actores percibidos por mi <amor fati> tan cómplices como responsables de nuestro mal. De ellos era perentorio alejarme y se convirtieron para mi ruta existencial en peligrosos fantasmas y a los fantasmas se les evita hasta con la mirada.

Todos esos signos que sin rostros definidos encontraba en mi camino eran reales en su brutalidad: Compra de alimentos tirados en el piso, principalmente verduras y junto a muchos intentando estirar el dinero o no poder ir a otro sitio porque en el transporte colectivo te podían asaltar y en el auto ya no tenía gasolina por lo que sentía mi cuerpo como dicen que sienten los que van a morir: —La última fiebre de un cuerpo inmovilizado

sobre su cama, donde todo está nublado, confuso y quienes lo sentimos no sabemos si correr o salir espantados donde el aire no se sienta tan pesado.

El cuerpo del enfermo era la sociedad y yo el espectador intentando no contagiarme de esa terrible enfermedad que acabó con la democracia venezolana: El miedo cruzado con oportunismos.

Mi preocupación era silenciosa, como también la de Yajaira. Ya Leonardo ante la ausencia de un trabajo fuera de las redes del “Proceso” se había marchado al exterior y Doranda, por su condición de investigadora, había ganado una beca para una Institución europea donde obtuvo su mejor logro: —Un doctorado antes de los 30 años.

Total, teníamos otra familia, pero la soledad nos arropaba frente a esos desagradables signos donde uno no sabía qué vendría el día siguiente. No eran pendejadas mías, era que todo se derrumbaba y mucha gente miraba con gracia y risas la caída: A todo se le acuñaba un sentido que no era real, si mataba la policía a una persona, era “Ajuste de cuentas”, si un comerciante vendía algo podrido, era el: “No compres en ese lugar”, si no encontrabas tal medicamento: “Ve donde los cubanos, ellos te lo regalan”, si quieres dormir, pero el vecino había matado clandestinamente una vaca que le robó a alguien y ese día la vendió en la calle a pedazos dentro de un balde rodeada de moscas. te la ofrecía. Luego por la noche celebraba su hazaña con vallenatos y rancheras acompañadas de gritos que te impedían dormir, pero no podías reclamar porque te replicaban: “Si no te gusta lo que tenemos, vete de Venezuela”.

Mirando de cerca todas esas señales, como recomendaba Marx en casos de crisis social, intuí que no caería

en las trampas del "Proceso", ni en las narrativas de una oposición que hacía negocios con el autoritarismo cuidadores de unos "espacios" vaciados de contenido alternativo y dependientes de las limosnas que ese "Proceso" les daba de vez en cuando, como era el caso de las Universidades. Pero había una señal que me tocaba el alma, era ver a mi esposa en una cola aguantando sol esperando que el Banco donde semanalmente nos darían 100 Bolívares de nuestros ahorros. Ella nunca expresaba lo que sentía y en sus plegarias se refugiaba esperando algún cambio: —Luego por las noches cuando rezaba a sus entes religiosos buscando apoyo espiritual, también me impactaba al verle ocultar sus lágrimas y luego echarse en la cama sin poder dormir, como lo decía su rostro en la mañana.

Yo no padecía de ese síntoma, pues si de algo me sirvieron las instrucciones para vivir en clandestinidad, siendo militante comunista, fue forzar mi cuerpo a dormir para que los nervios en determinadas circunstancias no me delataran si estaba frente a los cuerpos represivos, de esa época donde gobernaban los adecos y copeyanos. Sin embargo, en este autoritarismo cotidiano la pregunta constante era: —¿Cómo nos salíamos de esta situación? ¿A dónde irnos con nuestra edad donde es difícil trabajar?

La manera con que yo reconstruí mis salidas a dilemas y conflictos no era otra que leer, atrapar frases y palabras, no aprendí otra estrategia que no se fundara en la razón pero no en la razón de los postrados, de los vencidos, de los pesimistas y "espanta pájaros". Estaba en los argumentos que nos invitan a soltar la rienda, no la de los caballos sino a nuestras emociones. Supe, en otros casos similares a los míos, que construirse un propósito

ayudándose con lecturas y palabras es como imitar al sacerdote haciendo exorcismos para alejar al demonio.

Y con ese saber fijaría mi punto de partida recorriendo a dos libros de Bachelard que conocía bien: *La Filosofía del No* y *A la luz de una vela*. Al pasar los días y noches simulaba salir a correr fingiendo que el ambiente descrito no me aterraba, pero no era cierto y ya medio le había comentado a Yajaira que a lo mejor tendríamos que emigrar, ella me decía: —¿Pero a dónde?— Y era cierto. A veces al humano le ocurre que de tanta vida en sociedad termina por perder el instinto, propio de los primeros seres que se refugiaban en las cuevas para protegerse del clima y de otros animales más fuertes.

Pero en mi azarosa vida el instinto formó parte de mi temperamento y yo lo sabía cuando corría los maratonés y llegando a niveles de fatiga y alta sudoración con resequedad en los labios podía intuir que hablaba mi cuerpo con sus múltiples locutores: —Piernas adoloridas con intento de calambres, riñones invitando a orinar y al intentar hacerlo constatar que no hay nada qué expulsar, corazón palpitando con tan altos niveles como el sentido con mi <amor fati> esperando hacer real una cita amorosa, la cabeza sintiendo mareos—. Ante los lenguajes de esos locutores en cadena, la palabra resultante era: —Peligro, y la advertencia: —Baja el nivel, toma agua, busca la sombra, pero nunca abandones.

Insistiendo sobre esa hipotética salida mi esposa dudaba y las veces en que hablábamos con la hija le ocultábamos buena parte de lo que estábamos viviendo, a los fines de no darle preocupaciones, aunque ella por las noticias sabía de la crisis venezolana, pero no la vivía. Aún esas noticias no reflejaban en el extranjero una Venezuela viviendo en forma similar a Siria con sus particulares

guerras y alta población desplazada. Incluso a la “lista Tascón” no la percibieron como síntoma de un crimen de “Lessa Humanidad” a pesar de que fue el primer juicio de unos venezolanos en un tribunal en USA, por una dama luchadora llamada Rocío San Miguel, hoy detenida solo por ser defensora de los Derechos Humanos.

Y una mañana del 2020, de las tantas que siempre nos traían más noticias malas que buenas, íbamos a conocer el mayor de los miedos y de la crueldad imperante que jamás imaginamos cuando llegamos del Canadá: — Adquirimos el COVID-19, era un tiempo donde si algún vecino se enteraba, llamaba a los cuerpos represivos y te sacaban de la casa para llevarte a una suerte de depósito de humanos contagiados y contagiantes, como ocurrió con la lepra en Europa, estábamos solos con Kahira, la fiel pitbull que nos cuidaba. De alguna manera nuestra casa estaba marcada y vigilada bajo la excusa de un “censo” que a nadie más le hacían y con los síntomas de ese virus que era la “jefe de calle” así denominan en el “proceso” a un tipo de delator, tocaron a nuestra puerta acompañada de dos cubanos preguntando si sabíamos de alguien enfermo y cuántas personas vivían allí, como si esa “jefe” no lo supiera antes.

No los dejamos entrar y al enterarnos esa semana de nuestro contagio que podíamos ser vacunados, asistimos a una cola donde exigían el “Carnet de la Patria”, otro dispositivo de control que sustituía a la cédula de identidad impuesto desde la Vicepresidencia de la República en una declaración de un Ministro de apellido Tarek, hijo del árabe que conocí en ese Vigía donde colaboré con su revista “Palestina Hoy”, era egresado de la ULA con el título de Politólogo.

Y no contar con ese documento nos convertía en sujetos vulnerados por el Estado y por no tenerlo nos retiramos a la vivienda. Quiso el azar, Dios, o mi <amor fati> que sobreviviéramos a tan terrible mal donde yo perdí el olfato, el sabor, un oído afectado junto a uno de mis hombros. Una vez que nuestros cuerpos superaron esa enfermedad, no tuvimos dudas de que debíamos salir de Venezuela.

## Capítulo LXXII

### *Diáspora*

*¿Por qué nos atrae el fin de las cosas?  
¿Por qué ya nadie canta la aurora y  
no hay quien nos cante el ocaso?  
¿Por qué nos atrae más la caída de Troya  
que las vicisitudes de los aqueos?...*

— **J. L. Borges**  
*Libro de las ruinas.*

**D**e nuevo me llegaba la necesidad de otra mudanza, otro viaje y debía prepararlo, estábamos espantados por el terrible virus y la ausencia de atención médica y sobre manera sabiendo que a muchos amigos y conocidos se los llevó en un viaje sin retorno. Con nuestra hija acordamos planificar nuestra salida, algo bien raro pues no educamos a nuestros hijos para que se ocuparan de nosotros, siempre pensamos que cada quien a lo suyo y para eso habíamos trabajado con esmero. Ya no era en plan de estudios como cuando salimos y soñábamos con alcanzar ciertos logros, donde el principal era mi Doctorado. Por el contrario, este viaje era para evitar perder la vida y salir de ese espanto colectivo que estaba destruyendo al país que Colón ingenuamente había calificado de “Tierra de Gracia”, no —me decía—, es “un eterno Bochínche” en palabras de Miranda y una desgracia por el culto a la “Bestia con botas” devenida políti-

co. ¿Qué otro calificativo puede darse a una sociedad sin libertad de expresión, sin alimentos y medicinas o con sueldos tan bajos como los de cualquier nación africana? Curiosamente también con tierras ricas.

Una sociedad donde el texto Constitucional tiene el cuerpo de un libro, pero sus palabras y principios escritos están allí como los cadáveres en un Cementerio, no existe la idea de Estado de Derecho en tanto equilibrio para evitar que unos con otros nos matemos, sino un amasijo de funcionarios comiéndose como buitres la carroña que van dejando los lobos del poder.

Desde ese 2022 pasaríamos a formar parte de la “Diáspora” en la que otros como nosotros huíamos porque esa “Patria”, palabra abstracta como la del Estado pasaba a ser una suerte de colonia de otra colonia: — Cuba, administrando riquezas, registrando listas de propiedades, asesorando a cuerpos represivos en métodos que a los hermanitos Castro les dio resultados que ni siquiera La Corte Penal Internacional pudo sancionarlos en 60 años de sometimiento al pueblo cubano.

Para nuestro viaje constatamos el nivel de exclusión que nos daban cuando tuvimos que renovar el pasaporte y de un grupo del que nos tocó fuimos los únicos sometidos a una consulta a “Caracas”, porque “ustedes tienen un problema” nos decían y eso duraría tres días de una espera humillante. Imaginamos que esperaban que formáramos algún escándalo y de esa manera anularlo. Las escenas de esos momentos fueron auténticas pesadillas como un film de ese género.

Para ese viaje en curso, el pasaje lo compró nuestra hija y entre las características de los vuelos, en su control por el “proceso” estaba la Línea Turkish, no solo

caro sino largo porque a otras líneas aéreas se les excluyó para ir a Europa.

Con los datos del vuelo fuimos a Maiquetía y al momento de abordar nos lo impidieron y no hubo manera de salir porque una “Carta de Vacunación” era exigida. En los alrededores del mostrador de esa Línea estaba alguien que se enteraba de lo que nos dijeron y se nos acercó para decirnos: —Cerca de aquí, en un conocido Hotel Internacional, hay unos médicos que por 20 dólares dan esa carta. Necesitábamos ese documento y en una hora y media el avión salía, logramos hablar con nuestra hija, atormentados por ese obstáculo donde éramos los únicos, ella se comunicó con quienes supuestamente desde Francia podían resolver: Ir a la Embajada por ejemplo.

Pero la intuición nos decía que lo del Hotel allí escuchado podía ser una trampa del Gobierno que le colocaba en “Bandeja de Plata” nuestra situación para luego acusarnos de algún delito como ya era costumbre en ellos. Perdimos el vuelo, regresamos a Trujillo y al llegar replanteamos el viaje y nos fuimos a Cúcuta, lo hicimos por las “Trochas”, controladas por la guerrilla y Paramilitares donde es obligatorio pagar “Vacuna”. Y de esa manera logramos ser vacunados y tener la “Carta” y pasado cierto tiempo regresamos a Maiquetía para viajar, del que ignorábamos lo siguiente: —¿Hasta cuándo?

A Francia llegábamos vulnerables en todo: —Salud, dinero, edad donde no es fácil trabajar y solo nos favorecía el idioma que teníamos tiempo sin practicar, aunque era una fortaleza para comunicarnos. Nunca imaginamos ser mantenidos por nuestros hijos, no era nuestra costumbre arrimarnos a ellos, les habíamos educado en su libertad y autonomía con responsabilidad y cada quien con “Sus problemas”. Ahora era distinto para nosotros

que habíamos perdido todas las condiciones de vida como profesores universitarios que éramos, pues la ULA había sido intervenida en su Caja de Ahorros y Presupuesto por el autoritarismo. Algo difícil de explicarle a alguien que no haya vivido los efectos de esa destrucción: Caso de mi esposa con su insomnio y sufrimientos internos.

De mí, una gastritis acelerada con dolores insoportables. En el viaje cavilaba y los recuerdos eran mi paso por los movimientos de izquierda que aunque no renegaba, sentía tristeza por haberme equivocado en darle confianza a sujetos que ocultaban esa tendencia sin buscar el bien común, sino satisfacer su rencor social. Ese “proceso” no era sino la imagen de ese “Can Cerbero” del que Dante nos habla en su *La Divina Comedia* convirtiendo a Venezuela en un infierno titulado: —Socialismo del Siglo XXI, y que casi como castigo del Dios de mis padres me castigaba con pagar el alto precio emocional de dejar las calles que me vieron correr, los amigos, que aunque pocos, me contagiaban con sus recuerdos de niño, y la gente que conoció de mis esfuerzos por ser distinto y educado.

Confieso a quien llegue hasta esta parte de mi historia que me he despreciado por no haber respetado ese “Código de vida” que con tanto gusto aprendí de Nietzsche: —Dónde están las “Moscas del Mercado” es necesario pasar de largo—. Y con mis recuerdos y cierto optimismo para recuperar mis ensueños y poder tener de nuevo el *Ánima* de volver a escribir y poner a jugar las palabras a los fines de que mi <amor fati> despertara de nuevo y juntos reconstruyéramos nuestra ruta, llegamos a Francia, en la Frontera con Alemania, un 20 de abril del 2022.

Mi <amor fati> me diría: —Acostúmbrate a pensar que a lo mejor esta es tu última mudanza, quizás no pue-

das seguir corriendo en maratones, ya el calor del trópico no te favorece mucho ante los nuevos fríos donde te toca vivir.

Recordarás con nostalgia a Kahira, la familia de Yajaira, solo te quedan tus recuerdos, una rara cualidad humana que si los animales lo sienten, no pueden registrarlo en escritos—. Y sí —me dije—, al estar instalado con Yajaira en la vivienda de Doranda. En mi nueva ruta contaban los cuadernos de notas que estaban entre las escasas cosas que traía. Demás está agregar que mis ojos en esos maratones se llenaban de lágrimas de alegría cuando llegaba a la meta y mi palabra, en silencio, era la misma de Arquímedes: —EUREKA.

Ahora ellos soltaban ese natural líquido ante la impotencia de no haber podido evitar este destierro sin traicionar a mi palabra salvadora: —La ética. Volver a tener a Doranda a nuestro lado nos trajo a todos calma, tranquilidad y deseos de reconducir nuestra existencia, aunque a ella le desajustábamos su estilo de vida donde su signo es la autonomía. Algo que de haber tenido recursos económicos hubiéramos impedido.

Llegamos saliendo el otoño y con el anuncio del invierno, pero la sola tranquilidad del lugar de nombre Strasbourg nos invitaba a la recuperación psíquica. Tenía Doranda en su vivienda una hermosa gata de nombre Daniris que irradiaba una sensación de estar observándonos con una mirada fija y sin dar muestras de mucho apego con los recién llegados que éramos, ella apenas aceptó un leve paso de manos por su cabeza, aunque su movimiento era ignorarnos.

De ella sabíamos algo porque la conocimos cuando Doranda trabajó en Canadá y allí la adoptó junto a otra

que por alguna razón había muerto. De esa manera nos decía cuál era su carácter y dominio del territorio. Aunque a los dos días ya nos aceptaba y luego de mirarnos se iba a sus muebles, pero si por casualidad tocábamos algo de Doranda, nos lo hacía saber al venir de inmediato a olisquear lo tocado donde quedaban nuestros olores.

Con Yajaira era más comunicativa que conmigo. A los 20 días salí a caminar e intentaba trotar para enterarme de la cantidad de parques bien mantenidos de esta ciudad y en algo se parecía al Montreal que muchos años antes dejamos. Supimos de las muchas iglesias con estilos de Arquitectura diferentes porque en esta ciudad conviven cristianos protestantes y los de Roma. Ambas tendencias son solidarias con los inmigrantes que uno sabe de su existencia porque cada quien en la vía y en los vehículos de transporte tenemos miradas huidizas previendo que no sabemos quién es el que nos mira y por qué. Cierta memoria de persecución nos define al caminar por esas cuidadas calles que los fines de semana se llenan de turistas.

En el recorrido por Strasbourg descubrimos que la ciudad era plana y las casas conservaban la fachada de sus tradiciones, está atravesada por el Río Rhin que viene de Alemania, tiene un sistema de Tranvía y Buses eficientes, la gente usa mucho la bicicleta y en la vía el peatón es respetado. Durante el tiempo en que conocimos la organización navideña es como si viviéramos dentro de los pesebres nuestros donde aquí las figuras son casi reales, de diversos tamaños y diseños. El turismo es fundamentalmente religioso y destaca para la visita una Catedral que lleva el mismo nombre de la ciudad, con 140 metros de altura, fundada en 1015, estilo gótico y llena de Historia.

Tiene la ciudad cuatro universidades y cuatro Bibliotecas equipadas como Mediatecas. Una lleva el nombre de André Malraux, en vida un estudioso de Nietzsche. Ya al conocer estos datos recuperaría lo que venía perdiendo en la Venezuela que dejaba: —La pasión por escribir mis ensueños. Y en efecto, mi <amor fati> fue despertado para viajar al Montreal de mi maestro Daoust en su Seminario del Zaratustra que al salir de sus clases en uno de esos inviernos donde la ciudad estaba cubierta de color blanco, pude ver sobre un árbol sin hojas un cardenal de los que había visto en Falcón y mi ensueño lo percibió como signo de imaginar un diálogo con Nietzsche. En ese tiempo lo escribí y si el lector que me lea lo busca en la web de la Universidad de Carabobo lo encuentra: —Conversación Imaginaria con Nietzsche.

Dije Gaetán y Nietzsche porque en estas Mediatecas de Strasbourg los escritores y sus editoriales presentan sus obras y conversan con los lectores a la vez que les firman los libros adquiridos. Viendo eso y las filas de personas para nutrir sus espíritus y recordando las filas que venía de dejar en la Venezuela del autoritarismo para adquirir comida o cualquier medicina, fui golpeado brutalmente por tan contradictoria y miserable realidad donde falsamente se educa a las generaciones que somos con leyendas urbanas: —El mejor y más grande país del mundo. Precisamente por no recordar a nuestro Andrés Bello en aquella respuesta a su Madre que lo invitaba a comer porque se le enfriaba la comida: —Mi cerebro —respondió—, necesita más alimento que mi estómago—. Ante las presentaciones que observé imaginaría lo contento de un Nietzsche exponiendo sus libros, por ejemplo, Genealogía de la Moral y a su vez firmándoles a sus lectores, entre los que por supuesto, yo estaría en la primera fila.

Los primeros meses fueron de exploración social y en una de esas exposiciones presenciamos a un expatriado turco presentar su libro, era una bella tarde y por la mañana habíamos visitado el Parlamento Europeo para enterarnos que la democracia donde vivíamos ahora era muy joven, apenas con unos 72 años. De lo dicho por el expatriado salí motivado a escribir una breve semblanza de mi vida, imaginando que a alguien le pueda interesar y es la que le presento al lector.

Y todo empezó a fluir desde el mismo momento en que visité la Biblioteca y a su vez percibí en la ciudad la cantidad de personas que solicitaban protección humanitaria, como nosotros. En el mes de noviembre iba con mi esposa a las misas de la Catedral o de mi Parroquia y me agradaba escuchar la música Gregoriana saliendo de un potente Órgano, junto al ritual Litúrgico en otro idioma. Y sería mi esposa la que con su cultura cristiana estableció contacto para ser benévola en la Iglesia de Saint Eloi-se donde conoció a una señora de nombre Anne, quien leía las cartas de profetas y santos en la misa y que al conocernos se identificó como Vicepresidenta de la Sociedad San Vicente de Pablo, sociedad solidaria con personas vulnerables, y nosotros lo éramos.

Antes por vía de la Prefectura nos habían dado la posibilidad de obtener comida una vez por semana, nuestro agradecimiento era inmenso pues nada más imaginarnos que en nuestro País habiendo trabajado para tener una jubilación acorde con nuestro trabajo dado a la sociedad, tuviéramos que llegar a un extraño País a recibir una ayuda humanitaria ante la condición de desplazado, nos bastaba para comprender que sí es posible tener otro tipo de sociedad. La de aquí es socialista y el Estado es laico.

Para entender los lazos de ese encuentro y afiliación con esa sociedad sin fines de lucro, es necesario nombrar, de pasada, lo que a Yajaira la define: —Es amable, sabe escuchar, es tolerante, prudente y de gran fe religiosa—. Cuando abordó a Anna le dijo: —Vengo de Venezuela, soy católica y quisiera saber ¿Cómo puedo ser benévola para esta iglesia? Ella le contestó: —Es sencillo, los jueves nos reunimos en mi casa para conversar y realizar algunas actividades como “Corte y Costura”.

A partir de ese corto diálogo Yajaira asistiría los jueves, y eso fue para mí otra sorpresa cuando empezó a llevar a la vivienda objetos para bordar y tejer que parecían hechos por manos maravillosas y diestras. Digo sorpresa porque eran las de ella y que en tantos años juntos no le conocí esa habilidad que le habían enseñado las monjas donde estuvo interna para hacer sus estudios de Primaria.

Me impresionaba que no hubiera perdido esa destreza y que al ella contarla en esas reuniones también se lo reconocieron con alegría y solidaridad. Y tal es la conducta reservada de Yajaira que un día en que junto con Anna asistieron para una consulta con una Trabajadora Social y explicando nuestro caso de por qué estábamos en Strasbourg, impactó a Anna quien dijo: —Tienes un año asistiendo a nuestra reuniones y nunca nos contaste tu causa de haber salido de Venezuela. —No lo creí conveniente ni necesario para integrarme a la Iglesia —dijo—, en ese momento nuestra hija nos ayuda y la ONG Spada nos ayuda con alimento y carta médica.

Sin duda que esa solidaridad que encontramos en nuestra llegada nos mostraba un espacio social con valores democráticos y religiosos donde sin duda estábamos mucho más seguros y sin la angustia que nos trajo has-

ta aquí. Sin embargo, éramos unos “Sin Papeles”, seres invisibles al Estado Republicano francés. Tanto que un error de nuestra parte y la figura policial será la prueba inmediata de que desde esa perspectiva legal sí existíamos.

Es decir, no estábamos en una sociedad perfecta solamente nos permitía refugiarnos y si nos proponíamos aprenderíamos a vivir de otra manera donde las opciones se movían entre asimilarnos o integrarnos. Y si hacemos una comparación simple, en Venezuela al extranjero que llegaba conseguía trabajo, emprendía algo, disfrutaba e invertía antes de la llegada del “proceso” que nos expulsó hasta Europa. En cambio nosotros el primer problema es ser indocumentados con lo que eso arrastra para tener tranquilidad plena.

Nuestra intención es permanecer en Strasbourg hasta que unas mínimas condiciones políticas cambien en nuestro país para regresar, aunque nadie estará seguro del tiempo de espera. De lo que venimos viendo en la cotidianidad es visible el respeto por los animales, sobre todo ver a las personas paseando con su perro o gato por un parque y encontrarse con niños que saludan al extraño esperando ellos lo mismo.

A medida que nos comunicábamos con la gente supimos de un curso para conversar en francés dentro de la Mediateca central y a ella asistíamos una vez por mes. Allí presenciamos que en la condición de refugiados o asilados las culturas y lenguas eran variadas, pero el caso venezolano, que a veces se medio refería pues no era objetivo del curso, la mayoría lo desconocía y no era lo mismo que en España. De nuestra situación la dejo suspendida en su narrativa donde hay adelantos y atrasos, incomprendiones y posibilidades, todo porque hemos

introducido un recurso legal con la intención de lograr una estadía que nos permita integrarnos a la sociedad francesa y evitar salir de ella en condiciones de irregularidad. Una vez que constatamos las principales características de esta sociedad y las posibilidades de cooperar como benévolo nuestra esperanza de sensaciones de un avance que nos fortalecería los principios humanos para nuevos datos de vida.

A la edad en que llegamos y la posibilidad de vivir en casa de Doranda, junto a las ayudas en alimentos y asistencia médica nos coloca en una situación diferente en comparación con la de muchas personas que en algunos parques vienen viviendo en carpas esperando solución a sus casos, los efectos de la invasión rusa a Ucrania se refleja en esta ciudad y la democracia por momentos la percibimos fuertemente amenazada por vientos de guerra, problemas de inmigración y hasta de racismo. Aparte de la significación importante de nuevos amaneceres para nosotros, mis principios éticos ahora van más allá de la que describen los libros, pues percibo que es posible vivir de otra manera y el vocablo patria finalmente es del signo de donde te permiten vivir en libertad, te cobijan y te respetan tus derechos. Es mi aprendizaje resumen frente a cualquier tipo de nacionalismo fundamentalista.

La brisa tropical no llega hasta aquí, aunque a veces los vientos del cambio de estación se parecen a los del mes de julio y nos llega el recuerdo de las vacaciones escolares con los viajes a la playa. Esa ausencia nada la recompone como antes dentro de mi <amor fati> y sin embargo, no conservo ningún rencor o rabia para mis compatriotas cómplices con ese mal que nos sacó de Venezuela. En muchos aspectos no estamos mal, aquí está nuestra hija que nos cobija con su trabajo, un producto de aquella decisión nuestra de ir al Canadá a estudiar y

donde adquirió una educación que le permite hoy junto a sus estudios en Francia tener otra escala de valores.

Sin embargo y para que se me arrugue más el corazón, a veces voy por la calle y al ver a seres hasta menores en edad que yo pidiendo un euro para comer, siento una profunda tristeza y hasta vergüenza por los humanos que viviendo en el país donde se produjo la mejor herramienta para la cooperación de un mundo mejor entre los Sapiens: —El Decreto de los Derechos Humanos generado dentro del Proyecto Filosófico de la Modernidad, todavía permitan esa situación agresiva que es la pobreza y el abandono.

Los veo tirados en la calle junto a su perro o gato como únicos compañeros de ruta. Escucho por ejemplo: —¿Por qué siendo jóvenes aun no trabajan y dejan de pedir?—. Lamentablemente no estoy de acuerdo con ese discurso, pues nadie sabe la causa de las desgracias de la gente ni por qué fueron arrojados a esa situación de calle, pero para mí es la mayor de las violencias presenciar esas escenas porque son las que de mi país, que se promueve como rico, tengo en mi cabeza con sus niveles de pobreza. Pienso —y a lo mejor estoy solo en eso—, que ser pobre y estar en la calle pidiéndole a quien está comiendo algo, es la mayor de las desgracias y vergüenza del humano en estos tiempos de la postmodernidad.

Los veo, —dije—, con sus animales que de seguro es lo único que les acompaña para medio vivir sin una dignidad que les de orgullo, son el residuo de una desigualdad que más allá de las causas debe tener alguna posibilidad de arreglo en un mundo que ha conquistado el espacio y los planetas pero no genera riqueza para todos. Me cuestiono y me pregunto:—¿Por qué una nación rica como Francia y con una Asamblea de políticos predi-

cando semanalmente las palabras Democracia, República y Solidaridad, no corrigen esa fea estética social que vengo viendo?

No es que yo ignore las tragedias de la vida y las limitaciones genéticas de los humanos, entre quienes me incluyo, pero ya es tiempo para que la sociedad del conocimiento cambie esas escenas cotidianas, pues no solo vengo de esas escenas a mayor escala, sino que ahora soy espectador ante otros que la sufren. Y sí, he aprendido del sufrimiento, del que me convirtió en vulnerable al nacer inmensamente pobre y de paso un abandonado sin padre. Pero busqué salvarme y eduqué mi cuerpo y espíritu para ser fuerte en mi voluntad de vivir. De allí mis carreras de maratones. Pero este último lo elijo, mientras el nacer no y por haber problematizado mi existencia he llegado hasta este aprendizaje donde maestros, libros y palabras me mantienen con un alto ánimo de vivir.

He optado por vivir frente a cualquier propósito de ser mártir o héroe sin causa. Y en esta breve historia de mi vida, solo aspiro a ser leído para que otra generación aprenda a vivir de otra manera donde la crítica, la desobediencia culta y pacífica y la internalización de una ética práctica generen el orgullo de ser humanos solidarios. Dije también, en alguna parte de esta narrativa, que jamás expulsaría a un alumno siendo entonces un improvisado docente, lo cumplí, que jamás abandonaría a un hijo, lo cumplí, que viviría con amor, lo vengo viendo y que nunca renegaré de lo que fui y lo vengo cumpliendo.

Cumplir es, en consecuencia, un verbo que me brindó la calle y me permitió ser honorable, cultivar mi esperanza y mi fe. Esas palabras me salvaron de caer en abismos indeseables. Ahora practico el “Religare”, y en

cierta forma soy religioso pues he sentido que ese Dios que todos nombran y nadie ha visto solo existe dentro de nosotros con nuestras acciones de amor, misericordia y perdón para quienes nos ofenden o yo he ofendido.

En la primera lectura del libro de los Sabios, Santiago, llamado San Jaques en Francés, dice algo que bien pudiera yo desearles a quienes descaradamente me castigaron: —Condenémosle a una muerte infame—. Sin embargo, hay allí otras palabras que impidieron asociarme con el mal en sus principales conductas: —Rivalidad buscando el desorden, hipocresía, envidia, codicia, injusticia. A esas les huía y al sentir que otros las practicaban arrastrándose como serpientes vergonzosamente ante el poder, logré evitarlas.

De todos modos confieso que en lo que voy finalizando como narración de mi vida me divertí bastante y hasta pienso que practiqué cierto exorcismo expulsando viejos recuerdos y manteniendo otros a lo largo de esta historia que ya se termina.

Fugazmente y en concordancia con el otoño que viene apareciendo simplemente digo que he buscado confirmarme y reafirmarme en mis creencias y explicarme de la misma manera lo que mi <amor fati> trajo con mi nacimiento: —Un individuo ausente de todo miedo que le paralizara vivir con estilo.

Fin.

